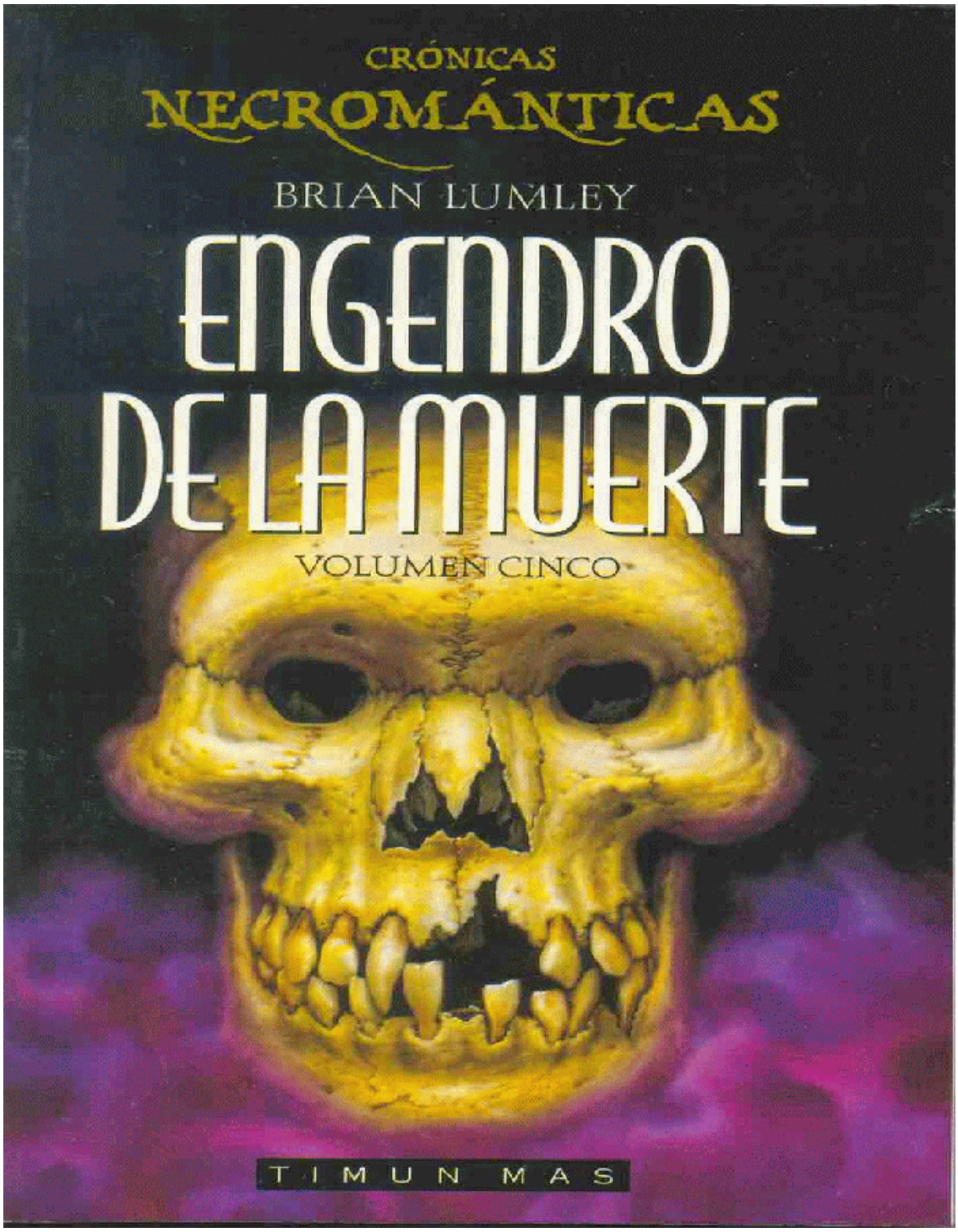
CRÓNICAS NECROMÁNTICAS V

Engendro de la muerte

BRIAN LUMLEY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Melissa, Heather, Anna y Eleanor,
que me invitaron a cenar y a beber vinos exóticos
mientras sus dulces labios evocaban temas extraños y obscenos
con el propósito de disgustar (¿y aguijonear, tal vez?) mi mente.
Hasta que, por fin —aunque demasiado tarde—, me pregunté:
«¿Qué hacen cuatro criaturas totalmente monstruosas como éstas
en un bonito restaurante chino como éste?».

Primera parte

Capítulo uno

Descubrimiento macabro

—Harry —La voz de Darcy Clarke sonó crispada a través de la línea telefónica, a pesar de que se esforzaba por controlarla—. Tenemos un problema para el que nos vendría bien algo de ayuda. Como la que tú podrías prestarnos.

Harry Keogh, necroscopio, podía o no saber qué preocupaba al jefe de la Sección PES británica, y podía o no estar relacionado directamente con él.

—¿De qué se trata, Darcy? —preguntó con voz suave.

—De un asesinato —contestó Darcy, y la crispación aumentaba y le temblaba la voz—. ¡Un horrible asesinato, Harry! ¡Dios mío, nunca había visto nada igual!

En su época, Darcy Clarke había visto muchas cosas y Harry Keogh lo sabía, de modo que le resultó difícil creer en lo que acababa de decir. A menos que Clarke se refiriera a...

—¿Has dicho el tipo de ayuda que *yo* podría prestaros? —De repente, Harry centró toda su atención en el teléfono—. Darcy, ¿intentas decirme que..., que...?

—¿Cómo? —Al principio, el otro no lo entendió—. No, no, por el amor de Dios, no. No ha sido obra de un vampiro, Harry. Pero sí de una especie de monstruo, de eso no cabe duda. Humano, pero monstruo al fin.

Harry se relajó un poco, muy poco.

Ya suponía que tarde o temprano lo llamarían de la Sección PES. Podría tratarse de eso: alguna trampa ingeniosa. Salvo que..., no, Darcy siempre había sido amigo suyo; Harry no lo creía capaz de fingir en algo así sin haberse cerciorado antes a fondo. E incluso si así fuera, Harry no se imaginaba a Darcy persiguiéndolo con una ballesta y una flecha de madera dura, un machete y una lata de gasolina. No, primero tendría que hablar con él, obtener la versión de Harry. Pero al final...

El jefe de la Sección sabía ya casi tanto como Harry sobre vampiros. Por lo tanto, sabría también que no había esperanza. Habían sido amigos, habían luchado en el mismo bando, de modo que Harry suponía que no sería Darcy quien pusiera el dedo en el gatillo. Sino otra persona.

—¿Harry? —Clarke parecía nervioso—. ¿Sigues ahí?

—¿Dónde estás, Darcy? —preguntó Harry.

—En la sala de servicio de la Policía Militar, en el castillo —respondió el otro de inmediato—. Encontraron el cuerpo debajo de los muros. Era una cría, Harry. Tendría dieciocho o diecinueve años. Todavía no han podido averiguar siquiera quién era. Si lo supiéramos, nos sería de gran ayuda. Aunque lo mejor de todo sería descubrir quién lo ha hecho.

Si Harry Keogh podía confiar en alguien, ése era Darcy Clarke.

—Dame un cuarto de hora —contestó—, voy para allá.

—Gracias, Harry —dijo Clarke con un suspiro de alivio—. Te estamos agradecidos.

—¿Estamos? —le espetó Harry, sin poder disimular un asomo de suspicacia en su voz.

—¿Cómo? —Clarke parecía sorprendido, estupefacto—. ¿Quién va a ser? La policía y yo.

Un asesinato. La policía. No se trataba de un trabajo para la Sección. ¿Qué tendría Clarke que ver si la cosa iba en serio?

—¿Y cómo te has dejado liar?

De repente, el otro reaccionó como si..., ¿como si lo hubieran pillado con las manos en la masa? Si no era eso, a Harry le pareció que se mostraba un tanto cauteloso.

—Pues... estoy aquí por un compromiso familiar, tenía que visitar a una vieja tía escocesa. Algo que hago de Pascuas a Ramos. Hace diez años que está en las últimas, pero se niega a descansar y se pasa el día trajinando. Hoy mismo tenía previsto regresar a la Central, pero ha surgido esto. Se trata de un tema en el que la Sección intenta ayudar a la policía, se trata de..., Dios santo..., de una serie de *espantosos* asesinatos, Harry.

¿Una vieja tía escocesa? Era la primera vez que Harry oía hablar de la vieja tía de Darcy. Por otra parte, aquélla podía ser una buena oportunidad para averiguar si estaban al tanto de..., de su problema. Harry sabía que debería de ir con cuidado: conocía demasiado a fondo la Sección PES como para meterse en líos. Y ellos sabían demasiadas cosas de él. Aunque tal vez no lo supieran todo. Al menos de momento.

—¿Harry? —La voz de Clarke volvió a sonar metálica y distorsionada; probablemente el viento que casi siempre soplaba alrededor de los altos muros del castillo agitaba los cables—. ¿Dónde nos encontraremos?

—En la explanada, en la parte de arriba de Royal Mile —gruñó el necroscopio—. Oye, Darcy...

—¿Sí?

—... No, nada. Ya hablaremos luego. —Colgó el teléfono y se fue a la cocina para seguir con el desayuno: ¡un filete de tres centímetros de grosor, crudo y chorreando sangre!

A simple vista, Darcy Clarke resultaba quizás el hombre más anodino del mundo. Sin embargo, la naturaleza había compensado su físico anónimo dotándolo de un talento casi único. Clarke era un deflector, lo opuesto a alguien propenso a los accidentes. En cuanto se acercaba a un peligro, algo, una especie de ángel de la guarda parapsicológico, aparecía para protegerlo. Esto significaba que si, por ejemplo, todo el equipo de psíquicos de Clarke con habilidades similares para la PES fueran fotografías, él habría sido el único negativo. No ejercía ningún control sobre esa facultad; sólo era consciente de ella en las ocasiones en que se encontraba deliberadamente cara a cara con el peligro.

Las facultades de los demás —la telepatía, la predicción del futuro, la oniromancia, la detección de mentiras— eran más maleables, más obedientes, más prácticas; no así las de Clarke. Su facultad se limitaba a manifestarse a su aire, y a cumplir con su cometido: cuidar de él. No le servía para nada más. Pero dado que

aseguraba su longevidad, lo convertía en el hombre ideal para su trabajo. Lo malo era lo siguiente: ni él mismo creía en esa habilidad hasta que no la veía en funcionamiento. ¡Pero si desconectaba la corriente cuando iba a cambiar una bombilla! Aunque tal vez ése fuera otro ejemplo de cómo funcionaba su extraña facultad.

Al verlo, nadie imaginaría que Clarke pudiera ser jefe de nada, y, mucho menos, de la sección más secreta de los Servicios Secretos británicos. De estatura media, cabello gris, algo cargado de hombros, barriga incipiente y, para colmo, de mediana edad, era regular en casi todos los aspectos. Tenía unos ojos de un tono avellana neutral, un rostro no muy inclinado a la sonrisa y una boca intensa que se podía llegar a recordar si es que se recordaba algo más de él, pero aparte de eso, tenía un aire de anonimato tan generalizado que era muy fácil olvidarlo. En cuanto al resto de su aspecto, incluida su manera de vestir, era... regular.

Éstos fueron los pensamientos mundanos de Harry Keogh en los escasos segundos que transcurrieron desde que abandonó el continuo metafísico de Möbius para pasar a la explanada del castillo de Edimburgo y encontrar a Darcy Clarke allí, de pie, de espaldas, con las manos sepultadas en los bolsillos del abrigo, leyendo la inscripción de una placa de bronce que aparecía en lo alto de un bebedero del siglo XVII. En la fuente de hierro, que mostraba dos cabezas, una desagradable y otra beatífica, podía leerse:

> ... Cerca del lugar donde muchas
> brujas perecieron quemadas en la hoguera.
> La cabeza malvada y la cabeza serena
> indican que algunos utilizaron un conocimiento
> excepcional con fines maléficos, mientras que
> otros fueron incomprendidos y sólo desearon
> el bien a sus iguales.

El brillante día de mayo habría resultado cálido a no ser por el viento borrascoso; la explanada se encontraba casi desierta; reunidos en pequeños grupos en el extremo más alto de la amplia meseta amurallada, donde el suelo estaba cubierto de cemento, una veintena de turistas se asomaba a las murallas y contemplaba la ciudad o tomaba fotos de la enorme fortaleza gris —el castillo sobre la Roca— tras su fachada de patios y almenas. Harry había llegado en el momento en que Clarke, que había estado escrutando en vano la explanada, trataba de encontrar alguna señal de él y se había vuelto hacia la placa.

Poco antes, Clarke estaba a solas con sus pensamientos, y a una distancia de quince metros de la persona más próxima. De pronto, a su espalda, una voz suave dijo:

—El fuego es un destructor indiscriminado. Sea bueno o malo, todo se quema cuando se calienta demasiado.

A Clarke se le heló la sangre. Con un aparatoso respingo, se dio la vuelta al tiempo que perdía todo el rubor y palidecía manifiestamente.

—¡Ha... Harry! —exclamó con un hilo de voz—. ¡Caray, no te había visto! ¿De dónde has...? —Se interrumpió, porque era evidente que *sabía* de dónde había salido Harry... porque el necroscopio lo había llevado con él en una ocasión a aquel lugar

que era todos los lugares, a aquel sitio que estaba dentro y fuera a la vez y que se conocía como el continuo de Möbius.

Tembloroso, con el corazón palpitante, Clarke se apoyó en el muro. Pero no fue a causa del miedo, sino de la sorpresa; sus facultades no captaban nada siniestro en la presencia de Keogh.

Harry le sonrió, inclinó la cabeza y le rozó el brazo; después volvió a mirar la placa. Y la sonrisa se le heló en el rostro.

—Lo que hacían eran exorcizar sus propios miedos —dijo—. Porque es evidente que la mayoría de estas mujeres, aunque no todas, eran inocentes. Claro que todos deberíamos ser así de inocentes.

—¿Eh? —Clarke no había logrado recuperar del todo el equilibrio y no prestaba atención a lo que le decía Keogh—. ¿Inocentes? —Volvió a mirar la placa.

—Completamente —asintió Harry—. Puede que a su manera tuvieran ciertas facultades, pero no se puede decir que fueran malvadas. ¿Brujería? ¡Hoy por hoy es probable que intentaras reclutarlas para la Sección PES!

De pronto, Clarke comprendió a qué se refería Keogh y supo que no estaba soñando; no era preciso que se pellizcara y despertara de golpe, todo se debía al efecto que Harry ejercía siempre en él. Tres semanas antes, en las islas griegas (¿sólo habían pasado tres semanas?) le había ocurrido lo mismo. Salvo que en aquella ocasión Harry se encontraba casi impotente porque no contaba con su necrolenguaje. Lo recuperaría más tarde y participaría en una doble misión: destruir al vampiro Janos Ferenczy y recuperar el control de...

Clarke contuvo el aliento y exclamó:

—¡Lo has recuperado! —Aferró a Harry por el brazo—. ¡El continuo de Möbius!

—No te pusiste en contacto conmigo —le reprochó Harry en voz baja—, de haberlo hecho, te habrías enterado.

—Recibí tu carta —se disculpó Clarke—, e intenté telefonearte una docena de veces. Si estabas en casa, no cogías el teléfono. Nuestros localizadores no pudieron encontrarte. —Levantó las manos y añadió—: ¡Harry, dame una oportunidad! Hace apenas unos días que he regresado del Mediterráneo y, además, tengo un montón de cosas con las que ponerme al día. Habíamos acabado el trabajo en las islas y suponíamos que tú habrías hecho lo mismo por tu parte. Nuestros PES estaban al corriente, claro; nos llegaban informes; sabíamos que la guarida de Janos, más allá de Halmagiu, había volado de la montaña en un abrir y cerrar de ojos. Sólo tú podías haber hecho algo así. Sabíamos que vencerías. ¿Pero recuperar además el continuo de Möbius? ¡Vaya, es fantástico! ¡Me alegro mucho por ti!

«¿De veras?», pensó Harry. Aunque en voz alta se limitó a responderle:

—Gracias.

—¿Cómo diablos lo hiciste? —Clarke seguía entusiasmado. Si se trataba de un montaje, se le daba de maravillas—. Me refiero a cómo destrozaste el castillo de ese modo. ¡Si los informes son correctos, fue algo devastador! ¿Fue así como murió Janos, en la explosión?

—No te precipites —le sugirió Harry, cogiéndolo del brazo—. Podemos hablar mientras me llevas a ver a esa chica.

El entusiasmo de Clarke decayó rápidamente.

—Está bien —asintió, más tranquilo—, menudo lío tenemos entre manos. No te gustará, Harry.

—¿Qué tiene eso de nuevo? —El necroscopio parecía tan tranquilo (¿resignado, sentimental, sarcástico?) como siempre. A pesar de que trató de que no se le notara,

Clarke sospechó que además se mostraba circunspecto—. ¿Acaso me has mostrado alguna vez algo que me gustara?

Pero Clarke tenía una respuesta preparada.

—Si todas las cosas fueran como nos gustaran, nos quedaríamos sin trabajo. Si por mí fuera, me retiraría encantado mañana mismo. Me paso la vida amenazando con hacerlo. Pero cuando veo algo como..., como lo que voy a enseñarte, entonces sé que alguien tiene que encargarse de esto.

Mientras subían por la explanada, Harry exclamó:

—¡Éste sí que es un castillo! —Su voz sonaba más animada—. En cuanto al castillo Ferenczy, estaba en ruinas mucho antes de que me ocupara de él. Me has preguntado cómo lo hice. —Lanzó un suspiro y continuó—: Hace mucho tiempo, hacia el final del asunto Bodescu, me enteré de que había un depósito provisional de explosivos y municiones en Kolomyya y utilicé material de allí para volar el *château* Bronnitsy. En fin, dado que el método sencillo suele ser el mejor, volví a echar mano de él. Hice dos o tres viajes, a través del continuo de Möbius, claro, y metí suficiente explosivo plástico en los cimientos del castillo de Janos como para mandarlo al infierno. No quiero siquiera imaginar lo que había en las entrañas de aquel lugar, pero tengo la certeza de que había allí *cosas* que ni siquiera yo he visto ni deseo ver. Darcy, ¿sabías que con el Semtex que cabe en una uña se pueden volar los ladrillos de una pared? Imagínate el efecto de un par de cientos de kilos. Si había allí algo que pudiéramos considerar «con vida» —se encogió de hombros y sacudió la cabeza—, seguro que estaba muerto cuando terminé mi trabajo.

Mientras Harry hablaba, el jefe de la Sección PES lo observaba con disimulo, para que no se percatara. Parecía básicamente el mismo hombre al que Clarke había ido a ver a Edimburgo hacía un mes, visita que para Clarke había acabado en Rodas y las islas del Dodecaneso, y para Harry en las montañas de Transilvania. *Parecía* el mismo, pero ¿lo era?

La cuestión era que Darcy Clarke conocía a alguien que sostenía que no era el mismo.

Harry Keogh era un ser compuesto, era dos hombres: la mente de uno en el cuerpo de otro. La mente era la de Keogh y el cuerpo era de..., había sido de Alec Kyle. Y Clarke también había conocido a Kyle en su época. Lo más extraño de todo era que a medida que pasaba el tiempo, el rostro y la forma de Kyle se parecían cada vez más al viejo Harry, cuyo cuerpo estaba muerto. Y ése era un detalle que siempre daba mucho que pensar a Clarke. Lo desechó, se sacó de la cabeza el tema metafísico y se concentró en el puramente físico.

El necroscopio rondaría los cuarenta y tres o cuarenta y cuatro, pero aparentaba cinco años menos. Aunque, claro, eso sólo se refería al cuerpo, porque su mente tenía otros cinco años menos. Sólo pensar en alguien como Harry Keogh ya resultaba extraño, y Clarke se esforzó por concentrarse en lo físico.

Los ojos de Harry eran del color de la miel, de vez en cuando se mostraban a la defensiva y con frecuencia eran melancólicos como los de un cachorro, o así debían de ser detrás de las gafas de sol, bajo la sombra que proyectaba el sombrero de ala ancha estilo años treinta. Si había algo en el mundo que Clarke detestaba era ver a Harry con esas gafas oscuras y ese sombrero. En cualquier otro no le habría molestado. Pero en Harry, lo detestaba, y más en ese momento. Sobre todo, las gafas de sol. Clarke tomó nota mentalmente para reflexionar sobre ese aspecto, porque si bien era normal llevarlas en las islas griegas a finales de abril o principios de marzo, en Edimburgo y en esa época del año no pegaban nada. A menos que tuviera la vista

débil. O le hubieran cambiado los ojos...

Las canas, distribuidas de manera tan uniforme que daban la impresión de ser una afectación o de haber sido puestas allí deliberadamente, abundaban en la cabellera castaña y rizada de Harry. Unos años más y el gris dominaría; las canas le otorgaban un aspecto de cierta erudición, un aire docto. Docto, sí, ¿pero en qué temas fabulosos? Aunque la verdad era que Keogh no había sido así. Al menos no solía ser así. ¿Harry, experto en magia negra? ¿Hechicero? ¡Por Dios, no!

... Simplemente necroscopio: un hombre que hablaba con los muertos.

El cuerpo de Keogh había sido rechoncho, quizá con un cierto exceso de peso. Aunque con su altura, aquello no debía de haber importado mucho. Pero a Harry sí que le importaba. Después del asunto del *château* Bronnitsy —de su metempsicosis— había adiestrado su nuevo cuerpo para tratar de alcanzar la perfección. O al menos hizo lo posible, si se tenía en cuenta la edad. Por eso sólo aparentaba treinta y siete o treinta y ocho años.

Y dentro del cuerpo de Harry y detrás de su rostro, un inocente. O alguien que había sido inocente. Él no había pedido ser como era, no había querido convertirse en el arma más poderosa de la Sección PES ni hacer las cosas que había hecho. Pero siendo como era, el resto había venido rodado. ¿Y ahora? ¿Seguía siendo inocente? ¿Conservaba todavía el alma de un niño? ¿Tenía alma acaso? ¿No estaría poseído por algo?

Los dos hombres pasaron debajo del arco de la sala de guardia militar, donde varios agentes de policía habían estado interrogando a un grupo de soldados uniformados, y siguieron por un pasadizo empedrado que conducía al castillo propiamente dicho. Todos los agentes que estaban en la sala de guardia parecieron darse cuenta de que Clarke era un pez gordo; nadie los detuvo. De pronto, la masa del castillo surgió ante ellos.

—¿De modo que no hace falta que ponga orden en todo aquello? No has dejado nada por hacer, ¿verdad? —preguntó Darcy.

—Nada —respondió Harry—. ¿Qué me dices de la organización de Janos en las islas?

—No queda nada —respondió Darcy, con decisión—. Ni de la organización ni de la gente. Pero he dejado a algunos de mis hombres vigilando, sólo para asegurarme.

El rostro de Harry estaba pálido y sombrío pero se esforzó por esbozar una sonrisa extraña y triste.

—Muy bien, Darcy. Siempre vas a lo seguro. Nunca corres riesgos. Y menos con cosas así.

Había algo raro en su tono; Clarke miró de reojo al necroscopio, lo observó disimuladamente mientras entraban en la sombra de un ancho patio, en cuyos tres lados se alzaban unos edificios desolados.

—¿Quieres contarme cómo fue?

—No —respondió Harry, y sacudió la cabeza—. Tal vez más adelante. O tal vez no. —Se volvió y miró a Clarke a los ojos—. Todos los vampiros se parecen. Además, ¿qué puedo contarte yo que tú ya no sepas? Sabes cómo matarlos, es un hecho...

Clarke miró fijamente los cristales negros y enigmáticos de las gafas de Harry.

—Tú nos enseñaste, Harry.

Keogh volvió a sonreír con tristeza y, en apariencia de modo casual —aunque Clarke sospechó que lo hizo deliberadamente—, se quitó las gafas. Sin apartar el rostro, plegó las patillas de las gafas, se las guardó en el bolsillo y dijo:

—¿Y bien?

Clarke se quedó boquiabierto, retrocedió, tambaleándose, y a duras penas logró contener el suspiro de alivio que nacía en su interior. Lo había cogido desprevenido (otra vez); miró a los ojos perfectamente normales del otro, de un castaño perfecto, y respondió:

—¿Cómo y bien?

—Y bien, ¿adónde vamos? —respondió Harry, y se encogió de hombros—. ¿O es que ya hemos llegado?

Clarke hizo acopio de su ingenio y contestó:

—Sí, casi.

Lo guió por unas escaleras de piedra, pasaron por debajo de un arco cruzaron el umbral de una pesada puerta y entraron en un pasillo de lajas. Al salir al pasillo, un policía militar se cuadró y los saludó. Clarke no lo sacó de su error, se limitó a hacer una inclinación de cabeza y pasó delante de él junto con Harry. A medio pasillo había un hombre de mediana edad —que a todas luces era policía, aunque vistiera de civil— que montaba guardia ante una puerta de roble con pasador de hierro.

Clarke volvió a inclinar la cabeza y el policía de paisano le abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Ahora sí que hemos llegado —dijo Harry, quitándole a Clarke las palabras de la boca.

A Harry Keogh no le hacía falta que nadie le dijera que cerca de allí había un muerto. Clarke dirigió otra mirada al necroscopio y lo condujo al interior de la habitación. El agente no los siguió, cerró la puerta despacio tras ellos.

La habitación estaba fresca: dos de las paredes eran de piedra natural: dos afloramientos volcánicos de gneis surgían en un rincón del suelo de lajas y llegaban a los muros. Aquel lugar había sido construido directamente en la piedra. A un lado había una estantería de acero, de las utilizadas en despensas. Al otro, junto al frío muro de piedra, había una camilla con un cuerpo y sobre éste una blanca sábana de plástico.

El necroscopio no perdió el tiempo. A Harry Keogh los muertos no le causaban terror alguno. De haber tenido tantos amigos entre los vivos, habría sido el hombre más querido del mundo. *Era* el hombre más querido, pero quienes lo amaban no podían contárselo a nadie. Salvo a Harry.

Se acercó a la camilla, apartó la sábana de plástico del rostro, cerró los ojos y se meció sobre los talones. Había sido una muchacha dulce, joven e inocente —sí, otra inocente— y la habían atormentado. Y aún estaba atormentada. Tenía los ojos cerrados, pero Harry sabía que de haber estado abiertos en ellos habría encontrado terror. A través de los párpados pálidos, sentía que aquellos ojos muertos estaban ardiendo, gritaban aterrorizados.

Necesitaría consuelo. Las huestes de los muertos —la Gran Mayoría— lo habrían intentado, pero no siempre lo lograban. Con frecuencia, sus voces resultaban fantasmales, lúgubres, aterradoras a todo aquel que no las conociera. En la oscuridad de la muerte, podían parecer como visitantes nocturnos, pesadillas, como espíritus gimientes dispuestos a robar almas. Posiblemente, la muchacha creería que soñaba, tal vez sospechara que se moría, pero seguramente no sabría que ya estaba muerta. Costaba aceptarlo; los que acaban de morir casi siempre son los últimos en enterarse. Por eso son los menos capaces de aceptarlo. Sobre todo los muy jóvenes, porque sus mentes no han tenido ocasión de considerarlo.

Por otra parte, si de verdad había visto venir la muerte, si la había leído en los

ojos de su destructor, si había sentido el golpe aturdidor o las manos en la garganta, si había notado cómo le faltaba el aire o cómo el filo del instrumento de su destrucción le cortaba la carne, entonces, la muchacha lo sabría. Y tendría frío y miedo y estaría llorosa. Llorosa, sí, porque Harry sabía mejor que nadie cómo lloraban los muertos.

Titubeó, no sabía bien cuál sería la mejor manera de acercarse a ella, ni siquiera estaba seguro de si debía hacerlo, al menos de momento. Porque Harry sabía que había sido una muchacha pura, y que él era impuro. Aunque era evidente que la carne de la chica comenzaba a corromperse, había maneras y maneras de corromperse...

Abandonó con rabia aquella idea. No, él no era un profanador. Todavía. Era un amigo. Era el único amigo. Era el necroscopio.

Fuera como fuese, cuando posó la mano sobre la frente fría, ella se apartó como si la hubiera tocado una serpiente. No su cuerpo, porque estaba muerta, sino su *mente,* que se encogió, se encerró en sí misma como los tentáculos de una anémona de mar al ser rozados por un nadador. A Harry se le heló la sangre en las venas y por un momento se sintió horrorizado de sí mismo. Lo último que deseaba era asustarla todavía más.

La envolvió en sus pensamientos, en lo que cierta vez había sido el calor del necrolenguaje:

¡Tranquila!¡No tengas miedo!¡No te haré daño!¡Nadie podrá volver a lastimarte!

Había sido fácil. Sin intentarlo siquiera, le había dicho que estaba muerta. Pero al momento siguiente supo que ella ya lo sabía.

¡NO TE ACERQUES! El necrolenguaje de la muchacha sonó como un grito acongojado de tormento en la mente de Harry. ¡APÁRTATE DE MÍ..., *COSA ASQUEROSA*!

Como si alguien lo hubiera tocado con un cable eléctrico, Harry se sacudió junto a ella, se sacudió y tembló como si reviviera con ella sus últimos momentos. Sus últimos momentos con vida, pero no las últimas cosas que había conocido. Porque en ciertas circunstancias raras y piadosas, y obedeciendo órdenes de ciertos hombres monstruosos, hasta la carne muerta puede volver a sentir.

En una secuencia subliminal de pesadilla, una serie de temblorosas y caleidoscópicas imágenes se proyectaron en la pantalla de la mente metafísica del necroscopio y a continuación desaparecieron. Quedó el resplandor de aquellas imágenes, y Harry sabía que ese resplandor no se marcharía con tanta facilidad; probablemente, permanecería durante mucho tiempo. Lo supo con la misma certeza que supo a qué se enfrentaba, porque no era la primera vez que se encontraba ante algo semejante.

Algo cuyo nombre había sido... Dragosani.

En este caso, el asesino de aquella pobre chica había sido, como Dragosani, un nigromante, aunque en un aspecto particularmente horrendo era todavía peor. ¡Porque ni siquiera Dragosani había violado el cadáver de sus víctimas!

Pero ya ha terminado, le dijo a la muchacha. *No puede volver. Ahora estás a salvo.*

Notó cómo disminuía el estremecimiento en los pensamientos de la joven para dar paso a la curiosidad natural de su mente incorpórea. Quería conocerlo, pero de momento sentía miedo. También quería saber cuál era su *estado,* aunque probablemente aquello fuera lo más aterrador de todo. A su manera, la muchacha era valiente y tenía que estar segura.

¿Estoy...? (al volver a utilizar el necrolenguaje, su voz no sonó ya como un chillido, sino como un temblor), *¿de verdad estoy...?*

Sí, asintió Harry, y supo que ella sentiría el movimiento, del mismo modo que las huestes de los muertos captaban todos sus movimientos y cambios de humor. *Pero* (vaciló), *quiero decir..., ¡podía ser peor!*

Había pasado por todo aquello muchas veces, demasiadas, aunque no por eso le resultaba más sencillo. ¿Cómo se puede convencer a alguien que acaba de morir que podría ser peor? «Tu cuerpo se pudrirá y los gusanos se lo comerán, pero tu mente seguirá viva. Ah, por cierto, no verás nada, siempre estará oscuro, y no volverás a tocar ni saborear ni oler nada, pero podría ser peor. Tus padres y tus seres queridos llorarán ante tu tumba y te llevarán flores, tratarán de ver en ellas un retazo de tu cara o de tu cuerpo, pero tú no te enterarás de que están allí, ni podrás hablarles y decirles: "¡Estoy aquí!". No podrás consolarlos diciéndoles: "Podría ser peor".»

Así manifestó Harry su dolor, una expresión íntima, pero sus pensamientos estaban formulados en necrolenguaje. Ella los oyó, los sintió, y supo que se encontraba ante un amigo.

Eres el necroscopio, le dijo. *Intentaron hablarme de ti, pero tenía miedo y no quise escucharlos. Me alejé de ellos. No quería... hablar con los muertos.*

Harry lloraba. Unas lágrimas grandes le nublaron la vista, rodaron por sus pálidas mejillas demacradas y cayeron cálidas sobre su mano, posada en la frente de la muerta. No quería llorar, no sabía que podía, pero llevaba dentro algo que afectaba sus sentimientos, los amplificaba, elevándolos por encima de las emociones de los hombres corrientes. Algo inocuo, siempre que afectara una emoción como el dolor, que era totalmente humano.

Darcy Clarke se adelantó y tocó el brazo del necroscopio.

—¿Harry?

Harry lo apartó y con voz ahogada y ronca le ordenó:

—¡Déjanos solos! Quiero hablar con ella en privado.

Clarke retrocedió; la nuez de Adán se movió en su garganta. La expresión de Harry hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Por supuesto —respondió. Se dio media vuelta, abandonó la habitación y cerró la puerta.

Harry cogió una silla metálica que había junto a la estantería y se sentó al lado de la muchacha muerta. Con mucho cuidado, le acunó la cabeza entre los brazos.

Noto..., noto lo que me haces, le dijo, vacilante.

—Entonces notarás también que no me parezco a él —replicó Harry en voz alta. Prefería conversar con los muertos, de ese modo, todo le parecía más natural.

La chica ya no estaba tan asustada. El necroscopio era un consuelo; era como un puerto seguro y cálido. Para el caso, podía incluso haber sido su padre el que le acariciaba la cara. Aunque no habría podido sentirlo. Sólo Harry Keogh podía tocar a los muertos. Sólo Harry, y...

La muchacha volvió a sentir miedo, pero Harry lo detectó de inmediato y la calmó:

—Ya ha terminado y estás a salvo. No dejaremos..., *yo* no dejaré que nada vuelva a lastimarte. —Era algo más que una simple promesa, era un juramento solemne.

Al cabo de unos instantes, los pensamientos de la muchacha se calmaron y se mostró más tranquila. Con amargura, exclamó:

¡Yo estoy muerta, pero él... Esa cosa *está viva!*

—Es uno de los motivos por los que estoy aquí —le informó Harry—. Porque no has sido tú la única. Hubo otras antes que tú, y a menos que lo detengamos, después de ti habrá otras. Es muy importante que lo detengamos, porque no es sólo un asesino, sino un nigromante, lo cual lo hace mucho, pero mucho peor que la suma de los componentes. Un asesino destruye a los vivos, un nigromante atormenta a los muertos. ¡Pero éste disfruta con el terror de sus víctimas antes y después de matarlas!

No puedo hablar de lo que me hizo, dijo la muchacha, estremeciéndose.

—No hace falta —respondió Harry, y sacudió la cabeza—. En este momento, sólo me interesas tú. Sé que habrá gente que estará preocupada por ti. Y hasta que no sepamos quién eres, no podremos avisarlos para tranquilizarlos.

Harry, ¿crees que alguna vez podrán estar tranquilos?

Era una buena pregunta.

—No tenemos por qué contarles todo —respondió—. Tal vez pueda conseguir que sólo sepan que, bueno, que alguien te ha matado. No tienen por qué saber cómo.

¿Lo harás?

—Si tú me lo pides —asintió.

¡Pues hazlo!, exclamó, con un suspiro etéreo. *Eso era lo peor, Harry, pensar en mis padres, en cómo iban a tomárselo. Pero si puedes facilitarles las cosas... Creo que empiezo a entender por qué los muertos te quieren tanto. Me llamo Penny. Penny Sanderson. Y vivo..., vivía en...*

Y así, le contó al necroscopio todo sobre sí misma, y él recordó hasta el último detalle. Era lo que Darcy Clarke quería, aunque no era todo. Cuando Penny Sanderson terminó con su relato, Harry supo que debía lograr que fuera un paso más allá.

—Escúchame, Penny. Ahora no quiero que hagas ni digas nada. No intentes hablarme en absoluto. Pero tal como te he dicho antes, esto es importante.

¿Sobre él?

—Penny, antes, cuando te toqué y creíste que era él que había vuelto por más, recordaste cómo había sido. Al menos en parte. Pensaste en ello en forma de breves recuerdos. A eso se le llama necrolenguaje y yo pude captarlo. Pero estaba todo muy mezclado y desordenado.

Pero no hay nada mas, dijo. *Fue así como ocurrió.*

—De acuerdo —asintió Harry—, está bien, pero necesito volver a verlo. Porque cuanto mejor lo recuerde, más probabilidades tendré de encontrarlo. De modo que no tienes necesidad de contarme nada, al menos no de forma consciente. Simplemente te diré unas cuantas palabras a las que reaccionarás recordando lo que necesito. ¿Lo comprendes?

¿Asociación de palabras?

—Sí, más o menos. Salvo que, en este caso, la asociación será para ti algo horrendo, aunque sin duda más fácil que hablar de ello.

La muchacha comprendió; Harry sintió su voluntad de cooperar. Antes de que pudiera echarse atrás, dijo:

—¡Cuchillo!

Una imagen golpeó la pantalla de su mente como una mezcla de sangre y ácido. La sangre lo sacó de sus casillas y el ácido lo quemó con su calor, fijó la imagen para siempre. Harry retrocedió ante el insoportable horror de la chica y, de no haber estado sentado, habría caído al suelo. El choque fue así de fuerte, aunque duró una fracción de segundo.

Cuando la muchacha dejó de sollozar, le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

No..., sí.

—¡Cara! —le espetó Harry.

¿Cara?

—Su cara —insistió Harry.

Y una cara enrojecida, con una sonrisa malévola y lujuriosa, la boca abierta y babeante y unos ojos insensatos como diamantes helados, pasó rauda ante la mente del necroscopio. Pero no tan rauda como para que no pudiera captarla. Esta vez la muchacha no lloró. Quería que aquello sirviera para algo. Quería que *aquel ser* fuese llevado ante la justicia.

—¿Dónde?

Una imagen de..., ¿un aparcamiento? ¿Un restaurante de la autopista? La oscuridad traspasada por puntos luminosos. Una hilera de coches y camiones que avanzaban por tres carriles; luces que venían de frente y que encandilaban momentáneamente. Y limpiaparabrisas que se movían..., izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda...

Pero no había dolor, por lo que Harry supuso que no fue allí donde ocurrió. No, allí había comenzado a suceder, probablemente donde la chica lo encontró.

—¿Te recogió en un coche?

La imagen, borrosa por la lluvia, de un panel azulado con letras blancas impresas o pintadas: ¿FRID o FRIG? El panel tenía muchas ruedas y soltaba humo. Era la forma en que la muchacha lo recordaba. ¿Un vehículo largo? ¿Un camión? ¿Con remolque?

—Penny, quiero que entiendas que debo hacerlo..., sólo que esta vez no me refiero a dónde lo conociste. *¿¡Dónde!?*

¡Hielo! ¡Frío terrible! ¡Oscuridad! ¡Todo el lugar vibraba o palpitaba suavemente! ¡Y cosas muertas colgadas por todas partes! Harry intentó formar una imagen en su mente, pero no había nada claro, sólo el miedo de la muchacha y su incredulidad de que aquello le estuviera ocurriendo a ella.

Volvió a llorar, aterrorizada; Harry supo que pronto tendría que interrumpir el interrogatorio; era incapaz de causarle más daño. Aunque al mismo tiempo sabía que en ese momento no debía ceder.

—¡Muerte! —le espetó, y se odió a sí mismo.

La escena del cuchillo volvió a repetirse y Harry comprendió que la estaba perdiendo, notó cómo se alejaba de él. Antes de que ocurriera le dijo:

—¿Y... después?

¡Dios santo, no quería saberlo! ¡No quería saberlo!

Penny Sanderson lanzó un grito prolongado.

Pero el necroscopio recibió la imagen.

Y deseó no haberse tomado aquella molestia...

Capítulo dos

Sobre la espalda... y la pican...

Harry permaneció con la muchacha durante otra media hora; trató de calmarla, hizo lo que pudo para tranquilizarla, y así logró sacarle algunos datos personales, los suficientes para que la policía pudiera comenzar su trabajo. Cuando llegó la hora de marcharse, ella lo retuvo y le hizo prometer que volvería a visitarla. No llevaba mucho tiempo en ese estado, pero Penny ya había descubierto que la muerte era algo muy solitario.

El necroscopio estaba hastiado —o al menos eso creía él— de la vida, de la muerte, de todo. Creía que necesitaba una motivación. Antes de dejarla, le preguntó si le molestaba que la mirase. Ella le contestó que de haber sido cualquier otra persona le habría dado igual, porque ni siquiera se habría enterado de que la estaban mirando. Pero en el caso de Harry, sí que lo sabría, pues él era el necroscopio. Era una muchacha tímida.

—¡Eh! —protestó él, suavemente—. ¡No soy ningún mirón!

Si no estuviera..., si él no me hubiera..., si no estuviera marcada, entonces no creo que me importara, le dijo.

—Penny, eres preciosa —le dijo Harry—. ¿Y yo? A pesar de todo lo dicho y hecho, no soy más que un ser humano. Pero, créeme, no quiero ofenderte cuando te digo que en este momento no estoy interesado en ese aspecto. Quiero verte precisamente porque estás marcada. Necesito sentir rabia. Y ahora que te conozco, sé que si veo lo que te hizo sentiré mucha rabia.

Entonces tendré que imaginar que eres mi médico, contestó ella.

Harry apartó con suavidad la sábana de plástico del cuerpo joven y pálido, la miró y con un estremecimiento volvió a cubrirla.

¿Tan mal estoy? Hizo un esfuerzo por contener un sollozo. *Es una pena. Mamá siempre me decía que podía ser modelo.*

—Claro que sí —respondió él—. Eras muy hermosa.

¿Y ahora ya no? Aunque lograba contener las lágrimas, Harry notó cómo se desbordaba la desesperación de la chica. Al cabo de un rato, le preguntó: *¿Harry, te ha dado rabia?*

Sintió que un gruñido le subía por la garganta, lo contuvo y, antes de irse, contestó:

—Sí, me ha dado rabia.

Darcy Clarke seguía fuera, con el policía de paisano. Harry tenía aspecto de fatigado cuando se reunió con ellos y cerró la puerta.

—Le he dejado la cara destapada —dijo. A continuación dirigió una mirada colérica al agente y añadió—: ¡*No* le tapen la cara!

El otro enarcó una ceja con aire indiferente, se encogió de hombros y con el acento nasal de Glasgow y un tono nada compasivo preguntó:

—¿Quién yo? Yo no tengo nada que ver con eso, jefe. ¡Pero cuando están muertos se les tapa la cara!

Harry se volvió rápidamente hacia él con los ojos muy abiertos, las aletas de la nariz palpitantes y la cara crispada y fue entonces cuando el instinto de Darcy Clarke se hizo cargo de la situación. De repente, el necroscopio se había vuelto peligroso y el extraño don de Clarke lo percibió. Había en él una rabia inmensa que debía desahogar con alguien. Clarke sabía que esa rabia no iba dirigida al policía ni a nadie en particular, tan sólo necesitaba un desahogo.

Se interpuso veloz entre Harry y el agente especial y aferró al necroscopio por los brazos.

—Venga, Harry —le dijo con urgencia—. Ya vale. Lo que ocurre es que esta gente ve cosas así todos los días. No los afecta tanto. Se acostumbran.

Con un esfuerzo, Harry logró dominarse. Miró a Clarke y gruñó:

—¡No ven cosas así todos los días! ¡Nadie puede «acostumbrarse» nunca a la idea de que alguien (algo) pueda hacerle eso a una chica! —Al ver la expresión de asombro de Clarke, añadió—: Ya te lo explicaré después.

Miró por encima del hombro de Clarke y con un tono casi civilizado —¿más civilizado?— preguntó al agente:

—¿Tiene usted una libreta?

Perplejo, sin saber qué ocurría y con la única idea de cumplir con su trabajo, el otro respondió:

—Sí —y buscó a tientas en el bolsillo. Garabateó rápidamente cuando Harry le dio el nombre de Penny, su dirección y los datos de su familia. Después de lo cual, y con aire aún más perplejo, preguntó—: ¿Está usted seguro de estos datos, señor?

Harry asintió.

—Usted asegúrese de pasarlos tal como se los he dado, ¿de acuerdo? No quiero que nadie le tape la cara. Penny detestaba llevar la cara tapada.

—¿Conocía usted a la muchacha?

—No —respondió Harry—. Pero ahora la conozco.

Dejaron al agente, que hablaba ya por su walkie-talkie y se rascaba la cabeza, y salieron al patio a respirar el aire fresco. Cuando quedaron bajo el sol, Harry se puso las gafas oscuras y se subió el cuello del abrigo.

—Hay algo más, ¿no es cierto? —preguntó Clarke.

Harry asintió, pero inmediatamente dijo:

—Da igual lo que haya, ¿qué has averiguado tú? ¿Sabes a qué te estás enfrentando?

Clarke levantó las manos y contestó:

—Sólo que se trata de un asesino reincidente y que es raro.

—¿Pero sabes lo que hace?

—Sí —asintió Clarke—. Sabemos que es algo sexual. Al menos un tipo de sexo. Del enfermizo.

—Más enfermizo de lo que imaginas. —Harry se estremeció—. El tipo de conducta enfermiza que tendría Dragosani.

—*¿Qué?*—exclamó Clarke, y se detuvo.

—Un nigromante —le respondió Harry—. Asesino y además nigromante. Y, en cierto modo, peor que Dragosani, porque además es necrofílico.

Clarke se las arregló para hacer una mueca y poner cara inexpresiva al mismo

tiempo.

—Refréscame un poco la memoria —le pidió—. Sé que debería haberlo captado, pero no me aclaro.

Harry reflexionó unos instantes antes de contestar, pero al final la única manera de explicarlo era decirlo tal como era.

—Dragosani destrozaba los cadáveres de los muertos para sacarles información —dijo, por fin—. Ése era su «don», del mismo modo que tú tienes el tuyo y yo el mío. La nigromancia. A eso se dedicaba cuando trabajó para Gregor Borowitz y la Sección PES soviética en el *château* Bronnitsy, a «examinar» los cadáveres de los enemigos de su país. Era capaz de leer sus pasiones en la mucosidad de sus ojos, de arrancar las verdades de sus vidas de las vísceras, de sintonizar los susurros de sus cerebros paralizados y de olisquear los más ínfimos secretos en los gases que soltaban sus intestinos hinchados.

Clarke levantó una mano en señal de protesta.

—¡Por favor, Harry..., *eso* ya lo sé!

El necroscopio asintió y prosiguió:

—Pero no sabes lo que se siente al estar muerto, y por eso no lo comprendes. Porque ni siquiera llegas a imaginar de qué hablo. Sabes lo que yo hago y lo aceptas porque lo sabes a ciencia cierta, pero en el fondo sigues creyendo que es algo demasiado rebuscado para pensar en ello. De modo que no piensas en ello. Y no te culpo. Por eso te pido que me escuches. Sé que siempre he sostenido que era diferente de Dragosani, pero en ciertos aspectos él y yo nos parecíamos. Ni siquiera ahora me gusta reconocerlo, pero es la verdad. Ya sabes lo que ese cabrón hizo a Keenan Gormley, en qué lo convirtió, pero sólo *yo* sé lo que Gormley pensaba de todo aquello.

Y fue entonces cuando Clarke lo comprendió. Aspiró profundamente y sintió que se le erizaban los pelos de la nuca al tiempo que un temblor irrefrenable le recorría el cuerpo.

—¡Dios santo, tienes razón! —exclamó con un hilo de voz—. ¡No pienso en ello porque no *quiero* hacerlo! ¡Pero en realidad Keenan lo sabía! ¡*Sintió* todo lo que Dragosani le hizo!

—Exacto —dijo Harry, y prosiguió, implacable—: La tortura es la principal herramienta del nigromante. Los muertos sienten cómo el nigromante trabaja sobre ellos, del mismo modo que me oyen a mí cuando les hablo. Y mientras a los vivos les queda el recurso del grito, ellos no pueden hacer nada, ni siquiera gritar. Y tampoco ser oídos. ¿Y Penny Sanderson?

Clarke palideció por un instante.

—¿Sintió que...?

—Todo —gruñó Harry—. ¡Y ese cabrón, sea quien sea, lo sabía! Ya ves, la violación es una cosa, de por sí bastante grave cuando el que la sufre está vivo, pero la necrofilia es algo bien distinto, un ultraje perpetrado contra los muertos *que no sienten;* lo que él hace es aún más bajo. Tortura a sus víctimas mientras están vivas, y luego las tortura después de muertas... y sabe que mientras lo hace sus víctimas lo sienten todo. Utiliza un cuchillo con hoja curvada, como una herramienta para sacar tierra cuando vas a plantar un bulbo. Es afiladísimo y..., y no lo utiliza para sacar tierra.

Clarke tenía la intención de hacer un alto en la sala de guardia para hablar con los policías que había allí. Pero en ese momento, pálido como un fantasma, se apoyó en el muro bajo del castillo. Se aferró a los ladrillos para no caerse, respiró

entrecortadamente y se controló para no arrojar la bilis que le subía desde el estómago.

—¡Dios santo, Dios santo! —gritó con voz ahogada. Ya lo comprendía todo y nada podía hacer para borrar la imagen que se había formado en su mente. ¿Sexo desviado? ¡Por favor, qué eufemismo!

Harry había seguido a Clarke hasta la pared. El jefe de la Sección PES lo miró de soslayo, con los ojos húmedos.

—¡Les... les hace agujeros a esas pobres chicas y después los utiliza para hacer el amor!

—¿Amor? —siseó el necroscopio—. ¡Su carne abre surcos en la sangre del mismo modo que el morro de un cerdo abre surcos en la tierra, Darcy! ¡Con la diferencia de que el suelo no siente nada! ¿No te ha dicho la policía dónde deja su semen?

Los ojos de Clarke estaban anegados en lágrimas y la frente le quemaba, notó que la náusea daba paso a un odio frío casi tan intenso como el del necroscopio. No, la policía no se lo había dicho, pero ya lo sabía. Apartó la mirada, contempló la ciudad borrosa y preguntó:

—¿Cómo sabes que él sabe lo que ellas sienten?

—Porque habla mientras lo hace —respondió Harry, sin piedad—. Y cuando gritan en su agonía desesperadas por el dolor y le suplican que pare, las escucha. ¡Y después se ríe!

Clarke pensó: *¡Dios me ampare, no debí preguntar! ¡Y tú, cabrón, tú, Harry Keogh, no debiste habérmelo dicho!*

Con ojos enfurecidos, volvió el rostro hacia el necroscopio y... se encontró solo. El viento soplaba en la explanada y los turistas se agazapaban para no dejarse vencer por su fuerza. En el cielo, las gaviotas chillaban al tiempo que volaban en espiral llevadas por una corriente ascendente.

Pero Harry ya no estaba allí...

Más tarde, con ayuda de Clarke, Harry lo dispuso todo para que Penny Sanderson fuera incinerada. Los padres de la chica así lo querían y no les haría daño que todo fuera un montaje. De todos modos no se enterarían: Penny ya era cenizas cuando sus lágrimas cayeron sobre su ataúd vacío, antes de que éste se deslizara y desapareciera tras unas cortinas crujientes para convertirse en humo de madera.

Clarke no quería hacerlo, pero estaba en deuda con Harry. Por muchas cosas. Y no veía la hora de atrapar al maníaco que le había hecho eso a Penny y a muchas otras inocentes.

—Si tengo sus cenizas —le había dicho Harry—, sus cenizas puras, sin mezclar con tela quemada ni carbón, entonces podré hablar con ella cuando lo desee. Tal vez recuerde algo importante.

En aquel momento parecía lógico (si podía llamarse así a cuanto estaba relacionado con el necroscopio), de modo que Clarke había movido los hilos. Como jefe de la Sección PES poseía ese poder. Aunque de haber conocido toda la historia de lo ocurrido en el castillo de Janos Ferenczy, en Transilvania, tal vez se lo habría pensado dos veces. Para acabar no moviendo un dedo.

Sin duda, no habría seguido adelante con el plan si Zek Föener se hubiera

mantenido firme en su primera... ¿acusación? Bien, si no una acusación, sí al menos una premonición.

Zek era telépata y sumamente leal al necroscopio. En las islas griegas, al final del asunto Ferenczy, había tenido ocasión de ponerse en contacto mental con Harry, y durante ese contacto algo la había dejado paralizada de miedo. Pero tuvo que pasar un tiempo antes de que pudiera contar a Clarke lo ocurrido. En aquella ocasión, hacía menos de un mes, se encontraban en la isla de Rodas, y todavía recordaba claramente la conversación.

—¿Qué te ocurre, Zek? —le había preguntado cuando pudo hablar con ella a solas—. La expresión de tu cara ha cambiado cuando te has puesto en contacto con Harry. ¿Acaso está en apuros?

—No..., sí..., ¡no lo sé! —le había contestado; podía percibir el miedo y la frustración en cada una de sus palabras y sus movimientos. Después, le dirigió aquella misma mirada extraña, incrédula, que había visto cuando intentó ponerse en contacto con Harry, como si contemplara cosas extrañas en un mundo lejano, más allá de los tiempos y los lugares que conocemos. Recordó entonces que en una ocasión Zek había estado en un mundo así con Harry Keogh. ¡Un mundo de vampiros!

—Zek —le dijo—, si hay algo que debo saber sobre Harry, creo que es justo que me...

—¿Justo para quién? —lo había interrumpido—. ¿Para qué? ¿Es justo para él?

Entonces Clarke sintió que se le helaba la sangre, y respondió:

—Creo que es mejor que te expliques.

—¡No *puedo* explicar nada! —exclamó ella—. O tal vez sí. —La expresión vacía de sus hermosos ojos había cambiado un poco y su tono se había vuelto más razonable, incluso suplicante—. ¡Lo que pasa es que parece como si todas las mentes con las que me he puesto en contacto en estos últimos días hayan sido las de ellos! Quizás he empezado a encontrarlos allí donde..., ¿donde no los hay? ¿Donde es imposible que estén?

Supo entonces sin la menor duda lo que Zek intentaba decirle.

—¿Quieres decir que cuando te pusiste en contacto con Harry, sentiste que...?

—¡Sí..., *sí*! —volvió a exclamar—. Pero podría estar equivocada. ¿Acaso no es eso lo que está haciendo en este momento, enfrentarse a ellos? En este mismo instante está *cerca* de los vampiros, incluso mientras hablamos. Quizás entré en contacto con uno de ellos. Santo cielo, *tuvo* que haber sido uno de ellos...

Fin de la conversación, pero Clarke no había podido apartarla de su mente desde entonces. Cuando llegó el momento de abandonar las islas y volver a casa, le preguntó a Zek si quería visitar Inglaterra como invitada de la Sección PES.

Su respuesta había sido más o menos la que había imaginado:

—No engañas a nadie, Darcy. Además, no me gusta la idea de que quieras engañarme a mí, y menos después de todo esto. De manera que te lo diré sin rodeos: *detesto* las Secciones PES, ya sean soviéticas o británicas, o de donde sean. No me refiero a los PES en concreto sino al modo en que son utilizados, al hecho de que sea preciso utilizarlos. En cuanto a Harry, no iré contra el necroscopio. —Y sacudió la cabeza con decisión—. Harry y yo estuvimos en bandos diferentes, y me dio muy buenos consejos. «Nunca te enfrentes a mí ni a los míos», me dijo, y no voy a hacerlo. He visto su mente por dentro, Darcy, y sé que cuando alguien como Harry te dice algo así, más te vale hacerle caso. De manera que si hay... problemas, son tus problemas, no los míos.

Era el tipo de respuesta que preocupa todavía más.

Concluida la expedición griega, una vez en Londres, en la Central de la Sección PES, se encontró con una montaña de trabajo atrasado. Durante los primeros días de su regreso al despacho, Clarke comenzó a solucionar muchos de los asuntos pendientes, y con ello había logrado liberar su mente de gran parte del horror del caso Ferenczy. Pero las pesadillas no le dejaban dormir. Sobre todo una muy desagradable y repetitiva.

En esencia ocurría lo siguiente: se encontraban (Clarke, Zek, Jazz Simmons, Ben Trask, Manolis Papastamos: casi todo el equipo griego, con la importante excepción de Harry Keogh) en una barca que se mecía suavemente sobre un mar completamente en calma. Aquel mar era tan azul que sólo podía tratarse del Egeo. Una islita desnuda, rocosa, flotaba en el azul formando una silueta negra de contornos dorados contra la enceguecedora refracción del sol que comenzaba a ocultarse tras el promontorio rocoso de la isla para producir un efímero crepúsculo. Una escena serena, inmaculadamente estructurada, vívida, real; no había en ella un solo indicio de que se tratase del preludio de una pesadilla. Pero como se trataba de un hecho que se repetía —en realidad, cada noche—, Clarke sabía siempre lo que ocurriría después y dónde debía buscar su inicio.

Miraba a Zek, preciosa, con un traje de baño que dejaba poco a la imaginación, que tomaba el sol tendida sobre una estrecha plataforma acoplada a las hiladas superiores de la proa. Estaba tumbada boca abajo, con el rostro ladeado y una mano hundida en el agua. El mar estaba tan en calma que sus dedos provocaban pequeñas olas. Pero entonces...

Zek miró de repente la mano que tenía en el agua, la sacó violentamente y después de volver a observarla lanzó un grito de disgusto y se abalanzó hacia el interior de la barca. ¡La mano le sangraba! No, no le sangraba, sino que estaba ensangrentada... como si la hubiera hundido en la sangre de alguien. Para entonces, toda la tripulación había contemplado cómo en el mar se formaba un enorme surco rojo, un manchón alargado que parecía una capa de aceite (¿o de sangre?) que flotaba sobre el agua, alrededor de la barca, lamiéndola con sus franjas encarnadas.

¿Pero de dónde procedía?

Todos miraban el mar, en la distancia, siguiendo la mancha hasta llegar a su origen. Aparecía entonces algo que no habían notado: a apenas cincuenta metros, la proa verrugosa y cubierta de crustáceos de una embarcación hundida surgía del agua a manera de grotesco saludo. El mascarón de proa era una cara horrible pero *reconocible,* una figura con la boca abierta y unos colmillos desproporcionados; de la boca manaba, cual grito silencioso, un torrente inagotable de sangre.

¿Y el nombre de aquella embarcación que zozobraba, tragada por su propia sangre, antes de perderse de vista? A Clarke no le hizo falta leer todas las letras negras pintadas en su quilla leprosa mientras una tras otra iban desapareciendo en orden decreciente en el mar escarlata: O...R...C...E...N.

No, sabía ya que se trataba de la nave apestada *Necroscopio,* que había zarpado de Edimburgo, contaminada en extraños puertos y condenada por toda la eternidad a los mares de sangre. O hasta que zozobrara como hacía en aquel momento.

Contempló espantado cómo se hundía, y se puso en pie de un salto cuando Papastamos lanzó una maldición y se precipitó para aferrar un lanzaarpones. La mancha de sangre junto a la barca comenzó a hervir, a despedir humo al tiempo que algo indefinible afloraba a la superficie. Un cuerpo desnudo, boca abajo, flotó y se bamboleó como una extraña medusa agitando los tentáculos de sus brazos y sus

piernas. Débil como una medusa, intentó nadar.

Papastamos se acercó a la borda y apuntó con su arma; Clarke avanzó y gritó «¡No!», pero demasiado tarde. El arpón de acero siseó en el aire y se hundió con un ruido sordo en la espalda del solitario superviviente, que se sacudió en el agua y se dio la vuelta.

Su cara era la misma que aparecía en el mascarón de proa, y sus ojos carmesíes centelleaban y su boca escarlata escupía sangre mientras se hundía para perderse de vista por última vez...

En ese momento, Clarke se despertó sobresaltado.

Como se sobresaltaba ahora al oír sonar el teléfono, aunque suspiró aliviado al ver interrumpida esa cadena de pensamientos. Dejó que el teléfono sonara unos instantes y analizó su pesadilla a la luz de la fría lógica.

Clarke no era un oniromante, pero la interpretación del sueño era bien simple. Consternada, Zek había señalado a Harry con el dedo de la sospecha. En cuanto al telón de fondo del mar Egeo y a la sangre resultaba de lo más apropiado en esas circunstancias, sobre todo considerando los acontecimientos del pasado reciente.

¿Cuál era la conclusión del sueño? Papastamos había puesto fin al horror, pero eso no era significativo, no había sido ésa la finalidad. No tenía por qué ser Papastamos, podía haber sido cualquiera de ellos..., exceptuando a Clarke. *Ahí* estaba la cuestión: que no lo había hecho Darcy Clarke en persona y que él no había querido que ocurriera. De hecho, había tratado de impedirlo. De la misma manera que en ese mismo momento se mostraba más que reacio a iniciar ninguna...

El teléfono iba a sonar por quinta vez cuando lo cogió, pero el alivio que sintió al oír el primer timbrazo fue efímero: su pesadilla hablaba desde el otro extremo de la línea.

—¿Darcy? —la voz del necroscopio sonó tranquila, sosegada, más indiferente de lo que Clarke la hubiera oído jamás.

—¿Harry? —Clarke pulsó un botón de su escritorio para grabar la conversación y otro para advertir a la centralita que intentara localizar la llamada—. Creí que me llamarías mucho antes.

—¿Y por qué?

Harry formulaba buenas preguntas, y ésa dejó a Clarke de una pieza. Porque, después de todo, la Sección PES no era propietaria de Harry Keogh.

—¡Por tu interés en ese asesino reincidente! —respondió enseguida—. Ya han pasado diez días desde que nos vimos en Edimburgo, y desde entonces sólo hablamos una vez. Supongo que esperaba que averiguaras algo pronto.

—¿Y tu gente? —preguntó Harry—. Tus PES, ¿han logrado averiguar algo? ¿Tus telépatas, tus expertos en corazonadas, precognición y localizaciones? ¿Ha descubierto algo la policía? Claro que no, porque de ser así, no me estarías preguntando. Oye, que yo soy un solo hombre, Darcy, y tú cuentas con todo un equipo.

Clarke decidió seguirle el juego.

—Muy bien, pues, ¿a qué debo el placer de tu llamada, Harry? No puedo creer que sea por pura cortesía.

La risita del necroscopio —normal, aunque un tanto seca— le produjo un cierto alivio.

—Eres estupendo como contrincante dialéctico —le dijo—. Lástima que te des por vencido tan pronto. —Antes de que Clarke pudiera replicar, prosiguió—: Necesito cierta información, Darcy, por eso te llamo.

¿Con quién estaré hablando?, se preguntó Clarke. *¿Con qué estoy hablando? ¡Dios santo, si pudiera estar seguro de que eres tú, Harry! Quiero decir, todo tú,* sólo *tú. Pero no estoy seguro, y si no eres todo tú..., entonces, tarde o temprano tendré la obligación de ponerle remedio.* Y precisamente de eso trataba su pesadilla. En voz alta preguntó:

—¿Información? ¿En qué puedo ayudarte?

—En dos cosas —respondió Harry—. La primera es complicada: detalles sobre las demás chicas asesinadas. Bueno, ya sé que podría conseguirlos por mi cuenta; tengo amigos en los sitios adecuados, ¿no? Pero esta vez preferiría no importunar a las huestes de los muertos.

—¿Y eso? —Clarke sintió curiosidad. De pronto, Harry parecía evasivo. ¿Importunar a la Gran Mayoría? ¡Los muertos harían cualquier cosa por el necroscopio..., incluso levantarse de sus tumbas!

—Ya les hemos pedido demasiadas cosas a los muertos —intentó explicar Harry, como si le hubiera leído la mente—. Ha llegado la hora de que les hagamos unos cuantos favores.

—Dame media hora y te haré una copia de todo lo que tengo —dijo Clarke, todavía intrigado—. Puedo enviártelo por correo o..., olvídalo, he dicho una tontería. Puedes pasar a recoger el material personalmente.

Otra vez la risita de Harry.

—¿Quieres decir a través del continuo de Möbius? ¿Y volver a disparar todas esas alarmas? —Dejó de reírse—. No, envíamelo por correo. Ya sabes que la Central no es santo de mi devoción. ¡Tus PES me dan grima!

Clarke soltó una sonora carcajada. Era una carcajada forzada, pero abrigó la esperanza de que Harry no lo hubiera notado.

—¿Y cuál es la otra cosa en la que puedo ayudarte, Harry?

—Algo fácil —respondió el necroscopio—. Puedes hablarme de Paxton.

Aquello le cayó como un golpe inesperado.

—¿Pax...? —A Clarke se le borró la sonrisa de la cara y frunció el entrecejo. ¿Paxton? ¿Qué pasaba con Paxton? No sabía nada de él, sólo que había estado unos meses a prueba como PES, como telépata, y que el ministro responsable lo había rechazado por algún motivo: al parecer, un par de fallos en sus antecedentes.

—Sí, Paxton —repitió Harry—. Geoffrey Paxton. Es uno de los tuyos, ¿no? —Su voz se había endurecido, tenía una especie de precisión mecánica, fría y controlada. Como una computadora que esperara una información de vital importancia para poder iniciar sus cálculos.

—Era —respondió al fin Clarke—. Iba a ser uno de los nuestros. Pero, al parecer, había un par de manchas oscuras en su pasado que jugaron en su contra y perdió el tren. ¿Cómo has sabido de él? O, para ser más exacto, ¿qué sabes de él?

—Darcy —la voz de Harry se había endurecido aún más. No sonaba amenazadora, no había en ella amenaza alguna, pero Clarke percibía una especie de advertencia en el tono—. Puede decirse que hemos sido amigos durante mucho tiempo. Me la he jugado por ti y tú te la has jugado por mí. No me gustaría pensar que ahora me estás engañando.

—¿Engañarte a ti? —La respuesta de Clarke fue instintiva, natural, incluso algo ofendida, y con todo derecho, porque no ocultaba nada ni engañaba a nadie—. ¡Ni siquiera sé de qué me estás hablando! Es tal como te lo he dicho. Geoffrey Paxton es un telépata de una calidad normal pero que mejora rápidamente. O al menos lo era. Después lo perdimos de vista. Nuestro ministro encontró algo en él que no le gustó y

Paxton quedó descartado. Sin nosotros jamás logrará desarrollar plenamente su potencial. Lo vigilamos de vez en cuando para cerciorarnos de que no utiliza lo que tiene para aprovecharse demasiado de la sociedad, pero aparte de eso...

—Se *está* aprovechando —lo interrumpió el necroscopio, visiblemente enfadado—. ¡O al menos intenta aprovecharse de mí! Lo tengo sobre mis espaldas, Darcy, pegado como una lapa. Trata de meterse en mi mente, pero hasta ahora he logrado impedírselo. Pero ocurre que eso requiere un esfuerzo y acaba cansándome, ¡y ya estoy hasta el gorro de esforzarme tanto por una cosa así! ¡Por un cabrón rastrero que hace el trabajo sucio de otro!

Por un momento, Clarke se sintió confundido, pero sabía que si vacilaba se convertiría en sospechoso.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

—¡Averiguar quién lo dirige, claro! —exclamó Harry—. Y por qué.

—Haré lo que pueda.

—Haz algo más que eso —contestó Harry, seco como un disparo—. O tendré que encargarme yo mismo.

¿Por qué no te has encargado ya?, se preguntó Clarke. *¿O es que le tienes miedo a Paxton, Harry? Y si es así, ¿por qué?*

—Ya te he dicho que no es uno de mis hombres —comentó en voz alta—. Es la verdad, de modo que no puedes amenazarme a través de él. Pero tal como acabo de decir, haré lo que pueda.

Hubo una pausa. A continuación Harry preguntó:

—¿Y me pasarás los detalles sobre esas chicas?

—Te lo prometo.

—Muy bien. —La voz del necroscopio se había apaciguado un poco, había perdido algo de tensión—. No era..., no era mi intención ser tan duro, Darcy.

Clarke se ablandó enseguida y le dijo:

—Creo que tienes muchas preocupaciones, Harry. Quizá podamos hablar en algún momento..., personalmente, claro. Lo que quiero decir es que no tengas miedo de contar conmigo.

—¿Miedo?

Había escogido mal la palabra.

—Aprensión, si lo prefieres. Quiero decir que no te preocupes porque haya algo que no puedas contarme o de lo que no podamos hablar. No existe nada que no puedas contarme, Harry.

Hubo otra pausa larga y significativa.

—En estos momentos no tengo nada que contarte, Darcy. No obstante, te llamaré si eso ocurre.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. Ah, Darcy..., gracias.

Clarke se quedó allí sentado y reflexionó durante varios minutos sobre la conversación que acababa de mantener. Así, sentado tras su escritorio, mientras tamborileaba con los dedos de forma continua y monótona, notó que el toque de las primeras campanillas de alarma se convertía en un insistente clamor en el fondo de su mente. Harry Keogh le había pedido que averiguase quién dirigía a Paxton. ¿Pero

quién podía dirigirlo sino la Sección PES? ¿Y con qué fin?

El último que había ocupado aquel escritorio había sido Norman Harold Wellesley, un traidor. Wellesley ya no estaba, había muerto, pero el hecho de que hubiera existido —y precisamente en aquel trabajo— debía de haber provocado malestar en las escalas superiores. ¿Un doble agente? ¿Un espía entre espías mentales? Obviamente, era algo que no se podía permitir que volviera a ocurrir; pero ¿cómo impedir que ocurriera otra vez? ¿No sería posible, quizá, que hubieran nombrado a alguien para vigilar a los vigilantes?

Aquello le recordaba a Clarke una cancioncilla que su madre le cantaba cuando era niño y tenía comezón. Buscaba el lugar donde le picaba, lo rascaba y recitaba:

Las pulgas grandes llevan sobre sus
espaldas pulgas pequeñitas que las pican.
¡Y las pulgas pequeñitas llevan otras más
pequeñitas aún y así ad infinitum!

¿Estaría Clarke bajo vigilancia PES? De ser así, ¿qué pensamientos le habrían leído?

Se puso en contacto con la centralita y ordenó:

—Póngame con el ministro responsable. Si no puede ponerse, déjele dicho que quiero que me telefonee lo antes posible. Quiero que alguien me haga unas copias de los informes policiales sobre las muchachas víctimas de ese asesino reincidente.

Media hora más tarde le enviaron los informes y, mientras los metía en un sobre grande, le pasaron la llamada del ministro.

—¿Sí, Clarke?

—Señor, acabo de hablar por teléfono con Harry Keogh.

—¿Ah, sí?

—Me ha solicitado una serie de informes sobre las víctimas del asesino reincidente. Como recordará usted, le pedimos que nos ayudara en el caso.

—Recuerdo que *usted* solicitó su ayuda, Clarke. La verdad es que no estoy seguro de que haya sido buena idea. En realidad, creo que deberíamos replantearnos nuestra actitud hacia Keogh.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sé que ha sido de cierta ayuda para la Sección y...

—¿De cierta ayuda? —lo interrumpió Clarke—. ¿De cierta ayuda? Hace tiempo que estaríamos muertos de no haber sido por él. Y eso no se paga con nada. No me refiero sólo a nosotros, sino a todos. Y cuando digo todos, es todos.

—Las cosas cambian, Clarke —le respondió su superior, invisible, desconocido—. Son ustedes muy extraños, lo digo sin ánimo de ofender, y Keogh tiene que ser el más extraño de todos. Además, no es realmente uno de ustedes. De modo que a partir de ahora quiero que evite todo contacto con él. Volveremos a hablar de él más adelante, estoy seguro.

Las campanitas de advertencia repicaron con más fuerza. Hablar con el ministro responsable siempre era como hablar con un robot suave, pero en aquella ocasión, había sido demasiado suave.

—¿Y los informes policiales, se los doy?

—Creo que no. Por el momento, mantengámoslo a una distancia prudente, ¿de

acuerdo?

—¿Hay algo quizá por lo que debamos preocuparnos? —preguntó Clarke sin más rodeos—. ¿Cree usted que deberíamos vigilarlo?

—¡Vaya, me sorprende usted! —exclamó su interlocutor, más suave que nunca—. Tenía entendido que Keogh ha sido siempre un buen amigo suyo.

—Es verdad.

—Bien, sin duda, eso nos ha sido útil en su momento. Pero, tal como le he dicho, las cosas cambian. Ya volveremos a hablar sobre él a su debido tiempo... ¿Tenía usted alguna otra pregunta?

—Sí, una sola. —Clarke mantuvo el tono neutral, pero miró ceñudo el teléfono—. Se trata de Paxton. —Seguía el ejemplo de Harry Keogh, y funcionó del mismo modo que lo había hecho con Clarke.

—¿Paxton? —Oyó incluso que el ministro contenía el aliento. Después, con más cautela, quizás incluso con curiosidad, repitió—: ¿Paxton? Pero si ya no nos interesa, ¿verdad?

—Verá, es que estaba releyendo su expediente —mintió Clarke—, los informes sobre su evolución. Y me ha parecido que hemos perdido a un buen elemento. ¿No habrá sido usted demasiado exigente? Es una pena que lo perdamos si hay posibilidades de encauzarlo. La verdad es que no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar así estos talentos.

—Clarke —dijo el ministro con un suspiro—, usted desempeña un aspecto del trabajo y yo el mío. Yo no cuestiono sus decisiones, ¿verdad?

¿Que no las cuestiona?

—Le agradecería que no cuestionara usted las mías. Olvídese de Paxton, ya no está en esto.

—Como usted guste, pero creo que voy a mantenerlo vigilado. Aunque desde lejos. Al fin y al cabo, no somos los únicos que participamos en el juego de los espías mentales. No me gustaría nada que el bando contrario lo reclutara...

El ministro comenzaba a irritarse.

—¡Como si no tuviera usted bastante trabajo entre manos! —le recriminó—. Deje a Paxton en paz. ¡Con un control periódico bastará..., y cuando yo se lo ordene!

Clarke sólo era amable con quienes eran amables con él. Era demasiado importante como para dejar que lo pisaran.

—No se sulfure, señor —gruñó—. Cuanto digo y hago es en beneficio de la Sección, créame..., incluso si hiero sentimientos.

—Claro, claro. —El otro se mostró inmediatamente conciliador—. Pero estamos todos en el mismo barco, Clarke, y ninguno de nosotros lo sabe todo. De modo que, de momento, le pido que confiemos el uno en el otro, ¿de acuerdo?

¡Si, claro, seguro!

—Muy bien —respondió Clarke—. Siento haberle hecho perder tanto tiempo.

—No se preocupe. Pronto volveremos a hablar, estoy seguro...

Clarke colgó el teléfono y siguió mirándolo con el entrecejo fruncido; cerró entonces el sobre que contenía los informes policiales y escribió rápidamente la dirección de Harry Keogh. Borró la conversación que acababa de mantener con Keogh y después preguntó a la centralita si habían logrado localizar la llamada. Provenía del número de Harry en Edimburgo. Llamó por la línea directa, pero nadie contestó. Llamó después a un mensajero y le entregó el sobre.

—Envíelo por correo —le ordenó, pero antes de que el mensajero se marchara, cambió de parecer y le dijo—: No, haga un paquete con todo y despáchelo urgente. Y

después olvídese de que lo ha visto, ¿de acuerdo?

Al cabo de unos instantes volvió a quedar a solas con sus negros pensamientos y una comezón entre las paletillas a la que no lograba llegar.

La cancioncilla de su madre sobre las pulgas continuaba dándole vueltas en la cabeza de una manera persistente.

Capítulo tres

Suplantación

Harry Keogh, el necroscopio, no conocía la cancioncilla de Darcy Clarke, pero tenía una pulga en la espalda. Varias, en realidad. Y lo estaban picando.

Geoffrey Paxton era sólo una y probablemente la menos importante, pero dado que se trataba de la más inmediata y asequible resultaba la más aterradora. Harry no le tenía miedo a Paxton, sino más bien a lo que él mismo podía hacerle si perdía el control. Y a lo que esa pérdida de control podía suponerle a él, al necroscopio. Sabía lo fácil que sería traicionarse y revelar que ya no era un inocente y que una oscuridad inmensa y todavía no desarrollada (pero que sin duda se desarrollaría) había entrado en él.

Harry sabía que eso era lo que Paxton buscaba, una prueba de que el necroscopio ya no era un ciudadano o un habitante de la Tierra conveniente, que ya no era un hombre en realidad, al menos no del todo, sino una criatura extraña, una amenaza monstruosa. Cuando lo supiera con certeza, cuando ya no hubiera lugar a dudas, Paxton informaría de ese hecho y entonces se declararía la guerra.

Harry Keogh contra el resto. El resto de la humanidad. Y eso era lo último que Harry deseaba, estar a malas con un mundo y sus gentes, por quienes había luchado tanto y con tanto empeño por mantener a salvo.

Paxton era, pues, una pulga en la espalda de Harry, una minucia en el borde de su mente que intentaba abrirse paso para llegar más hondo, era, en suma, una *irritación.* Dado que la presencia de Paxton representaba una amenaza aún mayor, y que en definitiva acabaría por poner a prueba la existencia misma del necroscopio, se trataba de algo de lo que Harry hubiera prescindido gustosamente. ¡Porque para los wamphyri la única respuesta «honorable» a cualquier prueba sólo podía escribirse con sangre!

¡Wamphyri!

La misma palabra ya era... un Poder.

Era una cosquilla en el centro de su ser, una conciencia de pasiones que sobrepasaban las débiles y torpes emociones de los hombres, una energía nuclear salvaje y explosiva contenida —aunque apenas— en su sangre hirviente. Era una reacción en cadena que experimentaba incluso en aquel momento, y cuyo catalizador era la sangre. Y aquello, en sí mismo, también constituía una prueba. Pero una prueba a la que debía resistirse, a la que no debía contestar de ninguna manera, si deseaba seguir siendo humano en su mayor parte.

Por lo tanto, el tal Paxton era una pulga. Un invasor que metía su probóscide en el más privado e inviolable de todos los territorios humanos, la mente, para chuparle los pensamientos. Un espía, un ladrón de pensamientos, un parásito que había aparecido para succionarle los secretos a Harry, una pulga. Pero era sólo una pulga entre varias, y no era del tipo de pulgas cuyas picaduras pudiera permitirse el lujo de rascarse.

Otra comezón inaguantable la constituía el hecho de que los muertos —la Gran

Mayoría de la humanidad, que continuaba alejada y desconocida para la humanidad, con la única excepción (el alma, ¿quizá?) de Harry Keogh— se alejaban de él. Perdía el contacto con ellos; el cambio en él había producido un cambio en ellos. La confianza que tenían antes se debilitaba.

Claro que había muchos que estaban muy en deuda con él, una deuda que jamás podrían pagarle, y muchos más que lo querían porque sí, para quienes el necroscopio había sido siempre una chispa de luz en una oscuridad de otro modo eterna, aunque incluso éstos le tenían miedo. Porque cuando simplemente era Harry —puro y no contaminado, inocente y amable— había sido algo *maravilloso,* los muertos podían tocarlo y él a ellos. Y todo eso era cosa del pasado.

¿Y ahora que era algo más que Harry? Existen ciertas cosas que incluso los muertos temen, y existen límites que ni siquiera ellos se atreven a superar...

Harry había estado ocupado desde la destrucción de Janos Ferenczy y de sus obras. Aparte de la constante irritación que suponía Geoffrey Paxton, lo único que suponía una intromisión —lo que lo distraía de su propósito, porque no ejercía control alguno sobre ello— la certeza de que en Inglaterra existía un nigromante y que practicaba sus abominaciones. Lo distraía porque Penny Sanderson era ahora su amiga (¿su guardiana, incluso?) y porque estaba al corriente de cuanto le había ocurrido a ella y a otros.

Harry no dudaba que las fuerzas de la ley y el orden lograrían con el tiempo encontrar y detener al torturador, asesino y violador de Penny, pero jamás lo acusarían de toda la gama de delitos cometidos, porque no disponían de un patrón con el cual medirlos. Tampoco conocían ni eran capaces de definir una gama *completa* de delitos, no en este caso. Y sin duda no había castigo que correspondiera a aquel crimen. Al menos no en la ley.

Pero el necroscopio comprendía plenamente la naturaleza de aquella bestia y de sus crímenes, y su idea del castigo era bastante más estricta. Lo tenía claro incluso antes de su contaminación. Era una llama encendida en él por el asesinato de su dulce madre, y que ardía en su interior con la misma fuerza que el primer día. Ojo por ojo.

En cuanto a las actividades de Harry una vez expulsado para siempre al último de los Ferenczy del mundo de los hombres, sus obras habían sido extrañas y maravillosas y los pensamientos en su mente de Möbius todavía más.

Para empezar, había traído desde Rodas las cenizas de Trevor Jordan. El telépata incorpóreo así lo había deseado (la muerte podía tener algún tipo de significado si se podía hablar con Harry), pero ni siquiera Jordan sospechó el verdadero motivo de Harry.

Sin embargo, por sí solas, las sales esenciales de un hombre no bastaban para poner en marcha el plan de Harry y al mismo tiempo alcanzar el resultado plenamente satisfactorio que él pretendía. Por ese motivo, antes de destruir aún más las ruinas del castillo de Janos Ferenczy, el necroscopio se había apoderado de ciertas sustancias químicas con las que Janos había practicado su monstruosa nigromancia.

Harry era consciente de que no todos los muertos deseaban que se produjese semejante resurrección; Bodrogk, rey guerrero de Tracia, y su esposa Sofía, cuyo mundo había existido hacía dos mil años, habían sido felices al morir en brazos el uno de la otra para regresar al polvo (para ellos había sido una piadosa liberación por la que habían rogado con frecuencia). ¿Pero qué ocurría con los muertos más recientes?

¿Como Trevor Jordan, por ejemplo?

La respuesta podía parecer fácil: ¿por qué no preguntárselo directamente? Pero, en realidad, aquello era lo más difícil de todo.

«Tengo intención de devolverte a la vida. Dispongo del instrumento, pero no estoy plenamente seguro del sistema. Funcionó a la perfección con otro, pero él tenía la ventaja de varios cientos de años de experimentación. En caso de que todo salga bien, serás como eras antes, salvo por..., bueno, como recordarás, te disparaste una bala en la cabeza. No estoy del todo seguro de cómo te afectará eso. Si cuando te llame para que te levantes de las cenizas, descubro que eres un idiota balbuceante, entonces, aunque me cueste, me veré obligado a devolverte de donde has venido. Ahora bien, si estás completamente satisfecho con todo esto...»

O en el caso de Penny Sanderson:

«Penny, creo que puedo hacerte volver. Pero si no logro hacer bien la mezcla, tal vez no seas tan hermosa como antes. Quiero decir que tu piel o tus facciones podrían ser imperfectas, o estar manchadas o tener... horribles marcas. Por ejemplo, algunas de las cosas que invoqué en el castillo Ferenczy eran bastante monstruosas; eran *reducciones,* inconsistencias..., esto..., ¿anomalías? Por lo tanto, me reservo el derecho de eliminarte si las cosas salen mal. Claro que siempre podremos volver a repetirlo más tarde y, quizá, con un poco de suerte, me salga bien.»

No, no podía decirles lo que tenía en mente, todavía no. Aunque sólo les explicara lo esencial de la cuestión, le pedirían explicaciones y, si se las daba, se preocuparían hasta por el más mínimo detalle. Y desde aquel momento hasta que se produjera la verdadera... ¿resurrección?, mezclarían la ansiedad con el miedo, pasarían del estremecimiento del entusiasmo a los temblores del terror más extremo. Escalarían hasta las cimas de las montañas de la esperanza para precipitarse luego a los lagos negros de la desesperación y la depresión más profundas.

«Tengo una inyección que podría curarte el cáncer..., pero tal vez cojas el sida.»

Harry se lo habría tomado así si se hubieran invertido los papeles; pero al mismo tiempo sabía que no era así: para los muertos no existe la mínima esperanza, de manera que cualquier esperanza es mejor que ninguna. ¿O no? ¿O sería tal vez que el vampiro que llevaba dentro —la tenacidad que aspira a la inmortalidad— lo inducía a pensar de aquella manera?

¿O... quizá vacilaba por otro motivo mucho más elemental: algo que le advertía que con sus pequeñas facultades (sí, pequeñas, en la escala de un universo o multiversos paralelos) no debía, no se atrevía a usurpar una de las grandes facultades de ese Otro al que los hombres llamaban Dios? Los nigromantes de la historia, entre los que Janos había sido un recién llegado, se habían atrevido, ¿y dónde habían ido a parar? ¿Tal vez existieron ángeles vengadores antes que Harry, encargados de corregir los males de aquellos hechiceros? De ser así, ¿habría alguno que lo perseguía para darle su merecido?

Harry había sido el necroscopio, se estaba convirtiendo en vampiro y pasaría a ser un nigromante por derecho propio. ¿Cómo se atrevía a buscar por una parte al asesino de Penny para castigarlo mientras que por otra pretendía practicar esas mismas negras artes? ¿Cuál sería el castigo para *él*?

Quizá los engranajes ya estuvieran encajados, y las ruedas se encontraran ya en movimiento. Quizás el necroscopio ya había llegado demasiado lejos, quizá ya había

perturbado el delicado equilibrio entre el Bien y el Mal hasta el punto que era preciso un reajuste radical. ¿Sería tal vez demasiado poderoso, es decir, corrupto? ¿Cómo rezaba aquel antiguo refrán: «El poder absoluto corrompe absolutamente»? ¡Ridículo! ¿Acaso el mismo Dios era corrupto? No, porque las máximas de los hombres son como sus leyes: sólo se aplican a los hombres.

Éstas eran las interminables reflexiones que se producían durante la metamorfosis que experimentaba el necroscopio en cuerpo y alma, hasta tal punto que llegó a creerse loco. Pero cuando sus pensamientos eran lúcidos, sabía que no estaba loco; todo era obra de *aquello* que llevaba dentro y que alteraba también sus percepciones.

Entonces recordaba cómo había sido, decidía que debía seguir siendo siempre así, y sabía que vacilaba sólo por consideración a los amigos que tenía entre los muertos. No quería que Trevor y Penny padecieran el dolor de una incertidumbre prolongada, no quería defraudarlos cuando se acabara la espera. Morir una vez ya es suficiente, así se expresaban los muchos esclavos tracios de Janos en las entrañas del castillo Ferenczy.

En cuanto a Dios, si existía un ser semejante (Harry nunca había estado seguro), entonces el necroscopio suponía que debía considerar que sus facultades eran un don de Dios y, por lo tanto, tenía que utilizarlas consecuentemente. Mientras pudiera.

Harry se había pasado gran parte de su tiempo discutiendo, y no sólo consigo mismo. Si se interesaba por un tema —casi por cualquier tema—, acostumbraba jugar a juegos de palabras consigo mismo, hasta el punto de la distracción y el delirio: una especie de masturbación mental. Pero no era sólo consigo mismo; en las conversaciones con los muertos, se mostraba igual de polémico, incluso cuando sospechaba que los demás tenían razón y él estaba equivocado.

En realidad, discutía por el placer de discutir, por llevar la contraria. Pensaba en Dios y discutía sobre él; también sobre el Bien y el Mal, sobre la ciencia, sobre la pseudociencia y la hechicería, sus similitudes, sus discrepancias y ambigüedades. El tiempo, el espacio y el espacio-tiempo lo fascinaban, y sobre todo las matemáticas, con sus leyes inalienables y su lógica pura. La misma inmutabilidad de las matemáticas era una fuente de constantes alegrías y alivios para la mente suplantada del necroscopio en su cuerpo suplantado.

Uno o dos días después de haber regresado de las islas griegas utilizó la comunicación instantánea del continuo de Möbius para viajar a Leipzig y ver a (hablar con) August Ferdinand Möbius en su tumba. Möbius había sido y seguía siendo un gran matemático y astrónomo; era el hombre cuyo genio le había salvado la vida a Harry en diversas ocasiones, a través del continuo de Möbius. Si bien el propósito principal de Harry al visitar al matemático era agradecerle la recuperación de sus habilidades matemáticas, acabó enzarzándose con él en una discusión.

Aquel gran hombre había mencionado que su siguiente proyecto iba a consistir en medir el espacio, y al oírlo el necroscopio se lanzó de cabeza a la discusión. En aquella ocasión, el tema había girado en torno a «el espacio, el tiempo, la luz y los multiversos».

¿Acaso el «universo» no es suficiente?, preguntó Möbius.

—En absoluto —le contestó Harry—, porque sabemos que hay paralelos. Yo he visitado uno, ¿lo recuerdas?

(Armados de libretas, los estudiantes de la Alemania Oriental se quedaron asombrados al ver a aquel hombre extraño mascullando para sí, de pie ante la tumba de un científico muerto.)

Muy bien, pues, concentrémonos en el que conocemos mejor, sugirió Möbius con lógica. *En éste.*

—¿Quiere usted medirlo?

Eso mismo me propongo.

—Pero dado que se encuentra en constante expansión, ¿cómo va usted a hacerlo?

Me situaré en su borde más exterior, más allá del cual no existe nada, me transferiré instantáneamente a través *del universo hasta el borde más alejado, más allá del cual tampoco hay nada y, al hacerlo así, mediré la distancia intermedia. Después me transferiré instantáneamente de nuevo hasta aquí y llevaré a cabo el mismo experimento exactamente una hora más tarde, y lo repetiré otra hora más tarde.*

—¡Bien! —había exclamado Harry—. Pero... ¿con qué fin?

(Suspiro.) *¡Bien, a partir de ese momento en adelante, y toda vez que yo quiera saberlo, se dispondrá instantáneamente de un cálculo correcto del tamaño del universo!*

De mala gana, Harry permaneció en silencio durante un momento, hasta que dijo:

—Yo también he reflexionado sobre el tema, aunque sólo de un modo estrictamente teórico, porque la medición física de una cantidad que cambia constantemente me parece algo infructuoso. Mientras que *comprender* lo que ocurre, cómo y en qué medida la edad del universo está ligada a su velocidad de expansión (que, por cierto, es constante) me parece algo mucho más satisfactorio.

(Una pausa asombrada.)

¿De veras? Harry casi había podido ver cómo las cejas de Möbius se enarcaban unidas sobre el puente de la nariz. *Dices que has pensado en ello, ¿verdad? Desde el punto de vista teórico, ¿no? ¿Puedo preguntarte cuáles son tus conclusiones?*

—¿Quiere saberlo todo sobre el espacio, el tiempo, la luz y los multiversos?

¡Si tienes tiempo para explicármelo!, exclamo Möbius con cáustico sarcasmo.

A lo que el necroscopio respondió:

—Su medición inicial bastará, no hará falta que realice ninguna otra conociendo el tamaño del universo (y no sólo de éste, por cierto, sino de todos los paralelos) en cualquier momento del tiempo, automáticamente podremos saber su edad exacta y su velocidad de expansión, que será uniforme para todos ellos.

Explícate.

—Ahora viene la teoría —dijo Harry—. Al principio no había nada. ¡Y se hizo la luz original! Probablemente brilló desde el continuo de Möbius, o quizá vino con la bola de fuego del Big Bang. Pero fue el comienzo del universo de luz. Antes de la luz no había nada, y después de ella hubo un universo en expansión a *la velocidad de la luz.*

¿Eh?

—¿No está usted de acuerdo?

¿El universo se expandía a la velocidad de la luz?

—En realidad, al doble de la velocidad de la luz —le contestó Harry—. Recuerde que ahí estaba la esencia de su problema, el que permitió que yo recuperara mi habilidad matemática. Si se enciende una luz en el espacio y se coloca a dos observadores a trescientos mil kilómetros de distancia de esa luz, en direcciones opuestas, *los dos* verían esa luz un segundo más tarde, porque la luz se expande en ambas direcciones. ¿No está usted de acuerdo?

¡No, no, claro que no! La luz primordial, al igual que toda luz, debió de expandirse tal como has dicho, ¿Pero... el universo?

—¡A la misma velocidad! —exclamó Harry—. Y sigue expandiéndose a esa velocidad.

Explícate. Y sé convincente.

—Antes de la luz no había nada, no había universo.

De acuerdo.

—¿Hay algo que viaje a más velocidad que la luz?

¡No..., sí! Nosotros, pero sólo en el continuo de Möbius. Y supongo que el pensamiento también es instantáneo.

—¡Ahora piense! La luz primordial sigue viajando hacia afuera, expandiéndose en todas las fronteras a una velocidad constante de trescientos mil kilómetros por segundo. Dígame: ¿hay algo más allá de esas fronteras? Y me refiero a cualquier cosa.

Por supuesto que no, porque en el universo físico no existe nada que viaje a mayor velocidad que la luz.

—¡Exactamente! ¡Por lo tanto, la luz define la extensión, el tamaño, del universo! Por eso lo he denominado el universo de la luz. He aquí una fórmula:

$$aU = rU/c$$

¿No está usted de acuerdo?

Möbius contempló el garabato que había en la pantalla de la mente de Harry. *La edad del universo es igual a su radio dividido por la velocidad de la luz.* Al cabo de un instante y en voz muy baja, contestó:

Sí, estoy de acuerdo.

—¡Ah! —exclamó Harry—. Hoy en día resulta difícil llevar a cabo una discusión decente. Todo el mundo se da por vencido.

Möbius se enfadó mucho. Jamás había visto a Harry de aquella manera. Sin duda, la intuición matemática del necroscopio era algo maravilloso, un don impresionante, pero ¿dónde estaba su humildad? ¿Qué le ocurría? Tal vez Möbius debía permitirle que continuara ampliando el tema para después descubrir los errores y bajarle los humos.

¿Y el tiempo? ¿Y el multiverso?

Pero Harry ya se había preparado para esa pregunta:

—El universo del espacio-tiempo, que tiene el mismo tamaño y edad que todos y cada uno de los universos paralelos, tiene forma de cono; la punta del cono es el Big Bang/la Luz Primordial donde comenzó el tiempo y la base es su límite o diámetro actual. ¿Es factible, lógico?

Möbius buscó desesperadamente algún error, pero fue incapaz de descubrir ninguno. Sí, se vio obligado a contestar por fin.

Factible, lógico, pero no necesariamente correcto.

—Concédame el calificativo de factible —le pidió Harry—. Y luego, dígame: ¿qué hay fuera del cono?

Nada, puesto que el universo está contenido dentro de él.

—¡Se equivoca! Los paralelos también tienen forma de cono, nacieron al mismo tiempo y se expanden desde la misma fuente.

Möbius se lo había imaginado.

Pero... entonces cada uno de los conos está en contacto con un número determinado de otros conos. ¿Existen pruebas de esto?

—Los agujeros negros —respondió Harry de inmediato—, que hacen malabarismos con la materia y desempeñan una función necesaria de equilibrio.

Absorben materia de los universos que son demasiado pesados y la canalizan hacia universos que son demasiado ligeros. Los agujeros blancos son, evidentemente, los extremos de los agujeros negros. En el espacio-tiempo estos agujeros son las líneas de contacto entre los conos, pero en el espacio son sencillamente... —se encogió de hombros y añadió—: agujeros.

Los conos tienen un corte transversal circular, Möbius estaba cansado, pero arguyó: *Si se unen tres se obtiene una forma triangular.*

Harry asintió con la cabeza.

—Los agujeros grises. Hay uno en el fondo del barranco de Perchorsk y otro en el nacimiento de un río subterráneo de Rumania.

Y así había probado su proposición y ganado la discusión, si es que había una discusión que ganar. El hecho era que había discutido sólo por el placer de hacerlo y no sabía ni le importaba si le asistía o no la razón. Pero a Möbius *sí* que le había importado, porque tampoco sabía si Harry tenía o no razón.

En otra ocasión, el necroscopio habló con Pitágoras. Una vez más, el motivo principal por el que había ido a verlo era para darle las gracias (el gran místico y matemático griego lo había ayudado en su búsqueda del saber matemático), y una vez más, la visita había concluido con una discusión.

Harry pensaba hallar la tumba griega en Metaponto, y si no estaba allí, entonces en Crotona, al sur de Italia. Pero lo único que encontró fue a uno o dos discípulos, hasta que, por pura casualidad, tropezó con la tumba olvidada durante 2.480 años de un miembro de la Hermandad Pitagórica de la isla de Quío. No había ninguna señal; se trataba de un lugar de piedras ocres donde las cabras comían cardos a apenas cincuenta metros de la costa rocosa que daba al norte del Egeo.

¿Pitágoras? No, aquí no, le informó en voz baja y con tono reservado, cuando el necrolenguaje de Harry interrumpió sus reflexiones centenarias. *Está en otra parte, esperando a que le llegue la hora.*

—¿La hora de qué?

¡De la metempsicosis que lo transforme en un hombre vivo!

—¿Pueden hablar ustedes? ¿Puede usted ponerse en contacto con él?

De vez en cuando, él se pone en contacto con nosotros, cuando se le ha ocurrido alguna idea.

—¿Con nosotros?

¡La Hermandad! Pero ya he hablado demasiado. Márchate. Déjame en paz.

—Como desee —dijo Harry—. Pero no le gustará que haya echado al necroscopio.

¿Qué? ¿El necroscopio? (Asombro y pavor.) *Eres el que enseñó a los muertos a hablar desde sus tumbas, permitiéndoles conversar entre ellos como si estuvieran vivos?*

—El mismo.

¿Y pretendes aprender de Pitágoras?

—Pretendo instruirlo.

¡Qué blasfemia!

—¿Blasfemia? —Harry enarcó una ceja—. ¿Es Pitágoras un dios, acaso? ¡Si es así, se trata de uno terriblemente lento! Considere lo siguiente: yo ya he alcanzado mi

metempsicosis. En estos momentos, me embarco en una segunda fase, una nueva... condición.

¿Tu alma está en el proceso de migración?

—Sin duda puedo decir que hay en perspectiva un cambio.

Al cabo de un instante: *Si hablo con nuestro maestro Pitágoras en tu nombre, y si me has mentido, ten por seguro que te condenaremos con los números. ¡Y posiblemente me condenaré contigo! No, no me atrevo. Antes prueba lo que acabas de decir.*

—Quizá pueda mostrarle algunos números. —Harry contuvo su impaciencia cuanto pudo—. Como miembro de la Hermandad, estoy seguro de que apreciará su importancia.

¿Pretendes seducirme con tus tontas cifras? ¿Con el trabajo de una simple vida? ¿Sugieres que en los más de dos mil años que han transcurrido desde que me enterraron aquí no he soñado con números, ecuaciones o fórmulas propias? ¡Necroscopio o no, eres un presuntuoso!

—¿Presuntuoso? —Habían provocado la cólera de Harry—. ¿Ecuaciones? ¿Fórmulas? Bien, tengo fórmulas con las que usted jamás habría soñado. —Exhibió entonces una computadora en la pantalla de su mente y la llenó con las interminables y cambiantes fórmulas algebraicas de las matemáticas de Möbius. Después, formó una puerta de Möbius para que su interlocutor pudiera atisbar un instante la nada y el todo que había más allá del umbral.

Hasta que con un hilo de voz exclamó: *¡Qué..., qué es eso!*

—El Gran Cero —contestó Harry con voz ronca al tiempo que dejaba que la puerta se cerrase—. El lugar donde comienzan todos los números. Pero pierdo el tiempo. He venido para hablar con su maestro y acabo conversando con un simple estudiante... mediocre, para colmo. Ahora, dígame, ¿conseguiré audiencia con Pitágoras o no?

Está en..., en Samos.

—¿Donde nació?

Allí mismo. El último lugar donde se les ocurriría buscarlo, al menos eso creyó él... Después añadió con desesperación: *Necroscopio..., ¡por favor, intercede por mí! ¡Lo he traicionado! ¡Me excluirá!*

—¡Tonterías! —rugió Harry, aunque sin sarcasmo—. ¿Excluirlo? Lo elevará... porque acaba de atisbar la puerta matemática secreta que se abre a todos los tiempos y lugares. ¿No me cree? —Se encogió de hombros—. Pues bien, usted sabrá. De todos modos, gracias... y adiós.

Invocó otra puerta de Möbius y la cruzó y... apareció en Samos, a treinta kilómetros de allí, donde Pitágoras pasó su infancia dos mil quinientos años antes, y adonde sus huesos habían sido llevados en secreto cuando murió. Aunque Pitágoras era introvertido, reservado y tímido no podía huir ni pasar por alto el sondeo del necrolenguaje del necroscopio teniéndolo tan cerca. Ese pensamiento mismo había sido necrolenguaje y como tal el recluso (en la muerte mucho más en vida) lo había oído. Y había contestado: *¿Cuál es tu número?*

—El que usted elija para mí —contestó Harry; se encogió de hombros y se dejó guiar por el susurro mental del místico. Cuando lo localizó con exactitud, un ulterior salto de Möbius lo llevó desde la desierta costa boscosa directamente hasta allí: un pequeño olivar en la ladera escalonada de una colina, encima de un promontorio donde había una pequeña iglesia blanca. En la costa, no lejos de allí, apenas visible entre los pinos y los robles retorcidos por el viento, el puerto de Tigani brillaba con

tonos turquesas, azules y plateados; en el aire luminoso de estío flotaba la música de una taberna.

Era agradable estar a la sombra de los árboles y el necroscopio se sintió agradecido al poder quitarse el sombrero de ala ancha y las gafas oscuras que le protegían los delicados ojos. En vista de que Pitágoras permanecía pensativo y en silencio, dijo:

—Hay infinidad de números. No soy remilgado.

Deberías serlo, el murmullo del místico sonó trémulo y febril. *Son el todo. Los dioses mismos son números, aunque ningún hombre los conozca. Cuando haya descubierto los números de los dioses, tal vez pueda comenzar mi metempsicosis.*

—Si de verdad lo cree así, entonces tendrá que esperar mucho tiempo —respondió Harry de inmediato—. Puede conocer todos los números en todas sus combinaciones de aquí a la eternidad y no cambiaría nada, al menos para usted. No es algo mágico, Pitágoras. Por más números que utilice, su alma no volará a un nuevo cuerpo. Ahora no hay ciencia ni magia que pueda ayudarlo.

¡Ja!, exclamó el matemático con no poca ira y sorna. *¡Fíjate en quién profiere estas blasfemias! ¿Es éste el necroscopio, impotente e ignorante ante los números, para el que la más simple de las sumas era un misterio? ¿Eres tú por quien ellos, las legiones del polvo, las huestes de los muertos, me suplicaron? Möbius se presentó ante mí de rodillas, ¿y qué eres después de todo sino un ingrato?*

Harry se sintió aguijoneado, pero se cuidó muy bien de dejar que el griego lo notara. Del mismo modo que le ocultó lo que pensaba de él, *¡viejo pomposo!,* mientras que en voz alta le decía:

—He venido a darle las gracias por mi don para las matemáticas. Sin él, sería igual que usted, polvo en una tumba. O tal vez no, porque había un hombre que me habría levantado de entre los muertos para torturarme y sacarme mis secretos.

¿Un nigromante?

—Exactamente.

¡Es un arte negra!

—No siempre. Tiene sus utilidades. Al fin y al cabo, lo que ahora hago es una especie de nigromancia. Porque soy un hombre vivo que habla con otro que está muerto.

Pitágoras meditó un momento sobre aquello y luego respondió:

He oído tu conversación con uno de los Hermanos. ¿Acaso la blasfemia es tu forma de escarnio? Has alegado la reencarnación, la transmigración y la metempsicosis.

—No hice más que enunciar un hecho —dijo Harry—. Yo era un hombre en su propio cuerpo y cuando éste murió pasé a habitar otro. No hace falta que acepte mi palabra, pregunte a los muertos, que no ganan nada mintiendo. Le dirán que es la verdad. Es más, si sus cenizas fueran puras, podría levantarlo a usted de entre los muertos. Y no con números, sino con palabras. Y no es una blasfemia, Pitágoras, sino la pura verdad. O tal vez... el acto mismo constituiría una blasfemia, no estoy seguro. Si es así, entonces usted tiene razón y soy un blasfemo, y pienso volver a serlo.

¿Podrías hacerme resurgir de mis cenizas?

—Sólo si fueran puras. ¿Fue sepultado en una urna?

Fui sepultado en la tierra, en secreto, aquí, bajo tus pies, donde de niño corría entre los árboles. Mi carne y mis huesos forman una unidad con la tierra. De todos modos, no te creo. ¿Palabras y no números? Las palabras nacen de los labios, son cosas frívolas que cambian después de ser pronunciadas, mientras que los números

surgen de la mente pura y son inmutables.

—Todo esto es teoría. —Harry se encogió de hombros—. En dos mil años, las lluvias han mezclado sus sales con la tierra. Ya no hay palabras, y sin duda tampoco números, que puedan ayudarlo.

¡Blasfemia y sedición! ¿Pretendes que mis seguidores se vuelvan en mi contra?

Harry ya no pudo contenerse y gritó:

—¡Pitágoras, es usted un charlatán! En su mundo, ocultó sus pequeños e inútiles secretos matemáticos, descubrimientos básicos que cualquier niño de hoy aprende con sus textos escolares, como si se trataran de la vida y la muerte. La muerte verdadera no lo ha cambiado. Le di el necrolenguaje, y desde entonces ha podido, si lo deseaba, conversar con maestros más modernos y genuinos. Con Galileo Galilei, Isaac Newton, Albert Einstein, con Roemer, Maxwell y...

¡Basta!, chilló el otro, indignado. *¡Debí de haber hecho caso omiso de Möbius! ¡Debí...!*

—¡Pero no pudo! —Le tocó a Harry interrumpir—. No se atrevió...

¿Qué quieres decir?

—Que conozco su verdadero secreto. Fue usted un impostor. ¡No sólo se mofó usted de su preciosa «Hermandad» cuando estaba vivo, sino que sigue engañándolos después de muerto! No hay misticismo en los números, Pitágoras, y usted lo sabe. Aunque sólo sea porque es usted un hombre instruido. Usted mismo acaba de decirme que los números son inmutables, que no cambian ni pueden ser cambiados. ¡Lo cual significa que son una *verdad* sólida, que no son fruto de la fantasía! Son una *verdad* de hierro, no una magia etérea.

¡Mentiroso, embustero!, gritó Pitágoras, enfurecido. *¡Tergiversas las palabras, cambias su sentido!*

—¿Por qué se oculta incluso de los muertos?

Porque no entienden. Porque su ignorancia es contagiosa.

—¡Porque saben más que usted! Sus seguidores lo abandonarían. Usted les dijo que migrarían, que volverían a estar entre los hombres, a encontrarse con usted en mundos de números puros... y ahora sabe que es falso.

Creí que era verdad.

—Eso fue hace dos mil quinientos años. ¿Y ha vuelto usted? ¿Cuánto tiempo ha de transcurrir para que reconozca su error?

¡He soñado números que te destrozarían!

—Destróceme, pues.

En ese punto, Pitágoras se echó a llorar. Le lanzó a Harry un catálogo de números que chocó contra el muro de la mente metafísica del necroscopio. Al menos sirvieron para que reconociera la difícil situación en la que se hallaba: que aquello que llevaba dentro luchaba por sustituirlo y, en esa ocasión, mediante el uso de la enrevesada lógica wamphyri.

Aquélla fue su salvación, porque Harry nunca había querido lastimar ni siquiera alarmar a los muertos.

—Lo..., lo siento —se disculpó.

¿Lo sientes?¡Eres perverso!, sollozó Pitágoras. *Pero... tienes razón.*

—No, me limité a discutir. Puede que tenga razón y puede que no. Pero no hice bien en discutir por el mero placer de hacerlo. Admitamos que contradigo mi propia argumentación.

¿Cómo es eso?

—Sé que los números no son inmutables.

¡Aahh! (Un largo suspiro.) *¿Quieres..., podrías demostrarlo?*

Harry le mostró la pantalla de su mente, en la que todas las configuraciones de Möbius garabateadas en su superficie iban mutando y extendiéndose hasta el infinito. El viejo griego permaneció largo tiempo en silencio.

Fui una criatura inteligente que creyó que lo sabía todo, dijo, con voz quebrada. *El tiempo me ha superado.*

—Pero nunca lo olvidarán —se apresuró a aclarar Harry—. Recordamos su teorema; se han escrito libros sobre usted; incluso hoy en día sigue habiendo pitagóricos.

¿Mi teorema? ¿Mis números? Si no los hubiera inventado yo, otros lo habrían hecho.

—Pero es su nombre el que recordamos. De todos modos, lo mismo puede decirse de todos y de todo.

Salvo del necroscopio.

—Ni siquiera estoy seguro de eso —contestó Harry—. Creo que es posible que antes que yo hubiera otros. Y sin duda, hubo uno después que yo. Ahora habitan en otros mundos.

¿Y tú también habitarás allí?

—Es posible. Es probable. Y tal vez sea pronto.

¿Cómo es ahora?, preguntó Pitágoras al cabo de un rato, y Harry sospechó que era la primera pregunta que le formulaba a nadie después de mucho tiempo.

—En esta isla —contestó el necroscopio—, yacen muchos muertos recientes. Pero usted los ha alejado. Podía haberles preguntado por Samos, el mundo, los vivos. Pero temía conocer la verdad. ¿Sabía que una de las pocas cosas que tiene alguna importancia para los que viven en esta isla son los números? Aunque tal vez no sea del todo cierto. Pero estoy seguro de que les interesa saber cuántos dracmas equivalen a una libra, un marco y un dólar. —Le explicó a qué se refería.

¡Qué pequeño es ahora el mundo!

Harry se puso el sombrero y las gafas y salió de la sombra para dirigirse al sol. Llevaba las manos en los bolsillos y el sol no le molestaba demasiado, pero avanzaba despacio para no perder el equilibrio por los escarpados senderos y el camino que llevaban a Tigani. Pitágoras fue con él, o al menos su necrolenguaje; la distancia no era demasiado importante una vez establecido el contacto.

Abriré la Hermandad, la disolveré por completo, la olvidaré. Hay mucho por aprender.

—El hombre ha llegado a la Luna —le informó Harry.

La mente de Pitágoras volaba en círculos.

—Han calculado la velocidad de la luz.

Los pensamientos del viejo místico eran un inmenso y asombrado signo de interrogación.

—Pero no sé si sabe que entre los muertos hay matemáticos que podrían aprovechar enormemente sus conocimientos.

¿Mis conocimientos? ¡Pero si estoy en pañales!

—Ni por asomo. Se ciñó al número puro. ¡Vamos, que después de dos mil y pico de años, se habrá convertido usted en una calculadora velocísima! ¿Me permite que lo ponga a prueba?

Por supuesto, pero, por favor, que sea algo simple. No esos diseños vertiginosos que se inscriben en tu mente secreta.

—Dígame la suma de todos los números entre el uno y el cien, inclusive.

Cinco mil cincuenta, respondió Pitágoras instantáneamente.

—Una calculadora velocísima. —Harry estaba en lo cierto—. Entre los matemáticos menos prácticos, los matemáticos teóricos, sería usted como una regla de cálculo viviente. Pitágoras, creo que para ser usted un muerto tiene un gran futuro.

Pero ha sido algo muy simple. El griego se sentía halagado. *Aprendido de memoria. La multiplicación, la división, las sumas y las restas... y la trigonometría también... es algo que he hecho con mucha frecuencia. No existe un sólo ángulo que no pueda calcular.*

—¿Se da cuenta? —Harry sonrió; y añadió, ya más serio—: Créame, hoy en día son muy pocos los que se conocen todos los ángulos.

¿Y tú, Harry? ¿Eres una calculadora velocísima?

Harry no quería frustrarlo, por eso contestó:

—Ah, pero en mi caso es diferente, porque soy intuitivo.

¡Entre uno y un millón!

—Quinientos millones quinientos mil —replicó el necroscopio casi con el mismo aliento—. Se toma el número diez y se multiplica por sí mismo cuantas veces se quiera, y siempre funciona. Cinco es la mitad de diez; si vuelve a unir las dos mitades tiene usted cincuenta y cinco. La mitad de cien es cincuenta, si se unen las mitades se obtiene cinco mil cincuenta. Y así sucesivamente. Para algunos es magia, para mí es intuición.

Pitágoras se mostró abatido.

¿Para qué iban a necesitarme si ya te tienen a ti?

—Porque, como ya he dicho, puede que no esté aquí durante mucho tiempo. Tiene usted razón, el mundo es pequeño. Y resulta difícil encontrar un sitio donde ocultarse.

En las afueras de Tigani encontró una pequeña taberna, se sentó a su sombra y pidió un ouzo con un poco de limonada. Unas chicas inglesas chapoteaban en las aguas cálidas y azules de una pequeña bahía rocosa. Tenían los pechos relucientes y a Harry le llegaba el olor a aceite de coco. Pitágoras captaba la imagen de la mente de Harry y la contemplaba ceñudo.

Tal vez es una ventaja ser incorpóreo, así puedo quedarme, comentó sombríamente. *Vacían al hombre como los vampiros*.

Por un momento, el necroscopio se sintió cogido por sorpresa, pero luego replicó:

—¡Ah! Pero hay vampiros y vampiros...

Capítulo cuatro

Alguien muere

El vampiro del necroscopio —aún era una contaminación extraña y parásita del tamaño de un renacuajo— no estaba maduro. Por ello no deseaba ningún tipo de conflictos, ni interno ni externo; sólo quería evolucionar y continuar con el largo proceso de la conversión de su huésped, razón por la cual su influencia resultaba enervante. Si Harry se mantenía mental y emocionalmente vacío, sería poco probable que se expusiera al peligro. Lo cual significaba que sería poco probable que expusiera al peligro a su horrendo inquilino. De ahí los destellos de conciencia wamphyri (un conocimiento apenas atisbado de un poder ingobernable y floreciente) y la urgente necesidad de discutir y de interrogar, incluso de someter a su propia mente a largas sesiones de intensa autoinquisición, a pesar de los ataques internos de rabia y del cansancio mental que se producían invariablemente como resultado de todo ello.

Pero dejando de lado la mente del necroscopio, su *sangre* también era consciente de la presencia del invasor; tenía la impresión de que padecía una extraña fiebre psíquica que lo mantenía nervioso y constantemente en guardia. Era un hombre con un volcán en su interior, que de momento se limitaba a arder sin llama y a soltar de vez en cuando una bocanada de humo. Como ignoraba cuándo entraría en erupción el volcán, no podía relajarse, debía de mantenerse alerta y escuchar con atención arrobada, horrorizada y a la vez llena de curiosidad el bullir interior.

Por un lado, Harry tenía ganas de poner plenamente a prueba sus facultades de wamphyri (porque formaban parte de él, a pesar de que el aspecto físico de aquella cosa seguía en estado embrionario), pero, por otro, sabía que si lo hacía el proceso se aceleraría. Porque de algo estaba seguro: por más inmaduro que fuera el simbionte, crecía y aprendía con mucha rapidez. Aquel vampiro era un principiante nada lerdo.

Si aquel parásito, al igual que todos los de su especie, era obstinado, el necroscopio no lo era menos. Su hijo había logrado mantener a raya a su vampiro, ¿no? De tal astilla tal palo: Harry haría lo imposible por seguir su ejemplo.

Aquello, de por sí, ya era bastante difícil como para tener que soportar además la obstinación de la Gran Mayoría... y la certeza o al menos la fuerte sospecha de que la Sección PES se preparaba para la guerra... y el hecho de que, a pesar de todo, Harry había decidido llevar ante la justicia a un cierto delincuente al que antes debía encontrar.

Antaño habría sido capaz de elaborar un esquema lógico de actuación, como escribir una lista de prioridades. Pero su confusión mental y el cansancio que le producía lo ofuscaba, de modo que a pesar de que era consciente del paso del tiempo y de que había unas fuerzas que se movilizaban contra él, se sentía incapaz de sobreponerse y de salir del miasma personal en el que se hallaba inmerso. Eso, a su vez, le producía frustración, más rabia y las primeras y turbulentas señales de que aquellas emociones tempestuosas clamaban por encontrar un desahogo físico.

Como un autista incapaz de expresarse, Harry sentía su violencia agazapada debajo de la superficie. *Su* violencia, sí, porque el vampiro que llevaba dentro no era

ni violento ni emocional: sencillamente se limitaba a ampliar aquellas propiedades de su huésped.

Quizá lo más frustrante fuera que sabía que nada de lo que hiciera —o de lo que hubiera hecho, de sentirse capaz— tenía la mínima importancia para su propia supervivencia. Otro, en su lugar, habría intentado cambiar de identidad, buscar un lugar seguro, alejarse de forma permanente de cualquier foco o fuente de peligro.

¿O no? ¿Acaso sería capaz de lograrlo? Porque tal como Harry había dicho a Pitágoras, el mundo era muy pequeño. Y, por definición, cualquier otro en la situación de Harry también habría sido wamphyri y se habría sentido apegado a su territorio. Aquél era *su* mundo; aquella casa, no lejos de Edimburgo, era *su* casa; y ante todo, sus pensamientos y sus actos eran *su* territorio —la mayoría de ellos, la mayor parte del tiempo—, al menos cuando los demás no lo espiaban.

El día anterior había ido a las ruinas del castillo Ferenczy para hablar con Bodrogk, el tracio. Bodrogk era un amigo reciente y no conocía a Harry antes de que iniciara su transición; lo aceptaba tal como era entonces. Además, Bodrogk no temía a nada y, en cualquier caso, no podía temer al necroscopio ni tampoco a ningún otro hombre vivo. Sus cenizas y las de Sofía, su esposa, habían sido lanzadas a los vientos y en los Cárpatos sólo quedaban sus espíritus. Nada mundano podía lastimarlos.

Harry quería investigar la composición y las proporciones de los ingredientes químicos de las pócimas nigrománticas de Janos Ferenczy. Se proponía recuperar a Trevor Jordan y a Penny Sanderson de sus «sales esenciales» sólo si lograba devolverlos al mundo de los vivos en perfecto estado, o lo más cercano a la perfección. Dado que Bodrogk había sido sometido a ese tipo de experimentos, era todo un entendido. Aun así, indagó a fondo sobre los fines del necroscopio antes de transmitirle la información necesaria.

Ese día, Harry estaba preparado para convertirse en un nigromante por derecho propio, y habría seguido adelante... si en el último momento no hubiera sentido aquel dolor, aquel pellizco encubierto en el fondo de la mente, que le advertía que Geoffrey Paxton andaba cerca y lo vigilaba. Sabedor de que Paxton pretendía probar que él estaba implicado en esas actividades antinaturales, Harry se vio obligado a aplazar el experimento. Después, controlando a duras penas la ira, llamó a Darcy Clarke a la Central de la Sección PES.

Sintió alivio al enterarse de que Paxton no era un hombre de Darcy; ¿de quién sería, entonces? Quizá Darcy lo averiguaría y se lo diría, o quizá no. De todas maneras, ¿qué podía suponer aquello para él? Harry sabía que tarde o temprano Darcy y los demás cerrarían filas para enfrentarse a él. Lo más desgraciado de aquella situación era que el jefe de la Sección PES había sido un buen amigo suyo. El necroscopio no podía pensar siquiera en lastimar a Darcy. ¿Pero cómo explicárselo al ser que llevaba en su interior?

A las dos de la tarde Harry se sentó tranquilamente en su estudio a «escuchar». Pero la conciencia de su vampiro seguía en pañales y no detectó nada. O tal vez sí: que algo se agitaba levemente en la capa más exterior de sus percepciones. Fuera lo que fuese, resultó lo bastante sospechoso como para impulsarlo a dejar el experimento una vez más; después, se encasquetó el sombrero de ala ancha y salió para hablar con su madre.

Sentado en la orilla desmoronada del río, Harry dejó que sus piernas colgaran, se quedó mirando las aguas que bajaban en mansos remolinos, aguas que para él eran la tumba de Mary Keogh desde niño, y dejó que sus pensamientos expresados en necrolenguaje la buscaran. Como no había nadie cerca, se limitó a hablar en voz

alta, utilizando también el necrolenguaje, y así se sintió más natural:

—Mamá, estoy metido en un lío.

Si contestaba: «No es ninguna novedad», lo habría entendido; tenía la impresión de estar siempre metido en líos. Pero como todas las madres, Mary Keogh amaba a su hijo y la muerte no había mermado ese amor.

¿Harry?, su voz le llegaba muy débil y lejana, como si el río se la hubiera llevado aguas abajo, igual que a su cuerpo. *Ay, Harry, hijo, ya lo sé.*

Era de esperar. Nunca fue capaz de ocultarle nada a su madre, que con frecuencia le advertía que había ciertas cosas a las que uno no debía acercarse demasiado. En esta ocasión se había acercado demasiado.

—¿Sabes a qué me refiero?

Sólo puedes referirte a una cosa, hijo (parecía tan triste, tan apenada por él). *Aunque no hubieras venido a hablarme, lo habría sabido. Todos nosotros lo sabemos, Harry.*

—Ya no se muestran tan interesados en hablarme —dijo con un asomo de amargura—. Sin embargo, nunca he hecho daño a ninguno de ellos.

Pero has de entender, Harry, le costaba trabajo explicarse. *La Gran Mayoría ha formado parte del mundo de los vivos y ahora están muertos. Se acuerdan de cómo era la vida, y saben lo que es la muerte, pero no entienden y no quieren tener nada que ver con lo que hay entre una cosa y otra. No logran hacerse a la idea de que existe algo que acecha a los vivos para convertirlos en muertos vivientes, algo que roba la vida y la reemplaza por una lujuria desalmada y... maligna. Los hijos y nietos de las huestes de los muertos siguen en el mundo de los vivos, igual que tú. Y eso es lo que les preocupa. No importa el tiempo que llevan muertos, Harry, siguen preocupándose por los suyos. Pero eso ya lo sabes, ¿no es así, hijo?*

Harry suspiró. El necrolenguaje de su madre, aunque débil (incluso regañón, ¿quizá?) le pareció más cálido que nunca. Envolvía al necroscopio como una manta, lo mantenía a salvo, favorecía la reflexión, hacer planes y hasta soñar. Era tan ajeno a aquella pesadilla que llevaba dentro que ni siquiera esa parte de Harry era capaz de entenderlo ni de interferir. Era el amor de su madre, tranquilizador como nada en el mundo.

—La cuestión es —dijo al cabo de un rato— que tengo que hacer una cosa más antes de..., antes de que acabe aquí. Y es importante, mamá. Para mí y para ti y para las huestes de los muertos. Un monstruo anda suelto y tengo que encontrarlo.

¿Un monstruo, dices? Su voz era muy suave, pero Harry supo a qué se refería. ¿Quién era él para hablar de monstruos?

—Mamá, no he hecho nada malo —respondió—. Y mientras siga siendo yo, no pienso hacer nada malo.

Harry, hijo, estoy fatigada. Percibía la debilidad y el cansancio. *No somos inagotables. Si nos dejaran a nuestro aire, nos pondríamos a pensar en nuestras cosas hasta ir desapareciendo poco a poco, como todo. Porque al final desaparecemos, aunque tardemos mucho. Pero con influencias externas nos vamos mucho más deprisa. Creo que es así como funciona. Tú eras una luz en nuestra larga noche, hijo, era como recuperar la vista, pero ahora tenemos que dejarte ir y padecer la oscuridad. En vida nos preguntábamos: ¿habrá algo en el más allá? Pues sí, lo había; después te uniste a nosotros y aquello fue como volver a tener una especie de vida. ¿Qué vendrá después? Lo que quiero decirte es que aquí ya no me queda mucho tiempo más. Y detestaría dejarte sin saber que estás bien. ¿Qué planes tienes, Harry?*

Por primera vez cayó en la cuenta de que necesitaba un plan. Su madre había

acabado con su confusión de la forma más simple.

—Pues tengo un sitio a donde ir —contestó al fin—. No es un gran sitio, pero es mejor que morirme..., creo. Y allí hay alguien que conozco que puede enseñarme cosas, si le apetece. Él también tuvo problemas, pero la última vez que lo vi salía adelante. Tal vez siga bien, tal vez pueda aprender algo de él.

Su madre sabía a qué lugar, a quién y a qué se refería.

¿Pero no es un lugar más bien siniestro, Harry?

—Lo era —respondió; y se encogió de hombros—. Tal vez aún lo sea. Pero al menos allí no me perseguirán. A la larga, si me quedara aquí, acabarían haciéndolo. Lo que significa que finalmente me vería obligado a pagarles con la misma moneda. Y eso es lo que temo y lo que trato de evitar. Soy una plaga metida en una botella, mamá, inofensiva con tal de que nadie me agite ni trate de romperme. Pero en ese otro lugar la plaga ya ha seguido su curso. Lo que aquí es impensable, allí es algo comprendido. No aceptable, eso nunca, pero una realidad más.

La mujer suspiró.

Me alegra que no te des por vencido, hijo. Y con la ternura de antaño, añadió: *Eres un luchador, Harry. Siempre lo fuiste.*

—Supongo que sí —convino—, pero aquí no puedo luchar. Porque si luchara, se desencadenaría la plaga. Y temo que acabe siendo más fuerte que yo. Aquí todavía tengo cosas por hacer, asuntos que he de aclarar. Pienso ocuparme de todo ello hasta que sea la hora. Me has pedido que te contara mis planes.

»Son simples, en realidad. Cuando tengo bien la cabeza logro leerlos como si fueran palabras impresas de un libro. Una muchacha tuvo una muerte horrible que no se merecía, porque nadie merece morir así; y hay un ser, quien la mató a ella y a otras inocentes como ella, que sí merece morir. A Darcy Clarke le debo una larga charla, una explicación; y después, hay ciertas facultades que me gustaría desarrollar y que me podrían resultar útiles en el otro lugar.

»Eso es todo; son pocas cosas, un asunto que resolver y un par de cosas nuevas por aprender. Después, será la hora de partir. Preferiría ir a mi aire y no perseguido.

¿Y no volverás nunca más?

—Volvería si lograra saber cómo mantener a raya para siempre a esa cosa. Si no lo consigo..., no, nunca más.

¿Cómo vas a enfrentarte a ese hombre, asesino o monstruo que estás buscando?

—Tan deprisa y con toda la limpieza que él me permita. Mamá, no tienes idea de lo que hace, pero te diré que no pienso ensuciarme las manos si puedo evitarlo. Matarlo será como arrancar un tumor enquistado en la carne de la humanidad.

Ya has arrancado unos cuantos así, hijo.

—Me falta uno más —reconoció Harry.

¿Y la muchacha que no merece estar muerta? Ha sido una forma extraña de expresarlo, Harry.

—Para ella es algo muy reciente, mamá —Harry sabía que se había metido en un campo minado, y buscó en vano un hito seguro—. Todavía no se acostumbra. Y..., y no tiene por qué acostumbrarse. Quiero decir que puedo ayudarla.

Has aprendido algo nuevo, Harry, replicó ella, muy despacio, y Keogh notó algo cambiado en la voz, ¿miedo, quizá? *Lo has aprendido de Janos Ferenczy, lo presiento. Sí, y es lo que te separa de nosotros. ¡Todos lo presentimos!* De repente, su necrolenguaje se vio invadido por una serie de pequeños estremecimientos.

¿Su madre también? ¿Había alejado también a su dulce madre? De pronto tuvo la sensación de que si la dejaba marchar, se alejaría de él a la deriva y continuaría

alejándose para siempre, tal vez hacia aquel más allá que ella presentía que la aguardaba.

Pero le quedaba un as en la manga y lo jugó entonces:

—Mamá, ¿soy bueno o malo? ¿Nací bueno o malo?

Su madre captó la ansiedad de su necrolenguaje y regresó velozmente.

Eras bueno, hijo. ¿Cómo puedes dudarlo?¡Siempre fuiste bueno!

—Pues nada ha cambiado, mamá. Todavía no, al menos aquí. Te prometo que no dejaré que nada me cambie, al menos aquí. Si llego a sentir que ocurre, en cuanto sienta que ya no puedo mantenerlo a raya, me iré.

Pero si traes de vuelta a esa muchacha, ¿qué será?

—Hermosa como era. Tal vez no físicamente, aunque fue preciosa, pero estará viva. Y eso tiene que ser bonito. Y tú lo sabes.

¿Por cuánto tiempo, hijo? Quiero decir, ¿envejecerá? ¿Morirá? ¿Qué será?¿Qué será, Harry?

No sabía qué responder.

—Simplemente una muchacha. No lo sé.

¿Y sus hijos?¿Qué serán sus hijos?

—No lo sé, mamá! Sólo sé que está demasiado viva para estar muerta.

¿Lo haces por..., por ti mismo?

—No, lo hago por ella, y por todos vosotros.

Presintió que su madre sacudía la cabeza.

No lo sé, hijo. No lo sé.

—Confía en mí, mamá.

Supongo que no me queda más remedio. ¿Cómo puedo ayudarte?

Harry se sintió más animado.

—Mamá, no quiero despertarte. Dijiste que estabas fatigada.

Es verdad, pero si tú puedes luchar, yo también. Si los muertos no quieren hablar contigo, quizá conmigo sí. Mientras puedan.

Le dio las gracias con un movimiento de cabeza y al cabo de un rato dijo:

—Hubo otras antes que Penny Sanderson. Sé sus nombres por los periódicos, pero no sé dónde las enterraron y necesito una presentación. Verás, las agredieron de mala manera y no se fiarán de alguien como yo que puede tocarlas desde aquí. El que las mató también puede hacer lo mismo. Aunque necesito hablar con ellas no quiero asustarlas más de lo que ya están. Sin vuestra ayuda sería muy difícil.

Quieres saber en qué cementerios están, ¿no es así?

—Sí. Probablemente no me costaría demasiado averiguarlo por mi cuenta, pero tengo tantas cosas en la cabeza que no logro concentrarme en nada. Y así el tiempo va pasando.

Está bien, Harry. Haré lo que pueda. Pero no quiero tener que volver a buscarte, de modo que será mejor que vengas tú a verme. De esa forma yo... Se interrumpió de repente.

—¿Mamá?

¿Has notado eso, hijo? Siempre lo noto cuando se acercan así.

—¿Qué ha sido?

Alguien se ha unido a nosotros, contestó su madre con tristeza. *Alguien que se muere. O algo.*

Mary Keogh había sido médium; después de morir, su contacto *con* la muerte se hizo mucho más sensible. ¿A qué habría querido referirse? No estaba claro; Harry notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Algo? —repitió.

Una mascota, un perrito, un accidente, suspiró. *Y un niño con el corazón destrozado. Ha sido en Bonnyrig. En este mismo instante.*

El necroscopio notó que el corazón le daba un vuelco; había perdido tanto en su vida que la idea de la pérdida sufrida por otro, por pequeña que fuera, lo hería profundamente. Quizá fuera el modo en que su madre se lo había contado, con tanta tristeza. O quizá se tratara de un efecto de sus percepciones exacerbadas. Quizás había alguien a quien debía consolar.

—¿Has dicho Bonnyrig? Mamá, tengo que marcharme. Mañana vendré a verte. Tal vez para entonces ya sepas algo.

Cuídate, hijo.

Harry se puso en pie, miró río arriba y luego río abajo y hacia la otra orilla. El sol estaba oculto tras unas nubes algodonosas, lo cual era un alivio.

Saltó por encima de una cancela que estaba a punto de venirse abajo, se internó en un bosquecillo y en el abigarrado centro de aquel verdor conjuró una puerta de Möbius. Al cabo de un momento, apareció en un callejón de Bonnyrig, cerca de la calle principal. Dejó que la sensibilidad de su necrolenguaje se abriera a su alrededor como un abanico o una telaraña y buscó entre los muertos para ver si encontraba a un recién llegado.

Ahí estaba, no muy lejos: un gañido leve al recordar el pánico y el dolor de momentos antes, una cierta sorpresa al no sentir ya dolor e incredulidad de que el día soleado pudiera volverse negro tan deprisa, más negro que la noche. La torpe percepción que tenía un animal de la muerte repentina.

Harry la comprendía muy bien, porque no era muy diferente de la reacción de un ser humano. La única diferencia radicaba en que los perros no poseen ni la presciencia ni la preocupación de la muerte, por lo cual su sorpresa es aún mayor. Si se golpea o se patea a un perro injusta o cruelmente, el animal se retraerá con la misma sorpresa, la misma incredulidad.

Aprovechando que nadie lo observaba, el necroscopio utilizó el continuo de Möbius para seguir los pensamientos del cachorrito hasta su origen: el bordillo de la calle principal del pueblo, en una intersección en la que giraba a la izquierda para desembocar en la carretera de Edimburgo. Era día laborable, no había mucha gente en la calle; el accidente había reunido a algunas personas, que estaban de espaldas a Harry cuando éste apareció en la acera, como surgido de la nada. Lo primero que vio fue la larga huella oscura dejada en el asfalto por el frenazo.

Los pensamientos en necrolenguaje del cachorro se tornaron más desesperados cuando advirtió que no podía salir de la difícil situación en la que estaba metido. No sentía nada, ni podía tocar nada, ni ver la luz. ¿Dónde estaba su Dios, su joven amo?

¡Ssh!, lo calmó Harry. *Tranquilo, pequeño. ¡Tranquilo, ya ha pasado! ¡Sssh!*

Se colocó delante del puñado de testigos presenciales y vio a un niño arrodillado junto a la alcantarilla, con las mejillas bañadas en lágrimas y el cachorrito muerto entre los brazos. El animalito tenía un anca y la espina dorsal torcidas; la pata delantera derecha le colgaba como si fuera de goma; tenía la cabeza aplastada y la oreja derecha rezumaba líquido cerebral.

Harry se apoyó sobre una rodilla, rodeó al niño con un brazo y acarició al cachorro muerto.

—¡Ssh, calma, pequeño! —los consoló a los dos. En su mente, los gañidos y quejidos del cachorro se calmaron hasta convertirse en un lloriqueo entrecortado. Volvía a sentir. Sentía a Harry.

Pero no había manera de consolar al niño.

—¡Está muerto! —exclamaba entre sollozo y sollozo—. ¡Muerto! ¡*Paddy* está muerto! ¿Por qué ese coche no me golpeó a mí en vez de a *Paddy*? ¿Por qué no se detuvo el coche?

—¿Dónde vives, hijo? —le preguntó Harry al niño, un rubito de unos ocho o nueve años.

El otro lo miró a través de los anegados ojos azules.

—Por esa calle —respondió, e inclinó la cabeza vagamente sobre el hombro derecho—. En el número siete. *Paddy* y yo vivimos ahí.

Harry levantó al perro con suavidad, se puso en pie y dijo:

—Lo llevaremos a casa.

El grupito de personas les abrió paso y Harry oyó que alguien exclamaba:

—¡Es una lástima! ¡Una verdadera lástima!

—¡*Paddy* está muerto! —El niño se aferró del brazo del necroscopio cuando giraron la esquina y se internaron en una calle estrecha y vacía.

¿Muerto? Sí, estaba muerto, pero... ¿tenía que estarlo?

¿Verdad que no, Paddy?

La respuesta que recibió en necrolenguaje no fue un ladrido ni una palabra..., pero estaba de acuerdo. Un perro siempre está de acuerdo con sus amigos, y rara vez está en desacuerdo con su amo. Harry no era el querido amo de *Paddy,* pero sin duda era su nuevo amigo.

Y así, se tomó la decisión.

Antes de llegar al pequeño jardín que había delante del número siete, Harry miró al niño desde su altura y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Peter —contestó el pequeño, luchando con las lágrimas y el nudo que tenía en la garganta.

—Peter, yo... —Harry paró en seco. Actuando como si en ello le fuera el alma, miró al perrito que llevaba en brazos y agregó—: ¡Me parece que se ha movido!

El niño se quedó boquiabierto.

—¿Que *Paddy* se ha movido? ¿Pero cómo? ¡Si está tan malherido!

—Hijo, soy veterinario —mintió Harry—. Quizá pueda salvarlo, corre, ve a contar a tus padres lo que ha ocurrido y que me llevaré a *Paddy* para operarlo. Te llamaré en cuanto sepa si se pondrá bien o... si no hay nada que hacer. ¿De acuerdo?

—Pero...

—No pierdas tiempo, Peter —le sugirió Harry—. La vida de *Paddy* está en juego.

El niño tragó saliva, asintió y salió como una flecha hacia el portón del número siete, lo cruzó y mientras entraba atropelladamente en el jardín, Harry ya conjuraba una puerta de Möbius. Cuando la madre de Peter salió precipitadamente de la casa secándose las manos para ver al veterinario, Harry ya se encontraba en otra parte...

El necroscopio tenía muy pocos amigos entre los vivos, pero uno de ellos era un viejo alfarero de Pentlands que tenía hornos propios. No había duda de que *Paddy* estaba completamente muerto cuando Harry se lo entregó a Hamish McCulloch para que lo calcinara en uno de sus hornos.

—Hamish, es muy importante para mí —le dijo al viejo escocés— que lo reduzcas a cenizas. Bueno, si no para mí, al menos para su amo, un niño que ahora mismo está muerto de pena. Y te compraré una vasija para meterlas.

—Creo que podremos hacerte ese favor —asintió Hamish.

—Una cosa —le advirtió el necroscopio—, ten cuidado cuando las recojas. El pequeño quiere estar seguro de poder conservar todas sus cenizas.

—Como digas —volvió a asentir.

Harry esperó cinco horas hasta que terminó la incineración, pero se mostró tranquilo, paciente y controlado. Era el Harry de antes, y a pesar de que disponía de poco tiempo, para aquello tenía todo el tiempo del mundo.

Además, el perro le serviría para sus otros fines, ¿o no? ¿Una especie de preestreno de lo que seguiría después? La ocasión de comprobar si se producía alguna... ¿discrepancia? Porque a Trevor Jordan también le habían destrozado el cerebro y a Penny la habían despedazado.

A las diez de la noche Harry bajó al amplio y polvoriento sótano de su vieja casa, situada a poco más de un kilómetro de Bonnyrig. Lo había limpiado todo lo mejor que había podido y fregó la parte central del suelo de piedra hasta dejarla lisa como un cristal. El viejo Hamish le había dicho cuánto pesaba el cachorro antes de calcinarlo, de manera que aunque Harry hubiera tenido un conocimiento rudimentario de las matemáticas, no le habría resultado difícil calcular a ojo de buen cubero las cantidades de los distintos ingredientes químicos que necesitaba. Su conocimiento distaba mucho de ser rudimentario y las había calculado con la máxima precisión.

Mezcló por fin las cenizas con los productos químicos y formó con ellos un montón sobre el suelo fregado; entonces estuvo preparado. Ya no tenía tiempo para detenerse a comprobar si la pulga que llevaba en la mente estaba despierta y daba saltos por ahí, porque no estaba preocupado por él, sino por el niño que, sin duda, pasaría la noche sin dormir.

En ese momento, cuando lo tenia todo preparado, aquello le pareció ridículamente fácil. ¿Y ahí estaba toda la ciencia? ¿No se habría olvidado de algo? ¿Acaso aquellas palabras esotéricas que había pronunciado en las entrañas del castillo en ruinas de Janos Ferenczy, aquella fórmula antiquísima, había sido suficiente para producir la..., la resurrección?

Y si era así, ¿fue una blasfemia?

¿De qué servía preocuparse ahora? Si el necroscopio tenía que ser condenado por sus obras, ya lo estaría. Y el purgatorio debía de ser algo como el infinito: si se ha de sufrir toda la eternidad, no hay forma de que a uno lo hagan sufrir el doble de tiempo. ¿Verdad?

Como de costumbre, sus disquisiciones daban vueltas en círculos, lo mareaban. Pero de pronto «supo» que era el vampiro que llevaba dentro quien quería confundirlo y en ese mismo instante intervino y cortó el hilo. Dirigió un dedo rígido y sus pensamientos hacia el montoncito de ingredientes y pronunció las palabras de la evocación:

«Y'ai 'Ng'ngah, *Yog-Sothoth,* H'ee-L'geb, F'ai Throcan *¡...Uaaah!*»

Fue como si hubiera acercado una cerilla encendida a una pila de material combustible: surgió una luz fosforescente, una nube de humo de colores, un olor parecido al azufre. ¡Se oyó un gañido!

Paddy, resucitado de sus cenizas, se acercó tambaleante al borde de la nube en

forma de seta; el gas o el vapor se dispersaba velozmente. Tenía las orejas caídas y el rabo lacio, temblaba y avanzaba a trompicones sobre unas patas de gelatina que parecían incapaces de aguantarlo. Había regresado de la muerte y la ingravidez, de la incorporeidad había pasado a la vida y a la materialidad en un instante, pero las patas del cachorro aún no se acostumbraban.

—*Paddy* —susurró el necroscopio, apoyado en una rodilla—. ¡*Paddy,* ven aquí, pequeñajo! —El cachorrito cayó, se puso en pie, se sacudió para volver a caer y después se acercó a él.

Blanquinegro, paticorto, de orejas colgantes, un perro cruzado, ¡pero estaba vivo!

¿Lo estaría de verdad?

Paddy, repitió el necroscopio en necrolenguaje. No hubo respuesta.

Paddy estaba vivo. De verdad.

Media hora más tarde, Harry entregaba a *Paddy* en la casa número siete de una hilera de bonitas viviendas construidas en una zona elevada de Bonnyrig. No tenía intención de quedarse, se marcharía de inmediato si podía, pero había cosas que quería averiguar. Sobre *Paddy.* Sobre el carácter de *Paddy.* ¿Era *exactamente* el mismo perro?

Al parecer, lo era. Al menos Peter así lo creía. El amo de *Paddy* hacía una hora que estaba a punto de irse a la cama, pero no quería dormirse hasta no tener noticias de su veterinario. Para él, el regreso de *Paddy* era un milagro, aunque sólo el necroscopio sabía hasta qué punto aquello era cierto.

El padre de Peter era un hombre alto, delgado, rudo, pero amable.

—El chico nos ha dicho que creía que *Paddy* estaba muerto —le comentó cuando Peter y el cachorro se acostaron; y mientras servía a Harry una buena dosis de whisky—. Que tenía los huesos rotos, que le salían los sesos por la oreja, que sangraba y tenía la espina dorsal medio descoyuntada..., nos tenía preocupados. Adora a ese chucho.

—Parecía peor de lo que en realidad era —respondió Harry—. El cachorro estaba inconsciente, por eso le colgaban tanto las patas; se hizo unos cuantos cortes y, claro, la sangre siempre impresiona; echó bastante baba, pero todo por el golpe.

—¿Y sus ancas? —El hombre levantó una ceja—. Peter nos dijo que no estaban bien, que las tenía rotas.

—Estaban dislocadas —asintió Harry—. En cuanto se las arreglamos, todo lo demás quedó en orden.

—Le estamos agradecidos.

—No ha sido nada.

—¿Cuánto le debemos?

—Nada.

—Es usted muy amable...

—Sólo quería asegurarme de que *Paddy* fuera el mismo perro de siempre —dijo el necroscopio—. Que el golpe que recibió no le cambiara la personalidad. ¿Le ha parecido a usted el mismo?

Del dormitorio de Peter les llegaron un gañido y un ladrido seguidos de una carcajada.

—Están jugando. —La madre del niño asintió y sonrió, comprensiva—. Deberían de estar durmiendo, pero ésta es una noche especial. ¿No es así, señor...?

—Keogh —replicó Harry.

—No cabe duda de que *Paddy* es el mismo de siempre.

El padre de Peter acompañó a Harry hasta el portón del jardín, volvió a darle las gracias y se despidió de él. Cuando entró en la casa, su mujer le comentó:

—Qué persona tan amable y decente. ¡Pero qué ojos más tristes tiene!

—¿Mmm? —Su marido parecía pensativo.

—¿A ti no te lo ha parecido?

—Ah, sí, claro. Pero...

—¿Pero qué? ¿Es que no te ha caído bien? ¿O es que desconfías de un hombre que no ha querido cobrar por un trabajo bien hecho?

—No, no es eso. Pero sus ojos...

—Qué tristes, ¿verdad?

—¿Te parece? Junto al portón del jardín, en la oscuridad, cuando me miró...

—¿Qué?

—No, nada —respondió el padre de Peter, sacudiendo la cabeza—. Quizá fuera por efecto de la luz, es todo...

Una vez en casa, Harry se sintió satisfecho. Mejor de lo que se había sentido nunca desde lo de Grecia, cuando había recuperado el necrolenguaje y sus habilidades matemáticas. Tal vez lograra sentirse todavía mejor, y hacer que otros también se sintieran mejor.

Se sentó en un sillón de su estudio, en un rincón oscuro y se puso a hablar con una urna. O al menos habría parecido que hablaba con una urna, aunque las urnas no responden.

—Trevor, tú eras telépata, y de los buenos. Eso significa que sigues siéndolo. De modo que sé que aunque no te hable, me estás escuchando. Escuchas mis pensamientos. Así que... sabes lo que he hecho esta noche, ¿no?

No puedo evitar ser lo que soy, Harry, le contestó Trevor Jordan en un necrolenguaje entrecortado por el entusiasmo. *Del mismo modo que tú tampoco puedes evitar ser lo que eres. Sí, sé lo que has hecho y lo que piensas hacer. Todavía no lo creo, y me parece que no podré creerlo hasta bastante tiempo después de que haya ocurrido, si es que ocurre. Es como un sueño maravilloso del que no quiero despertar. Salvo que exista una posibilidad de que sea más maravilloso aún si despierto. No había ninguna esperanza, ninguna, y ahora sí...*

—Pero sabías desde el principio cuál era mi intención, ¿no?

Saber lo que alguien quiere hacer no significa que sea capaz de hacerlo, le contestó. *Pero ahora, después de lo que ocurrió con el perro...*

Harry asintió y respondió:

—Pero un perro es un perro, y un hombre es un hombre. No podremos estar seguros hasta que..., hasta que no lo intentemos.

¿Tengo algo que perder?

—Supongo que no.

Harry, cuando estés dispuesto, yo también lo estaré. ¡Caray, no puedes imaginarte hasta qué punto estoy preparado!

—Trevor, hace unos momentos dijiste que ni tú ni yo podíamos evitar ser como somos. ¿Con eso querías decir más de lo que parece? Sé que me habrás leído muchas cosas en mi mente.

Al cabo de una larga pausa, replicó:

No te mentiré, Harry. Sé lo que te ha pasado, en qué te estás convirtiendo. No sabes cuánto lo siento.

—Pronto, muy pronto —dijo el necroscopio—, toda la manada de ratas vendrá por mí.

Ya lo sé. Y también sé lo que les harás y adónde te irás.

Harry volvió a asentir y luego dijo:

—Pero es como me ha dicho mi madre. Se trata de un sitio extraño y siniestro. Me hará falta toda la ayuda que pueda conseguir.

¿Puedo echarte una mano? Supongo que no, y menos estando donde estoy ahora.

—En realidad, sí. Podríamos hacerlo ahora mismo. Pero no pienso aprovecharme de ese modo. Si esto funciona, pronto lo probaremos. Con todo, cuando llegue el momento, tú serás quien decida.

¿Cuándo, pues? (Volvió a notarse que Jordan estaba sin resuello.)

—Mañana.

¡Dios!

—¡No! —advirtió el necroscopio—. Jura todo lo que quieras pero cuida a quién nombras...

Hablaron a continuación de todo un poco y recordaron los viejos tiempos. Era una pena que no hubiera nada bueno que recordar. Claro que con ello habían logrado cosas buenas, pero mientras lo vivieron había sido maligno hasta lo indecible.

Durante una pausa en la conversación en necrolenguaje, Jordan comentó:

Harry, ¿sabes que Paxton te sigue vigilando, no?

Había sido él quien había advertido al necroscopio de la presencia del espía mental. Harry lo recordaba agradecido. Pero desde entonces, y de eso hacía una semana, su propia intuición le había avisado de la proximidad del telépata.

Su primera reacción instintiva al problema había sido invocar un poder heredado de Harold Wellesley, un ex jefe de la Sección PES, que se había suicidado después de que se descubriera que era un agente doble. Ese poder de Wellesley era de signo negativo: su mente era más segura que las bóvedas de un banco, literalmente impenetrable. Y ello lo convertía en el candidato ideal para el puesto de jefe de la organización británica de seguridad de espías mentales. Al menos lo parecía. Para expiar su culpa, le había transmitido a Harry su poder.

Pero el don de Wellesley era a veces una espada de doble filo: si se cierra la puerta para impedir el paso del enemigo, se impide al mismo tiempo que pasen los amigos. Además, cuando se apaga una vela en una cueva profunda, *todos* quedan a oscuras. Harry habría preferido la luz, habría preferido saber que Paxton estaba allí y qué se proponía.

En cualquier caso, resultaba agotador mantenerse siempre en guardia de ese modo. La energía, toda energía, ha de ser generada en alguna parte, y dado el esfuerzo emocional cada vez mayor que debía realizar el necroscopio, sus baterías estaban casi agotadas.

Por lo tanto, Harry debía mantener a raya al espía mental con su intuición y la inteligencia en expansión de aquello que llevaba dentro, sus poderes crecientes. A la larga, esos poderes se convertirían en una especie de telepatía, en otras formas de PES, pero no estaba de más contar con el «extra» de los dones especiales de Jordan.

Jordan también había oído eso.

Harry, eso está hecho. Sé que eres diferente. Toma cuanto pueda darte. Ahora o

cuando lo hayas..., cuando lo hayas probado conmigo, da igual. No voy a cambiar de parecer. Lo utilizarás para protegerte, claro está, pero no para hacernos daño, de eso estoy seguro.

—¿Hacernos daño?

A la gente, Harry. No creo que puedas lastimar a la gente.

—Ojalá pudiera estar tan seguro. La cuestión es que no seré yo... O sí, pero ya no pensaré del mismo modo.

Lo único que has de hacer es ceñirte a tu plan. Cuando sepas que está por ocurrir, o cuando las circunstancias te obliguen a defenderte o a huir, entonces, pon pies en polvorosa y lárgate.

—¡Me echarán de mi propio mundo! —gruñó el necroscopio.

O eso o dejas que el genio salga de la lámpara, no hay otra opción.

—Directo al grano, ¿eh, Trevor?

¿Acaso los amigos no estamos para eso?

—En cierto modo, tú también eres una especie de genio metido en una lámpara, ¿no? —En Harry asomó el ánimo wamphyri de llevar la contraria, su necesidad de discutir la cuestión. Cualquier cuestión.

Jordan aún no se había percatado de ello, en cualquier caso, y procuraba que la conversación no se acalorara demasiado.

Tal vez de ahí surjan las leyendas musulmanas. Un hombre con el Poder, que conoce las palabras mágicas, e invoca a un poderoso esclavo de una lámpara polvorienta. ¿Cuál es tu deseo, mi amo?

—¿Mi deseo? —preguntó Harry con una voz tan desolada como su rostro—. ¡A veces deseo no haber venido a este jodido mundo!

Fue entonces cuando Jordan se percató de la dualidad de Harry, de las singulares corrientes de su sangre que erosionaban la costa de su voluntad, el horror que desafiaba su ascendente humano, desafío que crecía hora tras hora, día tras día.

Estás cansado, Harry. Tal vez deberías dejar de preocuparte tanto y dormir un poco.

—¿Dormir de noche? —preguntó el necroscopio con una risita ahogada, seca y sombría—. No está en mi naturaleza, Trevor.

Tienes que luchar contra él.

—¡Es lo que he hecho! —gritó Harry con voz ronca—. No hago más que luchar contra él.

Jordan guardó silencio y luego dijo:

Tal vez..., tal vez deberíamos hacer una pausa. Su necrolenguaje era vacilante.

Harry notó su miedo, el terror de un hombre muerto. Y para sus adentros más profundos, a los que Jordan no podía llegar, exclamó:

¡Dios mío! Ahora hasta los muertos me temen.

Se puso en pie con tanta precipitación que a punto estuvo de tirar la silla. A grandes zancadas se acercó a la ventana, espió por el espacio que quedaba entre las cortinas y vio el río y la noche. En ese preciso instante, en la orilla más alejada, bajo los árboles, alguien encendió una cerilla para fumarse un cigarrillo. Por un segundo, Harry vio el resplandor antes de que lo ocultara el hueco de la mano. Después, sólo pudo ver un fulgor amarillo que se hacía más intenso cuando el observador le daba una fuerte calada al cigarrillo.

—Ese cabrón está ahí afuera —dijo Harry, para sí.

Tanto daba que lo dijera para sí, porque Jordan estaba demasiado asustado como para contestarle...

Capítulo cinco

El resucitado

A medianoche Harry continuaba agitado.

Invocó el poder de Wellesley, salió al jardín y bajó por el sendero hasta el viejo portón del muro, combado sobre sus goznes herrumbrados. La noche era su amiga e, igual que un gato, se fundió con las sombras hasta que dio la impresión de que allí no había nadie. A través del portón abierto miró hacia el río; sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, distinguían con claridad la silueta inmóvil bajo los árboles: la pulga mental, Paxton.

—Paxton...

Aquel nombre fue como un veneno en los labios y la mente de Harry..., su mente, o la de la criatura que iba creciendo dentro de él. Porque el vampiro de Harry reconocía la amenaza del mismo modo que lo hacía el necroscopio, la diferencia radicaba en que quizá se encargaría de ella de un modo diferente. Si él lo dejaba.

—Paxton —susurró el nombre en el aire frío de la noche; su aliento se convirtió en una bruma que flotó por el sendero y giró alrededor de sus piernas. La oscura esencia de los wamphyri se hacía fuerte en su interior, casi irresistible—. No me oyes, ¿verdad, cabrón, que no me oyes? —Exhaló una bruma que se coló por debajo del portón, cruzó el sendero cubierto de maleza que iba al río, bajó por entre las zarzas y pasó sobre el agua cristalina—. No logras leerme la mente; no sabes que estoy aquí, ¿verdad?

De pronto, como surgida de la nada, en la mente de Harry sonaron los gorgoritos de una monstruosa voz, la voz inconfundible de Faethor Ferenczy:

Cuando sientas su proximidad no te ocultes, ¡sal a buscarlo! ¿Que entrará en tu mente? ¡Penetra tú en la suya! Espera que tengas miedo, que estés asustado; ¡sé osado! Y cuando ante ti abra sus fauces, métete por ellas porque lo más blando lo lleva dentro.

Una voz de pesadilla, pero que Harry recuperaba de sus propios recuerdos. Porque el poder de Wellesley impedía cualquier otro tipo de intrusión; Faethor se había marchado ya a donde ningún hombre podría alcanzarlo; estaba perdido para siempre en el futuro.

Aquel padre de los vampiros se había referido a su hijo Janos, pero el necroscopio tenía la impresión de que podía aplicar las mismas técnicas en esa situación. O tal vez no fuera Harry quien tenía esa impresión, sino aquello que llevaba dentro. Paxton estaba allí para probar que Harry era un vampiro. Dado que *era* un vampiro, no existía manera de refutarlo. ¿Pero debía esperar sentado las consecuencias del informe de aquella pulga? Se sintió impulsado a equilibrar un poco la balanza, a darle al espía mental algo en qué pensar.

Pero no para que se rascara la comezón, no, porque sería una prueba concluyente en sí misma, y obligaría al necroscopio a exponerse aún más a la indeseada luz y, en definitiva, al escrutinio de pulgas más grandes cuyas picaduras podían resultar letales. Además, Harry se obligó a recordar que sería un asesinato.

Al pensarlo, vio imágenes de sangre, algo que debía evitar a toda costa.

Se apartó del portón que había en el viejo muro de piedra, invocó una puerta, la cruzó y entró en el continuo de Möbius..., volvió a aparecer en un camino secundario que corría paralelo al extremo más alejado del río. No había nadie a la vista; el cielo estaba encapotado; por entre los árboles el río era una cinta plúmbea caída como por descuido en la oscuridad.

El coche de Paxton estaba aparcado debajo del ramaje y ocupaba parte del camino. Se trataba de un modelo reciente y caro; la pintura brillaba en la oscuridad; las puertas estaban cerradas con llave y las ventanillas subidas. El vehículo estaba ligeramente inclinado colina abajo, y apuntaba hacia una curva bordeada por una pared, donde el camino de acceso se unía al principal que iba a Bonnyrig.

Harry salió del asfalto lleno de baches, dejó atrás el coche y se ocultó entre los árboles; la bruma lo seguía a donde él se dirigiera.

Pero no se limitaba a seguirlo, porque él mismo era su fuente y su calzador. Se elevaba del suelo que pisaba, caía de sus ropas oscuras como una singular evaporación, surgía de su boca en forma de aliento. Avanzó en silencio, con fluidez, sin percatarse que sus pies se posaban, infalibles, sobre terreno blando, entre los lugares donde las ramitas frágiles y traicioneras esperaban para delatarlo. Notó que el inquilino que llevaba dentro tensaba los músculos y enterraba profundamente sus garfios en su voluntad.

Sería una buena prueba del poder que aquella cosa ejercía sobre él, dejar que tomara las riendas allí mismo, para que lo impulsara a hacer algo que no podría reparar.

Hasta entonces, la fiebre de Harry había estado más o menos bajo control. Si bien sus iras habían sido *más* violentas, sus depresiones más profundas y sus períodos de alegría pronunciados, en general, no había sentido ninguna compulsión, ningún ansia, o al menos nada que no pudiera resistir. Pero en ese momento sentía todo aquello. Era como si Paxton se hubiera transformado en el centro de todo lo que no funcionaba en su vida, un punto en el que podía concentrarse, un quiste voluminoso en el cutis ya imperfecto de la existencia.

Hacía falta una intervención quirúrgica.

La bruma de Harry reptaba delante de él. Saltó de la ribera y del sitio donde las ramas de los árboles tocaban el suelo húmedo para tender sus enroscados zarcillos alrededor de los pies de Paxton. El telépata estaba sentado en un tocón, cerca del río, con la vista fija al otro lado de la orilla, en la negra silueta de la casa por una de cuyas ventanas superiores salía la luz. Harry había dejado esa luz encendida deliberadamente.

Aunque el necroscopio no se percató de ello, en el rostro de Paxton aparecía una mirada entre ceñuda y amenazante; el espía mental había perdido el aura de su presa. Suponía que Harry seguía en la casa, pero por más que se concentrara ya no lograba restablecer contacto con él. Ni siquiera el leve contacto que constituía el requisito mínimo.

Aquello no significaba gran cosa, por supuesto, porque Paxton era consciente de los poderes de Harry: el necroscopio podría encontrarse literalmente en cualquier lugar. Aunque, por otra parte, podía significar mucho. No todo el mundo es capaz de salir con rapidez suficiente, en plena noche, para ponerse fuera del alcance de hombres y telépatas por igual. Keogh podía estar tramando cualquier cosa.

Paxton se estremeció como si hubiera visto un espectro. Evidentemente se trataba de una frase hecha, pero por un momento tuvo la impresión de que algo lo

había tocado, como si una presencia invisible se le hubiera acercado, cruzando el agua a la deriva, para colocarse junto a él, en el silencio reinante en la ribera amortajada por la niebla. ¿Amortajada por la niebla? ¿De dónde diablos había salido aquella expresión?

Se puso en pie, miró hacia la derecha y la izquierda y luego alrededor de él. Harry, que se encontraba apenas a cinco pasos de distancia, se internó en silencio en las sombras.

Paxton dio una vuelta completa en círculo, volvió a estremecerse y luego, incómodo, se encogió de hombros y prosiguió mirando fijamente la casa que había al otro lado del río. Metió la mano en el interior de la chaqueta, sacó una petaca forrada de cuero, la inclinó y bebió a borbotones un largo trago del fuerte licor.

Mientras contemplaba cómo el PES vaciaba la petaca, Harry notó que en su interior crecía algo sombrío. Era grande, quizá más que él mismo. Avanzó con un movimiento sigiloso y se detuvo justo detrás del telépata confiado. ¡Qué gracioso sería permitir que el escudo de Wellesley cayera en ese mismo instante y *concentrar* sus pensamientos en la nuca de Paxton! ¡Con toda probabilidad, el PES iría a parar al río de un salto!

O tal vez se volvería despacio, muy despacio, para ver a Harry allí, de pie, mirando directamente en el fondo de su alma temblorosa. Entonces, si se pusiera a gritar...

La *cosa* oscura, extraña y henchida de odio se apoderaba ya de las manos de Harry, las levantaba hacia la nuca de Paxton. Aquella cosa estaba también en su corazón, en sus ojos y en su rostro. Sintió cómo le obligaba a retirar los labios para dejar al descubierto dientes babosos. Habría sido tan sencillo levantar a Paxton para meterlo en el continuo de Möbius y..., y encargarse de él allí. Allí, donde nadie podría encontrarlo jamás.

Las manos de Harry no tenían más que cerrarse para retorcer el cuello de aquel PES como si fuera una gallina. *¡Ahhh!*

La cosa que llevaba dentro le hablaba de emociones aún inalcanzables que podrían ser suyas. Se sintió turbado ante aquel mensaje, ante el grito cuyo eco llegaba hasta lo más profundo de su ser: ¡*Wamphyri*! ¡*Wam...*!

Paxton se subió un poco la manga del abrigo y echó un vistazo a su reloj.

Nada más; su movimiento había sido algo tan natural, tan mundano que el hechizo de un plano de existencia extraño quedó truncado. Harry volvió a sentirse como si fuera un niño de doce años, que se masturba con furia delante de la taza del inodoro, y que cuando está al borde del orgasmo, aparece su tío y llama a la puerta del lavabo.

Se apartó de Paxton, conjuró una puerta de Möbius y la cruzó a trompicones. Demasiado tarde, por fortuna, el espía mental notó algo y se dio media vuelta...

... Pero no vio nada más que un torbellino de bruma.

Empapado en un sudor agrio, el necroscopio salió del continuo de Möbius y apareció en el asiento posterior del coche de Paxton. Permaneció allí, sentado, presa de escalofríos y náuseas, cayó al suelo y se retorció hasta arrojar aquella cosa. Finalmente, mientras miraba su hediondo vómito, poco a poco volvió a sentir aquella rabia. Estaba furioso consigo mismo.

Se había propuesto darle una lección al PES y a punto había estado de matarlo. Era una muestra bien clara del poco control que ejercía sobre aquello que llevaba dentro, que aún era un..., ¿qué? ¿Una criatura? ¿Un bebé? ¿Qué esperanza podría abrigar entonces cuando alcanzara su pleno desarrollo?

Paxton seguía debajo de los árboles, junto a la ribera, con sus pensamientos, sus cigarrillos y su whisky. Probablemente seguiría allí al día siguiente y al siguiente. Hasta que Harry cometiera un error y se delatara. Si no lo había hecho ya.

—¡El muy hijo de puta! —exclamó Harry con amargura.

¡Ojalá le dieran por culo al muy cabrón! Al menos eso sería mejor que asesinarlo.

Pasó al asiento delantero, quitó el freno y notó que las ruedas se movían despacio y el vehículo empezaba a avanzar. Giró el volante para que el vehículo quedara situado en el camino y dejó que la gravedad hiciera el resto. El coche fue bajando por la suave pendiente, ganando impulso.

Harry pisó repetidamente el acelerador hasta que le llegaron los fuertes vahos de la gasolina; puso el estárter y volvió a pisar el acelerador. Después de recorrer unos trescientos metros sin dejar de bombear el acelerador, el coche iba ya a unos treinta y cinco o cuarenta kilómetros. La curva se acercaba a toda velocidad con su borde cubierto de hierba y su alto muro de piedra. Harry soltó el volante, conjuró una puerta de Möbius que apareció junto a su asiento y la cruzó con toda tranquilidad.

Dos segundos más tarde, el coche de Paxton se subía al borde del camino, chocaba contra el muro y estallaba como una bomba.

El PES regresaba en ese mismo momento hacia el camino y miraba sin entender nada hacia el lugar donde había aparcado el coche..., después oyó la explosión camino abajo y vio cómo una bola de fuego se elevaba en la noche.

—¿Qué...? —dijo—. *¿Qué?*

A esas alturas Harry se encontraba de nuevo en su casa y marcaba el 999. Contestó una de las operadoras de emergencias de Bonnyrig, que lo comunicó con la comisaría.

—Policía..., ¿en qué podemos ayudarlo? —inquirió una voz con un fuerte acento.

—Acaba de incendiarse un coche en el camino de acceso a la vieja casa que hay detrás de Bonnyrig —contestó Harry sin aliento y acto seguido le dio los detalles completos del lugar—. Y hay un hombre que bebe de una petaca y se calienta las manos en el fuego.

—¿Quién llama, por favor? —La voz sonó más autoritaria, alerta y con tono oficial.

—No puedo darle más detalles. He de ir a ver si hay algún herido —respondió, y colgó.

Desde la ventana de su cuarto, en el piso de arriba, el necroscopio observó cómo el fuego se hacía cada vez más brillante; al cabo de diez minutos vio llegar el coche de los bomberos de Bonnyrig, con una escolta policial. Durante un instante el lamento tenebroso de las sirenas se elevó del ramillete de luces azules y anaranjadas apiñadas alrededor de las llamas. Luego, el fuego se fue apagando, las sirenas se callaron y, al cabo de nada, el coche patrulla se alejó... con un pasajero.

Harry se habría alegrado de saber que el pasajero era Paxton, que juraba y perjuraba su inocencia, mientras su aliento despedía vahos de whisky en las caras inconmovibles de los agentes de policía. Pero no se enteró, porque en ese momento

estaba profundamente dormido. No tenía importancia si dormir de noche le sentaba bien o mal a su carácter: Trevor Jordan le había dado un sano consejo...

Por la mañana, el calorcillo del sol sacó a Harry de la cama. Se elevó por detrás del río, avanzó sigiloso hasta colarse por su ventana y dibujar un rastro caliente sobre su mano izquierda, que en sueños Harry veía atrapada en uno de los hornos de Hamish McCulloch. Se despertó sobresaltado y vio el cuarto inundado por la luz amarilla del sol que se colaba por la ventana: había olvidado echar las cortinas.

Desayunó café solo y se dirigió al sótano. No sabía cuánto tiempo había estado ausente, de manera que quizá fuera cuestión de ahora o nunca. Había prometido a Trevor Jordan que iba a ser aquel día. Las urnas de Jordan y Penny ya estaban abajo, junto con los productos químicos que Harry había sacado del castillo Ferenczy.

—Trevor —dijo, mientras pesaba y mezclaba los polvos—. Anoche perseguí a Paxton..., no en serio, pero casi. Al final me limité a ponerle chinitas en el camino, creo que nos lo hemos quitado de encima por un tiempo. Lo cierto es que no lo siento cerca, aunque quizá se deba a que es de mañana y hace sol. ¿Puedes decirme si está ahí fuera?

El kiosco de Bonnyrig acaba de abrir y hay un lechero que hace el reparto, respondió Jordan. *Ah, y un montón de personas perfectamente corrientes del pueblo están desayunando. Pero ni señales de Paxton. A mí me parece que es una mañana del todo normal.*

—No del todo —lo corrigió Harry—. Al menos para ti.

Es que he tratado de no hacerme demasiadas ilusiones, contestó Jordan; su necrolenguaje sonaba vacilante. *He procurado no rezar. Aún pienso que estoy soñando. Porque en realidad algunas veces nos desconectamos y dormimos. ¿Lo sabías?*

El necroscopio asintió, terminó de preparar los polvos y cogió la urna de Jordan.

—Recuerda que yo también he sido incorpóreo. Me agotaba. El cansancio mental es mucho peor que el físico.

Se produjo un silencio mientras vertía las cenizas de Jordan.

¡Harry, estoy tan asustado que no puedo hablar!

—¿Asustado? —Harry repitió la palabra casi automáticamente, concentrado como estaba en romper la urna con un martillo y disponiendo los trozos con la parte interior hacia arriba alrededor del montoncito de restos mortales y catalizadores químicos, para que cuanto hubiera podido quedar adherido reaccionara cuando pronunciara las palabras.

Asustado, emocionado, de todo..., ¡si tuviera estómago, vomitaría, estoy seguro!

Había llegado la hora.

—Trevor, has de comprender que si no estás bien..., quiero decir...

Sé lo que quieres decir. Lo sé.

—De acuerdo. —Harry asintió y se humedeció los labios resecos—. Allá vamos.

Pronunció las palabras de evocación como si pertenecieran a su lengua materna, pero con un gruñido que negaba toda posibilidad de que fuera un lenguaje humano. Utilizaba su arte con... ¿orgullo? Sin duda sabedor de que se trataba de algo poco común, de que él era una criatura completamente fuera de lo común.

—*¡Uaaah!* —La exclamación final no llegó a ser un gruñido..., un momento después recibía como contestación un grito de dolor.

El necroscopio retrocedió cuando una nube de humo purpúreo llenó el sótano y le irritó los ojos.

De los restos de productos químicos se expandía una nube en forma de hongo. Era la esencia misma de los genios: una fuente pequeñísima que producía un enorme volumen. A trompicones, gritando por el dolor de la resurrección, de ella salió la silueta desnuda de Trevor Jordan. Pero el necroscopio estaba preparado, por si debía abortar aquel nacimiento.

Al principio Harry apenas veía nada en aquel remolino de humo químico; poco después echó un vistazo y vio un ojo enloquecido y fijo, una boca torcida y abierta, una cabeza apenas visible. ¿Acaso sólo estaría allí en parte?

Jordan tendió los brazos hacia Harry; le temblaban las manos, le vibraban casi. Las piernas le fallaron y cayó sobre una rodilla. Harry sintió que lo recorría un escalofrío de horror; las palabras para devolverlo a la muerte surgieron en su mente, prontas para salir de sus labios resecos. Luego...

El humo se disipó y... ante él, de rodillas, encontró a Trevor Jordan.

¡Perfecto!

Harry cayó de rodillas y los dos se abrazaron, llorando como críos...

Después le tocó a Penny. Ella también creyó que soñaba, no podía creer lo que el necroscopio le decía en necrolenguaje. Pero fue un sueño del que él la despertó muy pronto.

Cayó en sus brazos, llorando; él la sacó del sótano, la llevó a su dormitorio, la tendió en la cama y le dijo que tratara de dormir. Imposible: en la casa había un loco que corría frenéticamente, riendo y llorando al mismo tiempo. Trevor Jordan iba y venía, daba portazos, entraba en las habitaciones a la carrera, se detenía para palparse, para tocar a Harry, a Penny, y luego se echaba a reír otra vez. Reía como un poseso, como un loco. ¡Loco por estar vivo!

A Penny le ocurrió otro tanto cuando se dio cuenta de la verdad, cuando creyó del todo. Durante una o dos horas aquello fue una casa de locos. ¿Quedarse en la cama? Se vistió con un pijama de Harry y una de sus camisas y se puso a bailar. Dio vueltas y vueltas a ritmo de vals, hizo piruetas; Harry se alegró de no tener vecinos. Finalmente, se cansaron, y a punto estuvieron de cansar también al necroscopio.

Les preparó mucho café. Tenían sed; tenían hambre; le invadieron la cocina. ¡Se lo comieron todo! De vez en cuando, Jordan se ponía en pie de un salto, abrazaba a Harry hasta que éste creía que iba a romperle las costillas, salía corriendo al jardín para sentir el sol y volvía a entrar a la carrera. Penny estallaba en sollozos y lo llenaba de besos. Aquello lo hacía sentir bien. Pero al mismo tiempo lo turbaba. En aquel momento, no era digno de sus emociones.

Y cuando llegó la tarde, Harry dijo:

—Penny, creo que ya te puedes ir a casa.

Le había dado instrucciones sobre qué debía decir, que la policía habría encontrado el cuerpo de alguien que se le parecía mucho. Que había padecido de amnesia o algo así y que no sabía dónde había estado hasta que se encontró en su calle, en su pueblo de North Yorkshire. Eso era todo, ni un detalle más. No debía

mencionar, ni siquiera en susurros, el nombre de Harry Keogh, el necroscopio.

Apuntó en un papel sus medidas, viajó mediante el continuo de Möbius hasta Edimburgo, le compró ropa y esperó mientras la muchacha se vestía frenéticamente. Se había olvidado de los zapatos: daba igual, iría descalza. ¡Iría desnuda si no quedaba más remedio!

La acercó hasta su casa —sólo interrumpió el salto en los ondulados páramos para hacerle una última advertencia— utilizando el continuo de Möbius, que era algo más en lo que no debería creer. Y le advirtió:

—Penny, a partir de ahora las cosas serán normales para ti, y con el tiempo, incluso puedes llegar a creer en esta historia que hemos pergeñado. Mejor para ti, para mí, para todos, si te la crees de verdad. Y sin duda, mejor para mí.

—Pero... ¿volveré a verte?

Se daba cuenta de lo que había vivido y de lo que iba a perder. Por primera vez se cuestionó si había salido ganando o perdiendo.

Harry sacudió la cabeza y respondió:

—Penny, has de saber que en la vida de uno la gente va y viene. Siempre ha sido así.

—¿Y en la muerte?

—Me has prometido que te olvidarías de eso. No forma parte de nuestra historia, ¿de acuerdo?

Después, completaron el resto del salto hasta llegar a una esquina que la muchacha conocía de toda la vida.

—Adiós, Penny.

Y cuando se volvió para mirar...

De pequeña había seguido la segunda edición de las aventuras del Llanero Solitario. *¿Quién era ese hombre invisible...?*

Jordan esperaba en la casa que estaba cerca de Bonnyrig. Se había calmado un poco, pero todavía resplandecía, asombrado y maravillado, lo que le daba un aspecto hermoso, como de recién bañado, como de haber regresado de unas vacaciones al sol o de nadar en un arroyo de montaña. Todo a la vez.

—Harry, estoy preparado para cuando tú me digas. No tienes más que pedir por esa boca.

—No tienes que hacer nada. Tan sólo no dejarme fuera, es todo. Quiero meterme en tu mente y aprender de ella.

—¿Como hizo Janos?

Harry sacudió la cabeza.

—No, como hizo Janos, no. No te he traído de vuelta para hacerte daño. Ni siquiera te he traído de vuelta por mí. Esto sigue dependiendo de ti. Si te disgusta la idea de que me meta en tu mente, me lo dices. Has de colaborar por voluntad propia.
—Palabras muy significativas.

Jordan lo miró y respondió:

—No sólo me has salvado la vida, sino que me la has devuelto.

El necroscopio concentró sus incipientes pensamientos wamphyri en la cabeza de Jordan, y éste dejó el camino libre para que entrara. Harry encontró lo que quería: se parecía tanto al necrolenguaje que lo reconoció de inmediato. El mecanismo era

sencillo, una parte de la psique humana. Una actividad mental, aunque su funcionamiento era puramente físico; una parte de la mente que la gente —la mayoría de la gente— no ha aprendido a utilizar. Los gemelos idénticos suelen poseer ese don, porque provienen del mismo óvulo. Pero descubrirlo no era lo mismo que hacerlo funcionar.

Harry se retiró y dijo:

—Te toca a ti.

A Jordan le resultó fácil. Él ya era telépata. Miró dentro de la mente de Harry y encontró el gatillo que el necroscopio había imaginado para él. Sólo hacía falta dispararlo. Después, Harry podría apretar el mecanismo todas las veces que quisiera, como un interruptor.

—Inténtalo —dijo Jordan cuando se retiró.

Harry se imaginó a Zek Föener, una poderosa telépata por derecho propio, y la buscó con su nuevo don.

Él (no, ella) nadaba en las cálidas aguas azuladas del Mediterráneo; pescaba con arpón cerca de Zakinthos, donde vivía con Jazz Simmons, su marido. Se encontraba a seis metros de profundidad y tenía un pez en la mirilla, un salmonete estupendo que se movía cerca del fondo arenoso y se la comía con los ojos.

—Probando..., probando..., probando —dijo Harry, con humor seco.

Zek tragó agua salada por el tubo de su respirador, disparó el arpón y falló, tiró el arma y pataleó con fuerza para subir a la superficie. Y allí se mantuvo a flote, tosiendo y escupiendo, mientras miraba sorprendida por todas partes. De pronto se le ocurrió que las palabras debían de proceder de su mente. Pero aquella voz mental era inconfundible.

Recuperó por fin el aliento y se concentró.

¿Ha..., Harry?

Y en su casa de Bonnyrig, a dos mil kilómetros de distancia, Harry contestó:

—El mismo que viste y calza.

Harry..., ¿eres..., eres telépata? Su confusión era completa.

—No era mi intención asustarte, Zek. Sólo quería averiguar hasta qué punto lo hacía bien.

¡Pues estupendamente!¡Pude haberme ahogado!

¿Una nadadora como Zek? Sería imposible que se ahogara. De repente, la mujer retrocedió; el necroscopio supo que había sentido esa otra cosa que había en Harry Keogh. Zek intentó excluirla de sus pensamientos, pero él pasó por alto su confusión y le dijo:

—Tranquila, Zek. Sé que sabes lo que me pasa. Creo que deberías saber que conmigo no será así. No pienso quedarme aquí. Al menos no por mucho tiempo. Tengo que terminar un asunto y después me iré.

¿Volverás a ese lugar? Lo había leído en la mente de Harry.

—Para empezar, sí. Pero quizás haya otros lugares. Sabes mejor que nadie que no puedo quedarme.

Harry, le contestó rápidamente y llena de ansiedad, *sabes que no haré nada contra ti.*

—Ya lo sé, Zek.

La mujer permaneció callada durante un largo rato; después, Harry tuvo un pensamiento.

—Zek, si nadas hasta la orilla, encontrarás allí a alguien a quien le gustaría hablarte. Pero será mejor que tengas los pies firmemente apoyados en la playa,

porque no te vas a creer quién es y lo que tiene que decirte. ¡Esta vez sí que podrías ahogarte de verdad!

Tenía razón, porque Zek no se lo creyó. Al menos durante un rato...

Hacia media tarde, cuando Jordan asumió su condición por completo y se le apagó un poco el fulgor que despedía, dijo:

—¿Qué pasa conmigo, Harry? ¿Puedo irme a casa?

—Tal vez he cometido un error —replicó el necroscopio—. Darcy Clarke sabe que tenía las cenizas de la chica. Podría llegar a descubrirlo. Si lo hace, sabrá que dispongo ahora de algunos poderes más. ¡Que quedarán más que confirmados si apareces tú! Además, tengo la sensación de que todo va a estallar de un momento a otro. Puedes marcharte cuando quieras, Trevor, pero te agradecería que te quedaras aquí escondido durante un tiempo más.

—¿Cuánto más?

—Tengo un asunto que terminar —respondió Harry, y se encogió de hombros—. El tiempo que me lleve concluirlo. Cuatro o cinco días a lo sumo.

—De acuerdo, Harry —asintió Jordan—. Podré soportarlo. ¡Incluso cuatro o cinco semanas si hiciera falta!

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Volverás a la Sección?

—Era un buen medio de vida. Con lo que ganaba pagaba los gastos. Y hacíamos cosas.

—Entonces, será mejor que lo dejes para cuando me haya marchado. ¿Sabes ya que vendrán a buscarme?

—¿Después de todo lo que has hecho por nosotros, por todos?

Harry volvió a encogerse de hombros y contestó:

—Cuando un viejo perro fiel ataca salvajemente a un hijo tuyo, tienes que sacrificarlo. Los servicios que te haya prestado en el pasado no cuentan. Es más, si hubieras sabido a ciencia cierta que iba a atacar a tu hijo, lo habrías matado antes, ¿no es así? Después de eliminarlo, puede incluso que sintieras pena por el pobre chucho y aun que lloraras un poco. Pero si, además de todo esto, supieras que tenía la rabia, ¡vamos, no te lo pensarías dos veces! Lo harías por él y por todos los demás.

Jordan le preguntó cara a cara, con franqueza:

—¿Tanto te preocupa? Seamos realistas, Harry, eliminarte no será tarea fácil. Janos Ferenczy se lo había buscado, pero no estaba en la misma situación en la que estás tú ahora.

—Por eso debo irme. Si no lo hago, me obligarán a defenderme, y eso no hará más que precipitar las cosas. Además, cabría entonces la posibilidad de que esta maldición continuara eternamente. No he invertido todo ese tiempo haciendo cuanto hice. (Dragosani, Thibor, Janos, Faethor, Yulian Bodescu) para acabar igual que ellos.

—En ese caso... Tal vez sería mejor que me fuera. Quiero decir, ahora mismo.

—¿Y eso?

—Puedo mantenerme oculto y no perderlos de vista. Han mandado a Paxton para que te vigile, pero no se enterarán de que yo los vigilo a ellos. Ni siquiera saben que estoy vivo. ¡Lo que sí saben es que estoy muerto!

—¿Y qué más? —preguntó Harry, interesado.

—Darcy es a quien tenemos que vigilar, pero no cuando está en el despacho,

sino cuando está en su casa. Sé donde vive y cómo piensa. Pensará mucho en ti, por lo que eres y porque es un buen tipo y, en fin, porque le darás mucho en qué pensar. De manera que cuando todo parezca dispuesto para que se te echen encima, lo sabré, y entonces me pondré en contacto contigo.

—¿Harías eso por mí? —Harry sabía que sí.

—¿No estoy en deuda contigo?

Harry asintió despacio y finalmente contestó:

—Es una buena idea. Muy bien, te irás cuando haya oscurecido. Te llevaré en coche hasta Edimburgo y después seguirás solo.

Y así hicieron. El necroscopio también siguió solo, pero no por mucho tiempo.

Paxton regresó a la mañana siguiente.

Su presencia le agrió el humor a Harry en un instante, pero se prometió que más tarde cogería la sartén por el mango y, para variar, echaría un vistazo en la mente de Paxton. La idea lo deleitaba. Pero antes iría a ver a su madre para saber si tenía algo para él.

El cielo estaba encapotado; una vez apostado en la orilla, se subió el cuello del abrigo para protegerse de la llovizna fina y penetrante.

—Mamá, ¿has podido hacer algo?

¿Harry? ¿Eres tú, hijo? Su necrolenguaje era tan débil, sonaba tan lejano que por un momento el necroscopio creyó que se trataba simplemente de la «estática» de fondo, de los susurros de las huestes de los muertos que conversaban en sus tumbas.

—Sí, mamá, soy yo. Pero... te oigo como si estuvieras sumamente débil.

Ya lo sé, hijo, contestó ella desde muy lejos. *Como a ti, me queda muy poco tiempo. Al menos en este lugar. Todo se desvanece, todo... ¿Querías algo, Harry?*

Parecía muy débil y delirante.

—Mamá —fue paciente con ella, como en los viejos tiempos—, como últimamente he tenido ciertos problemas con los muertos, habías quedado en que me echarías una mano y que tratarías de que se mostraran un poco menos reacios contigo..., me refiero a esas chicas que asesinaron. Me pediste que te diera tiempo y que volviera aquí a verte. Por eso he venido. Todavía necesito esa información, mamá.

¿Chicas asesinadas? Repitió vagamente.

Harry notó entonces que, de pronto, su madre concentraba su atención y que su necrolenguaje sonaba más claro en su propia mente.

¡Ah, sí, esas pobres chicas que asesinaron! Esas inocentes. Aunque la verdad..., no todas eran inocentes, Harry.

—Por lo que a mí respecta, lo eran, mamá. Para mis fines, lo eran. ¿Pero a qué te refieres?

Veras, la mayoría de ellas se negó a hablar conmigo, respondió. *Al parecer, ya las habían advertido sobre ti. Cuando se trata de vampiros, los muertos no son muy clementes, Harry. Una de las que sí quiso hablarme fue la primera de las víctimas, pero de inocente no tenía ni un pelo. Era prostituta, hijo, con boca y mente de letrina. Pero se mostró dispuesta a hablar de aquello y me dijo que no le importaría hablar contigo. En realidad, dijo más que eso.*

—¿Ah, sí?

Sí, dijo que para ella sería una bonita novedad dedicarse a hablar, simplemente a hablar con un hombre. La madre de Harry parecía escandalizada. *Y qué joven era, una cría.*

—Mamá, he de marcharme; iré a ver a esa chica... muy pronto. Pero te estás debilitando tanto que no sé si podremos volver a hablar. Por eso he pensado que debía decirte ahora mismo que has sido la mejor madre que nadie pudo haber tenido y que...

Y tú has sido el mejor de los hijos, Harry, lo interrumpió. *Pero, escúchame, no llores por mí. Y te prometo que no lloraré por ti. He vivido una buena vida, hijo, y a pesar de la muerte cruel que tuve, no he sido del todo desdichada en mi tumba. Harry, a ti te debo la felicidad que encontré, y te debo también lo que en este lugar se considera felicidad. ¿Que los muertos ya no se fían de ti? Bueno, pues ellos se lo pierden.*

Le lanzó un beso y le dijo:

—Perdí muchas cosas cuando te apartaron de mí. Pero, claro, tú perdiste muchas más. Espero que haya un lugar más allá de la muerte, mamá, y que puedas alcanzarlo.

Harry, una cosa más. Su voz se desvanecía muy deprisa; tuvo que concentrarse al máximo para no perder su necrolenguaje. *Sobre August Ferdinand.*

—¿August Ferdi...? ¿Sobre Möbius? —Harry recordó su última conversación con el gran matemático—. ¡Ah! —exclamó, y se mordió el labio—. Bueno, verás, ocurre que es posible que haya ofendido a Möbius, mamá..., sin darme cuenta, ¿entiendes? En esa ocasión no era el mismo de siempre.

Eso mismo me dijo él, hijo, también me dijo que no volvería a hablar contigo.

—Ah —dijo Harry, un tanto alicaído. Möbius había sido uno de sus mejores amigos, uno de los más íntimos—. Lo comprendo.

No, no lo comprendes, Harry, replicó su madre. *No volverá a hablar contigo porque ya no estará allí..., quiero decir, aquí. Él también tiene que irse a otra parte, o al menos eso cree él. De todos modos, me habló de un montón de cosas que no entendí muy bien: del espacio y del tiempo, del espacio-tiempo, de universos de luz en forma de cono. Creo que eso es más o menos todo. Me dijo también que tu razonamiento dejaba sin resolver una cuestión muy importante.*

—¿Ah, sí?

Sí. La cuestión del... tinuo de Möbius mismo. Dijo..., cree... saber qué es. Dijo... era... mente...

Se estaba desintegrando y su necrolenguaje llegaba muy entrecortado; Harry sabía que aquélla sería la última vez.

—¿Mamá? —Estaba inquieto.

Möbius... dijo... era... La mente, Harry...

—¿La mente? Mamá, ¿has dicho la mente?

La mujer intentó contestar, pero no pudo. Lo único que logró transmitir fue unos susurros débiles y muy lejanos.

Haaarry... Haaaarryyy...

Y se hizo el silencio.

Paxton había leído los archivos de los casos del necroscopio y sabía bastante sobre él. A las personas de creencias más mundanas, gran parte de esas cosas les habrían resultado increíbles. Pero Paxton no era de esas personas. Desde la orilla opuesta, vigilaba a Harry con un par de prismáticos y pensó: *Vaya tío más raro, está*

hablando con su madre, una mujer que lleva muerta un cuarto de siglo y que hace la tira que se ha convertido en barro. ¡Dios santo!¡Y después dicen que la telepatía es una cosa rara!

Harry lo «oyó» y supo que había estado escuchando la conversación que había mantenido con su madre, al menos lo que Harry había dicho. Se sintió furioso, pero era una furia fría, no como la de la otra noche. Volvió a recordar el consejo de Faethor: «¿Que entrará en tu mente? ¡Penetra tú en la suya!».

Paxton vio que el necroscopio se ocultaba detrás de un arbusto y esperó a que saliera por el otro lado. Pero no lo hizo. «¿Estará orinando?», se preguntó el PES.

—En realidad no —dijo Harry en voz baja, justo detrás de él—. Pero cuando lo haga, me gustaría que fuera en la intimidad.

—¿Qué...?

El espía mental se volvió velozmente, tropezó, retrocedió a trompicones hasta la orilla del río. Harry tendió una mano y lo aferró de la chaqueta, lo aguantó y lanzó una sonrisa que no tenía nada de alegre. Lo miró de arriba abajo: era un hombre delgado, pequeño, con aspecto ajado, que tendría unos veintitantos años, con cara y ojos de comadreja. Sus capacidades telepáticas debían de ser la forma en que la vieja madre naturaleza pretendía compensar aquella serie de deficiencias.

—Paxton —susurró Harry, con una suavidad peligrosa, exhalando un aliento cálido como si en lugar de provenir de sus pulmones saliera de un fuelle caliente—, eres una pulga mental asquerosa y rastrera. Seguro que cuando tu padre te hizo, se le salió lo mejor por el condón pinchado y, después de mojarle la pierna a tu madre, cayó al suelo del prostíbulo. Eres un cabrón hijo de puta que invade mi territorio, me pisotea y me provoca urticaria. Tengo todo el derecho de este mundo a ponerte en vereda. ¿No estás de acuerdo?

Paxton boqueó como un pez recién sacado del agua, y cuando por fin recuperó el aliento y el valor, contestó:

—Me..., me limito a hacer mi trabajo, es todo. —Lanzó un gritito y trató de soltarse. Pero el necroscopio lo mantenía agarrado, delante de él, con mucha firmeza, aunque no daba la impresión de hacer fuerza.

—¿Que haces tu trabajo? —repitió Harry—. ¿Para quién, basura?

—No es asunto tu... —comenzó a decir Paxton.

Harry lo sacudió, le lanzó una mirada colérica y por primera vez el PES notó que un leve resplandor rojo que se colaba por las gruesas lentes de las gafas oscuras coloreaba las demacradas mejillas del necroscopio. ¡Una colérica luz roja... en sus ojos!

—¿Para la Sección PES? —preguntó Harry en voz tan baja y cavernosa que más bien pareció un gruñido.

—Sí..., ¡no! —respondió Paxton bruscamente.

Se había ablandado como la gelatina y lo único que quería era alejarse de allí; para ello estaba dispuesto a decir cualquier cosa, lo primero que se le ocurriera. Harry lo sabía, lo leía en su rostro pálido y en sus labios temblorosos; pero si los labios pueden mentir, la mente casi siempre dice la verdad. Penetró en ella, la exploró a fondo y volvió a salir como si hubiera merodeado en el pútrido cenagal de una cloaca. Incluso a través del olor rancio del miedo de Paxton habría sido capaz de oler la mierda.

Resultaba un alivio saber que no abundaban las mentes como aquélla; de lo contrario, el necroscopio se habría sentido tentado a declarar la guerra allí mismo a toda la raza humana.

Paxton supo que Keogh había estado dentro de su mente: lo sintió como trozos de hielo. Comenzó a imitar otra vez a un pez.

—Ahora lo sabes sin lugar a dudas —le dijo Harry—. E informarás de ello a tu jefe. Vete, pues, y dile al ministro que su peor pesadilla se ha hecho realidad, Paxton. Díselo y luego presenta la dimisión. Y no vuelvas. Sé que no te gustan los consejos, pero esta vez acéptalo: corre mientras puedas. No habrá una segunda advertencia.

Mientras Paxton se hacía a la idea de cuál era su situación, Harry lo soltó con violencia, lo empujó hacia atrás hasta la orilla del río y lo tiró a las aguas que bajaban en suaves remolinos.

Fue entonces cuando el necroscopio vio el maletín de Paxton abierto sobre el tocón de un árbol. Unos cuantos sobres blancos, correo comercial, y un sobre grande de papel manila, que fueron como imanes que captaron su mirada. Iban dirigidos a Harry Keogh, 3 The Riverside, etc., etc.

Harry lanzó una mirada furibunda hacia donde el PES boqueaba, chapoteaba y tragaba el agua fría del río, fuera de su alcance —y de momento lejos del peligro— y luego recogió su correspondencia y se marchó a casa.

Paxton sabía nadar; mejor para él. Porque al necroscopio le daba exactamente igual...

Capítulo seis

¡Alerta roja!

Harry hojeó rápidamente los archivos de los asesinatos, averiguó el nombre de la joven prostituta, el pueblo donde vivía y el lugar donde la enterraron, y se dirigió de inmediato a su tumba en un pequeño cementerio de los suburbios al norte de Newcastle. El necroscopio se movió tan deprisa que cuando se sentó a la sombra de un árbol, cerca de la sencilla lápida de Pamela Trotter, a cientos de kilómetros de allí, Paxton todavía estaba recuperando el aliento, en la orilla del río hasta donde se había arrastrado.

—Pamela —dijo el necroscopio—. Soy Harry Keogh. Creo que mi madre te habrá mencionado mi nombre.

Tu madre y otros, contestó la joven de inmediato. *Te esperaba, Harry..., además, me han advertido que no me acercara a ti.*

Harry asintió, quizá con pesar.

—Mi reputación se ha resentido un poco últimamente, para qué engañarte.

La mía ha sufrido un montón, respondió ella con una risita ahogada. *Durante casi seis años, para ser exacta, desde que cumplí los catorce y un tío amable me mostró su regaderita rosada y me enseñó dónde había que meterla. En realidad, lo seduje, porque había notado que cuando se me acercaba, se le ponía tiesa. Pero si no hubiera sido él, habría sido cualquier otro, porque yo era así por naturaleza. Nos hartamos de jugar, hasta que un buen día su mujer nos pescó en plena función, ¡vieja foca celosa! Me había montado encima de él y estaba venga empujar, venga empujar, cuando entró ella. Él me la sacó a toda prisa, pero ya estaba demasiado a punto y cuando se corrió cayó todo en la alfombra. ¡Creo que la tía llevaba mucho sin verlo soltar el chorro y seguro que nunca de aquella manera! Ahora que lo pienso, creo que él tampoco. Al menos antes de que yo apareciera. Pero a mí me gustaba de todas las maneras. Es una gran ayuda cuando disfrutas con tu trabajo.*

Harry permaneció callado durante un momento; estaba sorprendido, estupefacto incluso. No sabía muy bien qué contestar.

¿No te ha dicho tu madre que era una zorra, un pendón, una puta? No había amargura en ella, ni siquiera demasiada tristeza, y a Harry le cayó bien por eso.

—Sí, más o menos —respondió al cabo de un rato—. No creo que eso importe demasiado. ¡A estas alturas allá abajo debe de haber muchas de vosotras!

La muchacha lanzó una sonora carcajada y a Harry le cayó todavía mejor.

El oficio más antiguo del mundo, dijo.

—Pero una noche, hace casi ocho semanas, el cliente te salió rana, ¿no? —Presentía que con ella podía ir al grano.

El aire de indiferencia de la muchacha desapareció por completo.

No fue así como ocurrió, dijo. *Yo no fui a buscarlo. De todos modos, no quería eso de mí..., al menos no de ese modo.*

—Era sólo una suposición —se apresuró a aclarar Harry—. No quería ofenderte, y tampoco pretendo sacar a relucir recuerdos desagradables. Pero no sé

cómo voy a encontrar a este tipo si nadie puede contarme nada de él.

No sabes cómo me gustaría que le dieran su merecido, Harry, le contestó. *Y si puedo ayudarte, lo haré. Sólo espero recordar lo suficiente, es todo.*

—No lo sabrás hasta que no lo hayas intentado.

¿Por dónde quieres que empiece?

—Primero muéstrame cómo eras, o cómo creías que eras —le pidió. Sabía muy bien que los muertos conservaban imágenes de sí mismos como si estuvieran vivos, y quería tratar de establecer alguna comparación con Penny Sanderson. En pocas palabras, quería saber si el nigromante al que perseguía seguía algún tipo de pauta.

De la mente de la muchacha recibió de inmediato la imagen de una morena en minifalda, alta, de ojos oscuros, con los pechos ligeramente bamboleantes, sin sujetador, debajo de una blusa de seda azul y un trasero bien proporcionado. Pero en la imagen no había nada que denotara carácter, nada que sugiriera cualidades mentales o de personalidad; era todo sensual, cargado de sexualidad. Lo cual no encajaba con sus primeras impresiones.

¿Y?¿Qué tal era?

—Muy atractiva —respondió—. Pero creo que te cotizas un poco bajo.

Con frecuencia, convino, pero sin la acostumbrada carcajada. Después suspiró, algo que Harry estaba acostumbrado a oír en los muertos. Era su manera de manifestar que comprendían que habían agotado su tiempo y que éste jamás volvería. Pero enseguida se alegró. *Y aquí me tienes, hablando con un hombre, y por primera vez no me pregunto qué llevará en los pantalones. En la parte delantera y en el bolsillo trasero.*

—¿Siempre fue así, por dinero?

Algunas veces por diversión. Ya te he dicho que era ninfómana. ¿Y ahora quieres seguir?

Harry se sintió incómodo. Le había dado una respuesta estereotipada; era evidente que ya le habían formulado esa pregunta a menudo.

—¿He sido indiscreto?

Tranquilo, contestó. *A todos los hombres les intriga saber qué piensa una profesional.* De repente, su necrolenguaje se tornó muy frío. *A todos menos a aquél. No tiene por qué sentirse intrigado, pues siempre puede averiguarlo todo luego, cuando están muertas.*

Después de eso, el necroscopio tuvo la certeza de que la muchacha colaboraría al máximo.

—Cuéntamelo —le pidió.

Y así lo hizo...

Un viernes por la noche me fui a bailar. Como trabajaba por mi cuenta, era dueña de mi tiempo. No necesitaba que un macarra me consiguiera clientes, se llevara mi dinero y me trajera a sus amigos para hacérselo gratis. Pero el baile era en el pueblo y yo vivía a unos cuantos kilómetros. Pasada la medianoche, los taxis son caros; Cenicienta necesitaba un carruaje para volver a casa.

No era ningún problema; siempre hay un puñado de muchachos prometedores dispuestos a acompañar a casa a una chica con la esperanza de meterle mano. Y si el chico me gustaba y si no era muy pesado, en una de ésas conseguía algo más que

meterme mano. Como dice el refrán, favor con favor se paga.

En esa ocasión, elegí mal: no era nuestro hombre, pero el tío parecía un pulpo. En cuanto me subí a su coche, dejó fuera la actitud amable y preocupada. No tenía idea de lo que yo era, creía que era una chica normal, aunque un bocado fácil. Ni conducir podía de tanto babear y quería detenerse en cada callejón y cada lugar de descanso de la carretera. Yo llevaba ropa cara y no quería que me la estropeara. De todos modos, el tipo no me gustaba.

Dijo que conocía un sitio cerca de la autopista y antes de que yo pudiera decirle que no me hacía falta desvió hacia Edimburgo. En una zona de descanso, debajo de unos árboles, entró en acción y recibió un rodillazo en sus partes por haberse tomado la molestia. Cuando estuvo en condiciones de volver a conducir, se marchó y me dejó ahí plantada.

A unos cuatrocientos metros por la autopista había una estación de servicio. Me fui hasta allí y me tomé un café. No estaba nerviosa ni nada parecido, simplemente me sentía deshidratada. En el Palace había tomado demasiadas ginebras con vermut italiano.

Cuando estaba ahí sentada, en uno de los reservados, llegó un conductor. Así lo veía yo, como un conductor. Un hombre que venía de lejos y que había parado para quitarse el cansancio con un tazón de café.

No me preguntes qué aspecto tenía; aquel lugar estaba medio vacío y había poca luz, para ahorrar, y yo todavía llevaba el colocón de ginebra. Le hablé, pero en realidad no me lo miré, ¿sabes? En fin, que no me pareció de los malos y además no se mostró nada pesado. Cuando se acabó el café hizo ademán de ponerse de pie, y entonces le pregunté hacia dónde iba.

—¿Adónde quieres ir? —me contestó. Tenía una voz suave, parecía amable.

Le dije dónde vivía y él me comentó que conocía el sitio.

—Estás de suerte —me dijo—. Me queda de paso por la autopista. Estará a unos ocho kilómetros de aquí, ¿no? Hay un desvío donde puedo dejarte. Aunque no voy a poder acercarte mucho más, porque me controlan el kilometraje y la gasolina. Tú decides. Tal vez te sientas más segura yendo en taxi.

Pero soy de las que a caballo regalado no le mira el diente.

Salimos de la cafetería y nos fuimos al aparcamiento de camiones. El hombre estaba tranquilo, no tenía prisa. Con él me sentía perfectamente segura. En realidad, no había pensado en nada malo. Tenía uno de esos vehículos enormes con remolque, al que nos acercamos de costado y por atrás. Las luces de un coche que pasaba por la autopista lo iluminaron. El camión llevaba paneles de color azul con letras blancas que decían: FRIGIS EXPRESS. Me acuerdo bien porque la «X» tenía la pintura blanca desconchada y se leía EYPRESS.

Al llegar a la parte trasera del camión, mi conductor se detuvo, me miró y me dijo:

—Tengo que asegurarme de que esta puerta está cerrada.

Me quedé a su lado mientras la abría y la deslizaba a lo ancho del camión. Salió una bocanada de frío helado y me puse a temblar cuando se convirtió en una nube de bruma. En el interior..., tuve la impresión de que había filas de cosas colgando, pero estaba oscuro y no distinguí bien qué eran. Metió ambas manos en el interior e hizo algo, después me miró por encima del hombro y me dijo:

—Está en orden.

Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que no lo había visto sonreír. Ni una sola vez.

Me indicó que subiéramos a la cabina y cuando él iba a cerrar la puerta, yo me alejé de él. Fue entonces cuando me agarró por detrás. Me rodeó el cuello con un brazo y con la otra mano me colocó algo sobre la cara. Inspiré hondo para recuperar el aliento y todo lo que obtuve fue cloroformo.

Pataleé y luché, pero lo único que conseguí fue necesitar más aire. Y después me dormí...

Cuando me desperté estaba tendida o, más bien, me deslizaba sobre un montón de hielo, o ésa fue mi impresión. Olía a algo que no supe distinguir bien. Tenía mucho frío, estaba aterida. Y el cloroformo me provocaba náuseas y mareo.

Entonces me acordé de todo, supe que estaba en la parte posterior del camión y que me deslizaba de aquí para allá cuando él frenaba o aceleraba. Supe también que estaba metida en un lío, de hecho, en un lío tremendo. Mi conductor iba a conseguir cuanto quisiera. Y también existía la posibilidad de que me matara. Había visto su camión, y más o menos podía describirlo, si bien no en ese momento, sin duda más tarde lo habría hecho; todo estaba en mi contra y yo ya era historia.

Me incorporé, apoyándome en un rincón del oscuro refrigerador (supongo que de eso se trataba: un enorme refrigerador móvil, un camión para congelados), y traté de entrar en calor. Me abracé, me soplé las manos, me di golpecitos en los brazos. Pero el frío y los efectos del cloroformo me habían debilitado. No tenía fuerzas para nada.

Después de... no sé cuánto tiempo, tal vez de un cuarto de hora, pasamos por una zona de baches y entonces oí los frenos neumáticos. Aun hoy no sé dónde estábamos, porque nunca más volví a ver el exterior. El camión paró; al cabo de nada, la puerta se abrió y afuera no había luz; una figura oscura, jadeante, subió al remolque. Cerró la puerta y encendió una luz tenue, una sola bombilla que colgaba del techo. Y entonces vino a por mí.

Llevaba un abrigo largo, de cuero, con manchas negras por fuera y piel marrón por dentro; se lo quitó cuando se me acercaba y me lo tiró donde yo estaba.

—Póntelo encima —me ordenó, jadeando, con una extraña emoción. Pero su voz era tan fría como el lugar donde pensaba tomarme; fue entonces cuando supe que transportaba carne. Había reses de color gris, marrón y rojo colgadas en filas de los ganchos. Y la capa de hielo que había en el suelo era sangre congelada de los animales.

—No..., no tiene por qué haber violencia —le dije—. Podemos hacerlo como tú quieras. —Y aunque estaba helada de frío, me desabroché la blusa y me subí la mini para que me viera las braguitas de encaje.

Me miró sin sonreír y vi que tenía la cara hinchada y sus ojos parpadeaban como pedazos de carbón ardiente en la máscara inflada de su cara.

—¿Como yo quiera? —Repitió mis palabras.

—De la forma que tú quieras. Y juro que te lo pasarás bien. Sólo te pido que no me hagas daño. Puedes fiarte de mí. Después no diré una palabra. —Mentí como una cochina. Quería vivir.

—Quítatelo todo —me ordenó, jadeando.

Dios santo, en esa voz y en esos ojos no había alma. Sólo se veía el vaho que despedía el calor de su cuerpo, se notaba el latir de su sangre calenturienta. *Sentí* lo fuerte que era, y lo extraño y diferente.

—¡Deprisa! —gritó, con un gruñido, y fue como si la cara se le hinchara más por el esfuerzo y la horrible excitación.

Tuve que hacer lo que me pidió, tenerlo contento. Pero tenía tanto frío que los

dedos no me respondían. No podía quitarme la ropa. Se apoyó sobre una rodilla y entre los pliegues de su abrigo de cuero alcancé a ver el brillo de unas herramientas. ¡Llevaba un gancho para la carne, lo sacó y me lo enseñó! Quedé boquiabierta y aparté la cara, y entonces me arrancó la chaqueta y la blusa. Después me colocó el gancho en la cintura de la falda, tiró hacia abajo, me rompió el cinturón de plástico y la tela. Las bragas las rasgó de la misma manera. No podía hacer otra cosa que acurrucarme ahí, fría como una de las reses que colgaban de los ganchos. Y pensé: «¿Qué pasará si utiliza el gancho conmigo?» Pero no lo hizo. No fue con el gancho.

Después se arrancó la ropa: no toda, sólo los pantalones. Y supe que me había llegado la hora. Un hombre tan fuerte y peligroso como aquél podía hacerme mucho daño. Debía facilitarle las cosas —y facilitármelas— lo más posible. Me abrí de piernas y agité la melena helada. Y Dios me ampare, traté de sonreír.

—Está todo aquí —le dije; las palabras se convirtieron en nieve en cuanto las pronunciaba—. Todo para ti.

—¿Eh? —gruñó; me miraba y, mientras, su enorme pene se bamboleaba de aquí para allá como dotado de vida propia—. ¿Todo para mí? ¿Todo para Johnny? ¿Eso? —*Entonces* sonrió. Y sacó otra de sus herramientas.

Era una especie de cuchillo, pero hueco, como un tubo de acero de unos cuatro centímetros de diámetro, cortado en ángulo, para que tuviera la punta afilada. Los bordes estaban afiladísimos como cuchillas.

—*¡Dios mío!* —exclamé, con un hilo de voz, porque ya no podía aguantar el miedo. Me acurruqué, tratando de ocultar mi desnudez. Pero mi conductor, que pronto sería mi asesino..., esa..., esa *cosa* se limitó a reír. No había emoción en su risa, al menos no como yo entiendo la emoción, pero rió.

—Eso, tápate —murmuró entre gorjeos, mientras la saliva de la lujuria le salía por la boca deformada y sonriente—. Tápate toda, nena. Porque Johnny no quiere el asqueroso agujerito por el que follas. ¡*Johnny se hace sus propios agujeros!*

Se me acercó y fue como si su carne tuviera vida propia, como si brincara para abalanzarse sobre mí. Y después..., después...

—Ya está bien. —Harry no soportaba oír más. Tenía la voz temblorosa, quebrada—. Ya sé lo que pasó después. Ya me has contado bastante. Seguiré buscando con lo que ya tengo.

Pamela lloraba, mostraba su pobre alma mutilada; su aire desafiante y duro había quedado aplastado, reducido a nada, por el horror de lo que se había obligado a recordar para el necroscopio.

¡Me..., me destrozó el cuerpo! sollozaba. *¡Me hizo agujeros! Me penetró antes de morirme. Y después, cuando ya estaba muerta, sentía cómo gruñía encima de mí y me hacía daño. No está bien que alguien pueda hacerte daño después de que te has muerto, Harry.*

—Tranquila, vamos, tranquila —era todo lo que Harry podía decir para consolarla. Pero incluso cuando lo decía, sabía que no era todo, sabía que no sería todo hasta que él no pusiera remedio a aquella situación.

La muchacha captó este pensamiento de su necrolenguaje, comprendió su determinación, y agregó su rabia a la de él.

¡Atrápalo por mí, Harry!¡Atrapa a ese maldito perro por mí!

—Y por mí. Porque si no lo hago, sé que siempre estará ahí, pegado como el fango en las paredes de mi mente. Pero, Pamela...

¿Sí?

—Con matarlo no será suficiente. Sencillamente, no es *suficiente*. Pero si estás dispuesta, hay una forma en que puedes ayudarme. Eres una mujer fuerte, Pamela, ahora que estás muerta igual que lo fuiste en vida. Y lo que he pensado..., creo que con ello disfrutarás más de lo que disfrutabas en vida.

Le explicó su plan y la muchacha permaneció en silencio durante un rato.

Creo que ya sé por qué los muertos te temen, Harry, le dijo con curiosidad. *¿Es cierto que eres vampiro?*

—Sí...., ¡no! —respondió—. No como tú crees. Al menos por el momento. Ni aquí. Pero en otra parte sí que lo seré, o tal vez lo sea, algún día.

Sí. Harry notó cómo asentía. *Creo que debes de serlo, o que lo serás, porque nada humano hay en el pensamiento que acabas de tener. Nada que sea completamente humano.*

—¿Pero lo harás?

Claro que lo haré, respondió, por fin, en necrolenguaje al tiempo que asentía sombríamente y con determinación. *Seas quien seas, seas lo que seas, haré lo que me pidas, Harry Keogh, vampiro, necroscopio. Cualquier cosa con tal de vengarme. Lo que tú me pidas y cuando me lo pidas.*

—Hecho, pues —dijo Harry.

Durante las siguientes treinta y tantas horas, el necroscopio estuvo ocupado; no fue el único, la Sección PES también. La noche del día siguiente, una noche de mediados de mayo, el ministro responsable hizo que entrara en funcionamiento el sistema de llamadas de emergencia de la Sección.

En primer lugar, y siguiendo la alarmante información recibida de Geoffrey Paxton (relacionada, entre otras cosas, con los archivos que Darcy Clarke había enviado por correo a Harry Keogh), el ministro había relevado a Clarke de todos sus cargos y lo había puesto bajo arresto domiciliario, en su apartamento de Crouch End, al norte de Londres. En segundo lugar, debía asistir a la reunión de emergencia que había convocado en la Central de la Sección PES. Sin duda, los PES deducirían que se preparaba algo importante: todos los agentes debían asistir.

Paxton esperaba al ministro en la planta baja. Mientras se saludaban lacónicamente, Ben Trask, que acababa de regresar de una misión, entró desde la calle por la puerta giratoria. Trask parecía nervioso y macilento. El ministro lo llevó aparte y, por primera vez, Paxton no metió las narices donde no debía. Después, los tres cogieron el ascensor y subieron a la sala de operaciones.

Los agentes convocados permanecían sentados, en silencio, esperando al ministro. El ministro subió a la tarima y paseó la mirada por las caras de aspecto corriente de los PES —los espías mentales británicos dotados de percepción extrasensorial—, que le devolvieron la mirada. Los conocía a todos por las fotos de sus expedientes, pero los únicos que habían hablado con él en persona eran Darcy Clarke y Ben Trask. Y Paxton, claro.

Si Clarke hubiera estado allí, posiblemente se habría puesto en pie en señal de respeto, y tal vez los demás lo habrían imitado. O tal vez no. El problema con aquella

gente era que se creía especial. En ese punto, el ministro sabía con certeza que no engañaba a nadie, y menos a sí mismo. ¡*Eran* especiales, sumamente especiales!

Y mientras los miraba se sintió del mismo modo que debían de sentirse varios de los que tenía delante. Física y metafísica, robots y románticos, instrumentos y fantasmas. Dos caras de la misma moneda. ¿Eran así en realidad? ¿La ciencia y la parapsicología? ¿Lo mundano y lo sobrenatural? ¿Cuál sería la diferencia? ¿Acaso un teléfono o una radio no son mágicos? ¿No es magia hablar con alguien que se encuentra en el otro extremo del mundo, o incluso en la luna? ¿Acaso existía un encantamiento o una invocación más potente, más monstruosa que $E = mc^2$?

Eran algunos de los pensamientos del ministro mientras exploraba los rostros de los PES que formaban parte de la Sección y les ponía nombres: Ben Trask, el detector de mentiras humano; corpulento, con exceso de peso, cabello grisáceo y ojos verdes, hombros cargados y aspecto lúgubre. Tal vez la expresión de tristeza de Trask se debiera a su certeza de que todos mentían. Si no todos, al menos muchos. Ése era el talento de Trask: reconocer cuanto era falso. Si se le mostraba o se le decía una mentira, él lo descubría al instante. No siempre sabía la verdad, pero siempre, sin excepción, sabía cuándo algo que se le presentaba como cierto no lo era. No había fachada por bien construida que estuviera que lograra engañarlo. La policía lo utilizaba mucho para desenmascarar a asesinos difíciles; su talento también resultaba útil en negociaciones internacionales, en las que era conveniente saber si las cartas que había sobre la mesa formaban una baraja completa.

David Chung: un joven londinense, localizador y adivino de la mejor calidad. Era delgado, fuerte, de ojos almendrados y amarillentos. Pero era un británico leal, con un talento sorprendente. Detectaba submarinos nucleares soviéticos camuflados, unidades del IRA en el campo, narcotraficantes. Sobre todo a estos últimos. Los padres de Chung habían sido drogadictos y la droga los había llevado a la tumba. Fue entonces cuando comenzó a manifestarse su don, que continuaba desarrollándose.

Anna Marie English era algo distinto. (¿Acaso no lo eran todos?) Veintitrés años, con gafas, nerviosa, pálida y desaliñada, era cualquier cosa menos una rosa inglesa. Su aspecto era resultado directo de sus facultades, porque formaba «una unidad con la tierra», que era tal como ella misma definía su don. Sentía cómo se iban destruyendo las selvas húmedas; sabía el tamaño de los agujeros en la capa de ozono; cuando los desiertos se extendían, sentía la sequía, y la erosión de las montañas la ponía enferma. Tenía una «conciencia ecológica» que iba más allá de los cinco sentidos del ser humano. Greenpeace podría fundamentar toda su campaña en ella, pero nadie se lo creería. La Sección sí que la creía, y la utilizaba igual que utilizaba a David Chung: como buscadora. Localizaba desechos nucleares ilegales, vigilaba la contaminación, advertía sobre las invasiones de escarabajos de Colorado y la plaga de los olmos holandeses, lloraba a gritos por la extinción de las ballenas, los elefantes, los delfines y otras especies. No tenía más que mirarse al espejo cada día para saberlo.

Estaba también Geoffrey Paxton, un telépata, uno de tantos. Según el ministro, una persona desagradable, pero su talento le resultaba útil. Y en este mundo ha de haber de todo. Paxton era ambicioso, lo quería todo. Era mejor emplearlo y tenerlo donde se lo podía vigilar que permitirle que hiciera chantajes al alto nivel o se convirtiera en espía mental para alguna potencia extranjera. Más adelante, Paxton podría desarrollar una carrera digna de vigilar. Bien de cerca.

Se habían reunido allí dieciséis de ellos, bajo el mismo techo, y había otros once

en distintas partes del mundo, guiándolo, o al menos vigilándolo. Se les pagaba según sus poderes... generosamente. Y valían hasta el último céntimo. Les resultaría mucho más caro si decidieran trabajar por su cuenta...

Eran dieciséis, y mientras el ministro los contemplaba, ellos, a su vez, lo estudiaban a él: un hombre que hasta ese momento había permanecido en las sombras y que habría preferido no salir a la luz, de no haberlo obligado un problema de último momento. Tenía unos cuarenta y cinco años; era bajo y apuesto, de cabello oscuro, peinado hacia atrás, con gomina. Era un personaje que carecía de nervios, al menos no se le notaban. Calzaba zapatos de charol negro, vestía un traje azul oscuro y llevaba una corbata azul claro. Tenía algunas arrugas en la frente, pero aparte de eso, su cara era perfectamente lisa, y sus ojos brillantes, claros y azules. Sin embargo, en ese momento, sobre todo después de su conversación con Ben Trask, parecía molesto.

—Señoras y señores —no era amigo de preámbulos—, lo que debo decir parecería fantástico a cualquiera que estuviera al otro lado de estas paredes, del mismo modo que resultaría fantástico cuanto ocurre aquí dentro. Procuraré no aburrirlos con demasiados detalles que ya conocen. Los he reunido aquí para informarles que tenemos un problema sumamente grave. Primero les contaré cómo surgió y cómo salió a la luz. Después tendrán que decirme cómo solucionarlo, algo para lo que sé que hasta el menos dotado de ustedes (si podemos utilizar esta expresión) posee más experiencia que yo. En realidad, son ustedes las *únicas* personas con experiencia en estas cosas, de manera que son los únicos que pueden enfrentarse al problema que nos ocupa.

Inspiró hondo y luego prosiguió:

—Hace un tiempo, nombramos a un traidor como jefe de la Sección PES. Hablo de Wellesley. Pues bien, ya no podrá causar más daño. Después de él, mi tarea consistió en que no se repitiera tan mala experiencia. En pocas palabras, necesitábamos a alguien que fuera capaz de espiar a los espías. Sé que ustedes poseen un código no escrito: ninguno de ustedes espía a un colega. De manera que no podía utilizar a ninguno de ustedes, al menos *in situ.* Debía sacar a uno de ustedes de la Sección y ponerlo directamente bajo mi supervisión. Tuve que hacerlo antes de que se crearan demasiadas lealtades. Por eso escogí como vigilante de los vigilantes a Geoffrey Paxton, prácticamente un recién llegado.

Levantó de inmediato ambas manos como para parar las protestas, aunque nadie había manifestado nada..., aún.

—No sospechábamos de ninguno de ustedes, y cuando digo ninguno me refiero a exactamente ninguno. Pero después de lo ocurrido con Wellesley, no podía correr riesgos. No obstante, quisiera que entendieran que sus vidas privadas siguen siendo eso, privadas, y que no nos hemos metido en ellas. Paxton ha recibido siempre instrucciones muy estrictas de que no debía interferir ni fisgonear en nada que no tuviera que ver pura y exclusivamente con asuntos de la Sección. Es decir, con la seguridad de la Sección.

»Hace unas semanas tuvimos una misión en el Mediterráneo. Dos de nuestros miembros, Layard y Jordan, se habían encontrado con..., con una desagradable oposición. Se trataba de un asunto de suma gravedad, pero no carecíamos de precedentes. Darcy Clarke, el jefe de la Sección PES, viajó hasta allí acompañado de Harry Keogh y Sandra Markham, para ver qué podía hacer. Más tarde, se les unieron Trask y Chung, que también recibieron ayuda de otros lados. En cuanto a la capacidad de los agentes, Clarke y Trask habían tenido experiencia con ese tipo de

cosas y Keogh..., bueno, Keogh es Keogh. Si lográbamos reactivarlo, recuperar sus poderes, para la Sección significaría una gran ayuda. En principio, su presencia en esta acción era como consejero y observador, porque no había nadie que supiera más que él sobre vampirismo... —Hizo entonces una pausa significativa.

»Todavía no sabemos a ciencia cierta lo que ocurrió en Rodas, las islas griegas, Rumania, pero sabemos que perdimos a Trevor Jordan, a Ken Layard y a Sandra Markham. Y cuando digo que los perdimos quiero decir que están muertos. Como verán ustedes, tuvieron un problema serio, un problema que Darcy Clarke nos hizo creer que estaba... ¿resuelto? Evidentemente, Harry Keogh podría contárnoslo todo, pero por el momento ha decidido darnos muy pocos datos.

A esas alturas, la respiración de los allí reunidos era casi audible, incluso pesada, impaciente; el ministro vio que alguien se había puesto de pie. Dado que la única luz iluminaba la tarima, tuvo que entrecerrar los ojos para ver quién se había levantado en las sombras, pero al cabo de unos instantes consiguió reconocer a Ian Goodly, el clarividente alto y esquelético.

—¿Sí, señor Goodly?

—Señor ministro —contestó Goodly con voz chillona, aunque en él era algo natural—, sé que no sacará usted conclusiones erróneas ni se ofenderá si digo que, hasta ahora, lo que ha expresado lo ha dicho con absoluta integridad y honestidad, con el corazón en la mano, tal como lo ve y con la mejor de las intenciones. No creo que ninguno de los aquí presentes dude de ello, ni que haga falta ser muy valiente para venir aquí y tratar de contárnoslo, sobre todo sabiendo de antemano que entre los aquí reunidos hay quien podría leerle el pensamiento.

El ministro asintió e hizo esta aclaración:

—Sobre la valentía no sé qué decirle, pero todo lo demás es correcto. Es más, descarta cualquier tipo de subterfugio; está claro (ustedes sin duda pueden verlo) que no tengo ninguna queja. Bien, ¿quiere ir usted al grano, señor Goodly?

—Bien, la cuestión es que yo sí tengo una queja, señor —repuso Goodly con tranquilidad—. Todos nosotros la tenemos. Y por la marcha de esta reunión, creo que es muy probable que tendremos algunas más antes de que haya usted acabado. No por usted, entiéndame. No tendría sentido, porque mi talento me dice que será usted nuestro ministro responsable durante mucho tiempo. De manera que la queja no va con lo que ha dicho o con lo que piensa, sino con lo que ha hecho y lo que piensa hacer. O piensa hacernos hacer. A menos que, claro está, existan buenos motivos.

—¿Quiere usted explicarse? —La confusión del ministro iba en aumento— Pero brevemente, porque tengo que continuar y...

—Las explicaciones son sencillas. —Alguien más se había puesto en pie; era Millicent Cleary, una bonita telépata cuyo don se encontraba aún en estado embrionario. Dedicó una rápida mirada al ministro, pero miró ceñuda y con furia la nuca de Paxton, sentado en la primera fila—. Al menos algunas lo son. Era inevitable que a la larga nos mandaran vigilar, pero ¿por *ése*? —Sin dejar de mirar ceñuda, sacudió la cabeza para dar más fuerza a su última palabra. Señalaba a Paxton.

—¿Señorita...? —El ministro estaba tan confundido que se le había olvidado su nombre. Se jactaba de no olvidarse nunca de los nombres. Miró a la muchacha y luego a Paxton.

—Cleary —dijo la chica—. Millicent... —y casi sin aliento, prosiguió—: Paxton no siguió sus instrucciones. Sencillamente hizo caso omiso de sus órdenes. ¿La seguridad de la Sección? ¿Los asuntos de la Sección? Vaya, ésa fue la excusa práctica que le proporcionó usted, y que no le hacía ni pizca de falta, porque se metió en los

asuntos de *otras personas,* ¡y vaya si fisgoneó a sus anchas!

El ministro fruncía el entrecejo. Miró a Paxton con severidad.

—¿Podría ser más explícita, señorita Cleary?

No quiso ser más explícita. Podía serlo, pero no quiso. ¿Y revelar ante todos los presentes que durante el primer mes que Paxton estuvo en la Sección, una noche descubrió al muy asqueroso metido en su mente, toqueteándose al son del ronroneo del vibrador que ella estaba utilizando y del estremecimiento de sus sentidos?

—Nos espió a todos —dijo alguien en ese momento, con voz clara y seria, evitándole el mal trago—. ¡Se metió en todos los aspectos jugosos que, nos guste o no, cada uno de nosotros posee, incluso *antes* de que usted se lo ordenara! Desde cuándo y por qué, no lo sé..., ¡pero seguro que habrá fisgoneado incluso en sus aspectos jugosos!

El larguirucho Goodly retomó la palabra:

—Señor ministro, si no hubiera usted echado a Paxton de la organización, lo habríamos hecho nosotros. Es tan de fiar como un anticonceptivo defectuoso. Si el sida fuera una enfermedad psíquica, en estos momentos nuestros cerebros estarían hechos mierda. *¡Todos!* —Hizo una pausa para que sus palabras fueran digeridas y luego continuó. De manera que tenemos la impresión de que ha quitado usted a la única persona en la que confiábamos para colocarnos un perro policía que se dedica a morder a sus amos. Y, además, ha elegido usted un momento muy jodido para hacerlo. —Era la segunda vez que utilizaba una palabrota y no era aquél el estilo de Godly, ni en broma.

Entretanto, Paxton se dedicaba a limpiarse las uñas de las manos, como si la discusión no fuera con él, aunque en aquel momento las orejas se le habían puesto coloradas. Se puso en pie, se volvió y les lanzó a todos una mirada furibunda; todos los ojos se centraban en él, acusadores.

—¡Mi poder es... ingobernable! —les espetó—. ¡Además, es impetuoso, tiene todo el entusiasmo que vosotros, malditos envidiosos, habéis perdido! Todavía no lo tengo dominado, sigo descubriendo cosas sobre él, experimentando. ¡No es una mierda de *bonsai* cualquiera al que se le puede dar la forma deseada!

Todos sacudieron la cabeza al mismo tiempo, como si fueran un solo hombre; no eran de la clase de personas a quienes se debía tratar de convencer; sus tibias excusas no le servirían de nada. Todos y cada uno de ellos se la tenían jurada a Paxton. Finalmente, Ben Trask habló, dando forma y unidad a sus ideas.

—Eres un mentiroso, Paxton —dijo, sin más. Y dado el don de Trask, no tuvo que ampliar su acusación.

El ministro tuvo la impresión de haber topado con un avispero, y a pesar de sus esfuerzos (o a causa de ellos) lo estaban desviando del tema, y no podía permitirse el lujo de que ocurriera. Levantó las manos y habló con un tono más duro y autoritario.

—¡Por el amor de Dios, dejen las rencillas y los sentimientos personales de lado! —gritó—. Al menos por el momento, o durante el tiempo que tarde en acabar con esto. Independientemente de las características propias de cada uno de ustedes, una cosa es segura: ¡son ustedes humanos!

Aquello los sacudió como si los hubiera atropellado un camión.

Al comprobar que había logrado llamar su atención, y mientras mantenía la ventaja, el ministro se volvió suplicante hacia Ben Trask.

—Señor Trask, con calma, por favor, ¿quiere usted repetir lo que me ha comentado abajo?

Trask lo miró de mala gana, pero asintió.

—Pero antes permítame que termine con la historia que usted empezó a contar. Ya conocen la mayor parte y probablemente habrán adivinado el resto, de manera que iré al grano. Quizá sea más fácil si se la cuento yo.

—Muy bien —convino el ministro, con un suspiro de alivio.

—Zek Föener nos prestó ayuda en las islas griegas —dijo—. Ya sabréis quién es por los archivos de Keogh y por lo que ocurrió en Perchorsk y en la Tierra de las Estrellas. Es una poderosa telépata, una de las mejores del mundo. Pero al igual que el necroscopio ha optado por apartarse del mundo de los espías y el misterio.

»La misión en el Mediterráneo era peligrosa. Se trataba de matar vampiros y en muchas ocasiones casi nos matan a nosotros. Pero Harry asumió todo el peso de la lucha y se enfrentó al grande, Janos Ferenczy..., sé que no hace falta que os hable de los Ferenczy. La última vez que Harry estuvo en Rumania, justo antes del final, Zek intentó ponerse en contacto con él para ver cómo iban las cosas. Pero la telepatía a larga distancia resulta difícil y Zek no logró averiguar demasiado. Al menos eso fue lo que nos dijo, pero nos dimos cuenta de que lo poco que sacó en limpio la dejó pasmada.

»Sé que esto preocupa mucho a Darcy Clarke, porque el hecho es que Darcy cree que el necroscopio es lo mejor que existe después del pan. Sé que varios de vosotros pensáis lo mismo, y vamos, yo también, para qué negarlo. O al menos lo pensaba...

»En fin, que acabamos con el trabajo y regresamos, y por lo que yo sé, Harry tuvo éxito con su parte de la misión. Al parecer hizo un trabajo sensacional. Lo que ocurre es que se ha mostrado un tanto evasivo sobre lo que ocurrió en los Cárpatos. No he logrado interpretar del todo esa actitud. Tampoco Darcy Clarke ha podido. Al fin y al cabo, Harry perdió a Sandra Markham en esa misión. Darcy pensaba dejar que él se sincerara cuando llegara el momento.

»Por eso, o al menos es lo que parece, digamos que han degradado a Darcy, lo han apartado de su cargo, lo han echado, etcétera. ¿Pero por qué? Es lo que me gustaría saber. ¿Por ineficiente, porque no quiso prejuzgar a un viejo amigo? ¿Por esperar un tiempo, por no actuar con rapidez? ¡Coño! ¿Por haber tenido un poco de fe?

El ministro y Paxton abrieron la boca como si quisieran intervenir, pero Trask los cortó, diciendo:

—Hay algo que tenéis que recordar sobre Darcy Clarke: sus facultades no le permiten fisgonear en las mentes ajenas, ni escuchar conversaciones ni espiar de lejos. Su don sólo le permite cuidar de sí mismo. Pero se ha mantenido en contacto con el necroscopio y hasta el momento no hay nada que informar. El poder de Darcy no le advirtió de ningún peligro inmediato. De lo contrario... podéis apostar la vida a que habría sido el primero en dar la voz de alarma. ¡Lo último que querría es que hubiera otro Yulian Bodescu dando vueltas por ahí, haciendo de las suyas!

—Pero... —comenzó a decir Paxton.

—*¡Cierra el pico!* —le ordenó Trask—. ¡Esta gente todavía no ha terminado de escuchar a alguien que dice la verdad! *Sólo* la verdad... —Después de una pausa, prosiguió—: De todas maneras, eso fue ayer, y hoy es otro día. Ahora las cosas parecen haber cambiado... —Miró al ministro y añadió—: ¿Quiere usted seguir ahora, señor?

El ministro le lanzó una mirada sombría, enarcó una ceja y le contestó:

—Pero ya lo ha contado todo, señor Trask.

Trask hizo rechinar los dientes y asintió. Al cabo de un momento, dijo:

—Acabo de volver de una misión. Se trata del caso de un asesino reincidente, unos asesinatos brutales y horrendos de jóvenes mujeres. La cuestión es que Darcy se había puesto en contacto con Harry para pedirle ayuda en el caso, porque..., bueno..., el necroscopio es el único hombre del mundo que puede hablar con una víctima *después* de muerta. Darcy me comentó que Harry se había sentido especialmente afectado por la muerte de la última de las víctimas, una muchacha llamada Penny Sanderson.

»Pues bien, hace dos días apareció Penny... como un mal sueño. La chica estaba muerta para siempre, y de repente, ahí la tenemos, vivita y coleando, de vuelta en casa, con sus padres. Y la cuestión es que ni siquiera pudo convencerlos de que no la habían asesinado. Sus padres habían visto su cadáver; lo habían reconocido como el cuerpo de su hija; consideraron su regreso como un milagro.

»A la policía no le gustó nada todo esto. La chica tenía su versión, pero sonaba a invento. Y si de verdad era Penny Sanderson, ¿a quién habían incinerado entonces? El ministro me envió entonces para que asistiera a una entrevista de rutina de la policía. Evidentemente, actué como detector de mentiras.

»Pues bien, era..., es Penny Sanderson, en eso no mintió. Pero sí mintió cuando dijo que había perdido la memoria y todo lo demás. Como estaba al corriente de la relación con Keogh, le pregunté si lo conocía, si alguna vez lo había visto o había hablado con él. Me dijo que no, que nunca, y adoptó un aire inexpresivo. Mentía, claro está. Eso me llevó a mi siguiente pregunta, aunque no la formulé como tal pregunta, sino que me encogí de hombros y comenté: «Eres una muchacha afortunada, porque podrías haber sido tú la asesinada y no tu doble».

»Me miró a los ojos y contestó: «Lo lamento por ella, quienquiera que fuese, pero no tenía nada que ver conmigo. Yo no fui asesinada». Volvía a mentir descaradamente. Confío en mi talento. Nunca me ha dejado en la estacada. No sentía pena de la otra chica porque no hubo otra chica. ¿Y el comentario sobre que no había sido asesinada? Una forma curiosa de expresarlo, ¿no? La única conclusión a la que puedo llegar es que Penny Sanderson *sí* murió, y que ahora ha..., ha regresado de entre los muertos.

Los PES allí reunidos lanzaron un suspiro al unísono. Trask terminó su exposición diciendo:

—Es evidente que no podía informar a la policía que la habían..., diablos..., ¿que la habían traído de vuelta de la muerte, que la habían resucitado? Por lo tanto, me limité a decir que estaba bien. ¿Hasta qué punto está bien? Bueno, ésa es otra cuestión.

En ese punto, el ministro responsable aprovechó la oportunidad para ofrecerles más información concluyente.

—Clarke envió a Keogh los archivos de las chicas asesinadas. Y en el castillo de Edimburgo permitió que el necroscopio hablara con Penny Sanderson..., a su manera, se sobreentiende.

A pesar de lo que acababa de contar, Ben Trask no estaba completamente convencido.

—¿No era ésa la idea en aquel momento? ¿Para que Harry pudiera averiguar quién la había matado?

—Esa era la idea —asintió el ministro, al tiempo que se enjugaba la cara con un pañuelo—. Aunque ahora parece que fue una mala idea.

Le había llegado el turno a Paxton.

—Es telépata —dijo con voz aguda y desafiante.

—¿Harry? —preguntó Ben Trask, mirándolo fijamente.

Paxton asintió y replicó:

—¡Se me metió en la mente como un hurón en una ratonera! Me advirtió que me alejara y me dijo que no volvería a advertírmelo. Tenía unos ojos crueles, le brillaban detrás de las gafas oscuras. Y la verdad es que el sol no le encanta precisamente.

—Has estado haciendo horas extras, ¿eh? —gruñó Trask. Pero en esa ocasión no pudo acusarlo de mentiroso.

—Me dieron un trabajo para hacer —respondió Paxton—. Y como bien dijo el ministro, después de lo de Wellesley no podía correr riesgos. Así que cuando Clarke regresó de las islas griegas, me metí en su mente. Y me enteré de que sospechaba que Keogh era un vampiro. Ah, algo más, Keogh me pidió que le dijera al ministro que «la peor de sus pesadillas» se había hecho realidad. O sea: Keogh es un vampiro.

—Es algo que aún no hemos probado —se apresuró a aclarar el ministro— Pero todos los indicios apuntan en ese sentido. La cuestión es que Keogh ha tenido muchos contactos con esas criaturas. Contactos muy cercanos. Tal vez, en esta última misión, esos contactos llegaron demasiado lejos.

—Sé que prácticamente soy un recién llegado —dijo Paxton—, y que no os caigo bien y que todos tenéis motivos para estar agradecidos a Harry Keogh por lo que hizo en el pasado. ¿Pero os ha cegado todo esto hasta el punto de que no veis los hechos? De acuerdo, no queréis creerme, ni siquiera queréis creer en vosotros mismos, pero pensad a lo que nos enfrentamos si es verdad.

»Habla con los muertos, que al parecer saben una infinidad de cosas. Utiliza el continuo de Möbius para ir a donde le da la gana instantáneamente, del mismo modo que nosotros damos un paso y cambiamos de habitación. Es telépata. ¡Y ahora no sólo habla con los muertos sino que además hace que vuelvan!

—Eso ya sabía hacerlo antes —aclaró Ben Trask, con un estremecimiento.

—Pero ahora los hace volver en un estado parecido a la vida —prosiguió Paxton, implacable—. ¡Los levanta de sus cenizas! Para devolverles... ¿la vida? ¿O para convertirlos en *muertos vivientes*?

Al oír esto, David Chung dio un fuerte brinco, se tambaleó como si alguien lo hubiera golpeado y escupió unas cuantas frases en cantonés. Casi todos los PES se habían puesto en pie, pero Chung había logrado dar con una silla en la que se había desplomado. El ministro responsable frunció el entrecejo y lo llamó:

—¿Señor Chung?

La palidez de Chung daba a su rostro un tono amarillo limón casi enfermizo. Se secó la frente brillante, se humedeció los labios y volvió a mascullar algo en chino. Después, levantó la mirada y abrió los ojos desmesuradamente.

—Ya sabéis qué es lo que hago —dijo con un tono un tanto sibilante y cortando las palabras, como era su estilo—. Soy localizador. Tomo un modelo o un trozo de algo y lo utilizo para encontrar lo que se busca. La política de la Sección estipula que debo tomar y guardar en sitio seguro algún objeto personal de cada uno de vosotros. Es por vuestra propia seguridad: si llegarais a perderos, puedo dar con vosotros.

»Bien, también tengo varios objetos que pertenecen a Harry Keogh. Son cosas que se ha ido dejando aquí...

»Yo también participé en la misión del Mediterráneo. Sabía que había algo que preocupaba a Zek Föener, de modo que yo también vigilé a Harry. Me decía a mí mismo que era por su propio bien. Pero sabía lo que me hacía y lo que buscaba.

»Al principio de mi vigilancia, era él; no había nada distinto; todo estaba en

orden. Recibía la imagen de él. Una imagen en la que no hacía nada, la imagen de cuando lo conocí en su casa de Edimburgo o dondequiera que estuviera. Pero últimamente esa imagen es borrosa, aparece envuelta en una bruma y anoche y esta mañana en la imagen no había mucho de Harry; sólo una bruma, una niebla. Pensaba redactar un informe mañana.

—En los viejos tiempos —dijo Trask—, a eso lo llamábamos niebla mental. Es lo que percibes cuando intentas explorar la mente de un vampiro.

—Lo sé —asintió Chung. Ya estaba prácticamente recuperado—. Eso es lo que me preocupa; eso y otra cosa. Paxton ha dicho que Harry podía levantar a los muertos de sus cenizas. Es lo que más me ha impactado.

—¿Qué? —el ministro volvía a fruncir el entrecejo.

Chung lo miró y respondió:

—También tengo cosas que pertenecían a Trevor Jordan. Y esta mañana, por casualidad, toqué uno de esos efectos personales. Fue como si Trevor estuviera aquí mismo, o en la habitación contigua, o abajo, en la calle. Pensé que tal vez fuera producto de algún recuerdo. Porque apareció de repente y luego desapareció. Pero se me ocurre que podría muy bien estar aquí, o estar allá abajo, en la calle.

El ministro no acababa de comprenderlo, pero Trask se encargó de aclarárselo. Pálido como un espectro, susurró:

—¡Dios mío! Jordan fue incinerado en Rodas, reducido a cenizas como precaución por si había sido infectado de vampirismo. ¡Y ahora que lo pienso, recuerdo que fue Harry quien insistió en que se hiciera así!

Segunda parte

(Cuatro años antes)

Capítulo uno

Las Tierras Heladas

Los grandes lores wamphyri Belath, Lesk el Ahíto, Menor Mordisco, Lascula Dientelargo y Tor Cuerpodesgarrado ya no existían. Todos ellos y muchos otros wamphyri de menor linaje, sus lugartenientes y sus guerreros habían sido eliminados por el Habitante y su padre en la batalla por la posesión del jardín del primero. Se perdió la batalla y los nidos de águila de un kilómetro de altura que poseían los wamphyri (todos salvo el de lady Karen) fueron convertidos en piedras, huesos y cartílagos por las numerosas explosiones de las bestias gaseosas que escupían metano; los amos wamphyri de la Tierra de las Estrellas fueron abatidos por las consecuencias desastrosas de su humillante derrota.

Shaithis, ex jefe del ejército de vampiros, obligó a su bestia voladora a volverse hacia el viento amargo que soplaba del norte y, elevándose en sus corrientes ascendentes, enfiló hacia las Tierras Heladas. No era el primer wamphyri que se aventuraba a seguir ese camino. A lo largo de los siglos muchos lo habían precedido, exiliados o huidos, y después de la batalla del jardín, algunos supervivientes de su ejército también se dirigieron hacia allí. Mejor las Tierras Heladas, fuera lo que fuese lo que allí pudieran encontrar, que las temibles armas del Habitante y su padre. Sí, esos dos, padre e hijo, no eran más que hombres. Pero hombres que poseían ciertos talentos; hombres surgidos de las tierras infernales que se extendían más allá de la Puerta de la esfera; hombres que utilizaban el poder del mismo sol para destrozar la carne protoplásmica y metamórfica de los wamphyri hasta convertirla en un gas sobrecalentado, en una hedionda evaporación.

Harry Keogh y su hijo, llamado el Habitante, destruyeron el ejército de Shaithis, desbarataron sus planes, lo redujeron casi a la nada. Pero ese casi aún significa algo, y en toda la creación no hay nada más tenaz que un vampiro. A la menor oportunidad, Shaithis ampliaría las escasas fuerzas que le quedaban para volver a ser alguien. Cuando llegara ese día, si es que llegaba, entonces los habitantes del infierno pagarían. Ellos y cuantos los habían secundado en la batalla por la posesión del jardín.

Lady Karen los había apoyado, ¡esa traidora ramera wamphyri! Shaithis jaló con fuerza de las riendas de cuero, tirando de la embocadura de oro que llevaba en la boca su bestia voladora hasta que rasgó la carne. La criatura, que en otros tiempos había sido un hombre, un Viajero, transformado horriblemente por obra del arte mutante de Shaithis, lanzó un gruñido quejumbroso por los ollares humeantes y agitó sus alas de manta a mayor velocidad, elevándose aún más en el aire helado como si quisiera alcanzar las frías estrellas diamantinas.

De repente, a espaldas de Shaithis, un estallido de ardiente luz hendió las

montañas; los rayos de sol asomaron por detrás de la cordillera y lo golpearon como una lanza desde la Tierra del Sol. Notó cómo la luz bañaba su negra túnica de piel de murciélago, dio un respingo y supo que había volado demasiado alto. ¡Amanecía! El sol se elevó lentamente, exhibiendo su ígneo borde amarillo. A pesar de que estaba helado, Shaithis notó cómo le quemaba la espalda.

Unido mentalmente a la bestia voladora, formada ante todo a partir de un hombre, Shaithis le ordenó a su extraña montura: *¡Deslízate!* Había sido un gasto innecesario de fuerza mental, porque la bestia voladora también había sentido los amenazantes rayos del sol. Sus enormes alas de manta se inclinaron hacia arriba por las puntas y dejaron de batir; bajó la cabeza mientras todo su cuerpo planeaba en el aire; Shaithis suspiró, aliviado, y volvió a concentrarse en sus lúgubres reflexiones.

Lady Karen...

Había quienes decían que era una «madre», cuyo vampiro daría a luz algún día cien huevos por medio de su cuerpo. En un futuro lejano, en la Tierra de las Estrellas volverían a aparecer los nidos de águilas, y en ellos habitarían los negros descendientes de Karen y la ramera en persona sería la reina de la colmena de todos los wamphyri. No cabía duda de que Karen y el Habitante firmarían una tregua, que harían las paces y establecerían entre ambos los lazos de la carne. Cómo lo conseguirían era algo que Shaithis ni siquiera lograba imaginar. ¿Acaso no había visto él con sus propios ojos a Harry Keogh y a Karen juntos en la madriguera de ésta, en su nido de águilas de la Tierra de las Estrellas, el único que seguía en pie cuando todos los demás habían sido derribados?

Karen...

Sin excepción, todos los lores vampiros se habían sentido atraídos por su cuerpo y su sangre. Y si hubieran ganado la batalla por la posesión del jardín del Habitante, Shaithis habría reinado junto a ella. ¡He ahí un pensamiento digno de saborear!

Karen.

Shaithis la recordaba tal como la había visto durante una reunión de todos los lores wamphyri en el nido de águilas de Karen.

Tenía el pelo bruñido como el cobre, parecía llamear y se movía sobre sus hombros como si fueran finos hilos de oro que quisieran competir con las ajorcas doradas que le adornaban los brazos. Los eslabones de oro de una fina cadena que le rodeaba el cuello sostenían la túnica ceñida que dejaba entrever el firme pecho izquierdo y la nalga derecha, y como iba desnuda, de haberse visto del todo, el efecto habría sido explosivo. Si los lores que la veían de aquel modo hubieran llevado guanteletes de batalla, y si el orden del día de la reunión no hubiera sido tan importante,, con toda probabilidad los lujuriosos lores habrían luchado por ella. ¿Y cuál era el más lujurioso de los wamphyri?

De un hombro pálido y perfecto pendía una capa negro humo, hilada con destreza de la piel de *Desmodus,* en la que brillaban puntadas doradas; calzaba unas sandalias de pálido cuero, también cosidas con hilo de oro, y de los lóbulos de sus orejas pendían unos discos dorados en los que aparecía su signo cabalístico: la cabeza de un lobo aullando.

¡Karen te dejaba sin aliento! Shaithis había notado cómo los pensamientos de los demás lores se encendían igual que su sangre y supo entonces que todos habían deseado estar dentro de ella. Hasta los pensamientos del más taimado y tortuoso de todos ellos, Shaithis, habían sido desviados, precisamente lo que la bruja deseaba. No cabía duda, Karen era muy lista. Aún podía verla, un recuerdo ardiente en su

memoria.

Su cuerpo tenía la cadencia sinuosa de las mujeres Viajeras al bailar y, sin embargo, parecía tan indiferente que rayaba en la inocencia. Su rostro, en forma de corazón, con un rizo de pelo rojo que colgaba sobre la frente, también podría haber sido inocente..., pero sus ojos escarlata la delataban. Tenía unos labios gruesos, rojos como la sangre, color que acentuaba la palidez de sus mejillas, ligeramente hundidas. Tan sólo la nariz poseía un aspecto un tanto desfavorecedor, porque era un poco inclinada, regordeta, con los orificios excesivamente redondos y oscuros. Y quizá también sus orejas, medio ocultas entre los cabellos y un poco retorcidas, como las extrañas orquídeas que crecían en la Tierra del Sol. Hermosa, pero..., ¡ay!, una wamphyri.

Shaithis se estremeció. Pero no de frío, sino de deseo y de odio. Era un temblor que lo recorrió como la vibrante descarga de la electricidad. Y era el reconocimiento certero de su ambición. Tiempo atrás, destruir al Habitante había sido todo su afán. Pero en aquel momento tenía otras ambiciones.

—Algún día, Karen —prometió Shaithis, con voz cavernosa—, si hay justicia, algún día, serás mía. ¡Ah, y mientras por un lado te llenaré hasta rebosar, por el otro te vaciaré hasta la última gota! ¡Te hincaré en el corazón una paja de oro y por cada gota lechosa que tu sexo me haga derramar, te extraeré un gran sorbo escarlata! De manera tal que comparados nuestros *agotamientos,* mientras el mío será temporal..., el tuyo será definitivo. ¡Lo juro! —Era su juramento wamphyri.

Mirando ceñudo el viento amargo, Shaithis voló hacia el norte...

El lento elevarse del sol por la Tierra del Sol no logró dar alcance a Shaithis de los wamphyri; si bien volaba despacio hacia la curva del mundo de los vampiros, en dirección a su techo, avanzaba más deprisa que los rayos dorados que lo perseguían. Al cabo de poco tiempo, Shaithis llegó y cruzó el borde al cual los rayos del sol jamás llegaban; supo entonces que había llegado a las Tierras Heladas.

A Shaithis nunca le habían interesado demasiado las leyendas y las historias. De las Tierras Heladas sólo conocía los detalles que adornaban los cotilleos diarios o que eran de público conocimiento: que el sol no brillaba nunca en aquellas tierras era evidente; pero se rumoreaba que si uno cruzaba el casquete polar y seguía adelante, encontraría más montañas y nuevos territorios por conquistar. Pero no se sabía de nadie que hubiera comprobado la leyenda (al menos no por voluntad propia), porque las altas columnas de la Tierra de las Estrellas habían sido la morada de los wamphyri, sus madrigueras y nidos de águilas desde tiempos inmemoriales. Así había sido hasta el día anterior. A partir de aquel momento, el mito iba a ser puesto a prueba.

En cuanto a las criaturas de las Tierras Heladas, se decía que en las márgenes de sus océanos abundaban enormes peces de sangre caliente, inmensos como el más poderoso de los guerreros y con unas bocas como palas con las que barrían el mar en busca de presas más pequeñas. Llegaban hasta allí provenientes de un océano oriental, nadando a lo largo de un río cálido que recorría el mar mismo. A Shaithis aquello le parecía pura invención.

También había murciélagos que se comían a los peces más pequeños. Estos últimos eran unas miniaturas albinas que moraban en las cavernas de hielo y cuyas

mentes armonizaban con las de los wamphyri, del mismo modo que ocurría con sus parientes de zonas más hospitalarias. Otro mito que habría que poner a prueba.

Además de las ballenas y de los murciélagos de nieve, Shaithis había oído hablar de los osos, parecidos a los pequeños osos pardos de la Tierra del Sol, pero enormes y blanquísimos, que se camuflaban con la nieve y el hielo para abalanzarse sobre el primer desprevenido que pasara por allí. Aunque todo eso estaba por verse. Ninguna de aquellas cosas lo asustaban. Porque eran vida y la vida significaba sangre. Y tal como rezaba un antiguo refrán wamphyri, la sangre es la vida...

Durante el equivalente a dos días y medio en tiempo terrestre, Shaithis voló sin prisa pero sin pausa en dirección al norte hasta que, al final de un prolongado planeo y cuando su bestia voladora debía iniciar una vez más el ascenso, atisbó unos osos que se calentaban a la luz de las estrellas sobre un témpano que se alzaba en el borde de un mar cubierto por una costra de hielo. La bestia voladora de Shaithis estaba cansada; ya había consumido las grasas, los líquidos y la carne metamórfica. En la Tierra de las Estrellas hacía frío, pero las Tierras Heladas eran tan gélidas que no había siquiera punto de comparación. Aquel lugar era tan bueno como otro cualquiera para parar y descansar, porque también Shaithis estaba cansado. Y hambriento.

Cuando vio que un acantilado de hielo se alzaba sobre el mar, hizo descender a su bestia voladora, le ordenó que permaneciera allí mientras él recorría a grandes zancadas la costa congelada. Lo elevado de aquel lugar lo hacía apto como plataforma de despegue cuando llegase el momento de reiniciar el viaje. A medio kilómetro de allí, los osos presintieron su llegada; un par de ellos se alzaron sobre las patas traseras en el témpano bamboleante, husmearon el aire con suspicacia y gruñeron para indicar su malestar. Se trataba de un grupo de hembras, y los oseznos aparecieron de entre las patas de sus madres cuando éstas comenzaron a lanzar rugidos de advertencia.

Shaithis sonrió sombríamente y continuó andando. Aquellos rugidos eran todo un reto. Su naturaleza wamphyri reaccionó al oírlos; su rostro se alargó, unos dientes afilados como agujas emergieron a través del cartílago de sus mandíbulas y de sus encías como si se tratara de la erupción de unas dagas de hueso. La boca se le llenó del sabor salado de su propia sangre, lo que sirvió también para acelerar su monstruosa metamorfosis.

El lord vampiro medía casi dos metros diez, pero las osas, que no paraban de gruñir y rugir excitadas en el témpano flotante, amenazando con darle la vuelta, lo superaban en casi treinta centímetros. Sus patas, que triplicaban en tamaño las manos de Shaithis, remataban en unas garras tan afiladas que, con un simple movimiento, les permitían traspasar a los peces en el agua.

¡Ah!, pensó Shaithis, *cuánta carne fuerte y buena y qué espíritu luchador tienen estas bestias. ¡Qué magníficos guerreros podría construir con vosotras!*

Se encontraba ya a apenas cien metros, distancia que las madres consideraron demasiado peligrosa. Se zambulleron entre el breve oleaje y se dirigieron hacia la costa. Obligarían a esa criatura a alejarse o la matarían. Si conseguían lo primero, se darían por satisfechas; si lo segundo, aquella presa constituiría un buen bocado de carne roja para sus crías.

Shaithis, que se encontraba a cincuenta metros de las osas, que habían salido ya del agua y se sacudían el pelambre puestas en cuatro patas, como inmensos perros desgreñados, se sacó el guantelete que llevaba en la cintura y lo enfundó en la mano derecha.

Venga, muchachas, acercaos, las conminó con sus poderes telepáticos; no sabía ni le importaba si lo oían. *Vengo desde muy lejos y tengo hambre, y todavía me queda por recorrer un largo camino helado, de modo que mi apetito aumentará.*

Su «mano» apenas alcanzaba las dos terceras partes de una de las patas de las osas; no obstante, era mucho más letal. Dentro del guantelete, abrió los dedos en abanico y la grotesca palma se convirtió en un escalpelo con afilados bordes, cuchillas y guadañas. Cerró la mano para formar con ella algo que se pareciera a un puño, y de los nudillos se alzaron unos pinchos cortantes de varios centímetros de largo y cuatro punzones de afilado hierro apuntaron hacia adelante como arietes.

Las osas iniciaron el ataque; la más pequeña (aunque sólo por pocos centímetros) dirigía a la más grande. Shaithis había escogido el lugar de la batalla: se quitó la capa con un ademán, y se alzó cuan alto era en el centro de una zona despejada y helada rodeada de un campo de puntiagudos peñascos de hielo. Las osas se encontraban en desventaja; se acercaron, resbalando, por un terreno desigual. Rugieron y el lord vampiro contestó con otro rugido que no hizo más que aumentar la furia de las bestias.

Hasta poco antes, Shaithis había tenido una apariencia más o menos humana. En ese momento, era cualquier cosa menos humano. Su cráneo se había alargado hasta adquirir aspecto de lobo; su boca era un enorme agujero bordeado de blancos dientes, afilados como los de un tiburón. La larga nariz se había ensanchado y aplanado contra la cara, y era sensible como el hocico de un murciélago. Aunque hubiera estado ciego, aquel hocico y sus orejas retorcidas habrían rastreado los movimientos de sus contrincantes con tanta precisión como sus ojos escarlata. La mano derecha, enfundada en el guantelete, se había expandido hasta llenar aquella temible arma, dándole mayor peso, mientras que la izquierda era como la zarpa de un caimán y estaba dotada de garras rematadas por cinceles quitinosos y punzantes.

A pesar de que su silueta conservaba forma humana, de hecho, se había transformado en una criatura-guerrera compuesta: ¡un wamphyri!

La osa que encabezaba el grupo se acercó, corriendo atolondradamente, y en cuanto entró en el campo de batalla se alzó en las patas traseras. Shaithis dejó que se acercara y esperó, acurrucado en el suelo, para lanzarse en el último momento sobre las corpulentas patas del animal. Se aferró a ellas, se estiró hasta rodearla por atrás y la desjarretó con un diestro movimiento del guantelete. La osa lanzó un aullido y cayó pesadamente sobre su atacante; antes de que Shaithis pudiera escapar, aquella mole se le desplomó encima y le abrió la espalda de un zarpazo. En cuanto notó el dolor, lo neutralizó a fuerza de concentración; se retorció hasta liberarse de la osa herida y buscó a su corpulenta compañera. ¡Ya la tenía encima!

Unas patas enormes lo buscaron a tientas allí donde se había deslizado sobre la espalda lastimada; unas mandíbulas potentísimas se cerraron sobre su antebrazo izquierdo, que había levantado para protegerse la cara. Pero mientras la enorme cabeza de la osa estaba ocupada con su brazo y las garras del animal hendían su cuerpo, Shaithis describió un arco mortal con su guantelete. Golpeó con fuerza contra la cabeza de la osa, le destrozó la oreja izquierda y le alcanzó el ojo; el animal herido se irguió veloz y se apartó, arrastrando a Shaithis. El wamphyri había logrado liberar su brazo izquierdo, pero lo tenía aplastado e inutilizado. Si la bestia llegaba a cerrar las enormes fauces alrededor del cuello o del hombro, estaría acabado.

Ensangrentada, rugiendo de rabia y dolor, la osa sacudió la cabeza roja y destrozada y salpicó los ojos de Shaithis con perlas de sangre. Sin prestar atención a lo que acababa de suceder, y mientras la osa se disponía a dirigir sus fauces hacia la

cara del wamphyri, éste metió el guantelete directamente en la cavernosa boca de la bestia. Unos dientes como cabezas de martillos de oreja se hincaron en el guantelete mientras éste los destrozaba. Shaithis hundió más su terrible arma, la giró hacia ambos lados, abrió así la garganta al animal y luego tiró hacia abajo en dirección al gaznate de la osa.

La bestia se tambaleó de un lado para otro mientras golpeaba con los brazos inútilmente. Shaithis abrió el guantelete en la boca de la osa, lo extrajo y le dislocó lo que le quedaba de mandíbula inferior. La osa ya no lo mordía. Mientras aún se agitaba, el wamphyri volvió a golpear con el guantelete, esta vez con los punzones de hierro desplegados. Se enterraron en el cráneo a través de la masa enrojecida de su oreja y le hundieron el delicado hueso hasta llegar al cerebro.

Estaba derrotada; la bestia gruñía, jadeaba y se agitó dando zarpazos inútiles en el aire. Shaithis hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para hundir una vez más el guantelete en la mandíbula del animal hasta llegar al fondo de la garganta, donde aferró la columna vertebral y la arrancó de cuajo. Prácticamente decapitada, la bestia muerta se mantuvo en pie durante un momento. Luego, el hielo se estremeció y el enorme cuerpo se desplomó con un ruido seco.

Shaithis saltó sobre ella, sepultó su horrible cara en la pulpa de su cabeza y se manchó de rojo humeante. ¡La sangre es vida!

... Al cabo de unos instantes se incorporó. A poca distancia de allí, la otra osa había dejado en el hielo un rastro de sangre de dibujo desigual por donde se había alejado arrastrando las patas traseras inutilizadas. Shaithis pugnó por contener el dolor y se dirigió hacia la criatura herida; a la primera oportunidad que tuvo, le arrancó los músculos y los tendones de una pata y luego de la otra. Cuando la osa quedó completamente incapacitada, le abrió el gaznate y dejó que la vida que le quedaba manara humeante sobre el hielo.

Volvió a beber la sangre caliente y hedionda y sintió que recuperaba las fuerzas. A cierta distancia de allí, desde lo alto de los helados acantilados, su bestia voladora agitó la enorme cabeza en forma de diamante. Shaithis se puso en pie y le ordenó:

¡Ven aquí!

La bestia acudió a su llamada. Resbalando en el borde, sus múltiples «patas» se desenroscaron como víboras y se lanzó al aire; planeó sobre el mar, luego inclinó una enorme ala de manta, giró y regresó. Se posó sobre el hielo a una distancia respetuosa y, cuando Shaithis insistió, se acercó aleteando hasta donde esperaban los cadáveres. Entretanto, el lord vampiro había cortado los enormes corazones humeantes de las osas y los había guardado en su morral para más tarde.

Se apartó, se sentó sobre un tocón de hielo y ordenó a su bestia voladora:

Come. Recupera fuerzas.

Bajo la brillante luz de la luna y las estrellas, la bestia renegada recuperó gran parte del calor, las grasas y líquidos perdidos.

Así me gusta, come bien, le dijo Shaithis. *Pasará un tiempo hasta que volvamos a encontrar carne tan fuerte como ésta. Por lo menos, hasta que yo me haya curado.*

Después, poco a poco, dejó que el dolor invadiera libremente su cuerpo: las terribles punzadas de la espalda rota, el brazo aplastado y las costillas partidas allí donde habían recibido los golpes de la osa. ¡Sintió un dolor inmenso! El vampiro que llevaba dentro lo sintió también y fue el estímulo que aquella cosa necesitaba para luchar por la recuperación. El dolor... En ocasiones como aquélla, después de una batalla ganada duramente, el dolor era más cálido que el interior caliente y suculento de una hembra. Shaithis se enorgullecía de que el dolor recorriera su cuerpo para

sentir cómo las cicatrices se cerraban. Tal vez dejara algunas abiertas, o al menos cubiertas con una costra, como recuerdo de su victoria.

Aunque..., ¿quién iba a admirarlas?

Después de un larguísimo vuelo, Shaithis atisbó los castillos de hielo que relucían bajo las contorsiones serpenteantes de la aurora.

No podían ser otra cosa que nidos de águila. El corazón le latió con más ímpetu dentro del enorme pecho. ¿Wamphyris allí? ¿En qué clase de criaturas se habrían convertido a causa de las bajísimas temperaturas de las Tierras Heladas? ¿Serían albinos, como los míticos murciélagos a los que les crecía una blanca pelambre que los mantenía abrigados? ¿De qué se alimentarían? Y, más importante aún, ¿cómo reaccionarían ante la presencia de lord Shaithis?

Condujo a su bestia voladora a zonas más elevadas, para espiar mejor las tierras cubiertas de hielo. Hacia el norte, tal vez en el extremo más septentrional, una hilera de volcanes apagados elevaban al cielo los conos de sus cráteres a través del hielo y la nieve. Se extendían, tanto hacia el este como el oeste, hasta donde alcanzaba la mirada de Shaithis, perdiéndose de vista en horizontes helados y relucientes. Algunos estaban envueltos en hielo, otros dejaban ver la roca desnuda; de todo ello Shaithis dedujo que las montañas descubiertas debían de conservar una parte de su antiguo fuego.

Su opinión se vio reforzada cuando notó que el cono central y más grande despedía un poco de humo. Pero era un efecto que iba y venía y podía tratarse de una ilusión óptica producida por el deslumbramiento general. Deslumbramiento provocado por las estrellas y la aurora: el techo del mundo aparecía iluminado por una extraña luz diurna de tonos azulados. La luz no era considerada como algo esencial por los wamphyri, todo lo contrario, puesto que la noche era su elemento; poseían unos ojos capaces de ver en los lugares más oscuros.

En cuanto a las columnas de hielo, Shaithis las escrutó tan a fondo como le fue posible. Eran simples toperas comparadas con las otrora poderosas columnas de piedra y hueso de la Tierra de las Estrellas; incluso la más alta de las que allí veía apenas medía la mitad de los más humildes nidos de águilas. Allí donde no aparecían cubiertas de nieve, se apreciaba que el hielo que las envolvía era purísimo; parecían inmensos carámbanos invertidos que crecían en círculos concéntricos a partir del volcán central. En los lugares donde la luz atravesaba sus picos, vio que eran de hielo compacto, pero en la base, muchas parecían tener cimientos rocosos.

Tal vez en su época de apogeo, el volcán central había lanzado a su alrededor grandes cantidades de material ígneo, para formar manchones de roca caliente en ondulantes anillos, como un puñado de barro lanzado en un estanque. Después, con el paso de los siglos, las capas de hielo se fueron acumulando para formar poco a poco las columnas dentadas de afiladas puntas. Era una explicación tan factible como cualquier otra.

El hecho de que los castillos de hielo no eran aptos para ser habitados resultó obvio desde el principio, y Shaithis pudo muy bien haber continuado su vuelo. Pero entonces vio algo en la base de uno de aquellos castillos que tenía el aspecto de una bestia voladora postrada —en realidad, estaba congelada— y descendió para verla más de cerca. Volvió a escoger el borde de un acantilado de hielo como pista de

aterrizaje, dejó allí su bestia voladora y recorrió poco más de medio kilómetro hasta llegar al cuerpo que había visto desde arriba, acurrucado sobre la nieve helada.

Una bestia voladora, no cabía duda, cubierta de escarcha, muy delgada y, en apariencia, muerta. En apariencia. Pero nadie sabía mejor que Shaithis de los wamphyri lo difícil que era matar a tales criaturas. Al igual que los lores vampiros que las hacían, habían sido creadas para resistir. Envió un mensaje telepático al cerebro de aquella enorme cosa con forma de diamante y quince metros de envergadura, ordenándole que se moviera y se incorporara. No obedeció, cosa que apenas lo sorprendió: sus diminutos cerebros rara vez sintonizaban con otra mente que no fuera la de su amo. Pero sí esperaba una mínima reacción de curiosidad, aunque sólo fuera por el hecho de que un lord wamphyri extraño le hubiera dado una orden, por más inútil que ésta fuera. No había observado la más mínima reacción, por lo que dedujo que su cerebro debía de estar muerto. Igual que la enorme masa de carne que lo cubría.

Shaithis trepó al frío lomo encorvado de su cuerpo central hasta llegar a la base de su cogote, donde se unían las alas, y desde allí escrutó su silla y sus arreos y reconoció el blasón familiar de su amo/hacedor labrado en el cuero: la caricatura de una cara grotesca, distorsionada por el peso de inmensos quistes y verrugas. Shaithis esbozó una sonrisa sardónica e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. La bestia voladora había pertenecido a lord Pinescu.

Volse Pinescu, el más feo de los wamphyri, quien solía favorecer la formación de úlceras purulentas y festones de diviesos por toda su cara y su cuerpo para que su aspecto fuera más aterrador. De modo que Volse estaba allí, ¿eh? Shaithis se sintió un tanto sorprendido, porque había visto a los lores Pinescu y Fess Ferenc envueltos en nubes de polvo cuando hacían un aterrizaje forzoso con sus bestias voladoras, heridas en la llanura de piedras de la Tierra de las Estrellas, poco después de la batalla en el jardín del Habitante, y había creído que aquél había sido su fin. Aquélla era una posibilidad, de lo contrario, tenían que haber ido andando hasta el norte. En el caso de Volse..., era evidente que se había equivocado. Estaba claro que el viejo y astuto wamphyri tenía una bestia voladora de reserva, por si acaso.

¿Qué habría sido de «Ferenc», como gustaba hacerse llamar el otro? ¿Estaría también allí? Vaya con Fess Ferenc, un hombre o un monstruo del que había que cuidarse mucho. Con casi dos metros y medio de altura, al lado del Ferenc hasta las osas que Shaithis había matado para conseguir carne habrían parecido enanas. Era el único entre todos los wamphyri que no utilizaba guante para luchar: no le hacía falta, porque sus manos eran garras asesinas. ¡Vaya, vaya! Todavía cabía la posibilidad de que las cosas se pusieran interesantes en aquellas Tierras Heladas...

Shaithis se sentó en la silla de Volse, masticó un trozo de corazón de osa y luego ordenó a su bestia voladora:

Ven a comer

Cuando su criatura se acercó y se posó en el hielo, Shaithis bajó del lomo, caminó alrededor del cadáver de la bestia y descubrió que alguien había comido el costado, dejando un gran agujero; se veía que los vasos sanguíneos, del grosor de un pulgar humano, habían sido seccionados y chupados para ser luego cerrados con nudos. Shaithis supo entonces que Volse Pinescu había sobrevivido a su cabalgadura herida. La siguiente pregunta era obligada: ¿dónde estaría Volse?

Shaithis extendió su conciencia de vampiro y efectuó un sondeo telepático. No deseaba hablar con nadie, sino más bien escuchar para descubrir a alguien. No oyó nada. ¿O tal vez el eco de una mente o de los postigos de una mente que se cerraban

estrepitosamente? Si Volse y Fess se encontraban allí, era evidente que no estaban hablando. Shaithis volvió a esbozar una sonrisa sardónica. A los perdedores nadie los aplaude. Todo habría sido muy distinto si hubiera ganado la batalla por la posesión del jardín del Habitante. Muy diferente; porque de haber ganado, no habría estado allí.

Mientras su bestia voladora se daba un banquete, Shaithis levantó la mirada y contempló el castillo de hielo. La fría y reluciente escultura era ante todo obra de la naturaleza. Pero no en su totalidad. Los bordes de los toscos escalones que aparecían en el hielo habían sido pulidos por el tiempo, pero era evidente que habían sido tallados. Conducían a una entrada en arco situada debajo de una fachada de gruesos carámbanos. El interior, de piedra, era oscuro y poco acogedor. Shaithis subió las escaleras, entró en el castillo de hielo y notó cómo la capa de escarcha crujía bajo sus pies cuando avanzaba a grandes zancadas, por lo que se arrastró sobre ella hasta llegar a un laberinto helado. Al avanzar advirtió que en aquel lugar había algo terrible o algo terrible había ocurrido allí; por primera vez desde que se enfrentara al Habitante, sintió temor a lo Desconocido.

En aquel sitio se oían ecos y quejidos. Los ecos eran sobre todo suyos, pero las cavidades y circunvoluciones del castillo de hielo los transformaban hasta convertirlos en crujidos y deslizamientos, que sonaban graves y amortiguados, como témpanos flotantes que chocaran entre sí en un mar agitado, o como inmensas puertas de hielo que se cerraban con estrépito. Los quejidos provenían del viento helado al chocar contra los capiteles de la construcción, distorsionados y amplificados por el hielo hasta convertirse en las quejas de dolor de monstruos moribundos.

—A menos que se haya aclimatado —dijo Shaithis para sí, en voz muy baja, más que nada para sentirse acompañado—, no entiendo cómo un hombre, aunque sea vampiro, pueda sobrevivir en este lugar. Bien, podría durante un tiempo, tal vez durante cien amaneceres, aunque aquí siempre es de noche, pero al final el frío habría acabado con él. Sí, y creo que entiendo cómo pudo haber ocurrido.

»El frío penetra en los huesos hasta que, a la larga, la carne wamphyri se congela. El corazón comienza entonces a latir más despacio, enviando la sangre espesa por el frío a través de sus venas y arterias temblorosas. Por último, se endurece y pierde la capacidad de moverse y el hielo lo cubre por completo hasta formar con él un trono helado en forma de estalactita transparente, y elabora pensamientos helados desde el interior de su frío cerebro.

»Y como es wamphyri, suponiendo que lo sea, no habrá muerto. Al menos hasta que el hielo no lo erosione y lo reduzca a polvo. ¿Pero a eso puede acaso llamársele vida? Mis antepasados disponían de sus enemigos de tres maneras. A los que despreciaban los enterraban muertos en vida, para que en el interior de sus tumbas se convirtieran en fósiles. A los que les jugaban malas pasadas los desterraban a las Tierras Heladas. Y a los que temían los empujaban hasta la Puerta de la esfera que hay en la Tierra de las Estrellas. ¿Quién sería capaz de decir cuál de estas penas era la más severa? ¿Irse al infierno, convertirse en hielo o quedarse tieso como una piedra? ¡Si tuviera que elegir, no me importaría ser un bloque de hielo!

Estos pensamientos, expresados en voz alta, fueron transportados como suspiros, y amplificados y devueltos en forma de explosiones de sonido. Era como un susurro en una caverna o gruta en la que hubiera eco, con la excepción de que en aquellas cuevas de hielo había mayor resonancia. En los elevados techos abovedados los carámbanos tintinearon, se estremecieron, soltaron esquirlas y cayeron

ruidosamente. Algunos eran bastante grandes, por lo que Shaithis tuvo que apartarse de un salto.

Cuando las cosas se hubieron calmado un poco, decidió abandonar el lugar, y en ese preciso instante, en su mente telepática sonó una voz lejana y temblorosa:

¿Eres tú, Shaitan, que has venido después de tanto tiempo a descubrirme y devorarme? ¡Entonces has de saber que me alegro! Estoy aquí arriba. Ven y acabemos de una vez. Tantos siglos de frío me han helado incluso las fogosas pasiones wamphyri. ¡Anda, ven, date prisa y apaga esta última llamita vacilante!

Capítulo dos

Exiliados

Asombrado, Shaithis se agachó en una posición defensiva; giró despacio en círculo y miró su alrededor. No veía más que hielo, pero sabía con certeza que aquel lugar contenía más que eso. Finalmente, con los ojos escarlata entrecerrados, concentró sus pensamientos hasta formar con ellos una sonda:

¿Quién es el que habla?

¿Cómo?, la voz temblorosa volvió a sonar en su mente y Shaithis notó un bufido sarcástico. *¡No me hagas reír, Shaitan! ¡Sabes muy bien quién habla! ¿O acaso los largos años de soledad han echado a perder tu ingenio? Habla Kehrl Lugoz, vieja fiera. Juntos fuimos al exilio; habitamos durante un tiempo en las cuevas del cono; fuimos «compañeros» mientras hubo carne. Pero cuando la carne se acabó, con ella se fue nuestra amistad. Y yo huí mientras pude.*

¿Kehrl Lugoz? Shaithis frunció el entrecejo, pugnaba por recordar aquellas leyendas wamphyri casi tan antiguas como la raza misma. ¿Y el Shaitan al que su oculto interlocutor se refería no sería *el* Shaitan? Volvió a fruncir el entrecejo y mientras la suspicacia se transformaba en curiosidad preguntó:

¿Dónde estás?

Donde he estado durante..., ¿cuánto tiempo? Conservado en el hielo, muerto en vida, ahí es donde estoy. Soñando en mi infierno helado por los siglos de los siglos. ¿Y tú, Shaitan? ¿Cómo te ha ido a ti? ¿Acaso el cono te ha mantenido caliente o es que sus fuegos han vuelto para echarte fuera?

¿Soñando en un infierno helado? ¡La misma imagen que Shaithis había evocado momentos antes! Sí, y creía que quienquiera que fuera aquel Kehrl Lugoz le hablaba desde un sueño. Tal vez el estrépito de los carámbanos lo había despertado.

Te equivocas, dijo entonces, un poco más relajado. *No soy Shaitan. Puede que sea hijo de uno de sus hijos, pero mi nombre es Shaithis, no Shaitan.*

¿Ah, sí? ¡Ja, ja, ja! Al parecer, sus palabras le habían resultado amargamente divertidas. *Lord de los Mentirosos hasta el final, ¿eh, Shaitan? Perverso como siempre. Eras el peor de tu mala estirpe. Pero ¿qué importa eso ahora? Ven a buscarme, si quieres, o vete y déjame soñar en paz.*

La voz se perdió al hundirse su dueño en sus sueños helados: pero Shaithis concentró al máximo sus sentidos de vampiro y tuvo la impresión de haber localizado su fuente. *¡Estoy aquí arriba!,* le había dicho la voz mental al principio. En alguna parte, allá arriba...

Shaithis se encontraba en el corazón del castillo de hielo tallado por el viento. Allí, encerrado en hielo transparente de casi un metro de espesor, alcanzó a ver el núcleo macizo de roca volcánica que se elevaba irregular como la raíz osificada de un diente de cristal: un escupitajo pétreo del antiguo volcán. Y allí, alzándose por el costado de la capa de hielo que cubría los cimientos de lava del castillo, tallados en sus fríos contornos cristalinos, unos escalones se perdían de vista en el interior de unas grutas de brillante hielo.

No le quedaba más remedio que subirlos; el lord vampiro comenzó a subir por las escaleras cubiertas de escarcha en dirección a la cima dentada del núcleo, donde su último y negro colmillo ígneo apuntaba hacia arriba, como amenazando con salirse de la vaina que lo contenía. Mirando fijamente a través del hielo duro como la piedra, Shaithis atisbó por fin al autor de los mensajes mentales que había oído en los corredores inferiores.

En el reluciente corazón azulado de hielo, sentado bien erguido en un nicho de lava, con una mano apoyada suavemente sobre el lomo de la roca, como si se tratara del brazo de su sillón preferido, aparecía un hombre antiguo como el tiempo, cansado, consumido y extraño. Embutido como una mosca en un trozo de ámbar, tenía los ojos cerrados, el cuerpo helado inmóvil y el porte tan severo como su destino. Sin embargo, aparecía allí, sentado, con la cabeza orgullosamente inhiesta sobre un delgado cuello y con ese aire en su aspecto que hablaba sin palabras, pero con toda claridad, de sus orígenes, del hecho que era un wamphyri. Kehrl Lugoz, quienquiera que hubiese sido.

¡No, quienquiera que aún fuera!

Shaithis colocó una mano sobre el liso muro de hielo, la apretó con fuerza hasta que se le congeló la palma. Transcurrió un minuto, luego otro hasta que al fin se oyó un ruido seco y amortiguado.

Era leve, muy leve y lejano, pero perceptible. Al cabo de una pausa de dos minutos volvió a oírse otro ruido seco y amortiguado... y así sucesivamente. Kehrl Lugoz estaba vivo. Por más pausados que fueran los latidos de su corazón, por más fosilizado que estuviera su cuerpo (y estaba al borde de la fosilización completa), aún continuaba con vida. Aunque, tal como se había preguntado Shaithis, ¿era aquello vida?

Miró intensamente aquel cuerpo marchito y consumido, lo estudió a través de casi un metro de hielo que, por más puro que fuera, distorsionaba la imagen, la modificaba al más mínimo movimiento que Shaithis hiciera. Creía conocer ya la respuesta a la pregunta que acababa de formularse: ¿qué era peor, ser enterrado como un muerto en vida, enviado a las tierras infernales o desterrado a aquel lugar? El lord vampiro se estremeció ante la idea de los incontables siglos transcurridos desde que Kehrl Lugoz había ido a parar allí para sentarse a esperar a que se formara el hielo.

¡Pom! Otra, vez el ruido seco y amortiguado, pero en esta ocasión, al estar sumido en sus pensamientos, Shaithis dio un brinco y retiró la mano.

Kehrl Lugoz era demasiado viejo para intentar siquiera adivinar su edad. Cuando los wamphyri envejecen no exhiben, necesariamente, señales externas del transcurso del tiempo. Shaithis mismo tenía más de quinientos años y no aparentaba más de cincuenta, aunque bien llevados. Pero después de las privaciones a las que se había visto sometido, era evidente que no podría ocultarlo; Lugoz parecía viejo como el tiempo.

Las cejas que coronaban sus ojos, cerrados, de pronunciada forma almendrada, eran pobladas y blancas y aparecían atrapadas en el hielo, como el resto de su cuerpo. Tenía el pelo blanco como un halo de nieve sobre una frente arrugada y castaña como una nuez; las patillas blancas, rizadas y revueltas ocultaban en parte las orejas en forma de concha. Su cara anciana no tenía arrugas, sino surcos momificados, como un trog que hubiera permanecido demasiado tiempo en su capullo y se hubiera marchitado. Tenía las grises mejillas hundidas y una mandíbula puntiaguda de la que surgía un mechón de rala barba blanca. Del marchito labio

inferior sobresalían unos colmillos amarillos; el de la izquierda estaba roto. El vampiro congelado había conservado fuerzas suficientes para que le creciera otro.

Las ventanas de la nariz corta, ancha y torcida (más parecida al hocico de un murciélago de lo que solía ser costumbre en los wamphyri) mostraba señales de corrosión, que Shaithis atribuyó a los efectos de alguna enfermedad. Un inmenso quiste purpúreo abultaba en la parte inferior de la barbilla, como las carnosidades hinchadas que presentaban algunas aves de la Tierra de las Estrellas.

En cuanto a los atavíos, Kehrl Lugoz vestía una sencilla túnica negra, con la capucha caída; las anchas mangas le colgaban alrededor de las huesudas muñecas y el dobladillo le pendía entre las pantorrillas de pollito, aunque, claro está, las mangas y el dobladillo no estaban sueltos sino congelados y duros como la piedra. Las manos se salían de las mangas y eran de dedos sumamente largos, tenían las uñas puntiagudas y afiladas y en el índice de la derecha llevaba un voluminoso anillo de oro. Shaithis no pudo distinguir el sello. Las venas aparecían blancas y henchidas en el dorso de las manos, en lugar de tener una tonalidad olivácea o purpúrea. Antes de quedar congelado, aquel wamphyri se había pasado mucho tiempo sin probar sangre.

¡Despierta!, pidió Shaithis con un mensaje telepático. *Quiero conocer tu historia, tus secretos. ¡Porque tengo la impresión de que formas parte de la historia wamphyri! El tal Shaitan del que hablas, ¿es Shaitan el Nonato? Él y sus discípulos fueron desterrados a las Tierras Heladas en los albores mismos de las leyendas. ¿Pero sigue aquí? ¿Cómo? No puedo creerlo. ¡Despierta, Kehrl Lugoz! Contesta a mis preguntas.*

No recibió respuesta; aquel viejo cuerpo empotrado en el hielo volvía a refugiarse en sus sueños; su corazón marchito latía, pero a Shaithis le pareció que lo hacía aún más despacio. Se moría. La longevidad, aunque mediara la suspensión de las funciones vitales, no era lo mismo que la inmortalidad.

—¡Maldito seas! —espetó Shaithis en voz alta. El eco de su maldición volvió a él, ¿con otros ecos, quizá?, desde las entrañas del castillo de hielo. Esperó a que los ecos se disiparan y quedaran sólo los gemidos de los gélidos vientos, y envió entonces un mensaje de su conciencia vampírica en todas direcciones. ¿Había alguien allí?

... Si había alguien, estaba claro que ocultaba su presencia con suma habilidad. Salvo que...

De pronto, Shaithis se acordó que había dejado a su bestia voladora alimentándose. Si alguien la encontraba allí fuera...

Se puso en contacto mental con la criatura, descubrió que seguía atiborrándose, maldijo a sus anchas, aunque esta vez en silencio y para sus adentros. Le resultaría imposible hacer que la bestia se elevara. Pero al menos podría ordenarle que se alejara de allí.

¡Vete!¡Arrástrate, deslízate, resbala, pero vete! Márchate hacia el oeste, recorre al menos medio kilómetro y escóndete lo mejor que puedas. Sintió mentalmente cómo la estúpida criatura se apresuraba a obedecerlo.

Satisfecho de que la bestia voladora se alejara de la criatura muerta de Volse y de quienquiera que pudiera encontrarse por allí cerca, Shaithis volvió a concentrarse en el problema que tenía entre manos. Hacía unos instantes, el estrépito producido por unos carámbanos al romperse había despertado a aquel viejo ser. Pues muy bien.

El lord vampiro se dedicó entonces a explorar una terraza superior y descubrió un inmenso chorro de hielo, como una cascada helada, en cuyo borde aparecían

formaciones más pequeñas. Cogió uno de aquellos carámbanos, que mediría más de un metro de largo por unos veinte centímetros de ancho, lo cortó y lo transportó hasta el cuerpo envuelto en hielo de Kehrl Lugoz. En vista de que aquel viejo tonto petrificado no se despertaba con medios mentales, se proponía conseguirlo golpeando aquella enorme cuchilla contra su envoltorio.

Completamente concentrado en su tarea, Shaithis no advirtió que alguien se acercaba furtivamente desde la escalera helada. Gritó telepáticamente a la silueta helada y distorsionada por el hielo, «¡KEHRL LUGOZ, DESPIERTA!». Luego echó hacia atrás el carámbano-martillo y golpeó con fuerza la parte frontal de la envoltura de Lugoz. ¡Pero el enorme carámbano se negó a moverse, algo se lo impedía!

Siseando y escupiendo, con la boca abierta, que dejaba ver el velo rojizo de su paladar y el arco brillante y vibrante de su lengua bífida, con los ojos enrojecidos e hinchados, y mientras sus facciones menos humanas fluían instintivamente hasta formar una espantosa máscara inhumana con aspecto de lobo, Shaithis miró por encima de su hombro, dejó caer el carámbano y buscó el guantelete. En ese instante, una garra inmensa cayó sobre su muñeca y la aferró con fuerza, y Shaithis se quedó mirando fijamente las sombrías caras grisáceas de los dos supervivientes de la batalla por la posesión del jardín del Habitante: ¡Fess Ferenc y Volse Pinescu!

Tiró con fuerza, liberó la mano y se apartó de ellos tambaleante.

—¡Malditos sean vuestros corazones! —rugió con un hilo de voz—. ¡Habéis aprendido a ser sigilosos!

—Hemos aprendido muchas cosas. —Volse Pinescu masculló estas palabras con esfuerzo, pues tenía los labios prácticamente sellados por una cicatriz recubierta de pus reseco—. También hemos sabido que el «invencible» ejército vampiro de Shaithis de los wamphyri puede ser quemado, destrozado, aplastado, que sus nidos de águilas pueden ser reducidos a polvo y que sus supervivientes pueden ser desterrados como perros apaleados a los eternos yermos de hielo.

El rostro festoneado de pústulas de Volse se tornó violáceo de rabia y aquel ser repulsivo avanzó hacia Shaithis pesadamente y con aire amenazante. El temperamento del Ferenc era menos explosivo. Su enorme altura, su gran fuerza y sus manos terribles hacían innecesario que se sulfurara.

—Hemos perdido muchas cosas, Shaithis —dijo con voz cavernosa—. Desde que estamos aquí nos hemos dado cuenta de cuánto hemos perdido. Porque este lugar es frío y solitario.

—¿Frío? —profirió Shaithis, colérico—. ¿Qué es el frío para un wamphyri? Ya os acostumbraréis.

Volse inclinó la cabeza hacia adelante con mucha violencia y un grupo de forúnculos de la nuca se le reventaron y el pus amarillo cayó a chorros sobre el hielo.

—¡Ah! —exclamó—. Igual que se acostumbró ése, ¿quieres decir? —Inclinó otra vez la cabeza horriblemente marcada, señalando a Kehrl Lugoz, que seguía sentado e inmóvil como una montaña a unos cuantos palmos de distancia—. ¿Como éste y los otros que encontramos enquistados en estas fortalezas de hielo plagadas de ecos?

—¿Otros? —preguntó Shaithis, y miró vacilante primero a Volse y luego al Ferenc.

—Los hay a decenas —contestó Fess Ferenc, con un movimiento afirmativo de su enorme cabeza acromegálica—. Están todos envueltos en hielo, se han aferrado a este clavo ardiendo, esperan a que pase el tiempo y que se produzca un deshielo mágico que los libere y los haga resurgir en una tierra llena de vida. O la muerte. Porque el frío que hace aquí no es como el de la Tierra de las Estrellas, Shaithis. ¡Aquí

es eterno! ¿Acostumbrarnos? —se mostró escéptico como Volse Pinescu—. ¿Resistirlo? ¿Calentarnos? ¿Avivar nuestro fuego interior para protegernos de él? ¡Pero los fuegos necesitan alimentarse..., la sangre es vida! ¿Con qué vamos a alimentarnos mientras nos acostumbramos a este frío? La sangre se enfría, Shaithis, gota a gota, minuto a minuto. Los miembros se te entumecen y hasta el corazón más recio se vuelve lento.

—¿Y preguntas qué es el frío para un wamphyri? —dijo Volse—. ¡Ja! ¿Cuántas veces tuviste frío en la Tierra de las Estrellas, Shaithis? ¡Te lo diré yo: nunca! Te mantenían caliente el ardor de la cacería, el fuego vivo de la batalla, la sangre salada y tibia de los trog o los Viajeros. Y cuando salía el sol, tenías el abrigo de una cama acogedora, y los pechos y las nalgas de las mujeres lujuriosas dispuestas a chuparte el aguijón de la cola. Tenías todas esas cosas para entrar en calor. ¡Todos las teníamos! Y teníamos un jefe que nos decía: «Unámonos para tomar el jardín del Habitante». ¿Y qué tenemos ahora?

Shaithis miró al Ferenc, que se encogió de hombros y respondió:

—Llevamos aquí más tiempo que tú. Hace frío y cada vez tenemos más frío. Y lo que es peor, tenemos hambre... —Su voz se había convertido en un gruñido.

La mano de Volse se dirigió lentamente hacia el guantelete que llevaba colgado de la cadera..., tal vez se tratara de un movimiento inconsciente..., aunque podía significar cualquier cosa. Shaithis dio un paso atrás.

El lord amenazado hundió la mano en el guantelete, la flexionó en su interior y cuando salieron todas las cuchillas, punzones y bordes cortantes, Fess Ferenc levantó una ceja y rugió:

—¿Dos contra uno, Shaithis? ¿Te gustan las desigualdades, eh?

—No demasiado —siseó Shaithis—, ¡pero me aseguraré que perdáis tanta sangre como la que bebáis! ¿Qué provecho podríais sacar de ello?

Volse carraspeó, tosió con fuerza y escupió una flema amarilla.

—Yo digo... que... ¡valdría la pena! —Se agazapó; él también llevaba puesto el guantelete.

El Ferenc se limitó a relajarse, se hizo a un lado, se encogió de hombros y dijo:

—Pelead si queréis. Yo preferiría comer. Los estómagos llenos son menos feroces, y los cerebros con sangre que fluye en ellos son más capaces de pergeñar astutas artimañas. —Tal vez aquella máxima no se adecuara a los hombres, pero era sin duda aplicable a los wamphyri.

Al verse solo, Volse se lo pensó mejor.

—¡Ja! —bufó, y se dirigió al Ferenc—. ¡Vaya, Fess, parece que la mente te funciona igual de bien cuando tienes hambre! Si Shaithis y yo lucháramos, te darías un banquete con el perdedor y después serías más fuerte que el vencedor. —Asintió y se quitó el guantelete—. No soy tan tonto.

El Ferenc se rascó la mandíbula prominente y en su rostro se dibujó una sonrisa sombría.

—Es extraño, pero siempre te había considerado un tonto...

Con cautela, Shaithis se quitó el guantelete, lo colgó de su cinturón y finalmente asintió y sacó de su morral un corazón rojo, del tamaño de un puño.

—Si estáis tan hambrientos, aquí tenéis —dijo y lo lanzó hacia ellos.

Volse lo agarró en el aire y le hincó sus dientes babosos. Pero el Ferenc se limitó a sacudir la cabeza.

—Rojo y humeante para mí —dijo—. Al menos mientras pueda conseguirlo.

Shaithis arrugó la frente y entrecerró los ojos con suspicacia cuando el gigante

comenzó a descender las escaleras heladas.

—¿Qué plan tienes? —le espetó—. ¿A quién vas a matar?

—Mejor pregunta qué —contestó el Ferenc por encima del hombro—. Y no voy a matarlo, sino que lo vaciaré poquito a poco. Creo que la respuesta es obvia.

Shaithis y Volse lo siguieron.

—¿Qué? —preguntó Volse con la boca llena de corazón de osa—. ¿Qué es lo obvio?

El Ferenc le devolvió la mirada y repuso:

—¿Qué comiste cuando tu bestia voladora cayó exhausta?

—¡Aaah! —exclamó Volse, escupiendo trozos de oscura carne congelada.

—¿Qué? —insistió Shaithis, y aferró al Ferenc por el hombro—. ¿Hablas de mi bestia voladora? ¿Vas a dejarme aquí abandonado para siempre?

El Ferenc se detuvo, se dio la vuelta y lo miró a los ojos. Se encontraba dos escalones más abajo que Shaithis y, sin embargo, el gigante lo miraba a los ojos.

—¿Por qué no? —le contestó—. Si estamos aquí es por tu culpa.

—¡No! —escupió Shaithis y con un ademán veloz buscó el guantelete, pero el Ferenc lo levantó en vilo.

Shaithis cayó. Demasiado exhausto y débil como para transformarse en una superficie de sustentación, se limitó a apretar los dientes y a esperar que actuara la gravedad. En su descenso golpeó contra varias cornisas heladas, sin sufrir daños graves, hasta que por fin aterrizó sobre la nieve, golpeándose un hombro y el pecho. ¡Menos mal que había nieve!

La nieve entraba por una ventana en arco y en el suelo había una costra de hielo de más de un metro de espesor. Shaithis hizo crujir la costra de hielo, comprimió la nieve, se dislocó el hombro derecho y se rompió dos de las costillas que acababan de soldársele. Se quedó tendido, presa de dolor, y maldijo a Fess Ferenc desde lo más profundo de su negro corazón.

Maldíceme cuanto quieras, Shaithis. El Ferenc lo había oído. *Pero sé que te lo pensarás mejor. Claro que sí, al fin y al cabo había que elegir entre tú o tu bestia voladora. Volse se habría inclinado por ti, porque dentro llevas un vampiro. ¡Ah, la esencia misma de los vampiros! Pero personalmente creo que es mejor que vivas. Al menos durante un tiempo.*

Shaithis se puso en pie, se alejó tambaleante y buscó un sitio donde ocultarse. Se dejó invadir por el dolor y evocó deliberadamente los sufrimientos de su caída en la Tierra de las Estrellas, cuando se había roto el cuerpo y la cara, y de la lucha con las osas, y los unió al dolor de la caída. Dejó que estas falsas impresiones de daño extremo salieran de él para que, con suerte, la mente vampírica del Ferenc las recogiera y las tradujera equivocadamente. Existía la posibilidad de que Volse también las leyera, pero Shaithis lo dudaba. El rey de los forúnculos era un simplón y estaba demasiado obsesionado con la fabricación de abscesos.

¿Cómo? El Ferenc parecía sorprendido, aunque no estaba en absoluto preocupado. *¿Tanto dolor? ¿Has caído de cara, Shaithis?* Le ofreció una sarcástica risita mental. *¡Ahora sabrás cómo me he sentido durante todo este tiempo, porque tu cara siempre me ha resultado lesiva!*

Sí, Shaithis no pudo contenerse, *ríe cuanto quieras, Fess Ferenc. Pero no olvides que quien ríe último...*

La risita del Ferenc se borró de la mente de Shaithis.

Ah, no estás tan malherido después de todo, ¿eh? Qué pena. ¿O es que acaso has tratado de que pareciera otra cosa? Da igual, creo que necesitas una advertencia:

no interfieras, Shaithis. Si piensas ordenar a tu bestia voladora que huya, olvídalo. Porque si no logramos encontrar a tu criatura puedes estar seguro de que volveremos por ti. Si le pides que nos ataque, acabaremos ganando. Porque, como muy bien sabes, las bestias voladoras no son grandes guerreras y nuestros pensamientos las atraviesan como flechas. ¡Y después volveríamos por ti! Deja que hagamos las cosas a nuestro modo, no protestes y durante un tiempo... sabrás al menos a donde ir cuando tengas hambre. Mientras nos dure tu bestia voladora, y siempre y cuando no estemos cerca de ti cuando te alimentes, puede que vivas por más tiempo, Shaithis de los wamphyri.

Shaithis encontró un nicho de hielo profundo y bien protegido en el laberinto del castillo y se ocultó en él. Se envolvió en la capa y moderó su vibrante aura de vampiro. Se avecinaba un tiempo de cicatrización. Sería mejor que durmiera y ahorrara energías. Cuando despertara aún le sobraría un poco de corazón de osa. Mientras pudiera cobijar sus pensamientos y sus sueños, Volse Pinescu y Fess Ferenc no lo encontrarían.

Pero antes había algo que deseaba saber.

¿Por qué, Fess?, envió su última pregunta telepática. *Pudiste matarme y, sin embargo, has permitido que viviera. Seguro que no ha sido por obra de tu bondadoso corazón. ¿Por qué?*

En medio de las escaleras, el Ferenc sonrió de oreja a oreja.

Siempre fuiste un pensador, Shaithis, contestó. *Y muy inteligente, por cierto. Has cometido errores, claro está, pero el hombre que nunca se equivoca jamás llega a nada. Tal como lo veo yo, si hay una manera de salir de este lugar, tú la encontrarás. Y cuando la encuentres, yo te seguiré.*

¿Y si no la encuentro?

El Ferenc se encogió de hombros y envió a Shaithis esta imagen mental junto con su respuesta:

La sangre es la sangre, Shaithis. Y la tuya es sabrosa y buena. Que quede bien clara una cosa: si hasta aquí hemos de llegar, si el hielo es nuestro destino, cuando llegue el final yo seré quien quede encapsulado esperando el Gran Deshielo. Fess Ferenc y ningún otro. Y no me enfrentaré a mi destino con el estómago vacío...

Dos lores wamphyri exiliados, uno enorme y grotesco, el otro enormemente grotesco, abandonaron el resplandeciente castillo de hielo, husmearon el aire amargo y luego se dejaron guiar por sus hocicos hasta la desgraciada bestia de Shaithis.

La carne no era el alimento que acostumbraba tomar la bestia voladora; su dieta consistía normalmente en huesos molidos, pastos de la Tierra de las Estrellas, miel y otros líquidos dulces y algo de sangre. Sin embargo, dada su constitución metamórfica, era capaz de consumir cualquier tipo de materia orgánica. En esa ocasión, después de haberse atiborrado con la carne congelada de otra bestia voladora, debía descansar hasta haber digerido y transformado el alimento. Ahíta, ya no se encontraba donde los ex lores la habían visto por primera vez, junto al cadáver devorado de la bestia voladora de Volse, sino que había buscado refugio al socaire de un gran bloque de hielo a poco más de medio kilómetro hacia el oeste, donde Shaithis le había ordenado.

Con unos inmensos ojos como platos en sus flancos coriáceos, la estúpida

criatura lanzó una mirada triste al Ferenc y a Volse Pinescu y agitó la cabeza en forma de diamante cuando los vio acercarse. Húmedos y con pesados párpados, sus ojos veían pero apenas alcanzaban a comprender. A menos que la bestia voladora recibiera instrucciones de Shaithis, su amo legítimo, no haría nada, ni siquiera pensaría. Intentaría protegerse en cierta medida, pero nunca hasta el punto de lastimar a uno de los wamphyri. Porque los embates de la telepatía concentrada de los vampiros eran capaces de pinchar como dardos y las dejaba sumisas y temblorosas en un instante. Por lo tanto, aunque la bestia voladora no volaría para Fess ni para Volse, al menos permanecería allí echada. Incluso cuando ellos le cortaran la cálida barriga para seccionar los gruesos tubos de sus venas que abrirían a chupetones.

En su nicho del castillo de hielo, Shaithis oyó el sonoro plañido mental de la criatura y sintió la tentación de enviarle órdenes como: *¡Échate a rodar, aplasta a estos hombres que te atormentan! ¡Enróscate y cae sobre ellos!* Aunque se encontraba a una cierta distancia, podría transmitir tales órdenes, sabía que la bestia voladora lo obedecería instantánea e instintivamente. Pero también sabía que si la bestia podía herir a los lores, jamás los mataría, y recordaba la advertencia del Ferenc. Si volvía a la bestia voladora contra ellos (a menos que tuviera garantías de que los anularía por completo) se expondría a un riesgo demasiado grande. Por eso se limitó a apretar un poco más los dientes, a no moverse y a no hacer nada.

A Shaithis le pareció un gran desperdicio utilizar a su estupenda bestia voladora como comida. Sobre todo cuando la criatura de Volse —literalmente dos toneladas de excelente carne, aunque no demasiado apetitosa— se echaría a perder. Aunque no era del todo así. Al estar congelada, no se estropearía, sino que estaría disponible durante muchísimo tiempo. Pero Shaithis sabía que detrás de todo aquello había algo más que el hambre; el Ferenc tenía otras intenciones además de llenarse el estómago.

Por una parte, la bestia quedaría tan debilitada por aquella primera «visita» glotona de Fess y Volse que le sería imposible volar; con ello, Shaithis quedaría atrapado en aquellas tierras, como ellos. Era la manera del Ferenc de pagarle por haber perdido la batalla por la posesión del jardín del Habitante, pero había algo más.

Era evidente que Shaithis había sido el gran pensador, con una capacidad para la maquinación que lo distinguía entre los suyos, los universalmente tortuosos wamphyri. Si había un hombre capaz de encontrar el modo de salir de las Tierras Heladas, ése era Shaithis. Salida que beneficiaría también a Fess Ferenc, quien sin lugar a dudas lo seguiría. Y tal como había señalado con tanto acierto el mismo Fess, ése era el motivo por el cual a Shaithis le habían perdonado la vida: para que se concentrara en su supervivencia y ayudara así a todos los exiliados.

Ese «todos» se refería pura y exclusivamente a Fess Ferenc, porque a Shaithis no le cabía duda de que a la larga (a menos que se produjera algún cambio imprevisto y sustancial) el abominable Volse Pinescu acabaría teniendo el mismo fin que toda carne. En cuanto a por qué el Ferenc había permitido que Volse viviera, tal vez fuera porque no soportaba la idea de comérselo. Shaithis se permitió esbozar una mueca dolorosa y amarga antes de volver a analizar la cuestión de la supervivencia de Volse. Una explicación mucho más factible radicaba quizás en la soledad y el aburrimiento que reinaban en aquellas Tierras Heladas; posiblemente, el gigante Fess añoraba la compañía. Sin duda, en el poco tiempo que llevaba allí, Shaithis había sentido el peso enorme de la soledad..., ¿o no?

Aunque aquel lugar parecía completamente muerto y carente de cualquier forma de vida inteligente digna de mención, él no estaba muy convencido. Desde su nicho de hielo, con los pensamientos a salvo, notaba aquel cosquilleo instintivo de la conciencia de su ser vampírico, su mente de vampiro sospechaba que... ¿alguien observaba sus cavilaciones? Tal vez. Pero saberlo o sospecharlo era una cosa y probarlo otra bien distinta.

Por el momento, se dedicaría a dormir y dejar que su vampiro lo curara; entonces volvería a concentrar su atención en cómo conseguir sobrevivir...

... Además de lograr su venganza.

Shaithis cerró firmemente su mente, se acomodó y por primera vez notó la mordedura del frío. Sabía que el Ferenc y Volse Pinescu estaban en lo cierto: incluso la carne de un wamphyri acabaría sucumbiendo a un frío como el de las Tierras Heladas. No había manera de negarse a la evidencia, y menos después de una prueba tan patente como la de Kehrl Lugoz.

Cuando Shaithis se disponía a cerrar el ojo derecho (pues el izquierdo permanecía siempre abierto, aunque durmiera), algo pequeño, blando y blanco revoloteó por un momento ante su rostro para desaparecer veloz mientras lanzaba unos gritos casi inaudibles en los nidos de águilas que había en los hielos de las alturas. Pero antes de que huyera, Shaithis logró reconocerlo. Aquel ser volador tenía ojos rosados, alas membranosas y un hocico arrugado surcado de venitas rosadas. Era un murciélago albino y enano; le había dado una idea a Shaithis.

En esos momentos, Volse Pinescu y el Ferenc estarían absortos con la comida, probablemente atontados por culpa de su propia glotonería. Shaithis se arriesgaría a abrir su mente. Envió un mensaje llamando a todos los murciélagos del castillo de hielo, que, al cabo de un rato, acudieron a él. Al principio le tuvieron miedo, pero poco a poco se fueron posando sobre él, de a uno, de a dos, de a tres, hasta cubrirlo con su manto nevado y blando. Una colonia de criaturas se apiñó en el interior del nicho de Shaithis.

Lo taparon con sus pequeños cuerpos y le dieron calor para que él durmiera...

Los murciélagos secuaces de Shaitan el Nonato (también llamado el Caído) no sólo calentaron a Shaithis en el lugar donde dormía, sino que lo vigilaron, tal como habían hecho desde su llegada. También habían vigilado a Fess Ferenc y a Volse Pinescu; y a Arkis Leprafilius y sus esclavos (a los cuales, al cabo de sólo dos auroras boreales, Arkis había exprimido antes de esconder sus cuerpos exangües en un glaciar), y a dos lugartenientes de Menor Mordisco, liberados del cautiverio por la muerte de Menor en la batalla por el jardín. Todos ellos se habían encaminado hacia allí, y sus actividades posteriores habían sido objeto de la vigilancia de los pequeños albinos, quienes habían rendido fielmente cuenta a Shaitan, su amo inmemorial.

Los dos lugartenientes, ex Viajeros vampirizados por Menor, habían sido los primeros exiliados en llegar allí. Después de consumir la mejor bestia voladora de su amo muerto, abandonaron su cuerpo exhausto y disecado en el mar de sal que había al borde de las Tierras Heladas y recorrieron a pie los últimos cuarenta kilómetros. Después, vieron el humo que Shaitan dejó salir deliberadamente por su chimenea y se arrastraron para llegar a aquel sitio que les ofrecería calor. Calor no les había faltado. Giraban despacio, atravesados por unos ganchos de hueso suspendidos del

techo, bajo un antiguo respiradero de lava que había en la ladera occidental del volcán: la caverna despensa de Shaitan.

Los lugartenientes habían sido presas fáciles; no llevaban vampiros en su interior; sus mentes y su carne habían sido alteradas pero todavía no eran wamphyri. De haber transcurrido un siglo o más, habría resultado más difícil cazarlos. Pero el tiempo se les había acabado, además de su rica sangre roja.

Con los cuatro lores wamphyri, Shaitan se mostró más cauteloso. Que se pelearan entre ellos, que se cansaran. Era lo más prudente. En su juventud (algo que Shaitan apenas recordaba) las cosas habrían sido bien distintas. Habría podido con ésos y cuatro más como ellos. Pero tres mil quinientos años son muchos, y el tiempo deja su huella no sólo en la memoria. En realidad, en casi todo. Estaba... ¿cansado? Se veía obligado a reconocerlo, ¡hasta su vampiro estaba cansado! Y su vampiro constituía, con mucho, la mayor parte de su ser.

No era un cansancio que debilitara o condujera a la muerte..., era simplemente cansancio. Estaba cansado. Del frío implacable que periódicamente atravesaba la roca volcánica hasta alcanzar el corazón de la montaña y las cavernas de respiración que había en sus cimientos; de la mortalmente aburrida rutina de la existencia; de la oquedad y la inmutabilidad de la existencia en aquellas Tierras Heladas eternas y sin edad.

Pero todavía no estaba cansado de la vida. No del todo.

Al menos, no tanto como para que Shaitan revelara su presencia a seres como Fess, Volse, Shaithis y Arkis Leprafilius. No, porque cuando uno tenía que morir, había muchas maneras mejores de hacerlo. Además, ahora que los exiliados estaban allí, tal vez hubiera más y mejores motivos para vivir.

Sobre todo por aquel Shaithis.

En realidad, con un nombre como aquél, tal vez resultara ser la personificación —¿la encarnación?— de una existencia completamente diferente. Se trataba, sin duda, de un sueño de Shaitan que el tiempo no había logrado borrar. Mientras todo lo demás se había vuelto gris, su sueño conservaba su brillo y su claridad. Y su tonalidad rojiza.

Soñaba con la juventud, el vigor renovado, el regreso triunfal a la Tierra de las Estrellas y la Tierra del Sol, con destruirlos a todos para después lanzarse a invadir otros mundos. De un modo instintivo, Shaitan estaba convencido de que esos mundos existían, y era precisamente esa convicción lo que lo había mantenido con vida a lo largo de los siglos monótonos que había durado su exilio, dándole un propósito a lo que de otro modo habría sido impensable.

Pero mientras el sueño permanecía joven y brillante, el soñador envejecía y perdía vida. Y aunque el envejecimiento no le afectaba la mente, sí había hecho mella en su cuerpo. Las partes humanas de Shaitan se habían consumido para ser reemplazadas por tejidos *in*humanos; la metamorfosis de su vampiro había trascendido el deterioro del cuerpo huésped hasta hacer desaparecer casi por completo al hombre, dejando sólo unos vestigios rudimentarios de la carne, los órganos y apéndices originales. Pero la mente fusionada del hombre y el vampiro continuaba viva, y a pesar de que se había olvidado de muchas cosas, el contenido de aquella mente, su conocimiento, era vasto. Y MALIGNO.

La MALDAD de Shaitan era impenetrable, pero no estaba loco. Porque la maldad y la inteligencia no son incompatibles. En realidad se complementan. El asesino necesita tener una mente despierta para elaborar una coartada ingeniosa. Un idiota sería incapaz de construir un arma atómica.

La maldad es el *rechazo* perverso de la bondad, y en Shaitan esa maldad era absoluta. La suya era una MALDAD capaz de prender fuego al universo, para ponerse luego a contemplar las cenizas con delectación y encontrar agradable el espectáculo. Era la Oscuridad, lo opuesto a la Luz; se podía incluso decir que era la Oscuridad Primigenia, lo opuesto a la Luz Primigenia. Razón por la cual incluso los wamphyri lo habían desterrado. Pero sabía, y no podía explicar cómo lo sabía, que lo habían desterrado mucho antes que eso.

¿Desterrado... por el Bien? ¿Por algún Dios benevolente? Shaitan no era metagnóstico, sin embargo, era capaz de concebir la existencia de un Ser de esas características. Porque ¿cómo iba a existir el MAL sin el BIEN? Dejó de lado por el momento tales pensamientos. Ya llevaba mucho tiempo reflexionando al respecto. En tres mil quinientos años, una mente puede llegar a pensar en muchas cosas, desde lo más trivial a lo infinitamente profundo. De momento, sus orígenes no tenían importancia, pero su destino sí. Y su destino podía muy bien estar ligado a aquel hombre, a aquel ser llamado Shaithis.

En los Viejos Tiempos, los wamphyri habían bautizado a sus «hijos» con sus propios nombres. Los hijos, los receptores de huevos, los vampiros comunes, todos habían adoptado el nombre de su señor. La costumbre había cambiado un poco, pero no del todo, Arkis Leprafilius era hijo receptivo de Radu Arkis, al que llamaban Arkis, el leproso. Por lo cual su «hijo» —un teniente Viajero que hacía más de un siglo había sido acogido favorablemente por Radu— se llamaba ahora Arkis Leprafilius. Llevaba el huevo de Radu.

Del mismo modo, Fess Ferenc era hijo carnal (nacido de una mujer) de Ion Ferenc; su madre Viajera había muerto al dar a luz al gigante, cuyo tamaño era tan inmenso y había impresionado tanto a su padre que lo dejó vivir. Gran error, sin duda. Porque cuando Fess era todavía niño, acabó matando a Ion para abrir su cuerpo, robar y devorar entero su huevo de vampiro. De este modo, Ion no pudo transmitírselo a ningún otro, y su nido de águilas de la Tierra de las Estrellas debió de pasar de modo «natural» a Fess.

En su época, Shaitan había engendrado a muchos descendientes por diversos medios, pero su huevo había ido a parar a Shaithar Shaitanfilius, quien a su vez se había convertido en padre de vampiros. Los hijos de la sangre de Shaitan habían recibido los nombres de Shaithos, Shailar el Obsesionado, Shaithag, y otros. Entre los descendientes de Shaithar Shaitanfilius estaba una tal Sheilar la Puerca, y posiblemente otros con nombres de sonidos parecidos derivados del original. Todos ellos habían nacido antes de que Shaitan fuera desterrado.

¿Sería tal vez demasiada casualidad, algo improbable, que tres mil años más tarde, éste, el tal Shaithis, apareciera allí, desterrado igual que su antepasado? Shaitan creía que no. ¿Pero un descendiente *directo*? La sangre es vida, y sólo la sangre podría decirlo.

Sí, la sangre lo diría.

Sacadle un trozo, ordenó Shaitan a los minúsculos funcionarios de su ley— *Que uno de vosotros le dé un mordisco, que absorba una gota de su sangre y me la traiga.* No dijo nada más.

En la grieta helada en la que se ocultaba, Shaithis apenas notó las agujas afiladas como anzuelos que le pincharon el lóbulo de la oreja para sacarle un poco de sangre; apenas se enteró del zumbido de las alas cuando el murciélago se alejó de él, se internó en el gélido laberinto del castillo de hielo y salió de aquella asombrosa escultura para perderse en la noche estrellada del mundo.

Poco después, el albino se lanzó al interior del cono central del volcán todavía activo, se internó en los aposentos amarillo azufre de Shaitan y allí permaneció, flotando en el aire, a la espera de sus órdenes.

Desde su oscuro rincón, su amo le dijo:

Ven aquí, pequeñito. No te aplastaré.

La diminuta criatura voló hacia él, plegó las alas y se adhirió a la... ¿mano de Shaitan? Tosió un poco, y soltó sobre algo parecido a una palma un poco de saliva, mucosidad y un escupitajo brillante de sangre color rubí.

¡Bien!, dijo Shaitan. *Ahora vete.*

Feliz de obedecerlo, el murciélago se apartó de su amo y dejó que se las arreglara solo.

Fascinado, Shaitan permaneció largo tiempo contemplando la gotita color rubí. Era sangre, y la sangre es vida. Esperó impaciente a que la carne vampírica de su mano se transformara en una boca pequeña que al fin se abriera y sorbiera la gotita —reacción automática, producto de un instinto repugnante—, con lo cual sabría que aquélla no era más que la sangre de un hombre corriente. Pero esperó en vano, porque igual que él, Shaithis era un ser poco común. Se le parecía mucho.

—¡Es mío! —exclamó por fin Shaitan con un susurro ronco, tembloroso y plagado de regocijo—. ¡Carne de mi carne!

La gotita se estremeció, penetró en la piel leprosa de su mano y entró en él como si hubiera sido una esponja...

Capítulo tres

La historia del Ferenc

Shaithis durmió durante mucho tiempo.

Los murciélagos lo mantuvieron abrigado (al menos impidieron que se convirtiera en un bloque de hielo en el interior de su nicho); las heridas se le cicatrizaron; tanto él como sus pensamientos permanecieron ocultos. Hasta que llegó el momento de levantarse y entrar en acción, y fue entonces cuando descubrieron su escondite.

¡¿Qué?! ¡¿Quién?! El eco mental de las asombradas e involuntarias exclamaciones telepáticas despertaron a Shaithis. Cuando esos ecos aún no se habían apagado, Shaithis ya estaba de pie; la manta de murciélagos albinos se deshizo en un desorden de chillidos y los animalitos salieron volando como si se tratara de un montón de nieve dotada de vida. Al cabo de un instante, ya había enfundado la mano en el guantelete; dejó que sus sentidos de wamphyri exploraran con sigilo la zona para descubrir quién había allí. Quienquiera que fuese debía de estar cerca, de lo contrario no habría detectado la presencia de Shaithis.

Mientras estuvo dormido, los pensamientos de Shaithis habían fluido hacia el interior, arte en el que era muy diestro; sus sueños no podían ser «oídos» por nadie. Pero durante la transición del profundo sueño reparador al estado de vigilia habían escapado como un bostezo y alguien que se encontraba cerca los había escuchado. Demasiado cerca.

Shaithis permitió que su sonda mental tocara la del otro ser e inmediatamente la retiró. El contacto había sido breve, el reconocimiento había sido mutuo y, con todo, insuficiente para establecer la identidad específica, pero bastó para que cada criatura se asegurara de la presencia del otro. Shaithis miró hacia todos lados. El nicho tenía una sola salida; si estaba atrapado, ya no había remedio.

¿Quién es?, preguntó; husmeaba el aire frío con su hocico de murciélago. *¿Eres tú, Fess, que has venido a buscar tu cena? ¿O tendré que ensuciar mi guantelete con pus para arrancarle el corazón a ese odioso de Volse Pinescu?*

La respuesta llegó a la mente del vampiro como un grito de asombro:

¡Ah! ¡Shaithis! ¿Conque has sobrevivido a los rayos mortales del Habitante?

¡Arkis Leprafilius! Shaithis lo reconoció de inmediato. Respiró aliviado, durante un momento observó todo con curiosidad, mientras su aliento caía como nieve, y luego se dirigió a la salida. Al andar fue flexionando los músculos, estirando las piernas, inhalando profundamente y tocándose las costillas. Todo parecía estar en orden. *¡Bah!* No habían sido más que golpes y contusiones. Las reparaciones habían sido mínimas; su carne de vampiro apenas se había visto sometida a esfuerzo; apenas quedaba un dolor por aquí y una magulladura por allá.

Arkis se encontraba cerca del pie de las escaleras. Era rechoncho para ser un lord de los wamphyri, apenas alcanzaba el metro ochenta, pero tendría sus buenos noventa centímetros de ancho. Era una especie de barril macizo dotado de una fuerza prodigiosa. Daba la impresión de haber perdido algo de peso. Shaithis se le acercó,

acortó la distancia que los separaba con el planeo fluido y fácil de los vampiros que a los hombres resultaba siniestro y que era normal entre los wamphyri. Al cabo de nada se encontraron cara a cara.

—¿Y bien? —dijo Shaithis—. ¿Estamos en paz? ¿O es que el hambre tampoco te deja pensar? Seré sincero, no me vendría mal un amigo. Y por el aspecto que tienes..., nuestras circunstancias son bastante parecidas. Tú eliges, ten en cuenta que sé dónde hay comida.

El otro reaccionó instintivamente, profiriendo una sola palabra:

—¿Comida? —Abrió los ojos como platos y su hocico ancho y retorcido soltó una nubecilla de vaho helado.

Arkis estaba al borde de la inanición. Shaithis lanzó una sonrisa sombría, sacó de su morral el último pedazo de corazón de osa, devoró la mitad de un solo mordisco y le lanzó la otra mitad al hijo del leproso, que lo cazó al vuelo con un grito que parecía de dolor, y se lo metió en la boca inmediatamente.

Arkis había sido engendrado por Morgis Gritodoliente en una niña Viajera abandonada. La niña era leprosa y la infección había atacado el miembro de Morgis, que, junto con sus labios, ojos y orejas, habían sido las primeras partes de su cuerpo en deshacerse. La enfermedad había sido como un fuego devastador que lo consumía a mayor velocidad de la que su vampiro podía repararlo. Finalmente, entre gritos de dolor que recordaban su nombre, Morgis había cogido una tea encendida y se había arrojado junto con su odalisca Viajera a un pozo de residuos donde el metano acumulado hizo el resto. Su suicidio convirtió a Arkis en un joven lord, heredero de un estupendo nido de águilas. Y lo que era mejor de todo, Arkis no había contraído la enfermedad de sus progenitores. Al menos por el momento. Tal vez no la contrajera jamás, porque habían pasado ya muchos ocasos.

Mientras Arkis comía, Shaithis se dedicó a estudiarlo.

Rechoncho de cuerpo, el cráneo de Arkis era asimismo rechoncho, como si se lo hubieran aplastado un poco. Su cara parecía proyectarse hacia afuera, su mandíbula inferior era todavía más prominente y unos dientes de jabalí se curvaban hacia arriba y le cubrían en parte el carnoso labio superior. Sin embargo, su aspecto no era el de un puerco, sino el de un lobo, sobre todo si se tenía en cuenta la excesiva longitud de sus orejas peludas y ahusadas. Sin duda, entre sus antepasados debía de haber existido algún lobo. Más aún, estaba flaco como un lobo, al menos comparado con otras épocas. En ese momento, tenía los ojos encendidos por el ansia de comer, aunque el bocado fuera pequeño; entrecerró los ojos y miró a Shaithis. Cuando terminó gruñó:

—He de reconocer que era un buen bocado, ¿pero era ésta la comida que prometiste?

—Yo no prometí nada —respondió Shaithis—. Me limité a referirte un hecho: sé dónde hay montones de comida.

—¡Ah! —gruñó el otro, e inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Te refieres a la bestia voladora de Volse? Pero Volse y el Ferenc la tienen bien vigilada. Es una trampa, Shaithis; ¡acércate mucho a su despensa privada y acabarás en ella! Aquí, la caballerosidad ya no existe, amigo mío. ¡La carne fría y cristalizada jamás sabrá tan bien como los rojos jugos que brotan de una arteria seccionada! Pero a caballo regalado no se le mira el diente. Lo he intentado y he fallado; nunca se alejan demasiado, y sé que codician mi sangre.

—¿A esto habéis llegado? —preguntó Shaithis, levantando una ceja negra e hirsuta—. ¿A acosaros los unos a los otros como buscadores de basura?

Sabía que así era y que pronto a él le ocurriría otro tanto. En el mejor de los casos; la «caballerosidad» de los wamphyri era un mito. De todos modos, su insulto —las palabras «buscadores de basura»— cayó en saco roto, porque Arkis Leprafilius ni se inmutó.

—Shaithis, llevó aquí entre cuatro y cinco ocasos, de todos modos, cinco auroras polares, que, según creo, deben de ser más o menos lo mismo. ¿Que nos perseguimos por la comida? Te diré una cosa, si encuentro algo que se mueva, yo pienso cazarlo. Al principio, comía murciélagos a espuertas; los aplastaba hasta hacerlos pulpa para dejarlos escurrir en mi boca y después hasta me comía la pulpa. Pero ahora ya no se me acercan. Estos pequeños albinos tienen una mentalidad peculiar. En estos momentos iba a ver al abuelito arrugado que está allá arriba, envuelto en hielo. Habría intentado llegar a él antes si hubiera estado lo bastante desesperado..., ¡y ahora lo estoy! De modo que no me hables de que me veo reducido a esto o aquello. ¡Todos nos vemos reducidos, Shaithis, y tú no eres menos que ningún otro!

Daba la impresión de que el insulto de Shaithis había hecho mella después de todo. Lo cual no dejó de resultar sorprendente, pues el hijo del leproso había sido siempre un lelo. Tal vez el frío le hubiera aguzado el ingenio.

—Arkis, ahora somos dos y hemos compartido la comida. Eso es positivo, porque tengo la impresión de que funcionaremos mejor en equipo. En el tiempo que llevas aquí habrás aprendido cosas y debes de conocer muchos de los peligros. Ese conocimiento tiene un valor. Además, el asqueroso de Volse Pinescu y el gigante de Fess Ferenc se lo pensarán dos veces antes de enfrentarse a nosotros dos. ¿Qué me dices si nos marchamos de este caparazón helado lleno de ecos y nos vamos a buscar algo para desayunar?

El hijo del leproso suspiró impaciente, cosa que molestó a Shaithis, pues no estaba acostumbrado a que las criaturas lerdas y rechonchas se colocaran a su altura.

—Voy a repetírtelo —gruñó Arkis—. ¡Esos dos vigilan la bestia voladora de Volse y lo hacen a conciencia! Además, están bien alimentados, mientras que nosotros no. ¡Y como tú mismo acabas de señalar, el Ferenc es un maldito gigante!

Shaithis ensanchó las ventanas de la nariz y por un momento pensó en dejar que el muy idiota se las arreglara solo. Pero eso habría significado que a la larga hubiera quedado a merced de los otros dos. Y Shaithis quería que a la larga Arkis fuera para él. Procuró dirigir esos pensamientos hacia su interior, de lo contrario, Arkis se habría percatado de ellos.

—¿Crees acaso que pueden vigilar *dos* bestias? —preguntó—. ¿Crees acaso que llegué aquí andando, Arkis Muertehorrenda? —Ése era el otro nombre del idiota.

—¿Eh? ¿Otra bestia voladora? —dijo Arkis, parando en seco—. No la he visto. ¡Claro que no me atrevía a alejarme demasiado del hielo para que ellos no me viesen! ¿Dónde está esa otra voladora?

—Donde le dije que fuera —respondió Shaithis—. Está fresca y..., un momento... —Envió un pensamiento orientado a la bestia—: *¿Me oyes?* —Percibió entonces que la vida continuaba ardiendo, aunque con llama muy débil—. Y todavía no la han desangrado del todo.

—¿Saben que está ahí, la cuba de mugre y el Ferenc?

—Por supuesto, de lo contrario no necesitaría tu ayuda.

—¡Ah! —gritó Arkis—. ¡Debí haberlo sabido! ¿Algo a cambio de nada? ¿Qué? Piensa, piensa, Arkis, muchacho. Estás hablando con el gran lord Shaithis. ¡Vamos, Arkis, seamos amigos... porque te necesito!

—Es así —admitió Shaithis, y se encogió de hombros—. Sencillamente se trata

de una empresa común que proporcionará beneficios comunes, es todo. A partes iguales. ¿Pero algo a cambio de nada? Vaya, ¿creías que estábamos en la Tierra del Sol, donde durante el crepúsculo abundan los dulces Viajeros que son presas fáciles? —Hizo ademán de marcharse—. Pues muérete de hambre.

—¡Espera! —exclamó Arkis, y se acercó a él. En tono más razonable añadió—: ¿Cuál es tu plan?

—El único plan que tengo es comer —respondió Shaithis.

—¿Eh?

Shaithis lanzó un suspiro y se explicó:

—Escúchame, volveré a preguntártelo. ¿Pueden Volse y el Ferenc vigilar dos bestias voladoras a la vez?

—Sin duda, un hombre por cada una.

—¡Pero nosotros somos *dos*!

—¿Y si están los dos juntos?

—¡Entonces una bestia se queda sin vigilancia! Arkis, ¿es que el frío te ha obnubilado esa mente tan ágil que tenías? —Se trataba de una mentira, pero un poco de adulación no le haría ningún daño.

—¡Hum! —El hijo del leproso se lo pensó durante un instante, luego frunció el entrecejo y señaló a Shaithis con un dedo—. Muy bien..., pero si encontramos a Volse Pinescu solo, lo matamos. ¡Y su corazón será para mí! ¿Trato hecho?

—Acepto —dijo Shaithis—. Creo que es la única parte comestible que tiene.

—¡Ja! —bufó Arkis, y mientras iba avanzando rió—: ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Anda, ríe, pensaba Shaithis, ocultando sus ideas. *Cuando hayamos acabado con Volse y Fess, te tocará a ti, cerebro de mosquito.* Y en voz alta le dijo:

—Protege tus pensamientos. Saldremos al hielo...

La bestia voladora de Volse Pinescu estaba cubierta de escarcha y tiesa como una tabla. No obstante, Arkis Leprafilius habría puesto manos a la obra, pero Shaithis le advirtió:

—No perdamos un valioso tiempo en esto. ¡Te dejarías los colmillos en esa carne!

Arkis se volvió a mirarlo ceñudo y repuso:

—Es comida, ¿no?

—Sí que lo es —respondió Shaithis—. Y a poco más de medio kilómetro por ahí hay más, pero gruesa, roja y llena de venas jugosas y repletas. Yo crío bestias de la mejor especie, Arkis, y con carne finísima. Y ahora escúchame, ¿sientes a tus enemigos? ¿No? Pues yo tampoco. De modo que hoy vigilan a fondo, ¿no?

Arkis husmeó el aire helado y dijo:

—Me preocupa. ¿Qué supones que estarán tramando?

—Ya tendremos tiempo de suponer cuando nos hayamos llenado el estómago.

Shaithis había comenzado ya a avanzar por el hielo azul fosforescente. Arkis lo siguió, arrastrando los pies. Shaithis echó una mirada atrás y asintió, luego se dio la vuelta y en su rostro se esbozó su aviesa sonrisa de siempre. Seguía siendo el jefe y le resultaba muy fácil tomar el bastón de mando. Tras él, Arkis Leprafilius lo seguía como un perro al que patear...

Se levantó viento.

Mientras Shaithis y Arkis Leprafilius, llamado Muertehorrenda, estaban sentados en una cueva que Volse y Fess habían cavado en el vientre de la bestia voladora de Shaithis, y sorbían los jugos que manaban lentamente del animal inconsciente, unas nubes negras y vaporosas taparon las estrellas radiantes. La nieve cayó en una efímera ventisca que cubrió el hielo con una fina capa blanda.

Cuando el viento amainó, la bestia canibalizada había muerto y sus arterias comenzaron a endurecerse.

—A partir de ahora se acabó la comida caliente —comentó Shaithis, sacando la cabeza para atisbar los alrededores. Miró hacia la columna de picos volcánicos. Volvió a mirar. Y arrugó la frente, preocupado.

—Arkis, ¿qué te parece aquello?

Arkis se puso en pie, eructó ruidosamente y miró hacia donde Shaithis señalaba.

—¿Eh? ¿Aquello? Un remolino de viento, un ventisquero, la última nevisca de la tormenta. ¿A qué viene tanta fascinación por la naturaleza, Shaithis?

—¿Fascinación? Lo que es natural no me causa ninguna. ¡Pero lo que es anormal, mucha! Sobre todo en un lugar como éste.

—¿Anormal?

—Según los cánones de la naturaleza mundana, sí, aunque no lo sea si te riges por los de los wamphyri.

Prosiguió estudiando el fenómeno. Una nube arremolinada formaba un cilindro rechoncho de unos seis metros de alto por otros tantos de diámetro. En el centro de aquel cilindro parecía haber algo que se movía, como una especie de renacuajo en el interior de un huevo de gelatina, y todo aquel... —¿dispositivo?— se dirigía en línea recta hacia ellos. Lanzaba latigazos de nieve que se depositaban rápidamente en el suelo sin que su masa central disminuyera.

Shaithis asintió, ya sabía de qué se trataba.

—Fess Ferenc —susurró sombríamente.

—¿Qué? ¿Fess? —Arkis contempló boquiabierto aquella cosa que se encontraba a sólo cien metros, al otro lado del hielo brillante, se acercaba al paso y comenzaba a disminuir de tamaño—. ¿Pero cómo que es Fess?

—Es una niebla vampírica —repuso Shaithis, al tiempo que se enfundaba el guantelete—. En la Tierra de las Estrellas se arrastraría, fluiría, saldría de él. ¡Aquí se convierte en nieve! Fess era un gran hacedor de nieblas..., es por su enorme corpulencia. Durante la cacería, lo he visto cubrir una colina entera.

Los dos lanzaron sus sentidos vampíricos hacia la extraña nube pegada a la tierra. En su interior sólo había una criatura, el Ferenc, pero estaba cansado como nunca. No tenía fuerzas para ocultarse.

—¡Aaah! —gruñó Arkis—. ¡Lo tenemos!

—Antes descubramos qué ocurre —le advirtió Shaithis.

—¿Acaso no es obvio lo que ocurre? —El hijo del leproso volvía a fruncir el entrecejo—. Vaya, por fin ha reventado a ese monstruoso forúnculo andante de Volse Pinescu, pero la lucha lo ha dejado sin fuerzas. De manera que ahora está a nuestra merced, cosa de la que ando bastante escaso.

A veinte pasos de allí, la nube se disipó en una última nevisca y apareció Fess... ¡desnudo! Completamente desnudo, y no sólo de su ropaje de niebla y nieve. Arkis lo miraba como un tonto, pero Shaithis gritó:

—Vaya, Fess, cómo cambia la suerte, ¿eh?

—Eso parece. —El eco de su profunda voz de bajo recorrió la llanura helada.

Pero había en él un estremecimiento; el hombre se estaba congelando. Sin embargo, llevaba sus ropas en un hatillo bajo el brazo. Shaithis no entendía el porqué. Seguramente había una explicación de todo aquello y él quería conocerla.

Arkis presintió la curiosidad de Shaithis y le espetó:

—¡Digo que lo matemos ya mismo!

—Dices demasiadas cosas —siseó Shaithis—. Sólo piensas en tu supervivencia, sin dedicar una sola reflexión al futuro. Yo, en cambio, pienso en mi supervivencia *continuada,* tanto ahora como durante el tiempo que logre mantenerla. De manera que o te tomas tu tiempo o nuestra sociedad acaba aquí mismo.

—¿He de morir? —preguntó el Ferenc desde su altura, y con aire ensombrecido miró a Shaithis a la corta distancia que los separaba—. Si es así, acabad de una vez, porque no quiero convertirme en un bloque de hielo. —Pero tiró al suelo su ropa y se inclinó hacia adelante, un tanto agazapado, con las garras afiladas como cuchillas colgando a los lados.

—Parece ser que la ventaja está de mi lado —dijo Shaithis—. Además, he de saldar cuentas. Me has causado no pocos dolores. —El Ferenc no contestó—. Sin embargo —prosiguió Shaithis—, puede que todavía lleguemos a un acuerdo. Como verás, Arkis y yo hemos formado un equipo. Estar unidos da seguridad, ¿sabes? Pero ¿dos contra las Tierras Heladas? Las diferencias son muy grandes. Si fuésemos tres, nos iría mucho mejor.

—¿Se trata de un truco? —Fess no se lo creía. Si se hubieran cambiado los papeles, Shaithis ya estaría muerto.

—No se trata de ningún truco —respondió Shaithis, sacudiendo la cabeza—. Al igual que Muertehorrenda, que aquí ves, conoces este lugar. Y así como la sangre es vida, lo mismo puede decirse del saber. Si compartimos nuestros conocimientos y recursos, tal vez podamos sobrevivir.

—¿Qué más? —preguntó Fess, con la voz más temblorosa que antes.

—No tengo nada más que decir —respondió Shaithis, y negó con un gesto de la cabeza—. Sal del frío, ven a comer y cuéntanos qué te ha pasado, por qué vas desnudo como un crío en un lugar así, oculto en una niebla extraña y tan poco sutil. Vamos, y tal vez luego nos hables del paradero del poco agraciado Volse Pinescu, el que fuera tu compañero.

El Ferenc no tuvo más remedio que obedecer. Si huía, lo atraparían, porque estaban bien alimentados. Si se quedaba donde estaba, se congelaría y ellos se encargarían de descongelarlo para comérselo. Si se acercaba y hablaba..., tal vez pudiera hacer las paces con Shaithis. En cuanto a Arkis; era harina de otro costal.

Se acercó, se refugió bajo la bestia voladora congelada, cortó una vena de la pared de carne y le hincó el diente. No salía nada (la sangre de la criatura se había terminado o se había helado en las zonas más externas de su mole), por lo que se conformó con arrancar la vena a dentelladas y a tragarse la pulpa. Al menos serviría de sustento. Entre bocado y bocado, comentó:

—Tal vez debimos quedarnos en la Tierra de las Estrellas. Al menos el Habitante habría acabado con nosotros de forma rápida.

—¿Sigues echándome la culpa, Fess? —preguntó Shaithis desde su altura mientras observaba cómo se alimentaba. Arkis estaba sentado a cierta distancia,

mirando, como siempre, ceñudo.

—La culpa la tenemos todos —respondió el Ferenc con cierta amargura—. Exaltados, nos lanzamos como ciegos por el precipicio. Como tontos, nos dispusimos a asesinar cuando en realidad íbamos al suicidio. Tú lo planeaste, es verdad, pero todos te secundamos.

Se puso en pie, volvió al hielo a buscar sus ropas, se agachó y se puso a limpiarlas cuidadosamente con la nieve. Al menos había que reconocer eso al gigante: siempre había sido escrupuloso. Cuando terminó, regresó a la cueva de carne helada y desplegó sus ropas para que se secaran o se congelaran.

—¿Una extraña contaminación? —preguntó Shaithis en voz alta.

—Ya puedes decirlo —replicó el otro, y frunció el hocico ya de por sí bastante retorcido—. ¡Esas manchas hediondas eran de Volse! —Y mientras aún comía, entre bocado y bocado, les contó su historia.

—Volse y yo notamos que del cono central salía humo. Y, además, una extraña actividad de vez en cuando en una cueva de las alturas. Y pensamos, si la vieja montaña contiene calor y fuego, lo razonable es que alguien se haya instalado allí. ¿Pero quién? ¿Hombres corrientes? ¿Wamphyri exiliados, quizá? La única manera de descubrirlo era ir a ver. Claro que antes de hacerlo enviamos nuestras sondas mentales, pero la persona o la cosa que vivía en el volcán mantuvo ocultos sus pensamientos.

»El camino es más largo de lo que parece, unos ocho kilómetros hasta el pie de la montaña, y luego sigue un ascenso de tres kilómetros o más hasta el cono. Cerca de la cima, donde el sendero se hace muy empinado, hay una cueva. Y era allí donde habíamos observado señales de actividad, como espejos que reflejaban la luz de las estrellas. Habitantes, pensamos. Trogs de la nieve o algo por el estilo. En cualquier caso, carne.

»Y, efectivamente, había carne —el semblante del Ferenc se tornó repentinamente sombrío—. ¡Una tonelada de carne! Pero será mejor que no me precipite y os lo cuente tal como ocurrió...

«Llegamos a la boca de la cueva escarpada y amarilla por el azufre, me imaginé que se trataba de una zona de desagüe de la lava. Pero no era apta para ser habitada y ni pizca más caliente que cualquier otro lugar de los alrededores. Lanzamos nuestras sondas y descubrimos que ahí dentro había vida: una especie de inteligencia adormecida en el interior de la cueva, y no nos sentimos en absoluto amenazados. Lo más probable era que el agujero aquel atravesara toda la montaña hasta el centro mismo. Y si allí estaba el calor, allí sería donde íbamos a encontrar la vida.

»De modo que entramos. El túnel estaba lleno de rincones y curvas, estaba oscuro y olía a pozo de basuras. Pero ¿qué es la oscuridad para los wamphyri?

»Volse, que había ideado las pústulas más increíbles para aumentar su ya de por sí horrendo aspecto, iba delante. Se quitó la chaqueta y su torso aparecía completamente festoneado por todo tipo de cosas malsanas: «Haya lo que haya ahí dentro —dijo—, deja que me vea o sienta mi proximidad y no le quedará más remedio que desmayarse y desear ardientemente que sea una pesadilla». Pensé que tenía razón y no me opuse a que fuera delante.

«Después..., ¡aah! —Fess dio un leve respingo al atisbar un minúsculo murciélago albino que revoloteaba cerca de él, debajo del saliente del costado de la bestia voladora muerta. Con un ademán veloz como el rayo, partió por la mitad al animalito en pleno vuelo. Después de lo cual siguió—: ¡Ah, sí! Tal vez debería mencionarlo, durante todo el trayecto, Volse y yo tuvimos compañía. ¡Estos

condenados murciélagos! Están por todas partes.

—¿Por qué los tratas con tanta violencia? —lo interrumpió Shaithis—. En la Tierra de las Estrellas eran nuestros familiares.

—Éstos no son iguales —comentó Fess, sacudiendo la enorme cabeza—. No obedecen.

Bastante lleno, fortalecido por la comida, el Ferenc comenzó a vestirse y generó calor corporal para terminar de secar sus ropas. Se le daba tan bien como generar nieblas. Mientras se vestía, prosiguió con su historia:

—Como os iba diciendo, Volse iba primero y fue también el primero en internarse en el corazón de roca y, para ser sincero, he de reconocer que no creíamos que hubiera nada allí. Nada que nos causara alarma o nos amenazara. Sin embargo, presentí que la imagen que nos llegaba de aquel lugar y de su presunto morador o moradores debía de ser falsa. Tenía la sensación de que observaban mi mente, aunque me era imposible detectar al observador. Pero cuanto más nos internábamos en la montaña, más se reforzaba mi convicción de que nuestro avance era vigilado hasta el más mínimo detalle, como si cada paso nos acercara más a una confrontación terrorífica, a una conclusión artificial y monstruosa. ¡En pocas palabras, a una emboscada!

Arkis lanzó un gruñido y asintió.

—Del mismo modo me sentí yo —comentó en voz baja y con los dientes apretados—, en las ocasiones en que me acerqué a la bestia voladora de Volse para tratar de pegarle un mordisco.

—Pues muy bien —asintió Fess sin sentirse ofendido, como si deliberadamente se negara a ver acusación alguna en el comentario de Arkis—. Y conocí el... ¿miedo? No, eso no, el miedo no, porque no nos han criado para eso. Digamos, simplemente, que experimenté una nueva sensación que no me resultó agradable. Y mi presentimiento no carecía de fundamento, como veréis enseguida. Durante todo el trayecto, esos condenados albinos nos siguieron de cerca, hasta que el batir de sus alas y sus chillidos llegaron a hacerse tan molestos que me rezagué un poco para golpearlos en el aire. Probablemente fue eso lo que me salvó la vida.

»Volse seguía avanzando a grandes zancadas. Pero sintió que algo se acercaba en el mismo momento que yo lo sentí, y sólo dijo una palabra antes de que lo atacara. La palabra que pronunció fue «¿Qué?». Sí, hizo una pregunta, pero a pesar de ello jamás llegó a saber qué fue lo que lo golpeó.

—¡Explícate! —le pidió Arkis con un hilo de voz. Shaithis seguía la historia del Ferenc completamente concentrado, como embelesado.

Fess se encogió de hombros. Cuando terminó de vestirse se dedicó a cortar trozos de carne de las costillas alveoladas de la bestia voladora y a echárselos uno por uno en la boca.

—Es difícil de explicarlo —dijo al cabo de un rato—. Era veloz. Inmenso. Sin inteligencia. ¡Terrible! Pero vi lo que le hizo a Volse, y decidí que no me haría a mí lo mismo. Nunca antes había huido de nada..., salvo, quizá, del Habitante y de la tremenda destrucción que provocó en la batalla por la posesión de su jardín..., pero de aquello tuve que huir.

»Era blanco, pero de un blanco enfermizo. El blanco que nace de estar oculto en sitios muy oscuros, como una especie de hongo de caverna. Tenía patas..., muchas, me parece, con unos pies agarrotados y unos dedos unidos por membranas. Tenía cuerpo y cabeza de pez, con unas fauces feroces. Pero el arma que empuñaba...

—¿Un arma? —preguntó Arkis, proyectando el morro hacia adelante—. Has

dicho que esa cosa carecía de inteligencia. ¿Cómo es posible entonces que tenga la suficiente para llevar un arma?

El Ferenc le dirigió una mirada sarcástica, levantó las manos dotadas de garras y le preguntó:

—¿Acaso éstas no son armas? ¡El arma de aquella cosa era parte de su cuerpo, idiota, del mismo modo que tus colmillos de jabalí forman parte del tuyo!

—Ya, ya entiendo —dijo Shaithis con impaciencia—. Sigue.

Fess volvió a serenarse, pero sus ojos se movían inquietos en su cara inmensa y deformada.

—Su arma era un cuchillo, una espada, una lanza. Pero con púas como espinas distribuidas por toda su superficie, desde la cola hasta el hocico. Una especie de vara espinosa para hundir en la víctima; una vez allí enterrada, ésta queda enganchada y todo intento por liberarse sólo produce más laceraciones y roturas. En la punta de aquel ariete recubierto de pinchos aparecían dos agujeros iguales, como ventanas de una nariz. Pero no eran para respirar... —en ese momento, el Ferenc hizo una pausa.

—¿Para qué servían entonces? —Arkis no pudo evitar la pregunta.

—¡Para chupar! —contestó el Ferenc.

—Un vampiro —Shaithis parecía convencido—. Un guerrero incontrolado, sin amo legítimo. Una criatura creada por algún lord wamphyri exiliado, que ha sobrevivido a su hacedor. —Decía estas cosas, pero no creía en ellas necesariamente. Las pronunciaba en voz alta para disimular la naturaleza de sus verdaderos pensamientos, que habían vuelto a cambiar.

Fess cayó en la trampa de Shaithis.

—Todo eso es posible, sí —asintió el gigante—. Sigiloso y taimado como un zorro, y sin anunciarse, salió arrastrándose de un túnel lateral, pero cuando atacó... *¡ah!* El rayo es mucho más lento. Se hizo visible y su lanza se hundió tres veces en Volse. La primera arremetida lo partió, atravesándole los forúnculos y todo, y una cantidad prodigiosa de pus me salpicó a mí y a las paredes del túnel. Era como una inmensa ampolla que al estallar lo mojara todo con sus líquidos repugnantes. Quedé empapado. La segunda arremetida lo alcanzó cuando todavía no se había recuperado del aturdimiento de la primera; casi le segó la cabeza. ¡Y la tercera le llegó al corazón, donde comenzó a chupar como una bomba! Mientras aquella Cosa lo mantenía erguido, empalado con su arma contra la pared y lo iba chupando, los ojos grandes como platos de la criatura me miraban fijamente con una monstruosa expresión. Supe que yo sería el siguiente.

«Entonces fue cuando huí. —Fess se estremeció visiblemente, cosa que asombró a Shaithis.

—¿No pudiste salvarlo? —preguntó Arkis, con sorna, poniendo en entredicho la virilidad de Fess; en el mejor de los casos, aquello constituía una forma peligrosa de preguntar.

Pero Fess no se lo tomó a mal.

—¡Volse ya estaba desahuciado! ¿Cómo iba a salvarlo si ya le había extraído gran parte de sus líquidos y tenía la cabeza medio colgando y, además, aquella Cosa seguía chupándolo? ¿Y yo qué? ¡Muerte-horrenda, tú no has visto a esta criatura! ¡Ni siquiera Lesk el Ahíto, sea cual sea el infierno en el que resida ahora, se habría atrevido a acercarse a ese monstruo! Pues no, yo huí.

»Y mientras recorría aquel larguísimo túnel no dejé de oír cómo babeaba aquella Cosa mientras chupaba los jugos a Volse. Cuando por fin vi la luz y estuve al aire libre, me pareció que su babeo se hacía más ruidoso, quizá me estuviera pisando

los talones. Presa del pánico, sí, lo reconozco, invoqué una niebla, bajé a toda prisa las laderas y llegué a la llanura de nieve y hielo. Allí me desnudé, porque los líquidos de Volse eran venenosos, y, sin detenerme, vine hacia aquí y os encontré a vosotros dos esperándome.

»Ya os lo he contado todo...

Arkis y Shaithis se reclinaron, entrecerraron los ojos y se frotaron la barbilla. Shaithis mantenía ocultos sus pensamientos (si bien, a decir verdad, no había en ellos nada de siniestro o vengativo); pero Muertehorrenda, al notar que el Ferenc se encontraba en una cierta desventaja, no se sentía inclinado a soltar con tanta facilidad al gigante que había mordido el anzuelo.

—Los tiempos y las suertes cambian —dijo el hijo del leproso al cabo de un rato—. He pasado hambre, e incluso temí por mi vida, cuando tú y esa pústula andante tuvisteis las cartas en la mano. Pero ahora... eres tú solo contra lord Shaithis y yo.

—Es cierto lo que dices —replicó Fess; se puso en pie y se estiró y flexionó las potentes garras que tenía por manos—. Pero no puedo dejar de preguntarme qué ve en ti lord Shaithis, hijo del leproso. ¡Porque a mi parecer, eres tan útil como lo fue ese saco de inmundicias llamado Volse Pinescu! Y ahora que lo pienso, me doy cuenta de que he soportado muchos insultos y desprecios durante todo el tiempo que duró mi relato. Es verdad que tenía hambre y un frío mortal, y que un hombre soportará cualquier cosa mientras tenga la posibilidad de llenarse el estómago. Pero ahora que lo tengo lleno y que he entrado en calor..., creo que será mejor que te retractes, Muerte-horrenda. De lo contrario, tendrás el mismo fin que tu nombre sugiere.

—Sí —asintió Shaithis con un rápido movimiento de cabeza, y se interpuso entre los dos—. Ya basta. Admitámoslo de una vez, las Tierras Heladas ya nos causan suficientes problemas como para que además peleemos entre nosotros. —Los aferró por el brazo y los obligó a sentarse junto a él—. Decidme ahora cuáles son los secretos de estas Tierras Heladas. Porque, al fin y al cabo, no soy más que un recién llegado, mientras que vosotros dos... ¡Vaya, habéis explorado el terreno a fondo! De manera que cuanto antes sepa todo lo que vosotros sabéis, antes podremos decidir sobre nuestra próxima jugada.

Shaithis paseó la mirada de un interlocutor al otro hasta que finalmente la posó en el rostro oscuro y crispado de Arkis, en sus labios gruesos y sus colmillos de amarillento marfil.

—¿Qué me dices, Arkis? Has tenido menor libertad que Fess, es verdad, pero con todo, has logrado explorar unos cuantos castillos de hielo. Bien, el Ferenc nos ha contado su historia de horror en el cono, supongo que ahora te toca a ti. ¿Qué me dices de los castillos de hielo, eh? ¿Y de los lores wamphyri exiliados que llevan siglos congelados?

Arkis lo miró ceñudo y preguntó a su vez:

—¿Quieres saber sobre los congelados?

—Cuanto antes lo sepa —respondió Shaithis—, antes podremos actuar.

—No tengo problemas con eso —dijo Arkis, y se encogió de hombros de mala gana—. ¿Quieres saber lo que he visto, hecho y descubierto? ¡Pues no tardaré mucho en contártelo!

—Cuéntanoslo, entonces —le pidió Shaithis—, y veremos qué sacamos de todo ello.

Arkis volvió a encogerse de hombros y dijo:

—Sea, pues.

Capítulo cuatro

Los lores congelados

Después del pandemónium que se formó en el jardín del Habitante —comenzó a relatar Arkis—, cuando estaba claro que el Habitante y el infernal de su padre habían destruido nuestros ejércitos, destrozado nuestras antiquísimas columnas y derrumbado nuestros nidos de águilas, no quedaba más salida que huir. El Habitante había podido con nosotros; los wamphyri habíamos sido derrotados; si hubiéramos permanecido entre las ruinas de la Tierra de las Estrellas, estos grandes enemigos habrían caído sobre nosotros por última vez para dar rienda suelta a su furioso poderío.

»Sin embargo, es un derecho inmemorial de los caídos huir de la Tierra de las Estrellas para dirigirse hacia las Tierras Heladas. Así, en la calma que siguió a la destrucción de nuestros nidos de águilas, los supervivientes que contaban con medios de vuelo abandonaron sus antiguos territorios y viajaron hacia el norte. Yo fui uno de esos supervivientes.

«Acompañado de dos aspirantes a lugartenientes, ex Viajeros por mí esclavizados, los hermanos gemelos llamados Goram y Belart Largazi, que se disputaban mi huevo, limpiamos de escombros mi columna caída hasta llegar a la entrada sepultada que daba a los talleres subterráneos; liberamos a una bestia voladora y un guerrero que había guardado en lugar seguro por si llegaba a producirse el desastre de una victoria del Habitante. Ensillamos estas bestias y montamos en ellas. Yo tomé al guerrero, una criatura de mal genio que había adiestrado personalmente, a mi gusto, y emprendimos la huida, siguiendo rumbo norte y pasando por las ruinas de los nidos de águila.

«Nuestro rumbo no era exactamente hacia el norte, quizás íbamos ligeramente hacia el noroeste, ¿pero qué más daba? El techo del mundo es el techo del mundo, y un poco más a la derecha o a la izquierda, sigue siendo el techo del mundo. Nos detuvimos en una sola ocasión, donde un cardumen de enormes peces azules había quedado atrapado en un lago helado de aguas poco profundas, y nos atiborramos antes de seguir viaje.

»Poco después, la bestia voladora de los hermanos Largazi, que debía soportar el peso de dos jinetes, quedó agotada. Cayó al borde de un mar poco profundo y dejó a sus jinetes allí atrapados. Aterricé en la orilla helada, envié a mi guerrero hasta donde se encontraban los Largazi para que les lanzara sus miembros de aterrizaje y los remolcara a la orilla.

»Nos encontramos entonces en un lugar muy curioso. Unos enormes respiraderos teñían de amarillo la nieve; unos géiseres hirvientes formaban manantiales calientes en el hielo inmemorial; los pájaros marinos bajaban a alimentarse en la escarcha donde pululaban los peces. Eran los extremos más alejados de estas mismas montañas volcánicas, que en esas zonas occidentales siguen en actividad.

»Una vez en la orilla los Largazi, y mientras se secaban, busqué un lugar para

despegar y descubrí un glaciar cuya ladera se inclinaba en dirección al océano. Le ordené a mi criatura que bajara al hielo; mi montura guerrera también estaba exhausta, pues sus valientes esfuerzos por salvar a los gemelos de perecer ahogados no habían contribuido en nada a aumentar su vitalidad. Los guerreros necesitan matar y devorar grandes cantidades de carne roja, de lo contrario, pierden pronto las energías. Entonces pensé: «¿qué me será más útil en las Tierras Heladas? ¿Un poderoso guerrero o un par de esclavos porfiados, sin importancia y siempre hambrientos?». ¡Ja! No lo dudé.

»Pensé en matar a uno de los hermanos allí mismo y dárselo a mi guerrero para que se lo comiera. Pero..., bueno, he de reconocer que había subestimado a ese par de finísimos aspirantes a wamphyri. Ellos también habían estado ocupados en sopesar todas las posibilidades y, al igual que yo, se habían decantado por la bestia luchadora. Retrocedieron una distancia prudente y descendieron por unas profundas y estrechas grietas en las que no podría ni tentarlos a salir para que se me acercaran. ¡Perros amotinados! ¡Pues bien, que se congelen! ¡Que se mueran de hambre! ¡Que se mueran los dos!

»Me monté en mi guerrero, lo espoleé y resbalamos por la rampa del glaciar hasta que por fin la bestia se elevó en el aire y voló velozmente sobre el océano. Conseguí despegar con aquella bestia exhausta justo a tiempo, pues era tal su grado de cansancio que pude paladear la sal del rocío que lanzaban las olas al chocar contra el glaciar. Pero, afortunadamente, estaba ya en el aire.

«Enfilé tierra adentro, me elevé más aún y vi a los traicioneros gemelos Largazi que salían del hielo y volvían sus caras hacia mí; los saludé con la mano a manera de sarcástica despedida y puse rumbo a una línea lejana de picos cuya silueta se recortaba contra las iridiscencias que la aurora dibujaba en el cielo. Eran los picos que veis allí detrás, con su cono volcánico central y esas chimeneas de expulsión de lava que están vigiladas, según el Ferenc, por monstruos de nariz en forma de espada. Esos mismos que veis allí.

»No me atrevería, y tampoco podría, llamar mentiroso a Fess por contarnos que Volse murió a manos de una criatura extraña y salvaje, porque mi guerrero halló un final triste y sospechoso. ¿Y quién podría negar que Volse y mi pobre y cansado guerrero fueron víctimas de la misma bestia sanguinaria?

»Os contaré cómo ocurrió. Mi guerrero se encontraba mortalmente cansado..., bueno, tal vez no estuviera tan cansado, porque como bien sabéis no mueren con facilidad y rara vez de cansancio. Pero la criatura estaba al límite de sus fuerzas, jadeaba y se quejaba. Exploré las tierras que nos rodeaban y vi unos senderos de lava en las laderas superiores del cono central, que constituían unas resbaladizas rampas de despegue en caso de que el guerrero volviera a encontrarse en condiciones de remontar el vuelo.

»Pero, ay, el aterrizaje fue poco diestro y la bestia me lanzó al suelo; se le resquebrajó el caparazón blindado, se le retorció un ala estabilizadora y se le rompió un orificio de propulsión al chocar contra un saliente afilado de lava. Perdió varias decenas de litros de fluidos antes de que su carne metamórfica lograra sellar los agujeros. Mis heridas, sin embargo, fueron leves y no les presté mayor atención; pero fue tal mi enojo que maldije y pateé al guerrero durante un buen rato hasta que la bestia se enfadó y comenzó a gritar y a escupirme. Me vi entonces obligado a calmar al bruto, y, finalmente, para ocultarlo de la vista de cualquiera que pudiera pasar, lo hice retroceder hasta la entrada de un túnel cavernoso, muy similar o tal vez idéntico al que ocupaba la blanca bestia leprosa y sanguinaria que describió el Ferenc. Porque

aquel túnel era también un antiguo sendero por el que había fluido la lava desde el centro ígneo del volcán, y tal vez debí haber explorado su interior. Pero en aquel momento no tenía pruebas de que en el cono central ocurriera nada sospechoso.

«Ordené al guerrero que se curara, lo dejé allí, en la entrada de la caverna, y vencido por la curiosidad bajé a pie hasta la llanura de resplandecientes castillos de hielo, para ver qué contenían. Porque, como habréis notado, parecen columnas o nidos de águilas wamphyri formados en el hielo. En cuanto a lo que descubrí, fue algo muy extraño y pavoroso, diría incluso temible.

»Lores expatriados, todos ellos congelados, con las funciones vitales suspendidas, encerrados en hielo en el centro de sus resplandecientes castillos. Muchos estaban muertos, aplastados o segados por el movimiento de los glaciares; pero había algunos, demasiados, me pareció, que habían... ¿sucumbido?... de maneras muy variadas. Sin embargo, encontré también unos cuantos que todavía se conservaban bien y dormían en el interior de impenetrables muros de hielo, duros como el hierro, con sus metabolismos vampíricos tan reducidos que apenas parecían haber cambiado al cabo de tantos siglos. Pero era ésta una falsa impresión, pues sus sueños se desvanecían, transformados en cosas efímeras, meras memorias de las vidas que habían conocido en los viejos tiempos, cuando el primero de los wamphyri habitó en sus columnas de la Tierra de las Estrellas y desencadenó allí sus guerras territoriales.

«Todos los ex lores se morían; lentamente, muy lentamente, pero se morían. Y no podía ser de otro modo, porque la sangre es la vida y durante siglos no habían tenido otra cosa que hielo...

—¡Algunos de ellos! —lo interrumpió Fess Ferenc—. La mayoría de ellos, sí. Pero al menos hay uno al que no le ha faltado. Ésta es la conclusión a la que llegamos Volse Pinescu y yo después de examinar las columnas de los castillos de hielo.

Shaithis miró primero a Fess y luego a Arkis, y preguntó:

—¿Os importaría darme más detalles?

Arkis se encogió de hombros y respondió:

—Supongo que el Ferenc habla de los tronos de hielo rotos y de los vacíos. Porque he podido descubrir que es un hecho el que algunos reductos congelados, en realidad un número nada despreciable, han sido violados y sus congelados e impotentes habitantes han sido robados. Pero ¿por quién..., adónde los habrán llevado... y para qué?

El Ferenc, corpulento y de cráneo sesgado, volvió a interrumpir:

—Yo también he sacado mis propias conclusiones sobre estas cosas. ¿Puedo hablar?

Arkis Leprafilius volvió a encogerse de hombros y contestó:

—Si vas a arrojar luz sobre este misterio, adelante.

—Sí, habla —le pidió Shaithis.

El Ferenc asintió y dijo:

—Como habréis podido notar por vuestros propios medios, el número de castillos de hielo ronda entre los cincuenta y los sesenta, forman anillos concéntricos alrededor del volcán apagado, que está en el cono central. ¿Pero está en realidad apagado el volcán? Y, de ser así, ¿por qué sigue saliendo un poco de humo por el antiguo cráter recubierto de hielo? Además, ya hemos visto, al menos yo lo he hecho con claridad, que hay como mínimo una monstruosa criatura guerrera vigilando los túneles de entrada al cono. ¿Pero qué más o quién más está vigilando?

Cuando la pausa que hizo amenazaba con prolongarse indefinidamente, le tocó

a Shaithis encogerse de hombros.

—Te ruego que prosigas —Te pidió a Fess—. Nos tienes en ascuas, completamente fascinados.

—¿De veras? —El Ferenc se mostró un tanto halagado. Lenta y deliberadamente, hizo sonar cada uno de los nudillos de sus manos agarrotadas—. Fascinados, ¿eh? Bien, no es para menos. Ya lo ves, Shaithis, no eres el único pensador que ha sobrevivido a las iras del Habitante.

Shaithis soltó un zumbido por su nariz retorcida, tal vez un tanto indeciso, y giró la cabeza hacia ambos lados. Por fin dijo:

—Reconoceré cuanto deba reconocer..., pero sólo cuando pueda ver el panorama entero.

—Muy bien —dijo el Ferenc—. He aquí cuanto vi y lo que de ello deduje. El llagado y purulento Volse Pinescu y yo exploramos los nidos de águilas helados más interiores y descubrimos que todos habían sido saqueados. Después de lo cual, y sobre todo ahora que Volse ha desaparecido, absorbido hasta los huesos por la Cosa que hay en los túneles de lava, estoy en condiciones de unir de forma bastante exacta todos los elementos para tener un panorama completo de cuanto ha ocurrido aquí.

«Según lo veo yo, los amos del volcán dormido son algún lord o alguna lady wamphyri. Durante siglos lucharon contra los vampiros exiliados para impedir que tomaran posesión de las comodidades del volcán..., donde al parecer queda algún resto de calor. A medida que los vampiros que los asediaban fueron sucumbiendo al frío y entraban en estado de hibernación, el ingenioso amo del volcán salía de vez en cuando a saquear sus cámaras heladas para alimentarse de sus carnes congeladas. ¡En realidad, los castillos de hielo son como su despensa!

—¡Ah! —exclamó Arkis, y se dio un golpe en el muslo—. Ahora todo queda claro.

El Ferenc asintió con su cabeza hinchada, de grotescas proporciones.

—¿Estáis de acuerdo con mis conclusiones?

—¿Acaso podría ser de otro modo? —preguntó Arkis—. ¿Qué dices tú, Shaithis?

Shaithis lo miró con curiosidad y respondió:

—Digo que ondeas como bandera al viento, ahora por aquí, dentro de un rato, por allá. Primero querías matar al Ferenc, y ahora aceptas hasta su última palabra. ¿Con tanta facilidad cambias de parecer?

El hijo del leproso lo contempló, ceñudo, y repuso:

—Conozco la verdad cuando la oigo. Además, sé reconocer la validez de un plan sólido. El análisis que ha hecho el Ferenc sobre el estado de las cosas me parece correcto, y tu petición de que nos unamos para nuestra mutua seguridad me parece igualmente acertada y sabia. ¿Qué es lo que te preocupa, Shaithis? Creía que deseabas que fuéramos amigos.

—Así es —respondió Shaithis—. Pero me preocupa que las lealtades cambien tan deprisa, es todo. ¿Te importaría concluir tu historia? Lo último que nos has contado fue que habías dejado a tu guerrero herido en la boca de un túnel de lava y que habías bajado a la llanura para explorar los castillos de hielo.

—Sí, eso hice —convino Arkis—. Y descubrí más o menos lo mismo que ha explicado el Ferenc. Los tronos envueltos en hielo de todos esos lores wamphyri desconocidos habían sido abiertos y vaciados, como colmenas de la Tierra de las Estrellas saqueadas para quitarles la miel. Sí, y en aquellos castillos de hielo que estaban más alejados del cono central, también encontré pruebas de intentos de robo,

pero en muchos casos el hielo era demasiado grueso y los lores arrugados por el paso de tantos siglos permanecían a salvo, intactos, sin que nadie hubiera podido expoliarlos. Lo cual significaba que también estaban a salvo de mí.

»Al final me cansé de mis fantasmales exploraciones. Tenía hambre y no podía entrar en aquellas despensas permanentemente heladas; los pequeños murciélagos albinos ya no se fiaban de mí y huían de mis poderosas manos; si mis ex esclavos, los Largazi, continuaban con vida, sin duda se encontrarían a mitad de camino de donde yo estaba. También estarían exhaustos y no podrían darme alcance. ¡Ah, pero entonces tuve una idea! Era hora de que regresara junto a mi criatura guerrera para ver si había logrado sobrevivir. De modo que trepé hasta la caverna elevada donde había ocultado a la bestia.

»Pero no la encontré. Sólo hallé algunos restos, nada más.

—La cosa chupadora —dijo el Ferenc—. La bestia sanguinaria con el hocico cartilaginoso en forma de espada.

—¿Pero cómo? —preguntó Shaithis, inseguro—. Que una criatura carente de inteligencia chupe a un hombre o, si le dan tiempo, a un guerrero hasta dejarlo seco, puedo entenderlo. Pero cortar en trozos a una criatura tan corpulenta para llevárselos...

El Ferenc se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—Estamos en las Tierras Heladas. Aquí hay extrañas criaturas, con extrañas costumbres, y los alimentos escasean. Piensa un poco, ¿crees acaso que en la Tierra de las Estrellas habrías soñado siquiera con masticar las correosas arterias de una bestia voladora? ¿Con las despensas llenas de trogs y con todos esos Viajeros vivitos y coleando al otro lado de las montañas? ¡Ni hablar! ¿Pero aquí? ¡Ja! No tardamos mucho en aprender. Bajamos el listón a toda prisa. ¿Y qué me dices de las criaturas y de los seres que tal vez se han pasado aquí todas sus vidas? Si la bestia sanguinaria y leprosa caza por sus propios medios, entonces debe de tener una despensa en alguna parte. ¿Y si caza para un amo? —Volvió a encogerse de hombros—. Tal vez fuera ese amo el que despedazó al guerrero de Arkis para llevárselo trozo a trozo.

Shaithis ocultó sus pensamientos en el fondo de su mente, y dijo para sí: *Un amo, sí, tienes razón, Fess. Un amo del Mal, la fuente misma del Mal, en forma de lord vampiro infinito; en realidad, uno de los primeros y auténticos lores. ¡El oscuro lord Shaitan! ¡Shaitan el Nonato! ¡Shaitan el Caído!*

—¿Y bien? —preguntó Arkis Leprafilius—. ¿Tiene sentido lo que dice el Ferenc o no? Si lo tiene, ¿qué hacemos ahora?

Shaithis contestó con tono cauteloso:

—Es posible que lo que el Ferenc dice tenga sentido. —Y para sí pensó: *¡Mucho sentido, a pesar de venir de un tonto deforme! Pero lleva aquí más tiempo que yo. Tal vez no sea la expresión repentina de una inteligencia antes impensable en el gigantón, sino el hecho puro y simple de que ha estado sometido durante más tiempo a la influencia de Shaitan..., a la mirada de sus antiquísimos ojos a través de las órbitas rosadas de la miríada de esbirros albinos que posee.*

—¿Y bien? —el Ferenc repitió la pregunta de Arkis—. ¿Qué hacemos ahora, Shaithis? ¿Tienes algún plan?

¿Un plan? ¡Ah, sí, un plan! Descubrir más acerca del tal Shaitan; buscarlo y averiguar por qué permitió que me abrigara con sus albinos; pero, ante todo, descubrir qué es esta extraña afinidad que me empuja a una criatura que jamás he conocido más que a través de mitos y leyendas.

En voz alta contestó:

—Un plan, sí. —Pensando con su claridad acostumbrada, diseñó un plan de la nada, siguiendo la inspiración del momento. Un plan que esperaba aprobaran sus compañeros vampiros y que sirviera a sus propósitos—. Primero cortaremos una buena cantidad de carne de esta bestia voladora —dijo—, toda la que podamos cargar cómodamente. Luego, de camino al cono central, podréis enseñarme algo más sobre los lores helados. Porque hasta ahora sólo he visto uno. —*Kehrl Lugoz, que fue desterrado aquí junto con Shaitan, en los albores de la tiranía wamphyri*—. Y no es suficiente para que me forme una firme opinión. Después, en los castillos de hielo interiores, podréis enseñarme las guaridas rotas de donde han sido robados los cuerpos de algunos lores. Todo esto para empezar. —*Ya se me ocurrirán más cosas a medida que avancemos.*

—¿Y eso es un plan? —preguntó Arkis; no parecía muy convencido—, ¿Nos llevamos carne y vamos a visitar a un puñado de lores prehistóricos y arrugados, enterrados en el hielo? ¿Y, además, las tumbas saqueadas y vacías de otros antiguos cuyo destino sólo podemos tratar de adivinar?

—De camino al cono central, sí —dijo Shaithis.

—¿Y después qué? —preguntó el Ferenc.

—Tal vez destruyamos al que vive dentro —contestó Shaithis—, y podamos conocer sus secretos, sus bestias, sus posesiones, quién sabe, tal vez descubramos incluso algún medio para salir de estas Tierras Heladas tremendamente yermas y aburridas.

El Ferenc hizo un movimiento afirmativo con su grotesca cabeza.

—A mí me parece bien. De acuerdo, manos a la obra. —Dicho lo cual se puso a cortar tiras de carne congelada del costillar de la bestia voladora y a llenarse los bolsillos.

A regañadientes, Arkis lo imitó.

—La carne es la carne, ya lo sé —protestó—. ¿Pero carne congelada de bestias voladoras? ¡Puaj! ¡La sangre *era* la vida!

Shaithis chasqueó los dedos y exclamó:

—¡Ah, sí! Ya sabía que había algo más. Oye, Muertehorrenda, ¿qué me dices de tus esclavos gemelos, los hermanos Largazi? ¿Te siguieron hasta aquí desde el oeste? ¿Desde la costa de fumarolas, géiseres hirvientes y lagos de azufre? ¿Sobrevivieron? ¿O perecieron en el camino?

—Perecieron —respondió Arkis, asintiendo complacido y lanzando una sonrisa divertida de entendido mientras sus colmillos de jabalí soltaban algún que otro destello—. Pero no en el camino. Perecieron cuando llegaron aquí; los encontré exhaustos y temblorosos en el corazón hueco del castillo de hielo más occidental. Ah, cómo me suplicaron perdón. ¿Sabéis una cosa? Los perdoné. De veras. «¡Goram!», grité. «¡Belart! ¡Mis fieles esclavos! ¡Mis confiados lugartenientes! ¡Por fin volvéis al seno de vuestro mentor!» ¡Tendríais que haber visto cómo me abrazaron! Yo, por mi parte, me lancé sobre sus cuellos y... *¡los abrí a dentelladas!*

Shaithis suspiró, con un cierto aire sombrío.

—¿Te alimentaste con los dos? ¿A la vez? ¿Sin pensar en el mañana?

Arkis se encogió de hombros y terminó de llenarse los bolsillos de carne antes de contestar:

—Llevaba más de dos auroras padeciendo frío y hambre. Y la sangre de los Largazi estaba caliente y sabrosa. Tal vez debí haberme contenido un poco, tal vez debí haberme guardado uno de reserva..., aunque quizás hice bien. Porque por esa época llegaron Fess y Volse. Al menos me ahorré la frustración de que me robaran

uno de mis esclavos. En cuanto a sus cadáveres, los guardé en el corazón de un glaciar. ¡Ay, tuvieron el mismo fin que mi guerrero! Algo se los llevó mientras yo estaba fuera explorando.

Shaithis entrecerró los ojos y contempló al Ferenc, que de inmediato sacudió la cabeza, negando la tácita acusación.

—No fui yo. Y tampoco Volse. No sabíamos nada de los esclavos congelados de Arkis. De haberlo sabido, tal vez la historia habría sido diferente. —Se arrastró fuera del costado de la bestia voladora devastada y se incorporó cuan alto era a la luz de las estrellas y bajo el fulgor de la aurora—. Bien, ¿estáis preparados?

Shaithis y Arkis se unieron a él; los tres volvieron las caras en dirección al cono central. Entre el trío monstruoso y el ex volcán, un castillo de hielo, que había tardado siglos (¿cuántos?) en cristalizarse alrededor de la roca volcánica. Sería un buen sitio para empezar, como podría haberlo sido cualquier otro. Contemplando la tétrica escena, y después de mirar un momento los ojos escarlata de cada uno de sus «compañeros», Shaithis dijo:

—Listo. Vayamos a ver qué aspecto tienen estos exiliados que llevan siglos en el hielo.

Y unidos, al menos por el momento, los vampiros partieron por los campos nevados y los montones de hielo centelleante; atravesaron las extrañas terrazas, y las rielantes almenas del castillo que habían elegido se hicieron más grandes a medida que acortaban la distancia que los separaba. Y en el desagradable centro, rodeado por los brillantes nidos concéntricos de águilas, aparecía de vez en cuando la forma más oscura del volcán «apagado», por el que salía una bocanada de humo que subía hacia el cielo radiante perpetuamente cambiante.

¿O tal vez era solamente una ilusión? Probablemente. Pero Shaithis creía que no...

Shaithis no tardó en descubrir que los castillos de hielo se parecían mucho entre sí. El primero que exploraron, por ejemplo, podía muy bien haber sido la columna fría, estremecedora y desnuda de Kehrl Lugoz; podía haber sido, pero el caso era que el de la envoltura tupidamente protegida del centro no era Kehrl, el muerto en vida, quien esperaba a que transcurrieran los siglos, sino otro lord. Además, y quienquiera que hubiera sido en vida, hacía tiempo que su espera había tocado a su fin, puesto que en aquel momento estaba completamente muerto. Convertido en una momia de hielo, congelado, muerto de hambre, disecado hasta alcanzar una condición que iba más allá de la vida, el viejo vampiro pasó a formar parte de todas las cosas del pasado, dejando atrás sólo su caparazón exterior para representarlo en el presente.

Shaithis lo miró a través de la vacilante impureza del hielo y se preguntó quién habría sido. Fuera quien fuese, tal vez mejor era que estuviera muerto. Sus pensamientos, de haber existido, podían haber revelado a Arkis y al Ferenc secretos que Shaithis prefería que no conocieran..., como, por ejemplo, por qué yacía en su pedestal tallado en el hielo, apoyado sobre un codo esquelético, con una mano agarrotada levantada ante él como para escudarse de algún mal inefable. Tenía los ojos descoloridos, el tiempo se había encargado de desteñirlos comiéndose el tono escarlata, aunque no había logrado borrar la huella del horror. Sí, porque incluso aquel miembro de los antiguos wamphyri aparecía horrorizado. Por algo o por alguien que se le había puesto delante, donde Shaithis se encontraba en aquel momento.

—¿Cómo interpretas eso? —El eco repentino de la voz cavernosa del Ferenc

hizo que Shaithis diera un brinco. Miró hacia donde el gigante apuntaba con su mano provista de garras, a un agujero circular en el hielo en el que hasta ese momento no había reparado. De aproximadamente un palmo de diámetro, el agujero casi invisible parecía señalar como una flecha hacia la reliquia conservada del wamphyri que yacía en su sillón tallado.

—¿Un agujero? —preguntó Shaithis, ceñudo.

—Sí —asintió el Ferenc—. Como si fuera de una enorme lombriz de tierra. ¿Pero una lombriz de hielo? —Se arrodilló y metió la mano y el brazo en el agujero y lo hundió hasta la altura del hombro. Retiró luego el brazo, observó la dirección que llevaba y añadió—: ¡Y le apunta directamente al corazón!

—Aquí hay más agujeros de esos —gritó Arkis, cerca de la curva del núcleo—. Me da la impresión de que los han hecho con algún instrumento. ¿Veis los fragmentos amontonados que han caído al suelo?

Shaithis pensó: *Vaya, parece que las pequeñas privaciones que han padecido los tontos de mis amigos los han vuelto observadores.* Siguió la curva del núcleo hasta llegar donde se encontraba Arkis y examinó los nuevos agujeros o, mejor dicho, los agujeros recién *descubiertos,* porque en realidad podían haber sido hechos hacía uno o dos siglos. Y observando la dirección que llevaban, tal como había hecho el Ferenc, Shaithis notó que aquellos túneles perfectamente circulares apuntaban a la masa principal de la momia amortajada en el hielo.

Pensó para sí: *Túneles, no cabe duda,* y achicó un poco los ojos y reflexionó sobre aquel concepto con más detenimiento. Hacía mucho tiempo, Shaithis había visitado los asentamientos de los *szgany* itinerantes que trabajaban el metal y vivían al este de la gran cadena montañosa que separaba la Tierra de las Estrellas de la Tierra del Sol. Se trataba de los «caldereros» que diseñaban y construían los temibles guanteletes de batalla de los wamphyri. Shaithis había visto la forma en que los pintorescos Viajeros vertían metal fundido por tubos de arcilla o por canales de tierra que iban a parar a unos moldes; de manera que aquellas perforaciones o agujeros tenían algo que le recordaban el vertido de líquidos. Pero todos aquellos túneles incompletos ascendían por unas suaves pendientes *hacia* el lord muerto, lo cual parecía indicar que no habían sido diseñados para conducir nada hasta él. ¿Tal vez para extraer algo de él? Shaithis se estremeció; comenzó a considerar que sus investigaciones y, sobre todo, sus conclusiones eran detestables.

Había en aquel ambiente algo que hasta el corazón de vampiro de Shaithis encontraba ominoso, opresivo, cargado de muerte. Y, finalmente, Fess Ferenc expresó en voz alta esa sensación de mal augurio:

—El purulento Volse y yo vimos los núcleos donde el hielo no era tan grueso. ¡Los gruesos habían penetrado justo hasta el centro y ahí dentro sólo quedaban montones de trapos, piel y huesos!

—¿Qué? —preguntó Shaithis, arrugando la frente.

—Como si los habitantes o durmientes que vivían en estas columnas heladas hubieran sido absorbidos a través de estos canales hasta ser consumidos por completo, salvo sus trozos más sólidos.

—¿Pero cómo? —insistió Shaithis, porque era exactamente lo que él había pensado—. ¿Cómo es posible absorber un cuerpo entero y congelado por un agujero por el que no entra siquiera la cabeza de ese cuerpo?

—No lo sé. —El Ferenc sacudió su cabeza deformada—. Pero supongo que eso fue precisamente lo que temía este viejo. Es más, supongo que por eso mismo murió de miedo...

Más tarde, cuando se encontraban un kilómetro más cerca del núcleo o cono central, entraron en uno de los castillos de hielo internos.

—En éste no he estado antes —comentó el Ferenc—. Pero encontrándose tan cerca del viejo volcán, creo que es fácil adivinar lo que vamos a descubrir.

—¿Ah, sí? —dijo Shaithis, y lo miró.

—¡Nada! —exclamó el Ferenc, con aire de enterado—. Sólo hielo despedazado alrededor de un montón de lava negra y el agujero vacío por el que se han llevado a algún antiguo lord.

Tenía razón. Cuando por fin encontraron el alto trono de lava, estaba vacío y la cobertura de hielo yacía en el suelo hecha pedazos y astillas escarchadas. Había unos cuantos fragmentos de tela, pero eran tan viejos y estaban tan tiesos que se deshacían con sólo tocarlos. Y nada más.

Shaithis se arrodilló al pie del bloque de hielo destrozado, examinó su superficie quebrada y encontró lo que buscaba: los bordes aflautados de unos cuantos agujeros dispuestos en forma de abanico festoneado; iban a converger al nicho vacío del negro núcleo. Miró a Fess y a Arkis y, asintiendo sombríamente, dijo:

—El autor de esta horrenda obra pudo haber chupado al lord desconocido como la yema de un huevo, pero no fue necesario, porque la cubierta sólo tenía setenta centímetros de espesor. De manera que hizo agujeros alrededor del hielo hasta que se quebró y entonces lo arrancó en bloques y astillas para llegar finalmente a su presa congelada.

—¿Te he oído bien? —preguntó Fess—. ¿Has dicho «esta horrenda obra»?

Shaithis miró primero a Fess y luego a Arkis y contestó con voz profunda y ronca:

—Soy un wamphyri. Me conoces bien. No hay nada blando en mí. Me enorgullezco de mi fuerza descomunal, de mis furias y de mis iras, de mis apetitos y mis lujurias. Pero si esto es obra de un hombre, aunque sea de mi propia especie, insisto en que es horrenda. Lo terrible radica en su calidad *secreta,* en el *sigilo,* en la *maldad y* el regodeo del asesino. ¡Sí, soy wamphyri! Y si quedara atrapado en estas Tierras Heladas, sin duda desarrollaría diversos sistemas para mantenerme con vida, incluida una coraza, defensas sofisticadas y una o varias fuentes de alimento. Yo también me volvería tan furtivo y siniestro como fuera menester. Pero ¿no lo comprendes? ¡Aquí hay alguien que ya lo ha hecho! En estas Tierras Heladas, hemos venido a entrometernos en el territorio de alguien que aterroriza y persigue a los mismos wamphyri. Por eso digo que se trata de una obra horrenda. Incluso la misma atmósfera de este lugar está cargada de maldad. Ah, y algo más, ¡tengo la impresión de que es una maldad gratuita!

Después..., Shaithis se habría mordido la lengua bífida. Pero demasiado tarde, porque imaginó que ya había dicho y revelado demasiado. Pero era tal el peso aplastante que ejercía aquel sitio sobre sus sentidos vampíricos —era muy grande la crispación psíquica que le provocaba en las terminaciones nerviosas— que creía que los otros debían de ser totalmente insensibles si no lo habían notado por sí mismos.

Arkis se había quedado boquiabierto mientras Shaithis hablaba. Cerró la boca y gruñó:

—¡Ah! Tú siempre fuiste el listo de los discursos, Shaithis. Pero yo también he notado el aura maligna y amenazante de este lugar. La noté cuando descubrí las escamas ensangrentadas y varias partes pequeñas del caparazón blindado de mi guerrero en la cueva de las alturas; y también cuando me robaron de la despensa del glaciar a los hermanos Largazi, que aunque estaban exangües tenían las carnes bien

prietas. Y en varias ocasiones he pensado: «¿Quién me vigila tan de cerca y sabe cada uno de mis movimientos? ¿Lo llevaré metido en mi propia mente? ¿O acaso los castillos de hielo mismos tienen ojos y orejas?».

—Para qué negarlo —intervino el Ferenc—, yo también he notado el misterio que rodea este lugar. Pero creo que se trata de un fantasma, un aparecido o un vestigio del tiempo. Un eco de algo que fue pero que ya no existe. Mirad a vuestro alrededor y preguntaos: ¿acaso algo de lo que hemos visto tiene un origen reciente? La respuesta es no. Sean cuales fueran los acontecimientos que tuvieron lugar aquí, todo ocurrió hace mucho, mucho tiempo.

Arkis volvió a resoplar y replicó:

—¿Y mi guerrero? ¿Y los gemelos Largazi?

Fess se encogió de hombros y contestó:

—Los habrá cogido alguna bestia ladrona de los hielos. Tal vez algún primo del ser pálido con hocico de espada que mora en las cavernas.

Shaithis consiguió superar un momentáneo ataque de depresión, alejó de sí el humor extraño y ominoso, tangible como un banco de niebla, que había caído sobre él. La respuesta del Ferenc le satisfacía hasta cierto punto. No estaba de acuerdo con lo que decía, no del todo, pero le convenía dejar que los otros lo creyesen así. De todos modos, preguntó;

—Si no existe aquí una inteligencia maligna, o al menos ya no está implicada en todo esto, como queráis, ¿qué sentido tiene que vayamos hacia el volcán?

Fess volvió a encogerse de hombros y respondió:

—Es mejor que nos aseguremos, ¿no? Y si existió aquí una «inteligencia maligna», aunque de eso haya pasado mucho tiempo, podría ser que sus obras estén aún a nuestra disposición, en las profundidades del volcán. Una cosa es segura: jamás lo sabremos si no lo comprobamos con nuestros propios ojos.

—¿Ahora? —preguntó, ansioso, Arkis Leprafilius.

—Yo voto por que antes descansemos —sugirió Shaithis—. Por el momento, ya he dado suficientes vueltas, gracias, y preferiría emprender la exploración del cono después de haber descansado y con el estómago bien arropado por un buen desayuno. De todos modos, he notado que se prepara ya una nueva fase activa de la aurora. Es una buena señal. Que el cielo ardiente nos ilumine el camino.

—Estoy de acuerdo contigo, Shaithis —dijo el Ferenc con su voz cavernosa—. ¿Pero dónde vamos a dormir?

—¿Por qué no aquí mismo? —repuso Shaithis—. A una distancia prudente que nos permita oírnos si gritamos, pero cada cual seguro en su propio nicho.

—A mí me parece bien —asintió Arkis.

Se separaron, treparon por las precarias y solitarias cornisas y nichos de hielo donde nadie podía acercarse sin ser visto ni oído y cada uno de ellos escogió un lugar y se dispuso a dormir. Shaithis pensó en reunir a los albinos para que le hicieran de cálida manta viviente, pero después de reflexionar un poco, desistió. Si los murciélagos se le acercaban, Fess y Arkis comenzarían a sospechar. ¿Por qué Shaithis tenía poder sobre los murciélagos cuando ellos carecían de él? ¿Por qué? Una buena pregunta para la que él tampoco tenía respuesta. Al menos por el momento.

Se ovilló en el interior de su capa de negra piel de murciélago y masticó un trozo de carne de bestia voladora. No le satisfizo en absoluto, pero le sació el apetito. Vigilaba con un ojo abierto la caverna helada, paseaba la mirada de Fess a Arkis, y vuelta al primero, mientras pensaba: *¡Ya llegará la hora de comerse unos buenos bocados!*

Unos buenos bocados, sí, Fess y Arkis. Que sin duda estarían pensando exactamente lo mismo que él.

Se acomodó en el nicho y comenzó a respirar profundamente, mientras su ojo escarlata exploraba la caverna y, poco a poco, comenzaron a llegar los sueños...

Capítulo cinco

Parientes consanguíneos

Shaithis de los wamphyri tuvo un sueño fantástico. Tal como suele ocurrir con los sueños, el de Shaithis se componía de muchas escenas y temas del todo incoherentes y difícilmente explicables, salvo si se los consideraba como ecos de sus ambiciones. La fantasía llevaba tiempo gestándose en las cavernas más oscuras del subconsciente de Shaithis, hasta que tomó forma definida en una secuencia de escenarios ordenados más o menos así:

Todo ocurría durante la recepción de Shaithis, su triunfo, su momento de gloria. Lady Karen estaba arrodillada y desnuda entre los muslos separados de Shaithis, le palpaba las enormes gónadas, le acariciaba e incluso le mordisqueaba (pero con sumo cuidado) la punta abultada y purpúrea de su hinchado falo; de vez en cuando se detenía para frotar suavemente la verga palpitante entre sus pechos perfectos. Shaithis estaba reclinado entre suntuosos cojines, sobre el trono de hueso de Dramal Cuerpocondenado, en el nido de águilas de Karen; la última de todas las inmensas columnas de los wamphyri le pertenecía por fin por derecho de conquista, y mentalmente pasó revista a todas las personas, criaturas y posesiones que estaban a su disposición para que él usara y abusara de ellas, incluso para que las destruyera si así lo deseaba.

Por encima de los contrafuertes, balcones y almenas de un nido de águilas situado a un kilómetro de altura y construido con huesos fosilizados, piedras, membranas y cartílagos, unas estrellas nuevas se amontonaban para unirse a las que ya brillaban en el oscuro cielo. El sol desplegó en abanico las últimas radiaciones doradas y se hundió tras la Tierra del Sol, y durante unos intensos momentos las montañas que hacían de barrera proyectaron sus siluetas corpulentas y serradas mientras las puntas amarillas y resplandecientes de sus picos pasaban de los tonos purpúreos a los grises intensos.

Después, la sombra de las montañas se fue alargando velozmente en forma de monstruosas manchas que cubrieron las llanuras de rocas de la Tierra de las Estrellas para sumirlas en la oscuridad, y por fin se produjo el ocaso que tanto había esperado Shaithis: la hora de su gran triunfo, de su venganza.

Como obedeciendo a una señal, sus lugartenientes apartaron los pesados tapices que cubrían las ventanas, cortaron los signos cabalísticos de Karen, de modo que éstos se retorcieron y se precipitaron en la oscuridad describiendo espirales en el aire; desplegaron entonces los estandartes más largos que llevaban el nuevo blasón de Shaithis —un guantelete wamphyri cerrado en un puño y alzado amenazadoramente por encima de una esfera resplandeciente que era el portal de la Tierra de las Estrellas que conducía a las Tierras del Infierno— para colgarlos y dejar que ondearan en las leves corrientes de aire que soplaban en los parapetos más altos del nido de águilas.

—Así lo deseé —gruñó—, y así ha acontecido.

Miró con ojos encendidos a su alrededor, desafiando a todos a que negaran su

soberanía, si se atrevían. Sin embargo, en el fondo de su corazón Shaithis sabía que la victoria no le pertenecía por entero. Sabía que no podía sostener que él fuera su único artífice, ni que él solo había logrado aplastar las extrañas fuerzas y la magia ultraterrena del Habitante. No, porque le había hecho falta mucha ayuda para ello.

Shaithis no recordaba con exactitud cómo se había ganado la batalla, pero sabía que había contado con un poderoso aliado que lo acompañaba incluso en aquel momento. Dado que él parecía ser el único consciente de la presencia de ese otro, y dado que sólo él, entre todos los hombres, estaba en condiciones de asumir el mando y proclamarse jefe militar de los nuevos wamphyri, ¿qué importaba? Un espectro no puede usurpar el puesto de un hombre.

Entrecerró los ojos y miró hacia la derecha y hacia atrás (aunque con disimulo, para que nadie lo notara); atisbó un momento la Cosa de Negra Capucha, envuelta en su negra capa, mientras contemplaba de *cerca* cuanto acontecía. Era una Cosa maligna y oscura, invisible a todos, desconocida por todos menos Shaithis; sin embargo, aquella criatura había hecho posible la conquista de la Tierra de las Estrellas. Shaithis no se sentía en absoluto agradecido, y se limitaba a mirar ceñudo; porque de repente se le ocurrió que aquel aliado secreto y sin rostro —su invisible espíritu protector— era el verdadero amo de todo aquello y que él no era más que un testaferro, cosa que lo irritó sobremanera y le avinagró la victoria. Porque él era wamphyri y necesitaba de un territorio y ni en aquel mundo ni en ningún otro había sitio suficiente para dos jefes militares.

Como galvanizado por una extraña frustración, Shaithis se puso en pie repentinamente. Sus esclavos postrados y sus lugartenientes vigilantes, que estaban arrodillados, se levantaron con él (aunque todos ellos, amos y esbirros por igual, se encogieron al descubrir la severidad de su mirada), y cuatro guerreros pequeños cubiertos por armaduras que despedían leves destellos sisearon asustados ante semejante despliegue de movimiento, aunque se mantuvieron en sus posiciones en los extremos más apartados del gran salón.

A los pies de Shaithis, lady Karen se alejó de su amo. Su mirada escarlata parecía en cierto modo adoradora (era una mujer traicionera como de costumbre), pero sobre todo temerosa; la apartó de una patada y se acercó a grandes zancadas a las ventanas de altos arcos. Allá fuera, en los niveles aéreos, pululaban colonias enteras de murciélagos *Desmodus,* de piel color humo, como si fueran nubes de diminutos y nerviosos pájaros que volaban junto a los gigantescos guerreros de Shaithis; además, una fila tras otra de bestias voladoras con forma de manta, ataviadas con arreos decorativos, aparecieron en el cielo, conducidas por los lugartenientes y los jinetes esclavos de alto rango, sentados orgullosamente sobre las sillas de montar que llevaban grabado el sello con el guantelete de Shaithis. Era un despliegue aéreo de su fuerza después de la mas grande de las victorias.

Shaithis contempló la exhibición durante un momento, con los brazos en jarras y la cabeza bien erguida; observó el desfile de su flota aérea como un general que pasara revista a las tropas. Después, volvió los ojos carmesíes hacia el oeste para posarlos en el jardín del Habitante o, mejor aún, en los altos lomos de las grises colinas donde el jardín había florecido. Ah, pero eso había sido ayer, y ahora...

Se alzaban unas llamas y un humo negro subía hacia el cielo, y la parte inferior de las nubes que tocaban los picos se teñía de rojo por efecto del infierno que ardía debajo de ellas. ¡Shaithis lo había instado a materializarse y se había vuelto real! El jardín ardía y sus defensores estaban... ¿muertos?

No, no todos. Todavía no.

—Traédmelos aquí —ordenó el vampiro dormido a nadie en particular—. Ya me encargaré de ellos... ahora mismo.

Media docena de lugartenientes se apresuraron a obedecer y al cabo de nada un par de prisioneros fueron conducidos en presencia de Shaithis. A su lado aparecían empequeñecidos. No era para menos, porque él era el lord de los wamphyri, albergaba un vampiro en su cuerpo y su cerebro, mientras que sus cautivos eran meramente humanos. ¿O no? Porque había en su porte algo desafiante que podía considerarse quizá como un rasgo... ¿wamphyri? Cuando Shaithis les vio los ojos, supo la asombrosa verdad.

¡Ah! ¡Como venganza no estaría nada mal! Para un vampiro no hay nada más delicioso que atormentar, torturar y absorber los fluidos vitales de otro o de otros de su especie.

—Habitante —dijo Shaithis con un tono amenazante tan suave que parecía un susurro—. Ven, Habitante, quítate la máscara dorada. Porque ahora te conozco, aunque debería haberte conocido desde el principio. Ah, pero tu «magia» me había engañado, del mismo modo que nos había engañado a todos. ¿Magia? ¡Ja! No existe tal cosa..., ¡sólo el verdadero arte del gran vampiro! Porque ¿quién si no un maestro de los poderes wamphyri se habría atrevido a iniciar él solo una guerra contra todos los grandes lores existentes? ¿Quién si no el más astuto (ah, *astuto* vampiro) pudo haber ganado semejante guerra?

El Habitante no respondió, se limitó a quedarse allí, de pie, envuelto en sus túnicas sueltas y cubierto por la máscara dorada, tras la cual ardían los ojos rojos. Y Shaithis, al creer que veía el miedo reflejado en aquellos ojos semiocultos, lanzó una sonrisa sombría. Ah, sí, porque hubiera o no miedo en aquellos ojos, sabía que pronto el terror se reflejaría en ellos.

En cuanto al otro prisionero, Shaithis jamás lo olvidaría. Porque no sólo era un morador del infierno, sino el padre del Habitante, que había luchado codo con codo junto a su hijo en la devastadora batalla por la posesión del jardín, cuando los wamphyri habían sido aplastados como un montón de mosquitos y eliminados de los cielos de la Tierra de las Estrellas. Más aún, cuando la lucha hubo concluido, y los grandes nidos de águilas de los wamphyri habían sido arrasados (todos menos el de la ramera Karen), Shaithis había visto a ese prisionero que tenía delante junto con aquella «lady» en aquellos mismos aposentos: los aposentos privados de Karen, porque entonces habían sido privados, de modo que Shaithis se había preguntado: *¿Serán amantes*?

Tal vez habían sido amantes o tal vez no. También cabía la posibilidad de que simplemente se hubieran aliado contra Shaithis y su ejército de lores wamphyri, y que como recompensa por su contribución a derrotarlos, habían dejado en pie su nido de águilas; aunque no le había servido de nada, porque llegado el momento había ido a parar a manos de Shaithis, como todos los demás. Suponía que fuera como fuese, aquello tenía poca importancia, aunque por un motivo nada claro sentía la necesidad de saber si aquel morador del infierno había conocido a Karen, si había estado dentro de ella. Pues bien, era una cuestión que resolvería con bastante facilidad.

Karen se tumbó junto al trono de hueso donde él la había dejado y le ordenó:

—Karen, acércate a mí. —La mujer hizo un ademán de ponerse en pie, pero Shaithis se apresuró a añadir—: ¡Ven arrastrándote!

Obedeció; su cuerpo voluptuoso y bañado en aceite brilló bajo la luz de las antorchas; sólo cubrían su figura brazaletes y anillos de oro, un cuerpo que el

vampiro que llevaba dentro había vuelto irresistible. El tupido y ensortijado vello púbico brilló con reflejos cobrizos; las manchas de sus areolas y sus pezones puntiagudos destacaban oscuras como morados en la blancura bamboleante de sus pechos; a pesar de que se había rebajado a acercarse del modo indigno en que Shaithis le había ordenado, su hermosa esbeltez no se vio en modo alguno mermada.

Cuando estuvo cerca de él, Shaithis se inclinó rápidamente y aferró con una mano un puñado de sus cabellos rojizos, tiró de ellos con fuerza y la obligó a ponerse en pie. La mujer no dijo palabra, no protestó, pero el Habitante se inclinó un poco hacia adelante —extraña actitud o postura, como un perro que hiciera equilibrios sobre las patas traseras— y Shaithis creyó haber oído un gruñido quedo tras la máscara. ¿Había despertado tal vez las pasiones del Habitante? De ser así, ¿qué reacción habría provocado en su padre, morador del infierno?

Sujetó a Karen en posición vertical, de modo que ésta se apoyaba de puntillas, dejando ver las uñas pintadas de rojo. Shaithis apartó entonces la mirada del Habitante y contempló los ojos extraños y tristes de su ridículo padre. Inclinó la enorme cabeza con aire inquisitivo y dijo:

—De modo que tú eres el morador del infierno que tantos problemas me ha causado en el jardín, ¿eh? Pues bien, hombrecito, tengo la impresión de que tanto tú como tu hijo tuvisteis suerte en esa ocasión, y que si sois lo mejor que pueden enviarnos los del otro lado de la Puerta esférica, ¡ya ha llegado entonces la hora de que los wamphyri entremos en las Tierras del Infierno y les enseñemos de qué somos capaces! Aunque he de admitir que hay algo que no logro explicarme. ¿Una criatura como tú, pequeña, blanda, canija, con las partes carnosas de un muchacho virgen quiere hacerme creer que ha penetrado esto? —Enroscó con más fuerza los cabellos de Karen en su puño y la alzó más alto, hasta que la mujer se vio obligada a bailar de puntillas—. ¿Y que has vivido para jactarte de ello? —La carcajada despreciativa de Shaithis crepitó como un hierro candente entre las ascuas.

El morador del infierno se puso rígido y sus ojos escarlata se abrieron más; crispó la comisura de los labios; su carne pálida adquirió mayor palidez. Pero encontró fuerzas para contener la fría furia que la burla de Shaithis le había provocado momentáneamente. Por fin, con voz calmada y en un susurro, contestó:

—Has de creer lo que te plazca. Yo ni confirmo ni niego nada.

¡Cuanta negatividad! Shaithis tomó aquello como muestra de la impotencia del morador del infierno. Porque si Karen y él habían sido amantes, sin duda se habría deleitado en jactarse de que él la había usado primero y la había desechado, costumbre habitual entre los wamphyri; ¡de haber cometido semejante insolencia, Shaithis le habría arrancado las entrañas con instrumentos afilados y ante su mirada viva habría alimentado a un guerrero con sus intestinos humeantes! Pero se sintiera o no impotente, todavía no había contestado la pregunta del lord vampiro.

—Muy bien —dijo Shaithis, y se encogió de hombros—. Entonces voy a suponer que ella no significa nada para ti. Porque si creyera lo contrario, te cortaría los párpados para que no pudieras cerrar los ojos, y te colgaría de cadenas de plata en las paredes de mi alcoba, donde no te quedaría más remedio que observar hasta la última de las intrincadas acrobacias de nuestros acoplamientos..., ¡hasta que ella muriera de extenuación!

En el instante mismo en que expresaba su amenaza oyó:

¡No lo hagas!

La advertencia sonó como un gong en la mente de Shaithis y de inmediato reconoció su procedencia. Miró furioso hacia el otro lado del salón, donde estaba la

Cosa de Negra Capucha, comprobó que en el interior de la capucha, que antes había sido negro e impenetrable como el granito, se veían unas órbitas color azufre y los puntitos escarlata de unos ojos, que sin parpadear le enviaban a su mente aquel mensaje de fuego.

¡No los provoques demasiado! ¡Los tengo hechizados y he suprimido sus poderes, pero acicatearlos es como encajar estacas afiladas debajo de las escamas de un guerrero! Los vuelve inestables, los galvaniza y se debilita el control que ejerzo sobre ellos.

Shaithis contestó:

¡Pero están abatidos, conquistados, apaleados como perros! Nadie mejor que tú para saberlo; porque eres tú quien tiene sus mentes en tus manos como si fueran uvas, para pelarlas o aplastarlas a tu antojo. Y así de sujetos tengo yo a los guerreros que aquí ves, y a mis muchos lugartenientes y esclavos. Así como a mis criaturas de afuera que pueblan el viento nocturno. Ahora te ruego que me digas, ¿qué debo temer?

Sólo tu codicia, hijo mío, y tu orgullo, respondió el otro. *¿Has dicho «tus» guerreros, lugartenientes y esclavos? ¿Tuyos y no nuestros? ¿Es que no tengo nada que ver en tu triunfo? Fuimos dos, Shaithis, ¿lo recuerdas? Sin embargo, hablas de ti cuando sólo podías estar refiriéndote a nosotros. Evidentemente se trata de un* lapsus linguae. *Ah, pero hay que tener en cuenta que los wamphyri tienen la lengua bífida, ¿no?*

Shaithis siseó su respuesta:

¿Qué quieres de mí?

Sólo quiero que no seas tan orgulloso, respondió la Cosa de Negra Capucha. *Porque yo también, en mis tiempos, fui orgulloso y descubrí que el orgullo desaparece antes de una caída.*

Era el colmo. ¿Pedirle a un vampiro que no fuera orgulloso? ¿Contener las emociones impetuosas y aumentadas de un ser como Shaithis? ¡Pero él era un wamphyri! Dirigiéndose a la Cosa de Negra Capucha, le manifestó:

He prometido matar a Karen de un modo determinado, con mis propias manos y en mi propia cama. Mi triunfo no será completo hasta que ello ocurra del modo más parecido a como lo deseo. Además, el Habitante y su padre han sido enemigos mortales y tengo la intención de destruirlos.

¡Entonces destrúyelos!, exclamó el otro con los ojos ardientes, como si estuvieran envueltos en llamas. *Mátalos ahora, pero no los tortures. Porque si los azuzas demasiado...*

¿Sí?

... Creo que ni siquiera ellos mismos son conscientes de su propia fuerza, de sus poderes.

Shaithis se mostró asombrado.

¿Su fuerza? ¿Pero es que no ves que son débiles? ¿Sus poderes? ¡Es evidente que son impotentes! Lo son y pienso probarlo.

Soltó el pelo de Karen y la mujer se desplomó a sus pies. En sus sueños, Shaithis se dirigía otra vez a sus cautivos, que durante la conversación mantenida con la Cosa de Negra Capucha habían quedado inmóviles en un segundo plano, sujetos por unos esclavos vampiros.

—Hubo una época —dijo a los dos prisioneros— en la que la perra de Karen traicionó a su legítimo señor, es decir, a quien os habla, así como a todos los wamphyri. ¿Qué digo traicionarnos? ¡Su traición nos llevó al borde de la destrucción!

Fue entonces cuando juré que si los tiempos y las suertes cambiaban, introduciría un tubo en su corazón palpitante y le chuparía la sangre sorbo a sorbo. También juré que mientras le fuera absorbiendo los jugos, la llenaría con mi carne. Un doble éxtasis para una señora de lo más indigna. ¡Lo he jurado y así será! —Y mirando a sus lugartenientes dijo—: Traedme mi lecho de sábanas de negra seda y la paja fina de oro que encontraréis sobre mi almohada.

Seis esclavos forzudos transportaron el lecho de Shaithis; un lugarteniente servil le presentó un pequeño cojín de seda en el que había un delgado tubito de oro, cuya boquilla en forma de embudo reflejaba el resplandor despedido por la luz de las antorchas. Shaithis cogió la paja, se quitó la túnica e hizo una seña a Karen para que se dirigiera al lecho. Cuando avanzó para reunirse con ella volvió a oír el gruñido profundo que surgía de la garganta del Habitante, y Shaithis volvió a notar que su contrincante adoptaba la extraña postura inclinada hacia él, como si se tratara de una amenaza inefable.

El lord vampiro se detuvo un instante, inclinó la cabeza de un modo burlón e inquisitivo y lanzó una sonrisa absolutamente inhumana antes de sentarse sobre el lecho junto a Karen, que parecía como hechizada. La mujer estaba tumbada, paralizada, con los ojos escarlata fijos en Shaithis; su respiración era ligera y palpitante y se le formaban unas brillantes gotas de sudor en la frente en señal de morbosa expectación. Shaithis le cogió el pecho izquierdo, lo levantó y examinó la pálida caja torácica, luego deslizó la punta afilada de su paja de oro entre dos costillas y la empujó hacia el centro palpitante de su cuerpo.

Cuando alrededor del tubo, en el punto de entrada, se formó una burbuja de sangre roja, la lujuria vampírica de Shaithis le provocó una fortísima erección. Soltó el tubo parcialmente introducido y con una de sus manazas aferró el interior del muslo derecho de Karen y lo apretó con fuerza para indicarle que debía abrirse de piernas...

Fue entonces cuando notó el primer rechazo de su voluntad —y la resistencia de otros que reforzaban su determinación— y de pronto percibió que convergían en un mismo punto unas fuerzas antes insospechadas. La Cosa de Negra Capucha también lo presintió y gritó en la mente de Shaithis: *¡Te lo advertí!,* pero demasiado tarde, porque el sueño de fantasías del lord vampiro se había convertido en la más tremenda de las pesadillas.

Por tercera vez, Shaithis oyó el inconfundible gruñido *animal* del Habitante y le lanzó una mirada asombrada, a tiempo para ver cómo se liberaba de los guardias que lo tenían firmemente sujeto, levantaba la mano y se arrancaba la máscara dorada del rostro. Pero... fuera lo que fuese lo que Shaithis esperaba ver, no estaba allí, debajo de la máscara; en cuanto a la cara que sí vio, no se parecía a nada que fuera siquiera remotamente humano. Erizada y con las orejas gachas, se parecía a la cara de un enorme lobo gris, ¡aunque sus ojos inyectados en sangre eran los de un wamphyri!

Su hocico arrugado y tembloroso estaba cubierto de saliva; los dientes afilados como cuchillas de pequeñas guadañas brillaban allí donde el morro húmedo y crispado los dejaba al descubierto; al momento siguiente, la bestia gruñidora (¿era aquél de verdad el Habitante?) se giraba y a dentelladas había acabado con un asombrado guardia. Mientras Shaithis contemplaba todo aquello boquiabierto, las mandíbulas de la cosa se cerraron como una trampa de acero alrededor del brazo de un lugarteniente y se lo cercenaba a la altura del codo. A partir de aquel instante se desencadenó la locura.

Mientras la criatura inmensa y enhiesta completaba la metamorfosis que la

convertiría en un lobo de gris pelambre, sus amplias túnicas se despedazaban como si estuvieran hechas de tela podrida, dejando al descubierto su increíble tamaño. ¡Era un lobo, no cabía duda, pero grande como un hombre corpulento! Los esclavos de Shaithis, que habían sido testigos de la velocidad y la salvaje eficacia del monstruo, retrocedieron apresuradamente. Al precipitar su retirada, el lobo inmenso se puso en cuatro patas, se abalanzó sobre otro lugarteniente y le trituró la cabeza sin esfuerzo alguno.

Entretanto, desde su lecho, el lord vampiro comenzó a darse cuenta de que la corriente de la fortuna había cambiado y que otros cambios radicales e inexplicables se estaban gestando en ese mismo instante. A pesar de ello, decidió volver a su favor al menos una parte de su sueño-fantasía; encerrando a Karen en el círculo de uno de sus musculosos brazos, aferró la paja de oro dispuesta ya para perforarle el corazón. La cogió... y de inmediato apartó la mano temblorosa. En ese momento se iniciaba en Karen una *segunda* metamorfosis, que no fue menos veloz y espantosa que la experimentada por el Habitante cuando se transformó en lobo. ¡Era repugnante!

Las carnes de Karen se despedazaron ante los ojos del lord vampiro como si el tubo de Shaithis la hubiese envenenado y desencadenara en ella un catabolismo corruptivo. Sus brazos se convirtieron en unas varas surcadas de venas amarillas de las que los brazaletes se deslizaron para caer al suelo con sonido metálico; sus ojos escarlata se tiñeron de un tono amarillo enfermizo bajo las espesas pestañas; la piel se le arrugó como una pasa.

—¿Qué? —exclamó con voz ronca Shaithis cuando los labios desfigurados de Karen dibujaron la parodia de una sonrisa para enseñarle la leprosa lengua bífída, unas encías arrugadas y sueltas y unos dientes podridos—. ¿Qué? —No era exactamente una pregunta, pero ella la contestó de todos modos.

—¡Mi lord, aquí me tienes, soy toda tuya! —exclamó, y su voz sonó como un cacareo morboso, al tiempo que tendía la mano para aferrar el miembro menguante de Shaithis.

Presa de una actividad frenética, Shaithis le dio una fuerte palmada a la boquilla del tubo y la enterró en el cuerpo de Karen..., ¡un chorro burbujeante de hediondo pus salió a presión y fue a adherirse a su propia carne estremecida! Con un grito inarticulado se incorporó, tambaleante, señaló la cosa que se disolvía sobre el lecho y ordenó:

—¡Destruidla! ¡Sacadla ahora mismo! ¡Al pozo de inmundicias!

Pero nadie parecía prestarle atención. Los lugartenientes de Shaithis y otros esclavos estaban confundidos; la faceta de lobo del Habitante causaba entre ellos los mismos estragos que un zorro en un gallinero; en cuanto al padre del Habitante, aquel morador del infierno..., el lord vampiro no podía creer lo que veía.

Los dos corpulentos aspirantes a wamphyri que habían arrastrado hasta el salón a aquel hombrecito retraído se habían convertido en un montón de jirones de carne ardiente que encharcaba las lajas del suelo con su icor. Y el mago (¡sí, porque no cabía duda de que aquello era magia!) que los había quemado se asomaba a la ventana y contemplaba con sus ojos devastadores los cielos nocturnos de la Tierra de las Estrellas y la llanura plagada de ruinas. Porque allí donde su mirada se posaba y se recreaba, surgían nuevas ruinas, y por todo el cielo, en medio de la creciente oscuridad del ocaso, las hordas de Nuevos Wamphyri de Shaithis estallaban hechas jirones de fuego y dejaban caer sus desechos sobre las columnas destrozadas de sus antiguos antepasados.

Presa de la frustración, Shaithis se vio nuevamente despojado y con el

guantelete colgado de la cadera. Sabía qué había que hacer, y que él era el único que estaba a la altura del Habitante y su padre; enfundó su mano en el arma letal y, siguiendo la tradición de los antiguos wamphyri, se abalanzó sobre ellos para cortarlos en pedazos. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo no eran más que de carne y hueso, igual que los enormes osos polares de las Tierras Heladas. Y como sabía muy bien el lord vampiro, la carne siempre es débil. Hasta la carne de los wamphyri es débil en determinadas circunstancias.

La Cosa de Negra Capucha oyó sus pensamientos caóticos y sanguinarios y dejó que su voz se oyera en la mente de Shaithis:

¡Iluso! Pero Shaithis no lo escuchó.

Cayó primero sobre el morador del infierno y agitó el guantelete..., pero éste quedó inmovilizado en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido. Shaithis comprendió entonces que el tiempo no había hecho más que extenderse y que su monstruoso guantelete recorría la distancia que los separaba con una lentitud enloquecedora. El padre del Habitante lo vio venir y sus extraños ojos tristes se volvieron (pero, ay, con cuánta lentitud) para posarse ardientes sobre la cara de Shaithis. Los ojos escarlata de su hijo, el inmenso lobo renegado, también se posaron sobre Shaithis desde el aire, donde aquella criatura babosa flotaba en la cúspide de su salto.

Siguiendo la costumbre de los wamphyri, los dos monstruos le hablaron a Shaithis en su mente turbulenta y sanguinaria; no fueron los únicos en hacerlo, porque la Cosa de Negra Capucha también le dijo lo mismo:

Nos has destruido a todos. Tu ambición, tu pasión, tu orgullo.

¡Morid!, contestó Shaithis, y poco a poco su guantelete fue a chocar contra la cabeza del morador del infierno y muy despacio destrozó su brillante interior.

¡Sí, brillante! ¡Brillante y enceguecedor y mortal como el centro del mismo sol! La cabeza del mago no contenía ni sangre, ni huesos, ni un cerebro gris y carnoso..., sólo fuego dorado. Como el ardiente y calcinante fuego nuclear del sol.

¡Era el mismo sol en perpetua expansión que surgía de la destrucción del morador del infierno para abarcarlo y destruirlo todo!

Shaithis se despertó sobresaltado, sintió el hielo contra la piel y por un momento pensó que se trataba del fuego dorado y abrasador. Lanzó un grito y un millar de frágiles carámbanos se astillaron y cayeron tintineando del techo fantástico del castillo de hielo. En un abrir y cerrar de ojos, el lord vampiro se dio cuenta de dónde se encontraba y recordó lo que hacía allí; la pesadilla fue remitiendo y la realidad se cernió sobre él de modo que poco a poco empezó a respirar con más calma y el corazón recuperó su ritmo normal. Y entonces...

Exploró la vastedad helada del castillo de hielo, vio las siluetas oscuras de Fess Ferenc y Arkis Leprafilius en sus nichos y descubrió que el primero también se había despertado. Desde el otro extremo de la bóveda envuelta en hielo, el Ferenc le devolvió la mirada.

—¿Soñabas, Shaithis? —gritó; el eco de sus palabras reverberó en el aire amargo de aquel lugar—. ¿Un presagio, quizás? Has gritado y me ha parecido que tenías miedo.

Shaithis se preguntó si habría conseguido contener su sueño, como hacía con sus pensamientos ocultos, o si Fess le habría «escuchado». Detestaba que lo espiaran, y mucho más que se metieran en su subconsciente, en cuya oscuridad almacenaba las simientes de sus ambiciones —en realidad, sus intenciones—, a la espera de que llegara el momento de la germinación.

—¿Un presagio? —contestó al fin, ocultando su persistente confusión—. No lo creo. No he recibido ningún presagio, Fess. No ha sido más que un sueño placentero con carne de mujer y sangre dulce de Viajeros. *¡Soñé que lady Karen se pudría en mi lecho y que la raza wamphyri era aniquilada por el estallido solar de una mente extranjera!*

—¡Ah! —gruñó el otro—. Yo soñé con hielo. Soñé que me congelaba en una tumba helada y que un ser desconocido se abría paso derritiendo el hielo para acercarse a mí.

—Tanto mejor, pues, que mi grito de placer te haya despertado —dijo Shaithis.

—Sí, pero demasiado pronto —protestó el Ferenc—. Arkis sigue dormido. En esto sí que es sabio. Procuremos dormitar una hora o dos antes de levantarnos y seguir camino.

Shaithis estuvo de acuerdo; agradecido de que el gigante no le hubiera leído la mente, volvió a acomodarse y cerró un ojo...

Y Shaithis volvió a soñar. Pero en esta ocasión supo con mayor certeza que en la anterior que se trataba de algo más que un sueño corriente. Se encontraba con un ser llamado Shaitan el Caído, al que reconoció de inmediato como la Cosa de Negra Capucha que había sido su siniestro espíritu protector —¿quizás, incluso, su alter ego?— en su pesadilla de venganza frustrada.

Percibió a la Cosa como una sombra entre otras menores, en el interior de una caverna de roca negra, sin que nada delatara su presencia salvo el fulgor rojizo de sus ojos, que flotaban en el interior de unas luminosas órbitas amarillentas. Era incapaz de decir qué hacía él, Shaithis, en un lugar como aquél, pero presentía que había sido llamado. Sí, eso era, no se encontraba allí por su propia voluntad sino porque aquel ser enigmático lo había convocado.

Y como si le confirmaran ese pensamiento, oyó que la Cosa de Negra Capucha le decía con una voz más profunda y sombría y quizá más engañosa que ninguna que Shaithis hubiera escuchado hasta entonces:

—Shaithis, hijo mío, por fin me has contestado. Resulta difícil llegar a ti, hijo mío, superar esa ingeniosa pantalla deflectora con la que te rodeas, de lo contrario te habría conocido y mandado venir aquí mucho antes.

Los ojos y la conciencia wamphyri de Shaithis se habían acostumbrado a la oscuridad de aquel lugar. Veía y sentía mejor que nunca: como un gato en la noche o un *Desmodus* en pleno vuelo. La oscuridad no era un impedimento; en realidad, no hacía más que confirmar su primera deducción instintiva de que se encontraba en una cámara natural, en las profundidades del volcán apagado. Lo cual indicaba que Shaitan era el señor de aquellas regiones subterráneas.

Era tal la proximidad de aquel ser que leyó sus pensamientos como si se tratara de una frase enunciada en alta voz.

—Pues, claro, lo he sido desde..., desde hace mucho, mucho tiempo —le dijo Shaitan.

Shaithis escudriñó atentamente la sombra de ojos carmesíes que era Shaitan. Resultaba extraño, pero a pesar de sus sentidos ampliados por el vampiro sólo alcanzaba a distinguir la silueta del otro. Pero no era por él; sus sentidos no estaban mermados; Shaitan debía de proteger su físico de la misma manera que Shaithis protegía sus pensamientos. Pero... ¿Shaitan el Caído? ¿Era posible que una criatura viviera tanto tiempo? Decidió que sí debía serlo, porque ahí estaba él en presencia de aquel ser.

—Esto no es sólo un sueño —dijo Shaithis al fin, mientras sacudía la cabeza—. Siento tu presencia y sé que eres real, el mismo Shaitan que a Kehrl Lugoz le inspiraba y le inspira un terror mortal, el antiguo ser surgido de los primeros anales de la leyenda wamphyri. Te desterraron aquí en la prehistoria y sigues viviendo aquí.

—Es cierto —respondió el otro, y la oscuridad donde se encontraba se agitó como si acabara de encogerse de hombros despreocupadamente—. ¡Soy ese mismo Shaitan, al que llamaban el Nonato, que fue y es tu antepasado inmemorial!

—¡Ah! —exclamó Shaithis cuando comprendió la verdad—. Somos de la misma sangre.

—Así es, y resulta obvio. Te destacas del resto como un meteoro que se desplaza veloz entre las estrellas inmóviles, del mismo modo que destacaba yo en aquellos lejanos tiempos, cuando caí a la Tierra.

Y nuestras ambiciones son las mismas, sí, y nuestra inteligencia. Yo soy tus orígenes, Shaithis, y tu futuro. Y tú representas el mío.

—¿Nuestros futuros están ligados?

—De modo inextricable.

—¿Fuera de esas Tierras Heladas, quieres decir? ¿En lugares más civilizados?

—En la Tierra de las Estrellas y en mundos que se encuentran más allá de ella.

—¿Cómo? —Shaithis se mostró sorprendido, porque percibía algo que le recordaba su primer sueño—. ¿Mundos que se encuentran más allá de la Tierra de las Estrellas? ¿Te refieres a las Tierras del Infierno?

—Para empezar.

—¿Y conoces esos lugares?

—Hace mucho habité en un lugar así. Pero eso fue antes de que me cayera, o de que me lanzaran, a la Tierra.

—¿Y te acuerdas?

—¡No me acuerdo de nada! —gruñó la Cosa de Negra Capucha, adelantándose un poco; su movimiento tenía un no sé qué, como si su mismo fluir estuviera dotado de inteligencia, de una viscosidad sensitiva que obligó a Shaithis a dar un paso atrás—. Cuando me echaron de allí me robaron la memoria.

—¿No recuerdas lo que hiciste, ni quién eras ni cómo eras?

La Cosa volvió a acercarse más y Shaithis retrocedió, aunque no demasiado, por temor a salirse de su propio sueño.

—Sólo recuerdo mi nombre y que estaba lleno de vanidad y de orgullo y que era hermoso —respondió Shaitan, con lo que evocó otros ecos del primer sueño—. Pero de eso hace mucho tiempo, hijo mío, y con el tiempo, todo cambia. Yo también he cambiado.

—¿Cambiado? —Shaithis se esforzó por comprender—. ¿Ya no eres vanidoso ni orgulloso? Pero hasta el menos importante de los wamphyri conoce esos vicios y disfruta de ellos. Y siempre lo hará.

Shaitan sacudió despacio la cabeza encapuchada; Shaithis lo adivinó por el movimiento de sus ojos carmesíes dentro de las órbitas amarillas, las únicas partes de la criatura visibles a través de la trama del oscuro e impenetrable escudo mental.

—¡Ya no soy hermoso! —exclamó.

—Pero a todos nos ocurre igual —replicó Shaithis—. Sabemos que no somos hermosos y lo aceptamos. Además, ¿qué tiene que ver la belleza con el poder? ¡Vaya, si algunos de nosotros incluso fomentamos nuestra fealdad como prueba de nuestra fuerza! —Sin quererlo pensó en Volse Pinescu.

Shaitan captó la imagen de su mente.

—Sí, qué feo era ése. Pero él lo quería así. Yo no. Por más que los wamphyri sean feos física y mentalmente, comparados con él son hermosos. —Y volvió a acercarse por tercera vez.

Shaithis no se movió, pero acercó la mano al guantelete. Era un sueño, no cabía duda, pero él no había perdido del todo el control.

—¿Deseas hacerme daño? —le preguntó.

—Al contrario —respondió Shaitan—, juntos hemos de recorrer un largo camino. Pero el arte que practico se está desgastando. Sería mejor que me conocieras como soy.

—Entonces déjate ver.

—Me estaba preparando —replicó Shaitan—. En realidad, te preparaba a ti.

—¡Ya basta! Estoy preparado.

—¡Sea, pues! —dijo su antepasado, y relajó su voluntad hipnótica.

La visión que recibió Shaithis hizo que se despertara por segunda vez, como si el volcán apagado hubiera hecho erupción debajo de sus pies. Se incorporó en el nicho de hielo con un grito horrorizado, los ojos como platos, deslumbrado por la luminosidad del castillo después de la oscuridad del sueño que había tenido en el corazón del cono; sintió en su negro corazón un frío mucho mayor que el que le había producido lo que la Cosa de Negra Capucha le había dejado ver, un frío que superaba la mera sensación física. Dado que el sueño había sido algo más que un sueño corriente, en realidad, una visitación, no se desvaneció en el limbo subconsciente de la oscuridad sino que se mantuvo grabado a fuego en su mente como los sellos en los estandartes y pendones ondeantes de un nido de águilas.

Shaithis, un monstruo en todos los sentidos, no era una criatura fácilmente impresionable. Por lo que a los wamphyri concernía, el «miedo» y el «horror» eran conceptos más o menos muertos, erradicados y reemplazados por la ira. El cuerpo de un vampiro rara vez producía adrenalina para fomentar o posibilitar el vuelo, sino más bien para desencadenar sus pasiones animales de modo que pudiera incorporarse y luchar con brutalidad y ánimo sanguinario. Durante los siglos que duró su soberanía, los vampiros de la Tierra de las Estrellas desarrollaron hasta tal punto la conciencia de ser superiores que entre todas las criaturas del mundo eran, a todas luces, la especie dominante. Del mismo modo que en su propio mundo el hombre era la especie dominante.

No había que olvidar, sin embargo, el hecho de que Shaithis había sido en otro tiempo un hombre corriente, un Viajero vampirizado al que Shaidar Shaigispawn había rebautizado para convertirlo en el jefe de sus lugartenientes, o en su «hijo», y entregarle su huevo, y como hombre que había sido sabía lo que era el miedo. Lo recordaba incluso después de quinientos años, si bien únicamente en sus sueños. Pues por más monstruoso que pueda volverse un hombre, las cosas que lo aterrorizaron de joven continuarán infundiéndole miedo en sus sueños.

Lo que más asustaba a Shaithis tras los primeros días de su secuestro de la Tierra del Sol —de eso hacía ya quinientos años, y antes de que lord Shaidar regurgitara su huevo escarlata y se lo introdujera en la garganta para cambiarlo para siempre— eran las monstruosas *anomalías* del nido de águilas de Shaidar: las criaturas cartilaginosas, las bestias gaseosas, los inconcebibles seres chupadores, las inmensas tinas de los niveles inferiores de la columna en las que los trogs y los Viajeros se convertían en bestias voladoras o guerreros, o en las facetas más extrañas de los experimentos con híbridos que realizaba Shaidar. Porque el lord vampiro se

había deleitado enseñándole a Shaithis (por entonces un joven y aún inocente Viajero) sus creaciones más espeluznantes, y torturaba su mente con la amenaza velada de que algún día él también quizá podía convertirse en una bestia voladora de cabeza de diamante, o en un guerrero de escamas blindadas o en un fláccido y carnoso chupador.

Las anormalidades y distorsiones morbosas como aquéllas habían sido las precursoras de las peores pesadillas de Shaithis durante los primeros días de su aprendizaje como wamphyri. Pero con el tiempo, a medida que avanzaba en su ascenso a la sala del trono del nido de águilas, esos temores habían ido mermando hasta desaparecer, dominados por el vampiro que llevaba dentro y que lo incitaba a convertirse en un hacedor de monstruos por derecho propio, arte en el que finalmente llegó a descollar. Sus bestias voladoras eran las de gracia más rara; sus guerreros, feroces hasta el límite de lo indecible, y sus demás creaciones y experimentos..., variados. Recordaba aquellas cosas y el espanto que le producían durante sus sueños de juventud. Pero ni en la más vívida de aquellas pesadillas su memoria no había logrado rescatar *nada* que llegara a semejarse siquiera a la que la Cosa de Negra Capucha le había mostrado.

Shaitan se había tachado de «feo», pero hay fealdades y fealdades. En cuanto al hibridismo...

Shaithis proyectó en su mente la Cosa que se le había revelado cuando su antepasado dejó caer el escudo hipnótico para que lo viera tal como era: una abominación que ni siquiera la mente wamphyri más perversa y enloquecida hubiera podido imaginar, una abominación a la que la realidad hacía aún peor. Era un... ¿qué? ¿Una babosa o una sanguijuela del tamaño de un hombre, arrugada, negra y brillante, con motas verdegrisáceas, que se mantenía erguida como un hombre? Un vampiro, sí, pero un vampiro que se desarrollara de un huevo en el interior de un hombre o de una mujer y que hubiera crecido hasta superar todas las proporciones imaginables; Shaithis no pudo evitar preguntarse: *Pero si esto creció dentro de un hombre, ¿qué ocurrió entonces con su huésped?*

Después, la imagen grotesca, vaga, de la Cosa (vaga, sencillamente, de puro obscena) quedó grabada a fuego en su mente y así pudo percatarse de sus más mínimos detalles, pero fue tal el espanto que tuvo que despertarse.

La Cosa (no, no debía pensar en ella como una «cosa» solamente, sino también como Shaitan, su antepasado) tenía miembros de goma, algunos de los cuales acababan en tentáculos succionadores. Sin embargo, había otros que no, que sólo estaban dotados de vestigios de partes humanas y de otros animales: manos momificadas y arrugadas, rudimentos de pies, incluso brillantes garras óseas. Fueron esas partes y la cara plana y compuesta de Shaitan, en una cabeza aplanada como la de una cobra, lo que más repugnó a Shaithis e hizo resurgir su fobia largo tiempo olvidada.

Sabía que el hibridismo que veía allí no era producto de las cubas experimentales de un lord wamphyri, sino obra de la naturaleza; o tal vez de la desnaturalizada tenacidad de los vampiros, su determinación de aferrarse a la vida por más desesperadas que fueran las circunstancias, pasando por triunfos y ordalías a lo largo de incontables siglos. Sí, porque lord Shaitan se había hecho *demasiado antiguo* para albergar la carne humana mortal, y su cuerpo original se había consumido para ser reemplazado casi en su totalidad por el organismo metamórfico de su vampiro, que en realidad era él mismo.

¿Feo? El resultado era horrendo; al menos así se lo parecía a Shaithis en su

sueño, porque representaba el compendio de todas las pesadillas que había tenido durante su aprendizaje.

Se enteró del destino de Shaitan, de su aislamiento en aquella tierra helada —de su evolución, no, de su involución de hombre vampiro o wamphyri a vampiro en estado puro—, porque lo había visto escrito en la vasta inteligencia, en el odio y la maldad extrema de los ojos escarlata de aquella babosa que lo habían mirado sin parpadear bajo su capucha de cobra. No era el odio desbocado e insensato visto con frecuencia en los ojos ardientes de un guerrero, ni la mirada vacía y sin párpados de una mastodóntica bestia voladora, ni tampoco la mirada lacrimosa e insulsa de un chupador. Era una *inteligencia* malvada de tal calibre que Shaithis supo de inmediato que aquella cosa no era un experimento morboso sino una verdadera mutación.

Supo también con renovada certeza que aquél era Shaitan el Nonato, llamado el Caído. Porque de todas las leyendas wamphyri había una que prevalecía universalmente: Shaitan había sido el más malvado entre todos los hombres y todas las criaturas y su maldad llegaba hasta lo más profundo de su ser...

Capítulo seis

Oscura alianza

Shaithis había bajado la guardia mental; y mientras salía del sueño su mente fue accesible. Había alguien allí, una presencia oscura que deseaba aprovecharse de su confusión. Era Shaitan, por supuesto; si bien estaba lejos, su «voz» gorjeante y venenosa resultaba inconfundible.

¿Malvado? ¿Dices que fui malvado? No, fui agraviado. ¡Agraviado por los wamphyri, mi propia especie! Porque era más fuerte que ellos y me temían. ¿Y tú, hijo de mis hijos? ¿También me temes? Mira cómo te despiertas sobresaltado para apartarte de mí, como si yo fuera la MUERTE que ha venido a buscarte y no tu salvación.

Shaithis estuvo a punto de cerrar su mente..., pero vaciló. Su repulsivo antepasado era el amo del volcán apagado, ¿no? ¿Qué daño podía causar desde allí? Aquello podía muy bien ser la oportunidad perfecta para enterarse de más cosas sobre él sin alertar a los otros de su presencia.

Shaitan captó todos aquellos pensamientos directamente de la mente de Shaithis y lanzó una monstruosa risita ahogada.

Sí, murmuró, *no sería nada conveniente dejar que se enteraran de nuestro secreto. Se enterarán cuando sea demasiado tarde. Al menos, demasiado tarde para ellos.*

Shaithis se tumbó, entrecerró los ojos y paseó la mirada por la brillante vastedad del hueco corazón del castillo de hielo hasta encontrar las siluetas acurrucadas y dormidas de Fess Ferenc y Arkis Leprafilius. Exploró con su conciencia wamphyri y tocó las débiles barreras mentales que habían erigido para proteger sus mentes dormidas y comprobó que en efecto estaban dormidos. Después contestó a la oscura inteligencia que había declarado ser su antepasado:

Creo que te prefiero así, Shaitan, al aire libre, por decirlo de alguna manera, y no envuelto en sueños. Pero fuiste muy hábil al superar mis escudos de ese modo. Los que se llamaban mis «pares» entre los wamphyri jamás lo lograron.

No eran de tu misma sangre, contestó de inmediato Shaitan. *¿O debería decir que no eran de mi sangre? Nuestras mentes se entrelazan como las de hermanos gemelos, Shaithis. Es una señal de que eres un genuino hijo de mis hijos, de manera que es como si fuéramos uno solo. Estábamos destinados a ser uno y a triunfar a pesar de todas las adversidades, a conseguir victorias que escapan a toda imaginación.*

Así es, asintió Shaithis, admirado, *en éste y en otros mundos, como tú has dicho. Creo que sería interesante saber más sobre todo eso. En realidad me gustaría enormemente recuperar la Tierra de las Estrellas de los enemigos extranjeros que moran allí ahora y vengarme de ellos. Revélame tus pensamientos. Porque has insinuado que tenemos un largo camino por recorrer juntos. ¿Has planeado nuestros primeros pasos por ese camino? ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? Tus leyendas son infames incluso entre los wamphyri, que no se caracterizan precisamente por ser*

rectos de comportamiento.

Otra vez la odiosa risita ahogada de Shaitan.

Hijo mío, te fiarás de mí porque no te queda más remedio, porque sin mí estás aquí enterrado, y yo me fiaré de ti por el mismo motivo. Pero si te hace falta una prueba de mi buena fe, ¿acaso no has visto ya suficiente? ¿Quién crees que te envió sus pequeños murciélagos albinos para que te calentaran los huesos cansados mientras dormías?¿Y quién se libró de uno de tus enemigos que no guardaba para ti más que malas intenciones, por no decir algo peor?

¿Un enemigo? Mentalmente, Shaithis hizo un gesto contrariado. *¿Quién era ese enemigo?*

¿Cómo? Shaitan parecía sorprendido. *¡Lo sabes bien! Hablo del abominable pustulento, de aquel que gustaba adornarse con forúnculos y era compañero del Ferenc. ¡Vaya, si no paraba de incitar al grotesco gigante para que fuera a buscarte y acabara contigo!*

Shaithis asintió.

Era típico de Volse, qué duda cabe. Nunca gocé de su predilección. Ni él de la mía. Monstruoso payaso: ¡si sus quistes hubieran sido sesos nos habría superado a todos juntos! De modo que fue tu bestia quien lo mató, ¿eh?

Por supuesto, repuso la voz mental de Shaitan, con tono más profundo y sombrío. *¿Acaso piensas que no podría matarte a ti también? Ah, hijo mío, sí que podría..., pero no lo haré.* En un instante su tono volvió a tornarse leve. *No, porque presiento que nos irá bien juntos. Y dado que ya te he demostrado mi buena voluntad de muchas maneras, te tocará a ti pasar a la próxima fase.*

¿Fase?¿Qué fase?, preguntó Shaithis, frunciendo el entrecejo.

La fase del plan, le explicó Shaitan. *¿O pretendes que yo lo haga todo para quedarte después con el mérito?*

Explícate.

No hay nada que explicar. Tú sigue según tu propio plan —tal como lo has pensado— y con eso bastará. En pocas palabras, tráemelos a mí, hijo mío, para que pueda encargarme de ellos a mi manera.

¿A Fess y al hijo del leproso? ¿Vas a matarlos? ¿Y después tal vez también a mí? ¿No será mejor que siga aliado a ellos contra ti? Dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Al cabo de una larga pausa Shaitan respondió:

¿Diablo? Es una palabra que no me gusta nada. No sé por qué, pero no me gusta. Te advierto que no vuelvas a utilizar ese término conmigo, ni siquiera de manera indirecta.

Shaithis se encogió de hombros y replicó:

Como quieras.

Antes de que pudiera añadir nada más, Shaitan siseó:

Ya despiertan el rechoncho y el gigante. Será mejor que me marche para no comprometerte. ¡Tráelos hasta mí, Shaithis! De ello dependen muchas cosas.

En un abrir y cerrar de ojos, la mente de Shaithis quedó libre de interferencias exteriores. Justo a tiempo.

—¿Shaithis? —La voz cavernosa del Ferenc retumbó en el aire frío—. Siento que estás despierto. ¡Ah! Es la mala conciencia que te inquieta. Tendrás que enmendarte. —Y rió a carcajadas. El castillo de hielo se estremeció y dejó caer una cascada de carámbanos de variados tamaños que, a su vez, despertaron a Arkis.

El hijo del leproso se sentó mientras se rascaba la cabeza.

—¿A qué viene tanto ruido? —quiso saber.

—Es hora de que nos levantemos —respondió Shaithis—. Basta ya de demoras. Prepararemos el desayuno, que por cierto será bien escaso, y luego nos pondremos en camino. Sea lo que sea lo que albergue este volcán, será nuestro plato fuerte. Y nos quedaremos además con todos sus bienes.

—Grandes planes, Shaithis —le contestó el otro—. Pero antes hemos de burlar a la pálida bestia sanguinaria que vive en la caverna.

—Esta vez somos tres —dijo Shaithis—, y hombre prevenido vale por dos. Además, Fess conoce la guarida de la bestia. La evitaremos y buscaremos otro modo de entrar.

El Ferenc masticó la carne fría y bajó al suelo del vestíbulo.

—Yo ya estoy preparado. Un hombre no puede vivir eternamente, ni siquiera un lord de los wamphyri, al menos yo no he visto ninguno, y que me condenen si voy a morir de aburrimiento o encerrado en el hielo con el terror permanente de que algo me encuentre y me saque.

¿Ah, sí? Shaithis mantuvo ocultos sus pensamientos. *¿No vivir eternamente? Bueno, quizá no,.., pero casi, si es que puedo guiarme por Shaitan. ¿No sería el descubrir los secretos de la longevidad del antiguo motivo suficiente para unirme a él? Más que suficiente.*

En cuanto a Arkis y el Ferenc, Shaithis sabía que tarde o temprano se vería obligado a enfrentarse a ellos, de manera que ¿para qué demorar la cuestión? Tanto mejor si Shaitan deseaba meter baza.

Con estos pensamientos y otros parecidos en la mente, aunque siempre ocultos, sobre todo si eran de ese tipo, Shaithis se unió a los otros dos que se preparaban para abandonar el castillo de hielo. Poco después, los tres iniciaron la larga y lenta escalada de la pendiente que los conduciría al lugar donde el cono central se alzaba a una altura de cuatrocientos cincuenta metros. La torre de roca volcánica los esperaba como un negro gigante acuclillado, sombría bajo un dosel de frías estrellas y el serpenteante fuego de la aurora...

Los diminutos murciélagos albinos de Shaitan los acompañaban, casi invisibles en medio del fulgor de la nieve y el hielo, formando un séquito cuyos miembros iban y venían para informar a su amo inmemorial. De aquella manera, se mantenía al corriente del avance de los tres y se sintió satisfecho al comprobar que seguían una ruta de lo más apropiada, una ruta que los conduciría directamente hacia una de sus innumerables trampas humanas. Una emboscada, salvo que en esa ocasión no habría matanzas.

No, había cosas mejores que hacer con hombres como Fess Ferenc y Arkis Leprafilius que matarlos. Con carne wamphyri buena y fuerte como la suya. Además, tenían dentro sus vampiros, ¿no? Igual que Volse Pinescu llevaba el suyo... ¡Ah, pero *aquél* había sido un placer!

No cabía duda de que Volse era monstruoso por fuera, con tantos forúnculos, granos, pólipos y demás excrecencias; pero un par de centímetros por debajo de su piel plagada de pústulas había una masa de tejidos grasos, buenos, fuertes, carne suculenta sujeta a la estructura ósea como en cualquier otro hombre. La única diferencia radicaba en el hecho de que era wamphyri, por lo tanto, llevaba mucho más que cualquier otro hombre, pues en lo más profundo de su ser había también un vampiro. De manera que después de que el engullidor de Shaitan le chupó toda la sangre y transportó su destrozada envoltura hasta su amo...

Qué delicia infinita despedazar el pálido cuerpo de Volse y buscar en su interior la sanguijuela, el vampiro viviente que se movía con tanta inteligencia que había logrado esquivar la sonda sifón del chupador, aunque no pudo esquivar a Shaitan, que finalmente decapitó a la criatura y sorbió sus fluidos nectarinos, para después recoger su huevo resbaladizo y guardarlo en un pote sumergido en un puré hecho con los sesos de Volse, como tentempié para más tarde. ¡Ah, sí..., porque para los wamphyri, ésa es la esencia de un sibarítico festín!

Pero Shaitan no había terminado con su víctima. Porque los extractos de la carne de Volse (que estaba infectada de metamorfosis vampírica y, por lo tanto, no había muerto por completo) le resultarían útiles en sus experimentos: la creación de criaturas híbridas como el engullidor y otros prácticos inventos; con tal fin, los restos «vivientes» de Volse, una vez éste despellejado, desangrado, destripado y decapitado, fueron convenientemente almacenados junto con otros restos para que Shaitan pudiera utilizarlos en el futuro.

Igual que serían almacenados los restos del gigante Ferenc y el rechoncho Arkis Leprafilius, si todo salía según lo planeado. En cuanto a Shaithis..., bueno, hay planes y planes.

Shaithis era de su misma sangre, y de todos los wamphyri que habían existido era el más hermoso. Evidentemente, no era una hermosura que encajara en los cánones humanos, sino en los de Shaitan. Hermoso, fuerte, rebosante de vida. ¡Ah, pero la sangre es la vida! Y cuando Shaitan daba rienda suelta a estos pensamientos, igual que su astuto descendiente, procuraba ocultarlos.

Entretanto, sus diminutos albinos continuaban dándole parte del avance del trío; al cabo de nada advirtió que se habían desviado ligeramente del sendero, por lo que había que volver a encauzarlos. Para ello antes debía ponerse en contacto con Shaithis, que en ese momento había ascendido ya hasta la mitad de los acantilados de lava volcánica solidificada, en dirección a la cara occidental del cono. Los otros dos se hallaban a tiro de piedra, concentrados en la tarea que tenían entre manos.

Shaitan apuntó un potente y fino haz de pensamientos hacia la mente de Shaithis, con el que ya estaba un poco más familiarizado:

Hijo de mis hijos, le dijo, *os habéis desviado un poco. Has de corregir tu ruta.*

Shaithis se sobresaltó, pero consiguió controlar de inmediato el aleteo agitado de sus pensamientos. Aunque Fess Ferenc logró captar algo.

—¿Qué? —gritó Fess desde la otra pared del precipicio de roca desnuda—. ¿Te has alarmado por algo, Shaithis?

—He resbalado en una mancha de hielo —mintió Shaithis—. Estamos a mucha altura. Si me hubiera caído..., me preparaba para la metamorfosis.

El Ferenc asintió desde donde estaba.

—Nos debilitamos. En otros tiempos me hubiera recreado adoptando una forma aérea y lanzándome a volar desde estas alturas. Ahora, un esfuerzo así me dejaría agotado. Hemos de ir con tiento.

Shaithis ya podía contestar a su antepasado, pero debía hacerlo con sumo cuidado, concentrando todas sus fuerzas para que sus transmisiones telepáticas no fueran captadas por los otros. Con tal fin se afirmó en una pequeña cornisa antes de replicar:

Casi me delatas, Shaitan. ¿Por qué dices que nos desviamos del camino? ¿Y cómo puedo corregirlo? Dime también qué debo esperar. No deseo acabar con el corazón perforado y desangrado como Volse Pinescu.

¡Estúpido!, siseó el otro. *Creí que ya habíamos hablado de eso y que estaba todo*

claro. Si te quisiera muerto, ya te habría eliminado. Ahora mismo podría enviar una criatura para que os lanzara a los tres por ese precipicio. Tal vez lograras volar, tal vez no. En cualquier caso, quedarías sin fuerzas. Y mis criaturas te encontrarían para acabar contigo. Pero te necesito, Shaithis, nos necesitamos, y por eso vivirás. En cuanto a los otros dos, no deseo lastimarlos. ¡Los quiero enteros! ¿No te das cuenta qué par de estupendos guerreros podríamos hacer con Arkis y el Ferenc?

Las palabras de Shaitan sonaban tan ominosas que debían decir la verdad. No se habría atrevido a jactarse de poseer esa superioridad si no hubiera sido capaz de cumplirlo. En realidad se trataba de un ultimátum: decídete, únete a mí ahora o afronta las consecuencias.

Muy bien, respondió Shaithis, *trabajamos juntos. Dime qué debo hacer.*

Sin pausa alguna, Shaitan le explicó:

El hijo del leproso se desvía demasiado hacia el este y se aleja de ti en diagonal. En su camino se encuentra una caverna de lava sin guardias que conduce directamente a mis aposentos, en el corazón del volcán. Si Arkis descubriera la entrada de esa cueva, mi posición peligraría y me vería obligado a efectuar cambios rápidos y radicales en mis planes.

¿Una entrada sin guardias? Vaya descuido de tu parte.

Mis recursos no son ilimitados. Basta de hablar. Debes hacer que los otros, sobre todo Arkis, vuelvan a reunirse contigo.

Muy bien, convino Shaithis. Se dirigió a los otros y gritó:

—Arkis, Fess, nos hemos separado demasiado..., percibo un problema hacia el este.

Arkis buscó el refugio de un nicho de lava y comenzó a explorar a su alrededor.

—¿Un problema? —profirió, colérico—. ¿Cerca de aquí, dices? ¡Ja! No percibo nada. —Pero su voz estaba llena de tensión y sus pensamientos divagaban.

El Ferenc, que se encontraba quince metros más próximo a Shaithis, comenzó a acercarse a él.

—Hay algo que me ha importunado todo el trayecto —dijo—. He tenido mis sospechas. Tienes razón, Shaithis, así distanciados resulta fácil arrancarnos de la roca.

—¡Pero yo no veo ni siento nada! —volvió a protestar Arkis, como quien silba en la oscuridad.

Con tono despectivo, Shaithis gritó:

—¿Quieres decir que tu conciencia wamphyri es más fuerte que las nuestras combinadas? Pongámosla a prueba, pues. Haz lo que te plazca. Sé dueño de tu propio destino. Al menos te lo hemos advertido.

Con eso bastó; Arkis empezó a escalar más hacia la izquierda, siguiendo una trayectoria que iba a converger con la de los otros. Justo a tiempo, porque desde su posición, a la derecha y un poco más arriba de Arkis, Shaithis había descubierto por fin la oscura sombra de una cueva. De no haberle pedido que modificara el rumbo, el hijo del leproso ya la habría encontrado.

A la mente de Shaithis volvieron a fluir los oscuros pensamientos de su antepasado.

¡Bien! El problema no era insoluble, pero el camino más fácil es siempre el mejor.

¿Y ahora qué?, le preguntó Shaithis.

Encima de ti hay una amplia cornisa formada por un cono anterior, respondió Shaitan. *Cuando llegues a ella, sigue hacia la izquierda, es decir, hacia el oeste. No tardarás en cruzar otra caverna de lava, no te detengas allí. La siguiente entrada*

parece una simple grieta formada al enfriarse la roca, pero ésa será la ruta por la que entraréis al volcán. Pero tú habrás de colocarte en la retaguardia. ¿He sido claro?

Shaithis se estremeció, tal vez debido al intensísimo frío que comenzaba a calarle hasta los huesos de wamphyri, pero sobre todo por lo que significaba aquello. Los pensamientos, al igual que las palabras, suelen prestarse a diversas interpretaciones, y él, sin duda, había detectado el «tono» ominoso de la insinuante voz mental de Shaitan. Sabía que en lo más profundo, los pensamientos de Shaitan no contaban con un sistema de drenaje. Resultaba curioso ser wamphyri y experimentar un cierto pavor ante la maldad implícita en las intrigas ajenas.

Shaitan, contestó al fin con sumo cuidado, *deposito en ti mi confianza. Al parecer, mi futuro se encuentra ahora en tus manos.*

Y el mío en las tuyas, replicó el otro. *Sigue ocultando tus pensamientos y concéntrate en la escalada.* Y volvió a marcharse.

Shaithis se cuestionó otra vez lo acertado de aquella oscura alianza. En verdad, no parecía tener mucho de acertado; era más que nada una cuestión de instinto y, evidentemente, de necesidad. Pero las ventajas estaban del lado de Shaitan. Aquél era su territorio y lo conocía bien y, además, no carecía de recursos. A Shaithis sólo le quedaba esperar que los planes que el antiguo tenía guardados para el Ferenc y Arkis Leprafilius no lo incluyeran a él. Al menos de momento.

Eso le decía su instinto wamphyri, que rara vez le había fallado. Pero siempre hay una primera vez. Y una última...

Evitó hacer morbosas conjeturas y procuró buscar presagios más halagüeños. Contaba siempre con su sueño: aquel primer sueño que había tenido en el que aparecía el nido de águilas de lady Karen, al que había regresado después de una fabulosa conquista en la Tierra de las Estrellas y de destruir el jardín del Habitante. Tenía la sensación de que, al igual que todos los sueños, aquél contenía un presagio. Pero existía una antigua máxima wamphyri según la cual los hombres jamás debían leer el futuro al pie de la letra, porque hacerlo significaba tentar al destino. De todos modos, el sueño había concluido en medio del desastre y la ruina, aunque al menos dejaba entrever que existía un futuro. Aunque difícilmente podía adivinarse de qué tipo.

—Una cornisa —gruñó Fess Ferenc y, arrastrándose, se adelantó a Shaithis.

Cuando la cara de Shaithis asomó por el borde de la cornisa, el gigante le tendió una manaza agarrotada; Shaithis la miró durante largo rato y después la aferró. El Ferenc lo levantó sin esfuerzo y lo depositó sobre la superficie plana.

—La última vez que tuviste una ocasión así me derribaste —le recordó Shaithis.

—¡La última vez ibas a coger tu guantelete! —contestó el gigante.

Arkis subió y se reunió con ellos.

—¡Tú y tus premoniciones! —refunfuñó—. Insisto en que no percibí nada malo. Además, me parece que había dado con una cueva. Podía tratarse de un túnel.

—¿Ah, sí? —dijo Shaithis—. ¿Tú qué crees, sería una cueva vacía o contendría quizás a uno de los hocicos de espada que describió Fess?

—¿No lo habría percibido acaso? —inquirió Arkis, ceñudo.

—Volse no lo percibió. Ni yo tampoco —replicó Fess Ferenc; y se volvió hacia Shaithis y le preguntó—: ¿Y ahora qué hacemos?

Shaithis entrecerró los ojos escarlata, fingió husmear el aire con su hocico chato y retorcido y respondió:

—La zona de la derecha sigue pareciéndome peligrosa. Voto porque sigamos por esta cornisa hacia la izquierda y que salgamos de la zona sospechosa. Veremos

adonde conduce. Al menos nos permitirá descansar después de tanta escalada.

El Ferenc hizo un gesto afirmativo con su grotesca cabeza y dijo:

—Por mí, de acuerdo. Pero esto es bastante humillante, ¿no?

Comenzaron a recorrer la cornisa y Arkis preguntó:

—¿Por qué es humillante?

—Fíjate bien en nosotros —replicó el Ferenc, y se encogió de hombros—. Tres lores o, más bien, tres ex lores wamphyri, despojados de casi todos nuestros poderes, que como niños asustados nos disponemos a explorar nuevas regiones en un grupo apretujado. ¡Y, para colmo, temerosos de lo que pueda saltarnos encima!

—¿Temerosos? —repitió Arkis, dándose bombo—. ¡Habla por ti mismo!

El Ferenc suspiró y dijo, simplemente:

—No olvides que yo vi a la cosa que traspasó al Gran Forúnculo.

En ese momento todo se tornó más oscuro y los tres se detuvieron a mirarse con aire indeciso, aprensivo. Una fina capa de nubes cubría las cimas más altas del cono. Comenzaron a caer los primeros copos de nieve y a cubrir la cornisa.

Arkis examinó el cielo y manifestó en voz alta sus pensamientos:

—¿Una nube? ¿Y se ha formado aquí, así, de repente? ¿No será una niebla vampírica?

—Es evidente —contestó el Ferenc—. Quienquiera que habite aquí, ha percibido nuestra llegada y pretende dificultarnos las cosas. Oscurece su guarida y nos pone obstáculos en el camino.

—Lo cual significa que vamos por buen camino —añadió Shaithis. Siguió andando por la cornisa y los otros lo siguieron casi automáticamente.

—¡Ah! —gruñó Arkis—. Al menos tus premoniciones son acertadas. Tal vez demasiado. Creo que éste nos lleva ventaja. Lo ve y lo sabe todo mientras nosotros estamos a oscuras. —Lanzó un manotazo a un murciélago blanco que se le había acercado demasiado.

El Ferenc abrió los ojos como platos, sobresaltado, y exclamó atropelladamente:

—¡Sus albinos! ¡*Sus* murciélagos! Debimos haberlo adivinado. Así es como sigue nuestro curso. ¡Estos enanos nos persiguen como pulgas a un lobezno!

Shaithis asintió con aire de entendido y dijo:

—Yo también lo sospechaba. Son sus esbirros, del mismo modo que *Desmodus* y sus pequeños primos negros eran los nuestros allá en la Tierra de las Estrellas. Exploran nuestro paradero y nuestras circunstancias y se lo cuentan luego todo a..., a quienquiera que sea.

Arkis se quedó boquiabierto, lo aferró por el brazo y lo obligó a detenerse.

—¿Sospechabas de estos bichos y no dijiste nada?

—Una sospecha es una sospecha hasta que se convierte en un hecho comprobado —contestó Shaithis, liberándose con rabia de la mano que lo sujetaba—. Lo importante es que lo hemos descubierto y que esto nos permite comprender mejor sus circunstancias.

—¿Comprender sus circunstancias? ¿De qué hablas? ¿A qué te refieres?

—¡A que el amo del cono nos tiene miedo! ¿Murciélagos que le informan de nuestros movimientos; una nevada para impedir nuestro avance; una criatura con hocico de espada cuidando de su colmena, como las abejas soldados de la Tierra del Sol guardan su miel? Ah, nos tiene miedo..., lo cual significa que es vulnerable. —Y para sus adentros: *Buena deducción..., tal vez nos tenga miedo de verdad. Aun así, seguiré con él. Al menos tenemos algo en común: nuestra inteligencia.*

De inmediato sonó como un gorjeo en la mente de Shaithis:

Y nuestra sangre, hijo mío. ¡No te olvides de nuestra sangre!

Rápidamente, el Ferenc le espetó:

—¿Qué? —Giró la enorme cabeza en dirección a Shaithis; sus ojos centelleaban bajo las pobladas cejas negras—. ¿Qué ha sido eso? ¿Has dicho... o has pensado algo, Shaithis?

Shaithis disimuló su pánico fingiendo una afable inocencia.

—¿Eh? ¿Que si he dicho o pensado algo? ¿Qué te pasa, Fess? —Mientras el Ferenc y Arkis exploraban nerviosamente los alrededores, lanzó un pensamiento protegido por un triple escudo: *Es la segunda vez que has estado a punto de descubrirme, Shaitan. ¿Crees que esto es un juego? ¡Si llegan a sospechar siquiera lo que me propongo, estoy acabado!*

—¿A mí? A mí no me pasa nada, lo único que quiero es acabar con esto, es todo —respondió el Ferenc, y abandonó su postura de lucha—. ¿Qué dices, seguimos adelante o ya basta por hoy? ¿Es vulnerable el amo del volcán o nosotros lo somos más que él? Esto de escalar en la nieve sin saber qué nos aguarda desgasta los nervios.

Shaitan susurró en la mente de Shaithis:

¡Sigue adelante, tráemelos aquí dentro, tráemelos! Deprisa. El gigante no es ningún tonto. Es sensible y lo hemos subestimado. Tendrás que vigilarlo... muy de cerca.

—He notado que los albinos van y vienen del oeste —comentó Shaithis en tono casual—. Sugiero que no nos apartemos de la cornisa y que veamos adonde conduce.

—¡No! —rugió el Ferenc—. Aquí hay algo que no funciona, estoy seguro.

Shaithis miró primero a él y luego a Arkis.

—¿Quieres que volvamos a bajar? ¿Malgastar todo este tiempo y nuestro esfuerzo? ¿Es que una niebla vampírica envolvente te ha metido el miedo en el cuerpo? ¡Nuestro enemigo no la habría producido si no se hubiera sentido amenazado!

—Estoy de acuerdo con el Ferenc —dijo Arkis.

—Entonces seguiré solo —respondió Shaithis, y se encogió de hombros.

—¿Eh? —El Ferenc lo miró fijamente—. Ten por seguro que irás a tu propia muerte.

—¿Ah, sí? ¿Es éste el lugar donde se llevaron a Volse?

—No, fue del otro lado, pero...

—Entonces me arriesgaré.

—¿Solo? —preguntó Arkis.

—¿Qué es peor, morir ahora o más tarde? Creo que es mejor aquí, trabado en combate, que encerrado en el hielo mientras algo se abre paso hacia mi corazón. —Y, de pronto, como si se le hubiera agotado la paciencia, dirigiéndose a los otros dos, siseó—: ¡No olvidéis que somos tres! Tres «grandes»... ¡ja...! lores wamphyri contra... ¿qué? Un ser desconocido que evidentemente nos teme tanto como nosotros..., como vosotros le teméis a él. —Dicho lo cual se dio media vuelta y se alejó.

—¡Shaithis! —lo llamó el Ferenc, con una mezcla de enfado y admiración.

—Basta ya —le espetó Shaithis por encima del hombro—. He acabado contigo. Si gano, será por mérito propio. ¡Y si pierdo..., al menos moriré como he vivido, como un wamphyri!

Avanzó por la cornisa y sin volverse a mirar atrás percibió que la mirada de los otros dos lo seguían.

—Vamos contigo —decidió por fin el Ferenc, pero Shaithis continuó avanzando.

Después oyó también la voz de Arkis que le gritaba:

—¡Shaithis, espéranos!

No los esperó, apretó el paso y los otros dos tuvieron que correr para alcanzarlo. Seguido de cerca por sus compañeros, enfiló hacia la entrada de la primera cueva que le había indicado Shaitan. Una vez allí, se detuvo, la respiración agitada; sus compañeros vieron la negra entrada de la caverna a la que Shaithis miraba completamente concentrado.

—¿Crees que se entrará por aquí? —preguntó Arkis sin demasiado entusiasmo.

Shaithis exploró con más detenimiento el interior en sombras de la cueva y a continuación reculó con cuidado.

—Es obvio que sí —contestó—. Demasiado obvio quizá... —Se dirigió a Fess y le preguntó—: ¿Qué opinas, Fess? Está claro que el frío clima de estas tierras te ha afinado los sentidos. ¿Es un lugar seguro para entrar o no? Yo creo que no. Tengo la sensación de que en el fondo de la caverna hay algo que se mueve. Percibo una cosa de gran corpulencia y de inteligencia escasa, aunque es muy sigilosa. —Se trataba, por supuesto, de la descripción que el Ferenc le había ofrecido de la bestia con hocico de espada. Y tal como había esperado Shaithis, el gigante se imaginó exactamente lo que él pretendía.

Fess asomó la enorme cabeza hacia el interior de la cueva, lanzó una mirada colérica a sus profundidades y frunció el hocico.

—Sí —gruñó al cabo de un rato—, yo también la percibo, y ésta podría ser una de las entradas, porque el amo del cono ha puesto aquí a una bestia sanguinaria para que la vigile.

—¿O quizá *la* bestia sanguinaria?

—¿Eh? —inquirió Arkis.

—Tal vez sólo tenga una criatura —repuso Shaithis—. De haber tenido dos, se habría llevado a Fess junto con Volse.

—¿Qué importancia tiene eso ahora? —preguntó Fess—. Aunque esté sola, esta cosa es un monstruo. ¿Acaso sugieres que nos enfrentemos a ella? ¡Qué locura! Mataría sin lugar a dudas a uno de nosotros, quizás a dos, incluso a los tres..., o al menos acabaríamos gravemente heridos antes de que la cosa sucumbiera. La vi atacar tres veces en otros tantos segundos y sin fallo alguno, y traspasar a Volse una y otra vez como hacen los Viajeros cuando ensartan peces en sus arpones. ¡Volse ni siquiera se enteró de qué lo atacaba!

—No, no propongo que la ataquemos —aclaró Shaithis—, sino todo lo contrario. Lo que sugiero es que si sólo existe una de esas bestias, y está aquí, entonces hemos de entrar por otro lado.

—¿Qué? —exclamó Arkis, amenazante—. Porque estas entradas y salidas abundan, ¿no?

—Es la impresión que tengo —respondió Shaithis—. El túnel donde eliminaron a Volse. La cueva que te pareció ver allá, en el acantilado de lava. Esta entrada oscura que tenemos ante nosotros. Escuchadme, el amo del cono ha creado una niebla para confundirnos, ¿no es así? Pero no para alejarnos de esta cueva, y menos si es aquí donde ha apostado su hocico de espada. Por lo tanto, por aquí cerca tiene que haber otra entrada. —Hizo un amplio movimiento afirmativo con la cabeza—. Propongo que continuemos por la cornisa, al menos un poco más. Después, si no descubrimos nada, al menos habremos explorado a fondo esta parte de la vertiente.

—Me parece bien —dijo el Ferenc—. Estoy de acuerdo, siempre y cuando no me pidas que entre ahí.

—Entonces prosigamos —gruñó Arkis—. Perdemos el tiempo con tanta charla y conjeturas. —Avanzó el primero y el Ferenc lo siguió. Shaithis se colocó en la retaguardia.

En el cielo, la nube se había deshecho en nieve; la aurora serpenteaba y las estrellas daban un fulgor azulado a la curva helada del horizonte del mundo; Shaithis percibió que sus dos «compañeros» habían concentrado su conciencia vampírica en el terreno que tenían por delante, dejándolo libre para comunicarse con Shaitan. Transmitió un pensamiento fuertemente protegido:

Ya está. ¿Te va bien esta formación? ¿Y por qué nos enviaste esa tormenta de nieve? Creí que estabas ansioso por atraparlos y, sin embargo, pretendes asustarlos.

La respuesta no se hizo esperar:

En primer lugar, la formación nos va bien a los dos. Y en segundo lugar, la nieve sirvió para confundirlos y distraerlos..., sobre todo al gigante. Escúchame bien, voy a describirte el camino que has de seguir a partir de este punto. Pronto llegaréis a un lugar donde la roca está plagada de profundas hendiduras. En una de esas hendiduras la lava ha formado un suelo. Seguid por ese suelo y llegaréis a mi morada en el núcleo central. En cuanto a tus compañeros, ay, se les acaba el tiempo. En realidad, no les queda ni para encontrar el camino que acabo de describirte. Al menos por su propio pie.

La voz mental de Shaitan no tenía nada de jocosa, en ella se percibía únicamente una gélida firmeza. Shaithis no hizo más comentarios; de todas maneras, Arkis, que encabezaba el grupo, se había detenido. Fess se le unió primero, seguido de Shaithis.

Ante ellos, la superficie de la cornisa y la cara casi vertical del acantilado aparecían surcadas por profundas fisuras de casi una zancada de ancho. Arkis miró a los otros y preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Seguir adelante —respondió Shaithis.

Tal vez había respondido con demasiada prontitud, o lo había hecho con un exceso de seguridad, porque el Ferenc se lo quedó mirando largo rato. Finalmente, le dijo:

—El camino parece estar cubierto por un montón de rocas despedazadas. Si encontramos alguna cueva, seguramente se habrá venido abajo.

—No lo sabremos hasta que no lo hayamos visto —respondió Shaithis—. Presiento que estamos muy cerca.

El Ferenc entrecerró los ojos y comentó:

—Según parece no soy el único al que el frío le ha aguzado los sentidos. Está bien, sigamos. Arkis, guíanos tú.

Mascullando de mala gana para sus adentros, el hijo del leproso saltó la primera hendidura, se tambaleó un poco al llegar al otro lado, pero recuperó el equilibrio. Y así fueron avanzando los tres.

Después de pasar media docena de hendiduras similares, Arkis gritó:

—¡Eh! Esta hendidura tiene un suelo firme debajo formado por un río helado de rocas.

—Un antiguo sendero dejado por la lava —comentó Fess, colocándose a su lado.

Shaithis llegó el último y miró el acantilado hendido donde en otros tiempos el flujo de lava había formado una salida.

—Lava del corazón secreto del volcán —dijo—. Es posible que después de todo

hayamos dado con una de las entradas.

El Ferenc se metió debajo del saliente del acantilado, a la sombra de la hendidura.

—Deja que la explore.

Arkis fue tras él y Shaithis ocupó la retaguardia; los tres husmearon el aire y sondearon el camino con sus aguzados sentidos vampíricos. Finalmente, Arkis concluyó:

—¡Yo no percibo nada!

—Yo tampoco —dijo Shaithis, aliviado de que el poco ingenioso Muertehorrenda no hubiese descubierto ningún peligro (cuando él había comprobado que aquel lugar era sumamente amenazador e inhóspito). Pero el Ferenc parecía opinar igual que Shaithis, con la diferencia que él estaba más que dispuesto a manifestarlo en voz alta.

—No me gusta —opinó—, tiene un olor demasiado parecido al que tenía la cueva donde se llevaron a Volse.

—Te has dejado impresionar demasiado por la muerte de Volse —le dijo Shaithis—. Pero tal como hemos comentado antes, hombre prevenido vale por dos. Además, en esta ocasión somos tres. Arkis y yo tenemos nuestros poderosos guanteletes y tú tienes tus fuertes garras. De todas maneras, ya dijimos que la bestia sanguinaria se ocultaba en esa cueva. —Hizo una pausa para volver a husmear el aire de la caverna—. Creo que el amo del cono nos ha preparado algún engaño aquí mismo, ha oscurecido este lugar y dejado olor a muerte. Pero un olor no es más que eso, un olor, y yo huelo el éxito. Voy a entrar —concluyó, mirando alternativamente a Arkis y a Fess.

—Si el llamado «amo del cono» tiene aquí comodidades —dijo Arkis—, entonces voy contigo, Shaithis. ¡Estoy hasta los colmillos de tantas privaciones! No me vendría nada mal un poco de sangre fresca para el estómago y una mujer para mi lecho. ¿Crees que eso que guarda con tanto celo es un harén?

—Nunca he prestado mucha atención a las historias —respondió, encogiéndose de hombros—, pero he oído decir que algunos de los lores desterrados se llevaron a sus concubinas. No sabremos con qué nos encontraremos hasta que lo hayamos descubierto.

—Ah, comodidades —dijo el Ferenc, y se pasó la lengua por los labios—. A mí también me vendrían bien unas pocas. Muy bien, entremos.

Shaithis lo miró ceñudo y replicó:

—¿A qué se debe este cambio? ¿Es que te has convertido en nuestro jefe? Parece ser que te gusta decir la última palabra, Fess Ferenc. «Arkis, guíanos tú.» «Muy bien, entremos.»

—¡Bah! —respondió Fess—. Si nadie tomara una decisión, nos pasaríamos aquí la vida. Venga, dejad que vaya yo delante...

Precisamente lo que Shaithis quería.

Para los lores vampiros, la oscuridad que reinaba en el interior era como la luz del día, porque la preferían a la luz de la aurora y al brillo azul que desprendían las estrellas. El Ferenc avanzó a grandes zancadas por todos los lugares en los que no habían obstáculos, tanteó las paredes allí donde toparon con piedras o donde el techo poco uniforme bajaba demasiado o donde las ampollas de lava habían reventado para formar contornos circulares de bordes afilados, como pequeños cráteres en la superficie arrugada del suelo. Y allí donde se abrían fisuras naturales o agujeros de ventilación que se separaban del camino principal, se apresuraba a seguir el antiguo

flujo de lava.

Arkis se mantenía a unos pasos de distancia del Ferenc, seguido inmediatamente de Shaithis. Mientras avanzaban, aumentaba la sensación opresiva de ominosa expectación, lo cual (al menos para Muertehorrenda y el Ferenc) daba más credibilidad a la «teoría» de Shaithis de que el morador del volcán había rodeado la entrada del camino de lava con un aura maligna para disuadir a los posibles exploradores.

Shaithis se mantenía alerta y ocultaba con celo sus pensamientos; le habría gustado ponerse en contacto con Shaitan, pero no se atrevió, y menos cuando Fess y Arkis sondeaban a fondo con sus mentes aquel lugar oscuro, aguzando la conciencia wamphyri para captar la mínima señal de actividad mental. Se adentraban cada vez más en el corazón de la roca.

Finalmente, el Ferenc los mandó detenerse y, en un susurro, les dijo:

—Debemos de estar más o menos a mitad de camino. Es hora de hacer inventario.

—¿De qué? —gruñó Arkis. Su brusca pregunta sonó como una avalancha; su eco reverberó en lentas olas decrecientes.

—¡Tonto! —volvió a susurrar Fess cuando creyó que podían oírlo—. ¿De qué nos sirve tener sentidos de murciélagos, oler nuestro camino como lobos y mantener nuestras mentes sintonizadas para percibir los pensamientos ajenos si te pones a gritar a la primera oportunidad que se te presenta? ¿Quieres alertar al enemigo de nuestra presencia?

Desconcertado, Arkis respondió en voz baja:

—¡Diablos, si está en casa, seguro que a estas alturas ya sabe que venimos!

—Es posible —intervino Shaithis—, pero de todos modos, será mejor que no hagamos ruido.

—Hemos de hacer inventario —dijo el Ferenc—. Llevar la delantera durante todo este trayecto me ha desgastado la conciencia. Arkis, ocupa mi sitio.

—No hay inconveniente. —El otro tomó la delantera, contento de poder reparar su error de antes. Pero después de haber dado apenas media docena de pasos exclamó—: ¡Alto! ¡Hay algo extraño!

Los tres lo percibieron a la vez: un vacío sensorial, una zona carente de todo tipo de vibraciones, ya fueran buenas o malas, un lugar calmado como un lago subterráneo sin luz. Supieron de inmediato lo que significaba: que aquel sitio había sido esterilizado, porque para ellos incluso la oscuridad y la fría piedra tenían sensaciones. Alguien deseaba que creyeran que allí no había nada, absolutamente nada..., porque en realidad, allí había algo.

A Shaithis se le erizó la piel; supo que los demás debían de experimentar la misma sensación. Arkis, que llevaba la delantera, estaba clavado en su sitio y mascullaba algo ininteligible; pero era demasiado tarde para mascullar nada. Shaithis sintió que la pesada cortina mental se rasgaba deliberadamente y se abría; notó que tras ella se agazapaba el horror dispuesto a saltar por entre los jirones, después percibió una confusa imagen gris que debía de ser el fin de Arkis Leprafilius, llamado Muertehorrenda. ¡Su muerte fue en verdad horrenda!

Habría sido difícil decir de dónde había salido la Cosa —un nicho en la pared, un túnel lateral, un escondite al abrigo de alguna excrecencia de lava— pero salió a una velocidad increíble y atacó con una decisión espeluznante. Era tal como el Ferenc la había descrito. Con manchas blancas y grises, veteada como el mármol, era como si hubiera surgido de repente, como si un peñasco inmenso medio sepultado en el

suelo hubiera cobrado vida para adoptar una forma nueva. Sus patas eran una masa confusa, unas garras rascaron el suelo cuando se retiró ante Arkis; su cabeza de pescado llevaba una lanza de hueso rematada en una punta afilada, equipada de espinas o ganchos en toda su extensión; sus ojos eran como platos, miraban fijamente a su víctima con expresión carente de emociones.

Arkis se había puesto el guantelete y estaba dispuesto a utilizarlo, pero al levantar el brazo, la Cosa lo golpeó con un movimiento tan veloz que le resultó imposible seguirlo. Con la lanza le traspasó el cuello corto y rechoncho, y sus fauces de dientes afilados se cerraron alrededor del brazo en el que llevaba el guantelete. Le cortó el brazo y se lo tragó entero. Al retirarse, la Cosa volvió, le cercenó el cuello y le cortó la tráquea; de inmediato, volvió a arremeter por segunda vez con su lanza y le traspasó el corazón. Arkis se retorció en el aire, espetado en la cuchilla de hueso; sus colmillos chasquearon en el aire y se tiñeron de rojo cuando escupió una bocanada de sangre.

Fess huyó veloz de la escena (Shaithis pensó en echar a correr) con los ojos desorbitados y teñidos de rojo. Estaban encendidos por algo más que el miedo: la rabia. El gigante aferró a Shaithis con una de sus garras y llevó hacia atrás la otra como si fuera un puñado de brillantes guadañas.

—¡Maldito traidor! —rugió—. ¡El huevo de tu padre estaba podrido y sigues llevando dentro su pus!

—¿Qué? —Shaithis se esforzó para que la carne metamórfica de su mano se expandiera en el interior del guantelete—. ¿Estás loco?

—¿Por fiarme de ti? ¡Es posible! —El Ferenc se preparó para golpear a Shaithis, para encajarle un puñetazo en las costillas con su mano cubierta de garras, llegarle hasta el corazón y arrancárselo de cuajo. Pero algo se lo impidió. Algo que había visto detrás de Shaithis.

Shaitan tenía el color y la textura de la lava. El movimiento que había hecho ante la pared de roca lo había delatado, pero lo había hecho expresamente, porque quería que el otro lo viera. Fess lo vio y se quedó boquiabierto. Inspiró una profunda bocanada de aire y se olvidó de golpear a Shaithis, que lo recompensó dejando caer con fuerza el guantelete sobre el costado de su cabeza. Y...

El antepasado inmemorial de Shaithis lo apartó, lo liberó de la mano súbitamente inerte del Ferenc y envolvió al gigante medio atontado en un nido de tentáculos. Con el brazo atado al costado, Fess quedó inerme, aunque de todos modos Shaitan no le dio tiempo a que se recuperara. ¡Con un sonido como de cuero que se rasga, su boca elástica se ensanchó para cerrarse alrededor de la cara y la cabeza del Ferenc!

Shaithis se alejó, tambaleándose, fue a dar contra unos restos de piedra y tropezó. Y, repentinamente impotente —algo impensable en Shaithis—, se desplomó con estrépito sobre el suelo de lava. A un lado, el horrendo engullidor de Shaitan siseaba y babeaba mientras absorbía los últimos fluidos de Arkis; al otro lado, el cuerpo «invencible» de Fess Ferenc palpitaba y vibraba por las heridas que le había producido Shaitan al arrancarle la cabeza.

¡Si el infierno existe, me encuentro ante sus puertas!, pensó Shaithis.

Los ojos de Shaitan desprendían un brillo rojizo desde la oscuridad que formaba su cabeza metamórfica, que en esos momentos continuaba triturando y aplastando. Su respuesta reverberó en la mente confusa de Shaithis:

Sí, una especie de infierno del que nosotros somos los señores. ¡Porque es nuestro infierno, hijo de mis hijos, el que un día nos ha de llevar a la Tierra de las

Estrellas y de allí a otros mundos!

Tercera parte

Capítulo uno

Cazadores y cazados

Al principio, Harry Keogh, necroscopio y pretendido vengador, supuso que no le resultaría demasiado difícil perseguir y atrapar a su presa: un joven camionero que trabajaba para Frigis Express, que además era nigromante, maníaco sexual y enloquecido asesino reincidente de (hasta la fecha) seis jóvenes mujeres. Pero no tardó en caer en la cuenta de que no iba a resultarle tan sencillo como había creído. Frigis contaba con media docena de sucursales por todo el país, que a su vez tenían un número igual de almacenes y centros de congelación y más de doscientos camiones, de los cuales, la mitad se encontraba de viaje durante casi todas las horas del día o de la noche. Por lo tanto, la empresa debía de tener contratados a unos cuantos conductores que encajaran en la vaga descripción con la que Harry contaba (vaga, sí, porque sospechaba que la criatura lujuriosa que le habían mostrado era más producto de una imaginación aterrada que un hombre de carne y hueso). Además, era probable que Frigis contratara personal eventual, y era también posible que el hombre que buscaba Harry hubiera sido contratado en esos términos, pero en alguna parte debería existir al menos una lista del personal fijo. Harry esperaba encontrar esa lista y que el John o «Johnny» que buscaba estuviera en ella.

El tercer miércoles de mayo, a las tres y media de la madrugada, visitó la oficina central de Frigis en Londres para echar un vistazo a los libros de la compañía. Se desplazó mediante el continuo de Möbius, hizo varias paradas en diversas salidas conocidas antes de aparecer en el portal de una tienda de la calle Oxford. A esa hora, el aire, normalmente contaminado, estaba casi limpio de los gases de los escapes de los coches, era incluso vigorizante, y la iluminación pública le daba a la calle un aire irreal. Las hojas grandes de un periódico que alguien había tirado se agitaban letárgicamente cual pájaros lentos transportadas a lo largo de las aceras por las ráfagas de aire.

Las oficinas que Harry buscaba se encontraban justo en frente; el edificio estaba a oscuras; esperaba que no hubiese ningún vigilante que le complicara las cosas. No lo había.

Entró en el edificio valiéndose del continuo de Möbius y dejó que sus crecientes instintos vampíricos lo guiaran hasta la planta correcta y hasta la oficina del archivo. Para el necroscopio, las puertas cerradas con llave no representaban problema alguno, pues utilizaba los números para invocar puertas propias que surgían de la nada. En dos ocasiones, impulsado por la costumbre, estuvo a punto de encender las luces, pero se dio cuenta de que ya no las necesitaba; y en una ocasión, se encontró ante un espejo largo que lo asombró y lo fascinó al mismo tiempo con la imagen de un hombre de rostro enjuto y ojos luminosos teñidos de rojo. Sabía ya que el cambio se había iniciado en él, pero sólo entonces cayó en la cuenta de la velocidad a la que se verificaba ese cambio. Sintió una serie de emociones encontradas y de extraños anhelos provocadas por la noche y el misterio, el merodear por lugares desconocidos, como si estuviera buscando una presa. Eso era precisamente lo que hacía. Pero hay

presas y presas...

La oficina del archivo estaba sucia y desordenada y olía a café fuerte y a humo rancio de cigarrillos. Se encontró con un sistema antiguo de archivos y con que estaban todos abiertos para que los inspeccionara. Dio enseguida con una lista de los gerentes de sucursales y almacenes, pero ninguna información sobre el personal subalterno. Lo que sí encontró fue una lista con las direcciones y números de teléfono de todas las sucursales de Frigis Express y se la guardó en el bolsillo. Con eso ahorraría algo de tiempo. Pero eso fue todo y distaba mucho de satisfacerlo.

Malhumorado, Harry se puso a pensar sobre cuál sería su siguiente paso: quizá comenzar por el principio de la lista de sucursales e ir bajando. De pronto se dio cuenta de que se preguntaba si Trevor Jordan no estaría ya despierto. Le vendría bien una taza de café, un poco de compañía y una conversación amigable, alguien con quien estar, si bien por poco tiempo, aunque sólo fuera para deshacerse de esa extraña sensación que lo invadía.

No era probable que Jordan estuviese despierto, pero por si acaso Harry le envió un mensaje telepático y lo encontró rápidamente.

¿Harry? La voz inconfundible de Jordan vibró en la mente de Harry con la misma claridad que si le hubiera susurrado al oído. *¿Eres tú?*

Según Harry, la telepatía se parecía al necrolenguaje; sin embargo, era algo muy diferente. Había utilizado algo parecido en una ocasión anterior —una especie de necrolenguaje invertido—, pero de eso hacía ya unos cuantos años, en su época incorpórea, y también había sido muy distinto. Por lo tanto, la telepatía le resultaba algo nuevo. Aun así, le daba la impresión de que era más..., ¿más natural? Bien, suponía que *era* más natural. Comparado con lo otro, cualquier cosa era más natural. Pero la telepatía era algo así como una conversación telefónica, incluso existía el siseo y el crepitar de la «estática» psíquica; mientras que el necrolenguaje era como el silbido fantasmal del viento en un cañón desierto y yermo iluminado por la luz de la luna llena. En pocas palabras, era la diferencia que existía entre hablar de mente a mente con personas vivas y mantener una conversación metafísica con los muertos.

Jordan se mostraba cauto, inseguro de la identidad de Harry e incluso renuente a revelar la propia. El necroscopio no tenía idea del motivo. Frunció el entrecejo y preguntó:

¿Quién iba a ser si no, Trevor?

Al oír su voz, Jordan lo reconoció de inmediato. Pero el suspiro de su mente (¿de alivio, quizá?) previno a Harry de que algo no funcionaba. Igual que lo que dijo a continuación:

Harry, ¿conoces mi vieja casa de Barnet? Estoy ahí. Pero no sé por cuánto tiempo. Me gustaría salir de aquí. No quiero explicártelo ahora —puede incluso que no fuera seguro—, ¿crees que podrías venir? ¿Ahora mismo, por ejemplo?

¿Qué problema hay? Harry tenía todos los sentidos alerta y percibía la incertidumbre de Jordan.

No lo sé, Harry. Vine a Londres para ver si podía averiguar algo para ti, pero me he sentido bloqueado casi desde el principio. Vine para vigilar a los de la Sección PES, ¡pero, diablos..., no pensé que habría alguien vigilándome a mí!

¿En estos momentos?

Sí, en estos momentos.

Voy para allá, dijo Harry.

El aire registró una pequeña implosión en el espacio vacío por donde Harry cruzó una puerta de Möbius; la corriente agitó los papeles de un archivo que había

dejado abierto. Pero antes de que dejaran de agitarse los papeles Harry ya había rastreado los pensamientos de Jordan hasta llegar a Barnet.

Emergió en silencio ante la habitación del telépata resucitado; el mirador de la habitación, que estaba en el primer piso, daba a un callejón adoquinado sin salida, cerrado por el muro de un parque, donde se veía la silueta móvil de los árboles. El cuarto estaba en penumbras y Jordan se encontraba asomado a la ventana del mirador; a través de una abertura en las cortinas espiaba la calle, que brillaba con el apagado fulgor amarillo de la luz de una farola. Harry buscó el interruptor de la pared y encendió la luz; Jordan siseó, se encogió, giró y quedó frente a él. Empuñaba un revólver.

—Tranquilo —le dijo el necroscopio—. Soy yo.

Jordan inspiró profundamente y se dejó caer en una silla. Hizo un ademán para indicarle a Harry que se sentara.

—Es que tienes una forma de llegar y de irte...

—Me has invitado —le recordó Harry.

—¡Aquí me tienes, hecho un manojo de nervios, vigilando la calle, y de pronto la luz se enciende así como así!

—No lo hice expresamente; en fin, sí —replicó Harry—. Si hubiera hablado, te habrías girado y me habrías visto. Y no sé qué te habría sorprendido más, si la luz que se enciende de repente o ver mis ojos en la oscuridad.

—¿Tus ojos?

Harry hizo una mueca y asintió.

—Son más rojos que el fuego, Trevor. Y ahora ya nada puede detener el proceso. Lo que llevo dentro es fuerte.

—Pero ¿todavía te queda un poco de tiempo?

—No sé cuánto —respondió Harry, y se encogió de hombros—. El suficiente como para hacer una última cosa, espero, y después me marcharé. —Finalmente tomó asiento—. ¿Te importaría guardar el revólver y contarme qué piensas?

Jordan miró el revólver que empuñaba como si se hubiera olvidado de que lo tenía en la mano. Lanzó un bufido y lo guardó en la cartuchera.

—Estoy con el alma en un hilo, me siento como un ratón vigilado por un gato.

—¿Te vigilan? —Harry no sabía hacia dónde dirigir sus pensamientos para comprobarlo. Había sido diferente buscar a Jordan, porque sabía lo que buscaba; igual le había pasado con Paxton. Pero buscar a alguien a quien no estaba acostumbrado..., alguien desconocido..., era un ejercicio que todavía no dominaba—. ¿Estás seguro?

Jordan se puso en pie, apagó la luz, volvió a acercarse a las cortinas y respondió:

—Nunca he estado más seguro. Él o ellos están ahí fuera en este mismo momento, no muy lejos, y me están sondeando. Y si no me están sondeando, me están oscureciendo. Me bloquean. No logro percibir qué hay tras ellos. No dejo de pensar que se trata de la Sección PES, ¿pero cómo diablos se habrán enterado de que he vuelto? ¿De que estoy vivo? —Se apartó de las cortinas, miró hacia el interior de la habitación y al ver el rostro extraño de Harry dijo—: Ya comprendo a qué te refieres.

Harry, que era una silueta alta y oscura, cuyos ojos le daban a su cara el aspecto de una máscara infernal, asintió. Pero tenía otras cosas por las que preocuparse aparte del fulgor sangriento de sus ojos.

—¿Qué se siente cuando alguien te vigila y te bloquea la mente?

—Me sentía vigilado con Paxton; pero el bloqueo es una interferencia mental.

Como una pantalla de estática.

—No caí en la cuenta de que Paxton me vigilaba hasta que tú me lo confirmaste, porque, hasta ese momento, era una idea vaga. Como una comezón. En cuanto a la interferencia mental...

—Está bien —lo interrumpió Jordan—. Te daré un ejemplo. Intenta dirigir tus pensamientos a mí.

Harry lo hizo y se encontró con un muro de zumbidos e interferencias. De no haber sabido que era Jordan, no se hubiera enterado de lo que ocurría.

—Si te encuentras con algo así, sabrás que hay alguien que interfiere con tu mente —le explicó—. Deliberadamente. Lo sé porque tengo práctica. Cuando los PES rusos cubrían el *château* Bronnitsy, era así todo el tiempo. Tratábamos de superar la barrera y, cuando lo lográbamos, ahí estaban ellos intentando conectar con nuestras mentes. —Lanzó otra mirada penetrante a Harry—. Por cierto, se ha de hacer todo el tiempo, Harry, salvo cuando quieres leerle el pensamiento a alguien o cuando quieres que te lean el tuyo. Pero contigo es diferente, en ti es algo permanente que se vuelve cada vez más fuerte. No es estática, sino otra cosa, y te sale de forma natural. Tan natural que ni siquiera te habías dado cuenta, ¿verdad? Quizás el término «natural» no sea el adecuado. Lo tuyo es..., bueno, en la Sección PES lo llamábamos niebla mental.

—He pensado en ello —comentó el necroscopio—. Porque es una forma segura de delatarte. A estas alturas los PES de Darcy ya deben saber lo que soy. ¡Y si no, debería despedirlos a todos! Parece ser que el poder que Wellesley me dio resultará redundante... o tal vez no. —Después de reflexionar un instante, añadió—: No, sin duda no. Lo de Wellesley es como una manta que lo cubre todo, no hace que mi mente sea ilegible, sino que la deja completamente en blanco. La característica vampírica es sólo una niebla mental, como tú has dicho. Pero ¿cómo es posible que Paxton no descubriera antes lo que me estaba pasando? ¿Cómo lograría comunicarse conmigo?

—Es que entonces era muy incipiente —le contestó Jordan—. Tu vampiro no había alcanzado un desarrollo pleno. Y todavía no lo ha alcanzado, pero digamos que ha llegado a un nivel que me ha impedido llegar a ti. Hace dos días que trato de comunicarme contigo, lo he intentado al menos en seis ocasiones, pero sólo lo logré cuando tú quisiste. Ah, y hay algo más. Has mencionado a Darcy Clarke, ¿no? Bueno...

Se interrumpió de repente y levantó una mano a manera de advertencia.

—¡Espera! —Al cabo de un instante añadió—: ¿Has notado eso?

Harry sacudió la cabeza.

—Una sonda —dijo Jordan—. Alguien intenta meterse en mi cabeza. En cuanto me relajo, ahí están...

Harry se acercó a Jordan y a las amplias ventanas curvadas, pero se mantuvo entre las sombras.

—Me comentaste que tenías pensado salir de aquí. ¿Qué quisiste decir?

—Sólo que no sé qué piensan ellos —repuso el otro—. Sé que los de ahí fuera tienen que ser de la Sección PES, pero no sé qué quieren ni qué traman. ¿Saben que soy yo? Parece poco probable que estén enterados de que he regresado de entre los muertos. Aunque, por otra parte, y desde el punto de vista de ellos, ¿quién más podría ser si soy un telépata que usa el apartamento de Trevor Jordan? Y esta vigilancia a la que me tienen sometido me recuerda aquella vez en que tú controlaste a Yulian Bodescu. Quiero decir, ¿quién diablos creerán que soy, Harry?

—Empiezo a entender —dijo Harry, inclinando la cabeza muy despacio. Asió a Jordan por el codo y agregó—: Tienes razón, es *exactamente* como aquella vez que vigilaban a Yulian Bodescu. ¡Lo cual significa que la cuestión no radica tanto en quién creen que eres sino en *qué* creen que eres!

—¿Quieres decir que creen que soy...? —preguntó Jordan, estupefacto.

—Es probable. Has vuelto de entre los muertos, ¿no?

—Pero no tengo ninguna niebla mental.

—Yo tampoco la tuve hasta hace poco.

Jordan volvió a quedarse estupefacto.

—¡Esperan a ver cómo evolucionan los acontecimientos para actuar! Eso lo explica todo. ¡Y sin duda explica por qué estoy cagado de miedo! Percibo algunas de sus sospechas, de sus intenciones. Siento que los cazadores me siguen la pista de cerca. Harry, creen..., ¡sospechan *que soy un vampiro*!

El necroscopio intentó calmarlo.

—Pero no lo eres y es fácil probarlo. Además, Darcy Clarke está al frente de la Sección PES... Ah, por cierto, ¿qué ibas a decirme de Darcy?

Jordan se apartó de la ventana. Después de echarle otra mirada al rostro de Harry se convenció de que lo mejor era encender la luz. Accionó el interruptor de la pared y luego se dejó caer en una silla.

—Darcy está en su casa y se siente muy desdichado por algo. Recuerda que se suponía que debía vigilarlo. Porque es el jefe y sabría por dónde van los tiros. Pero ahora parece que lo han apartado del cargo. Si bien no es telépata, hay alguien que le ha puesto un buen escudo a su alrededor y resulta muy difícil sacarle nada.

Todo aquello resultaba siniestro.

—Tal vez deberíamos ir a verlo —sugirió Harry—. Enfrentarnos a él y preguntarle cara a cara qué es lo que pasa. Estoy seguro de que ya lo sé: la Sección espera que yo dé un paso en falso, pero si se lo oímos decir a Darcy, lo sabremos sin lugar a dudas.

—Sería una forma de salir de aquí —admitió Jordan, y se encogió de hombros—. ¡Creo que si no salgo pronto me volveré loco! ¡Coño, no me gusta que me vigilen y encima no saber qué piensan!

—De acuerdo —dijo Harry—. ¿Y después? ¿Volverás aquí?, ¿qué harás? Porque la verdad es que me vendría bien que alguien me echara una mano en el tema de los asesinatos en serie. Podemos utilizar mi casa de Bonnyrig como base de operaciones. Al menos por el momento. De ese modo podremos turnarnos para vigilar a los vigilantes. Y cuando acabe con la tarea que me he fijado, antes de irme, quiero decir, antes de abandonarlo todo, encontraremos el modo de aclarar las cosas con la Sección PES y dejar limpia tu hoja de servicios.

—Por mí, de acuerdo —dijo Jordan, y suspiró aliviado—. Tú manda, que yo obedeceré.

—Pues digo que vayamos a ver a Darcy. Es soltero, ¿no? Como la mayoría de los PES. Sé que vivía en Hoddesdon, ¿sabes si aún vive allí? ¿Estará solo o habrá alguna mujer? Darcy no es de los que se asustan fácilmente, pero no quisiera amedrentar a ninguna mujer.

—Que yo sepa no hay ninguna mujer —respondió Jordan, sacudiendo la cabeza—. Darcy lleva mucho tiempo casado con este trabajo. Pero ya no vive en Hoddesdon. Tiene una casa en Crouch End, a poco más de dos kilómetros de aquí. Un bonito lugar con jardín en Haslemere Road. Apenas lleva allí un par de semanas. Se mudó cuando regresó de Grecia.

—No conozco la zona, pero puedes enseñármela. ¿Quieres llevarte algo?

—La maleta, ya la tengo preparada.

—Entonces, ya podemos irnos.

—¿A las cuatro y veinte de la madrugada? Si tú lo dices. Pero no tengo coche, así que tendremos que andar o llamar un... —Jordan advirtió su error en cuanto vio la débil sonrisa de Harry.

—No hace falta que llames ningún taxi —le informó el necroscopio—. Tengo mi propio medio de transporte...

Darcy Clarke seguía levantado y paseaba por la habitación como había estado haciendo toda la noche. No era su talento lo que lo importunaba —él no estaba en peligro—, le preocupaba la Sección y el trabajo que sospechaba que tenían entre manos en ese mismo momento. Le preocupaba eso y Harry Keogh. Aunque en realidad eran una misma cosa.

Harry guió a Jordan para que cruzara una salida de Möbius y regresara al mundo real y, tras una fachada de arbustos y árboles, surgieron las luces brillantes de la planta baja de la casa de Clarke.

—Ya puedes abrir los ojos —dijo a Jordan; éste se tambaleó al volver a estar bajo los efectos de la gravedad, momentáneamente suspendida.

Era la misma sensación que se tiene cuando un ascensor baja a la planta que uno desea y se detiene allí, con la diferencia de que ese ascensor carecía de paredes, suelo y techo y se «caía» en todas las direcciones al mismo tiempo. Razón por la cual Harry le había pedido a Jordan que cerrase los ojos.

—¡Dios mío! —susurró Jordan, tambaleándose ligeramente cuando miró a su alrededor y vio la calle.

Y Harry pensó:

¿Dios? ¿El continuo de Möbius? Bueno, podrías tener razón. ¡Al menos eso mismo cree August Ferdinand! Incorporó al telépata y le dijo:

—Ya lo sé, es una sensación extraña, ¿verdad?

Jordan miró a Harry, admirado. Se refería a lo ultramundano, a lo increíble, como si fuera sólo extraño. Finalmente, recuperó sus facultades y dijo:

—Qué puntería, Harry. La casa de Darcy está justo ahí.

Entraron por la cancela del jardín y recorrieron un sendero bordeado de arbustos. El globo blanco y brillante de una farola, colgada como una pequeña luna ante la puerta principal, aparecía envuelto en una nube de mariposas nocturnas. Harry le indicó a Jordan que esperara a un lado, se puso las gafas oscuras y pulsó el timbre; al cabo de nada se oyó en el interior ruido de pasos.

La puerta tenía una mirilla; Clarke la utilizó y vio a Harry en el umbral de la puerta mirándolo a los ojos. Su don particular no le envió señal alguna de peligro cuando abrió la puerta, y eso ya era bastante.

—¡Harry! ¡Pasa, hombre, pasa!

—Darcy —dijo Harry, cogiéndolo del brazo—, escúchame, y tómatelo con calma..., he venido con alguien.

—¿Con alguien...? —comenzó a decir Darcy cuando Jordan se dejó ver—. ¿Trevor...? —Se llevó un susto tremendo y dio un paso atrás.

Harry lo siguió y le dijo:

—¡Tranquilo, no pasa nada!

—*¡Trevor!* —balbuceó Clarke; de pronto, los ojos destacaron saltones en su rostro pálido—. ¡Trevor Jordan! ¡Dios mío! ¡Dios mío de mi alma!

Harry deseó que no se utilizaran los nombres sagrados con tanta asiduidad, aunque en esa ocasión entendía que su uso estaba más que justificado.

Trevor Jordan pasó delante de Harry y tomó el otro brazo de Clarke; Clarke se liberó de los dos y se apartó de ellos. Pero una vez más se trató de una reacción normal, no ligada a su don.

—Darcy, soy yo —le dijo Jordan—. Y estoy bien.

—¿Bien? —Clarke abrió la boca y la cerró al instante, por lo cual la palabra salió como un graznido—. ¿De veras eres tú? Sí, veo que sí. Pero sé que estás muerto. Estuve contigo en ese hospital de Rodas, cuando te disparaste una bala en la cabeza.

—¿Podemos entrar, sentarnos y hablar? —preguntó Harry.

—¿Hablar? —Clarke miraba a los dos como si estuvieran locos o como si el demente fuera él. Luego asintió—. Sí, ¿por qué no? ¡Tal vez dentro me despierte!

Una vez en el salón, Clarke les indicó unas sillas, les sirvió unas copas como un robot, se disculpó por el desorden y les dijo que todavía no había terminado de instalarse. Después, se sentó con sumo cuidado, se bebió el whisky de un solo trago, se incorporó de un salto y les pidió:

—¡Hablad de una vez, coño! ¡Convencedme de que no he perdido el juicio!

Harry lo calmó y le explicó todo —o casi todo— rápidamente, pero sin entrar en mayores detalles. Cuando hubo terminado, le comentó:

—Por eso hemos venido a verte, para averiguar qué pasa, y qué os proponéis la Sección PES y tú. En realidad, estoy casi seguro de que ya lo sé. De manera que cuento contigo para que los mantengas a raya hasta que haya terminado con lo que prometí hacer.

Clarke cerró por fin la boca y se volvió para mirar fijamente a Jordan. Era Jordan, no cabía duda —tenía el mismo aspecto que Clarke le había conocido siempre—, pero lo tomó de la mano, se la apretó y volvió a mirarlo con mayor intensidad para estar completamente seguro. No quedaba duda, aquél era Trevor Jordan. El telépata aguantó el asombrado escrutinio de Clarke sin quejarse, mientras su amigo de tantos años pasaba revista a cada una de las arrugas que recordaba de su cara.

Jordan tenía la cara fresca, ovalada y franca, y aquel pelo ralo y rubio que le caía sobre los ojos grises le daba un aire casi infantil; pero en su rostro aparecían arrugas de preocupación y asombro. La línea de la boca mostraba sus sentimientos: normalmente crispada, solía estrecharse y contraerse si algo andaba mal. En ese momento tenía la boca contraída y estrecha. Clarke lo comprendía. Y pensó:

¡El plácido Trevor! Transparente como un cristal, se puede leer en él como en un libro abierto. Al menos así te has presentado siempre. Como deseoso de que los demás te leyeran la mente con la misma facilidad con que tú leías la de ellos, como si trataras de equilibrar la balanza por tu don metafísico, como si pidieras disculpas por ese don. Trevor Jordan, sensible, pero siempre decidido, jamás conocí a nadie a quien le cayeras mal. Y si había alguien que no te tragaba, tú procurabas evitarlo. Y si de veras eres tú, *sabrás exactamente lo que estoy pensando.*

Jordan sonrió y le dijo:

—Te has olvidado de lo de guapo, de piernas largas y aspecto atlético. ¿Y a qué viene lo de «infantil»? ¿Quieres decir que soy un niño grande, Darcy?

Clarke se reclinó en su asiento y se pasó la mano temblorosa por la frente afiebrada. No sabía a quién mirar, si a Harry Keogh o a Trevor Jordan. Finalmente dijo:

—Lo único que se me ocurre decirte es... ¡bienvenido, Trevor!

Después de varias copas, le tocó el turno a Darcy. Les contó lo que sabía, que no era mucho y terminó comentando:

—Supongo que Paxton debió de informar que te había enviado los archivos sobre esas muchachas, Harry, eso bastó para que me suspendieran. En cuanto a si te siguen, sabes tan bien como yo la forma de trabajar de la Sección. Tarde o temprano irán a por ti.

—¿Y yo? —preguntó Trevor.

—Tú no —contestó Darcy—, porque mañana a primera hora iré a la ciudad y les informaré de todo. Podría telefonear al Ministro responsable ahora mismo, pero siendo la hora que es, dudo que fuera a darme las gracias. Iré a verlos y hablaré con quien sea en la Sección PES y me aseguraré de que entiendan bien lo que pasa. Tal vez surta efecto y consiga que dejen en paz a Harry, al menos por el momento.

—Espero que me dejen en paz —dijo el necroscopio sin asomo de emoción—. De verdad. —Se quitó las gafas oscuras y le pidió a Darcy que apagara las luces.

Cuando el jefe de la Sección PES, apartado momentáneamente de su cargo, vio el rostro de Harry en la oscuridad, dijo con voz queda:

—¡Yo también lo espero, Harry..., por el bien de todos ellos!

Harry suponía que Darcy hablaba en serio, suponía que era uno de los pocos hombres en el mundo de quien podía fiarse; pero el carácter misterioso del vampiro que el necroscopio llevaba en su interior se imponía al suyo, y al mirar a Darcy Clarke vio en él a un hombre que era medio amigo, medio enemigo suyo. Harry no sabía predecir el futuro, al menos con certeza, y en cualquier caso sabía que las profecías eran un juego peligroso, cargado de paradojas, pero podía adivinar con bastante certeza lo que se avecinaba. Si se veía obligado a permanecer en este mundo más de lo que había planeado, si la tarea que se había impuesto le llevaba más que unos cuantos días, era muy probable que Darcy se viera obligado a unirse al otro equipo.

Darcy era un experto y a medida que la metamorfosis de Harry avanzaba, la Sección necesitaría la ayuda de cuantos expertos estuvieran a su alcance. A la larga, y de un modo u otro, Darcy y él acabarían enfrentados. No tendría alternativa: tarde o temprano, el portador de la plaga debía ser destruido. Era así de simple.

—Darcy —dijo Harry, y volvió a encender las luces—, si algún día llegamos a enfrentarnos, serás el único capaz de detenerme. En cierto modo, te temo. ¿Sabías que ahora soy telépata? Pues sí. ¿Te importaría si le echara un vistazo más de cerca a tu mente?

El don de Darcy no percibió peligro alguno. No podía ser de otro modo, puesto que Harry no quería hacerle daño. Lo que sí pretendía era obtener una especie de póliza de seguro, una póliza que pudiera cancelar más tarde, cuando el peligro hubiera pasado. No implicaría daño alguno para Darcy Clarke, como persona, aunque sí para su don. Porque eso era lo que el necroscopio temía: enfrentarse a Clarke sabiendo que no podría ganar, que el ángel de la guarda lo protegería. Pero si a Clarke le quitaban su don, se volvería inofensivo. Al menos, el tiempo que durara la estancia de Harry en la tierra. Después... se lo devolvería.

—¿Echarle un vistazo a mi mente? —repitió Darcy.

—Con tu permiso —asintió Harry—. Pero sólo si tú estás de acuerdo.

Darcy no percibió nada malo en las palabras del necroscopio y le preguntó:

—¿Pero no puedes leerme el pensamiento como lo hace Trevor?

—Esto es diferente —respondió Harry—. Para esto es preciso que me invites a entrar, como si tu mente fuera una puerta y tú me la abrieras.

—Como quieras —dijo Darcy, y se encogió de hombros; sus miradas se encontraron y, al cabo de un instante, Harry entró en su mente.

A Harry no le resultó difícil encontrar el mecanismo que buscaba, vio de inmediato que se trataba de una anormalidad, de una mutación. Ese don único de Clarke, que durante toda su vida lo había protegido de los peligros externos, no fue capaz de avisar del peligro interno que representaba Harry Keogh. Y aunque hubiera sido capaz, no lo hizo, porque Harry no tenía la intención de hacerle daño.

No existía ningún dispositivo que Harry pudiera trabar, de modo que se limitó a envolver todo el mecanismo en un fragmento de la manta de Wellesley. Tardó en conseguirlo lo que se tarda en decirlo, y salió. Se sintió satisfecho de haber amordazado al ángel de la guarda de Clarke, al menos por el momento.

—¿Ya está? —preguntó Darcy, frunciendo el entrecejo—. ¿Estás convencido ya de que no pretendo hacerte daño?

Absolutamente, se dijo Harry, mientras asentía con la cabeza. *Porque si lo intentas, estarás desprotegido, lo que significa que al menos podré protegerme yo.*

Entonces oyó otra voz en su mente, la de Jordan, que le decía:

Lo que significa que está desprotegido ante cualquier cosa. ¿No vas a decirle lo que has hecho?

No, respondió Harry. *Conoces a Darcy: en un abrir y cerrar de ojos se volvería paranoico por su seguridad. Y ahí radica la paradoja, que a pesar de su extraño don, se cuidaba como si fuera una persona propensa a los accidentes.*

Espero que no le pase nada, concluyó el otro.

—¿Y bien? —dijo Darcy, dirigiéndose a Harry.

—Ya sé que no te enfrentarás a mí —contestó el necroscopio—. Y ahora debemos marcharnos.

—Tengo la impresión de que la Sección se enterará de nuestra visita —dijo Jordan—. Si quieres quedar en buenas relaciones con ellos, Darcy, tal vez tengas que telefonear al oficial de servicio para confirmárselo. Dales a entender que no estás enfrentado a nosotros. Y de paso podrías utilizar tus buenos oficios para aclarar mi situación.

Darcy hizo una mueca y comentó:

—La verdad es que mis buenos oficios están en baja forma. Pero lo intentaré. —Miró a Harry y le preguntó—: ¿Adónde os marcháis ahora? ¿O no debería preguntarlo?

—No deberías preguntarlo —repuso Harry—, pero te lo pienso decir. Vamos a buscar a tu asesino reincidente. Es algo así como una obsesión. Es el trabajo que quiero terminar antes de marcharme.

—De ese modo dejarás un expediente limpio, que es como debe estar. Siempre serás la leyenda inmaculada, como el hombre intachable.

Harry no dijo nada. La fama o la infamia lo traían sin cuidado. Lo único que importaba era su obsesión. Más aún, sabía por qué se había convertido en una obsesión. Lo expulsaban de su territorio, lo obligaban a abandonar su propio mundo, por el que había luchado. Todavía no querían echarlo físicamente, pero pronto llegaría eso también. Y el vampiro, especialmente uno de los wamphyri, es tenaz y celoso de su territorio. Frustrado hasta lo indecible, Harry presentaba batalla. Pero era preciso que se desahogara con alguien; que fuera entonces al menos con un delincuente hecho y derecho. El asesino reincidente, el nigromante, el torturador de Penny y de las otras pobres inocentes. Incluso Pamela Trotter había sido inocente, sí. Al menos comparada con *él*.

Era hora de que Harry y Trevor Jordan se marcharan. Se despidieron sin muchas ceremonias y Harry pidió a Jordan que volviera a cerrar los ojos. Darcy Clarke los vio marcharse; cuando ya no estaban allí tendió la mano temblorosa hacia el espacio por el que habían atravesado una puerta de Möbius para desaparecer en la nada.

Y eso fue lo que allí encontró. Nada...

Capítulo dos

Buscando a Johnny

No tardaría en amanecer en Edimburgo, pero Harry Keogh sabía que las cosas —todo tipo de cosas— llegaban rápidamente a su culminación y no estaba preparado para aflojar. Una vez empezado el trabajo, sólo podía pensar en terminarlo. En la oscuridad o, si era necesario, a la luz del día.

A partir de ese momento, la luz matutina del verano representaría un problema, pero se trataba más de un inconveniente que de una amenaza propiamente dicha. El sol no lo mataría, al menos de momento, pero si lo tomaba a grandes dosis podría caer enfermo y debilitarse. Las gafas contribuían a impedir que el resplandor le llegara a los ojos; el sombrero de fieltro le protegía la cabeza y la cara, pero llamaba mucho la atención; debía mantener las manos en los bolsillos durante largos períodos, lo que le daba el aspecto descuidado de un joven delincuente o de un político laborista, pero era absolutamente necesario. Lo único que estaba a su favor era el clima británico, invariablemente malo.

Por otra parte, Trevor Jordan no padecía esas restricciones, de modo que podía ir y venir a su antojo; y con la ayuda de Harry, iba tan lejos como quería y al instante.

En la casa que el necroscopio tenía en Bonnyrig, mientras bebía café (Harry habría preferido un buen vino tinto, pero había agotado las existencias), se repartieron la lista de almacenes de Frigis Express. Las repasarían por orden alfabético hasta que encontraran lo que buscaban. Jordan haría el turno de día y Harry le proporcionaría el transporte; Harry se ocuparía del turno de noche mientras Jordan hacía de centinela. El telépata le había preguntado a qué venía tanto alboroto por aquel trabajo y Harry le había enseñado una serie de vívidas imágenes mentales tomadas de Penny Sanderson y Pamela Trotter, después de lo cual, Jordan se sintió tan ansioso por descubrir al asesino como él. Un monstruo andaba suelto y tenía que morir.

—Seguro que en estos lugares habrá vigilantes nocturnos —dijo Jordan, mientras estudiaba su mitad de la lista—, pero a estas horas de la madrugada estarán durmiendo en algún rincón oculto. Podríamos visitar unos cuantos almacenes ahora mismo, antes de que los camioneros o los embaladores o lo que sean empiecen a llegar.

—El tipo al que buscamos es camionero —comentó Harry—. Utiliza la M1 y quizá la Al o la A7. Tal vez sería mejor que comenzáramos con los almacenes que estén más cerca de esas autopistas.

Jordan había echado un vistazo a los archivos sobre las chicas asesinadas. El informe sobre Penny parecía haberle interesado mucho. Haciendo caso omiso de lo que el necroscopio acababa de comentarle, preguntó:

—Harry, ¿sabías que el cuerpo de Penny fue encontrado en los jardines que hay bajo los muros del castillo?

—Sí. ¿Es algo significativo? —preguntó Harry a su vez.

—Podría serlo —contestó el otro—. En el castillo hay unas cuantas unidades

especializadas. Por lo que sabemos, esa noche nuestro hombre de Frigis entregó unos pedidos de carne a varios comedores y restaurantes, y cuando no vio moros en la costa, lanzó a Penny por encima del muro.

—Revisaré el lugar donde la encontraron —dijo Harry con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Recuerdo haber mirado por encima del muro. Hay lugares en los que el muro se alza sobre cornisas cubiertas de hierba y profundos terraplenes, donde el declive es de pocos metros, y si se cayó (o si la tiraron) su cuerpo debió de deslizarse y resbalar un poco sin romperse nada ni sufrir lesiones graves. Aparte del daño y el sufrimiento que *él* le causó, la chica no estaba en mal estado. —Su rostro enjuto se había crispado de rabia al recordar a Penny tal como la había visto la primera vez. Sacudió la cabeza para borrar el recuerdo y gruñó—: De todos modos, lo comprobaré. Si ocurrió así..., bien, habrías estrechado bastante el radio de búsqueda. Gracias, Trevor. —Y con pesar, añadió—: ¡Ya ves que nunca he dado la talla para detective, ni siquiera para policía normal o guardián de jardines!

—Escúchame —le dijo Jordan—, déjame en Edimburgo ahora mismo y seguiré yo la investigación. En el castillo ya te han visto. Pueden acordarse de tu cara. Pero a mí no me conoce nadie. Me llevaré el archivo. Todavía conservo un antiguo carnet de la Sección PES que recogí en mi apartamento. Para conseguir información y entrar en los sitios es tan bueno como un uniforme de policía. Mientras yo me concentro en este aspecto del trabajo, tú podrás seguir comprobando la lista de almacenes.

Harry comprendió la jugada y dijo:

—Está bien. Nos reuniremos aquí esta noche. Entretanto, si ocurriera algo, podemos ponernos en contacto fácilmente. Pero ten en cuenta que el sol me lo hace todo más difícil. Es posible que impida que nos comuniquemos. Aunque si está nublado, no habrá inconvenientes. Lo único es... —Hizo una pausa y se mostró inseguro.

—¿Sí?

—Estarás solo —prosiguió el necroscopio—. Si la Sección decide actuar contra mí, irán también a por mis amigos.

—Bueno, ir tras de mí es una cosa y otra distinta es capturarme —aclaró Jordan—. Ten en cuenta que Darcy dijo que él se ocuparía de eso.

—Pero no puede ocuparse del hecho de que soy un vampiro. Y ya sabes que la Sección no correrá riesgos, Trevor. Te apuesto lo que quieras a que ya tienen una orden de busca y captura contra mí y que ahora están ocupados tapando todos los agujeros. En fin, por el momento este lugar es seguro, porque es mío y lo conozco mejor que ellos. Pero tarde o temprano ni siquiera mi casa será segura. ¡Joder, sería el lugar perfecto para acabar conmigo! Está en un sitio aislado y solitario.

—No te pongas morboso, Harry, no te conviene —le dijo el otro—. Tratemos ahora de encontrar a ese Johnny, ¿de acuerdo? Después ya habrá tiempo de sobra para solucionar lo otro.

El necroscopio sabía que tenía razón en todo, menos en que había tiempo de sobra...

A la mañana siguiente, el ministro responsable citó a Darcy Clarke en la Central de la Sección PES. Cuando Clarke entró en lo que había sido su despacho, se encontró al ministro sentado ante su antigua mesa... y Geoffrey Paxton estaba de pie, en un rincón de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, de espaldas a las ventanas de cristales blindados. A Clarke no le hacía ninguna gracia que Paxton estuviera ahí para hurgarle en la mente, pero ya no estaba en condiciones de

quejarse.

Después de intercambiar unos movimientos de cabeza a manera de saludo aparentemente casual, el ministro observó lo cansado que parecía Clarke, a lo que éste respondió:

—He estado levantado hasta tarde. Apenas había dormido un par de horas cuando me llamaron de su despacho para organizar esta cita. De todos modos, me alegro, porque pensaba venir. Anoche recibí a dos visitantes. Aunque me temo que no esté dispuesto a creerme cuando le diga quién era uno de ellos.

Paxton se apresuró a contestar con amargura:

—Sabemos quiénes son, Clarke, ¡Harry Keogh y Trevor Jordan..., los vampiros!

Clarke ya estaba preparado para aquello. Suspiró y, dirigiéndose al ministro, le preguntó:

—¿Es preciso que este imbécil esté presente? Si no queda más remedio que vaya hurgando en la cabeza de la gente como un gusano de mierda, ¿no podría hacerlo a una cierta distancia? Por ejemplo, desde ahí fuera, al otro lado de la puerta.

El ministro lo miró, imperturbable.

—¿Quiere usted decir que Paxton se equivoca?

Clarke volvió a suspirar y respondió:

—Anoche vi a Harry y a Trevor. En eso no se equivoca.

—¿Entonces quiere usted decir que Harry Keogh y Jordan no son vampiros? —La voz del ministro sonó muy tranquila.

Clarke lo miró a los ojos, apartó la vista y se mordió el labio inferior. El ministro insistió:

—¿Son vampiros?

Clarke volvió a mirarlo de frente y respondió:

—Jordan... no.

—¿Pero Keogh sí?

—De eso ya estaban ustedes seguros, ¿no? —le espetó Clarke—. Gracias a... —le echó una mirada furibunda a Paxton y añadió—: ¡Ese mierda! Sí, Harry está contaminado. Cogió esa jodida cosa para protegernos (a todos nosotros) mientras hacía ese trabajo en las islas griegas en el que yo le pedí que nos ayudara. ¡De manera que según mis normas todavía no se lo puede considerar un asesino! ¿Qué más les puedo decir?

—Muchas cosas —contestó Paxton, pero con más suavidad; todavía tenía el rostro enrojecido por efecto del insulto de Clarke.

Clarke lo miró, miró al ministro y no percibió simpatía alguna. No los conmovía.

—¿Por qué no me dejan que lo cuente a mi manera? —suplicó—. ¿Y por qué no intentan escucharme? Quién sabe, tal vez aprendan algo.

—Y puede también que nos despistemos —dijo Paxton.

Clarke le lanzó una mirada colérica, miró al ministro y dijo:

—Oiga, ese loro que tiene usted ahí no hace más que decir tonterías. ¡Joder, si no se le entiende una palabra! ¿Sabe usted de qué diablos habla?

El ministro tomó una determinación, hizo un abrupto movimiento afirmativo con la cabeza y respondió:

—Clarke, se lo voy a explicar sin rodeos. Anoche, la Sección PES controlaba su casa. La suya y la de Jordan. Verá, nos enteramos antes que usted de que Jordan había regresado de entre los muertos, es decir, de entre los muertos vivientes. ¿Un hombre que ha muerto y que sin embargo está dando vueltas por ahí entre los vivos?

¡Un muerto viviente! Así es como lo entendemos, la única manera en que *podemos* entenderlo. Jordan no es el único, también está una de esas chicas asesinadas. No pueden ser otra cosa que vampiros.

Desesperado, Clarke lo interrumpió:

—Si me escuchara...

Pero el ministro no lo escuchó.

—Sabemos la hora en que Keogh llegó al apartamento de Jordan, la hora en que se marcharon juntos, a donde fueron y somos conscientes del hecho de que por más cosas que ignoremos, y aunque usted no lo hubiese admitido, estaríamos absolutamente seguros de que Harry Keogh es un vampiro. ¿Cómo podemos estar tan seguros? Porque lleva todos los estigmas. Incluso podría decirse que huele a vampiro, lo cual significa que se envuelve en una niebla mental. ¿Me sigue?

—Claro que sí —respondió Clarke, que sentía crecer su desesperación a pasos agigantados, porque sabía que el ministro estaba reuniendo pruebas, ¿pero para qué? ¿Contra quién? Tenía que intentar aunque fuera por última vez que lo escuchara—. ¿Pero no ve que se equivoca usted incluso en esto? Con el debido respeto, no sabe usted nada de vampiros. No ha tenido usted experiencia con ellos. Ni siquiera está usted dotado de poderes. Sólo sabe lo que ha leído o lo que le han contado. Y los rumores no pueden sustituir a la experiencia. Verá, la niebla mental de la que usted habla es algo que Harry no controla. No se «envuelve» en ella, sino que la niebla sencillamente existe. Es un resultado de lo que él es. Del mismo modo que los perros tienen cola, Harry está dotado de niebla mental. No es algo deliberado. ¡De hecho, si pudiera deshacerse de ella, lo haría, porque lo delata!

El ministro lanzó una mirada inquisitiva a Paxton, quien asintió de mala gana. O tal vez no fuera de mala gana sino con ánimo sombrío.

A pesar de que su aprensión iba en aumento, Clarke prosiguió:

—¿Se da cuenta qué fácil es cometer errores?

Sin parpadear y con voz firme, el ministro le preguntó:

—Todos los vampiros tienen esta niebla mental, ¿no es así?

Clarke parpadeó, tenía los nervios a flor de piel. No había nada que temer, pues su talento lo pondría sobre aviso; con todo, tenía los nervios a flor de piel.

—Por lo que sabemos, sí —respondió—. Al menos era así con los que tuvimos trato. Cuando un telépata intenta sondear a un vampiro, todo lo que capta es una niebla mental.

—Darcy Clarke. —El rostro del ministro palideció—. Hay que tener mucho descaro para presentarse aquí como lo ha hecho. O eso o es que está usted loco y no sabe lo que le ha ocurrido.

—¿Qué me ha ocurrido? —Clarke percibió que la tensión aumentaba, pero no sabía por qué—. ¿De qué diablos está usted hablando?

—¡Tienes niebla mental! —le espetó Paxton.

Clarke se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¿Que tengo qué?

El ministro levantó la voz y ordenó:

—Los de ahí fuera, señorita Cleary y Ben. Ya pueden pasar.

La puerta se abrió y Millicent Cleary entró seguida de Ben Trask. La muchacha miró a Clarke y con un hilo de voz dijo:

—Es cierto, señor. Tiene..., la tiene usted. —Siempre había llamado señor a Clarke.

Este la miró, retrocedió un paso y sacudió la cabeza.

—Darcy, ella dice la verdad. Y Paxton también —dijo Ben Trask.

Clarke dio dos pasos vacilantes hacia él... Trask entrecerró los ojos, se apartó y levantó las manos para mantenerlo a distancia. Clarke vio la mirada en los ojos de su viejo amigo y no pudo creer lo que veía.

—¡Ben, soy yo! ¡Con tus poderes tienes que saber que digo la verdad!

—Darcy —contestó Trask, sin dejar de retroceder—, te han cogido. Esa es la única respuesta.

—¿Me han cogido?

—Sin que te dieras cuenta. *Crees* que dices la verdad, y eso en sí mismo debería bastar para dejarme a mí en evidencia. Pero somos dos contra uno, Darcy. Y, además, has estado en estrecho contacto con Harry Keogh.

Clarke giró sobre los talones, miró las caras que lo rodeaban. Tras su escritorio, el ministro estaba blanco como el papel. Paxton lucía un rostro sombrío mientras su mano derecha jugueteaba nerviosamente con la solapa de la americana. Trask, cuyo don jamás le había fallado... hasta ese momento. Y Millicent Cleary, que aunque respetuosa como siempre, acababa de acusarlo de monstruo.

—¡Estáis locos, estáis todos locos! —exclamó Clarke con voz trémula. Hundió la mano izquierda en el bolsillo, sacó su carnet de la Sección y lo tiró sobre el escritorio—. Ahí lo tenéis; estoy harto de todo esto; he terminado con la Sección para siempre. Me voy. —Metió la mano derecha en el interior de la chaqueta y sacó su pistola reglamentaria de 9 mm...

—¡Quieto! —gritó Paxton, y apuntó a Clarke con el revólver que había sacado un momento antes.

Asombrado, Clarke se volvió hacia él y, al hacerlo, lo encañonó con la pistola descargada, y Paxton le disparó dos tiros.

Al mismo tiempo que se oían las ensordecedoras descargas, Millicent Cleary y Ben Trask gritaron:

—¡No!

Demasiado tarde, porque el impacto de la primera bala había lanzado a Clarke al centro del despacho, su cuerpo se levantó en el aire y volvió a caer al recibir el segundo disparo. Su arma voló por los aires cuando él caía de rodillas contra la pared ensangrentada, mientras se llevaba la mano vacilante hacia el corazón. Los dos agujeros que tenía en la chaqueta se tiñeron de rojo y la sangre comenzó a gotear entre sus dedos agarrotados.

—¡Mierda! —susurró—. ¿Qué...?

Cayó de bruces, rodó sobre el costado y Trask y Cleary se arrodillaron junto a él. El ministro estaba de pie, azorado, agarrado al borde del escritorio para no caerse; Paxton se había adelantado con el revólver dispuesto, el rostro pálido como un papel que tuviera agujeros en el lugar de los ojos y la boca.

—Llevaba un arma —dijo con un hilo de voz—. ¡Iba a usarla!

—A mí... —dijo el ministro—, a mí me pareció que iba a entregarla. Es la impresión que me dio.

Ben Trask acunaba la cabeza de Clarke y sollozaba:

—¡Dios santo, Darcy! ¡Dios santo!

La muchacha le había desabrochado la chaqueta a Clarke y le había roto la camisa ensangrentada. Pero la sangre ya casi había dejado de manar.

Con incredulidad, Clarke se miró el pecho y la roja vida que se le escapaba por la herida.

—¡No es... posible! —exclamó. La cuestión era que el día anterior aquello no

habría ocurrido.

—¡Darcy, Darcy! —volvió a decir Trask.

—¡No es posible! —murmuró Clarke por última vez antes de que se le nublara la vista y la cabeza le cayera sobre el regazo de Trask. Hasta ese momento nadie había llamado a un médico ni a una ambulancia.

La escena se mantuvo estática durante largos segundos hasta que Paxton rompió el silencio y gritó:

—¡Apartaos de él! ¿Estáis locos? ¡Apartaos de él!

Trask y la chica lo miraron.

—Su sangre —explicó Paxton—. ¡Estáis manchados con su sangre! ¡Os contaminará!

Trask se puso en pie y el horror fue desapareciendo lentamente de sus ojos. El horror por lo que acababa de ocurrir. Porque lo que le inspiraba Paxton era algo diferente.

—¿Que Darcy nos contaminará? —repitió las palabras de Paxton, y se acercó a él dando una gran zancada—. ¿Que su sangre nos contaminará?

—¿Qué rayos te pasa? —preguntó Paxton, retrocediendo.

—Darcy tenía razón —rugió Trask—. Sobre ti. —Y señalando al Ministro Responsable añadió—: Y sobre usted. —Luego dio otro paso hacia Paxton.

—¡No te acerques! —le advirtió Paxton blandiendo el revólver.

Trask lo aferró de la muñeca y se la retorció con furia. El revólver cayó al suelo con un sonido metálico.

—Nunca tuvo más razón que ahora —dijo Trask, manteniendo a Paxton a distancia, como si sujetara un trozo de carne podrida—. No sabes de vampiros más que lo que has leído o te han contado. No tienes experiencia con ellos. Si la tuvieras, sabrías que las balas no los detienen, al menos no durante mucho tiempo. Pero el pobre Darcy que está ahí, tendido..., si posees algún don, sabrás que está muerto. ¡Y tú lo has matado!

—Yo..., yo... —Paxton pugnó por liberarse de la férrea mano de Trask, pero no pudo.

—¿Contaminarnos? —dijo Trask con los dientes apretados. Acercó a Paxton hasta el cuerpo tendido y le restregó la sangre de Clarke por el pelo, los ojos y la nariz—. ¿Y a ti, gusano de mierda, qué te puede contaminar a ti? —Apartó una manaza, cerró el puño y...

—¡Trask! —gritó el ministro—. ¡Ben! ¡Suelte a Paxton! ¡Déjelo! Lo hecho, hecho está. Tal vez ha sido un accidente. Puede que un error. Pero está hecho. Y es una de las muchas cosas que no nos gusta hacer.

El puño de Trask quedó suspendido en el aire; temblaba de ganas de ir a estamparse contra la cara de Paxton. Pero al oír las palabras del ministro y al comprender lo que había querido decirle, apartó de un empellón al telépata. Tambaleándose, como si estuviera borracho, regresó junto al cuerpo encogido y sin vida de Clarke.

—Pida un doctor... y una ambulancia —ordenó el ministro a Paxton, y vio entonces su mirada.

El telépata había recobrado el juicio y el temple; se limpiaba la cara con un enorme pañuelo y sacudía la cabeza. Su mirada decía, *piense bien lo que dice y lo que hace.* En voz alta manifestó:

—No necesitamos ni lo uno ni lo otro, sólo un incinerador. A Clarke hay que quemarlo, y nos hemos de encargar nosotros mismos de hacerlo ahora. Esté bien o

mal, no podemos arriesgarnos. Ha de ir a parar a la hoguera lo antes posible. Y yo debo darme un baño. Trask, Cleary, sé cómo debéis sentiros, pero yo en vuestro lugar...

—No sabes cómo nos sentimos —le dijo Ben Trask, mirándolo desde abajo con el rostro vacío de toda emoción.

—De todos modos —prosiguió Paxton—, yo en vuestro lugar me bañaría. Ahora mismo.

El ministro señaló la puerta y ordenó a Paxton:

—Está bien, ocúpese de..., de la incineración. Ahora mismo. Y dúchese, si cree que es necesario, luego preséntese otra vez en mi despacho.

Cuando el telépata abandonó la oficina, dejando atrás a los PES que se amontonaban boquiabiertos en el corredor, el ministro dijo:

—Ben, la matanza ha empezado. Para bien o para mal, como ha dicho Paxton, ha empezado. Y usted y yo sabemos que tiene que continuar. A partir de ahora quiero que se encargue usted de este asunto. Quiero que lo dirija todo, hasta que se solucione de un modo u otro.

Trask se incorporó, se apoyó contra la pared, miró al ministro y pensó: *¿De un modo u otro? No, sólo puede ser de un modo, porque el otro es algo impensable. En fin, alguien ha de hacerlo, y yo tengo tanta experiencia como cualquiera de ellos. Más que la mayoría. Al menos, si yo estoy al frente de todo este asunto podré asegurarme de que ese idiota de Paxton no cause más daños.*

En los viejos tiempos habrían sido Darcy, Ken Layard, Trevor Jordan y un puñado más. Y Harry, por supuesto. Pero en esa ocasión irían tras Harry mismo, y eso era diferente. A pesar de lo que Clarke había dicho, daba la impresión de que debía perseguir también a Jordan. ¿Y a la chica, a Penny Sanderson? ¡Dios santo, según los archivos era sólo una niña! Pero una niña que era, además, una muerta viviente.

—¿De acuerdo? —le preguntó el ministro.

Trask suspiró y le contestó con un movimiento de cabeza apenas perceptible. Sí, estaba de acuerdo. Paxton podía haber estado en lo cierto. Si había algo malo en Darcy, lo que fuera...

Trask miró a la chica, vio sus manos y su blusa ensangrentadas y ordenó:

—Dúchate. Y hazlo a fondo. —Cuando se quedó a solas con el ministro, le dijo—: Cuando hayan... incinerado a Darcy, debemos esparcir sus cenizas. Esparcirlas bien lejos y por muchos sitios. —Se estremeció levemente—. Porque la cuestión es que Harry Keogh hace ciertas cosas con las cenizas. Y la verdad es que no creo que quiera volver a ver a Darcy. Al menos, andando sobre sus propios pies.

9.40 de la mañana.

Harry Keogh acababa de repasar los archivos de personal del almacén de Frigis Express en Darlington cuando ocurrieron tres cosas a la vez. Una: el empleado del almacén, al que Harry había alejado de su despacho, pequeño como una cajita, mediante una llamada telefónica falsa, regresó inesperadamente. Dos: Harry sintió una punzada —casi de dolor— que nunca había sentido antes, en el pecho, como si alguien le hubiera remojado el corazón con agua helada. Y tres: el eco apagado de un grito desconocido reverberó en su mente para perderse en un limbo metafísico inalcanzable. El necroscopio tuvo la impresión de que fuera cual fuese su origen iba dirigido específicamente a él: como si alguien hubiera gritado su nombre en el abismo que separa la vida de la muerte.

¿Sería necrolenguaje? No, había sido diferente. ¿Telepatía? Tal vez. ¿Una mezcla de ambas cosas? Parecía más probable; Harry recordó cómo su madre le había descrito las emociones de su corazón incorpóreo cuando un cachorro llamado *Paddy* había sido atropellado en un camino de Bonnyrig.

¿Habría muerto alguien? ¿Pero quién? ¿Y por qué había llamado a Harry?

—¿Quién diablos es usted? —preguntó airado el empleado corpulento y pelirrojo que iba en mangas cortas. Empujó a Harry hacia las sombras de un rincón polvoriento, donde el archivador metálico se apoyaba en la pared. El hombre se quedó boquiabierto al ver el contenido del archivador desparramado por el suelo.

Harry miró de reojo el rostro enrojecido y suspicaz del empleado y exclamó:

—¡Sssh!

—¡Sssh! —repitió el otro, incrédulo—. ¡A mí no me manda callar usted! ¿Qué hace aquí dentro sin mi permiso?

Harry trató desesperadamente de aferrarse al eco etéreo cada vez más apagado de... ¿un grito de ayuda? ¿Había sido eso?

—Oiga —le dijo al empleado poco corriente—, ¿quiere usted callarse un momento? —Intentó abrirse paso.

—¡Es el colmo! —Las mejillas regordetas se le tiñeron de rojo—. Engatusador y ladrón, ¿verdad? Lo reconozco por la voz. Fue usted quien me telefoneó... ¡Esta vez ha elegido mal a su víctima, ladrón! —Agarró a Harry de las solapas y daba la impresión de que iba a golpearlo en la cara.

El necroscopio continuó concentrado en el grito, y al mismo tiempo tendió la mano y agarró a su atacante por el cuello. Con una manaza lo mantuvo a distancia, con fuerza, y con la otra se quitó las gafas oscuras. El empleado le vio los ojos, se quedó con menos aliento aún y comenzó a mover los brazos como aspas de molino mientras Harry lo empujaba sin esfuerzo hacia atrás, lanzándolo al otro extremo. Las piernas del hombre dieron contra el canto del escritorio y cayó sentado encima de una bandeja de plástico llena de papeles, que se rompió en pedazos bajo el peso de su voluminoso trasero.

Harry mantenía aún su presa y escuchaba atentamente por si el grito se repetía. Pero ya había pasado, tal vez había desaparecido para siempre. Harry notó que la rabia crecía en su interior, se sentía frustrado, engañado, y su mano se cerró férrea alrededor del cuello del empleado. Sus uñas se enterraron en la carne del hombre como si fuera de plastilina. Sabía que si quería, podía partirle la nuez y romperle el cuello al mismo tiempo. Más aún, la cosa que llevaba dentro le incitaba a hacerlo.

Pero no lo hizo. Levantó en vilo al empleado del escritorio y lo lanzó entre los restos de una silla rota y una papelera de madera.

—¡Dios..., Dios mío! —exclamó el empleado mientras tosía, escupía, se masajeaba la garganta y se arrastraba atropelladamente hasta un rincón donde se giró para mirar temeroso hacia el lugar donde estaba aquel extraño con colmillos y ojos inyectados en sangre. Pero el necroscopio ya no se encontraba allí. Había desaparecido.

El empleado volvió a exclamar con voz entrecortada:

—¡Dios mío! ¡Dios mío... de mi alma!

Harry había seguido la lista por orden alfabético y ya había investigado tres almacenes e instalaciones de Frigis: el garaje de camiones de Alnwick, el matadero y la planta de procesamiento de Bishop Auckland y, por último, el complejo de congelación de Darlington. Había logrado copiar las direcciones de cuatro posibles

sospechosos, todos ellos de nombre «John» o «Johnnie» y todos ellos camioneros de la firma. Aunque tenía media mañana por delante, el extraño grito mental surgido de la nada lo había perturbado, había dañado su firmeza y destruido su concentración hasta tal punto que se marchó a su casa de Bonnyrig utilizando el continuo de Möbius, y desde allí se puso en contacto con Trevor Jordan en el castillo del Monte en Edimburgo.

¿Harry?, contestó Jordan de inmediato; su «voz» telepática denotaba el gran alivio que sentía porque el necroscopio se hubiera puesto en contacto con él. *Traté de hablar contigo, pero tu niebla mental era demasiado espesa, y a cada momento que pasa se torna más densa. ¿Puedes venir a buscarme? Creo que he dado con una pista.*

Harry asintió con un movimiento de cabeza, como si hablara con alguien que tuviera delante y no con alguien que se encontraba a treinta kilómetros de allí, y le preguntó:

¿Conoces La Despensa del Hacendado? Es un café que está cerca del Milla Real. Pregúntale a cualquiera y te indicará cómo llegar. Estaré allí dentro de cinco minutos. Trevor, dime una cosa, ¿ha ocurrido algo raro? ¿Has percibido algo extraño? ¿Debo tener más cuidado que de costumbre?

¿Te refieres a los vigilantes? ¿A la Sección? (El otro negó mentalmente con la cabeza.) *Al menos nada que yo haya detectado. Tal vez un intento de contacto de vez en cuando, pero nada que pudiera rastrear. Nada concentrado, vaya. Si han puesto gente aquí arriba, son demasiado buenos para mi nivel. ¡Y eso que tengo un nivel estupendo!*

¿No hay estática? ¿No será Paxton?

No siento ninguna estática. A lo lejos, quizá, pero nada local. En cuanto a Paxton, estoy seguro de que a él lo captaría aunque estuviera a treinta kilómetros. ¿Y tú qué?

He tenido una..., una experiencia, respondió Harry. *En Darlington.*

¿En Darlington? (El necroscopio se imaginó al otro enarcando las cejas.) *¡Vaya coincidencia! ¿Has encontrado algún Johnnie en Darlington?*

Harry se sintió intrigado.

Dos, repuso. *Y uno de ellos es un «Johnny» en la vida real. Al menos así es como escribe su nombre: Johnny Courtney. El otro se llama John Found.*

Se imaginó a Jordan asintiendo sombríamente mientras contestaba:

Ya. Dragosani también había sido un niño expósito, ¿no?

¿Crees que significará algo?, preguntó Harry, aunque sabía que sí.

¡Más te vale creerlo así!, le confirmó Jordan.

Te veré delante de La Despensa del Hacendado, le recordó Harry. *Dentro de cinco minutos...*

Esperó a que transcurrieran los cinco minutos presa de una expectación ardiente, dejó transcurrir otro más para asegurarse de que Jordan habría llegado y, finalmente, viajó mediante el continuo de Möbius hasta el camino empinado y adoquinado que pasaba cerca del Milla Real. Salió del continuo en una acera atestada de turistas y lugareños, apiñados como abejas en una colmena, que iban ajetreados y con determinación cada uno a sus ocupaciones. Nadie notó la repentina aparición de Harry; la gente aparecía de todas partes y se hacían a un lado para no atropellarse; el necroscopio fue un rostro más en la muchedumbre.

Jordan esperaba en el portal de La Despensa del Hacendado. Vio a Harry, lo agarró del brazo, lo metió en el bar y se lo llevó a un lugar en la sombra. Harry se alegró de ello porque el sol había salido y se había convertido en algo más que una

irritación. Lo detestaba con ganas.

—Compra tres bocadillos —pidió al telépata—. Para mí de carne, lo más cruda posible, pide algo para ti y el tercero de lo que sea con mucho pan. ¿De acuerdo?

Desconcertado, Jordan asintió y se acercó al mostrador lleno de gente. Encargó la comida, se la sirvieron y regresó junto a Harry, que lo esperaba. Harry lo tomó del brazo y le dijo:

—Cierra los ojos.

Lo condujo a través de una puerta de Möbius. Quienes los estuvieran observando tendrían la impresión de que acababan de salir del bar. Pero no llegaron a la calle. Un momento más tarde, reaparecieron a tres kilómetros de allí, junto al lago, en la cresta del vasto afloramiento volcánico llamado Arthur's Seat. Se sentaron en un banco vacío y comieron en silencio; Harry desmenuzó el tercer bocadillo y echó las migas a los patos y a un cisne solitario que se acercó nadando al festín.

—Cuéntamelo —dijo poco después el necroscopio.

—Tú primero —respondió Jordan—. ¿Qué es esa «experiencia» que tuviste en Darlington? Me dio la impresión de que se trata de algo que te preocupa, Harry. Y que no tiene que ver con encontrar a un par de Johnnies sospechosos. Sé que encontrar a este loco es importante, nadie lo niega, pero también hay algo que se llama seguridad personal. Será mejor que me lo cuentes, ¿habrá problemas?

—Sí —respondió Harry—. Y pronto. Algo dentro de mí me dice que ni siquiera Darcy Clarke puede hacer nada al respecto. Pero lo que me ha pasado no tiene nada que ver con esto. —Le explicó lo mejor que pudo lo que había percibido y le contó a Jordan cómo había reaccionado su madre ante la muerte de un cachorrito.

—¿Crees que alguien ha muerto esta mañana? ¿Tienes idea de quién puede ser?

Harry sacudió la cabeza y contestó:

—Alguien gritó mi nombre, es todo. Al menos eso creo.

—¿Y tu necrolenguaje? ¿No podrías... hacer averiguaciones?

Harry lanzó un bufido cargado de ironía y contestó:

—La Gran Mayoría ahora ya no quiere saber nada de mí. La verdad, no los culpo. —Se encogió de hombros y, un poco más animado, agregó—: Por otra parte, si de verdad ha muerto alguien, y quiere ponerse en contacto conmigo, no tardará en poder hacerlo.

—¿Ah, sí?

—Utilizando el necrolenguaje —le explicó Harry—. Pero tendrá que ponerse en contacto conmigo personalmente, porque yo no sabría por dónde empezar a buscar. Y tendría que ser de noche. Porque de día, el sol interfiere demasiado. Si no fuera por el sombrero que llevo, estaría en un buen lío. Y hasta con el sombrero me siento cansado, enfermo, incapaz de concentrarme en nada. Hasta hace poco había algunas nubes, pero ahora está despejando. ¡Y cuanta más luz hay más espeso me vuelvo! —Se puso de pie y lanzó el último puñado de migas a la superficie del lago, entre los riscos—. Salgamos de aquí. Necesito un poco de sombra.

Utilizaron la ruta de Möbius para dirigirse a la sombría casa en las afueras de Bonnyrig; luego, exploraron con una sonda telepática el campo de los alrededores.

—Nada —declaró Jordan, y Harry estuvo de acuerdo.

—Muy bien —dijo por fin el necroscopio y, quitándose el sombrero, se despatarró agradecido en un sillón—. Ahora te toca a ti. ¿Qué descubriste en el castillo? Sé que es algo que te ha estimulado.

—Es cierto —sonrió Jordan—. Tengo la ocasión de pagarte por lo que has hecho por mí. Por mi vida, mi resurrección. ¡Dios mío, estoy vivo y sé lo maravilloso que es!

Quería que las cosas salieran bien. Podría decirse que deseé fervientemente que ocurriera, y ocurrió.

—¿Crees que has encontrado al monstruo que buscamos? —preguntó Harry, y se inclinó, ansioso, hacia adelante.

—Estoy seguro —respondió el telépata—. ¡Absolutamente seguro!

Capítulo tres

Johnny Found[1]

—Le enseñé al guardia mi carnet de la Sección PES —comenzó a relatar Jordan—. Le dije que investigaba la muerte de la chica que habían encontrado al pie de los muros. Le comenté que en la primera investigación se nos cruzaron los cables, porque no era la chica que pensábamos y que por ese motivo volvíamos a empezar de cero.

»Los policías de servicio lo habían leído todo en los periódicos y no era yo el primer investigador que veían. Ni siquiera el primero de hoy. Me comentaron que en el castillo había ya dos policías de paisano que estaban en el comedor de sargentos. Cuando me enteré, la sorpresa me paralizó un momento, mientras le daba vueltas a la información, pero después pensé que daba igual. Al fin y al cabo, pertenezco a la Sección PES, ¿no? O al menos he pertenecido hasta hace poco. Además, nunca he tenido problemas al tratar con los representantes de la ley. De hecho, la policía siempre se había mostrado respetuosa conmigo y con la Sección PES en general. Y viceversa.

»Pregunté cómo llegar al comedor de suboficiales y sargentos y me fui para allí.

»El castillo de Edimburgo es un lugar inmenso y la mayor parte está cerrada al público en general y a los turistas. La mayoría de los turistas sólo sabe que la explanada del castillo es el sitio donde se celebra la Retreta de Edimburgo, y que allí hay espacio para construir un estadio para ocho mil espectadores, con palco real y todo, y una explanada en la que caben las bandas militares y los desfiles de motoristas y demás vehículos, espectáculos de todas partes del mundo, lo que quieras, pero el amplio complejo de piedra que está más allá de Mons Meg, el Cañón de la Una, y Ye Olde Tea Shoppe, o como se llame ese café del peñasco, todo eso sigue siendo un misterio para la mayoría de la gente. Y el castillo empieza a partir del cordón que impide el paso. Pero tú ya has estado allí, Harry, y sabes cómo es: un laberinto de callejones, pasadizos y patios..., un sitio fantástico. En el que es fácil perderse.

»Finalmente encontré el comedor de sargentos y a los dos agentes escoceses de paisano que hablaban con un tal sargento Cook y sus asistentes civiles e iban tomando notas. Les enseñé mi carnet y les pregunté si podía presenciar el interrogatorio, aceptaron sin decir ni pío. Estaban al tanto de que la Sección, a través de Darcy Clarke y tú, les había echado una mano en aquel asunto.

»En fin, que había llegado justo a tiempo, porque hablaban de la noche del asesinato, y hacían hincapié en las entregas de carne refrigerada que se hicieron esa noche en la cocina. Al parecer, los del departamento forense les habían informado que las ropas de Penny estaban manchadas con sangre animal.

»Imagínate cómo me sentí, Harry, estar presente cuando el sargento Cook sacó su registro de entregas para comprobar los detalles de las reses y medias reses que había entregado la Frigis Express. Como es natural, no dije ni palabra, agucé el oído,

[1] «Found», en inglés, significa encontrado, hallado, pero también niño expósito (*N. de la t.*)

mantuve la boca cerrada y procuré captar lo máximo posible. Que no fue poco; porque aquel cocinero del comedor de sargentos, corpulento, de cara rojiza y ánimos acalorados es un hombre eficiente por demás. No sólo llevaba un registro con las fechas y las horas de todas las entregas de alimentos, así como copias de los albaranes que firmaba, y que llevaban las firmas de sus proveedores, sino que además apuntaba los números de matrícula de los camiones de reparto. Como es evidente, memoricé el número del camión que hizo el reparto de esa noche.

»El sistema de reparto funciona así:

»Durante el día, la explanada se llena de gente y, además, las calles de Edimburgo no están hechas para que durante el día las transiten camiones con remolque. Por lo tanto, Frigis Express hace el reparto por la noche. Claro que los vehículos grandes no pasan debajo del arco de la sala de guardia ni por el estrecho callejón, así que aparcan abajo, en la explanada, y la cocina manda un conductor en un Land Rover militar a recoger las reses. El conductor de Frigis pasa la carne directamente de la parte trasera del camión a la parte posterior del Land Rover, que después se encarga de subir el pedido a la cocina principal. El conductor de Frigis sube en el Land Rover para que le firmen el albarán de entrega. A veces se toma una cerveza con el sargento cocinero en el despachito de éste, antes de bajar andando hasta su camión, que lo espera en la oscura explanada. Por la noche, como es evidente, la explanada está vacía y al hombre le queda suficiente espacio para maniobrar y hacer girar el vehículo para salir del castillo.

»Bien, los agentes de paisano querían saber si la noche del asesinato se había seguido el mismo procedimiento y, efectivamente, así fue. De hecho, el sargento cocinero conocía bien al camionero; trabajaba para la sucursal de Frigis en Darlington; sí, Darlington, Harry, y cada tres o cuatro semanas hacía el reparto del castillo. Cuando el sargento tenía tiempo, se tomaban juntos una pinta en su oficina.

»En cuanto a su nombre, su firma era ilegible, es probable que lo hubiera hecho adrede..., pero la «F» del apellido se leía con claridad. ¡El sargento dijo que podía jurar que se hacía llamar Johnny!

»Y ahí concluyó la cosa. Cuando los agentes se mostraron satisfechos con lo que habían averiguado, yo salí con ellos. Mientras bajábamos, les comenté lo bien que lo estaban haciendo sin la ayuda de la Sección PES. Era evidente que no sabían a ciencia cierta qué papel desempeñaba la Sección en todo el asunto (diablos, ¿quién lo sabe salvo los miembros de la Sección?), pero intuían que somos una especie de organización de los servicios secretos de alta categoría que se dedica a «tontear», sin hacerlo del todo mal, con cosas psíquicas, como sesiones de espiritismo, adivinación y cosas por el estilo. Supongo que en cierto modo no les falta razón.

»Después nos dedicamos a mirar por encima del muro en distintos lugares y hacia abajo, hacia los jardines y Princes Street, y está claro que hay lugares donde podrías tirar un cuerpo sin que se le rompan los huesos. Los policías parecían interesados sobre todo en mirar en un sitio, y supuse que ahí debía de haber sido donde encontraron a Penny. Eché un vistazo en sus mentes, y supe que había acertado.

»Y al final, cuando me despedí de ellos en la explanada, les dije: «Estaremos en contacto, y si el tal Johnny no es el tipo que buscáis...».

»Pero uno de ellos me interrumpió y me dijo: «Estamos seguros de que él es el que buscamos. Podemos esperar unos días más. En realidad, nos gustaría pescar a este cabrón recogiendo a alguna chica antes de echarle el guante. Ha estado matando con frecuencia y deprisa, de modo que creemos que volverá a intentarlo dentro de

muy poco. Como máximo, dentro de un día o dos. Y puedo asegurarle que lo seguiremos de cerca...». El agente se encogió de hombros y ya no quiso decir nada más.

»Les deseé buena suerte y eso fue todo. Me sentía estupendamente por estar vivo, y mucho más por haber logrado avanzar en el caso, así que decidí tomarme una cerveza en el Milla Real. Después de eso, esperé a que tú te pusieras en contacto conmigo. Fin de la historia...

El necroscopio parecía un tanto decepcionado.

—¿No conseguiste una descripción de ese hombre, ni averiguaste cuándo volverá a repartir para Frigis?

—Son cosas que no estaban en sus pensamientos —respondió Jordan, negando con la cabeza—. Además, de haberme concentrado para explorar sus mentes podría haber metido la pata y delatarme. Ya sabes que tú y yo somos telépatas. Cuando nos leemos el pensamiento y nos llega con toda claridad, es porque lo hacemos deliberadamente. Pero leerle el pensamiento a una persona corriente es algo distinto. Las mentes suelen comportarse de un modo disperso, rara vez se concentran en algo más que un momento.

—No era mi intención reñirte. Lo que has hecho es estupendo. Ha funcionado de maravilla..., hasta ahora. Pero quiero averiguar algo sobre los antecedentes de este tipo, como por qué actúa así. Esa clase de datos podrían ser útiles, es todo. Aunque no para mí, al menos para la Sección PES cuando yo me haya ido. Además, me intriga su nombre. Has mencionado antes que Dragosani era un niño expósito. Tal vez haya en eso más de lo que tú creías. Así que... hay un par de cosas que quiero conocer de este Johnny Found. Y quiero llegar a él antes que la policía. Sé que lo acusarán de asesinato, pero lo que ha hecho es mucho más grave y se merece más que eso. Ha actuado con mucha crueldad. Y así tiene que terminar.

El necroscopio acabó la frase con una voz ronca y profunda que se fue apagando cada vez más. Jordan se alegró de no estar leyéndole el pensamiento, pero no pudo evitar pensar para sí: *Señor Johnny Found, seas quien seas, o lo que seas, no me gustaría estar en tu lugar ni por todo el oro de Fort Knox.*

Ben Trask había convocado la reunión para las dos de la tarde y ante sí tenía a todos los agentes disponibles de la Sección PES. El ministro responsable también estaba presente, y lo acompañaba Geoffrey Paxton, al que Trask no esperaba ver. Pero no dijo nada; había comprendido que la tarea era demasiado importante como para dejar que interfirieran las personalidades de cada uno. Le parecía de lo más incongruente que un espécimen rastrero como Paxton estuviera a salvo y se lo considerara legal, mientras que los buenos elementos como Harry Keogh habían caído en desgracia y estaban a punto de convertirse en víctimas de sus propios métodos.

Porque había sido Harry quien le había enseñado a la Sección cómo proceder en esos casos. Cómo disponerlo todo, qué armas utilizar —la hoguera, la espada, el fuego— y cómo atacar para matar vampiros.

Cuando todos estuvieron presentes, Trask no perdió tiempo y fue al grano.

—A estas alturas, todos ustedes saben en qué se ha convertido Harry Keogh —comenzó—. Es la criatura más peligrosa que jamás haya existido..., *en parte* porque lleva la plaga del vampirismo, que podría consumirnos a todos y para la que no existe cura. Pues bien, hubo otros antes que Harry, y todos sucumbieron... ¡a manos del necroscopio en persona! Y eso es el otro aspecto que lo hace tan peligroso: lo sabe

todo, sobre nosotros, sobre..., en fin, sobre todo. No quiero que me malinterpreten: no es un superhombre ni nunca lo ha sido, pero se parece bastante. Lo cual era estupendo cuando estaba de nuestro lado, pero en estos momentos ya no es tan maravilloso. Ah, sí, y a diferencia de otros vampiros con los que la Sección tuvo que luchar, Harry sabrá que lo perseguimos.

Dejó que comprendieran la importancia de ese detalle y prosiguió:

—Hay otras cosas que lo hacen peligroso. Se ha convertido en telépata, de manera que a partir de ahora los que se dedican a robar pensamientos de entre ustedes deberán vigilar sus mentes. De lo contrario, Harry se meterá en ellas. Y si se entera de lo que tramamos, no se quedará a esperar a que lleguemos, ¿verdad? Además, utiliza la teleportación; se vale de algo llamado el continuo de Möbius para ir y venir a su antojo. Puede estar literalmente *en cualquier parte* que desee instantáneamente. Ténganlo en cuenta...

»Y por último, pero no por eso menos importante, al menos que sepamos, Harry es también nigromante, como lo fue Dragosani; no, mejor que Dragosani. Porque Dragosani sólo *examinaba* a sus víctimas. Y Harry puede traérnoslas de entre los muertos, utilizando sus cenizas... y creemos que vuelven como vampiros. Y como tales, obviamente, trabajarán para él. En una palabra, lo que quiero decirles es que cuanto ha logrado anteriormente se encuentra ahora invertido: Harry Keogh es nuestro objetivo. Él y cualquiera que trabaje con él.

»Muchos de ustedes se preguntarán dónde está Darcy Clarke, de manera que voy a ponerlos al corriente. Darcy ha muerto... a raíz de un accidente. —Trask levantó de inmediato la mano para frenar las protestas, porque había visto que algunas caras comenzaban a crisparse y algunas bocas a abrirse para formular preguntas—. *Fue* una especie de accidente —repitió—, en cierta manera comprensible, aunque no del todo aceptable. He tenido que buscar a fondo en mi alma para aceptarlo así, por lo que comprendo la confusión que sienten ustedes en estos momentos. Pero a Darcy lo habían cambiado. No cabe otra explicación, de lo contrario, no habríamos podido matarlo. Han oído ustedes bien, he dicho «habríamos», y me refiero a la Sección. De haber estado vivo, habría sido nuestro enlace más débil, y tarde o temprano nos habríamos visto obligados a deshacernos de él. Pero está muerto y nadie puede traerlo de vuelta de donde está... ni manipular sus restos. Porque los hemos incinerado (sí, ya lo hemos hecho) y en estos momentos alguien se ocupa de esparcir sus cenizas. Si era uno de los hombres de Harry, lo cual parece probable, entonces, ha dejado de existir.

»Muy bien, he dicho que fue un accidente. Pero el verdadero accidente, o mejor dicho, la verdadera tragedia fue que Darcy Clarke y Harry Keogh eran amigos, y que habían estado estrechamente relacionados. Es así de sencillo. Harry sufrió su «accidente» en las islas griegas o, tal vez, con más probabilidad, en Rumania, hace unas cuantas semanas. Desde entonces, esa cosa se ha apoderado de él por completo. Y es posible que sin que Darcy se enterara, y también sin que el necroscopio mismo estuviera al corriente, la cosa, la enfermedad, el contagio, o como quiera que le llamen ustedes a eso, pasó del uno al otro. Al menos así es como lo veo yo.

»Pero la cuestión es que Darcy se encontraba afectado gravemente por la niebla mental y había perdido su ángel de la guarda, el don que lo había mantenido a salvo a lo largo de las misiones que la Sección le había encomendado durante todos estos años. En cuanto al hecho de que Darcy trabajaba con o para Harry, sabíamos que le pasaba información incluso antes de que tuviésemos la certeza de que lo habían transformado. Resulta difícil determinar cuándo se produjeron estas

transformaciones. Tal vez estuvieran latentes durante un cierto tiempo, y acabaron por manifestarse anoche. Fue entonces cuando Harry visitó a Darcy en su casa. No se quedó mucho tiempo, pero cuando se marchó... Darcy quedó envuelto en una niebla mental.

»A eso me refería cuando dije que Darcy había sido transformado, cambiado. Cuando murió, ya no era Darcy Clarke, al menos no el que nosotros conocíamos. Y ahora no es nadie. Pero lo más importante es que ya no representa ni representará nunca una amenaza para la Sección ni para el mundo.

»Por desgracia, no podemos decir lo mismo de Harry Keogh, él sí que es una amenaza, igual que las personas que creemos que ha contaminado. Hay por lo menos dos: una joven llamada Penny Sanderson y... el telépata que conocíamos como Trevor Jordan. —Volvió a levantar la mano—. Ya lo sé, Trevor también era amigo mío. ¡Pero también estaba muerto! Y ya no lo está. Harry Keogh ha resucitado a estas dos personas de sus cenizas..., lo que sin duda confirma en qué se han convertido. ¡En muertos vivientes!

»¿Adónde nos conduce todo esto? Lisa y llanamente, nos encontramos ahora con una lucha entre manos, una lucha que requerirá la habilidad y el esfuerzo de todos y cada uno de nosotros. Porque si no ganamos esta batalla, ya no habrá otra. He aquí el plan de acción. A partir de esta noche, la chica llamada Sanderson quedará sometida a una vigilancia encubierta. Dejaremos el asunto en manos de la Sección Especial. En este caso no intervendrá ningún PES. ¿Por qué? Porque Harry Keogh o Jordan percibirían a los nuestros como si fueran radiactivos. De modo que será el policía británico de costumbre el que cubrirá esta parte del plan, pero sin saber exactamente de qué va el asunto. Para ellos será una vigilancia más. Suponemos que no habrá demasiado peligro, porque, por lo que sabemos, la chica no ha tenido contactos con Jordan ni con el necroscopio desde que Harry..., bueno, desde no importa qué hiciera para lograr que regresara. Dejaremos que los representantes normales de la ley se ocupen de su vigilancia hasta que sea la hora; entonces, los apartaremos de la misión y nos tocará a nosotros actuar. Para entonces ya sabremos cómo tratarla.

»Por cierto, si les parece que hablo de esto con mucha sangre fría, se debe a que así tiene que ser. Soy el único que queda del grupo veterano, lo que significa que soy el único que sabe lo que es el infierno. Lo vi durante el caso Bodescu y también en las islas griegas. El que crea que exagero es que no se ha leído los archivos de Keogh o el informe de Darcy Clarke sobre el caso griego. ¡Si alguno de ustedes no se ha leído ese material, más le vale que lo haga ahora mismo!

»Muy bien, pues, a partir de esta noche, tendremos vigilada a la chica y así seguirá hasta que estemos preparados. Pero ella es un pececito más del cardumen, porque los peces gordos, los tiburones, siguen nadando a sus anchas. Y de ellos tenemos que preocuparnos. ¿Pero hasta qué punto debemos preocuparnos? Hablemos de Jordan.

»Esta mañana estuvo en Edimburgo, en el castillo del Monte, para interesarse por el caso del asesino reincidente. Darcy Clarke había solicitado la ayuda del necroscopio en este asunto y, al parecer, Harry se obsesionó con él. Creemos que Harry y Jordan trabajan juntos; no me pregunten por qué, lo único que puedo decirles es que Penny Sanderson fue una de las víctimas del asesino. ¿Venganza? Podría ser, los vampiros son así. De ser así, tarde o temprano Harry y compañía tratarán de echarle el guante a ese maníaco sexual.

»¿Que cómo nos enteramos de que Jordan estuvo en el castillo? Sencillamente

porque se reunió como quien no quiere la cosa con un par de policías de paisano que investigaban el caso. Pudo hacerlo porque todavía conserva su carnet de la Sección. Posteriormente, uno de los investigadores mencionó el nombre de Jordan a un superior; el hecho de que la Sección PES tuviera a uno de sus hombres siguiendo el caso alertó a su jefe, que se puso de inmediato en contacto telefónico con nosotros para agradecernos el interés e informarnos de que ya no necesitaba nuestra ayuda, porque creen que ya han descubierto al asesino. Al menos hemos conseguido el nombre y la dirección del sospechoso, cosa que nos resultará útil. Según parece, se llama John o Johnny Found y tiene un apartamento en Darlington. Pondremos a un agente de policía a vigilar al señor Found y designaré a alguien para que los vigile a ellos, con la advertencia de que se mantengan al margen, por el momento, a la espera de que Keogh y Jordan decidan echarle el guante.

»¿Qué más puedo decirles sobre Jordan? Como ya sabrán, Trevor era, quiero decir, es, un telépata muy dotado. Es posible que Harry haya conseguido ese don de él. Porque no olviden que Harry es también nigromante. Y como tal es capaz de acumular los dones que va encontrando, del mismo modo que hacía Dragosani. Sin embargo, todo esto que les digo es pura especulación, porque no ha sido probado. Otro detalle sobre Jordan: siempre fue un hombre sumamente agradable. Ya sé, ya sé que no existe un vampiro bueno. ¡No hace falta que me lo digan! Pero quiero hacer hincapié en que no creo que la maldad sea en él algo natural. Probablemente se trate de un proceso gradual. Al menos eso espero, porque por supuesto su vampirismo aumentará velozmente sus ya de por sí potentes capacidades telepáticas. Después de lo cual... ¡no habrá manera de cogerlo por sorpresa!

»Muy bien, ya casi he acabado. Dentro de una hora recibirán más detalles sobre las nuevas misiones que se les encargarán, en cuanto logre que los elaboren. Aparquen todos los temas que llevaban hasta nuevo aviso.

»Haré un resumen de cómo actuaremos en este asunto:

»Conocemos la guarida preferida de Harry Keogh, el lugar que con todo derecho considera su «territorio», pues ha vivido allí casi toda su vida; se trata de una vieja casa cerca de Bonnyrig, no muy lejos de Edimburgo. Creemos que tiene allí su base de operaciones y que Jordan le ayuda en lo que está haciendo, sea lo que sea. Es posible que estén tras la pista de Johnny Found, o bien, si ya lo han localizado, se estarán preparando para que se haga «justicia». De manera que además de vigilar a la joven Sanderson y al señor Found, vamos a controlar de forma encubierta la vieja casa de Harry. He de insistir, y creo que por más veces que lo repita nunca será suficiente, he de insistir, digo, que la vigilancia ha de ser muy disimulada.

»Si logramos coger a la chica, a Harry y a Jordan al mismo tiempo, sobre todo si los encontramos a solas, entonces podremos actuar contra ellos. Tal vez nos veamos obligados a precipitar nuestra intervención si Harry y Jordan deciden eliminar a Found. Lo ideal sería que esperásemos a poder atrapar a los tres a la vez. De ese modo no podrán recibir aviso alguno. Lo que *no debemos* hacer es tratar de detenerlos uno por uno, porque de ese modo los demás quedarían sobre aviso. ¿Está claro?

»Por último, o mejor dicho, antes de pasar a examinar los instrumentos de nuestro oficio, debo comentarles algo que sé que no les sentará bien. El ministro, aquí presente, ha confiado en la Sección PES soviética para que nos auxilie en este asunto. —Trask fijó la mirada en el pequeño mar de caras asombradas, pero nadie pronunció una sola palabra.

—La cuestión es —prosiguió— que aunque encontremos la forma de atrapar al

necroscopio, que evidentemente no será fácil, él estará en condiciones de huir a un lugar del que con toda probabilidad puede volver... acompañado de Dios sabe qué cosas. Sí, me refiero a la Puerta del Perchorsk Projekt, que está en los Urales. Desde que nos enteramos de esa pesadilla, no la hemos perdido de vista, y sabemos que los rusos han logrado mantenerla a raya mientras encuentran una solución más satisfactoria. Si logramos hacerle la vida intolerable, y con suerte, imposible, es probable que Harry intente marcharse a la Tierra de las Estrellas. Por eso hemos confiado en los rusos, porque no nos atrevíamos a dejar que se marchara a ese lugar. Sería magnífico si quisiera quedarse allí para siempre, pero monstruoso si alguna vez decidiera volver acompañado de quién sabe qué.

»¿Y qué nos hace pensar que tal vez trate de ocultarse en otro mundo? Una libreta que encontramos en el apartamento de Clarke hace una hora. Darcy había apuntado unas cuantas ideas, pero debió de ser antes de que Harry fuera a verlo. Puede que haya ido a verlo por eso. Las notas son una maraña de garabatos, pero de ellas se desprende que Darcy creía que Harry se marcharía a la Tierra de las Estrellas. Pues bien, los soviéticos están ya enterados de lo de Harry, al menos de todo lo que pudimos informarles, y se mantendrán alertas por si aparece. De manera que da la impresión de que la Puerta de Perchorsk está cerrada para él.

»Pasemos ahora a considerar nuestro... equipo. Y cómo utilizarlo. Después procederemos a formar grupos equilibrados y a preparar una lista preliminar detallada de sus tareas.

Trask quitó una manta que cubría diversas armas distribuidas sobre una robusta mesa plegable.

—Es importante que aprendan a utilizar estas cosas —dijo—. Los machetes hablan por sí solos. Pero manéjenlos con cuidado, porque están afilados como cuchillas. En cuanto a esto, supongo que todos ustedes saben que se trata de una ballesta. Pero el tercer elemento puede que no les resulte tan familiar. Se trata de un lanzallamas portátil, es un nuevo modelo. Será mejor que le echemos un vistazo primero.

»Aquí tienen el depósito de combustible, que se lleva en la espalda así, como les indico...

La reunión continuó de este modo durante otra hora más.

Después de la puesta de sol, Harry se dirigió hacia Darlington utilizando el continuo de Möbius. Dejó a Trevor Jordan dormido (no resultaba sorprendente que estuviera exhausto; su regreso del más allá seguía pareciéndole como un sueño del que temía despertar de repente) en un cuarto secreto debajo de los aleros de la casa, junto al río. Desde el cuarto del desván se podía llegar a la casa contigua, que estaba deshabitada y medio en ruinas, de manera que si llegaba a ocurrir cualquier imprevisto, Jordan podía utilizar esa vía para huir. Los dos PES habían examinado la «atmósfera» psíquica de la zona y no habían descubierto nada; en cualquier caso, Jordan había estado ocupado racionalizando sus temores en ese sentido y en realidad no se imaginaba a la Sección PES tratándolo como a Yulian Bodescu. Pasara lo que pasara, tenía la certeza de que no actuarían precipitadamente.

Johnny Found vivía en Darlington, en la planta baja de una vieja casa victoriana de cuatro pisos, ubicada en una hilera de edificios, en la periferia del centro. Los viejos ladrillos rojos se habían ennegrecido debido a la proximidad del edificio a una línea férrea; las ventanas aparecían difuminadas; tres escalones conducían desde un sendero del jardincillo lleno de maleza hasta el porche comunitario. Tras la fachada

de ese porche —detrás de las ventanas mugrientas, con cagadas de moscas, en esas mismas habitaciones— vivía Found.

A Harry se le erizó la piel, bajo aquella luz tenue, al pensarlo y notó que sus ansiosos sentidos de vampiro se intensificaban al caminar primero calle arriba y luego calle abajo, delante de aquella residencia sombría de un nigromante del siglo XX. El asesino de la dulce y joven Penny Sanderson.

Un simple enfrentamiento habría sido lo más fácil, pero no formaba parte del plan del necroscopio. No, porque entonces el resultado habría sido precipitado, el acusado se entregaría sin chistar, tal como se decía en la jerga legal, o bien reaccionaría con violencia. Y Harry lo mataría. Y habría sido *demasiado* fácil.

Por otra parte, el *modus operandi* de Found era cruel, furtivo, pensado para aterrorizar incluso antes de que se cometiera el acto en sí, el monstruoso crimen. Pero tenía que haber algo parecido a un juicio. Pero un juicio como en una ordalía, y no como en un examen previo a una sentencia. Porque si Johnny Found era en realidad el hombre, la sentencia ya había sido emitida.

El día laborable había tocado a su fin; el tráfico iba decayendo en las calles en sombras; las personas se encaminaban a sus casas. Algunas entraban en el edificio donde vivía el nigromante; una mujer de mediana edad, con un abultado carrito de la compra, entró torpemente por la puerta principal; una joven con el pelo desordenado y un niño lloroso que le tiraba del brazo le gritó a la mujer del carrito para que la esperara y le aguantara la puerta abierta; tras ellas iba un hombre mayor, vestido con un mono, de aspecto cansado y cargado de hombros, que llevaba una bolsa de cuero llena de herramientas.

En una habitación de la buhardilla, bajo los aleros empinados, se encendió una luz. En la segunda planta se encendió otra luz con un pestañeo, y otra en la tercera. Harry apartó la mirada un momento, exploró ambos extremos de la calle y luego volvió a observar el edificio.

En ese momento vio que una cuarta luz, mucho más tenue, se encendía en una ventana de una esquina del apartamento de la planta baja. Pero no había visto entrar a Found.

El edificio se encontraba en una esquina, tenía que haber una entrada lateral; Harry esperó a que el tráfico se despejara, cruzó al otro lado del camino y dobló la esquina. Ahí estaba, una puerta metida como en un nicho en el costado del edificio. La entrada particular a la guarida de Johnny Found. Y Johnny estaba ahí dentro.

Harry cruzó la calle adoquinada, se alejó de la casa y se fundió en las sombras del edificio que había en el extremo más alejado. Se giró, se reclinó contra la pared y miró la luz que brillaba desde ese lado, a través de un ventanuco del apartamento de Found de la planta baja. Se preguntó qué estaría haciendo su presa ahí dentro, qué pensaría..., hasta que cayó en la cuenta de que no tenía por qué preguntarse nada. Porque Trevor Jordan le había dado el don de averiguarlo por sí mismo.

Permitió que sus dones telepáticos, aumentados por el vampiro, fluyeran hacia la noche, que se internaran en la oscuridad, cruzaran el camino, atravesaran la pared de ladrillo y entraran en la casa del mal, ennegrecida por el humo. Pero el sondeo no seguía un destino fijo, carecía de determinación y parecía inexperto; se extendía en todas direcciones, como el oleaje en un lago oscuro. Hasta que de pronto... el necroscopio encontró mucho más de lo que esperaba.

Su habilidad telepática hizo contacto con una mente —no, con dos— y supo de inmediato que ninguna de ellas pertenecía a Johnny Found. Para empezar, no se encontraban en la casa, y para terminar... ya estaban concentradas en él. ¡En Harry

Keogh!

Harry inspiró con un profundo siseo de aprensión, luchó contra la urgente necesidad de agacharse, que no habría hecho más que delatar su precaución, y miró hacia ambos lados del callejón. ¿Serían de la Sección PES? No, porque no percibía ninguna fuerza, ningún don, ningún poder metafísico. ¿Qué y quiénes serían? ¿Y dónde estarían?

Un cigarrillo brilló en la oscuridad del callejón cuando alguien le dio una chupada, alguien que permanecía en las sombras, como el necroscopio. Al otro lado del camino principal, bajo una farola, había una silueta envuelta en un abrigo oscuro, con las manos solitarias hundidas en los bolsillos, que daba vueltas de aquí para allá, como si se tratara de un hombre al que le han dado plantón pero que no ha perdido las esperanzas de que su novia aparezca: un señuelo para que no se fijara en el que estaba en la oscuridad.

Y los dos se preguntaban cosas sobre Harry, de modo que percibió en ráfagas sus pensamientos directamente de sus mentes confiadas.

El que estaba debajo de la farola pensaba: *Found está en casa, ¿pero quién será este tipo? Fíjate, va calle arriba y calle abajo, acechando como un gato... ¿Será el tipo del que nos dijeron que nos cuidáramos? ...Dijeron que si aparecía no teníamos que meternos con él, pero... si lo pescamos, vaya triunfo..., ¿un ascenso a inspector?*

Y el que estaba en las sombras salió de su escondite y se dirigió hacia Harry. *Dijeron que era peligroso... Eso ya lo veremos. Si me obliga a defenderme... ¡le volaré la cabeza!* (Harry notó cómo la mano del hombre apretaba nerviosamente la empuñadura de goma de la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo.)

Mientras el de la pistola se le acercaba con paso decidido, el otro se enderezó, sacó las manos del bolsillo, cruzó el camino y se dirigió hacia Harry. Y como quien no quiere la cosa, pacientemente, pero con los corazones galopándoles en el pecho y la vista aguzada como dagas, fueron hacia él.

Harry les lanzó una mirada furibunda y se sorprendió al oír que de su garganta escapaba un gruñido. Un río de fuego le recorría las venas, encendiéndole algo que llevaba dentro y que le hablaba de asesinatos y de sangre roja manando con fuerza, que le hablaba de la vida y de la muerte. *¡Wamphyri!* Pero su lado humano exclamaba:

—¡No! ¡Estos no son tus enemigos! Hace tiempo, antes de que te tomaras la justicia por tu propia mano, podían haber sido incluso amigos tuyos. ¿Para qué quieres lastimarlos si puedes huir de ellos con tanta facilidad?

¡Porque la naturaleza no me ha hecho para huir sino para plantar cara y luchar!

—¿Luchar? ¡No sería una lucha justa! Son como niños...

¿Ah, sí?¡Uno de esos niños va armado!

El hombre que cruzaba el camino esperó a que una hilera de coches pasara por el primer carril; se encontraba a apenas diez o quince pasos de distancia. El otro estaría a unos veinte. Pero estaba claro que los dos iban hacia Harry. Su vampiro percibió el peligro, igual que él, y entró en acción para protegerlo. Un sudor frío le exudaba por los poros, y por la boca le manaba una extraña niebla que se le pegaba como una capa cada vez más densa. A medida que los dos policías se acercaban, la niebla de Harry salía de las sombras donde esperaba y se alzaba visible como las emanaciones del cuarto de una caldera.

Las armas ya no les sirven de nada. Con esto no me ven. Pero yo sí los veo, los huelo, los percibo, si quisiera, con sólo tender la mano hasta podría tocarlos. ¡Con sólo tender la mano podría borrarlos del mapa!

—¡Maldito seas! —exclamó Harry en voz alta, dirigiendo la maldición hacia sí mismo o más bien hacia la cosa que llevaba en su interior—. ¡Cosa asquerosa y rastrera!

—Bueno, no nos ofenderemos por eso —respondió uno de los policías al tiempo que se agachaba y apuntaba hacia la niebla empuñando el arma con las dos manos—. No es la primera vez que nos maldicen. Así que sal de ahí. Tanto vapor no te hará nada bien. ¿Quieres estropearte los pulmones? O prefieres que te los estropee yo, ¿eh? ¡Sal de ahí te he dicho!

No recibió respuesta alguna, sólo una repentina agitación, un remolino de la niebla al encogerse ésta sobre sí misma, como si alguien hubiera sacudido una manta o dado un portazo en su interior. Segundos después, la niebla se disipó, cayó al suelo, se convirtió en una capa de líquido que mojó los adoquines y los hizo brillar. Y la pared surgió alta, negra y vacía, sin el callejón y sin cuarto de calderas.

No había nadie.

Trevor Jordan estaba despierto en Bonnyrig; una pesadilla rápidamente olvidada lo había empapado de sudor y lo había hecho saltar sin aliento de la cama del dormitorio del desván; bajó a recorrer las habitaciones y pasillos de la vieja casa junto al río, encendió todas las luces, los nervios a flor de piel, y echó un vistazo entre las cortinas. No podía precisar por qué sentía aquella aprensión, pero percibía que algo lo acechaba. Una cosa terrible que le permitía conservar por el momento su energía, pero que estaba llena de un propósito monstruoso.

Jordan se preguntó si no se trataría de Harry. ¿No sería la cosa en la que Harry se estaba convirtiendo? Tal vez. ¿No tendría que ver con la suerte que pudiera correr Harry si la Sección PES actuaba finalmente contra él? Tal vez fuera eso también. ¿O estaba preocupado por su propio destino, por seguir en compañía del necroscopio? ¿Se había sentido igual Yulian Bodescu en Harkley House, en Devon, aquella noche cuando la Sección había actuado contra él y lo destruyó? Seguramente se habría sentido más o menos igual.

Jordan sabía que había llegado la hora de que abandonara a Harry, de que lo abandonara para siempre y volviera a mezclarse con los hombres corrientes. El telépata sabía que jamás sería una persona verdaderamente corriente, porque había estado en el más allá y había regresado. Pero podía intentarlo. Podría esforzarse por olvidar poco a poco que había estado..., le costaba esfuerzo pensar siquiera en la palabra..., que no había estado vivo y que al cabo de un tiempo había vuelto a ser un hombre, aunque fuera dotado de un don especial. Cuando Harry ya no estuviera junto a él, cuando hubiera huido a ese otro mundo que Jordan apenas podía imaginar, entonces él volvería a la Sección. Si lo aceptaban. Claro que, antes, los de la Sección tratarían de asegurarse. Comprobarían tanto su identidad como sus poderes.

Pero el problema radicaba en que no estaba seguro de ser la misma persona, y posiblemente en ese aspecto estuviera el origen de sus pesadillas. Porque si la horrenda metamorfosis de Harry continuaba acelerándose...

¡Harry!

Jordan inspiró hondo cuando la conciencia telepática del necroscopio inundó todo su ser. Tuvo la sensación de haber recibido un remojón en agua helada y se echó a temblar con violencia. Harry estaba allá afuera, en alguna parte, al otro lado del río. Y le leía el pensamiento. ¿Pero cuánto tiempo llevaba ahí fuera?

De hecho, sólo uno o dos minutos. Y no leía el pensamiento a Jordan, más bien exploraba telepáticamente la zona. Sin embargo, había detectado los miedos de

Jordan, lo cual no contribuyó en nada a calmar a la bestia enfurecida que llevaba dentro, a la que había impedido manifestarse huyendo de los dos policías que vigilaban el apartamento de Johnny Found. Harry había decidido salir del continuo de Möbius entre los arbustos que se encontraban al otro lado del río y no directamente en la casa por una simple razón: al leer el pensamiento a los policías de paisano en Darlington había visto con toda claridad que lo esperaban. Más aún, alguien había informado al que llevaba pistola que Harry podía resultar peligroso. Era evidente que la Sección PES debía de haberlos prevenido de la posibilidad de que se presentara. De modo que a pesar de las explicaciones de Darcy Clarke sobre él a la Sección no había logrado romper el hielo.

Si lo buscaban en Darlington, estaba claro que no tardarían en ir a buscarlo allí también. Había conseguido asustar a Paxton (al menos por el momento), pero Paxton era sólo uno de ellos y, además, no era un espécimen típico. De manera que a partir de ese momento debería explorar a fondo como medida de precaución, antes de meterse en los sitios que hasta ese momento había considerado «seguros». Aquello no hizo más que reforzar la sensación de claustrofobia del necroscopio, una sensación de malos presagios que incluía el espacio de Möbius y que se cernía sobre él. Por no mencionar el tiempo.

Y descubrir que Trevor Jordan también le temía, que temía lo que Harry pudiera hacerle..., era demasiado...

Los muertos —incluido Möbius— se habían vuelto contra él; su madre se había consumido y lo había abandonado; en el mundo no le quedaba nadie, ni vivo ni muerto, que pudiera decir algo positivo en su favor. Y aquéllos eran el mundo y la raza por los que había luchado tanto y con tanto ahínco. Ni siquiera era su propia raza. Ya no.

Harry cruzó una puerta de Möbius y salió en un oscuro pasillo de la casa que estaba al otro lado del río; en silencio, comenzó a subir las escaleras para ir a su dormitorio. De repente lo invadió un cansancio inmenso; las preocupaciones le pesaban demasiado; el sueño sería curativo y..., ¡al diablo con todo! Que el futuro se ocupara de sí mismo.

La voz de Jordan lo detuvo cuando se encontraba en mitad del primer tramo de escaleras.

—¿Harry? —El telépata lo miraba desde el pie de las escaleras. Trevor Jordan le leía el pensamiento al necroscopio con la misma facilidad con que Harry se lo leía a él—. No..., no debí pensar esas cosas.

—Y yo no debí haberte leído el pensamiento —respondió Harry—. De todos modos, no te preocupes. Ya me has ayudado en lo que podías y te estoy agradecido. Estar solo no será tan malo, ya he estado solo en otras ocasiones. Así que si quieres irte, ¡márchate ahora mismo! Seamos realistas, con el transcurso del tiempo pierdo cada vez más la capacidad de controlar a esta cosa y, por lo tanto, lo más seguro sería que te fueras ahora mismo.

—No mientras tengas a todo el mundo en contra, Harry —repuso Jordan, sacudiendo la cabeza—. No te dejaré solo.

Harry se encogió de hombros, se volvió, siguió subiendo las escaleras y dijo:

—Como quieras, pero no tardes mucho...

Capítulo cuatro

Sueños...

La noche aún era joven cuando Harry apoyó la cabeza en la almohada; la luna estaba alta y las estrellas brillaban, era su hora. Sus sentidos ya no eran fuertes durante el día, pero con la oscuridad de la noche alcanzaban una potencia insospechada. Incluso los que regían o eran regidos por su subconsciente. Sus sueños también eran más fuertes.

Primero soñó con Möbius y presintió que era algo más que un sueño normal y corriente. El matemático que había muerto hacía tantos años se acercaba y se sentaba en su cama, y aunque su rostro y su silueta no se veían con claridad, su necrolenguaje le llegaba con nitidez y sin interferencias.

Es la última vez que podremos hablar, Harry, por lo menos en este mundo.

¿Está seguro de que quiere hablar conmigo?, repuso el necroscopio. *Últimamente, parece ser que no puedo evitar hacer pasar malos ratos a la gente.*

La silueta vaga e ingrávida de Möbius asintió.

Sí, pero los dos sabemos que ése no eres tú. Por eso he decidido venir a verte, mientras tus sueños sigan perteneciéndote.

¿Me pertenecen?

Creo que sí. Sin duda te pareces más al Harry que conocía.

Harry se relajó un poco, suspiró y se hundió en la cama.

¿De qué quiere hablar?

De otros lugares, Harry. De otros mundos.

¿De mis dimensiones paralelas en forma de cono? El necroscopio se encogió de hombros a manera de seca disculpa. *Eran un puro engaño, discutía por el gusto de discutir. Mi vampiro y yo estábamos practicando.*

Puede que haya sido así, replicó Möbius, *pero haya habido o no engaño de tu parte, tenías razón. Tu intuición, Harry. Lo único que tu visión no tenía en cuenta era cómo.*

¿Cómo?

Mejor dicho, quién, aclaró Möbius.

¿Cómo? ¿Quién? ¿Volvemos a hablar de Dios?

Del Big Bang, dijo Möbius. *La luz primigenia, allá por los inicios del tiempo y el espacio. Todo esto no pudo surgir de la nada, Harry. Sin embargo, ya hemos decidido que antes del Comienzo no había nada. ¡Una soberana tontería por nuestra parte, porque tú y yo sabemos que no hace falta que exista la carne para tener una mente!*

Dios, asintió Harry. *El Ser Incorpóreo Fundamental. Él lo hizo todo, ¿no? ¿Con qué fin?*

¿Para saber qué ocurriría, quizá?

¿Quiere decir usted que no lo sabía ya? ¿Y la omnisciencia?

No seas injusto, nadie puede saber ni conocer nada antes de que tenga lugar. Además, es peligroso intentarlo. Pero Él lo sabe todo desde entonces.

Háblеme de los otros lugares, le pidió Harry, fascinado muy a pesar suyo.

El mundo de la Tierra de las Estrellas y de la Tierra del Sol es uno de ellos, explicó Möbius. *Pero fue un..., un error. Se produjeron ciertas paradojas imprevistas y las cosas salieron desastrosamente mal. La Tierra de las Estrellas, las ciénagas de los vampiros y los mismos wamphyri, fueron a la vez causa y efecto. ¡Pero es así en el futuro y en el pasado! Contarlo ahora sería cambiarlo y resultaría presuntuoso.*

El tiempo y el espacio son relativos, adujo Harry. *¿No lo he dicho siempre? Y a su manera, son fijos. No se los puede dañar ni cambiar por el mero hecho de hablar de ellos.*

Möbius lanzó una risita ahogada sin asomo de alegría.

Eres ingenioso, Harry, he de reconocerlo. ¡Pero conmigo de nada te sirven tus artes vampíricas! De todas maneras, no me refiero a la Tierra de las Estrellas.

Soy todo oídos, respondió el necroscopio, malhumorado.

En una ocasión, le recordó Möbius, *mencionaste el equilibrio del multiverso, donde los agujeros blancos y los agujeros negros movían la materia, por las distintas capas de la existencia, retardando e incluso invirtiendo la entropía. Como las pesas que rigen el balanceo de un viejo reloj de péndulo. Pero ése es un tipo de equilibrio, el equilibrio físico. Existen también los equilibrios metafisico, místico y espiritual.*

¿Otra vez Dios?

El equilibrio entre el Bien y el Mal.

¿Y todo se originó en la misma fuente? ¡Su razonamiento, August Ferdinand! Recuerde que «antes del Principio no había nada».

Nuestras opiniones no están enfrentadas, dijo Möbius, sacudiendo la cabeza. *¡Al contrario, están en completo acuerdo!*

¿Que Dios tenía un lado oscuro?, preguntó Harry, asombrado.

¡Claro que sí, un lado oscuro que apartó de sí!

Las palabras del matemático dejaron a Harry petrificado.

¿Y yo puedo hacer lo mismo? ¿Es eso lo que quiere decirme?

Lo que quiero decirte es que los otros lugares son como niveles, algunos superiores, otros inferiores. Y lo que hagamos aquí determina el paso siguiente. El que subamos o bajemos.

¿El cielo o el infierno?

Möbius se encogió de hombros.

Si te sirve de algo pensar en esos términos, pues adelante.

¿Quiere decir que cuando salga de aquí puedo dejar atrás mi lado oscuro y, con suerte, también a mi vampiro?

Mientras exista una diferencia, sí.

¿Una diferencia?

Mientras se os pueda diferenciar.

¿Quiere usted decir si no sucumbo?

He de marcharme ya, dijo Möbius.

¡Pero necesito saber más!, exclamó Harry, desesperado.

Se me autorizó a regresar, dijo Möbius, con sencillez. *Pero no a quedarme. Mi nuevo lugar está más arriba, Harry. Y no puedo permitirme el lujo de perderlo.*

¡Espere! Harry intentó moverse, sentarse, aferrar a Möbius por la muñeca. Pero estaba inmóvil y de todos modos habría sido como querer aferrar humo. Igual que un conjunto de sus fórmulas esotéricas, el gran hombre se transformó en la nada y desapareció...

La visita de Möbius había fatigado a Harry mucho más de lo que ya estaba. Se sumió en un sueño más profundo. Pero en su mente, influida por el vampiro, un nombre rondaba sin cesar, lo atormentaba sin tregua. El nombre era Johnny Found.

Harry era telépata; tenía una misión, una tarea que debía terminar; y en su interior llevaba un vampiro. Cuando se marchó a las montañas de Transilvania, a enfrentarse a Janos, hijo de Faethor Ferenczy, éste le había advertido que sólo uno de ellos saldría con vida y que el ganador sería una criatura con un poder increíble.

Después de leer el futuro, Janos se había enterado de lo mismo y sabía que no podía perder. Pero... uno no debería nunca tratar de entender el futuro. Léelo si no te queda remedio, pero no trates de entenderlo. Fue Harry quien había descendido de las montañas. Y aunque todavía no sabía hasta dónde llegaban sus poderes, sobre todo los de reciente adquisición, como los telepáticos, una cosa era cierta: se trataba de unos poderes increíbles. Lo habían sido antes, pero en ese momento, con el refuerzo que suponía el vampiro...

Mientras soñaba no controlaba sus dones, aunque permanecían activos. Los sueños son los bancos de compensación de la mente, donde se lleva el balance, donde se cuadran todas las cuentas, como una sala de selección donde se descarta lo trivial y superfluo de la vida y se reordena lo importante. He ahí la función de los sueños. Y hacer realidad los deseos. Y para aquellos que tienen conciencia, sirven para elevar la culpa reprimida. Razón por la que ciertos hombres tienen pesadillas.

Harry tenía su ración de culpa y más que suficientes deseos que exigían hacerse realidad. Y cuanto él había sido incapaz de ordenar en las horas de vigilia, su subconsciente —y el vampiro que formaba parte de él— intentarían ponerlo en orden mientras dormía.

Su conciencia ampliada salió de él y se extendió para formar una sonda telepática que, sin el más mínimo error y en un solo instante, recorrió los kilómetros que la separaban de su objetivo en Darlington. Ese objetivo era la mente dormida de Johnny Found, una mente con un don extraño y retorcido sobre el que Harry deseaba saber más.

Con la siniestra astucia del vampiro, no tenía más que sugerir, proponer, tocar esta o aquella fibra y, con un poco de suerte, Johnny Found se lo diría todo.

Absolutamente todo.

Johnny también soñaba. Con su niñez. No era algo que hiciera voluntariamente, pero un espectro nocturno insistía en llamar a la puerta de los recuerdos infantiles y exigirle que la abriera.

¿Recuerdos infantiles? Claro que los tenía, pero según él no merecía la pena recordarlos, mucho menos soñar con ellos. Razón por la cual no lo hacía. Normalmente.

Se removió un poco en la cama; su subconsciente gimió, se disponía a empuñar un martillo para clavar la puerta que daba a su pasado; algo apartó el martillo para que no lo alcanzara y Johnny no pudo hacer otra cosa que contemplar impotente cómo se abría la puerta. Del otro lado lo esperaban las Cosas Malas del ayer: los pequeños delitos que había cometido y toda la gama de castigos y penas que le habían hecho pagar por ellos. Pero entonces sólo era un niño inocente (eso decían) y con el tiempo todo aquello pasaría; pero Johnny había sabido siempre que el tiempo no ejercería en él ninguna influencia benefactora y que jamás encontrarían un castigo lo bastante severo para sus crímenes.

Habían tratado de convencerlo de que las cosas que hacía eran malas, y casi lo

habían logrado, pero para entonces ya había crecido y había descubierto que le mentían, porque no lo entendían. Y como no lo entendían, jamás sabrían lo buenas que eran las cosas que él hacía. Y lo bien que lo hacían sentir.

Sí, señor, la niñez había sido un lugar solitario, en el que nadie lo entendía, ni siquiera querían conocer... las cosas que hacía. Porque ni siquiera querían pensar en semejantes cosas, y mucho menos conocerlas.

Sí, señor, el lugar que se encontraba tras aquella puerta sugerente había sido solitario. ¿Cuánto más solitario habría sido de no haber podido hablar con las cosas muertas? De no haber podido jugar con ellas. De no haber podido atormentarlas.

Pero como tenía aquello..., su secreto, su inteligente forma de persuadir a las criaturas que ya no existían..., la orfandad no le había resultado tan mala. Porque sabía que había otros que estaban peor que él, en una situación mucho peor. Y si no ocurría así, Johnny no tardaría en ponerle remedio.

La puerta abierta le repelía y atraía a la vez. Más allá de aquella puerta se agitaban las nieblas de la memoria que lo hipnotizaban con sus remolinos; hasta que —¿en contra de su voluntad?— Johnny se encontró flotando por los aires y cruzando la puerta. Donde lo esperaba su niñez...

Le pusieron «Found» porque lo habían encontrado en una iglesia. Los bancos habían vibrado con sus berridos y los ecos se habían perdido entre las vigas, esa mañana de domingo, cuando el sacristán fue a comprobar a qué se debía todo aquel alboroto. El niño expósito estaba todavía empapado en la sangre del nacimiento, envuelto en un periódico dominical; la placenta con la que entró en este mundo estaba aún tibia en el interior de una bolsa de plástico, metida debajo del banco.

¿Vigoroso? Johnny gritó hasta destrozar sus pulmones, berreó lo suficiente como para romper los vitrales y hacer que el techo se desplomara, como si supiera que no tenía derecho a estar en aquella iglesia. Tal vez su madre lo sabía y lo hizo para salvarlo. Pero había fallado. Y no sólo se perdió Johnny, también ella.

En fin, que la criatura siguió chillando de ese modo hasta que la sacaron de la iglesia y la condujeron a la unidad de cuidados intensivos de la maternidad. Sólo entonces, lejos ya de la casa de Dios, se calló.

La ambulancia que lo condujo veloz al hospital, llevó también a su madre, a la que encontraron apoyada contra una lápida del cementerio, en medio de un charco de su propia sangre, con la cabeza inclinada sobre los pechos hinchados. A diferencia de Johnny, no aguantó el viaje. O tal vez sí, durante un breve instante...

Un extraño inicio para una vida extraña, pero lo extraño no había hecho más que empezar.

En la unidad de cuidados intensivos, a Johnny lo bañaron, lo vistieron, le asignaron una cuna e incluso le dieron un nombre provisional que después habría de quedarle para toda la vida. Alguien había garrapateado la palabra «Found» en la tarjeta de plástico que llevaba colgada de la muñeca para distinguirlo de los demás bebés. Y le quedó ese apellido.

Cuando una enfermera fue a ver por qué había dejado de llorar tan de repente..., ocurrió la cosa más extraña de todas. O tal vez no, según la perspectiva con la que se mirara. Porque su joven madre no había muerto, después de todo. Y tal vez había oído el llanto de los bebés y había adivinado que uno de ellos era el suyo. Seguramente ésa debía de ser la razón. ¿Porque qué otra explicación iba a haber?

La madre desconocida de Johnny estaba sentada junto a su cunita vacía, con Johnny entre sus brazos que chupaba un chorrito de leche fría del gélido pezón sin

vida.

Johnny permaneció internado en un orfanato hasta los cinco años, después vivió otros tres años más con una pareja que lo había adoptado, hasta que se separaron en trágicas circunstancias. A partir de entonces pasó a un orfanato infantil de York.

En cuanto a sus padres adoptivos, los Prescott, tenían una casa grande en las afueras de Darlington, donde la ciudad lindaba con el campo. En 1967, cuando adoptaron a Johnny, tenían ya una hija de cuatro años, pero a raíz de una serie de problemas la señora Prescott no podía tener más hijos. Una lástima, porque la pareja se había planteado siempre ser la familia tipo perfecta: matrimonio y dos hijos, un niño y una niña. Johnny parecía cumplir perfectamente con el trámite y compensar toda deficiencia.

Desde el primer momento en que lo vio, David Prescott se había sentido siempre incómodo en presencia del niño. No por ningún motivo concreto, era más bien algo que jamás pudo definir exactamente, una sensación, y debido a ese detalle, las cosas fueron un poco menos perfectas de lo esperado.

A Johnny le dieron el apellido de familia y se convirtió en un Prescott, al menos por el momento. Pero desde el principio no se llevó bien con su hermana. No podían dejarlos cinco minutos solos sin que se pelearan, y las miradas que se lanzaban eran demasiado envenenadas incluso para ser hermanastros. Alice Prescott le echaba la culpa a su hija por ser una consentida (es decir, se echaba la culpa a sí misma por consentirla), y su marido le echaba la culpa a Johnny por ser raro. El chico tenía algo..., en fin, *raro*.

—¡Claro que tiene algo raro! —exclamaba la mujer, airada—. Johnny es un niño abandonado, no ha tenido familia ni más hogar que el orfanato. ¡Y que yo sepa no es el mejor de los lugares para un niño! ¿Amor? ¿Abandonar a niños? ¡Si quieres que te diga la verdad, siempre creí que no veían la hora de deshacerse de él! ¡No veo yo exceso de amor en eso, sino todo lo contrario!

David Prescott se había preguntado: *¿Con motivo, tal vez? ¿Pero qué motivo? Johnny todavía no ha cumplido los seis años. ¿Cómo puede nadie volverse en contra de un niño tan pequeño? Mucho menos un orfanato, que debería cuidar de este tipo de desafortunados.*

Los Prescott eran propietarios de una tienda que iba muy bien, una especie de almacén que vendía casi de todo. Estaba a poco más de un kilómetro de su casa, en el camino principal que desde el norte iba a Darlington, y abastecía a una urbanización reciente de unas trescientas casas. Trabajando de nueve a cinco, cuatro días a la semana y los miércoles y los sábados sólo por la mañana, se ganaban bien la vida. Con la ayuda de una canguro a tiempo parcial, una jovencita que vivía en la zona, no iban agobiados.

David criaba palomas en un palomar que tenía al fondo del amplio jardín; cuando acababa con el trabajo del día, a Alice le gustaba estar al aire libre, ocupada en tareas de jardinería; cuando la canguro tenía fiesta se turnaban para cuidar de los niños. Aparte de los enfrentamientos entre Johnny y su hermana Carol, la vida de los Prescott podía considerarse normal, agradable y corriente. Así siguieron las cosas hasta el verano en que Johnny cumplió ocho años. En realidad, hasta ese momento, su vida podía haberse considerado incluso idílica.

Por aquella época, David Prescott comenzó a tener problemas con sus palomas; y el gato de la familia, un plácido felino capado llamado *Moggit,* que dormía con

Carol y era la niña de sus ojos, salió una mañana y no volvió a casa; todo aquello coincidió con largos períodos de ese calor sofocante y pegajoso que irrita, exacerba y, a veces, provoca erupciones en la piel. Fue ese mismo verano cuando David construyó una piscina para los niños y la techó con polietileno colocado sobre un armazón de aluminio.

Johnny se había mostrado entusiasmado de poder contar con una piscina propia para poder jugar a sus anchas, pero no tardó en aburrirse de ella. A Carol le encantaba, cosa que molestó a su hermanastro: no soportaba que los demás disfrutasen de cosas con las que él se aburría y, en cualquier caso, no soportaba a Carol.

Una mañana, tres o cuatro días después de la desaparición de *Moggit,* Johnny se levantó temprano. Sin que él se enterara, Carol también se había levantado y se estaba vistiendo a toda prisa cuando oyó que la puerta de su hermano se abría y se cerraba despacio. Su *hermano* (la niña solía emplear un tono burlón al pronunciar la palabra) llevaba días levantándose temprano, horas antes que el resto de la familia, y quería averiguar qué tramaba. No lo hizo con maldad, sino porque estaba un poco celosa y porque sentía una gran curiosidad. Aunque Johnny *era* un cerdo, prefería que jugara con ella en la piscina en lugar de que jugara a sus juegos estúpidos, misteriosos y solitarios.

Johnny tenía todo el tiempo para él y nadie le exigía nada. No tenía que ir a la escuela hasta pasadas las vacaciones de verano; tenía «cosas» que hacer; normalmente se lo podía encontrar al otro lado del muro del jardín, donde los setos se mezclaban con el prado y las tierras de cultivo que se extendían hacia el norte y el noroeste. Pero siempre acudía cuando lo llamaban a los gritos y tenía la sensata costumbre de regresar a casa para comer.

Qué hacía allá afuera todas las horas del día era otro cantar. Si sus padres adoptivos se lo preguntaban, contestaba: «Juego», y eso era todo. Pero Carol quería saber a qué jugaba. No le cabía en la cabeza que hubiese encontrado algo más interesante que la piscina. De modo que lo siguió; pasó de puntillas delante del dormitorio de sus padres y salió al jardín, donde hacía poco que el amanecer iluminaba el horizonte con su sonrisa dorada.

Johnny bajó al jardín, pasando debajo del tejadillo de polietileno de la piscina, y se dirigió hacia el muro. Trepó a él por un sitio conocido y saltó al otro lado. Comenzó a caminar junto a un seto alto en dirección al laberinto de campos que rielaban bajo la luz matinal. Carol fue tras él.

A poco más de medio kilómetro, en pleno campo, en un sitio donde confluían antiguos senderos, se agazapaban los restos de una granja, envueltos en el verdor de las zarzamoras florecidas y los matorrales de ortigas; allí surgían en columnas de piedra los restos de una pared derrumbada cubierta de líquenes grises y la masa ennegrecida de una vieja chimenea. Johnny acortó en diagonal a través de un prado, y por encima de la hierba ondulante sólo se veía su cabeza morena, brillante de sudor.

Desde donde se encontraba, en precario equilibrio en lo alto de unos peldaños, para pasar por encima de una cerca, Carol vio adonde se dirigía y decidió seguirlo. Las viejas ruinas eran sin duda el lugar secreto de Johnny, el sitio donde jugaba a sus juegos secretos. Pero dejarían de serlo.

Johnny había desaparecido en algún punto entre el montón de escombros cubiertos de maleza cuando su hermana salió jadeante del prado. Se detuvo un momento, miró hacia ambos lados, por los senderos que en otro tiempo habían

comunicado con la granja y se disponía a cruzarlos en dirección a las ruinas... cuando se detuvo en seco.

¿Qué había sido aquello? ¡Un grito! ¿El maullido de un gato? ¿De *Moggit*?

¡Moggit!

Carol se tapó la boca. Inspiró hondo y contuvo el aliento. ¿Sería el pobre *Moggit,* perdido entre aquellos escombros? Tal vez eso había atraído a Johnny hasta aquel lugar: el maullido de *Moggit,* atrapado en algún agujero, atrapado y muerto de hambre entre esas ruinas.

Carol quiso gritar para responder a los gritos extraños y ahogados de *Moggit,* para reconfortarlo y darle esperanzas, pero después de pensárselo mejor decidió no hacerlo, porque aquello haría que el gato luchara con más fuerzas y quedara más atrapado de lo que estaba. Tal vez gritaba de aquel modo tan urgente y lastimero porque Johnny ya había dado con él y trataba de rescatarlo.

Conteniendo el aliento, Carol cruzó los senderos de tierra batida hasta lo que había sido una amplia entrada, entre las altas paredes de la granja, que conducía al grupo de edificaciones del interior. El hueco estaba cubierto por un montón de piedras envueltas en zarzamoras y hiedra y se veían unos cuantos avellanos y unos saúcos pelados, aplastados por el peso de las hiedras y las zarzamoras. Recorrió un sendero bien definido entre la maleza, seguramente el mismo camino que había recorrido Johnny, pensó Carol, y al andar notó cómo los trozos de ladrillo y escombros se movían bajo sus pies.

Polvoriento y cubierto de telarañas, el sendero que se internaba entre el follaje era casi como un túnel en el que la luz no entraba; la pequeña Carol, de siete años, sintió que le faltaba el aire a medida que se adentraba en él. Si en otras circunstancias hubiera dudado, los aullidos de *Moggit* (porque estaba segura de que debía de tratarse de *Moggit,* aunque al mismo tiempo rogaba que no fuera él) la impulsaban a seguir. Hasta que por fin salió a la luz del sol, parpadeó con fuerza para quitarse la tierra de los ojos y vio a Johnny sentado en un claro. Y vio las...

... Vio las cosas que tenía, pero sin verlas realmente al principio, porque su mente infantil no podía concebir aquello, no podía creerlo. Finalmente, lo vio..., pero no, no, imposible, aquél no podía ser *Moggit.*

(Moggit el del vientre y las patas blancos como la nieve, el de la cola tupida, el de la cara con máscara estilo Llanero Solitario, el del lomo, el cuello y las orejas negras y brillantes? ¿Aquella cosa torturada y rota era *Moggit*? Carol estuvo a punto de desmayarse; al ocultarse detrás de una pared derruida tropezó con un ladrillo suelto y Johnny oyó el ruido. Se volvió a la velocidad del rayo para mirar en dirección de Carol y al principio no la vio a ella, sino sólo las ruinas del claro tal y como las conocía desde siempre. Pero Carol sí podía verlo a él: la cara hinchada, los ojos saltones e inexpresivos y las manos agarrotadas, manchadas de sangre. Junto a él, sobre el muro donde estaba sentado, aparecía el cortaplumas abierto, mientras aferraba con fuerza con la mano un palo afilado con la punta roja.

Y aún veía a *Moggit.* Las patas traseras del gato rozaban apenas el suelo y se agitaban para mantenerse erguido y aliviar la presión de su peso sobre el cogote, que aparecía envuelto en un trozo de alambre que colgaba de la rama de un saúco. Uno de los ojos amarillos le colgaba de un hilo, destilando líquido y balanceándose sobre su mejilla peluda y mojada; el vientre blanco y regordete aparecía flaco y empapado de rojo porque se lo habían abierto de un tajo y los intestinos negros, relucientes y amarillos colgaban.

Moggit no era el único. Dos de las palomas preferidas del padre de Carol

pendían de otras ramas, con las alas quebradas. Y un erizo aún vivo, que llevaba clavado en el costado un alambre de púas herrumbrado que lo mantenía sujeto al suelo, daba vueltas y más vueltas sobre su propio eje, en una agonía interminable que lo hacía resollar horriblemente. Había más cosas, pero Carol no quiso verlo.

Una vez que Johnny se cercioró de que estaba solo, reanudó su «juego». A través de las lágrimas, Carol vio cómo se ponía en pie, agarraba una paloma muerta con una mano y le hundía el palo en el cuerpo frío. Hurgó con el palo en la carne insensible del pájaro como si..., como si el animalito pudiera sentir todo aquello. Y mientras lo hacía, no paraba de reír y de hablar y mascullar cosas a aquellas pobres y torturadas criaturas que no se sabía si estaban vivas o muertas, pero que sin duda pronto lo estarían, sin importarle su dolor. Carol comprendió entonces la naturaleza de aquel juego: después de provocar la muerte a un ser vivo, Johnny no soportaba la idea de que se le hubiera escapado, de modo que se dedicaba a torturarlos en el mundo incorpóreo que había más allá.

Fue la primera en conocer la verdad sobre su hermano adoptivo, sin *ser* consciente de ello. No era *más* que una niña y sabía *reconocer* los caprichos infantiles, y supo que aquello no era un capricho de Johnny, supo que Johnny era un niño odioso y cruel y que cuanto había imaginado era verdad.

¡Pero el pobre *Moggit,* no! Finalmente, Carol se convenció de que el gato que Johnny había destrozado y destripado era *Moggit.* Y ya no pudo soportarlo.

—¡*Moggiiit*! —gritó a voz en cuello—. ¡Te odio, Johnny..., te odio con toda el alma!

Se puso en pie, tropezó, recuperó el equilibrio y salió disparada hacia él con un trozo de ladrillo afilado en la mano. Johnny la vio y su cara enrojecida palideció repentinamente. Cogió el cortaplumas —no para utilizarlo contra ella, sino con una intención completamente diferente, tal vez mucho *más* siniestra— y cortó un trozo de bramante de cometa con el que había atado a *Moggit* a la rama. Se partieron unas cuantas ramitas, pero el bramante no; presa de una furia súbita, Johnny tiró del bramante de aquí para allá y *Moggit* se elevó en el aire y ondeó como un trapo mientras el alambre, que se le hundía en la garganta, entrecortaba sus roncos chillidos.

Johnny lanzó un suspiro triunfal cuando logró cortar el bramante. *Moggit* quedó colgado; escupió y pateó durante uno o dos segundos cuando el lazo se le cerró alrededor del cogote y acabó con él. Johnny estaba tan concentrado en matar al gato que no se dio cuenta de que Carol se le echaba encima. La niña lo atacó ciegamente, lo arañó con una mano mientras apretaba el trozo de ladrillo con la otra, Johnny esquivó sus uñas afiladas, pero recibió un fuerte golpe en la frente con la punta afilada del ladrillo y acabó en el suelo. Se incorporó de inmediato, sacudió la cabeza y buscó su cortaplumas. Tenía los ojos inyectados en sangre cuando miró furioso a su hermana y le gritó:

—¡Antes fue *Moggit,* ahora te toca a ti!

Se puso en pie, tambaleante; tenía la frente herida, le sangraba; vio el cortaplumas y se abalanzó sobre él. Carol supo de inmediato que se encontraba en peligro de muerte. Johnny no podía permitir que le contara a sus padres cuanto había visto, lo que Johnny había hecho. Su hermano sólo tenía un modo de impedírselo.

Miró hacia atrás y vio toda la escena por última vez —el pobre *Moggit* colgado y columpiándose según se movía la rama del saúco; el erizo había llegado al límite de sus fuerzas y lanzaba los últimos estertores, y los pájaros muertos y mutilados colgados, en fila—, se dio media vuelta y corrió hacia su casa. Salió como una tromba

del túnel formado por la maleza y supo que Johnny le pisaba los talones.

Y la habría seguido de inmediato, pero el niño sabía que si su hermana llegaba a casa antes que él, llevaría a alguien a que viera todo aquello. Y él no podía permitir que nadie más lo viera.

A toda prisa cortó el bramante y bajó a *Moggit* y los pájaros y tiró de la estaca que mantenía espetado al erizo. Jadeando por la furia de su esfuerzo y por la rabia, tiró todos los animalitos a un pozo profundo de aguas residuales que había descubierto en las inmediaciones y cuya tapa podrida se encontraba en el suelo. Detestaba ver a sus cosas muertas y moribundas perderse así en la oscuridad, chapoteando en el agua negra y profunda de allá abajo. ¡Qué desperdicio, con toda la vida que aún les quedaba! Todo por culpa de Carol. Y tendría mucho más de qué culparla si llegaba a casa antes que él.

Salió tras ella, siguió sus gritos y el enloquecido rastro zigzagueante que había dejado en la hierba alta.

Más de medio kilómetro a campo abierto es mucha distancia para una niña apenada, con los ojos bañados en lágrimas. Carol sentía que el corazón le martilleaba en el pecho y que le faltaba el aire; Pero la imagen que conservaba en su mente bastó para impulsarla a seguir, la imagen de *Moggit* balanceándose colgado del lazo de alambre, con las tripas al aire, como la bolsita de frutas machacadas que preparaba su madre cuando hacía mermelada en la cocina. Y más que todo eso la impulsaba a seguir la voz de Johnny que gritaba:

—¡Caaarol..., Carol espérame!

No le hizo caso; el muro del jardín estaba allá adelante, al final del seto; tras ella, jadeando y gruñendo a la vez, como si fuera un perro salvaje, Johnny acortaba distancia. A punto estuvo de agarrarla del tobillo cuando la niña medio trepó medio cayó al otro lado del muro. Una vez en el jardín, se quedó tendida, demasiado aterrada, llorosa y cansada para seguir.

Johnny saltó después que ella; los ojos enfurecidos echaban chispas, abría y cerraba los puños, manteniéndolos a los costados del cuerpo. La niña miró hacia la casa, pero quedaba oculta tras los árboles frutales y la bóveda empañada de la piscina. ¿Se habrían levantado sus padres? Ni siquiera le quedaba aliento para gritar.

Johnny gruñó; la agarró del pelo con fuerza y comenzó a arrastrarla hacia la piscina.

—¡A nadar! —le dijo—. Vas a nadar, Carol. Sé que te gustará. Y a mí también. ¡Sobre todo después!

David Prescott hacía una semana que se levantaba temprano. Alice no se quejó ni preguntó por qué, puesto que procuraba no hacer ruido e, invariablemente, le llevaba una taza de café. Debía de ser el verano, las mañanas luminosas y el síndrome del pájaro mañanero. Pero en realidad era por el correo.

Por aquella zona la correspondencia llegaba siempre temprano, casi al alba, y David esperaba una carta. Del orfanato. No contenía nada importante —estaba seguro de que no—, pero de todas maneras deseaba leerla antes que Alice. Porque si ella la veía primero..., pues le diría que era un paranoico. Por lo de Johnny. Sin duda eso habría parecido, de lo contrario, ¿por qué iba a escribir al orfanato para preguntar por él?

La cuestión era que David tenía verdaderas ganas de que las cosas salieran bien; deseaba con toda el alma querer a ese pobre chico. Pero, al mismo tiempo, siempre había sido más intuitivo que Alice —más consciente del aura de la gente, sobre todo

de los niños— y sabía que el aura de Johnny no estaba del todo bien. Tenía que ver con algo de su pasado (¿pero qué pasado?, si no era más que un niño), algo que el orfanato conocía, y David creía que él y su mujer tenían derecho a saberlo. Tenía la impresión de que Alice estaba en lo cierto cuando se quejaba de la actitud del orfanato; daban la impresión de estar demasiado ansiosos por deshacerse de Johnny o, mejor dicho, «de ponerlo bajo el cuidado de una familia normal y cariñosa, donde pueda convertirse en una persona sana..., física y mentalmente...».

Ésas habían sido las palabras del director el día que fueron a recoger a su nuevo hijo, y se le habían grabado a David en la memoria, «sano física y mentalmente».

¿Acaso tendría una enfermedad mental? ¿Una enfermedad leve? ¿O grave? Porque así era el aura que David percibía en el niño: un aura enferma y babosa, como la de un viejo en su lecho de muerte. Johnny despedía un aura tenebrosa como la muerte. Pero no *su* muerte.

La carta llegó esa misma mañana. David la abrió y la leyó, y durante unos instantes las palabras no tuvieron sentido alguno. ¿Periquitos en las habitaciones de los niños y Johnny que se dedicaba a robarlos, matarlos y coleccionarlos? ¿Una colección de cosas muertas, ratones, escarabajos, los periquitos, un gato incluso?

¿Un gato muerto debajo de su cama, plagado de gusanos, y Johnny que le retorcía las patas al animal para que los gusanos le saltaran a la mano? Las autoridades del orfanato se habían enterado cuando los demás niños salieron gritando del dormitorio.

¿Pero un gato?

¿Acaso *Moggit...*?

¿Gritando?

David alcanzaba a oír desde allí los gritos horrorizados de aquellos niños. Pero los gritos no eran de *aquellos* niños, sino de uno de sus hijos, de su *propia* hija, de Carol, que gritaba desde el fondo del jardín...

¿Qué...?

Desde el piso de arriba le llegó la voz adormilada de Alice, que le preguntaba:

—¿Dónde está el café? Los niños se han levantado temprano.

Y otro grito desde el jardín que acababa en un gorgorito, antes de alcanzar toda su fuerza.

David era de los que siempre sacaba conclusiones apresuradas, a menudo erróneas. Eso mismo hizo en aquella ocasión, pero no se equivocó.

Salió corriendo por el sendero del jardín, con el albornoz al viento, gritando roncamente el nombre de Carol. Nadie le contestó. Arrodillada junto a la piscina, bajo la bóveda de polietileno, vio una silueta pequeña y borrosa. David entró de sopetón; encontró a Johnny arrodillado; daba la impresión de querer sacar a Carol del agua. La niña flotaba boca abajo, con los brazos estirados, crucificada en el agua azulada que lamía suavemente los bordes.

Johnny había estado jugando en el campo; había oído los gritos de Carol y había visto a un hombre —sucio, barbudo y harapiento— que saltó tras ella por encima del muro. El hombre salió corriendo por los campos y Johnny fue a ver qué había hecho. Encontró a Carol en la piscina y trató de sacarla.

Fue la historia que contó a David, a Alice, a la policía, a cuantos quisieron oírla. Casi todos le creyeron; incluso David se la creyó a medias, pero no quiso volver a saber de él. Probablemente Alice también se la creyera, aunque habría sido difícil precisarlo, porque desde entonces no volvió a servir para mucho.

La policía encontró un campamento entre las ruinas de la vieja granja y sacó un montón de basura del pozo. Alguien debía de haber vivido por allí, robando de los huertos y de las casas (las palomas de David) para poder comer. Tal vez fueran gitanos (el erizo) o tal vez un vagabundo. Difícil precisarlo. Lo más probable era que a la larga les echaran el guante.

Pero nunca le echaron el guante a nadie.

Y Johnny volvió al orfanato...

Harry, aún dormido, recibió durante unos instantes más los sueños de Johnny Found. Obviamente, veía el pasado de Found sólo desde el punto de vista del nigromante, y eso era peor que ver el panorama completo y más que suficiente para garantizarle que tenía al hombre correcto. A la larga, los excesos de Found fueron tan brutales —los recuerdos oníricos de sus propias maldades se convirtieron en una sucia letanía de su inhumanidad— que el odio que Harry sentía por él se había convertido en ira ciega.

Johnny Found había sido un monstruo y un asesino durante toda su juventud y nunca había sido castigado por ello, pero hasta hacía muy poco, Carol, su hermanastra, había sido su única víctima humana. En los intervalos, para sus «juegos» increíbles se las había arreglado con criaturas muertas por otras causas distintas del asesinato.

Y así como los hombres y los monstruos maduran, lo mismo ocurre con sus gustos, y Johnny no fue una excepción. ¿Pero qué grotesca forma asume la madurez en algo que está podrido desde el mismo inicio?

En una ocasión, por motivos impensables que ni siquiera Harry Keogh soportaba contemplar, Found empezó a trabajar en un depósito de cadáveres y fue despedido cuando su jefe comenzó a sospechar. Sin embargo, el colmo de los colmos, lo que acabó con el aguante del necroscopio, fue cuando Found soñó con otro de los trabajos que había tenido, en un matadero.

En ese punto, temblando como una hoja, Harry había retirado su sonda telepática, había salido de la mente de Johnny para dejar que siguiera sumido en su pesadilla. Aunque en el caso de Found, las pesadillas eran un pálido reflejo de la realidad...

Capítulo cinco

... y fantasías

El necroscopio soñó entonces con Darcy Clarke; no fue exactamente un sueño, sino una especie de pesadilla, porque Darcy estaba muerto y su voz le llegó en forma de necrolenguaje.

Pero no lo recibió con claridad, sino distorsionado, como si mil ecos que reverberaran juntos desde todas direcciones se combinaran para formar un suspiro extraño y discordante.

No podía creer que me hubieras hecho eso, Harry, le dijo Darcy después de identificarse. *Me di cuenta en el momento en que me mataron; cuando vi que de verdad* podían *matarme, supe que tú eras el responsable. Tenía que tratarse de algo que me hiciste en la cabeza cuando estuviste dentro de ella. Mataste aquello que cuidaba de mí y me hiciste vulnerable. Sigo sin poder creer que hicieras algo así y aún no he podido entender por qué. Creí que te conocía, ¡pero no sabía un carajo de ti!*

Esto es un sueño, contestó Harry. *Es mi conciencia, la poca que conservo aún, que me importuna por haber tratado de protegerme a costa de otro. Es una pesadilla, Darcy, y tú no estás muerto. Soy yo, que me culpo por haberme metido en tu cabeza y tocado unos cuantos hilos. En cuanto al porqué, lo hice para asegurarme de que fueras vulnerable en caso de que te volvieras contra mí, antes de que me marchase de aquí. Porque de todos los poderes que existen en la Sección PES, el tuyo es al que más temo. Te da un margen de acción, te hace invencible. Podría tratar de detenerte una y otra vez y fallar, y tú sólo tendrías que apretar el gatillo una vez para acabar conmigo. Para ti no sería nuevo, podrías hacerlo, porque lo has hecho en otras ocasiones.*

La presencia de Darcy a través del necrolenguaje comenzaba a concretarse, a tomar más cuerpo, como si obedeciera a un acto de voluntad; así, su voz fragmentada perdió el eco de fondo y sonó autoritaria:

No es ningún sueño, Harry. Estoy muerto y bien muerto. Y aunque me he acercado a ti mientras estás dormido, deberías darte cuenta. Pero si dudas de mí, ¿por qué no se lo preguntas a tus miles de amigos, a la Gran Mayoría? Las huestes de los muertos te confirmarán que no miento. Soy uno de ellos ahora.

¡Eso es una encerrona!, respondió Harry sonriendo y sacudiendo la cabeza. *No puedo recurrir a los muertos porque no quieren saber nada de mí. No olvides que soy un vampiro. No pertenezco ni a los vivos ni a los muertos. Sino que me encuentro en algún punto intermedio, Darcy. Muerto viviente. ¡Wamphyri!*

Harry, no hay necesidad de tanto subterfugio, le recordó Darcy con amargura. *A mí no me vengas con tus juegos de palabras wamphyri. Reconozco que has ganado. No sé por qué querías que muriera, pero te has salido con la tuya. ¡Estoy muerto! De verdad.*

Harry se revolvió en la cama y comenzó a sudar. Algunas veces, como les ocurre a todos los hombres, sus sueños eran pura basura, otras, fantasías eróticas o

esotéricas, o simplemente sueños. Pero en otros casos eran mucho más que eso. Aquello comenzaba a parecerle uno de esos casos.

De acuerdo, dijo por fin, aunque todavía no estaba del todo convencido y deseaba con todas sus fuerzas no convencerse, *de modo que estás muerto. ¿Quién te mató y por qué?*

La Sección, respondió Darcy con el típico tono casual que daba el necrolenguaje. *¿Quién iba a ser? No sé qué le hiciste a mi mente, pero el hecho de que estuvieras metido en ella provocó la aparición de niebla mental. Hurgaste en mi cabeza, desconectaste algo, me quitaste algo y me dejaste tu mancha, tu infección. No digo que me vampirizaras, sino que me..., me echaste a perder. Olieron tu presencia en mí, en el centro de mi ser, y no se atrevieron a correr ningún riesgo. Tal como habías planeado, ¿no?*

Harry reflexionó unos instantes y luego respondió:

Darcy, si de verdad estás muerto, si esto no es producto de mi conciencia —porque tienes razón, interferí en tu mente y se que estuvo mal—, pero si de verdad estás muerto, podré averiguarlo cuando despierte. Porque podré volver a hablar contigo otra vez mediante el necrolenguaje, ¿no?

Te esperaré, Harry. Pero... no es fácil. Todavía no he aprendido a compaginarlo todo.

¿Cómo? ¿Quieres explicarte?

Me incineraron y esparcieron mis cenizas, respondió Darcy. *Supongo que no hará falta que te explique el porqué. La cuestión es que por ese motivo carezco de punto de referencia. No pertenezco a ningún lugar en especial. Voy según sople el viento, floto a la deriva en las corrientes, ando perdido por las alcantarillas de la ciudad.*

El necroscopio sospechó de repente que era verdad y, atormentado, comenzó a dar vueltas y más vueltas en la cama. Darcy percibió su tormento, porque cuando volvió a hablar lo hizo con un tono menos duro, más conciliador.

Si te agravio con mis acusaciones, Harry, es porque tú me has agraviado a mí.

Tiene que ser una pesadilla, dijo Harry, asombrado. *¡Tiene que ser una pesadilla, Darcy! No quería hacerte daño. ¡De todos los hombres que he conocido, eres el único al que no podía lastimar! Bajo ningún concepto. Y no por tu don, sino porque..., por ser tú. Por eso ésta tiene que ser una maldita pesadilla.*

Darcy supo entonces que Harry debía ser inocente y que si había que culpar a alguien era a la criatura que llevaba dentro y con la que se estaba convirtiendo rápidamente en una unidad. Lo habría consolado de haber sabido cómo hacerlo, pero volvía a flotar a la deriva, a desintegrarse, y sabía que no tenía la fuerza y los conocimientos para mantenerse unido. Al fin y al cabo, hacía poco que se había muerto.

Volveré... cuando estés despierto, Harry. Trata de ponerte en contacto conmigo entonces. Será... más fácil... si... vienes a... buscarme...

Y Harry volvió a quedar solo. Al menos durante unos instantes. Se relajó, agradecido, se acurrucó en la cama y se hundió más en el sueño. Y como suele ocurrir con los sueños, no tardó en olvidarse del último y se dispuso a tener el siguiente...

El necroscopio soñó con otra persona. Pero en esa ocasión sabía con certeza que se trataba de algo más que un sueño y que su visitante era o había sido algo más que humano. Porque el parásito que llevaba dentro respondió a *ese* visitante —a ese *otro*

vampiro— en el típico estilo wamphyri que obligó a Harry a preguntar:

¿Quién eres tú, que te atreves a entrar sigilosamente en mis pensamientos dormidos? ¡Responde ahora mismo..., pues en mi mente existen puertas capaces de tragarte entero!

¡Aahh!, le respondió de inmediato. *Entonces es verdad. Venciste en el enfrentamiento con Janos, pero también perdiste. Cuánto lo siento, Harry. No sabes cuánto.*

Harry lo reconoció.

¡Ken Layard!, exclamó. *Te arrancamos la cabeza y quemamos tu cuerpo en las montañas de Halmagiu. Y fuiste de buena gana hacia la muerte.*

La muerte no era nada comparada con la perspectiva de ser un muerto viviente, esclavo de Janos Ferenczy, respondió Layard en necrolenguaje. *Él también me habría reducido a cenizas..., pero me habría tenido a su merced y me habría resucitado tantas veces como hubiera necesitado de mi poder. Pero es verdad, como tú mismo acabas de decir, que fui de buena gana. Porque sabía que me sería más difícil del otro modo. Y Bodrogk y los tracios actuaron con rapidez. No sentí nada.*

A Harry se le amargaron los pensamientos en necrolenguaje.

Pero estoy en deuda contigo, ¿no es así? Una deuda difícil de saldar. Porque lo mires como lo mires, fui yo quien te capturó. Y ahora se disponen a capturarme a mí y por eso has venido a regodearte.

Layard se mostró desconcertado.

Estás muy equivocado, Harry. Escúchame, sé que últimamente has tenido dificultades con las huestes de los muertos, pero todavía conservas algunos amigos.

¿Has venido como amigo, entonces?

He venido a darte las gracias. Por lo de Trevor Jordan.

No te entiendo, dijo Harry, y sacudió la cabeza.

Te doy las gracias por lo que has hecho por él. Y también he venido para ofrecerte mi ayuda, si es que puedo hacer algo por ti.

El necroscopio comenzó a entender.

Trevor era tu amigo y tu colega, ¿verdad? Con él formaste uno de los mejores equipos, una de las mejores sociedades que la Sección PES jamás haya tenido.

¡La mejor!, exclamó Layard. *Al morirme, era lógico que tratara de seguirle la pista para saber cómo le iba. Lo que mejor se me daba en vida, después de muerto me resultaba aún más fácil, y en vida fui un localizador como la copa de un pino. Fue una gran suerte para mí, de lo contrario las habría pasado moradas. ¿Yo? ¿Vampiro? Los muertos no querían saber nada de mí, Harry.*

De modo que ocupaste parte de tu tiempo localizando a las personas que conociste en vida, ¿eh?

¿Parte de mi tiempo? ¡Todo mi tiempo! Cuando superas el miedo a la muerte, cuando desapareces, todo es muy aburrido. Localicé a Trevor y descubrí que también había muerto. Habría hablado con él, pero no sé qué me hizo la Gran Mayoría que quedé como bloqueado. Entre los muertos hay unos cuantos con poderes increíbles, Harry, y si se lo proponen, pueden hacer cualquier cosa. Cada vez que intentaba hablar con alguien, me lanzaban una descarga en necrolenguaje que me lo impedía. Pero por suerte hubo una excepción...

¿Yo?

¡Exactamente! Harán lo imposible por fastidiarnos, pero no se meterán con nosotros directamente. Si queremos hablarnos, de acuerdo entonces, con tal de que no intentemos pervertir a uno de ellos.

Comprendo, dijo Harry. *De manera que el único modo de que pudieras hablar con Trevor era a través de mí.*

Así es.

Lo que ocurre es que llegas tarde y tu necrolenguaje no te servirá de nada, porque Trevor está otra vez vivo. Lo cual significa que no podrás comunicarte directamente, sino que habrás de utilizarme como intermediario.

Complicado, pero, en pocas palabras, correcto.

Has elegido un mal momento, le explicó Harry, como disculpándose. *Trata de ponerte en contacto conmigo cuando esté despierto.*

De acuerdo. Entretanto..., tal vez pueda hacerte un favor.

¿Ah, sí?

Harry, fui un buen tipo durante mucho tiempo antes de que metiera la pata. Incluso hacia el final seguía siendo bastante dueño de la situación. Fui una de las criaturas de Janos, estuve esclavizado por él, sí, pero de haber tenido la más mínima ocasión, de haber sido posible, me lo habría cargado. No fue posible, al menos para mí, así que tuve que morir. Pero no sabes cuánto me alegro de que él también desapareciera. Así que tenemos una deuda pendiente. Y no de las peores. ¿Qué opinión te merece el poder de localizador? ¿Te gustaría ser un localizador, Harry?

Sin duda me vendría muy bien, respondió el necroscopio. *Ya cuento con el necrolenguaje, la telepatía y un par de cosas más. Ser capaz de encontrar algo o a alguien a toda prisa sería un extra interesante.*

Es lo que yo pensaba. Tal vez podamos hacer un intercambio. Te doy mi don a cambio de poder hablar contigo de vez en cuando y de que me vuelvas a presentar a Trevor Jordan. Quiero decir que nos sirvas de intermediario. A Trevor le gustaría, estoy seguro.

¿Qué implicaría? preguntó Harry, suspicaz.

Pues, verás, ya estoy en tu mente, bueno, al menos estoy en contacto contigo, de manera que supongo que lo que tendrías que hacer es abrirte y dejar que yo penetre. Sé cómo funciona mi don, el mecanismo que me permite ser un localizador, y si logro encontrar algo parecido en ti...

¿Lo activarías?

Sí, más o menos.

Quieres que abra mi mente voluntariamente, ¿no es así?

Layard lanzó una risita seca y ahogada.

Vaya, Harry, veo que ya has jugado a este juego.

Sí, y algunas veces las consecuencias fueron desastrosas.

Layard se puso serio de inmediato.

Harry, yo no llevo esa mierda dentro. Al morir seguía siendo yo. No escondo ninguna carta en la manga.

El necroscopio reflexionó un instante. ¿Qué tenía que perder?

Está bien, dijo, por fin, *pero... ya te he advertido que mi mente es un sitio extraño. No trates de jugarme una mala pasada, Ken. No posees mucho, ya lo sé, pero te juro que si tratas de engañarme te quedarás sin nada.*

¡Eh, no hace falta que me convenzas!

De acuerdo. Una última cosa. Dijiste que habías venido a darme las gracias por lo que hice por Jordan. Supongo que te refieres a su resurrección, ¿verdad? ¿Cómo te enteraste que lo traje de vuelta?

El hecho de que la Gran Mayoría no me hable no significa que yo no me meta en sus conversaciones de vez en cuando. Además, no sé si sabrás que los muertos no

se mueven demasiado. Pero Trevor sí. Por eso deduje que lo que había oído era cierto. Harry, tienes a tu disposición un montón de poderes extraños. ¡Lástima que no consiguieras el de Darcy antes de que se lo cargaran!

El comentario hizo que el necroscopio centrara al máximo su atención en un punto. Permaneció así durante un momento.

¿Ha muerto Darcy? Creí que era una pesadilla. Esperaba que lo fuera. Eso significa que debo abrigar la esperanza de que ésta también lo sea.

Te expreso mis condolencias, Harry, le dijo Layard. *Pero es la pura verdad.*

Ya nadie me trae buenas noticias... Harry no supo qué decir, sacudió la cabeza y luego retomó el tema anterior. *Está bien, Ken, mi mente está a tu disposición.*

El localizador entró en ella y salió casi de inmediato.

Tienes razón, Harry, es un sitio de lo más extraño. Es como si fuera radiactivo: ¡caliente y frío a la vez! Pero encontré lo que buscaba o, mejor dicho, no lo encontré. No posees el mecanismo necesario. No hay nada que yo pueda activar.

De todos modos lo has intentado.

Pero tienes el tipo de mente de David Chung.

¿Chung? ¿El localizador espontáneo?

Sí, el mismo. De modo que lo que he hecho ha sido activar ese interruptor. Lo único que necesitarás ahora es algo que pertenezca a quien quieras localizar. ¡Te concentras en el objeto y bingo! Con la diferencia de que siendo quien eres y cuanto eres seguro que se te dará infinitamente mejor que a Chung.

Bueno, dijo Harry, *Me parece que vuelvo a estar en deuda contigo. Gracias, Ken.*

Ya vendré a cobrártela, le advirtió Layard. *Trevor era como mi hermano menor, ¿sabes? Ya me voy y te dejo dormir un poco. Estás cansado, Harry, física y mentalmente cansado.*

Layard retrocedió hasta desaparecer y la mente del necroscopio se despejó a la espera de lo que siguiera después. Y no tardó en llegar.

Soñó con Penny. ¿Pero sería un sueño... o sólo una fantasía? Incluso en sueños se lo preguntaba: ¿era una necesidad de la psique, formaría parte de la clasificación de los hechos mundanos del subconsciente en categorías como *cosas olvidables, trivialidades varias, asuntos de extrema importancia,* o sería sencillamente el resto de alguna sensación lujuriosa que le había inspirado la muchacha mientras estaba despierto?

Sabía que la muchacha muerta se había quedado prendada de él. Quedó claro incluso en el primer encuentro. Porque al fin y al cabo, ¿cuántos hombres logran ver a sus damas desnudas en la primera cita? ¡En la época de Harry, poquísimos! Tal vez aquello fuera la extrapolación de una elaboración de su subconsciente que debería haberse titulado «De cómo habrían sido las cosas si Harry Keogh hubiera tenido tiempo libre y no hubiera sido un asqueroso vampiro».

Fuera lo que fuese, resultaba como un bálsamo para su mente atormentada después de la pesadilla que había tenido con Johnny Found, el delirio de las acusaciones de Darcy Clarke y las revelaciones de Ken Layard; además, resultaba un alivio físico, porque reaccionó a las caricias de Penny y la amó con su cuerpo como cualquier hombre ama a una mujer. Sin embargo, la iniciativa fue toda de la chica —tenía que serlo—, de lo contrario, el cansancio que sentía lo habría hundido aún más en un sueño sin sueños.

Harry se preguntó también cómo era posible que la muchacha supiera hacer de

todo. Porque le constaba que era inocente..., su pequeña inocente, cuya muerte pronto vengaría.

—¿No es suficiente que me hayas resucitado? —susurró ella, mientras guiaba sus dedos laxos hacia los pezones erectos—. ¿Es preciso que vayas tras él? ¿Sabes, Harry? He reflexionado mucho desde que todo esto ocurrió. Tengo muchos motivos para estar contenta. Estuve muerta y ahora estoy viva. Sería un poco ingrato de mi parte si quisiera vengarme. Al principio era cuanto quería, lo sé, pero ahora no estoy tan segura. Pero me contentaré contigo.

Harry se tumbó y la escuchó; sintió cómo sus deditos suaves se apretaban contra su carne allí donde latía, pero despacio, como un motor ronroneante a la espera de que se abra el estárter. Y en la oscuridad se sentó a su lado, encogida, encima de él, y le dio palmaditas con las manos hasta que él se balanceó de un lado al otro, dando manotazos en la oscuridad.

¿Son instintivas las artes sexuales en algunas personas? Harry no recordaba quién le había enseñado a él. ¿O acaso ya sabía? Tal vez lo recordara al despertar. Pero todavía no quería despertar. Así, dormido, era sólo un hombre. Ya no era el necroscopio, ni el vampiro, sólo un hombre que amaba y era amado y esperaba el dulce momento de éxtasis en que el corazón de la feminidad de Penny descendiera sobre su carne, que cantaba en silencio. Un hombre que esperaba contra toda esperanza que el sueño no desapareciera o cambiara de curso para poder alcanzar el orgasmo. Habían transcurrido algunas semanas desde la última vez que hiciera el amor, pero tenía la impresión de que llevaba ya una eternidad. Se notó henchido, a punto de estallar. Tal vez fuera porque estaba con aquella chica, con Penny, tal vez fuera porque actuaba sólo como un ser humano, algo que no volvería a ocurrir a partir de entonces.

El patetismo de aquella situación fue tan grande que, cuando por fin la muchacha deslizó su cuerpo joven y dulce sobre el suyo, eyaculó casi de inmediato, como un muchachito impetuoso al acariciar los pechos de su primer amor. Al sentirlo temblar dentro de ella —al notar el calor de su semen— se apretó más contra él hasta que dejó de moverse, después de derramar la última gota.

A continuación, el gradual resurgir de su deseo fue lento, firme, y ella lo guió sin titubear hasta que volvió a penetrarla.

Esta vez se tendieron de lado y con la mano izquierda él le acarició, le apretó y le comprimió la nalga derecha mientras el tubo estrecho de la vagina de la muchacha se cerraba alrededor de él en busca del néctar del amor y la vida. Harry pensó: *Si esto fuera real, no me atrevería, por temor a dejarla preñada con mi maldito «néctar de la vida». Peor aún, ¡con mi esperma contaminado de wamphyri!*

En el fondo de su ser, el vampiro que llevaba dentro se rió de él. ¿Néctar de la vida? La espuma salvaje de la lujuria, dirás más bien. Porque como todo el mundo sabe, sólo la sangre es la verdadera vida.

—¡Harry! —la muchacha le arañó los hombros, frotó con furia sus senos generosos contra su pecho—. ¡Harry! —volvió a gritar jadeante—. ¡Ya..., ya..., ya..., sí...!

Saber que ella había alcanzado el orgasmo, sentir su humedad y sus temblores lo ayudó a llegar el clímax. Pero también a recuperar el sentido. Despertó de pronto empapado en sudor, atenazado por fluidos y el olor penetrante de la reciente relación..., porque nada de lo que había experimentado se desvaneció para volver a quedar sepultado en las profundidades de su subconsciente. ¡Porque no había sido un sueño efímero! ¡Había sido terriblemente real!

¡Porque Penny estaba junto a él, en la cama!

Harry gritó asombrado, abrió los ojos y se sentó de golpe en la cama revuelta.

—¡Tranquilo, no te asustes! —le pidió Penny, lo asió por las muñecas y luego vio sus ojos—. ¡Oh! —exclamó, y se llevó la mano a la boca.

A Harry le daba vueltas la cabeza. ¿Qué diablos ocurría allí? ¿Cómo había entrado Penny en su casa? ¿Dónde estaba Jordan?

—¿Oh? —repitió él por fin—. ¡Maldita sea, Penny, no sabes lo que acabas de hacer!

Apartó las mantas, se vistió a toda prisa; ella lo siguió desnuda, lo detuvo y tendió la mano temblorosa para tocarle la cara iluminada de rojo en la oscuridad de la habitación.

—Cuando estaba muerta —le explicó con un hilo de voz—, trataron de decirme que eras un monstruo. No les hice caso, porque no quería hablar con los muertos. Pero recuerdo que me dijeron que existía la vida y la muerte y un lugar intermedio. Que la gente existe en los dos primeros lugares, pero no en el tercero, que queda reservado a...

—A los vampiros —la interrumpió Harry, con brusquedad—. Allí están ellos y sus víctimas, las personas a las que convierten en vampiros. ¡Y las muchachas tontas que por su comportamiento inconsciente permiten que las conviertan en vampiros!

—Pero no has tomado mi sangre, Harry. ¡Ni siquiera me has hecho sangrar! —gritó ella, desafiante—. Tengo casi diecinueve años y además no era virgen. Estuve..., estuve saliendo con un hombre durante un año entero.

—¡Salir con un hombre! —exclamó Harry—. ¡Eres una niña!

—¡Y tú eres un anticuado! ¡Estamos en mil novecientos ochenta y nueve! Hoy en día hay montones de chicas, de chicas británicas que se casan a los dieciséis o diecisiete años. Y muchas más prefieren no casarse y vivir con sus novios. No soy una niña. ¿Quieres decirme que mi cuerpo te pareció el de una niña?

—¡Sí! —exclamó; rechinó los dientes, la envolvió en sus brazos y gimió—: No. Te has comportado como..., como una mujer. Pero insisto en que has sido tonta. Penny, no lo entiendes. No es preciso que te hiciera sangrar. Ahora llevas dentro algo mío. No es mucho, pero no hace falta que lo sea, porque con poco basta para cambiarte.

—Pues me da igual con tal de poder estar contigo. —Lo atrajo hacia sí—. Tú me resucitaste, Harry, me devolviste la vida. Valga lo que valga, te la debo a ti. Toda. Y quiero que sea tuya.

—¿Te has escapado de casa? —preguntó, y la apartó de sí y la mantuvo a distancia.

—Me he marchado de casa —repuso con un suspiro—. No olvides que estamos en mil novecientos ochenta y nueve.

Tenía ganas de pegarle, pero no pudo. Y pensó: *¡Santo Dios, está unida a mí como una esclava! Pero ya lo estaba antes de que esto ocurriera. Con la diferencia de que entonces me dije que estaba prendada de mí. ¡Dios mío, por favor, no permitas que nada mío ni de eso esté en ella!*

Se le despejó la cabeza; el sueño y cuanto lo había acompañado fue disipándose y entonces comprendió a fondo la situación.

—¿Qué hora es? —preguntó, mientras echaba un vistazo al reloj. Eran sólo las diez y media de la noche—. ¿Cómo me has encontrado? Y lo que es más importante, ¿cómo has entrado?

La muchacha percibió su nerviosismo y reaccionó preguntando, asustada:

—¿Ocurre algo malo, Harry?

Harry encendió las luces y entonces su cara adquirió un aspecto más normal.

—Cuando estuve aquí —dijo ella—, vi la dirección en unas cartas que te enviaron. Me acordaba de tu dirección del mismo modo que me acuerdo de todo lo referente a ti. La verdad es que no he dejado de pensar en ti ni un solo minuto. Sabía que tendría que volver a tu lado. Costara lo que costase.

—¿Y Trevor Jordan te dejó entrar? ¿Sin despertarme? —Harry abrió la puerta de su dormitorio de sopetón—. ¡Trevor! —gritó—. ¿Quieres subir ahora mismo, maldita sea!

No hubo respuesta; Penny sacudió la cabeza.

Harry la miró: las piernas largas, el cabello rubio, los ojos azules. Vio sus pechos firmes, sus muslos y su trasero, todo su cuerpo joven y hermoso. Y un mohín de la boca que no era del todo ingenuo, pero que le daba un aspecto sexy y un tanto provocativo. La primera vez que la había visto así, desnuda, su carne estaba plagada de agujeros negros. Pero ya estaba entera otra vez. Entera, pero probablemente impía.

—Será mejor que te vistas —le dijo—. ¿Y Jordan?

—Se ha ido —le explicó ella mientras se vestía—. Le dije que tenía que estar contigo, pero no le aclaré cómo. Me hizo prometer que cuidaría de ti y me pidió que me despidiera en su nombre.

—¿Es todo?

—No, también me dijo que no debía quedarme. Cuando vio que no me convencería, se marchó. Dijo que tú lo entenderías. Ah, recuerdo además que me dijo que esperaba que la..., ¿la Sección PES...? lo entendiera también. Por su bien.

—La Sección PES —repitió Harry, y después, al acordarse de su sueño, exclamó—: ¡Darcy!

—¿Qué? —Penny ya estaba vestida y lo miraba fijamente.

—Baja —le ordenó—. Prepara café para ti. En la nevera hay vino tinto. Sírveme una copa.

—Harry, yo...

—¡Obedece!

Bajó.

Cuando estuvo solo, Harry envió sus pensamientos en necrolenguaje en busca de Darcy Clarke y rogó para no encontrarlo..., pero lo encontró. Volaba con el viento, flotaba a la deriva en las corrientes, como pecios. ¿O tal vez como la carga lanzada al mar desde la borda de un barco en peligro? Sí, eso era. Sacrificado en aras de un bien mayor.

El necroscopio se sentó en el borde de la cama y derramó varias lágrimas calientes. Su humanidad reaccionaba amplificada por las abrumadoras emociones wamphyri. Aunque sólo hubiera sido humano también habría llorado, con la diferencia de que entonces sus lágrimas no habrían quemado como la erupción del volcán que rugía en su interior.

—Darcy, ¿quién fue?

Fuiste tú, Harry. El necrolenguaje de Darcy le llegaba débilmente, como el sonido del viento sobre el mar que se oye en una caracola.

—¡Dios santo, ya lo sé! —Harry sintió como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón—. ¿Pero quién fue el autor material? ¿Quién te quitó la vida? ¿Y... cómo has muerto? ¿No habrá sido al estilo antiguo?

¿La hoguera, la espada, el fuego? No, con una bala. En realidad fueron dos. Lo del fuego vino después.

—¿Y tu verdugo?

¿Por qué? ¿Para que puedas perseguirlo? No, Harry, no. Al fin y al cabo no hacía más que cumplir con su deber, y era evidente que sospechaba que yo era una amenaza letal. Además..., la verdad es que pude haber sido más prudente. De manera que tal vez la culpa sea tanto mía como tuya. Pero, por otra parte, si hubiera sabido que ya no estaba protegido, tal vez habría sido más cuidadoso.

—¿No vas a decirme quién te mató?

Ya te lo he dicho. Fuiste tú.

—Entonces lo averiguaré en otro momento, alguien me lo dirá.

¿Por qué no robas ese nombre de mi necrolenguaje mental?

—No hago esas cosas. Y menos a mis amigos. Si tú no me lo dices por tu propia voluntad, entonces tendré que averiguarlo por otro medio.

Has robado, y no sólo información, y sin duda no fue por mi propia voluntad. Por eso soy un amigo muerto. Uno más de la Gran Mayoría.

Una tercera persona preguntó:

—¿Qué es lo que averiguarás por otro medio?

Harry se sobresaltó. Era Penny, que estaba en el umbral de la puerta, con una copa de vino tinto en la mano. Había oído al necroscopio que hablaba solo.

Harry perdió la concentración, el necrolenguaje de Darcy Clarke se desintegró y perdieron el contacto. Pero Harry no estaba enfadado con Penny. Porque si hubiera continuado hablando con Darcy se habrían separado de una forma mucho más violenta.

—Bajemos —le dijo—. Salgamos al jardín. Hace una noche cálida. ¿Han salido las estrellas? Me gustaría ver las estrellas. Y pensar.

Le gustaría ver *sus* estrellas, sí, las constelaciones familiares. Porque, quién podía saberlo, tal vez fuera su última oportunidad. Y las estrellas de la Tierra de las Estrellas eran muy diferentes. Y quería pensar. Sobre lo que Penny le había dicho. ¿De verdad era necesario que se vengara de Johnny Found? ¿Y por qué diablos tenía que saber quién había matado a Darcy Clarke? Al fin y al cabo, Darcy tampoco era vengativo.

Además, estaban Ken Layard y su don. Harry era un localizador. En realidad, en cierto modo siempre lo había sido. Por medio de la telepatía podía buscar y descubrir sin dificultades a sus conocidos, como Zek y Trevor. Y cuando le presentaban a una persona muerta, a partir de ese momento siempre había sido capaz de llegar hasta su tumba. E, independientemente de la distancia, rara vez tenía dificultades para conversar con sus amigos muertos. Pero en ese momento, las huestes de los muertos ya no querían hablar con él.

Algunos sí, dijo otra voz en su mente metafísica, una voz que le cayó como una ducha en un día de calor bochornoso. Era Pamela Trotter y fue como un soplo de aire fresco.

Penny había salido al jardín con el necroscopio, pero evidentemente no había oído el necrolenguaje de Pamela. Harry le pidió que entrara, de lo contrario no habría hecho más que preguntar, hablar y distraerlo. Cuando se disponía a marcharse a la casa, le lanzó una mirada, como si fuera a llorar.

—No te aparto de mi lado —aclaró—, pero necesito estar unos minutos a solas. Después tendremos todo el tiempo para estar juntos. *—Porque tendré que vigilarte hasta que esté seguro de que eres tú misma. Y si ha sucedido lo peor, hasta que esté*

seguro de que te has convertido en otra cosa.

Sus pensamientos estaban expresados en necrolenguaje y Pamela los captó. Penny regresaba a la casa cuando la ex prostituta intervino:

¿Una amante vampiro, Harry? ¡Estoy celosa!

—Pues no deberías estarlo. —Sacudió la cabeza y le explicó lo que había ocurrido y el problema en el que Penny se había metido.

¡Eh, ya lo quisiera para mí!, le espetó Pamela. *¡Ya me gustaría ser una muerta viviente con alguien como tú! Pero ya es tarde para eso. Ya no estoy para jueguecitos. Aunque quizás una última vez no estaría mal, ¿eh? Con el hombre adecuado, ¿sabes?*

Se quedó callada y esperó una respuesta; una pausa larga y preñada que casi lo impulsa a echarse atrás. Pero no tenía esa intención. Finalmente le preguntó:

—¿Crees que deberíamos seguir adelante?

Pues, verás, no cabe duda de quién tiene la sartén por el mango.

—¿Ah, no?

Tú llevas ventaja, Harry..., tu parte humana, al menos. Porque si el que dominara fuera tu vampiro, no tendrías tantas dudas. Sabrías qué es lo correcto.

Harry lanzó un bufido y le contestó:

—¿Que mi vampiro sabría qué es lo mejor? Lo mejor para él, tal vez sí.

¿Qué problema hay entonces? (Se estaba impacientando.) *Eres una sola persona, o al menos lo serás.*

—Mi problema es simple —respondió el necroscopio—. Si mi lado oscuro domina, el lado humano pierde..., quizá para siempre. Tal vez debería dejar que la policía atrapara a Johnny Found. Sé que si lo dejo en sus manos, acabarán atrapándolo, porque ya están sobre su pista. Pero...

¡Pero teníamos un trato!, lo interrumpió. *No puedo creer que te eches atrás ahora. ¡Estabas tan convencido! ¿Crees que dejé que entraras en mi mente y leyeras lo que leíste para nada? ¿Y las otras chicas? ¿Es que han muerto por nada, sin la posibilidad de saldar cuentas? Eras la única oportunidad que tenemos, Harry. ¿Y ahora pretendes dejar que la policía lo atrape? ¡Que le den por culo a la policía! ¡Seguro que ni siquiera sabrán qué hacer con él! ¡Acabarán internándolo en un manicomio durante un par de años y después lo volverán a soltar! ¡No! Tenías razón cuando dijiste que tiene que pagar ahora. La factura entera.*

Levantó las manos y rogó:

—Espera, Pamela...

¡No espero nada! ¡Eres un vampiro... de mierda! ¿Es que yo y los demás hemos estado averiguando cosas para nada?

Aquello cogió a Harry por sorpresa.

—¿Los otros?

He hecho amigos, a ver si te enteras. Y quieren ayudar.

—Bueno, pues que ayuden...

Al cabo de una larga y angustiosa pausa, Pamela le preguntó:

¿Entonces no has cambiado de opinión?

Sacudió la cabeza y contestó:

—Ni por un momento. No hacía más que reflexionar en voz alta. Eres tú la que viene aquí hecha un basilisco.

Permaneció callada durante un instante y luego le dijo:

Creo que hace un momento permitiste deliberadamente que me saliera de mis casillas.

—Es posible —reconoció—. Pero nosotros, los vampiros de mierda, somos así,

discutimos por el placer de discutir.

Lo siento, Harry (se sintió completamente tonta), *pero es que ya lo tenemos todo dispuesto. Y la cuestión es que cuando me puse en contacto contigo, tuve la impresión de que estabas reconsiderando las cosas.*

—No —repitió—, sólo reflexionaba en voz alta, o quizá discutía conmigo mismo, por el placer de hacerlo. ¿Qué querías?

Casi alcanzó a oír el suspiro de alivio de la muchacha.

Esperaba que tuvieras idea de cuándo podemos...

—Pronto —la interrumpió—. Tendrá que ser muy pronto. —Para sus adentros, añadió: *Porque si voy a atrapar a Johnny Found, tendrá que ser antes de que la Sección PES me atrape a mí. Si es que no los tengo ya sobre los talones.*

Tenía la fuerte sospecha de que era así..., no, sabía que lo seguían de cerca..., y la noche iba a probar que no se equivocaba...

Harry se terminó la copa y entró en la casa.

Penny lo esperaba, pálida y hermosa, con una pregunta escrita en el rostro: ¿qué será de nosotros? El necroscopio no estaba seguro todavía y se limitó a besarla. Fue entonces cuando la muchacha le preguntó cómo había ocurrido. Era algo que él se preguntaba una y otra vez, hasta que logró dar con la respuesta.

En pocas palabras le habló de la casa del viejo Faethor Ferenczy en Ploiesti, Rumania: las ruinas donde había vivido un antiguo padre de vampiros, donde a esas alturas las excavadoras lo habrían arrasado todo para permitir la construcción de un mausoleo de cemento que se elevaría hacia los cielos grises. Pero la enorme colmena no se erigiría en memoria de la maldad de Faethor (porque había sido misterioso hasta el final, de manera que ningún ser viviente lo recordaba ya), sino en memoria de la obsesión agroindustrial del demente de Ceausescu.

Allí ya no quedaba nada de Faethor, y si algo quedaba, era sólo un recuerdo. Pero era un recuerdo que no perduraba en las personas, sino en la tierra que el Gran Vampiro había contaminado.

—Perdí mis poderes —explicó Harry—. Ya no tenía el necrolenguaje y había quedado excluido del continuo de Möbius. Pero Faethor me dijo que él podía arreglarlo todo si me dignaba ir a verlo. Me encontraba con el agua al cuello y no me quedó más remedio; pero acabó devolviéndome mi necrolenguaje y me ayudó a redescubrir el continuo de Möbius. Pero todo aquello no fue más que una parte de su plan, que consistía en regresar, volver como un Poder y una Plaga al mundo de los hombres.

»En cuanto a cómo lo hacía, todavía ignoro si fue un acto de mala voluntad o la reacción automática de una naturaleza extraña. No sé si Faethor lo provocó todo o si sabía que ocurriría espontáneamente. No estoy seguro de si fue algo que él mismo puso en marcha «con premeditación y alevosía» o si sencillamente fue el último estertor del increíble instinto de supervivencia de su vampiro. Lo único que sé a ciencia cierta es que no hay nada más tenaz que un vampiro.

»La mecánica fue algo bien simple: Faethor murió cuando bombardearon su casa durante la guerra. Espetado por una viga que cayó del techo y decapitado por un hombre que pasó por el lugar, al que le dio mucha pena, y su cuerpo se quemó. Nada escapó al fuego... ¿o sí?

»¿Qué pasó con su grasa, su grasa de vampiro, que se fue colando por entre las rendijas que había entre las tablas del suelo para embeber la tierra mientras el fuego destruía el resto de la casa y de la carne de Faethor? Los sacerdotes cristianos de

Grecia sabían cómo tratar a los vampiros, sabían que había que quemar hasta el último trozo de los *vrykoulakas,* porque hasta la más mínima porción tenía el poder de regenerarse.

»En fin, que así es como yo lo veo; el espíritu de Faethor, y no sólo eso, quizá, sino también una parte de la esencia física del monstruo quedaron allí, en la atmósfera de aquel lugar y en la tierra, esperando. ¿Pero esperando qué? ¿Una reactivación? ¿Pero una reactivación por parte de qué? ¿Por parte de Faethor cuando encontrara un contenedor, un vehículo adecuado para pasar al futuro? Yo creo que sí. Y también creo que yo he sido ese vehículo.

»Una parte de él, llámalos los fluidos esenciales, si quieres, había pasado a la tierra que había debajo de las ruinas y escaparon al calor insoportable, y cuando fui a verlo y me tumbé a dormir sobre ese mismo lugar (¡Dios santo, eso hice yo!), esa cosa salió a la superficie para entrar en mí. ¿Pero qué era? Allí no había visto nada más que unos cuantos murciélagos que volaban en la oscuridad y que no se me acercaron.

»No..., no es así, sí que vi algo.

En ese momento, el necroscopio desvió la atención embelesada de Penny hacia un estante de libros que había en la pared, junto a la chimenea. Había allí una docena de volúmenes sobre el mismo tema: los hongos. Miró fijamente los libros y luego a Harry y preguntó:

—¿Setas?

—Setas, hongos venenosos, hongos normales, como verás, poseo una amplia información sobre el tema. En realidad, estas últimas semanas han ocupado gran parte de mi tiempo. —Le entregó uno de los libros titulado *Guía de setas y otros hongos* y lo abrió en una página, hacia el final, bastante sobada—. No es ése —dijo, y dio unos golpecitos con la uña en la página ilustrada—. Pero es el más parecido que he logrado encontrar. Mi hongo era más negro..., y con toda razón.

La muchacha miró la página y preguntó:

—¿Un champiñón común?

Harry lanzó un bufido y contestó:

—¡No tan común! Al menos la variedad que yo vi no lo era. Cuando me tumbé a dormir no había nada, pero cuando desperté ahí estaban: crecían en anillo y tenían aspecto carnoso, eran como champiñones, pero más pequeños y negros; se pudrían y estallaban al más mínimo movimiento y soltaban unas esporas escarlatas. Recuerdo que estornudé cuando el polvillo me entró por la nariz.

»Y cuando se pudrieron del todo, el hedor que despedían se parecía a..., al hedor de la muerte. No, no se parecía, era la muerte. Recuerdo que el sol los evaporaba. Poco después de aquello, Faethor me deseó lo mejor; sólo eso debió servirme de advertencia; me aconsejó que no perdiera tiempo y completara la tarea que me había propuesto. Me pareció extraño que me dijera precisamente eso, y más rara la forma en que me lo dijo, pero no me paré a reflexionar.

La muchacha sacudió la cabeza y le preguntó:

—Es decir, ¿*respiraste* las esporas de una seta venenosa y te convertiste en...?

—En vampiro —Harry terminó la frase por ella—. Pero no eran las esporas de una seta venenosa cualquiera. Aquellas cosas se engendraron a partir de los restos de Faethor, de su podredumbre. Eran los engendros de su muerte. Pero... había mucho más. Porque con los años he desarrollado una amplia experiencia con los vampiros, tal vez aprendí demasiado sobre ellos. Quizás esto también forme parte de la cuestión, no estoy seguro. Ya ves por qué no deberías haberte acostado conmigo. En mi caso bastaron unas cuantas esporas. ¿En el tuyo..., qué?

—Pero mientras esté a tu lado... —comenzó a decir.

—Penny —la interrumpió—, no voy a quedarme aquí. Ni siquiera voy a quedarme en este mundo.

—¡No me importa a qué mundo te vayas! —exclamó la muchacha, y se echó en sus brazos—. Llévame contigo, dondequiera que vayas, así estaré siempre a tu lado, para cuidarte.

Bueno pensó, *la verdad es que voy a necesitar a alguien. Y tú eres una criatura deliciosa.* Y en voz alta dijo:

—Pero no podré irme a ninguna parte hasta que no haya acabado con Found. No es sólo por ti, sino también por las otras chicas que asesinó. Y por una en particular. Se lo prometí.

—¿Found?

—Se llama Johnny Found. Y tengo que capturarlo. Tiene que morir porque es..., es como yo y como todos los demás con los que he tenido que vérmelas: no debió existir nunca, en ningún mundo limpio, al menos. ¡Found tortura incluso a los muertos! ¿No basta la muerte para que, además, tenga que existir él? ¿Y si alguna vez engendrara hijos? ¿Qué serán, eh? ¿Acaso su madre los dejará en el primer portal como dejaron a Johnny? No, hay que detenerlo aquí y ahora.

De sólo pensar en el nigromante, Harry se había puesto furioso, y si no era él, sin duda el vampiro que llevaba dentro. Se preguntó qué estaría haciendo Found en ese momento. Tenía que averiguarlo.

Harry se liberó del abrazo de Penny, apagó la luz, permaneció en la oscuridad y comenzó a buscar con su mente metafísica. Sabía la dirección de Found y cómo llegar a su casa. Envió una sonda hasta allí, a Darlington, a la calle, el edificio, el apartamento de la planta baja y... lo encontró vacío.

Era su oportunidad de llevarse algo que perteneciera al nigromante. ¿Habría alguien vigilando en la calle? Tal vez. Pero con suerte no permanecería allí demasiado tiempo y nadie lo descubriría.

—Penny, ahora he de marcharme. Pero volveré en seguida. Como mucho tardaré unos minutos. Cierra todo con llave y espérame aquí, en la casa. —Sus ojos carmesíes brillaban—. ¡Es mi casa! Que se atrevan a..., a..., y...

—¿Que se atrevan quiénes? —susurró—. ¿Los de la Sección PES? ¿Que se atrevan a qué, Harry?

—Tardaré unos minutos, nada más —dijo con voz ronca—. Volveré en un santiamén.

Capítulo seis

Cuenta atrás al infierno

Había vigilantes.

Harry decidió salir del continuo de Möbius en el mismo lugar que lo había hecho la última vez, a la sombra de una pared que había al otro lado del callejón que daba al edificio de Found. ¡Y se encontró con uno de los vigilantes!

En el mismo instante en que emergía del continuo para pasar al mundo físico, al mundo real, Harry oyó el grito de sorpresa del policía de paisano y supo que había alguien junto a él, entre las sombras; también supo que ese desconocido estaría buscando su arma. Pero entre los dos había una gran diferencia: Harry podía ver perfectamente en la oscuridad. Otra diferencia era que su adversario no era más que un hombre.

A la velocidad del rayo, Harry tendió el brazo y le hizo arrojar el arma de un manotazo..., fue entonces cuando se dio cuenta del tipo de arma que había sacado el policía de entre los pliegues del abrigo. ¡Una ballesta! La lanzó lejos, cayó con un ruido metálico sobre los adoquines, y agarró del cuello al PES.

El hombre estaba aterrorizado. Era pronosticador —leía el futuro— y sabía que Harry iría allí. Eso era cuanto pudo ver; también había descifrado que el hilo de su vida continuaba a partir de ese momento. Al parecer, eso le había impulsado a deducir que si había algún problema, Harry sería quien saldría mal parado.

El necroscopio leyó toda esta información en el pensamiento del PES y dijo entonces con voz entrecortada y cavernosa:

—Leer el futuro es un juego peligroso. ¿De modo que vas a vivir, eh? Es posible. ¿Pero cómo? ¿Cómo hombre o como vampiro? —Inclinó ligeramente la cabeza a un lado y sonrió, sin dejar de mirarlo fijamente con los ojos ardientes como ascuas en una forja; después, dejó de sonreír y enseñó los dientes.

El PES vio las fauces, las increíbles fauces de Harry, y boqueó cuando los dedos de acero del vampiro le apretaron aún más el cuello. Mentalmente gritó: *¡Dios mío, voy a morir..., voy a morir!*

—Podría ser —le dijo Harry—. Podrías morir con suma facilidad. Todo depende de lo bien que nos llevemos tú y yo. Dime una cosa, ¿quién mató a Darcy Clarke?

El hombre, bajito y robusto, un tanto calvo y de ojitos entrecerrados, utilizó las dos manos para liberarse de las de Harry, que le apretaban la garganta. De nada le sirvió. Comenzó a ponerse morado, pero a pesar de ello logró sacudir la cabeza, negándose a contestar a la pregunta del necroscopio. Pero Harry la leyó en su mente.

¡Paxton! El muy rastrero...

Harry estaba tan furioso que se sintió a punto de estallar. Habría sido muy fácil apretar más hasta que la nuez de Adán de aquel mierda infame se convirtiera en papilla entre sus dedos..., pero eso habría sido castigarlo por un delito cometido por otro. Además, habría significado rendirse al monstruo que llevaba dentro.

Apartó al hombre de un empellón, inspiró profundamente y exhaló una niebla

vampírica. Cuando el PES logró por fin incorporarse, apoyando un codo contra la pared, tosiendo y masajeándose la garganta, la niebla se había cernido sobre el callejón como una mortaja y Harry había desaparecido envuelto en ella...

O más bien la había utilizado para poder desplazarse mediante el continuo de Möbius hasta el apartamento de Johnny Found.

Sabía que no disponía de mucho tiempo; todo dependía de cuántos hombres hubiera apostado la Sección, tal vez estuvieran entrando ya por la puerta principal del edificio. Además, irían pertrechados con el equipo adecuado. Las ballestas son unas armas realmente infernales, pero un lanzallamas es algo muchísimo peor.

El apartamento de Found era una porqueriza y olía igual de mal. Harry lo recorrió sin tocar nada mientras pensaba: *Hasta los zapatos se me contaminarán en esta mugre.*

Primero examinó la puerta. Era maciza como los mil demonios, de madera de roble antiguo y con unos goznes bien recios, llevaba instalados tres cerrojos y por dentro tenía dos grandes pasadores. Estaba claro que Johnny no tenía intención de permitir que nadie entrara; a Harry le bastó también para sentirse un poco más seguro. Procedió a toda prisa.

En la habitación delantera, ante un ventanuco mugriento que daba a la calle, sumida en el silencio, se detuvo junto a un escritorio barato. Uno de los cajones estaba entreabierto; Harry vio un brillo metálico que provenía del interior, pero las cosas que había sobre el escritorio distrajeron su atención: un calendario arrugado y manchado en el que aparecía la pechugona de Samantha Fox, se veía la fecha del día encerrada en un círculo hecho con bolígrafo y en el margen aparecían unas notas garrapateadas; en un folio con el logotipo de Frigis Express había un mensaje manuscrito. El calendario no le pareció excesivamente importante..., hasta que leyó la nota del folio:

Johnny:

Esta noche hay un viaje a Londres. Con tu camión de la suerte, que ya te tendré preparado con la carga. Pasa a recogerlo al almacén a las 11.40. Es para Parkinson, de Slough. Es para una firma de Heathrow que empieza a trabajar a primerísima hora de la mañana, así que no podemos llegar tarde. Perdona por avisarte en el último momento. Si no puedes hacer el servicio, dímelo lo antes posible.

La nota llevaba una firma ilegible pero a Harry no le hizo falta saber quién la había firmado. Llevaba fecha del día. Johnny haría un viaje a Londres esa misma noche, saldría del almacén de Darlington a las 11.40.

Harry volvió a mirar el calendario. En el margen, del lado opuesto a la fecha marcada, Found había garrapateado: «¡Viaje a Londres! Bien, porque me siento con suerte y ésta podría ser mi noche. Necesito follarme a una jovencita...».

Harry echó un vistazo al reloj: eran las 11.30. Johnny estaría en el almacén.

El necroscopio tomó una decisión ese mismo instante. Su presa utilizaba un camión de la Frigis Express (su «camión de la suerte») como escenario para sus enloquecidos juegos de sexo, muerte y nigromancia; por lo tanto, el camión también formaría parte de su castigo. Pues bien, aquella noche Johnny efectuaría su último viaje. Lo único que necesitaba Harry era un objeto personal del loco.

Abrió del todo el cajón entreabierto del escritorio y aparecieron media docena de pesados tubos metálicos metidos en sus fundas de terciopelo. Harry los miró y pensó: *¿Qué diablos...?* Al sacar cuidadosamente del cajón uno de los tubos supo qué diablos eran...

Un arma, el arma que Found debía haber hecho para matar a sus víctimas. Una

para cada víctima. Con un pincelito, sobre el metal reluciente, había pintado en letras negras el nombre: Penny. Y Harry pensó: *Esto es lo que penetró a Penny antes de que Found la penetrara.*

El arma respondía perfectamente a la descripción que le había dado Pamela Trotter. Un trozo de tubo de acero de unos cuatro centímetros de diámetro interior, un extremo estaba cortado en ángulo recto y llevaba una funda de goma o empuñadura y el otro lo estaba en diagonal, hasta formar una punta. Era el extremo cortante de la herramienta, tenía el borde afilado desde dentro hacia afuera y cortaba como una cuchilla. El necroscopio sabía ya cómo —y para qué— se utilizaría aquel cuchillo tan horrendo. Al pensarlo se le revolvieron las tripas.

De pequeño, Harry había jugado en la nieve, en la costa noreste de Inglaterra. Le encantaba sentarse sobre un montón de nieve con una vieja lata y hundir el extremo abierto en el manto blanco, suave y frío que cedía con un sonido sordo. Cuando volvía a sacar la lata, estaba llena de nieve, unos cilindros de nieve bajitos y rechonchos con los que se podía construir castillos como en la playa. A diferencia de los castillos de arena, que se deshacían cuando subía la marea, aquellos castillos duraban días, hasta que subía la temperatura. Pero en ese momento no se acordaba de los castillos, sino de los agujeros circulares que la lata dejaba en la nieve. En su imaginación vio aquellos agujeros... y eran carmesíes. Y no estaban perforados en la nieve.

Harry examinó los otros cuchillos de tubo de acero. Había cinco más. Cuatro de ellos llevaban los nombres de las chicas que ya conocía por los archivos de la policía, pero a las que no había visto personalmente, y el quinto llevaba el nombre de Pamela. ¡Los guardaba como *recuerdos,* el muy cabrón, como si fueran fotos de antiguos amores! Harry se lo imaginó masturbándose delante de los cuchillos.

Seis armas en total, pero en el cajón había siete bandejitas forradas de terciopelo. Found debía de llevar consigo el séptimo tubo, aunque todavía no tendría escrito un nombre.

Los sentidos vampíricos de Harry le advirtieron de la presencia de una persona —en realidad, de más de una— que entraban en ese momento por la puerta principal y se desplazaban sigilosamente por el pasillo comunitario hasta la puerta de Found. ¿La Sección PES? ¿La policía? ¿Ambas? Concentró su pensamiento para tocar sus mentes. Otra mente se lo quedó mirando durante un momento y luego se retiró horrorizada. Había sido un telépata de mediana capacidad; otra vez la Sección PES, pero los demás eran de la policía. Iban armados, por supuesto. Hasta los dientes.

El necroscopio gruñó por lo bajo y notó que la cara se le crispaba y perdía sus contornos familiares. Por un instante consideró la loca idea de presentar batalla; ¡podía incluso ganarles! Pero después recordó el motivo por el que había ido hasta allí, la tarea inacabada que tenía entre manos, e invocó una puerta de Möbius.

Fue al almacén de Frigis Express.

Abandonó el continuo de Möbius en el arcén cubierto de hierba, donde la salida de las instalaciones de Frigis enfilaba hacia un camino de acceso a la A1 Sur; llegó a tiempo para sentir la ráfaga de aire de un enorme camión articulado que pasaba veloz. El hombre que iba al volante era sólo una sombra tras el reflejo oscuro del parabrisas, pero aunque la inscripción del costado del camión sólo decía FRIGIS EXPRESS, era muy elocuente. A la «X» le faltaba un trozo, porque la pintura se había desconchado, y en realidad se leía EYPRESS.

El «camión de la suerte» de Johnny Found.

Harry se acercó al borde de la carretera; por un momento, lo envolvió la luz

enceguecedora de los faros de un coche potente que iba detrás del camión. Al pasar el coche, unas caras de expresión preocupada se fijaron en él.

Había algo en aquellas caras. Harry sondeó sus mentes con el pensamiento. ¡Eran policías! Seguían a Found; querían pescarlo con las manos en la masa o, al menos, cuando recogiera a alguna pobre chica desprevenida. ¡Imbéciles! En su apartamento había pruebas suficientes para encerrarlo durante... no mucho tiempo. Pamela tenía razón: seguramente acabaría en un manicomio del que saldría al cabo de nada.

Después se acordó de Penny, que estaba sola en la casa de Bonnyrig. No sabía cuánto iba a tardar. Podía matar a Found enseguida, o hacer que muriera de diversas maneras. Pero había hecho un trato con Pamela Trotter y todavía no era capaz de engañar a los muertos. Además, Found debía recibir un castigo acorde con sus crímenes. Pero no podía dejar sola a Penny por mucho tiempo... ¿Acaso no habían matado a Darcy Clarke? *¿Por qué carajo era todo tan complicado?*

Harry notó que la tensión aumentaba en su interior..., sintió cómo se hinchaba hasta que la presión fue enorme..., respiró a borbotones el fresco aire de la noche y procuró dominarse. Para Penny, él era lo primero; él debía hacer lo mismo; regresó a Edimburgo a través del continuo de Möbius.

¡La muchacha no estaba en la casa!

Harry no podía creerlo. Le había ordenado que lo esperara allí, que no saliera. ¿Adónde habría ido? Buscó con su mente telepática...

¿Pero en qué dirección indagar? ¿Adónde podría haberse ido a esa hora de la noche? ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿Habría seguido el consejo de Trevor Jordan y lo habría dejado plantado?

Se dejó guiar por su conciencia vampírica, envió sondas en la noche, desplegándolas como si se tratara del oleaje en la superficie de un estanque mental, y buscó a Penny, pero encontró a otras personas. ¡Otra vez PES!

Les lanzó un gruñido telepático y percibió cómo los postigos se cerraban de golpe y con la misma fuerza con que se agarran las lapas a las rocas cuando baja la marea. Estaban cerca, aunque no tanto, probablemente se encontraran en Bonnyrig, en alguna casa donde habrían establecido su cuartel general. Harry los dejó atrás, intentó explorar más por la zona y se encontró con la estática mental que chisporroteaba como si en su mente estuvieran friendo tocino. Era la Sección PES que se encargaba de desmodular sus transmisiones telepáticas.

¡Malditos sean los espías mentales! Debería largarme y dejar que os fuerais todos derechos al mismo infierno. ¡Pero debería dejaros algo para asegurarme que acabarais allí, algo que os provoque una eterna pesadilla!

Y podía hacerlo si lo deseaba, porque era portador de la plaga. Podía ser su legado a un mundo y una raza que lo habían abandonado: una plaga vampírica.

Físicamente, su vampiro no había alcanzado el pleno desarrollo, estaba aún inmaduro; pero sus sangres estaban mezcladas y su mordedura debía de ser virulenta. Y tenía a su entera disposición la vastedad infinita del continuo metafísico de Möbius. Si se lo proponía, esa misma noche podía sembrar vampiros en todos los continentes. ¡Quizás entonces lamentarían no haberlo dejado en paz!

Salió apresuradamente al jardín, bajo las estrellas y la luna. Era de noche, su hora. Aquellos PES estaban allí por algún motivo. Incluso podían estar avanzando en ese momento, protegidos por su escudo de descargas estáticas.

—¡Venid a buscarme! —los retó—. ¡Ya veréis lo que os espera!

Al final del jardín, alguien abrió la cancela, que chirrió sobre sus goznes.

—¿Harry? —Penny apareció en el sendero y se acercó a él.

—¿Penny? —El necroscopio le tendió los brazos y la mente, pero la mente de la muchacha aparecía borrosa, como con una especie de niebla, en la que su psique se ocultaba sin saberlo. ¡Niebla mental!

Harry se sintió desmoralizado, pero debía disimular. Ya era una vampiro, o lo sería, y estaba esclavizada a él. Ya no era un amor de adolescente. Se preguntó si alguna vez lo había sido. Al fin y al cabo, él la había resucitado de entre los muertos.

—¿Qué haces aquí afuera? Te dije que me esperaras.

—Pero hacía una noche muy hermosa y también tenía necesidad de pensar, como tú. —Se dejó abrazar.

—¿En qué has pensado? —*La noche te atrajo. Has sentido arder el primer fuego en tus venas. Y mañana, el sol te dañará los ojos y te irritará la piel.*

—He pensado en..., en que quizá no desees llevarme contigo. Tal vez no me lleves.

—Pues has pensado mal. Te llevaré conmigo. —*No me queda más remedio, porque si te dejo en este mundo, sería como firmar tu sentencia de muerte.*

—Pero no me quieres.

—Claro que te quiero. —*Aunque eso no tiene ninguna importancia, porque tú tampoco me querrás. Pero nos quedará nuestra lujuria*.

—¡Harry, tengo miedo!

—*¡Tarde, demasiado tarde!* No quiero que te quedes aquí —le dijo—. Será mejor que vengas conmigo.

—¿Adónde?

La llevó a la casa, recorrió las habitaciones, apagó todas las luces y volvió rápidamente a su lado. Le enseñó el cuchillo de Johnny con su nombre pintado en él. La muchacha lanzó un grito de asombro y se apartó de él.

—¿Puedes imaginártelo? —le preguntó Harry con un tono de voz oscuro como una noche de invierno—. ¿Puedes recordar con qué cara miraba esto, el dolor que te causó y su placer?

La muchacha se estremeció y respondió:

—Creí que..., que se me había olvidado. He intentado olvidarlo.

—Lo olvidarás —le aseguró—. Y yo también..., cuando haya terminado lo que empecé. Pero no puedo dejarte aquí y he de acabar con él.

—¿Tendré que verlo? —palideció al pensarlo.

—Sí —asintió Harry. Sus ojos escarlata se iluminaron, risueños—. ¡Sí..., y él te verá a ti!

—¿Pero no dejarás que me haga daño, verdad?

—Te lo juro.

—Entonces estoy preparada...

Una hora antes, en la estación de Waverley, en Edimburgo, Trevor Jordan había subido a un coche cama del tren que iba a Londres. No había hecho planes; al día siguiente, por la mañana temprano, telefonearía a la Sección PES y trataría de averiguar de qué lado soplaba el viento. Y si todo iba bien, volvería a ofrecerles sus servicios. Harían una investigación (vistas las circunstancias, era lógico esperarlo), evidentemente querrían saberlo todo sobre sus experiencias con Harry Keogh. Pero se aseguraría de que todo el proceso tardara su tiempo, transcurrido el cual, Harry ya se habría marchado de allí. Y si todavía no lo había hecho, Jordan rechazaría cualquier misión que lo obligara a actuar en contra de su amigo.

No por temor, sino por respeto, por gratitud..., aunque si era sincero consigo mismo, también por temor. Harry era Harry, pero era también vampiro. En ese sentido, todo aquel que no sintiera aunque fuera un poco de miedo tenía que ser un idiota.

El telépata había pagado para viajar en coche cama, pero no podía dormir. Tenía mucho en qué pensar. Era un hombre que acababa de regresar de entre los muertos y no podía acostumbrarse, tal vez jamás se acostumbrara. Ni siquiera una persona que se recupera por completo de una enfermedad gravísima podía sentir lo que Jordan sentía. Porque en su experiencia había superado los límites de la enfermedad, los límites de la vida misma, para volver. Y todo se lo debía a Harry.

Sin que Jordan lo supiera —incluso Harry lo ignoraba—, en realidad le debía mucho más. Porque, por una parte, Jordan no había tenido en cuenta que Harry había estado en su mente: el necroscopio le había *tocado* la mente, y aunque el contacto había sido fugacísimo, había bastado para dejar en ella sus huellas. Y no había manera de borrarlas.

Además, para la Sección PES —y sin duda para los dos PES, uno localizador y el otro telépata, que habían tomado el mismo tren que Jordan— esas huellas asumían la forma de una fétida niebla mental. Era evidente que no podían sondearlo con demasiada profundidad, porque Jordan era un telépata de primera y se percataría de ello; en realidad, Gareth Scanlon, uno de los dos hombres que lo seguían, había sido alumno de Jordan, le había enseñado hasta que su don maduró y tomó forma. Jordan reconocería su mente (por no mencionar su rostro y su voz) de inmediato. Razón por la cual los dos se mantenían a una respetable distancia de él; habían subido a un coche del final del tren, pasado el vagón restaurante, y pasaron la primera parte del viaje con los sombreros puestos, ocultos tras unos periódicos que habían leído cuatro o cinco veces.

Jordan no se movió en dirección a ellos ni una sola vez, ni envió un solo pensamiento hacia donde ellos se encontraban; se contentó con permanecer sentado en su coche cama, escuchando el traqueteo de las ruedas sobre las vías, mirando por la ventanilla cómo pasaba el mundo nocturno y con alegrarse por volver a formar parte de él, sin detenerse a pensar siquiera una sola vez cuánto iba a durar.

Cuando el tren aminoró la marcha para pasar debajo de un viaducto, entre Alnwick y Morpeth, Scanlon se irguió en el asiento, cerró los ojos y se concentró, alarmado. Alguien intentaba ponerse en contacto con él. Pero los pensamientos eran claros, límpidos y enteramente humanos, no había en ellos ninguna niebla mental vampírica. Era Millicent Cleary, que estaba en la Central de Londres, desde donde coordinaba y dirigía la representación, conjuntamente con el ministro responsable y el oficial de servicio.

Fue breve:

¿Gareth? ¿Tienes novedades?

Scanlon bajó la pantalla de estática y pasó un breve informe de la situación, que concluyó:

Está en un coche cama, va a Londres.

Tal vez no, le contestó. *Depende de cómo se desarrollen las cosas, pero el ministro dice que es posible que pronto podamos echarles el lazo a los tres.*

¿Cómo? La preocupación de Scanlon era evidente, así como su horror, porque de un momento a otro le ordenarían a él y a su colega que mataran a un hombre del que habían sido compañeros.

Cleary captó su pensamiento.

Un ex compañero, de acuerdo, pero ahora es un vampiro. Al cabo de una pausa, le dijo: *El ministro quiere saber si hay problemas.*

No había ningún problema, aunque sí un detalle que debía tenerse en cuenta.

Estamos en un tren, no lo olvides. ¡No podemos quemarlo aquí!

El tren parará en Darlington, donde ya tenemos agentes. De manera que estad atentos al aviso. Quizá tengáis que bajaros del tren allí y llevaros a Trevor..., digo a Jordan. Es todo por ahora. Estaremos en contacto.

Scanlon pasó el mensaje a su compañero, el localizador Alan Kellway, uno de los recientemente reclutados por la Sección.

—No conozco muy bien a Jordan —respondió Kellway—, de manera que por ahí no tengo problemas. Lo único que sé es que estaba muerto y ahora está vivo, si es que a eso puede llamársele estar vivo, y que eso no es natural. De manera que lo único que vamos a hacer es restablecer el orden natural de las cosas.

—Yo sí lo conocí —dijo Scanlon, y se encogió en el asiento—. Fue amigo mío. ¡Será un asesinato!

—Una muerte pírrica, es verdad —comentó Kellway—. ¿Pero lo es de verdad? No olvides una cosa, que Harry Keogh, Jordan y los de su calaña podrían acabar con el mundo entero.

—Sí —asintió Scanlon—. Es lo que no ceso de repetirme. Es algo que no debo olvidar.

En el continuo de Möbius, el increíble cuchillo de Johnny Found actuaba como una piedra imán: señalaba en dirección a su dueño. En realidad, el don localizador de Harry apuntaba hacia el cuchillo y él se limitaba a seguir hacia donde lo conducía.

Penny se aferraba a él con los ojos cerrados; los había abierto en una ocasión y le había bastado. La oscuridad del continuo de Möbius parecía sólida. Ello se debía a la ausencia completa de lo material, a la ausencia del tiempo. Donde no existe NADA, hasta los pensamientos pesan.

Es una especie de magia, susurró la muchacha para sí.

No, contestó el necroscopio, *pero no te puedo culpar por pensarlo. Al fin y al cabo, Pitágoras también creyó lo mismo.* En ese momento, su pericia en el uso del continuo de Möbius le permitió advertir el cese del movimiento y supo que había encontrado a Found.

Formó una puerta de Möbius, se asomó a ella y vio una hilera de arbustos dispuesta paralelamente a una carretera que se perdía en la distancia, recta como una vara. Los vehículos pasaban veloces por su superficie, del color del metal; sus luces iluminaban los arbustos formando en ellos un caleidoscopio de tonos amarillos, verdes y negros Mientras Harry observaba, el camión de Frigis Express pasó a toda velocidad.

Gracias a un breve salto de Möbius recorrieron más de un kilómetro de carretera y salieron en un puente de conexión del múltiple sistema de carriles de la Al. Un minuto después, Harry dijo:

—Ahí viene.

Espiaron por las aberturas del puente de conexión y vieron que el camión de Frigis Express pasaba debajo de ellos como un rayo para continuar viaje por la autopista.

Cuando sus luces se desvanecían y se fundían con las de los otros vehículos, Penny le preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

Harry se encogió de hombros, comprobó dónde estaban y le contestó:

—Boroughbridge está como a tres kilómetros más al sur. Puede que Johnny se detenga ahí, no lo sé. En cualquier caso, no tengo intención de vigilar su avance kilómetro a kilómetro; pero sé que en algún punto del recorrido se detendrá, posiblemente en un restaurante de los que están abiertos toda la noche. Es su *modus operandi,* ¿no? Estamos en su territorio, en el coto de caza donde busca a sus víctimas: mujeres solas en plena noche. Aunque no hace falta que te lo cuente a ti, ¿verdad?

—No, no hace falta que me lo cuentes —respondió Penny, y se estremeció.

Echaron una mirada a su alrededor. A un lado de la autopista había una estación de servicio; al otro, un restaurante.

—Me alegra saber que puedo encontrar a Johnny cuando quiera —dijo Harry—. Hagamos una pausa para tomarnos un café, ¿de acuerdo? Así te explicaré cómo quiero actuar.

La muchacha asintió, incluso logró sonreír tímidamente.

Recorrieron el puente de conexión hasta llegar a las escaleras que conducían a la cafetería. Había gente que subía las escaleras y se dirigía a la estación de servicio y al aparcamiento que había allí. Antes de que llegaran al final del puente, Penny aferró a Harry del brazo y siseó:

—¡Tus ojos!

Harry se puso las gafas y la cogió de la mano.

—Guíame —le pidió—. Como si estuviera ciego.

No fue mala idea. A partir de ese momento, en la cafetería, donde comía un puñado de viajeros, la gente se limitó a mirarlos de reojo y a apartar la vista rápidamente.

Tiene gracia, pensó Harry, *pero a la gente no le gusta demasiado mirar a alguien que está enfermo. Y si lo hacen, es siempre de reojo. ¡Ja! ¡Se caerían redondos si se enteraran de la naturaleza de mi enfermedad!*

Pero no se cayeron redondos. Al menos no todos...

En la orilla del río, a poca distancia de Bonnyrig, Ben Trask y Geoffrey Paxton montaban guardia entre las sombras, ocultándose de la luz de la luna y las estrellas, atentos al gorgoteo de las aguas que bajaban negras y arremolinadas. También estaban atentos a otras cosas, pero no oían nada. Y vigilaban.

Vigilaban la vieja casa que había al otro lado del río, la casa del necroscopio, con todas las luces encendidas, vigilaban por si notaban algún movimiento tras las puertas abiertas del patio de abajo, por si veían alguna sombra que se proyectara sobre las cortinas en las ventanas de arriba, por si captaban alguna señal de vida... o de ausencia de ella, por si captaban la presencia de algún muerto viviente. Mientras vigilaban, acariciaban sus armas: Trask llevaba una ametralladora con un cargador de treinta balas de 9 mm dispuesto en su alojamiento azul acerado, y Paxton una ballesta de metal con una flecha de madera dura, tensada a una presión que hubiera bastado para traspasar a un hombre como traspasa un clavo un trozo de madera terciada.

A poco más de un kilómetro de allí, en la carretera de Bonnyrig, otros dos agentes de la Sección PES esperaban en el interior de un coche. Poseían pequeños poderes propios, pero no eran telépatas; ninguno de ellos tenía la experiencia de Ben Trask ni el «celo» de Paxton. Pero si era necesario, serían capaces de hacer lo que debía hacerse. Su coche estaba equipado con una radio, sintonizada con la Central de

Londres. Por el momento, su misión consistía en pasar mensajes y actuar como grupo de apoyo de los otros dos agentes. Si Trask o Paxton los llamaban, podían recogerlos en poco más de un minuto. Ese detalle daba una cierta sensación de seguridad a los dos hombres apostados en la orilla del río; a Paxton algo menos que a Trask, porque él ya había estado allí.

—¿Y bien? —susurró Trask, cogiendo al telépata por el brazo—. ¿Está o no está en su casa?

Paxton se encontraba muy cerca del lugar donde Harry Keogh lo había lanzado al agua y se sentía muy nervioso. El necroscopio le había advertido que la próxima vez..., que más le valía que no hubiese una próxima vez. Y ya había llegado; Trask apretó más el brazo de Paxton y éste contestó:

—No lo sé. Pero la casa está contaminada. ¿No lo notas?

—Claro que sí —asintió Trask en la oscuridad—. Con sólo mirarla ya me doy cuenta de que hay algo que no funciona. ¿Qué me dices de la muchacha?

—Hace una hora estaba allí, estoy seguro —respondió el otro—. Tenía los pensamientos envueltos en una especie de bruma, sin duda niebla mental, pero hasta cierto punto eran legibles. Está esclavizada a él, no hay duda de ello. Supuse que Keogh también estaría en casa, por un momento tuve la certeza de que era así, pero ahora... —Se encogió de hombros y prosiguió—: Esto de leerle el pensamiento a un vampiro es algo muy complicado. Ver sin ser visto y oír sin ser oído.

Antes de que Trask pudiera contestar nada o hacer más comentarios, la lucecita roja del walkie-talkie que llevaba comenzó a parpadear. Sacó la antena y pulsó el botón de recepción de llamadas. Recibió la acostumbrada descarga de sonidos estáticos y después le llegó la voz metálica y débil de Guy Teale que le decía:

—Aquí el coche. ¿Qué tal me oyes?

—Bien —respondió Trask en voz baja—. ¿Qué pasa?

—Recibimos una llamada de la Central —contestó Teale—. Debemos colocarnos ahora mismo en posición ofensiva, luego hemos de mantener silencio tanto por radio como por PES y esperar la orden.

—Lo de disponernos al ataque no tiene problema —dijo Trask con el entrecejo fruncido—. ¿Pero cómo vamos a atacar si nuestro objetivo no está aquí? ¿Quieres preguntárselo a los de la Central?

Teale contestó de inmediato:

—La Central dice que si cuando den la orden en la casa no hay nadie, nos quedemos donde estamos, permanezcamos alertas y esperemos a ver qué ocurre.

Trask frunció más el entrecejo e insistió:

—Pídeles que te lo repitan, ¿quieres? Y que te aclaren los puntos en blanco.

—Ya lo he hecho —respondió Teale, y su suspiro les llegó nítidamente—. Antes de llamarte. Por lo que la central sabe, Keogh lleva con él a la chica Sanderson y los dos están tras la pista del asesino reincidente. Nosotros también tenemos a los nuestros tras Keogh y Found, dentro de ciertos límites, claro, y también tenemos vigilado a Trevor Jordan, que viaja en coche cama en el tren que va a Londres. Dejaremos que Keogh o la policía, o los dos, se encarguen de Found, después nos ocuparemos del necroscopio, de la chica y de Jordan simultáneamente, dondequiera que se encuentren cuando llegue ese momento.

—De manera que si los nuestros no cogen a Harry y vuelve aquí, nos encontrará esperándolo, ¿no es así?

—Así es como yo lo veo —respondió Teale.

—De acuerdo, cerrad bien el coche y venid hacia aquí andando. Nos

encontraremos en el viejo puente, antes de cruzar..., dentro de diez minutos. Después nos reorganizaremos, nos separaremos en parejas y elegiremos puntos desde donde vigilar tanto el frente como la parte posterior de la casa. Es todo por ahora. Nos vemos.

Pulsó el botón.

Sin dejar de explorar, nervioso, la oscuridad que lo rodeaba bajo los árboles, Paxton preguntó:

—¿Crees que Teale y Robinson trabajarán bien juntos? Estoy seguro de que nosotros nos avenimos bien, pero ellos no me dan la impresión de ser muy espabilados.

—Es posible que tengas razón. —Trask lo miró fijamente en la oscuridad y le disgustó cuanto veía y sentía; sobre todo porque de vez en cuando percibía cómo Paxton tironeaba con su don telepático del manto que le cubría la mente, tratando de quitárselo—. Así que yo iré con Teale y tú con Robinson.

Paxton se volvió más hacia él y bajo la luz fluctuante de la luna sus ojos adquirieron una mirada cruel.

—¿No quieres que trabajemos juntos? —le preguntó.

—Paxton, voy a decírtelo con toda claridad. El único motivo por el que quise trabajar contigo aquí fue para vigilarte. Me parece que te lo tienes muy creído y que se te nota a una legua. No, no quiero que trabajemos juntos. ¡Y la verdad es que preferiría trabajar con una mierda!

Paxton hizo una mueca y comenzó a alejarse en dirección a la carretera. Pero Trask lo agarró del brazo y lo obligó a darse la vuelta.

—Ah, una cosa más, don telépata superdotado. Estoy hasta la coronilla de que intentes leerme el pensamiento. Cuando esté un poco más arriba de la coronilla, serás el primero en enterarte. Porque entonces, Harry Keogh no será el único que te habrá tirado al río.

Paxton tuvo la picardía de callarse la boca. Regresaron a la carretera sin decir palabra, se dirigieron hacia el viejo puente de piedra que cruzaba el río y esperaron a que Teale y Robinson se reunieran con ellos.

Hacía media hora que Harry y Penny se habían bebido su primer café. Pidieron el segundo y se les estaba enfriando en las tazas. Penny había pedido una tarta de crema, pero sólo había probado un bocado. No tenía muy claro si su inapetencia se debía a la calidad de la tarta o a su humor, pero como nada le sabía bien, pensó que la causa sería su humor. De vez en cuando el necroscopio metía la mano en el bolsillo, sacaba la horrible arma de tubo de acero de Johnny y la sopesaba en la palma de la mano. Penny lo notaba cada vez que lo hacía, se percataba de que estaba tocando el instrumento que la había conducido a la muerte y entonces se estremecía.

Cuando Harry metió la mano en el bolsillo una vez más, ella le preguntó por sorpresa:

—¿Y si no para? ¿Si sigue viaje directo a Londres?

Harry se encogió de hombros y respondió:

—Si tenemos la impresión de que eso es lo que va a hacer, dejaré que llegue hasta..., hasta... —Dejó de tocar el horrible cuchillo y cerró brevemente los ojos tras las gafas oscuras. Cuando volvió a abrirlos, su voz sonó fría y afilada—. Eso no ocurrirá. ¡Acaba de parar en este momento!

—¿Sabes dónde? —le preguntó, aferrándole la mano.

—No. La única manera de averiguarlo es ir hasta allí y comprobarlo.

—¡Dios mío! —exclamó con un hilo de voz—. ¡Voy a ver al hombre que me asesinó!

—Y lo que es más importante, él te verá a ti. Y empezará a hacerte preguntas. Si lee los periódicos, sabrá que Penny, una de las chicas que mató, tenía un doble que por alguna rara coincidencia también se llamaba Penny. Le costará más trabajo creer que se ha encontrado con ella. Al fin y al cabo, hay coincidencias y coincidencias. Si tiene cerebro, le resultará tremendamente sospechoso. Y se preocupará. Eso es precisamente lo que quiero que haga, que se preocupe. Creo que Johnny se merece pasarlo mal antes de que le ajustemos las cuentas definitivamente.

—¿Que le ajustemos las cuentas? —repitió Penny—. Parece..., parece como si me estuvieras utilizando, Harry.

—Supongo que te estoy utilizando —contestó, y dejó que ella lo condujera fuera de la cafetería—. Aunque no con la misma violencia que lo hizo él. Y no me digas que no es justo. La justicia es como la belleza, está en los ojos de quien mira. Además, sólo te pido que estés allí, no te pido que hagas nada del otro mundo. Hay otra persona que desempeñará un papel mucho más importante.

—Puede que tengas razón —dijo la chica y él la envolvió en sus brazos, invocó una puerta y la ayudó a cruzarla para entrar en el continuo de Möbius. *Me refiero a lo que es justo y lo que es hermoso. No creo que hubiera nada hermoso en Johnny.*

No, contestó Harry, sombríamente, *ni justo, tampoco. Pero yo sí soy justo. Yo sólo tomo ojo por ojo...*

Capítulo siete

Encrucijada de pesadilla

Johnny se había detenido en una estación de servicio de la autopista, al norte de Newark. Había escogido la A1(T) en lugar de la M1, que era más amplia, porque sus estaciones de servicio permitían una mayor selección: sus instalaciones no eran utilizadas tan sólo por los camioneros y conductores, sino también por los lugareños. Johnny sabía por experiencia que cuando alrededor de la medianoche bajaba la actividad en las salas de baile de los pueblos y pequeñas ciudades, los jóvenes se dirigían hacia allí a comer algo por poco dinero después de haberse pasado la velada bebiendo como cosacos, bailando o lo que fuera. No era la primera vez que paraba allí, pero nunca había tenido suerte. Tal vez esa noche sí.

Recorrió, a golpe de embrague y de frenos neumáticos, el asfalto con un inmenso camión con remolque hasta que encontró sitio y aparcó la bestia, en medio de bufidos y humos de escape, dejándola con el morro hacia la salida. Lo mejor era salir de esos lugares sin tener que hacer tanta maniobra. La estación de servicio se encontraba en una importante encrucijada; el aparcamiento de coches estaba bastante lleno y el de camiones medio vacío; la gente entraba y salía del restaurante iluminado en pequeños grupos. Johnny sería una cara más entre las de tantos otros, sentados ante un plato de pollo con patatas fritas y una pinta de cerveza sin alcohol.

En el interior del *self-service* había una cola larga; al cabo de un rato, Johnny se había sentado a la mesa de un reservado que había en un rincón; una vez allí, jugueteó con la comida y de vez en cuando levantaba la mirada en busca de una posible candidata. Había varias, pero no respondían a su perfil: eran demasiado viejas, demasiado desaliñadas, con caras ajadas, la mirada atenta, e iban o bien acompañadas o estaban sobrias. Había también unas cuantas jovencitas de mirada brillante, pero todas iban del brazo de llamativos novios. No había habido suerte. Pero de ahí a Londres encontraría lugares como aquél a montones. Y nunca se sabe cuándo va a cambiar tu suerte.

Se acordó de una ocasión en la que, en un tramo solitario de ruta, aquella pájara había pasado a toda pastilla con su deportivo rojo. Había salido como una bala tras ella y la había acosado hasta hacerla caer en la cuneta; después bajó del camión, le dijo que lo sentía, que había sido un accidente, pero que la llevaría con mucho gusto hasta el taller más próximo. La había llevado, claro, pero no al taller más próximo. Después, fue ella quien lo llevó a él hasta el séptimo cielo con el colocón que le produjo. Aquella noche Johnny estaba de un humor extraño: después de matarla, le había abierto un canal debajo de la mandíbula y se la había follado por la garganta. ¡La chica lo había sentido, claro, y cómo gemía la muy zorra después de muerta! Ah, antes de matarla ya le había metido la polla en la garganta, aunque no en la misma dirección.

Recordar todo aquello lo había excitado. Tenía que encontrar una candidata esa noche. Pero no en aquel lugar. Quizá debía seguir viaje.

Fue entonces cuando vio..., vio..., *¿qué carajo?*

No era posible, pero..., tuvo que esforzarse para que sus ojos no volvieran a mirar hacia donde ella estaba. Ahí la tenía; acababa de deslizar el trasero sobre el asiento de un reservado cercano; iba acompañada de un ciego —al menos era un tío que llevaba gafas oscuras— pero no parecía estar con ella. La chica pidió un café, sólo un café, era la misma de la otra vez. Era *exactamente* la misma. ¡A Johnny le dio vueltas la cabeza porque habría podido jurar que con ésa ya había estado!

«¿Cómo es posible?», se preguntaba. «¿Cómo es posible?» La respuesta era sencilla: no podía ser posible. A menos que la muchacha fuera hermana gemela de la otra... *¡o su doble!*

Recordó entonces haber leído algo en los periódicos: la policía creía que la que se había cepillado en Edimburgo —Penny, así se llamaba— era otra. Pero después había aparecido con vida: la imagen viviente de la que él se había trincado, asesinado y vuelto a trincar. Lo más extraño de todo era que la que había aparecido también se llamaba Penny. ¿Una coincidencia? ¡Joder, vaya coincidencia! Pero la mayor coincidencia de todas era que se encontraba ahí, en ese mismo momento. A menos que estuviera viendo visiones.

Johnny levantó la mirada del plato, miró a través de las mamparas de vidrio con estampados de helechos que separaban los reservados y proporcionaban un mínimo de intimidad, hasta que vio la cara de la muchacha. Por un instante, sólo por un instante, sus miradas se encontraron, pero la chica miró hacia otro lado. El tipo medio ciego —bueno, el tipo con problemas en la vista que compartía con ella el reservado— le daba la espalda a Johnny; no parecía gran cosa, encorvado como estaba sobre el tazón de café. ¿Sería el padre?

No, soy su amante, contestó Harry Keogh para sí. *Su amante vampiro, pedazo de basura.*

Se había metido en la mente de Found desde el momento en que entró en el bar acompañado de Penny, y la letrina mental que encontró allí era la más hedionda de todas las que se había encontrado. Ese aspecto, sumado al hecho de que el nigromante hubiera reconocido a Penny como una anterior víctima, o como el doble de esa víctima, reforzó la determinación de Harry y confirmó su compromiso. Pero ese reconocimiento por parte de Found no había producido la reacción que Harry esperaba. Curiosidad, sí, pero no temor. En cierto modo, era comprensible.

Al fin y al cabo, Found sabía que la otra Penny estaba muerta; sabía que aquélla no podía ser la muchacha que él había violado. Pero su sorpresa había sido efímera y Harry se sintió decepcionado. Además, supo entonces que se enfrentaba a un cliente muy frío. Ahora bien, saber si Found iba a ser capaz de mantener la frialdad cuando se enfrentara a lo que el destino le tenía preparado..., eso era algo muy distinto.

El necroscopio salió de la mente de Johnny, se inclinó sobre la mesa hacia Penny y le dijo en voz baja:

—Veo que estás muy nerviosa. Lo veo y lo noto. Lo siento, Penny, pero procura calmarte. Ya no tardaremos mucho; cuando Found se marche, iré tras él y tú me esperarás aquí, ¿de acuerdo?

La muchacha asintió y le dijo:

—Pareces muy..., no sé, muy frío con respecto a todo esto, Harry.

—Frío, no, decidido. Pero has de tener en cuenta que Found *es* frío y eso le daría ventaja sobre mí si me dejara dominar por la rabia.

Mientras esto decía, Harry vio que dos hombres entraban en el restaurante desde el aparcamiento. Parecían gente corriente, pero tenían un no sé qué. Mientras recorrían la barra del *self-service* para servirse refrescos, exploraron el local, vieron al

necroscopio y a Penny en su reservado y pasaron de largo. Harry se dispuso a sondear sus mentes..., pero su sonda telepática se encontró de inmediato con un muro de estática mental.

Se retiró de inmediato. Al menos uno de los dos era PES, lo cual significaba que la Sección PES estrechaba el círculo... alrededor de Johnny Found y de Harry Keogh. No era probable que intentaran nada allí dentro, quizá ni siquiera en la oscuridad del aparcamiento de coches, pero, fuera como fuese, Harry no quería tenerlos pegados a sus talones. Era evidente que habían llegado a la conclusión de que si seguían a Found encontrarían al necroscopio. En aquel momento no podía permitirse el lujo de topar con semejantes complicaciones.

Recordó en ese momento el coche que había visto tras la pista del camión de Found al salir de Darlington: se trataba de un coche de la policía, sin identificación, en el que iban..., ¿cuántos hombres? ¿Dos o tres? Había creído que eran policías, pero comprendió que no. De pronto, como surgido de la nada, notó que un gruñido le nacía en la garganta. Su personalidad de wamphyri reaccionaba a la amenaza. Consciente de que Penny lo miraba, ahogó el gruñido de inmediato.

—Harry, te has puesto muy pálido —le dijo ella, con tono preocupado.

Es la furia, amor mío. Y en voz alta respondió:

—Tengo algo que hacer. Tú tendrás que quedarte aquí..., pero sólo un minuto. ¿Estarás bien?

—¿Aquí sola con él? —preguntó con los ojos desorbitados.

—Hay como mínimo unas cincuenta personas —contestó. *Y dos de ellas por lo menos son unos personajes de lo más peculiar—* Te prometo que volveré enseguida.

Le acarició la mano, asintió y respondió:

—Entonces todo irá bien —pero procuró no mirar hacia donde estaba Found.

Harry se puso en pie, sonrió como un autómata y salió a la oscuridad.

Cualquiera que lo observara habría dicho que iba al lavabo de caballeros, pero al pasar cerca de las puertas de batiente de cristal de la salida giró abruptamente y las cruzó...

En cuanto estuvo fuera, se agachó, formó una niebla y, siguiendo un rumbo zigzagueante, se movió entre los coches alineados como soldados en posición de firmes. Guiado por sus sentidos de wamphyri, fue directamente hacia el coche sin identificación y se acercó a él por detrás. Había alguien al volante, un policía de paisano, tenía el brazo apoyado en la ventanilla abierta y un cigarrillo entre los labios; miraba hacia la oscuridad mientras aspiraba el aire cálido de la noche.

Exhalando niebla, el necroscopio se movió como una araña a ras del suelo, ejecutando un extraño movimiento de danza que le permitió acercarse por un lado del coche sin hacer ruido. Después se puso en pie.

El policía se quedó boquiabierto y lanzó un grito de sorpresa cuando una sombra surgida de la nada le tapó las estrellas y se plantó ante él; el cigarrillo salió volando cuando el necroscopio le encajó un puñetazo que lo dejó tendido sobre el asiento del acompañante.

Perdió el conocimiento y fue como una luz que se apaga, o como su cigarrillo, que Harry machacó de un pisotón. Metió el brazo por la ventanilla y partió en dos la llave de contacto sin sacarla. Ya estaba hecho: con ese coche ya no seguirían a Johnny ni a Harry. Para asegurarse aún más, sacó el cuchillo de tubo de acero de Found y lo hundió en un neumático hasta que soltó todo el aire y la llanta tocó el suelo. Cuando empezaba a incorporarse echó un vistazo a la parte trasera del coche y se quedó helado.

Los ojos del necroscopio estaban acostumbrados a la oscuridad, que eran su elemento. Veía el asiento trasero del coche con la misma claridad que si fuera de día. Descubrió allí una silueta voluminosa, fea, de morro oscuro que reconoció de inmediato: un lanzallamas. Y en el suelo del coche vio el brillo azulado del acero de un par de ballestas cargadas. ¡Ballestas cargadas!

Harry siseó y se agachó. Estaban preparados para darle caza, todos ellos estaban dispuestos. No tardarían en actuar. Tal vez antes de lo que él había creído. ¡Cabrones! ¡Y pensar que él mismo les había enseñado cómo hacerlo!

Perforó otro neumático y gruñó satisfecho al ver cómo adelgazaba; después rodeó el coche y perforó el tercero. Hizo entonces una pausa, inspiró profundamente y procuró calmarse...

Se echó a temblar, sólo a temblar. Ya no hubo más siseos ni gruñidos. Unos instantes de violencia habían actuado como válvula de escape, lo cual le permitió disminuir la terrible presión que sentía. Su niebla comenzó a disiparse, suspiró aliviado, se incorporó, adoptando una postura más humana, guardó el cuchillo y volvió al restaurante...

Habían transcurrido apenas dos o tres minutos desde que había salido, pero bastaron para que la amenaza de Johnny Found hubiera podido con Penny, anulando su resolución de que todo fuera bien. En cuanto Harry pasó por las puertas de batiente y desapareció en la oscuridad de la noche, Penny supo que no estaría bien, que nada iría bien encontrándose encerrada en el mismo local con aquel monstruo, por más que estuviera acompañada de cincuenta personas.

Fueron apenas unos instantes, que bastaron para que Johnny decidiera que Penny sería la candidata. Estaba claro que el tipo de las gafas oscuras no iba con la chica y que en ese momento estaba sola. Más aún, se había dado cuenta del interés que ella sentía por Johnny; lo notaba porque la chica apartaba la mirada de él, evitaba sus pensamientos, su existencia incluso. De pronto surgió la pregunta: *¿No será que me conoce?* ¿Pero cómo iba a conocerlo? ¿Qué carajo pasaba ahí?

Apartó el plato, colocó las manos sobre la mesa como si fuera a levantarse. Mientras lo hacía, no apartaba la mirada de Penny, retándola a que mirara hacia él. Aunque no lo pareciera, la muchacha miraba hacia él, pero de soslayo, y vio que se levantaba despacio. Se puso blanca como un papel, se levantó, salió de su reservado y al alejarse de él fue a chocar con un hombre gordo que llevaba una bandeja, y la leche, la comida caliente y los panecillos saltaron por los aires.

Johnny se acercó con una sonrisa de fingida sorpresa. Fue como si le estuviera preguntando: «¿Qué ocurre, es que te he asustado?» Cualquiera que presenciara la escena habría pensado: «¿Qué diablos le pasa a esa chica? ¿Estará borracha o drogada? ¡Qué palidez! Y ese joven de aspecto amable que parece tan sorprendido, tan asombrado».

Ahí estaba el quid de la cuestión: Johnny Found tenía cara de chico joven y amable. Cuando Harry Keogh lo había visto se sorprendió de que no respondiera mejor a la idea que se había formado de él. Era de estatura media y corpulento; rubio, con el pelo que le llegaba a los hombros, dientes cuadrados en una boca plena, con una sonrisa lánguida, casi inocente..., sólo la tez cetrina estropeaba su imagen de chico corriente. Eso y los ojos, que eran oscuros y hundidos. Además del hecho de que viviera en una pocilga. Y de que fuera un estragador de carne viva y muerta.

Penny le pidió disculpas al gordo balbuceante que se palpaba la chaqueta empapada de leche, levantó los ojos y al ver que Johnny se le acercaba salió corriendo

hacia las puertas del batiente. Johnny miró a su alrededor, se encogió de hombros, torció el gesto como queriendo decir: «Vaya loca..., ¡no tiene nada que ver conmigo, amigos!», y salió tranquilamente tras ella.

Pero estaba tan concentrado en seguir a la chica que al alcanzar la puerta de batiente, que todavía no se había cerrado, y salir, no se percató de que los dos hombres de mirada penetrante se ponían en pie e iban tras él.

Una vez fuera, Penny miró, nerviosa, en todas direcciones. Una fina bruma se levantaba del asfalto del aparcamiento de coches, bordeado de árboles; las luces de los faros de los vehículos que pasaban a toda velocidad por la carretera la encandilaron y no logró ver a Harry por ninguna parte. Pero Johnny Found sí podía ver a Penny, estaba justo detrás de ella.

La muchacha oyó el crujido de la grava del sendero que conducía a la puerta del restaurante, pero no se atrevió a mirar atrás. Podía ser cualquier persona, pero también podía tratarse de él. Se sintió clavada al suelo, todos sus sentidos se esforzaron por descifrar qué ocurría a sus espaldas, pero fue incapaz de darse la vuelta y utilizar el más obvio de todos. *¡Dios mío!,* imploró, *¡que no sea él!*

Pero era él.

—¿Penny? —la llamó, con tono malicioso e inquisitivo a la vez.

La chica se volvió con un movimiento lento y tembloroso, como títere controlado por un titiritero espástico. Ahí lo tenía, delante de ella, con una sonrisa fingida en unos ojos negros como el azabache duros como la piedra.

El corazón le dio un vuelco; quiso gritar, pero le faltaba el aire y acabó desmayándose en sus brazos. Él la cogió, miró hacia todas partes y al no ver a nadie, exclamó:

—¡Mía! —Contempló ceñudo sus ojos entrecerrados tras los párpados y añadió—: ¡Ahora eres toda para Johnny, Penny!

Quería hacerle preguntas ahí mismo, pero sabía que ella no las oiría. Se alejaba de él, del horror que él representaba, para internarse en otro mundo, en el mundo de la inconsciencia. Tenía su gracia. ¡Era imposible que huyera de Johnny! ¡Ni siquiera si se moría!

El aparcamiento de coches estaba frente al restaurante; en la parte de atrás se encontraba el de camiones y, entre los dos, como línea divisoria, había unas hileras de árboles separadas por senderos. Johnny levantó a Penny, se la llevó a los árboles y anduvo entre ellos cargado con ella, ligera como un bebé. El localizador de la Sección PES y el inspector de la Sección Especial de Detectives salieron como trombas del restaurante y fueron tras él, miraron hacia todos lados y lo vieron ocultarse en la oscuridad.

Corrieron tras Johnny..., seguidos del necroscopio.

Harry la había oído gritar. Aunque no en voz alta, porque estaba demasiado aterrada para proferir sonido alguno. La había oído en su mente. Era su esclava y lo había llamado. Había recibido la llamada justo cuando se disponía a alejarse del coche de los policías que acababa de inutilizar y al principio no supo qué había sido. Pero el vampiro que llevaba dentro lo reconoció de inmediato. Había visto cómo Found se llevaba a Penny hasta los árboles, en dirección al aparcamiento de camiones, y también había visto a los dos hombres que salían corriendo del restaurante para perseguirlo. Todos ellos se movían velozmente, aunque no tanto como Harry.

Sus zancadas eran extrañas, más propias de un lobo que de un ser humano, y avanzaba como la sombra de una nube que se desplaza veloz bajo la luna. Al entrar

en la zona arbolada, siguiendo una trayectoria en diagonal, calculada para interceptar a Johnny Found y su cautiva, supo que había cometido un error. Los árboles y los arbustos que había debajo de ellos constituían una pantalla ornamental ideada para separar los dos aparcamientos y como tal pantalla estaba protegida por altas vallas de alambre. Harry perdió unos segundos preciosos al toparse con la valla; maldijo por lo bajo, invocó una puerta de Möbius y al cabo de un instante había dejado atrás la hilera de árboles para reaparecer al borde del asfalto...

Una vez allí, chocó con una silueta balbuceante que se tambaleó y lo hizo parar en seco. Era el PES. Reconoció a Harry de inmediato, percibió la asombrosa fuerza de su mente metafísica y el vampiro que llevaba dentro y levantó la mano para impedirle el paso. La mano le sangraba profusamente, igual que la herida cortante que Johnny le había hecho en la mejilla al rebanarle casi un tercio de cara.

Harry lo aguantó para que no se cayera, le lanzó un gruñido y lo empujó hacia uno de los senderos que se internaba entre los árboles.

—¡Ve a buscar ayuda, deprisa, antes de que te desangres!

Mientras el PES farfullaba algo ininteligible y se alejaba a trompicones, el necroscopio exploró el aparcamiento con su conciencia vampírica. Inmediatamente dio con tres personas: Penny, que estaba desmayada; Johnny Found, que estaba furioso y empapado en sangre, y el policía que había caído sin vida en el lugar donde Found se había topado con él y le había hundido su arma por la oreja hasta enterrársela en el cerebro.

Harry localizó con precisión el sitio donde estaba, invocó una puerta y la atravesó a la carrera...; salió en la parte posterior del camión de Frigis Express, donde Johnny cerraba la puerta corredera con el pasador. A sus pies, en un charco de sangre, yacía acurrucado el policía, con la parte izquierda de la cara convertida en roja pulpa.

El nigromante se había apoderado del arma del policía; percibió la presencia de Harry, giró en redondo, apuntó y disparó. Harry se dirigía a él de frente; sintió un golpe fortísimo cuando la bala se le hundió en la clavícula derecha, le hizo dar una vuelta entera y lo lanzó sobre el asfalto.

Asustado por la explosión y el fogonazo, Johnny manipuló el arma con torpeza y luego la tiró al suelo. El loco tropezó con Harry, lo pateó con fuerza y, mientras el necroscopio se retorcía de dolor, corrió junto al remolque en dirección a la cabina del camión, sin dejar de maldecir y reír.

El dolor que Harry sentía en el hombro era como algo vivo que le agarrara la carne con unas pinzas al rojo vivo para retorcérsela, haciéndole gemir. Y entonces pensó: *Es esa maldita cosa que llevo en la sangre y la mente. ¡Tú tienes la culpa, imbécil, maldito imbécil! ¡Tú me has provocado esta herida..., ahora cúrame!*

Found había subido ya a la cabina, ponía en marcha el motor y aceleraba. Los frenos neumáticos sisearon y las luces traseras resplandecieron con tonos rojizos que hacían juego con los ojos de Harry y con la gelatina que se coagulaba junto a la cabeza del policía muerto. Transido de dolor, el necroscopio vio cómo la enorme masa del camión se sacudía y comenzaba a retroceder; al cabo de un momento, dos de sus ruedas dobles rechinaron con furia, se agarraron al asfalto y pasaron por encima del cuerpo del policía. La sangre y los intestinos salieron a presión, las ruedas se elevaron apenas unos centímetros y el peso del camión aplastó el cadáver, sacándole las vísceras como quien saca dentífrico de un tubo.

¡Suerte que está muerto!, pensó Harry, anonadado. *¡Porque de haber estado vivo, no habría querido que sucediera!* Se trataba de un pensamiento mecánico,

provocado por aquellos sesos esparcidos, por la materia fecal e intestinos, y expresado en necrolenguaje, de modo que el policía los oyó.

El tubo de escape eructó los gases en la cara de Harry y éste rodó desesperadamente para apartarse del camión, que iba marcha atrás; las ruedas, empapadas de sangre, no lo alcanzaron de milagro; pero a pesar del rugido del motor, del olor y del desastre esparcido sobre el asfalto alcanzó a oír la respuesta del policía:

¡Pero lo he sentido! ¡Dios santo, fue como morir dos veces!

A Harry se le heló la sangre en las venas al recordar quién conducía el camión: Johnny Found, nigromante, que tenía el poder de hacer sentir sus actos a sus víctimas, del mismo modo que las huestes de los muertos habían sentido los de Dragosani.

Los frenos neumáticos volvieron a sisear y el camión se detuvo, se estremeció, avanzó, giró y se dirigió rápidamente hacia la salida. Johnny Found huía y se llevaba a Penny. *¡Maldito cabrón, no te escaparás!* Harry fijó en su mente la ubicación del camión, se arrodilló, cruzó rodando una puerta de Möbius y volvió a salir en el remolque refrigerado. Estaba oscuro, pero para el necroscopio aquello no constituía inconveniente alguno. Vio a Penny, se arrastró hasta ella, le puso la mano izquierda debajo de la cabeza, la acercó hacia él y la apoyó sobre su regazo. La chica abrió los ojos y miró a los suyos, relucientes.

—Harry, yo... no me quedé en el restaurante —susurró.

—Ya lo sé —gruñó él—. ¿Te ha hecho daño?

—No —respondió Penny; sacudió la cabeza y, con voz débil, añadió—: Creo que..., que me he desmayado.

Harry no tenía tiempo que perder. Porque le hervía la sangre, literalmente.

—¡Agárrate a mí! —le ordenó.

La chica obedeció y Harry hizo que las ecuaciones de Möbius se proyectaran en la pantalla del ordenador de su mente. Al cabo de un momento, Penny sintió la pavorosa inmensidad del continuo de Möbius, y al momento siguiente, volvió la gravedad y cayeron de espaldas sobre la cama de Harry, en la casa de las afueras de Bonnyrig.

—¡Esta vez no salgas de aquí! —le ordenó.

Y antes de que pudiera incorporarse, Harry ya se había marchado...

En la sala de operaciones de la Central de la Sección PES, Millicent Cleary y el ministro responsable se encontraban sentados junto con David Chung, que hacía las veces de oficial de guardia, en un extremo de un amplio escritorio. En el escritorio había un radio transmisor, un teléfono portátil, teléfonos normales, ampliaciones de mapas de Inglaterra bajo plásticos iluminados y una bandeja con diversos objetos pertenecientes a los agentes de la Sección que estaban en ese momento de servicio. Los reflectores del techo, concentrados sobre el escritorio, lo convertían en una isla de luz en medio de la relativa oscuridad de la gran sala.

Millicent Cleary acababa de recibir un breve mensaje telepático de Paxton, que se encontraba en la casa cerca de Bonnyrig, para informarle que el equipo de asalto ocupaba sus posiciones. Keogh y la chica habían regresado durante unos minutos, pero Paxton estaba seguro de que el necroscopio ya no se encontraba allí. Frank Robinson, el localizador que acompañaba a Paxton, creía que uno de los dos seguía en la casa; visto que no se apreciaba un cambio notable en el «éter» psíquico, dedujo que se trataría de la muchacha. Keogh debía de haber utilizado el continuo de

Möbius para dejarla allí antes de proceder. De haber existido algún indicio de que el necroscopio continuaba en el interior de la casa, el equipo se habría abstenido de comunicarse por vía telepática. Pero como no estaba..., Paxton estaba ansioso por saber qué ocurría.

Cleary transmitió el mensaje mental y el ministro responsable comentó con un bufido:

—He llegado a la conclusión de que tenían ustedes razón sobre Paxton. ¡Tengo la sensación de que no se dará por satisfecho hasta que no esté dirigiendo el mundo entero!

Cleary frunció el entrecejo y asintió.

—¡Destruyéndolo, querrá decir! —aclaró, con acritud, y se apresuró a añadir—: Pero no nos hemos equivocado y no hay que tener dones psíquicos para saberlo. Es una amenaza. Afortunadamente, Ben Trask está allí, vigilándolo. ¿Quiere que le diga algo?

El ministro la miró, miró a Chung, que estaba concentrado tocando los diversos objetos que había sobre la bandeja, tratando de dilucidar el paradero, el humor y los sentimientos de los agentes que estaban de servicio, y, mentalmente, repasó la situación:

El telépata Trevor Jordan (que según todas las leyes de la naturaleza debía ser un montón de cenizas en una urna) viajaba en un coche cama en el tren que iba a Londres, vía Darlington. En el mismo tren viajaban dos agentes de la Sección PES y no preveían demasiados problemas, aunque lo más seguro era que Jordan fuese un vampiro. Iban equipados con potentes armas automáticas y uno de ellos llevaba una ballesta pequeña, pero letal. Otro agente se dirigía a la estación principal de Darlington para echarles una mano. Iba en coche y en el maletero llevaba un lanzallamas.

Penny Sanderson, que también era un vampiro resucitado, se encontraba con toda probabilidad en la casa de Keogh, en las afueras de Bonnyrig. Los agentes que estaban allí (también con toda probabilidad) constituían el mejor equipo que la Sección PES había podido formar, y deberían ser buenos a la fuerza en caso de que Keogh volviera a la casa, pues todo apuntaba a que tarde o temprano acabaría regresando a buscar a la chica.

En cuanto al necroscopio, podía encontrarse prácticamente en cualquier parte, pero lo más probable era que estuviera siguiendo a Found. Sólo él sabía los motivos que lo impulsaban a ello, pero la cuestión era que la chica Sanderson había sido una de las víctimas de Found. ¿Venganza, quizá? ¿Por qué no? Al parecer, los wamphyri se habían destacado siempre por tomar venganza.

De manera que si la Sección PES actuaba en aquel momento, se cubrirían dos de los tres objetivos (el ministro se estremeció, por un instante, asombrado por la fría eficacia de sus propios pensamientos), pero Keogh seguiría siendo un enorme interrogante, el eje sobre el cual giraba todo lo demás. Y, por el bien de todos, estuvieran donde estuvieran, lo mejor era que pudieran eliminar al necroscopio al mismo tiempo que a los demás.

—¿Señor? —la muchacha aún esperaba una respuesta.

El ministro abrió la boca para hablar, pero en ese momento David Chung levantó una mano y dijo:

—¡Alto! —Cleary y el ministro miraron al localizador; éste tenía la otra mano apoyada en un encendedor Zippo que había pertenecido a Paul Garvey, un telépata que trabajaba con la policía de Darlington. Esa mano no se movía, las puntas de los

largos dedos de Chung permanecían inmóviles, en contacto con el frío metal. Pero la mano que tenía levantada le temblaba con violencia.

De repente, apartó con fuerza la mano de la bandeja y retrocedió un poco, alejándose del escritorio. Al cabo de un instante se recuperó, se adelantó y dijo:

—¡Han herido a Garvey! No sé cómo, pero es grave... —Cerró los ojos y su mano planeó un instante sobre los mapas que había debajo de la lámina de plástico transparente.

Mientras la mano pequeña del chino bajaba para cubrir una zona de la A1, al norte de Newark, el ministro se dirigió a Cleary y le preguntó:

—¿No puede ponerse en contacto con Garvey?

—He trabajado mucho con él —respondió, casi sin aliento—. Deje que lo intente.

Cerró los ojos, se concentró en unas imágenes mentales de su compañero y estableció contacto con él. Garvey trataba de establecer contacto en ese mismo instante. Pero su señal y el mensaje eran débiles, aparecían distorsionados por el dolor..., del que Cleary se convirtió en inmediata heredera. Lanzó un grito, se tambaleó y por un segundo se cortó la comunicación. Después volvió a restablecerla, pero al cabo de nada, Garvey perdió el conocimiento y sus pensamientos telepáticos volaron en mil pedazos en la mente de Cleary. El torrente de información psíquica no estaba exento de imágenes, imágenes que continuaron llegando incluso después que él se desmayara.

La muchacha se volvió hacia el ministro con el rostro descompuesto y exangüe.

—La cara de Paul —le explicó—. ¡La tiene destrozada! La mejilla le cuelga hecha jirones. Pero junto a él hay un médico. Están en una especie de... ¿café de autopista? Creo que lo ha atacado Johnny Found..., pero el necroscopio también estuvo allí. ¡Y ha muerto un policía!

El ministro la cogió de la muñeca y le preguntó:

—¿Ha muerto un policía? ¿Y Keogh estuvo allí? ¿Está segura?

La chica asintió, tragó saliva y dijo:

—Paul tenía en la mente una imagen..., una imagen en la que se veía un agujero ensangrentado en la cabeza de un policía. Y otra de Harry... ¡Los ojos le brillaban rojos como lámparas!

—Garvey está por aquí —dijo Chung, señalando el mapa—. En la A1.

El ministro inspiró profundamente, asintió y dijo:

—Esto está llegando a un punto decisivo, en este preciso instante. Keogh debió de intuirlo desde el principio, pero a estas alturas ya debe saber sin lugar a dudas que lo seguimos. De modo que mientras estas tres..., estas tres *criaturas* se encuentren en diferentes lugares (y dos de ellas no pueden escapar) dispondremos de la mejor oportunidad para atacarlas. —Se dirigió a la muchacha y le preguntó—: ¿Señorita Cleary..., esto..., Millicent? ¿Sigue Paxton esperando? Vuelva a ponerse en contacto con él y dígale que entre en acción ahora mismo. Hable luego con Scanlon y dígale lo mismo. —Se dirigió a Chung y añadió—: Y usted, David...

Pero el localizador ya estaba ante la radio, hablando con la gente de Darlington.

Entretanto...

Cuando el camión de Friggis Express que conducía Johnny Found a toda velocidad cogió las curvas de la rotonda, en la encrucijada de la A1 y la A46, en las afueras de Newark, el camionero se había calmado bastante y mostraba una pericia y una gran disciplina en la conducción. Si en la rotonda se hubiera encontrado

estacionada una patrulla de la policía, probablemente los agentes ni se habrían fijado en él.

No había ninguna patrulla de la policía. Sólo Harry Keogh.

Utilizando el cuchillo de Found, el necroscopio había seguido el avance del camión con una serie de saltos de Möbius. Esperaba que su presa aminorara la marcha antes de intentar lo que debía ser un salto sumamente preciso sobre un objeto en movimiento para aparecer en la cabina de Found. Debía realizarlo además con la mayor suavidad posible, para no dañar más la clavícula fracturada. La fractura sí habría hecho que cualquier otro hombre se retorciera de dolor, le habría dejado incluso inconsciente. Pero Harry no era un hombre cualquiera. En realidad, a medida que pasaba el tiempo, perdía más cualidades humanas y adquiría las del monstruo, un monstruo con alma humana.

Cuando el nigromante enderezó el camión al salir de la rotonda y enfilar hacia la A1, Harry surgió de la oscuridad eterna del continuo de Möbius y apareció en la cabina, en el asiento de la izquierda. Al principio, Found no lo vio, o si lo hizo pensó que era una sombra vista de soslayo. Harry permaneció quieto y en silencio en el rincón de la cabina, apretado contra la puerta, con la cara y el cuerpo vueltos hacia el conductor. Mantuvo los ojos entrecerrados y observó la cara de Johnny, que poco antes le había dado la impresión de no concordar demasiado con ninguna de las descripciones que le dieron las muchachas, pero que en ese momento le pareció realmente terrible.

En cuanto a Johnny, sabía que todo había llegado a su fin. Eran demasiadas las personas que esa noche lo habían visto con la chica o cerca de ella, en el restaurante, en el aparcamiento de coches. En realidad tenía la impresión de que le habían tendido una trampa. Lo habían seguido y luego lo habían atrapado con una chica que era la viva imagen de una de sus víctimas. Y él había picado el anzuelo. Al menos dos de esos cabrones habían pagado, y la chica también pagaría cuando subiera al remolque con ella, le abriera un agujero por la órbita del ojo izquierdo y le follara el cerebro.

Aquéllos eran sus pensamientos y Harry, que lo miraba directamente, los leyó con toda claridad, con más claridad quizá que si fueran las páginas de un libro. Si el necroscopio había abrigado alguna duda sobre la legitimidad y la conveniencia de sus actos, aquellos pensamientos las disiparon todas. Mientras Johnny se regodeaba en lo más íntimo con los placeres y los gozos que proyectaba sentir con la chica, Harry le dijo con toda tranquilidad.

—Nada de eso ocurrirá, porque la chica no está en el remolque. La he liberado. Del mismo modo que pretendo liberar a todos los muertos del terror que les provocas, Johnny. De tu tiranía.

Found se quedó boquiabierto al oír la primera palabra. De la comisura izquierda de su boca cayó un hilillo de baba que se deslizó hacia el hoyuelo de la barbilla.

—¿Qué? —dijo, y sus ojos negros como el carbón giraron lentamente hacia la izquierda..., resaltaron entonces como manchas de tinta sobre el pergamino tirante que hasta momentos antes había sido la carne enrojecida de su cara.

—Estás acabado, Johnny —dijo Harry, y abrió sus ojos rojos, que lanzaron destellos escarlata sobre las facciones paralizadas del otro.

Pero la parálisis de Found duró poco y su reacción inmediata, fue puro instinto, tanto que ni siquiera el necroscopio pudo preverla.

—¿Cómo? —preguntó con tono gutural al tiempo que apartaba la mano

izquierda del volante, buscaba detrás de su cabeza y sacaba un gancho de carne que colgaba de la estructura de la cabina—¿Acabado? ¡Uno de nosotros sí que lo está!

La intención de Harry había sido simple, cuando Found lo atacara, invocaría una puerta de Möbius y lo arrastraría hacia ella. Pero si sujetar a un hombre en la cabina de un camión ya era de por sí algo complicado, resultaba mucho más difícil cuando ese hombre empuñaba un gancho para colgar reses.

Johnny había visto la gran mancha de sangre que llevaba Harry en la chaqueta y lo reconoció como al tipo al que le había disparado en el aparcamiento del restaurante. Cómo había llegado hasta la cabina del camión era una cuestión aparte, pero lo que estaba claro era que no serviría de mucho con un agujero en el hombro. Y para mucho menos cuando Johnny se lo hubiera cargado.

—¡Seas quien seas, eres hombre muerto! —gruñó, al tiempo que agitaba el gancho.

Fue un golpe torpe, con la mano izquierda, pero aun así Harry no logró esquivarlo. Se agachó un poco y el signo de interrogación metálico pasó por encima de su hombro derecho, bajó y se lo hundió en el agujero de salida que la bala le había hecho en el omóplato. Lanzó un grito de dolor cuando Found lo atrajo hacia él, lanzándole una mirada enfurecida.

Después, utilizando a Harry de contrapeso, el nigromante levantó la pierna izquierda, la pasó por encima de las rodillas de Harry y de una patada abrió la puerta de la cabina. Mientras el camión avanzaba medio inclinado sobre el doble carril, le encajó una patada y soltó el gancho, todo al mismo tiempo.

Una ráfaga de aire nocturno recibió al necroscopio cuando éste salió despedido del asiento; se agarró con desesperación a la puerta que se balanceaba furiosamente. Por suerte, la ventanilla estaba abierta; pasó los brazos por el hueco y apoyó los pies en el estribo. Johnny ya no podía alcanzarlo sin soltar el volante, pero podía tratar de sacudírselo de encima.

Sin importarle los demás vehículos, el maníaco hizo que el camión fuera dando bandazos de un carril a otro, mientras Harry se aferraba con toda el alma, hasta que tuvo una idea. *¿Y si invocara una puerta inmensa? ¿Por qué no invoco la puerta más grande que se pueda imaginar?*

A su izquierda, y casi por debajo de los pies, que colgaban y se arrastraban, un coche tuvo que efectuar un viraje a la desesperada y acabó girando sobre sí mismo para ir a estrellarse contra la barrera protectora, en medio de un estrépito de metales retorcidos. Terminó de morros en la cuneta y estalló como una bomba. El camión aún avanzaba a toda velocidad, dejando una estela de coches destrozados y de conductores muertos, mientras en la cabina, Johnny se alimentaba con su dolor y sabía que aun después de muertos oirían sus carcajadas de demente.

¡Basta!, pensó Harry, e invocó su gigantesca puerta en la autopista directamente delante del camión.

El rugido y la violencia estruendosa con que avanzaba el vehículo apagaron en un instante cuando el camión se precipitó por la puerta de Möbius hacia la oscuridad absoluta; la risa loca de Johnny Found enmudeció también, repentinamente, en el instante mismo en que, al verse ante el pavoroso continuo de Möbius, formulaba un solo pensamiento:

¿QUÉ?

¿Qué ocurrió?

El haz luminoso de sus faros se proyectaba hacia el infinito, abriendo una especie de túnel. Pero aparte de los haces luminosos de los faros y de la mole del

camión, no había absolutamente nada. Ni autopista, ni ruido, ni sensación de movimiento, nada.

¿¿¡QUEEEEÉ!??, volvió a gritar Johnny en su mente y en la del necroscopio.

De nada te sirve gritar ahora, Johnny, dijo Harry, colgado de la puerta, guiando el camión y apuntándolo como un misil hacia su meta final. *Ya te lo he dicho, estás acabado. Y falta muy poco para que la obra quede completa. ¡Bienvenido al infierno!*

Johnny soltó el volante y se despatarró sobre el asiento; trataba de coger al necroscopio, que seguía aferrado a la puerta de la cabina. Pero demasiado tarde; ya habían llegado; Harry invocó otra puerta delante del camión, se soltó y frenó su movimiento hasta detenerse. El camión siguió adelante a toda velocidad...

Y salió del continuo de Möbius para aparecer en un camino estrecho. Cayó pesadamente y rebotó en medio de un tremendo rugido; cuando las ruedas que giraban en el aire se agarraron al asfalto, salió disparado como un rayo. Johnny gritó al ver la curva pronunciada donde el camino bordeaba un alto muro de piedra cubierto de hiedra. Intentó desesperadamente aferrar el volante, pero el camión ya había mordido el bordillo. Patinó sobre una estrecha franja de césped, destrozó una masa de arbustos negros como la noche, se estrelló contra el muro... y se detuvo. Para no volver a moverse.

¡Pero Johnny seguía vivo!

Mientras el camión y el remolque se arrugaban como un acordeón, y la pared quedaba destrozada y los ladrillos volaban en mil pedazos, mientras los grandes depósitos se rompían lanzando una lluvia de combustible sobre el metal caliente y retorcido, convirtiendo la escena en un infierno, Johnny salió despedido del asiento del conductor, lanzado a través del parabrisas. Se le rompieron los huesos del brazo y el hombro izquierdos cuando, después de girar en el aire, fue a golpear contra la parte superior del muro, antes de desplomarse sobre algo duro que había del otro lado.

Sintió dolor, más del que había sentido nunca; después, aparte de la luz vacilante de las llamas que provenía del otro lado del muro y de una explosión estruendosa que se produjo al prenderse el depósito de reserva, se oyó un silencio ensordecedor. El silencio de la concentración mental, el silencio de saber incluso a través de las oleadas de dolor que alguna persona, varias personas despiadadas lo observaban.

Estiró el cuello unos centímetros para apartar la cara de la grava, que se le clavaba en la carne destrozada, y vio a Harry Keogh allí, de pie, que lo miraba desde su altura. Y detrás del necroscopio de ojos carmesíes había otras... personas o cosas que Johnny sabía que no debían haber existido nunca. Se le acercaron, arrastrándose, a trompicones, agazapadas, y una de ellas era o había sido una muchacha. Johnny retrocedió, empujándose con las manos en carne viva, arrastrándose sobre el vientre y las rodillas, resbalando en la grava ensangrentada hasta tropezar con algo duro que lo obligó a detenerse. Logró girar la cabeza y mirar atrás y descubrió lo que le impedía avanzar: una lápida.

—¡Es..., es... un cementerio de mierda! —exclamó.

—El final del trayecto, Johnny —dijo Harry Keogh.

Cumpliste tu promesa, Harry, dijo Pamela Trotter, y Harry asintió.

Johnny Found, nigromante, supo entonces lo que había ocurrido entre ellos.

—¡No! —exclamó con un hilo de voz, y después gritó—: *¡Nooooo!*

Se pondría en pie. Aunque estuviera roto, destrozado, hecho trizas, huiría de aquel infierno. Pero los amigos muertos de Pamela se abalanzaron sobre él y lo

clavaron al suelo; una mano de la que caían los gusanos y la carne a trozos le tapó la boca. Entonces, *ella* se acercó, buscó entre los jirones de sus ropas y encontró su nuevo cuchillo. Y así, tan de cerca, a pesar de que estaba medio podrida, aunque la carne comenzaba a desprendérsele de la cara, la reconoció.

¿Te acuerdas lo bien que nos lo pasamos aquella vez?, le preguntó. *Ni siquiera me diste las gracias, Johnny, ni siquiera me dejaste nada con qué recordarte. Muy bien, creo que ha llegado la hora de que tenga un pequeño recuerdo tuyo. O puede que uno grande, ¿eh? Algo que pueda llevarme de vuelta a la tierra, ¿no?* Le enseñó el cuchillo que le había quitado y sonrió, mostrando unos dientes largos, pues las encías ennegrecidas se le habían encogido y los dejaban al descubierto.

Harry se dio media vuelta y se alejó de aquella visión, y apartó de su mente los gritos enloquecidos de Found. Y a Pamela le dijo:

—Asegúrate de matarlo.

¡Demasiado tarde!, sollozó la muchacha, presa de la frustración. *O mejor dicho, demasiado pronto. ¡Maldito sea, Harry, el muy cabrón se ha muerto!*

Harry suspiró, aliviado, y pensó: *Da igual.* Ella lo oyó y al cabo de un instante le dijo:

Supongo que tienes razón. ¡De todos modos no quería ensuciarme las manos con su mierda!

Harry y Pamela percibieron entonces el necrolenguaje de Found.

¿Qué..., qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Quién..., quién anda ahí fuera?

Ninguno de los dos le contestó, pero el peso de la presencia de Harry se impuso en la mente de Found como una luz que brillara a través de la piel estirada de unos párpados. Sabía que Harry estaba allí y que era especial.

¿Eres tú, verdad?, le preguntó. *El tipo de las gafas oscuras que hace una especie de magia. Tú me has traído aquí con tu magia, ¿no?*

Harry sabía que Pamela jamás hablaría con Johnny Found, ni Pamela ni ninguno de los miembros de la Gran Mayoría. En lugar de provocarlo, lo evitarían, lo marginarían como si se tratara de un leproso. Por eso tal vez Harry no debía hablarle y limitarse a dejarlo allí solo. Aunque tal vez fuera demasiado piadoso.

Porque Harry llevaba en su interior algo menos piadoso que lo impulsó a hablar.

Tú poseías la misma magia, Johnny, le dijo. *O pudiste haberla tenido. Podías hablar con los muertos, pudiste haber practicado, como hice yo, para conversar con ellos y hacerte amigo de ellos, pero elegiste torturarlos.*

Found se apresuró a contestar:

¿Así que ahora soy uno de ellos, no? Estoy muerto y te lo debo a ti. Pero dime una sola cosa, ¿por qué?

Harry pudo haberle explicado que necesitaba proyectar sus pasiones wamphyri sobre algo, necesitaba tener algo en que depositarlas, algo que sustituyera a las personas que habían sido sus amigas, es decir, la Sección PES y el mundo en general. Pudo habérselo explicado, pero no lo hizo. Porque su vampiro se lo impidió. Found había sido en vida un hombre frío, cruel y despiadado, y la muerte sería para él un sitio frío y cruel. E igual de despiadado. Ojo por ojo.

¿Que por qué te maté?, Harry se encogió de hombros y comenzó a alejarse.

¡Eh, jodido!, gritó Found, desafiante y furioso, a pesar de estar muerto. *No hemos terminado. Tuviste tus motivos, estoy seguro. ¿Por los muertos? ¡Mierda! ¿A quién le importan un carajo los muertos? Vamos, dime, ¿por qué?*

Harry contestó fría, cruel y despiadadamente:

Tienes razón. A nadie le importan un carajo los muertos. Y tú, Johnny, estás muerto. ¿Quieres saber por qué? Volvió a encogerse de hombros. *Te lo diré. ¿Y por qué carajo no ibas a estarlo?*

Capítulo ocho

Los matavampiros

Aunque la Gran Mayoría ya no se fiaba de él, Harry siempre los había respetado. Le dio las gracias a Pamela y a los amigos de la chica que habían contribuido a ajusticiar a Johnny Found y, mientras ellos iniciaban el arduo regreso a las que serían sus últimas moradas, el necroscopio utilizó las fantásticas ecuaciones de su mente metafísica para materializar una puerta de Möbius. Cuando se disponía a cruzarla...

... Percibió una voz doliente, pero no en necrolenguaje, sino en forma telepática, que en el instante mismo de recibirla se transformó en necrolenguaje, y que provenía de un corral vacío no lejos de la estación principal de Darlington. Era Trevor Jordan; primero vivo y luego muerto al convertirse su cuerpo en una masa de carne quemada y huesos ennegrecidos, cuando un equipo de sus ex colegas de la Sección PES lo redujo a un montón de cenizas ardientes.

¡Trevor!, gritó Harry, presa de un dolor casi tan grande como el del telépata al recibir el impacto devastador de sus últimos segundos. *Trevor, voy ahora mismo, sigue hablando así podré encontrarte...*

¡No!, le advirtió Jordan en el instante mismo en que desaparecía el dolor de la vida, al tocar ésta a su fin, para dar paso a la fresca oscuridad de la muerte que lo cubría como una ola del mar. *No, Harry, no vengas. Te están esperando y te puedo asegurar que van bien equipados. Además, no te queda tiempo. ¡La chica, Harry, la chica!*

El necroscopio entendió. Era Penny.

La Sección había estrechado el círculo a su alrededor; ya lo había cerrado alrededor de Jordan y después le tocaría el turno a Penny..., ¡tal vez ya estuvieran sobre ella!

¡Trevor! Harry se sentía dividido entre el dolor y la indecisión. Pero Jordan tenía razón. Nadie debía ser sometido a una muerte tan agónica y mucho menos un inocente. Tanto Jordan como Penny eran inocentes. Poco importaba el nombre que pudieran dar a la chica en ese momento, ni lo que sería el día de mañana, porque esa noche era inocente.

No puedes ayudarme, Harry, dijo Jordan, tratando de facilitarle las cosas. *Esta vez no. No harías más que arriesgar tu propia seguridad... y la de Penny. Pero no me quejo. He vivido dos veces, que ya son suficientes. Y morir dos veces ha sido..., ha sido demasiado. Ya no quiero más.*

En el continuo de Möbius, Harry se sentía aún dividido, atraído en dos direcciones opuestas. Lanzó un gemido de horror y rabia y deliberadamente interrumpió la comunicación en necrolenguaje con Jordan. Tal vez más tarde tendría tiempo de darle las gracias por el aviso. Pero en ese momento...

... Bonnyrig.

Reapareció junto a la ribera del río, a una distancia prudente de la casa; surgió en medio de la oscuridad iluminada por el fulgor carmesí de su ira. ¡Ira wamphyri!

La cosa que llevaba dentro lo dominaba; sus sentidos salieron del necroscopio como un radar humano, mejor dicho, *in*humano, que exploró la casa desde la oscuridad. Pero cuando Harry se fue de allí las luces estaban encendidas.

En la sonda vampírica de Harry iba también su telepatía. En la casa había cinco personas —cinco seres con sangre caliente—, cinco criaturas inteligentes, pensantes, y cuatro de ellas dotadas de poderes extrañísimos. Pero ninguno de esos poderes era tan extraño como los de Harry. Su mente metafísica se puso en contacto con las de ellos, pero de forma solapada, para que no sospechasen nada.

Primero le tocó el turno a Penny, aterrorizada por su vida, pero todavía ilesa. Después siguió Guy Teale, un vidente que todavía no había alcanzado su máximo potencial en la lectura del futuro, pero con un talento indómito e implacable. Y Frank Robinson, localizador con la capacidad de reconocer a otro PES a simple vista o incluso por su proximidad (su mente dio un leve respingo cuando le fue revelada la presencia del necroscopio; el don de Robinson también se encontraba en estado embrionario). Y después siguió..., ah, después siguió Ben Trask. Una lástima; Harry había abrigado la esperanza de que no hubiera allí viejos amigos, pero estaba Ben. Y, finalmente...

¡... Paxton!

Paxton, la pulga mental, el que le había provocado aquel escozor en una zona inalcanzable, no menos vampiro que él, Harry, un vampiro que despreciaba la sangre de los demás y prefería los jugos secretos de sus mentes, sus pensamientos. Pero Paxton era diferente de todos los demás; puntilloso hasta lo indecible, con un celo profesional impecable, letal como la ballesta con la que apuntaba a Penny Sanderson en el dormitorio del necroscopio. A pesar de que Harry retiró velozmente la sonda, no logró impedir que Paxton se percatara de su presencia.

El telépata entrecerró los ojos y con voz temblorosa dijo a los que estaban abajo:

—¡Está cerca! ¡Viene hacia aquí!

En la amplia sala que había en la parte delantera de la casa, que servía de estudio a Harry y cuyas puertas ventana daban al jardín, que bajaba en leves escalones hasta un muro alto detrás del cual se encontraba el río, Ben Trask y Guy Teale recibieron el aviso de Paxton con los labios apretados y el cuerpo tenso. La luna y la luz de las estrellas eran sus únicas fuentes de iluminación, lo cual constituía un error. Sus ojos tenían que acostumbrarse a la oscuridad y les era difícil moverse incluso por la habitación. Pero todos los sentidos del necroscopio ya se habían adaptado: la noche era su elemento.

Los que estaban en el piso de arriba tenían las mismas dificultades que Trask y Teale: la única iluminación era la que proporcionaba la luz de la luna, que entraba sigilosa por una ventana con las cortinas descorridas. Pero abajo, Teale notó la presencia de Harry, le dio un toque a Ben Trask en el codo y susurró:

—Paxton tiene razón. Está cerca. Dios mío, acabo de darme cuenta de lo que hacemos aquí. Ben, ¿qué pasa si entra aquí, en esta habitación?

—Tú no haces nada —contestó Trask bruscamente—. Lo apuntas con la ballesta y no haces nada. Me das un momento para que le hable, es todo. Pero si no consigo ese momento, o si te amenaza, disparas..., ¡y en eso sí que no quiero vacilaciones! Directo al corazón. ¿Lo has entendido?

Lo había entendido.

—Y ahora calla y manténte alerta.

Fuera, en el jardín, la bruma atravesaba la cancela de la pared y se detenía en los goznes herrumbrados. Unos zarcillos lechosos cubrían los escalones más alejados

y se enroscaban por los senderos. Trask sabía muy bien lo que significaba.

Harry efectuó un salto de Möbius desde la orilla del río que estaba al otro lado de la cancela y reapareció con la espalda apoyada en la pared de la casa, al lado de las puertas ventana abiertas. Prestó atención y le llegó el rumor de la respiración de los dos hombres que había en la sala, oyó incluso el latido de sus corazones. Uno de ellos era Ben Trask, pero Penny no estaba con él. Estaba arriba..., con Paxton.

—¡Santo Dios! —exclamó Teale, jadeante, y se le erizó el vello de la nuca— ¡Está aquí! ¡Sé que está aquí! Y acabo de ver que uno de nosotros tendrá muchos problemas y padecerá un gran dolor.

Trask amartilló su SMG. Avanzó dos pasos, cruzó las puertas ventana y la niebla le cubrió hasta los tobillos; miró en todas direcciones, pero se olvidó de mirar hacia arriba. Volvió a entrar en la sala y preguntó:

—¿Problemas, dolor? ¿Para mí? ¿Para ti? ¿Para quién carajo?

—¡Para Paxton! —siseó Teale—. ¡Para Paxton!

Trask miró horrorizado hacia el techo. Paxton, Robinson y la chica estaban arriba; Harry tenía una deuda con Paxton, quizá varias, el muy cabrón tenía a la mujer de Harry. Con una lógica absolutamente humana, Trask suponía que, al igual que cualquier adversario corriente, el necroscopio habría entrado antes en la sala de abajo, razón por la que había enviado a Paxton al piso de arriba: para mantener a Harry a salvo, aunque fuera unos momentos. Lo suficiente como para que Trask pudiera hablarle y darle las oportunidades que se le debían. Pero Harry no era un adversario corriente y Trask debió de haber adivinado que no actuaría de ese modo. Sino que reaccionaría a su manera, que era única. ¡Allá arriba, Paxton dirigía la operación y Robinson tenía un condenado lanzallamas!

—¡Arriba! —gritó Trask—. ¡Subamos ahora mismo!

Harry también había decidido que había llegado la hora. Colgado cabeza abajo por encima de la ventana de su dormitorio, utilizó las enormes ventosas de sus manos para adherirse a la pared llena de hoyos; en esa posición, bajó la cabeza para ver qué ocurría en el interior. Una nube delante de la luna oscureció la sombra que proyectaba su cabeza. Atisbó un momento en el dormitorio y se retiró. Pero al sumar lo que vio y los pensamientos de quienes estaban en el cuarto, consiguió un panorama completo. Antes de que nada o nadie pudiera moverse o hacer nada para cambiar ese panorama, entró en acción.

Se soltó de la pared, invocó una puerta y se dejó caer en el vano...

... Y entró en el dormitorio.

Robinson lo notó de inmediato.

—*¡Está aquí!* —gimió el localizador y, girando sobre los talones, saltó e intentó dirigir la boca del lanzallamas en todas direcciones a la vez, pero sin ver ni apuntar a nada en concreto.

Paxton supo que era así; notaba que la mente del necroscopio tocaba la suya como una babosa inmunda, así de cerca lo percibía, pero en el interior de la habitación nada había cambiado. Desde abajo, les llegaron las voces roncas de Trask y Teale que acudían a la carrera, avanzaban estruendosamente por la casa, subían las escaleras gritando sus advertencias.

—¿Dónde? —chilló Paxton presa del terror—. ¿Dónde está ese cabrón?

Él y Robinson se miraron. Paxton recorrió con la vista el cañón del lanzallamas que empuñaba Robinson y vio titilar la luz del piloto; Robinson contempló ensimismado la punta de la ballesta de Paxton. Los dos tendieron la mano para buscar el interruptor de la luz.

Penny estaba en la cama, desnuda, tapada hasta la barbilla con la sábana..., Harry estaba bajo la sábana; se había materializado allí. Como la chica ignoraba qué ocurría, al sentir que unos brazos la rodeaban, al notar cómo las ventosas se transformaban para recuperar su antigua forma de manos, gritó.

Paxton le leyó el pensamiento; Robinson logró por fin situar el potente talento de PES de Harry; en el instante en que la habitación se iluminó, los dos hombres se dirigieron hacia la cama y dispararon sus armas. Pero Harry ya había conjurado una puerta directamente debajo de él y de la chica, de modo que desaparecieron, dando la impresión de que habían atravesado la cama. Al marcharse se llevó la sábana. En el continuo de Möbius Penny abrió los ojos, lanzó un grito y volvió a cerrarlos con fuerza. Supo entonces quién se la había llevado y se sintió más tranquila.

Harry la condujo a un lugar seguro, la envolvió con la sábana y le dijo con voz ronca:

—¡Quédate aquí, no hagas ruido y espera!

Cuando la muchacha se dejó caer a la sombra de un árbol torneado por el viento, en una playa desierta de Australia, bajo el sol del mediodía, Harry ya había vuelto a la casa.

Tenía que volver porque lo habían desafiado.

Paxton lo había desafiado, había hecho caso omiso de sus advertencias y lo había desafiado..., ¡y el vampiro de Harry estaba furioso!

En el dormitorio de la casa de las afueras de Bonnyrig, la cama del necroscopio ardía envuelta en llamas y humo, mientras Paxton y Robinson bailaban a su alrededor como posesos, tratando de apagar el fuego. Sabían ya que Harry y la chica habían escapado. Trask y Teale entraron como trombas y éste último echó una mirada, palideció y volvió a salir de la habitación. Trask fue tras él, lo agarró del brazo y le preguntó:

—¿Qué has visto?

Teale abrió la boca y volvió a cerrarla como un pez al que acaban de sacar del agua.

—¡Va a..., va a volver! —pudo contestar al fin—. ¡Y está enfurecido!

Trask se asomó al dormitorio lleno de humo y gritó:

—¡Paxton, Robinson..., salid de ahí ahora mismo!

—¡La casa se incendia! —aulló Robinson.

—¡Se quemará hasta los cimientos! —gritó Trask—. Le prenderemos fuego por todas partes, a cada habitación, arrasaremos con todo. Es un refugio que no podrá volver a utilizar. —Y para sí dijo: *Lo siento Harry, pero no me queda más remedio.*

Aquel pensamiento no quedó sepultado en la intimidad de su mente, porque el necroscopio lo escuchaba, observaba a Trask con sus ojos escarlata desde el otro lado del río, donde un minuto después oyó el rugido del lanzallamas y vio cómo se propagaba el fuego por las habitaciones de la planta baja.

Mi casa, pensó Harry, *mi casa se quema. Aquí se acaba todo. Ya nada me retiene.*

En el estudio de Harry, Paxton se volvió hacia Trask y al ver su rostro lívido le preguntó:

—¿Qué estás haciendo? Sabes que no entrará en una casa en llamas. Teale dice que Keogh me busca a mí y Robinson calcula que está cerca y tú intentas ahuyentarlo. ¡Tiene que acercarse a nosotros para que podamos matar a ese cabrón! Aunque tal vez no quieras que muera, ¿verdad?

Trask lo agarró por las solapas y casi lo levantó en el aire.

—¡Eres un mierda! —gritó, y lo sacó a rastras hasta el jardín—. ¡Eres una basura! No, no quiero que Harry muera, porque era mi amigo. Pero lo mataría si fuera necesario. Aunque dudo mucho que podamos. Ni tú, ni yo ni un ejército como nosotros. ¿Preguntas por qué impido que se acerque? ¡Por ti, Paxton, por ti!

—¿Por mí? —preguntó; forcejeó para soltarse y luego cargó la ballesta.

—Sí, por ti —le espetó Trask—. ¡Porque mientras tú no puedes matar a Harry Keogh, puedes tener la certeza de que él sí puede matarte a ti!

Las habitaciones de la planta baja eran un infierno de llamas rojas y amarillas; el humo comenzó a salir por las ventanas y los antiguos gabletes de la planta superior. En el jardín, cuando los cristales de las puertas ventana se rindieron al calor y comenzaron a hacerse añicos, los cuatro agentes de la Sección PES retrocedieron. Presa de la ansiedad, Paxton miraba hacia todos lados bajo el fulgor del fuego y mantenía la ballesta apretada contra el pecho. Era como si los altos muros del jardín lo miraran ceñudos, no apoyó bien los pies en un escalón, se tambaleó y salió rodando por un sendero que descendía hasta donde la niebla llegaba a la altura de la rodilla...

Una niebla espectral y sensitiva de la que Harry Keogh se levantó, como un fantasma de su tumba, para mostrar sus órbitas infernales que reflejaban algo más que la destrucción de su casa.

—*¡No..., aagh!* Los ojos de Paxton destacaron en la máscara lívida de su rostro cuando el necroscopio se alzó sobre él; su grito ahogado e inarticulado hizo que los otros agentes se volvieran y dejaran de observar la casa en llamas para comprobar qué provocaba su horror.

Y vieron lo siguiente: Paxton estaba en manos de algo que conservaba poco de humano. Vieron a Paxton, pero sólo como un detalle de la escena principal, cuyo horror absoluto parecía fijarse a sus retinas como grabado a fuego. Un pensamiento surgió veloz en la mente de los tres, un pensamiento universal que predominó sobre todos los demás, eran voluntarios, estaban allí para matar a aquella cosa, un acto que, sin duda, los convertía en los héroes más valientes y lunáticos de todos los tiempos.

La mitad inferior de Harry estaba envuelta por la bruma, sólo se veía una vaga silueta en el remolino opaco, de color lechoso..., pero el resto de su cuerpo era perfectamente visible. Vestía un traje oscuro de lo más corriente, probablemente dos tallas menos de la que necesitaba, de manera que el torso salía de los pantalones para formar una especie de cuña truncada. Enfundada en la chaqueta que un botón mantenía cerrada a duras penas, la caja torácica en forma de cuña aparecía abultada y musculosa.

La camisa blanca se le había desabrochado por completo, dejando al descubierto las marcas de las costillas cubiertas de fuertes músculos y las potentes palpitaciones del pecho; el cuello de la camisa sobresalía de la chaqueta de Harry en forma de puntilla arrugada, empequeñecido por la fortaleza de su nuca. Su piel era de un tono gris oscuro, que las llamas y el fulgor de la luz de la luna cubrían de manchas anaranjadas y amarillas. Pero se percibían también tonalidades escarlata que se colaban por el agujero de la chaqueta e iluminaban en diagonal la tirantez de la camisa. Mediría unos cuarenta centímetros más que Paxton, que, encorvado a su lado, parecía un enano. Y su cara...

Era la perfecta imagen de una pesadilla viviente.

Ben Trask lo miró absolutamente anonadado sin poder creer lo que veía, y pensó:

¡Dios mío! ¡Y yo que creía que tal vez podría hablar con eso!

Todavía puedes hablar conmigo, Ben, le dijo el necroscopio, haciendo posible que Trask tuviera su primera experiencia telepática gracias al asombroso poder de su sonda mental. *Lo que ocurre es que si quieres hablarme de Paxton es muy posible que no quiera escucharte, es todo.*

Teale balbuceaba cosas ininteligibles mientras trataba con toda el alma de encontrar fuerzas suficientes para apuntar con la ballesta. Su poder, un don poco fiable que le permitía leer partes del futuro, invocaba en ese momento todo tipo de imágenes y acontecimientos monstruosos que pasaban raudos por su mente, acumulándose en tales proporciones que el pobre hombre estaba absolutamente fuera de sí. Todo se debía a la proximidad de Harry. Robinson estaba más o menos en las mismas condiciones. Al encontrarse tan cerca de una verdadera FUERZA metafísica, su pequeño poder reaccionaba como una limadura de hierro agitada por un fortísimo campo magnético.

En cualquier caso, no podía utilizar la terrible arma que empuñaba sin quemar también a Paxton.

Trask estaba solo, era el único capacitado de los allí presentes; levantó la SMG y apuntó a Harry, que en ese momento sujetaba a Paxton delante de sí como si fuera un muñeco de trapo. Paxton colgaba en el aire y miraba boquiabierto y con los ojos desorbitados el rostro increíble del necroscopio, sabedor de que se encontraba a un palmo de las puertas del infierno. Porque él era la pulga mental, era la comezón insoportable, imposible de rascar..., o al menos eso había sido hasta ese instante.

Harry lo contemplaba con ojos fantasmagóricos, de los que parecía gotear azufre; lo miró y... ¿sonrió? Una sonrisa, ¿era eso lo que parecía? En un mundo extraño de vampiros, llamado la Tierra de las Estrellas, al otro lado del continuo de Möbius, allí podía llamarse sonrisa. Pero en la Tierra era la mueca rabiosa y cargada de baba de un lobo inmenso; en la Tierra eran unos dientes que crecían a ojos vista, se curvaban y salían de las fauces cubiertas de pelos reventando las encías y lanzando chorros de sangre caliente color del rubí; allí era la inclinación gradual de una cabeza monstruosa hasta adoptar un ángulo curioso e inquisitivo, el gesto con el que uno podría mirar a una mascota traviesa. No era una sonrisa, sino una crispación de los labios escarlata, un aplastamiento del hocico retorcido, el inicio del lento bostezo de unas fauces como trampas que se disponían a enmendarle la plana a ese desobediente perrito faldero.

¿Y a castigarlo, quizá?

Esa cara..., esa boca..., esa caverna carmesí bordeada de las estalactitas y estalagmitas de los dientes, afilados como trozos de blanco cristal. ¿Las puertas del infierno? Eran eso y mucho más.

Cuando Harry cogió a Paxton para levantarlo en el aire le había arrancado la ballesta de las manos y la había tirado al suelo. Así, desarmado, Paxton se había convertido en un caramelo, en un bocado apetecible, en un copo de cereal. Un tentempié. ¡Vaya, si Harry quería podía arrancarle la cara de un solo bocado!

De repente, Trask pensó: *¡Tal vez lo haga, tal vez lo haga!*

Y entonces gritó:

—¡No, Harry, no lo hagas!

El necroscopio cerró despacio las fauces y levantó la cabeza. Miró colérico a Trask a través de la bruma que cubría el jardín iluminado por el rojo fulgor de las llamas que consumían la casa. Miró a Ben Trask, el que fuera su amigo, con el que había luchado codo con codo contra..., contra criaturas como la que él era en ese momento.

Pálido como un papel, Trask se lo quedó mirando y pensó:

¡Joder, Harry, no lo hagas!

¿Me dispararías, Ben?

Sabes que sí. No quiero hacerlo, pero me vería obligado. ¿Es que no lo entiendes? Tú o el mundo. No quiero ver cómo mi mundo se muere gritando... para después echarse a reír a carcajadas y volver a salir de su tumba. Si sueltas a Paxton, si dejas que viva, entonces creeré que nos dejarás vivir a todos.

El mundo no corre peligro, Ben. No me quedaré aquí.

¿Te irás a la Tierra de las Estrellas?

Es el único lugar al que puedo marcharme.

Trask apuntó con la mirilla de su SMG. Podía disparar a las piernas envueltas en niebla y, quizá derribarlo, o podía apuntarle a la cabeza y al torso, con la esperanza de no darle a Paxton. Tenía buena puntería y no fallaría. Pero también podía aceptar la palabra de Harry, creer que se marcharía de allí y que el mundo nada tenía que temer de él. Pero viendo su aspecto, ¿quién podía creerle?

Harry leyó estos pensamientos en la mente de Trask y se apresuró a facilitarle las cosas: soltó a Paxton. Le costó mucho trabajo, porque el necroscopio tuvo que luchar con todas sus fuerzas contra la cosa que llevaba dentro. Y venció. Hablando en voz alta, con la profunda voz de bajo de los wamphyri, preguntó:

—¿Qué te parece así, Ben?

Trask suspiró, aliviado, y contestó.

—Bien, Harry. Me parece bien. —Mientras esto decía, por el rabillo del ojo vio que Teale y Robinson salían de la catatonia y se disponían a preparar las armas—. ¡Vosotros, quietos! —gritó.

Harry lanzó una mirada inyectada en sangre a Teale, que bastó para hacerlo retroceder, al tiempo que sintonizaba con la mente de Robinson para aconsejarle: *Será mejor que obedezcas a Trask, hijo. ¡Intenta freírme en la Tierra y yo te freiré en el infierno!*

Trask puso el seguro a su SMG y la guardó.

—La guerra ha terminado, Harry —le dijo.

Pero Paxton, que estaba tendido en el suelo, había recuperado la ballesta y apretó el gatillo al tiempo que gritaba:

—¡Ni hablar, esto no acaba así!

Momentos antes, el necroscopio había percibido el mensaje de la mente de Paxton: que una flecha de madera dura iba a salir disparada en su dirección. Instintivamente conjuró una puerta de Möbius y, en ese instante, con la elegancia engañosamente sinuosa de los wamphyri, la cruzó dando un paso atrás. Para los cuatro PES fue como si hubiera dejado de existir. La flecha disparada por Paxton se hundió en el torbellino neblinoso provocado por el vacío de Harry y ese mismo vacío se la tragó.

—¡Le he dado! —gritó el telépata entre jadeo y jadeo—. Estoy..., estoy seguro de que... le he dado a ese cabrón. ¡No pude haber fallado! —Reía entrecortadamente, y se puso en pie...

... La niebla, que se había cerrado alrededor del necroscopio, volvió a abrirse y de ella surgió su voz cavernosa e incorpórea:

—Cuánto lamento decepcionarte.

¡Mierda!, pensó Trask; inspiró una bocanada de aire caliente, humeante, al ver aparecer en el aire una enorme mano gris con uñas como anzuelos herrumbrados que se cerraba sobre la cabeza de Paxton y lo arrancaba del jardín, sacándolo de este

universo. En el aire quedó flotando la monstruosa voz de Harry Keogh:

—Ben, me temo que tengo que hacerlo...

En el continuo de Möbius, Harry apartó de sí a Paxton de un empellón y oyó cómo su grito reverberaba en las distancias conjeturales. Debía dejarlo allí, dando vueltas sobre su propio eje, agitando los brazos eternamente a través de infinitos paralelos, gritando y sollozando, y cuando le fallara el corazón, moriría como un demente. Pero con eso habría contaminado aquel lugar místico. Tenía que haber una forma mejor, un castigo más razonable que ése.

Corrió tras él, lo aferró, lo enderezó y lo atrajo hacia sí. Y allí, en el continuo de Möbius, cuya naturaleza Harry apenas comenzaba a sospechar o a comprender, donde hasta el más leve pensamiento tenía peso, le dijo:

Paxton, eres una criatura miserable.

—¡Apártate de mí! ¡No te acerques, maldita bestia!

¡Vaya, vaya!, exclamó Harry, con un crujir de dientes, que a medida que se calmaba comenzaban a recuperar su aspecto normal. *¡Mirad al telépata! En el continuo de Möbius no hace falta que grites, pulga mental. Con pensar es suficiente.* En ese instante, Harry supo lo que debía hacer.

Por supuesto. Paxton, la pulga mental, el vampiro mental que se alimentaba de los pensamientos ajenos en lugar de su sangre; el ladrón de pensamientos, la comezón imposible de rascar. ¿Cuántas víctimas habían sentido su mordisco? La Sección PES estaba llena de ellas. ¿Y cuántas más ni siquiera se enteraban, no estaban preparadas para enterarse de que había hurgado en sus pensamientos?

Tal vez no llegara a la categoría de pulga. ¿A la de mosquito, quizás? En cualquier caso era un parásito dañino, con un aguijón doloroso y molesto. Era hora de que alguien le quitara ese aguijón. Y el necroscopio sabía exactamente cómo hacerlo.

Se metió en la mente aterrorizada de Paxton, buscó y encontró el mecanismo telepático que constituía la fuente de su poder. Se trataba de algo con lo que Paxton había nacido, por lo que no sería posible desconectarlo; pero podía cubrirlo, sepultarlo bajo una capa de «plomo» psíquico, como se hace con un reactor descontrolado, hasta que se fundiera o se quemara al tratar de liberarse. Y eso fue lo que el necroscopio hizo. Envolvió el don de Paxton con una esencia de niebla mental wamphyri, lo arropó con una manta de opacidad PES, tejió a su alrededor una especie de bola de naftalina con unos hilos efímeros pero irrompibles que la gente corriente suele denominar «la intimidad de sus propios pensamientos». Pero en el caso de Paxton, esa intimidad sería su propia cárcel.

Cuando Harry terminó con Paxton, le devolvió al jardín; la casa seguía quemándose y los hombres de la Sección PES se habían desplazado hasta el muro del río, para resguardarse del calor del incendio. Contra un fondo de llamas doradas y rugientes, Harry emergió del continuo de Möbius y lanzó al lloroso Paxton en brazos de Ben Trask.

El telépata se deshizo en sollozos, se hincó de rodillas y se abrazó a las piernas de Trask. Mirándolo horrorizado, Trask le preguntó a Harry:

—¿Qué le has hecho?

—Lo he esterilizado —respondió Harry.

—¿Cómo?

—No me refiero a sus testículos, sino a su don telepático. Emasculación mental. No volverá a violar ninguna mente más. En lo que respecta a la Sección, os he hecho el último favor.

—¿Harry?

—Cuídate, Ben.

—¡Harry, espera!

Pero el necroscopio ya había desaparecido.

Permaneció largo rato junto al río contemplando cómo se quemaba la vieja casa. ¿Cómo había definido Faethor Ferenczy su castillo de Khorvaty cuando por fin quedó reducido a escombros? ¿Su último vestigio en la Tierra? Pues bien, también aquella casa vieja había sido el último vestigio de Harry.

Al menos en este mundo...

En una playa de arenas brillantes, al otro lado del globo, Penny se había hecho un bikini con trozos de la sábana de Harry. Caminaba al borde del agua y recogía las conchas exóticas dejadas por la marea. Por raro que pareciera (porque normalmente se bronceaba sin dificultad y también porque su mente aún inocente no había alcanzado a comprender el significado de todo aquello) el sol la molestaba profundamente; la piel se le llenaba de manchas y enrojecía. Para refrescarse, se arrodilló en un charco formado por la marea y se dejó empapar por el agua del mar. Fue entonces cuando Harry regresó y la llamó desde la sombra del árbol torneado por el viento.

La chica levantó la mirada y al verlo notó que la fuerza de su magnetismo era mayor que nunca. Era amor y mucho más que amor: no tenía más que darle una orden y ella haría lo que fuera por él. Estaba completamente esclavizada. Recogió una hermosísima caracola, corrió hacia él y vio cuánto había cambiado. Era diferente, y a la vez el mismo de siempre. Antes de volver junto a ella, el necroscopio se había detenido en alguna parte a recoger un sombrero negro de ala ancha y un abrigo largo, también negro; extraña vestimenta, pensó Penny, para ir a la playa bajo el sol del mediodía. Así vestido le recordaba al cazarrecompensas de cara seria o al empleado de pompas fúnebres de muchos de esos *spaghetti westerns.* Con la diferencia de que en las películas no llevaban gafas negras.

Allí donde el árbol daba la máxima sombra, Harry se quitó el abrigo y descubrió sus heridas: grandes manchas de sangre coagulada recubrían los restos de tela, formando unas costras que se le adherían a los cortes. Al sentir su dolor, en realidad más dolor del que él sentía, Penny se quitó la tira de sábana mojada que le cubría los pechos y empapó con agua salada las partes que el necroscopio tenía ensangrentadas. Logró entonces quitar los trozos de tela sucios del cuerpo, que ya había recuperado su aspecto humano.

Visto de frente, el agujero de bala que Harry llevaba en el hombro derecho no tenía tan mal aspecto, pero visto por detrás era horrible. Le había arrancado un trozo de carne del tamaño del puño de un niño, y tenía el borde superior destrozado allí donde Johnny Found le había clavado el gancho. Pero lo sorprendente (al menos para Penny, aunque no para el necroscopio) era que la herida comenzaba a cicatrizar. Alrededor del cráter por donde habían salido la carne y el hueso comenzaba a formarse la piel nueva, mientras en la parte interior del agujero la pulpa brilló como un trozo de carne sobre el tajo de un carnicero, hasta que dejó de sangrar por completo.

—Ya se está cerrando —gruñó Harry—. Si te sientas ahí y observas, verás cómo cicatriza. Un día más, como mucho dos, y sólo quedará la cicatriz. Y dentro de una semana, el hueso se habrá reestructurado y ya no me dolerá.

Fascinada, atraída irresistiblemente hacia él, agarró los hombros de Harry y restregó su cuerpo hermoso y ágil contra el agujero que tenía en la espalda. Efusiva,

su demostración erótica provocó un poco de dolor y un gran placer al necroscopio. Miró por encima del hombro y vio que la aréola de sus pechos estaba manchada de sangre. Acto seguido, asombrada por la fuerza de su propia sensualidad, Penny dijo:

—No..., no sé por qué lo he hecho.

—Yo sí —gruñó él, y la hizo suya allí mismo, en la arena, una y otra vez, en la larga tarde calurosa.

Fue amor y lujuria, aquello que los amantes han hecho desde tiempos inmemoriales; pero era algo más que eso. Era una especie de iniciación tanto para Harry como para Penny. Y probó sin lugar a dudas que tanto los wamphyri como sus esclavos son inagotables.

Más tarde, la chica despertó estremecida de frío y vio a Harry sentado allí, con la caracola en el regazo. Tenía el rostro tenso, casi crispado de dolor. El sol, que se ponía sobre el océano ondulante, le iluminaba los bordes de los huecos que tenía en la cara y que parecían los cráteres poco profundos de un paisaje lunar. Penny entrecerró los ojos hasta que Harry no fue más que una negra silueta e intentó que aquel Harry que percibía de una forma nueva fuera menos desolado. Aquellas líneas tan definidas de su rostro se desdibujaron un poco y suavizaron sus perfiles, pero el dolor continuaba allí. Cuando se percató de que lo miraba se desvaneció su estado de ánimo melancólico. La muchacha se incorporó, temblorosa, y él la tapó con su abrigo.

Penny levantó la caracola y le preguntó:

—Es preciosa, ¿no?

Él le lanzó una extraña mirada y contestó:

—Es una cosa muerta, Penny.

—¿No ves nada más que muerte?

—No. Y, además, la siento. Soy el necroscopio.

—¿Sientes que la caracola está muerta?

Asintió, y luego dijo:

—Y cómo murió la criatura que vivía en su interior. En realidad, no es que pueda sentirlo exactamente. Lo..., lo experimento. No, tampoco es eso. —Se encogió de hombros y suspiró—. Simplemente lo sé.

La chica volvió a mirar la caracola y el sol se reflejó en la madreperla de su borde.

—¿No es preciosa?

Harry sacudió la cabeza y respondió:

—Es fea. ¿Ves ese agujerito que está cerca del final curvado?

La chica asintió con la cabeza.

—Eso es lo que la mató. Otro caracol más pequeño, pero letal, letal para ella, perforó ese agujero y le succionó la vida. Sí, un vampiro. Somos millones.

Penny notó cómo se estremecía, dejó la caracola y exclamó:

—¡Qué historia más horrenda, Harry!

—Horrenda pero cierta.

—¿Cómo lo sabes?

Con voz más ronca todavía respondió:

—¡Porque soy el necroscopio! Porque las cosas muertas me hablan. Todas las cosas muertas. Y si carecen de mente para hacerlo..., me lo transmiten. ¿Cómo lo hace tu preciosa caracola? Me transmite el lento taladrar de su asesino cuando perforó la concha, cómo la penetró con su sonda y succionó los fluidos provocándole una terrible quemazón. ¿Bonita? Es un cadáver, Penny.

Se puso en pie y anduvo por la arena, arrastrando los pies.

—¿Siempre ha sido así? Me refiero a ti.

—No —respondió—. Pero ahora sí. Mi vampiro está creciendo. Y se hace más agudo, afina mis talentos. Hubo una época en la que sólo podía hablar con los muertos o, mejor dicho, con criaturas que podía entender. ¿Sabías que los perros, después de muertos, permanecen igual que nosotros? Pero ahora... —Volvió a encogerse de hombros y luego prosiguió—: Y si estuvieron vivos y ahora están muertos, los siento. Cada vez los siento más y más. —Volvió a patear la arena—, ¿Ves esta playa? Hasta la arena suspira, susurra y se queja. Está formada por millones de cadáveres desintegrados por el tiempo y las mareas. Tanta vida desperdiciada, y no preparada ni dispuesta a tenderse y estarse quieta. Y cada una de las cosas que han muerto me pregunta: «¿Por qué he muerto? ¿Por qué he muerto?».

—Pero tiene que ser así —dijo Penny con un hilo de voz, asustada por su tono—. Siempre ha sido así. Sin la muerte, ¿qué sentido tendría la vida? Si viviéramos eternamente, no nos esforzaríamos por nada, porque todo sería posible.

—En este mundo —dijo, aferrándola por los hombros— hay vida y hay muerte. Pero conozco otro mundo donde existe un estado intermedio... —Y mientras oscurecía le contó cuanto sabía sobre la Tierra de las Estrellas.

Cuando hubo terminado, Penny tembló al pensar en lo inevitable de todo aquello, y le preguntó:

—¿Cuándo nos iremos?

—Pronto.

—¿No podemos quedarnos aquí? Sé que ese lugar me dará mucho miedo.

—¿Te dan miedo mis ojos? —Eran como dos pequeñas lámparas en su rostro.

—No —respondió la chica, con una sonrisa—, porque sé que son tuyos.

—Pero a otras personas les dan miedo.

—Porque no te conocen.

—En la Tierra de las Estrellas construiré un nido de águilas —dijo Harry— donde tus ojos serán tan rojos como los míos.

—¿De verdad? —Parecía entusiasmada.

—¡Claro! —Y para sí pensó: *Puedes estar segura de ello, pobrecita mía.* Porque en ese momento, aunque era pronto aún, comenzaba a detectar un leve tono escarlata en sus pupilas...

Mientras ella dormía entre sus brazos, Harry hacía planes. No eran gran cosa, simplemente le servían de distracción. Impedían que pensara con demasiada profundidad en la inminente partida y sus posibles peligros. En su inevitabilidad.

Porque era inevitable..., igual que el ronroneo del helicóptero cuyos reflectores barrían la playa desde el este. Harry había creído que allí estarían a salvo durante mucho tiempo. Pero al lanzar su sonda y tocar las mentes de las personas que iban a bordo de la libélula de metal comprendió que se había equivocado. Eran PES.

—La Sección —dijo, quizá con amargura, y despertó a Penny, al tiempo que formaba mentalmente las ecuaciones de Möbius.

—¿Qué..., hasta aquí llegan? —masculló la chica. Mientras, Harry cruzaba con ella el continente hasta llegar a una tienda de ropa en Sydney.

—Sí..., hasta aquí..., hasta allí llegan —dijo él—. En realidad, están en todas partes. Sus localizadores me encontrarán dondequiera que vaya y pondrán sobre aviso a los contactos que tienen en todo el mundo; los PES y los cazarrecompensas nos perseguirán, y a la larga nos quemarán. No podemos luchar contra el mundo

entero. Y aunque pudiéramos, no quiero hacerlo. Porque luchar sería sucumbir a la cosa que llevo dentro. Y preferiría ser yo mismo. Al menos mientras me sea posible. Pero esta noche los haremos bailar un poco, ¿de acuerdo? Porque mañana estaremos muertos.

—¿Muertos?

—Estaremos muertos para este mundo.

De buen o de mal grado eligieron ropas caras y una maleta de cuero de primera calidad donde llevarla. Cuando empezaron a sonar las alarmas de la tienda, siguieron viaje.

Habían abandonado la playa a las nueve de la noche, hora local; en la tienda que atracaron eran las once y media; viajaron hacia el este y se vistieron en otra playa (Long Beach) a las cinco de la mañana, bajo las primeras luces del amanecer, y desayunaron con champán en Nueva York, poco después de las ocho..., todo ello en el lapso de treinta minutos.

Penny tomó la chuleta a la brasa medio hecha; la de Harry estaba tan cruda que chorreaba sangre, tal como la había pedido. Se bebieron tres botellas de champán. Cuando les llevaron la cuenta, el necroscopio lanzó una carcajada, sentó a Penny en su regazo, inclinó la silla hacia atrás... y los dos salieron del mundo y entraron en el continuo de Möbius.

Minutos después (a las diez y media de la noche, hora local), a cinco mil kilómetros de donde había iniciado el viaje, desvalijaron las cajas de seguridad más protegidas del Banco de Hong Kong; a medianoche habían perdido un millón de dólares de Hong Kong en las mesas de juego de Macao. Minutos más tarde (a las seis y media de la tarde, hora local), volvieron a pedir y a beber champán; después, Harry depositó a Penny, borracha perdida, en la cama de un hotel de Nicosia y la dejó allí para que durmiera la borrachera. Su piel se cubrió de gotitas perladas de sudor y olía levemente a alcohol. Muchas mujeres (de ser sinceras) habrían dado el mundo entero por las cosas que ella había visto, hecho y experimentado en las últimas horas de su vida en la Tierra. Y Penny había dado el mundo entero. Por eso Harry lo había dispuesto así.

La parranda había durado poco más de tres horas: los localizadores de la Sección PES de la Central de Londres y otros de Moscú estaban medio mareados. Pero el necroscopio sabía que Penny era todavía una fuente demasiado débil para que pudieran rastrearla. Si estaba sola, difícilmente la encontrarían. Y si lo hacían, dudaba mucho que tuvieran una persona en Chipre. Allí estaría a salvo. Al menos durante unas horas.

Había llegado el momento de ir a la Tierra de las Estrellas a hacer las reservas...

Cuarta parte

Capítulo uno

Faethor - Zek - Perchorsk

En el continuo de Möbius, Harry abrió una puerta al tiempo futuro y fue en busca de Faethor Ferenczy. Faethor había muerto hacía mucho tiempo y había permanecido en estado incorpóreo durante un período muy prolongado. Tan prolongado que con toda probabilidad carecería de mente. Pero había cosas muy importantes que el necroscopio deseaba consultarle, sobre la «enfermedad» de Harry, cómo la había contraído, si tenía cura, aunque esa posibilidad parecía casi tan remota como el mismo Faethor.

El tiempo de Möbius era pavoroso, como siempre. Antes de lanzarse por el torrente temporal perpetuamente en expansión, Harry hizo una pausa en el vano de la puerta y contempló la humanidad como pocos hombres de carne y hueso lo habían hecho; incluso con su experiencia, aquello le pareció increíble. La vio como una luz azulada —el azul de neón de toda vida humana— que se dispersaba velozmente como un suspiro interminable, un *Aaaaaahhh* orquestado y angélico que se prolongaba hasta el infinito. Pero ese suspiro sólo estaba en su mente (en realidad, sabía que la que suspiraba era su mente), porque el tiempo es algo muy silencioso. Pero daba igual. Pues de haber estado presentes todos los sonidos de todos los años de toda la VIDA que había presenciado, a sus oídos habría llegado una cacofonía absolutamente insoportable.

Permaneció de pie, más bien flotando, en la puerta metafísica y miró asombrado todas aquellas líneas de luz azul que se dispersaban —la miríada de líneas vitales de la raza humana— y pensó: *¡Es como una estrella azul convertida en nova y todos éstos son sus átomos que huyen en desbandada para salvar la vida!* Sabía con certeza que cada línea resplandeciente era una vida cuyo curso podía seguir desde el nacimiento hasta la muerte por los cielos insondables del tiempo de Möbius: en ese mismo instante su propia línea vital se desenredaba a partir de él como un hilo de una bobina y cruzaba el umbral para continuar veloz hacia el futuro. Pero mientras los otros hilos eran de un azul intenso, el suyo presentaba una fuerte tonalidad carmesí.

En cuanto a la línea de Faethor, si existía, sería de un tono escarlata purísimo (¿impurísimo?). Pero no la veía, porque la vida de Faethor había acabado. Para aquel ser antiguo que en otros tiempos fuera un muerto viviente ya no existía vida, sino la muerte verdadera mientras avanzaba raudo más allá de los límites del ser..., y todo gracias a Harry Keogh. El viejo vampiro se había vuelto incorpóreo, era cierto, pero el necroscopio sabía cómo dar con él. Porque en el continuo de Möbius los pensamientos pesan y, como el tiempo mismo, perduran eternamente.

Faethor, gritó Harry por medio de una sonda, lanzándose por el torrente temporal, *me gustaría hacerte una visita. Si estás de humor.*

¿Ah, sí? La respuesta le llegó de inmediato, seguida de una risita ahogada, una de las risitas más oscuras y falsas de Faethor. *La reunión de dos viejos amigos, ¿eh? ¿Será día de audiencia? Bueno, ¿por qué no? A decir verdad, te estaba esperando.*

¿De verdad?, repuso Harry, imitando su humor, mejor dicho, su memoria, su mente, que era lo único que quedaba de él.

Así es. Porque ¿quién si no yo iba a tener la respuesta?

¿La respuesta? Harry sabía bien a qué se refería. La respuesta —la solución— a su problema, suponiendo que existiera una solución.

¡Vaya, vaya! ¿Acaso soy ingenuo? ¡Llámame lo que quieras, Harry, pero nunca ingenuo! Asintió utilizando el necrolenguaje y contempló al necroscopio de arriba abajo. *¡Vaya, vaya! ¿Sabes que nunca dejas de asombrarme? ¡Cuántos poderes! ¡Y ahora este viaje más veloz que la vida misma! ¡Pero si te has superado a ti mismo!*

Mientras Faethor hablaba, la línea vital de Harry se retorció, se estremeció y se partió por la mitad. Una mitad de la línea se dobló un poco sobre sí misma y salió disparada en ángulos rectos hacia la estela de desplazamiento del necroscopio para desaparecer en un brillante estallido de fuego rojiazul. Pero la otra mitad, al igual que un cometa que tuviera a Harry por núcleo, continuó viaje a la misma velocidad que Faethor.

Harry ya se había imaginado que ocurriría algo parecido. El fenómeno que acababa de presenciar (que en realidad había sido su punto de partida hacia la Tierra de las Estrellas) se encontraba en el futuro probable. Pero aquél era el tiempo de Möbius, es decir, un tiempo especulativo, y nada era seguro. Por ese motivo, leer el futuro era una pura cuestión de azar. Porque si entre ese instante y lo que siguiera después, en el mundo real llegaba a producirse algún contratiempo, su partida no se produciría nunca. O tal vez no. En otras palabras —y a pesar del hecho de que lo había visto— se trataba de algo que podía producirse o no.

Probablemente, dijo Faethor, y volvió a soltar su risita ahogada. *De manera que te quieren echar, ¿eh?*

No, repuso Harry, y se encogió de hombros, *me voy por mi propia voluntad.*

Porque si te quedas, te perseguirían hasta dar contigo y luego te destruirán.

Me voy porque quiero, insistió Harry.

Te has hecho notar, dijo Faethor, *y te observan... muy de cerca. Ahora saben quién eres realmente. Durante todos estos años fuiste un héroe para ellos, y ahora eres la peor de sus pesadillas hecha realidad. Así que volverás a la Tierra de las Estrellas. Pues bien, que tengas buena suerte. Pero cuídate de ese hijo tuyo. ¡La última vez que estuviste allí te dejó tullido!*

Antes de continuar la conversación, Harry levantó un escudo protector alrededor de su mente. Porque si mostraba a Faethor la más mínima rendija, se le colaría. No sólo para espiar los pensamientos más secretos del necroscopio, sino para instalarse de forma permanente como inquilino. Era la única oportunidad del viejo vampiro —su última oportunidad— de hallar una continuidad distinta de aquel viaje vacío e interminable hacia el futuro.

Cuando Harry estuvo seguro de haberse vuelto inexpugnable, le dijo:

Sí, mi hijo me dejó tullido, convino. *Me robó el necrolenguaje, me negó el acceso al continuo de Möbius. No le costó demasiado, porque entonces yo sólo era un hombre. Pero ahora..., como habrás podido comprobar, soy un wamphyri.*

¿Vuelves para enfrentarte con él?, siseó Faethor. *¿Con tu propio hijo?*

Si no me queda más remedio. Harry se encogió de hombros otra vez, más que nada para disimular la mentira. *Pero no tiene por qué haber un enfrentamiento. La Tierra de las Estrellas es un lugar muy grande, y ahora que los wamphyri han muerto o han huido de ella, lo es mucho más.*

¡Hum! De modo que volverás a la Tierra de las Estrellas, te construirás un nido

de águilas y, si es preciso, te enfrentarás a tu hijo para disputarle una parcela de su territorio. ¿Es así?

Tal vez.

¿Para qué has venido a verme, pues? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto? Si es lo que tienes planeado hacer, adelante.

Harry permaneció callado unos instantes; finalmente contestó:

No sé..., había pensado que quizá querrías acompañarme.

Faethor lanzó un grito de sorpresa, al que siguió un silencio con el que manifestaba su incredulidad. Finalmente, comentó:

Que quizá querría...

Acompañarme, repitió Harry.

No, respondió Faethor al cabo de un rato, y Harry percibió cómo negaba con su cabeza incorpórea. *No puedo creerme esto. Es..., no puede ser otra cosa que una treta. ¿Tú, que pasaste tanto tiempo luchando contra mí para impedirme que entrara, vienes ahora a invitarme? ¿Para que sea uno contigo en tu nueva mente, tu cuerpo y tu...?*

¡No digas alma!, pidió Harry. *Además, no has entendido bien.*

¿Y eso?, preguntó Faethor, poniéndose en guardia. *¿Cómo puedo haber entendido mal? Salir de este..., de este lugar infernal para irme a la Tierra de las Estrellas es algo que queda totalmente fuera de la cuestión, a menos que vaya como parte de ti. Aquí no soy nada, pero si tú, por voluntad propia, invitas a mi mente a que entre en la tuya...*

En un principio, sí, repuso Harry. *Pero esta vez debes prometerme que te irás cuando yo lo decida. Y sin protestar, de lo contrario me serviré de algún truco como hice la última vez.*

¿Y adónde iba a irme?, preguntó Faethor, anonadado.

A la mente y el cuerpo de un hombre inferior, algún rey Viajero, o algo por el estilo que encuentres en la Tierra de las Estrellas.

Finalmente, Faethor lo comprendió, o creyó comprenderlo, y sus pensamientos en necrolenguaje se agriaron como el vinagre.

Después de todo no eres digno. Ni lo has sido nunca. Cuando estaba enterrado en mi casa de Ploiesti pensaba: «¡El necroscopio puede tenerlo todo, el mundo entero! Thibor era un rufián, un indigno, pero Harry es diferente. Janos era pura escoria, mientras que Harry tiene la consistencia, la pureza, o al menos la homogeneidad de la nata. ¡Haré de Harry mi tercer y último hijo!». Sí, éstos eran mis pensamientos, pero tú fuiste indigno de ellos.

¿Cómo es eso?, preguntó Harry. *¿Por qué me insultas?*

¿Qué? (Asombro, incredulidad.) *¡Querrás decir por qué me arrepiento! Podías haber sido, todavía puedes ser, la criatura más poderosa de todos los tiempos: ¡el Vampiro Maestro! ¡El Gran Portador de la Plaga! ¡Eres wamphyri porque yo, Faethor Ferenczy, así lo quise! Tú mismo lo has reconocido. Y ahora estás dispuesto a lanzarlo todo por la borda. ¿Es que para ti no significa nada ser wamphyri? ¿Qué me dices de la pastó del poder, de la gloria?*

¿Qué me dices de mí?, contestó Harry. *¿Del que yo era antes de mi contaminación?*

¡Tu nuevo yo es mucho más grande!

No me disgusta la grandeza. Lo que ocurre es que no entraba en mis planes. Pero ahora te hago una oferta y no tengo más tiempo que perder, ¿puedes ayudarme o no?

Pongamos las cartas sobre la mesa, entonces, dijo Faethor. *Me llevarás en tu mente, me transferirás o transportarás a la Tierra de las Estrellas, que después de todo es o debería haber sido mi lugar natural, y de allí me pasarás a otro para que lo guíe del mismo modo que te habría guiado a ti. A cambio de eso, deseas saber si hay un modo en que puedas deshacerte de la cosa que crece en tu interior. ¿Lo he entendido bien?*

Si hay una forma de lograrlo, añadió Harry, para que el trato terminara de quedar claro, *me la describirás con todo detalle, me darás una guía a prueba de tontos, para que pueda volver a ser yo mismo.*

¿Y después de eso volverás a tu propio mundo y me dejarás a mí con una personalidad corpórea en la Tierra de las Estrellas?

Ése es el plan.

¿Y si no hubiera forma de liberarte?

Un trato es un trato, respondió Harry, y se encogió de hombros. *De todos modos, en la Tierra de las Estrellas serás una potencia, como te he dicho.*

¿Y convertirme a la larga en tu rival?¿Y en rival de tu hijo?

El necroscopio volvió a encogerse de hombros y respondió:

Tal como te he dicho, ahora que los antiguos wamphyri han muerto o han huido, la Tierra de las Estrellas es un lugar grande.

Faethor se mostró cauto.

Tengo la impresión de que sea como sea, con este trato yo salgo ganando. ¿Por qué ibas a ser tan bueno conmigo?

Tal vez porque esto es, como tú has dicho, una reunión de dos viejos amigos.

O demonios, aclaró Faethor.

Como quieras, pero en mi caso soy un demonio muy a pesar mío. Y aunque has sido el ingeniero que ideó mi estado actual, no puedo olvidar que en el pasado te arriesgaste para hacerme unos cuantos favores, aunque después he comprendido que todos esos favores redundaron en definitiva en beneficio tuyo. Sin embargo, parece ser que me he acostumbrado a ti; ahora te entiendo; has jugado según tus propias reglas, es todo. Las reglas de los wamphyri. Además, estoy lleno de compasión humana, algo que no puedo evitar, y he de reconocer que mi conciencia me ha estado importunando. Porque estás aquí, anclado en el tiempo de Möbius. Porque te he dejado aquí. Y por último..., bueno, tú mismo lo has dicho: si existe una cura para mi mal, ¿quién iba a conocerla mejor que tú? Es la razón principal por la que estoy aquí; además, no tengo muchas alternativas. Fue muy convincente.

Muy bien, dijo Faethor (tal como Harry había supuesto), *trato hecho. Ahora déjame entrar en tu mente.*

Antes debes decirme lo que quiero saber.

¿Si puedes deshacerte de tu vampiro?

Algo más que eso.

¿Ah, sí?

De dónde vino. Cómo entró en mí.

¿No lo has adivinado por tu cuenta?

Fueron las setas venenosas, ¿verdad?

Sí, respondió Faethor en necrolenguaje.

¿Y tú eras esas setas?

Sí. Se engendraron a partir de mis grasas impregnadas en la tierra donde me quemé y me derretí. Un licor, una esencia que bullía allí a la espera de algo. Cuando el caldo maduró, ordené a las setas que salieran a la luz cuando tú estuvieras allí para

recibirlas.

¿Y estabas en ellas?

Tú lo sabes bien, porque a través de ellas entré en ti. Pero me echaste.

Y esas setas, ¿son una parte natural de la cadena wamphyri? ¿Parte de todo el ciclo vital?

No lo sé. Faethor parecía realmente perplejo. *No había nadie que me instruyera acerca de esos misterios. Puede que el viejo Belos Pheropzis lo supiera, es posible incluso que le haya transmitido ese conocimiento a mi padre, pero si fue así, Waldemar Ferrenzig jamás me lo dijo. Yo sólo sabía que las esporas estaban en mí, en las grasas de mi cuerpo, y que podía ordenarles que crecieran; pero no me preguntes cómo lo sabía. ¿Cómo hace un perro para saber ladrar?*

¿Y esas esporas eran tus últimos vestigios?

Sí.

¿Es posible que esas mismas setas venenosas crezcan en las ciénagas de la Tierra de las Estrellas? Me parece lógico, porque esas ciénagas son la fuente de la infestación wamphyri.

Faethor suspiró de impaciencia y adujo:

Nunca he visto las ciénagas de vampiros de la Tierra de las Estrellas, aunque espero conocerlas pronto. Y ahora, déjame entrar en tu mente.

¿Podré deshacerme de mi vampiro?

¿El trato seguirá en pie a pesar de lo que te conteste?

Siempre y cuando me digas la verdad.

¡No, estarás eternamente ligado a tu vampiro!

Para Harry no fue un duro golpe, en el fondo lo había sospechado siempre. E incluso en relación a la cuestión, la idea o el pensamiento de «curarse», su voluntad comenzaba a flaquear, probablemente llevaba ya tiempo perdiendo fuerza. Porque aprendía qué era ser wamphyri. Y si a su mano derecha no le gustaba, a su mano izquierda, sí. El lado oscuro de los hombres ha sido siempre el más fuerte. ¿Y en las mujeres? La cura de lady Karen había significado su destrucción. Como un eco en su mente, el necroscopio oyó una vez más la respuesta de Faethor:

¡Estarás eternamente ligado a tu vampiro!

Y Harry pensó: «Que sea así, pues». Dirigiéndose a Faethor, le dijo: *Entonces, adiós.*

Comenzó a desacelerar, dejando al asombrado vampiro que continuara su veloz y eterno avance hacia el futuro. La distancia se fue haciendo cada vez más grande. Faethor gritó desesperado:

¿Cómo? Pero dijiste que...

Te mentí, lo interrumpió Harry.

¿Tú, un mentiroso? Faethor no podía aceptarlo. *Pero... ¡no es en absoluto propio de ti!*

No, respondió Harry sombríamente, *pero es propio de la cosa que llevo dentro. Es propio de mi vampiro. Porque es parte de ti, Faethor, es parte de ti.*

¡Espera!, gritó Faethor desesperado. *Puedes deshacerte de él..., te lo juro..., ¡puedes deshacerte de él!*

¡A esa parte me refería!, exclamó Harry; salió del tiempo y regresó al continuo de Möbius. *A la mentira.*

Faethor se quedó en el tiempo de Möbius, gritando y protestando, pero cada vez más débilmente, como los leves susurros de las hojas invernales que se deshacen, arrasados por siempre jamás por los vientos de la eternidad...

Harry fue a ver a Jazz y a Zek Simmons a la isla de Zakynthos, en el mar Jónico. Su casa, situada en Porto Zoro, en la costa noreste, estaba rodeada de árboles y daba al mar, aunque se encontraba alejada del trajín de los veraneantes.

Eran las ocho de la noche cuando se materializó cerca de la casa; lanzó una sonda y comprobó que Zek estaba sola; supuso que a Jazz no le molestaría que su esposa hablara por los dos. Primero se puso en contacto telepáticamente; por la forma en que le contestó, sin miedos, le dio la impresión de que lo estaba esperando.

—¿Por un par de días? —repitió después de invitarlo a pasar y tras explicarle lo que ocurría—. ¡Pues claro que sí, aquí estará bien, pobre chiquilla!

—No tan pobre —se apresuró a aclarar, casi a la defensiva—. Como no entiende bien qué le está pasando, no luchará como lo hice yo. Antes de que se entere, se habrá convertido en wamphyri.

—¿Pero cómo vivirás en la Tierra de las Estrellas? ¿Tienes intenciones de..., de...? —Zek se dio por vencida. Al fin y al cabo estaba hablando con un vampiro. Sabía que tras aquellas gafas oscuras, tenía los ojos de fuego; sabía también con qué facilidad podían quemarla. Pero si le tenía miedo, no lo notó, y a Harry le gustaba por eso. Siempre le había gustado.

—Haremos lo que tenemos que hacer —le contestó—. Mi hijo encontró un modo de sobrevivir.

—Tal como yo lo veo —dijo con un estremecimiento apenas perceptible—, la sangre es una poderosa adicción.

—¡La más poderosa! —aclaró él—. Por eso tenemos que irnos.

Zek no quería ser indiscreta, pero no pudo resistirse a su curiosidad femenina.

—¿Porque amas a tus semejantes y no te fías de ti mismo?

Se encogió de hombros y sonrió burlonamente.

—¡Porque la Sección PES no se fía de mí! —Pero su sonrisa desapareció rápidamente—. ¿Quién sabe? Tal vez hacen bien en no fiarse. —Al cabo de una larga pausa, le preguntó—: ¿Qué me dices de Jazz?

Ella lo miró, enarcó una ceja como dando a entender: ¿de verdad necesitas preguntármelo?

—Jazz no se olvida de sus amigos, Harry. De no ser por ti, habríamos muerto hace mucho tiempo en la Tierra de las Estrellas. ¿Y en este mundo? De no ser por ti, Janos, el hijo de Ferenczy, seguiría vivo y emponzoñándolo todo. En estos momentos, Jazz está en Atenas, tratando de obtener la doble nacionalidad.

—¿Cuándo puedo traer a Penny?

—Depende de ti. Si quieres, ahora mismo.

Harry recogió a Penny de la cama del hotel de Nicosia sin siquiera despertarla y, momentos después, Zek veía cómo la depositaba amorosamente sobre las sábanas limpias en el cuarto de huéspedes del que sería su nuevo refugio temporal. Y asintió calladamente para sí, segura de que si existía alguien capaz de cuidar de aquella muchacha, ya fuera en la Tierra de las Estrellas ya en cualquier otra parte, ese alguien era el necroscopio.

—¿Y ahora qué, Harry? —le preguntó, mientras servía café endulzado con brandy Metaxa en el balcón que se proyectaba sobre los acantilados y el mar iluminado por la luna.

—Ahora Perchorsk —contestó con sencillez.

No había terminado de tomarse el café cuando se quedó dormido en la silla...

El hecho de que se durmiera en aquella casa daba idea de la magnitud de su

confianza. También daba idea de la magnitud de la confianza de Zek Föener el hecho de que no fuera a buscar el lanzaarpones y un arpón de plata e intentara matarlo allí mismo, primero a él y después a Penny. No lo hizo; pero ni siquiera Zek podía estar tan segura.

Antes de retirarse, llamó a *Lobo* (un lobo de verdad, nacido en la Tierra de las Estrellas), y cuando salió de la oscuridad, oliendo a pinos del Mediterráneo, lo colocó ante su puerta y le ordenó: *Si se mueven, me despiertas.*

Harry se despertó a medianoche y se marchó a Perchorsk en Ural'skiy Khrebet, Unión Soviética. Zek lo vio marchar y le deseó suerte.

En los Urales eran las tres y media de la madrugada, y en las profundidades del Perchorsk Projekt, Viktor Luchov dormía y tenía pesadillas. No pararía de tenerlas mientras siguiera destinado a aquel lugar. Pero desde la advertencia de la Sección PES británica, las pesadillas habían empeorado.

—¿En qué consistía exactamente la advertencia? —le preguntaba en sus sueños un Harry Keogh envuelto en las sombras—. No, no me lo digas..., déjame que lo adivine. Tenía algo que ver conmigo, ¿no es así?

Luchov, el director del Projekt, no sabía de dónde había salido Harry, pero de pronto lo vio allí, caminaba junto a él por las placas metálicas del disco bajo la luz de la Puerta esférica, lo cogía del brazo como si fueran viejos amigos en el inquietante núcleo de Perchorsk, en los cimientos mismos de las montañas.

—¿Qué has preguntado? —dijo por fin—. ¿Si tenía algo que ver contigo? Te valoras en bien poco, Harry. ¡Tenía todo que ver contigo!

—¿Te han hablado de mí?

—Sí, tu Sección PES. Bueno, en realidad conmigo no han hablado. A mí no me lo dijeron. Pero pusieron sobre aviso al nuevo responsable, al que está al frente de nuestro Grupo de Espionaje, que por supuesto me transmitió la advertencia. Pero no sé si debería decírtelo.

—¿Ni siquiera en un sueño?

—¿Un sueño? —Luchov se estremeció, su subconsciente repasó brevemente y de mala gana el horror de lo que había ocurrido. Reflexionó un momento y... después retrocedió como si hubiera tocado agua hirviente—. ¡Dios mío..., toda esta monstruosidad era una pesadilla! Además, a pesar de que me diste un susto de muerte, eras una de las pocas cosas humanas que había en ella.

—Humana, sí —dijo Harry—. Pero eso fue entonces y esto es ahora.

Luchov se soltó de su brazo, se separó un poco, se volvió y miró al necroscopio, lo observó fijamente, con curiosidad, con aire temerario incluso, como si intentara definir su imagen. Pero el perfil de Harry aparecía borroso; no había manera de enfocarlo; contra el resplandor de la Puerta donde se alzaba el domo, a través del disco, era una silueta cuyo borde aparecía marcado y perforado de brillantes haces de luz blanca.

—Dicen que eres..., que eres un...

—¿Un vampiro?

—¿Es cierto? —Luchov permaneció inmóvil en la cama y dejó de respirar, a la espera de que Harry contestara.

—¿Quieres saber si mato hombres para chuparles la sangre? ¿Si mi mordedura los convierte en monstruos? ¿Si yo mismo me he convertido en monstruo por la mordedura de un vampiro? Porque si es eso..., he de decirte que no. —Su respuesta no era del todo mentira. Por el momento.

Luchov volvió a respirar y a moverse en la cama como antes; él y Harry continuaron el viaje de inspección por el borde de la brillante esfera de la Puerta. A medida que procedían, el necroscopio utilizaba una forma básica de espionaje PES, la telepatía, para estudiar el centro secreto del Projekt, su pavoroso núcleo reflejado en el subconsciente del científico ruso. Vio la inmensa cavidad esférica en la roca maciza de la montaña por unas fuerzas inimaginables; y en la mente de Luchov la Puerta enigmática era el gusano que desafiaba la gravedad y que se encontraba en su centro mismo, enroscado en una bola perfecta de blanca luz carente de materia, inmóvil mientras continuaba alimentándose de la energía absorbida en los primeros momentos de su creación. La Puerta flotaba allí como una crisálida alienígena, mientras cuanto contenía esperaba el momento oportuno para liberarse y expandirse.

Pero Harry notó que ciertas cosas habían cambiado. La última vez que había estado allí (mejor dicho, físicamente allí, en el centro) había sido así:

Una telaraña de andamios cubría hasta la mitad la pared curvada y sostenía una plataforma de madera que bordeaba la Puerta o portal resplandeciente que flotaba en el aire, en el centro de la caverna. El efecto hacía que la esfera se pareciese al planeta Saturno, con un sistema de anillos compuesto por el suelo de madera que lo bordeaba. La caverna tenía poco más de cuarenta metros de diámetro y la esfera central mediría poco menos que la cuarta parte. Entre las maderas de la parte más interna y el horizonte uniforme que constituía la «piel» de la esfera calculó una separación de unos cuantos centímetros.

Contra la pared negra, plagada de agujeros que parecían cavados por gusanos, y que formaba el perímetro de la caverna, donde los andamios de sujeción se encontraban firmemente asentados, aparecían tres cañones Katushev, separados a distancias iguales, apuntando sus feas bocas casi a quemarropa hacia el centro enceguecedor, dispuestos a descargar, sin aviso previo, sus balas de acero hacia cualquier cosa que pudiera surgir de aquel resplandor. Más cerca del centro, a manera de precaución adicional, se levantaba una valla electrificada con una puerta.

¿Pero precaución contra qué?

La respuesta era simple: contra lo que al parecer eran los habitantes del infierno.

Eso había sido el Perchorsk Projekt en sus orígenes, pero había evolucionado para convertirse en lo siguiente:

Cuando los Estados Unidos comenzaron a trabajar en el programa de Iniciativa de Defensa Estratégica, la Unión Soviética decidió responder con el Perchorsk Projekt. Si el objetivo de los Estados Unidos era neutralizar el noventa por ciento de los misiles lanzados por los rusos, los rojos debían encontrar la forma de poner fin —o bien de neutralizar— el ciento por ciento de los misiles lanzados desde los Estados Unidos. Para ello, había que construir un escudo de energía (varios, en realidad) que colocaran el corazón soviético o bien sus principales partes vitales bajo la protección de un paraguas impenetrable.

Se formó rápidamente un equipo de científicos de primera fila y en las profundidades del barranco de Perchorsk se construyó un asombroso complejo subterráneo cavado en la montaña misma. En el barranco se levantó una presa; sus turbinas suministrarían suficiente energía hidroeléctrica para alimentar el complejo y proporcionar la electricidad suplementaria para su reactor nuclear. Trabajando febrilmente, el equipo soviético completó el Perchorsk Projekt en poco tiempo y sin dejar cabos sueltos, a pesar de que los programas habían sido un poco apretados. Tal vez demasiado.

Después habían probado el dispositivo.

Sólo una vez, y el resultado había sido desastroso..., se había producido un fallo mecánico..., la energía que debía haberse dispersado en abanico por el arco del cielo retrocedió por donde había venido, desviándose hacia el centro del Projekt para ir a parar al reactor nuclear. Y el Perchorsk Projekt se comió su propio corazón.

Se tragó la carne, la sangre, los huesos, el plástico, la roca, el acero, el combustible nuclear y el reactor mismo. Durante un segundo —quizá dos o tres— actuó con feroz voracidad, tanta que se devoró a sí mismo. Cuando todo concluyó, la esfera brillante de la Puerta colgaba en el aire donde había estado el reactor, y los laboratorios y los niveles que lo rodeaban quedaron convertidos en puro magma.

Así había denominado el director Luchov las monstruosas regiones que se hallaban en las cercanías de la cavidad central y la Puerta, «los niveles de magma», convertidos en algo monstruoso por lo que en ellos había ocurrido en el momento del retorno de la energía, cuando la materia y la roca y todo lo demás se había unido y fundido hasta dar origen a aquella forma increíble e impensable, como si se tratara de una inmensa masa de plastilina. Los hombres, vueltos del revés de manera tal que sus entrañas quedaron a la vista, se habían fundido con la roca para formar con ella una sola pieza. Y habían dejado sus huellas retorcidas y extrañas cerca del centro, donde el calor del retorno de la energía los había incinerado, en la roca ennegrecida y chamuscada. En cierto modo, Pompeya es un espectáculo similar, pero allí, en medio de las cenizas y la lava, las figuras conservan un aspecto humano.

Después de aquel incidente, quedó claro lo que era la esfera: el experimento fallido había abierto un agujero en la pared de este universo para comunicarlo con otro paralelo. Y la esfera era el portal, la entrada..., la Puerta. Pero era una puerta extraña; todo aquello que la cruzara no podría regresar; del mismo modo que cuanto saliera del otro lado, del mundo paralelo de la Tierra de las Estrellas o de la Tierra del Sol, no podría volver. El problema que presentaba la Tierra de las Estrellas radicaba en que era la fuente del vampirismo, el «hogar» de los wamphyri.

Del otro lado habían salido cosas que, por la gracia de Dios —o por puro azar o pura suerte—, habían podido destruir antes de que transmitieran al mundo exterior su estigma letal, la plaga del vampirismo. Pero eran tan horrendas que los hombres no se atrevían a enfrentarse a ellas. De ahí la existencia de los Katushevs, de los lanzallamas esparcidos por todas partes, cuando en otros establecimientos secretos lo lógico era encontrarse con extintores de incendios. De ahí que el MIEDO hubiera vivido y respirado y, ocasionalmente, contenido el aliento en Perchorsk. El MIEDO cuya presencia viva se percibía incluso en ese instante.

Sí, incluso en ese instante...

Harry notó que era diferente, aunque no tanto. Por una parte, las tablas de madera del suelo que constituían los anillos/plataformas al estilo de Saturno habían sido sustituidas por unas placas de acero que salían hacia afuera a partir de la esfera, como escamas de un pez gigantesco. Los Katushevs desaparecieron, dejando la Puerta rodeada de toda su altura por un ominoso sistema de rociadores. Más arriba, en la pared curvada de la caverna, sobre plataformas independientes, se veían las voluminosas bombonas de vidrio con el líquido que alimentaba el sistema de rociadores: litros y litros de un ácido altamente corrosivo. Las placas de acero de los anillos se inclinaban ligeramente hacia abajo, en dirección al centro, de manera tal que el ácido derramado se vertiera hacia allí; debajo de la Puerta esférica, en el centro del suelo de magma, un inmenso depósito de cristal servía de zona de recogida del ácido cuando hubiera cumplido con su función.

Su «función», por supuesto, era enceguecer, incapacitar y reducir velozmente a humo a todo aquello que proviniera del otro lado; porque después de la última aparición grotesca —una criatura guerrera wamphyri—, Viktor Luchov había llegado a la conclusión de que las balas de acero o un equipo de hombres armados con lanzallamas convencionales no bastarían. No para *ese* tipo de cosa.

Lo que sí había bastado era el sistema autoprotector en uso en ese momento, que rociaba miles de litros de combustible explosivo hacia el centro y luego lo encendía. La cuestión era que había reducido el complejo a un amasijo. Desde entonces...

—¿Por qué no os marchasteis? —le preguntó Harry cuando hubo visto cuanto necesitaba—. ¿Por qué no salisteis de aquí y lo cerrasteis todo?

—Lo hicimos..., pero duró poco —respondió Luchov, parpadeando por efecto del resplandor de la Puerta, mientras miraba al visitante de sus sueños—. Salimos, sellamos los túneles, llenamos de cemento los tubos horizontales de ventilación y los túneles de inspección que se internaban en el barranco, construimos una gigantesca puerta de acero sobre la vieja entrada, como las de las bóvedas de los bancos. ¡Vaya, si el trabajo que hicimos en el Perchorsk Projekt fue tan bueno como el que hicieron posteriormente en el reactor de Chernobyl! Después apostamos a algunas personas delante del barranco, con sensores, para que estuvieran alertas..., hasta que descubrimos que no podíamos soportar el silencio.

Harry comprendió a qué se refería. El horror de Chernobyl no podía reactivarse, era poco probable que se convirtiera en un ser sensitivo. Pero si unas mentes sensitivas eran capaces de cegar los agujeros de Perchorsk, otras —por extrañas que fueran— podían muy bien abrirlos de nuevo.

—Teníamos que saber, teníamos que comprobar con nuestros propios ojos que todo se había hecho bien —prosiguió Luchov—. Al menos hasta que pudiéramos enfrentarnos a ello de un modo más definitivo.

—¿Ah, sí? —preguntó Harry en verdad interesado—. ¿Enfrentaros a ello de un modo definitivo? ¿Quieres explicarte?

Luchov lo habría hecho, pero Harry se había dejado llevar y se había mostrado demasiado entusiasmado, demasiado real. El director del Projekt se había percatado de que aquello era algo más que un sueño corriente.

El ruso se despertó sobresaltado en su austera celda, se incorporó de golpe en la cama y vio a Harry allí, sentado, mirándolo fijamente con unos ojos que parecían coágulos de sangre fosforescente en la oscuridad de la habitación. Al recordar el sueño, Luchov se apretó contra la desnuda pared de acero y, jadeando, sorprendido, gritó:

—¡Harry Keogh! ¡Eres tú..., grandísimo mentiroso!

Harry supo qué quería decir. Pero sacudió la cabeza y repuso.

—No te he mentido, Viktor. No he matado a ningún hombre para chuparle la sangre. No he creado ningún vampiro y tampoco fui infestado de ese modo.

—¡Tú di lo que quieras, pero *eres* un vampiro!

Harry esbozó una horrible sonrisa y, con voz suave, cálida y razonable respondió:

—Mírame. Difícilmente podría negarlo, ¿verdad? —Se inclinó un poco más hacia Luchov.

El ruso era tal como Harry lo recordaba: su piel aparecía quizás un poco más cetrina, los ojos más afiebrados, pero básicamente era el mismo hombre. Pequeño y delgado, estaba cubierto de cicatrices y en la mitad izquierda de la cara y de la

cabeza, surcada de venas amarillentas, carecía de pelo. Por más vulnerable que pudiera parecer Luchov, Harry sabía que en realidad era un superviviente. Había sobrevivido al terrible accidente que dio lugar a la Puerta, a todas las Cosas que después habían pasado por ella, había sobrevivido incluso al holocausto final. Sí, había sobrevivido a todo. De momento.

Luchov palideció bajo el escrutinio del necroscopio y jadeó más deprisa. Rogaba para que la pared de acero lo absorbiera, lo pusiera a salvo y lo expulsara a la celda contigua, alejándolo de aquel... ¿hombre? Porque Luchov ya se había enfrentado a un vampiro y de sólo pensarlo se sentía aterrado. Con esfuerzo, logró articular:

—¿Por qué estás aquí?

Harry no pestañeó siquiera. Observó el cráneo chamuscado de Luchov, vio cómo palpitaban las venas amarillas debajo de la piel cubierta de cicatrices y contestó:

—Ya lo sabes, Viktor. Estoy aquí por lo que la Sección PES te ha dicho o ha hecho que te dijeran, es decir, que estoy obligado a abandonar este mundo y que para hacerlo he de utilizar la Puerta de Perchorsk. Nada extraordinario, como ves. ¡Vaya, creía que os alegraríais de verme por última vez!

—¡Y tanto que nos alegraríamos! —exclamó Luchov, ansioso, al tiempo que asentía con tanta convicción que las gotitas de sudor le cayeron de la frente—. Es que..., es que...

Harry volvió a esbozar su horrible sonrisa y le pidió:

—Sigue.

Pero Luchov ya había dicho demasiado.

—Si lo que dices es cierto —balbuceó, tratando de cambiar de tema—, que todavía..., todavía no has lastimado a nadie..., quiero decir...

—¿Me estás pidiendo que no te haga daño? —preguntó Harry, y bostezó deliberadamente al tiempo que trataba de taparse la boca con la mano, pero no antes de que el ruso alcanzara a atisbar la longitud y los bordes serrados de sus dientes, y no sin exhibir las garras de su mano—. ¿Por el bien de mi reputación? Tengo a todos los PES de Europa y tal vez de otras partes del mundo siguiéndome de cerca para acabar conmigo, ¿y he de ser un buen chico? Lo que es justo es justo, Viktor. ¿Por qué no me dices qué le ha dicho la Sección PES a tu gente y qué te han pedido que hicieras? Ah, ¿y qué solución permanente puede haber para este Frankenstein que habéis creado aquí en Perchorsk?

—Pero no puedo..., no me atrevería a decirte nada de eso —gimió Luchov, encogiéndose contra la pared de acero.

—A pesar de todo lo que has pasado, sigues siendo un genuino hijo de la madre Rusia con un buen lavado de cerebro, ¿eh? —Harry hizo una mueca y lanzó un bufido burlón.

—No —respondió Luchov, e hizo un gesto con la cabeza—. Sólo soy un hombre, un miembro de la raza humana.

—Pero te crees cuanto la gente te dice, ¿verdad?

—Lo que me dicen mis ojos, sin duda.

Al necroscopio se le acababa la paciencia. Se inclinó más hacia Luchov, aferró su muñeca con garra de acero y siseó:

—Se te da bien la discusión, Viktor. ¡Tal vez deberías haber sido uno de los wamphyri!

Finalmente, el director del Projekt vio que la peor de sus pesadillas se hacía realidad ante sus ojos, la metamorfosis de un hombre en una plaga potencial, y supo

que tenía todos los números a su favor para convertirse en el próximo portador. Pero todavía le quedaba una carta por jugar.

—Desafías..., desafías todo principio científico —balbuceó—. Vas y vienes de esa forma tan extraña que te es propia. ¿Crees que lo había olvidado? ¿Crees que no me acordaría y que no tomaría precauciones? ¡Será mejor que te vayas ahora, Harry, antes de que entren por esa puerta y te reduzcan a cenizas!

—¿Cómo? —Harry lo soltó y se separó de él precipitadamente.

Luchov apartó las mantas de la cama y mostró al necroscopio el botón fijado al bastidor de acero. El botón que había pulsado quién sabe cuánto tiempo antes y cuya lucecita roja continuaba centelleando incluso en ese momento. Harry supo entonces que, de un modo inconsciente, había sido traicionado por su propio vampiro.

Porque ése era un fallo de su lado oscuro. La Cosa que llevaba dentro deseaba ser vista, llevar la voz cantante, manejar aquella situación a su manera, asustar a Luchov para arrancarle las respuestas. ¡Y después, quizás, acabar con él! Si Harry se hubiera impuesto, posiblemente habría podido encontrar las respuestas que buscaba en la mente del científico. Pero ya era demasiado tarde.

Sin embargo, no era demasiado tarde para luchar y acorralar a la Cosa, reducirla y someterla a su voluntad. Lo hizo y Luchov comprobó que volvía a ser un hombre.

—Yo creí —dijo el ruso, sollozando—, yo creí que..., que querías matarme.

—Yo no —respondió Harry, mientras afuera se oía el ruido de pasos que llegaban a la carrera—. ¡Yo no..., él! Sí, pudo haberte matado. Pero, maldita sea, Viktor, te has fiado de mí antes. ¿Y acaso te he defraudado? Mi yo de carne y hueso ha cambiado, pero mi verdadero yo sigue siendo el de siempre.

—Pero ahora es distinto, Harry —contestó Luchov, consciente de que acababa de hacer alusión a... lo que fuera—. Y seguramente te das cuenta de eso, ¿no? Ya no hago nada por mí. Ni siquiera por la madre Rusia. Sino por la raza humana..., por todos nosotros.

Golpeaban la puerta y daban grandes voces.

—Escucha —dijo Harry, y el ruso vio en su rostro tanta sinceridad y humanidad como la que había visto en otras ocasiones, a no ser por aquellos ojos infernales—. A estas alturas, la Sección PES y tu organización rusa, si es que hacen honor a su fama, deben de saber que lo quiero es marcharme. ¿Por qué entonces no me dejan ir?

Del pasillo les llegó el ruido de diez o más disparos en una rápida sucesión, y las balas se incrustaron en la cerradura de la puerta de acero blindado, destrozándola en mil pedazos.

—¿Quieres decirme que..., que no lo sabes? —Luchov vio entonces sólo a Harry, al hombre—. ¿Quieres decirme que no lo entiendes?

—Tal vez sí —respondió Harry—. No estoy seguro. Pero en estos momentos eres el único que me lo puede confirmar.

Y Luchov se lo confirmó:

—No les preocupa que te vayas, Harry —dijo, y en ese instante la puerta era arrancada de sus goznes y la luz inundó la habitación—. ¡Lo único que les preocupa es que un día puedas volver y que traigas contigo quién sabe qué cosas!

Un grupo de hombres asustados se apiñó en el umbral; uno de ellos portaba un lanzallamas que apuntaba directamente a Luchov.

—¡No! —gritó el director; se acurrucó en un rincón y se tapó la cara con manos temblorosas y débiles—. ¡Por el amor del cielo, no! ¡Se ha ido, se ha ido!

Permanecieron en el umbral, sus siluetas envueltas en un humo que olía a cordita, escudriñando el austero cubículo. Finalmente, uno de ellos preguntó:

—¿Quién se ha ido, director?

—¿Es que el señor director ha estado... soñando? —preguntó otro.

Luchov se desplomó en la cama, presa de convulsivos sollozos. Cómo deseaba que todo hubiera sido un sueño. Pero no lo era. No todo él, al menos. Notaba aún la presión en la muñeca que el necroscopio le había aferrado con fuerza y todavía sentía el fuego de aquellos terribles ojos sobre su cara y su mente.

Harry Keogh había estado allí, no cabía duda. Y no tardaría en regresar. Pero el director sabía también que a menos que se equivocara mucho, Harry sólo se había enterado de una parte de lo que había ido a averiguar. La próxima vez que fuera, dispondría del resto de la información.

La próxima vez podía producirse en cualquier momento a partir de entonces.

—¡Conectadlo! —ordenó con un hilo de voz.

—¿Eh? —Un científico apartó a los demás sin demasiados miramientos y se abrió paso hasta quedar junto a la cama de Luchov—. ¿El disco? ¿Ha dicho que conectemos el disco?

—Sí —respondió Luchov, y lo agarró del brazo—. Hazlo ahora mismo, Dmitri. ¡Ahora mismo! —Luchov se tendió en la cama, jadeando, y se llevó las manos a la garganta—. No puedo respirar. No puedo... respirar.

—¡Fuera! —ordenó de inmediato Dmitri Kolchov con un amplio ademán del brazo—. Salid todos. Le falta el aire.

Cuando los hombres comenzaron a salir uno por uno, Luchov tendió hacia ellos una mano agarrotada y les ordenó:

—¡Esperad! Tú, el del lanzallamas. Espera ahí fuera. Y tú, el del fusil. ¿Lo llevas cargado? ¿Con balas de plata?

—Sí, señor director. —El hombre se mostró perplejo. ¿Qué sentido tenía que llevara el arma si no estaba cargada?

—¿Tenéis un lanzagranadas con granadas y todo? —preguntó Luchov ya más calmado.

—Sí, señor director —le respondieron desde fuera.

Luchov asintió y al tragar aire la nuez de Adán le bailó en la garganta.

—Entonces, vosotros tres, esperadme ahí fuera. De ahora en adelante, no me perdáis de vista. —Con aire cansado, sacó los pies de la cama y los apoyó en el suelo; se dio cuenta entonces de que Dmitri Kolchov estaba ahí, de pie, y lo miraba fijamente.

—Señor director, yo... —comenzó a decir Kolchov.

—¡Ahora mismo! —gritó Luchov—. ¿Es que está usted sordo? ¿No me ha oído? Le he dicho que conecte el disco ahora mismo. Preséntese luego en la sala de guardia y póngame con Moscú por la línea de emergencia.

—¿Con Moscú? —Kolchov palideció, se encogió un poco y salió de la pequeña celda.

—Quiero hablar con Gorbachov —exigió Luchov con voz ronca—, con Gorbachov y con nadie más. ¡Porque es el único que puede ordenar lo que viene ahora!

Capítulo dos

Una cosa sola - La Tierra de las Estrellas - El Habitante

El necroscopio sabía que le quedaba muy poco tiempo y que no podía permitirse el lujo de malgastarlo. Los soviéticos habían encontrado alguna «solución final» al problema de Perchorsk, lo cual significaba que él debía cruzar la Puerta antes de que pudieran ponerla en práctica.

Se fue a Detroit y poco después de las seis y veinte de la tarde encontró un taller de reparación y venta de motocicletas a punto de cerrar. Con paso cansado, el último empleado iba cerrando todo con llave; quedaba también un negro, encargado del aparcamiento, que acababa de guardar la escoba, lavarse las manos y salir a paso tranquilo del taller para dirigirse calle abajo. Unas hermosas máquinas cromadas se alineaban resplandecientes tras el cristal blindado y traslúcido.

El necroscopio, ¿verdad?, dijo una voz en necrolenguaje en la mente de Harry así que cruzó una puerta de Möbius para entrar en la sala de exposición. Se sorprendió, porque últimamente los muertos no se mostraban muy inclinados a entablar conversación con él. *Tienes que ser el fantasma,* continuó diciendo quienquiera que fuera, *porque puedo oír cómo piensas.*

—Me llevas ventaja —repuso Harry, amable como siempre, al tiempo que examinaba la cadena que, a manera de seguro, pasaba entre los rayos de las ruedas delanteras de las motocicletas.

¿Que te llevo qué? ¡Ah, sí! No me conoces, ¿verdad? Bueno, fui un ángel.

De vez en cuando el necrolenguaje transmite más de lo que se dice con él. En relación con los ángeles, a Harry ya no le sorprendería enterarse de que tales criaturas existieran de verdad, sobre todo en el continuo de Möbius. Pero en esa ocasión comprobó que el ángel en cuestión no llevaba halo.

—¿Un ángel del infierno? —Harry se plantó delante de la cadena, tiró de ella con ambas manos empleando su enfurecida fuerza wamphyri hasta que un eslabón se partió con un sonido como de un pistoletazo—. ¿Pero no tenías un nombre?

¡Eeh! ¡Vaya tío! El ángel silbó para demostrar su asombro. *¡Apuesto a que también saltas edificios altos! ¿Es un pájaro? ¿Es un avión? ¡Joder, no, es el amoroso rompecadenas, el despierta muertos, el necroscopio!* Se mostró entonces más calmado. *¿Mi nombre? Era Pete. ¡Una mierdita de nombre! ¡Eh, Petey, Petey, Petey! ¡Suena a nombre de periquito! Así que usaba mi nombre de batalla: ¡el vampiro! Pero veo que ya tienes bastantes problemas.*

Harry sacó una Harley-Davidson de su soporte, la apartó de la fila de motos y se dirigió a la parte trasera de la sala de exposición. Pero el último empleado había oído el «pistoletazo» del eslabón al romperse y regresaba, abriendo una serie de puertas cerradas con llave.

—Pete no es un mal nombre —dijo Harry—. ¿Qué haces aquí?

Suelo merodear por esta zona, respondió el ángel. *Jamás pude permitirme el lujo de comprarme una de estas máquinas. Pero venía siempre hasta aquí para mirarlas. Este lugar era un templo, una iglesia, y estas Harley eran los sumos*

sacerdotes.

—¿Cómo moriste? —preguntó Harry, al tiempo que le daba al arranque y la motocicleta se ponía en marcha con un sonido atronador, y casi se podía oír el movimiento de cada uno de los potentes pistones.

Una noche, yo y mi chavala montamos la de Dios es Cristo, contestó el ángel. *Randy Mandy se largó. ¡Así que al cabo de un rato yo y mi máquina estábamos con el octanaje a tope! La trompa nos hizo efecto más o menos cuando íbamos a toda pastilla. Me salí de la carretera en una curva y me estrellé contra el surtidor de una gasolinera. Yo y mi máquina ardimos en un géiser al rojo vivo. Lo poco que quedó de mi cuerpo se lo llevó el viento. Pero yo me quedé por aquí, gravitando.*

—Pete, siempre quise conducir una de estas bestias, pero nunca tuve tiempo.

¿Qué, no sabes cómo se hace?

—Tengo dos opciones, aprender a golpes o aceptar el consejo de un experto. ¿Qué tal te vendría darte una vueltecita?

¿Me lo dices a mí?

—¿A quién si no?

¡Uaauh! Harry casi logró sentir cómo se sentaba en el asiento, con la parte posterior inclinada hacia arriba; sus mentes funcionaron como si se tratara de una sola cuando Harry aceleró y luego soltó el embrague de golpe, haciendo que las ruedas dejaran una huella humeante y la moto saliera disparada hacia la luna de cristal.

Entretanto, el empleado encargado de cerrarlo todo había vuelto a abrir la última puerta y entraba en la sala de exposición; una vez allí se encontró con las lunas del cristal a sus espaldas y directamente en el camino de Harry. Con los brazos y las piernas extendidos, el hombre articuló un grito silencioso cuando la potente motocicleta se le acercó zigzagueando. Sabía que quedaría hecho puré, tanto él como el enloquecido del motorista, y no atinaba a decidir hacia qué lado saltar. Cerró los ojos, comenzó a rezar y se dejó resbalar por el cristal mientras el monstruo rugiente se abalanzaba sobre él...

¡... Lo atravesó y desapareció!

Cuando el ruido se fue amortiguando, abrió los ojos primero un poquito y luego del todo. La Harley-Davidson y el motorista ya no se encontraban allí. Quedaban las marcas de los neumáticos en el suelo, el humo azul del tubo de escape, incluso el rugido del motor, cuyos ecos se iban apagando hasta perderse en el silencio. Pero de la moto y el motorista, ni señales. Y la luna del escaparate seguía intacta.

¡Embrujado!, pensó el hombre antes de desmayarse. *¡Santo Dios, lo que siempre he sospechado, este sitio está embrujado por el mismísimo diablo!*

En parte estaba en lo cierto, y en parte se equivocaba. El lugar había estado embrujado, pero ya no lo estaba. Porque Pete, el Motorista Vampiro, se había ido con Harry Keogh, y al igual que Harry ya no regresaría...

A través del continuo de Möbius, Harry bordeó toda la costa hasta Zakynthos, invocó una puerta y salió como un rayo por ella para aparecer en la isla griega, sobre la superficie desigual de un camino iluminado por la luz de las estrellas. Como era un motorista inexperto su paseo pudo haber acabado en una desgracia, pero Pete, el experto en esas lides, estaba en su mente y en sus manos, y la inmensa motocicleta se mantuvo erguida y firme sobre el asfalto cubierto de baches.

Zek recibió al necroscopio en la blanca escalera que llegaba sinuosa hasta su

puerta, pero había hablado con él momentos antes:

Penny ha despertado. ¡Ha tomado mucho café!

Yo tengo la culpa, respondió Harry. *Estuvimos celebrando una fiesta de despedida.* Pensó entonces en su casa cerca de Bonnyrig, Edimburgo. En realidad había sido una especie de fiesta de inauguración, salvando las distancias.

¡Uauh! exclamó Pete el Motorista Vampiro al ver a Zek reflejada en la mente de Harry. *¿Es ésa tu chavala?* Tanto la exclamación como la pregunta estaban formuladas en necrolenguaje, por lo que Zek no logró oírlas y tampoco enterarse de su presencia.

No, no es mi chavala, contestó Harry. *Es una buena amiga. De todos modos, no te metas donde no te llaman y cuidado con lo que dices.*

Penny se reunió con Zek y Harry cuando se estaban saludando. Salió por la puerta como un espectro y sonrió con aire cansado, fantasmal, quizás, al ver que el necroscopio había regresado. En la noche, Zek vio que las pupilas de Penny brillaban con destellos rojizos, como las de una polilla, cuando la luz que había encima de la puerta se reflejó en ellas. En cuanto a los ojos de Harry, Zek procuró no mirarlos. De todos modos no era necesario; tampoco hacía falta que dijeran nada en voz alta porque sus mentes estaban en contacto.

Zek, estoy en deuda contigo.

Y nosotros contigo, contestó ella. *Cada uno de nosotros está en deuda contigo.*

Ya no. Tú la has saldado por todos los demás.

—Adiós, Harry. —Zek se le acercó y lo besó en los labios; seguían siendo labios de hombre, pero estaban fríos.

Harry condujo a Penny entre los árboles hasta la motocicleta, se montó y miró hacia atrás. De pie bajo la luz del farol y de las estrellas, Zek lo saludó con la mano. Los faros de la Harley-Davidson abrieron un surco bajo los árboles e iluminaron el sendero que conducía al camino.

Zek oyó cómo el rugido del motor se convertía en un aullido, vio cómo las luces hendían la noche y contuvo el aliento. Después...

... El ruido del motor fue apenas un eco amortiguado que tamborileó por las colinas, y el haz del faro delantero desapareció como si jamás hubiera existido...

¿Tienes los ojos cerrados?, preguntó Harry por encima del hombro.

Sí. Penny respondió con un susurro telepático.

Manténlos así, bien cerrados, hasta que te diga que puedes abrirlos.

Lanzó la motocicleta a través del continuo de Möbius, llevando a Penny y a Pete el Motorista Vampiro en el asiento de atrás, y se dirigió hacia la Puerta Perchorsk. Sabía exactamente con toda precisión dónde estaba la Puerta. Las ecuaciones de Möbius pasaban raudas por la pantalla de su mente metafísica, abriendo y cerrando una infinita curva de puertas a medida que avanzaba. Pero cuando las puertas comenzaron a combarse y a temblar, supo que se encontraba cerca. Era un efecto de la Puerta: desviaba el continuo de Möbius del mismo modo que un agujero negro desvía la luz. Un momento más tarde, Harry condujo la motocicleta a través de la última puerta que se desintegraba y emergió veloz del continuo de Möbius para aparecer en el perímetro del disco de acero que rodeaba la Puerta.

Viktor Luchov lo presenció todo en el mismo instante en que ocurría.

En el borde, donde las placas del disco estaban cubiertas con una capa de goma de unos ocho centímetros de espesor, el director del Projekt conversaba con un grupo de científicos; alrededor del perímetro habían establecido medidas de seguridad, habían acordonado la zona con nailon recubierto de material plástico no conductor;

el disco no sólo llevaba un voltaje descomunal sino que estaba conectado al sistema de rociado. Unas enormes chispas blanquiazules bailaron en el aire cuando la potente motocicleta de Harry salió rugiendo de la cinta de Möbius para aparecer en este espacio-tiempo.

Las Dunlop de la Screaming Eagle eran anchas, pesadas y del mejor caucho, pero el choque repentino de los doscientos cincuenta kilos de la moto hizo chirriar las placas con forma de escamas en medio de una fuerte descarga eléctrica. El disco se vio recorrido por energías azules que se movían como víboras relampagueantes, cuya batahola se unió al ruido de los pistones en la acústica catedralicia de la caverna esférica. Y en lo alto, se abrieron las compuertas de descarga del ácido.

La intuición matemática del necroscopio funcionaba a pleno rendimiento; había calculado bien y, después de todo, ¿qué podía fallar en un espacio de tiempo ligeramente inferior a una fracción de segundo? Cuando había recorrido la caverna central en compañía de Luchov, en la mente del director no había visto armas. Todas las bocas de salida de los rociadores de ácido se encontraban a unos seis metros de la superficie del disco; tardarían un poco en activarse y llenarse antes de comenzar a rociar; y antes de que cayeran las primeras gotas y el ácido carcomiera las placas de acero estaría en la Puerta esférica y habría desaparecido.

Sin embargo, en el instante mismo en que aparecía en el resplandor de la caverna, cuando las ruedas de su moto chirriaban sobre las placas tratando de agarrarse a ellas, supo que algo no funcionaba. No se trataba de sus cálculos, sino del plan en sí mismo, de lo que él conocía de ese plan, de lo que había visto ya en acción. Durante la visita que hizo a Faethor en el futuro, había visto desarrollarse una parte del plan: *su línea vital color neón con tonalidades escarlata se apartaba de su trayectoria hacia el futuro y salía disparada en ángulos rectos para desaparecer en un brillante estallido de fuego rojo y azul al abandonar esta dimensión del espacio y el tiempo y dirigirse rauda hacia la Tierra de las Estrellas.*

Pero lo que había visto entonces partir había sido una sola línea vital. La de Harry, él solo..., sin Penny.

Aminoró la velocidad, la moto dio bandazos hasta que las ruedas se agarraron al suelo; Harry recordó entonces una regla de enorme importancia: jamás trates de leer el futuro, porque puede resultar engañoso. Pero había tenido en cuenta incluso esa desaceleración temporal y, con todo, sólo había un segundo de diferencia, un tictac del reloj. ¿Qué era lo que no funcionaba entonces?

La respuesta era bien sencilla: la que no funcionaba era Penny.

¿Le había obedecido alguna vez? ¿Había seguido sus instrucciones al pie de la letra? ¡Jamás! Podía estar unida a él por lazos de esclavitud, podía estar enamoradísima de él, fascinada con él, pero no le tenía miedo. Él era su amante y no su dueño. En su inocencia, Penny se había mostrado siempre inquisitiva y vulnerable.

«No abras los ojos», le había ordenado, pero Penny no le había hecho caso, los había abierto cuando cruzaron la puerta de Möbius como una bala para entrar en Perchorsk, los había abierto a tiempo para ver surgir el resplandeciente ojo de cíclope de la Puerta, en el instante en que la moto patinó y coleó para salir disparada hacia ella. Y al ver, al «saber» que iban a estrellarse, había reaccionado. Era evidente que iban a estrellarse —a estrellarse para salir por el otro lado—, ése era precisamente el plan, y ella no tenía por qué preocuparse. De no haber andado tan escaso de tiempo se lo habría explicado todo.

Todo esto pasó a la velocidad del rayo por la mente del necroscopio en el

instante mismo en que Penny gritó, apartó las manos de su cintura y se tapó los ojos... justo cuando la suspensión trasera corcoveó como un potro cerril para absorber el estremecimiento de las placas de acero y, al igual que un potro cerril, lanzó a la muchacha por los aires con una voltereta. Una fracción de segundo más tarde, Harry despedazaba la piel de la Puerta y la atravesaba..., pero solo, completamente solo. Mejor dicho, acompañado únicamente de Pete, el Motorista Vampiro, que iba en el asiento de atrás.

¡Mierda!, aulló Pete en necrolenguaje en la mente de Harry. *¡Necroscopio, acabas de perder a tu chavala!*

Harry lo vio por los espejitos retrovisores; miró a través de la piel de la Puerta y vio cómo Penny caía en cámara lenta hacia las placas del disco. Vio cómo el lánguido destello de la descarga le endurecía los miembros, le forzaba a desplegarlos en forma de crucifijo, enredándole el pelo y la ropa con telarañas de fuego azul y haciendo girar su cuerpo como una gigantesca girándula. Vio caer la lluvia de ácido y cómo se elevaba de inmediato una cortina de humo siseante; vio cómo Penny se empapaba y se volvía negra y roja y resbalaba como una platija sobre la espalda a medida que la piel se le caía a jirones; la vio patinar de un lado a otro por las placas de acero, sobre las moléculas vibrantes de su propia sangre hirviente, como gotitas de agua lanzadas en una sartén con aceite humeante.

Había muerto al producirse el primer destello de fuego azul y, por lo tanto, no sentía nada. Pero Harry lo sintió todo. El horror de aquella escena. Aspiró profundamente cuando la última descarga eléctrica la dejó pegada a las escamas de acero, donde el fuego y el ácido continuaron su tarea, convirtiéndola en cenizas, alquitrán, humo y hedor.

Y él no pudo hacer nada. Ni siquiera Harry Keogh.

Porque había cruzado la Puerta y no había manera de volver atrás.

Pero a veces la misericordia existe. El único grito telepático que lanzó Penny no llegó a Harry porque él ya había cruzado el umbral de la Puerta y se encontraba en otro mundo. Lo mismo ocurrió con el necrolenguaje: si Penny lo estaba utilizando, su eco no podía traspasar la Puerta.

El necroscopio sintió deseos de morirse. Allí mismo, en ese mismo instante podía haber muerto felizmente (¿o infelizmente, quizá?). Pero la Cosa que llevaba dentro no reaccionó igual. Además, Pete, el ángel, no lo permitiría. Entre los dos, neutralizaron a Harry, lo convirtieron en hielo, lo insensibilizaron.

Recostado en el asiento de la Screaming Eagle, vacío de emociones, sin fuerza de voluntad para nada, dejó que ellos condujeran la motocicleta.

Y siguieron viaje hasta llegar a la Tierra de las Estrellas...

Cuando Harry se recuperó ya se habían adentrado más de un kilómetro por la llanura rocosa, y se encontraba sentado en una roca junto a la silenciosa Harley-Davidson. La potente máquina aparecía plateada por la luz de la luna llena y el brillo fantasmal de las estrellas. En la sala de exposición de la Tierra tenía un aspecto impresionante, pero allí, en la Tierra de las Estrellas, era algo completa y literalmente fuera de lugar. La moto era un elemento extraño, aunque Harry no. Como wamphyri, pertenecía a aquel lugar.

Del remolino escarlata de recuerdos surgió una imagen de Penny; lo recordó todo, inspiró hondo para aullar y se ahogó, después apretó los puños, cerró los ojos carmesíes durante largos instantes hasta que la borró de su mente para siempre.

El esfuerzo lo dejó hecho un trapo, pero tenía que hacerlo. Todo lo que Penny

había sido —todo lo que los demás habían representado— se encontraba en otra dimensión y era absolutamente irrecuperable. No había manera de regresar, ni de traerla a ella de vuelta.

Qué mal rollo, tío, dijo Pete, el motorista, en voz baja. *¿Y ahora qué, Harry? ¿Se acabó el viaje?*

Harry se puso en pie, se enderezó y miró alrededor de él. Se ponía el sol y al sur, en las escarpadas cimas de las montañas, no se veía ninguna tonalidad dorada. Hacia el este yacían los túmulos de los nidos de águilas destrozados, las columnas caídas de los wamphyri. Sólo una seguía intacta: una fea columna de piedra negra y hueso gris de más de un kilómetro de altura. Era o había sido el nido de águilas de lady Karen, pero de aquello hacía mucho tiempo y Karen había muerto. Hacia el suroeste, en las montañas, se encontraba el lugar donde el Habitante tenía su jardín. El Habitante, sí, Harry hijo, con sus Viajeros y trogs, todos seguros en el refugio que había construido para ellos. Pero el problema radicaba en que el Habitante era un vampiro. Y la batalla con los wamphyri había tenido lugar cuatro años antes, en el pasado de la Tierra de las Estrellas, de manera que Harry se preguntó: *¿Seguirá llevando mi hijo la voz cantante o su vampiro habrá tomado las riendas de todo?*

Pensaba en necrolenguaje y Pete, el ángel, le contestó:

Eh, tío, ¿por qué no vamos a verlo?

—La última vez que estuve aquí —dijo Harry—, mi hijo y yo discutimos, y me las hizo pasar moradas. Pero supongo que tarde o temprano tendrá que enterarse de que he vuelto, si es que no lo sabe ya.

¡Vamos, pues! Pete estaba ansioso por partir. *Súbete a la vieja Screaming Eagle y arranca, tío.*

Pero el necroscopio negó con un gesto de la cabeza.

—Ya no necesito la moto, Pete.

El ex ángel se mostró abatido.

Vale, tío, me parece bien. Tienes tu propio medio de transporte. ¿Pero qué me dices de mí?

Harry se quedó pensando un rato y después sonrió débilmente. El hecho de que esbozara esa sonrisa indicaba que todavía conservaba fuerzas. Pete leyó sus pensamientos en necrolenguaje y lanzó un aullido de alegría.

Eh, necroscopio, ¿va en serio? El entusiasmo lo había dejado sin aliento.

—Claro que va en serio —respondió Harry—. ¿Por qué no? —Y se montaron en la moto.

Giraron, buscaron una franja recta de tierra bien batida y sin peñascos y aceleraron a fondo. Fue como si una bestia primitiva bramara en el silencio de la Tierra de las Estrellas. Después, sin dejar de aullar y a toda velocidad, dejando tras ellos una ondulante cola de polvo de medio kilómetro de largo, Harry invocó una puerta de Möbius y la atravesaron, para invocar luego una puerta futura que también cruzaron. Se dirigían al futuro acompañados de muchísimas líneas vitales azules, verdes y unas cuantas rojas. Las azules correspondían a los Viajeros, las verdes, a los trogs, y las rojas...

¿...a los vampiros? Pete se adelantó a su pensamiento.

Eso parece, respondió Harry con un suspiro.

Pero Pete se rió como un loco y gritó:

¡Justo el tipo de gente que a mí me gusta!

Y siguieron avanzando durante un rato. Hasta que Harry dijo:

Pete, yo me bajo aquí.

¿Quieres decir que... esta nena es toda mía?

Por los siglos de los siglos. Y ni siquiera hace falta que pares.

Pete no sabía cómo darle las gracias, de modo que ni siquiera lo intentó. Harry abrió una puerta al pasado y antes de cruzar el umbral hizo una pausa y contempló cómo la Harley avanzaba veloz hacia el futuro. Al cabo de unos instantes le llegó el eco del grito alegre del ángel: *¡Juuuujuuuú!* Bueno, al menos Pete ya era feliz.

Después, Harry regresó a la Tierra de las Estrellas y al jardín...

El necroscopio se dirigió al extremo frontal del jardín, posó las manos sobre el muro bajo de piedra y miró hacia abajo, donde se extendía la Tierra de las Estrellas. En alguna parte entre ese lugar y los antiguos territorios de los wamphyri, donde los restos destrozados de sus nidos de águilas yacían desperdigados y en desorden, la Puerta esférica —este extremo del «tirador» del espacio-tiempo, la urdimbre dimensional cuya extensión alternativa se encontraba en Perchorsk— alumbraría la llanura rocosa con su blanco resplandor doliente. Harry imaginó que podía ver parte de su luz incluso desde donde se encontraba, una especie de brillo fantasmal allá a lo lejos, al pie de las grises colinas.

Él y el incorpóreo Pete habían salido por la Puerta de la Tierra de las Estrellas montados en la moto —desde Perchorsk atravesaron el doliente resplandor del «agujero gris» y aparecieron en la llanura rocosa—, pero Harry lo recordaba vagamente. Lo que sí recordaba con claridad era la última vez que había estado allí, y por extraño que pareciera, le resultaba más real que todo lo ocurrido entre ambos lapsos. Probablemente porque deseaba olvidarse de cuanto había ocurrido entre ambos lapsos.

Giró la cabeza hacia el norte y contempló las leguas de terreno desconocido que se extendían hasta la curva del horizonte, azul oscuro y verde esmeralda, bajo la fugaz luz de la luna, las estrellas titilantes y el cimbreante atractivo de la aurora boreal. En aquella dirección se encontraban las Tierras Heladas, donde el sol no brillaba jamás y adonde, desde tiempos inmemoriales, mandaban al destierro a los wamphyri. Allí había ido a parar Shaithis, después de la derrota de los wamphyri y la destrucción de sus nidos de águilas en la batalla por la posesión del jardín del Habitante. Recordó cómo, en la paz que siguió al desastre, Shaithis había volado en dirección al norte en una enorme manta voladora.

Harry y lady Karen habían hablado con Shaithis antes de que éste marchara al exilio; sin asomo de arrepentimiento, el lord vampiro había codiciado abiertamente el cuerpo de Karen, además de los corazones del Habitante y de su padre. Pero de nada le había servido. Al menos en aquella ocasión.

En cuanto al necroscopio, sabía qué hacer con lady Karen. Al igual que su hijo, Karen llevaba un vampiro en su interior. Si lograba exorcizar a aquella terrible criatura, tal vez pudiera curar también al Habitante.

Encerró a Karen en su nido de águilas y la dejó sin comer; después, utilizó la sangre de un cerdito para atraer al vampiro y lograr que saliera de su interior; una vez lo tuvo fuera, lo quemó antes de que pudiera regresar al cuerpo de la mujer. Pero cuando hubo concluido con esta operación, las cosas no fueron tal como él había planeado. El resto seguía grabado a fuego en la pantalla de su memoria:

La mujer se le presentó en un sueño, se irguió a su lado, ataviada con su traje blanco más revelador e hizo trizas su victoria. «¿No te das cuenta de lo que me has hecho?», le preguntó. «¡Yo, que era una wamphyri, ahora no soy más que un envoltorio vacío! Porque cuando has conocido el poder, la libertad, las emociones

aumentadas del vampiro..., ¿qué es lo que queda después? Me das lástima, porque sé el motivo que te impulsó a hacer lo que has hecho y porque has fallado.» Después, se desvaneció.

Despertó y salió a buscarla por todas las habitaciones de todos los niveles del nido de águilas, pero no pudo encontrarla. Finalmente, salió a un balcón de hueso, se asomó y vio el vestido blanco de Karen hecho un guiñapo sobre las piedras del suelo, a más de un kilómetro del balcón; ya no era inmaculadamente blanco, sino que aparecía teñido de rojo. Y Karen lo llevaba puesto.

Harry sacudió la cabeza, salió de la ensoñación y volvió la espalda a la Tierra de las Estrellas y a las cicatrices que le había dejado; miró el jardín y se dio cuenta de que no era tal como él lo recordaba. ¿Un jardín? Bueno, sí, pero no era el jardín bien cuidado que él había conocido. ¿Y los invernaderos? ¿Y las moradas que los Viajeros tenían en las colinas? ¿Y las aguas termales y los estanques con truchas moteadas?

En los estanques crecían algas; los paneles transparentes de muchos invernaderos estaban sueltos y se agitaban en las frías corrientes de aire que soplaban desde la Tierra de las Estrellas; las moradas, especialmente la de Harry hijo, mostraban signos de deterioro, faltaban tejas del tejado, las ventanas estaban rotas y las tuberías de la calefacción central que iban desde las aguas termales estaban agrietadas y derramaban su contenido en el suelo, por lo que los radiadores estaban vacíos.

—No es lo mismo, ¿eh, Harry, Morador del Infierno? —preguntó una voz profunda y triste muy cerca de allí, aunque no pronunciara exactamente esas mismas palabras. Pero el necroscopio se había servido de la telepatía para captar las que sus oídos no podían reconocer; es fácil ser lingüista cuando además se es telépata. Harry se dio media vuelta y se encontró ante un hombre que se le aproximaba, con un ruido de cascabeles, siguiendo la pared; el hombre notó entonces el color grisáceo de su rostro macilento y el tono carmesí de sus ojos y se detuvo.

—Hola, Lardis —lo saludó el necroscopio con voz quizá más profunda que la del otro—. Espero que esa escopeta no sea para mí. —No bromeaba, si acaso, su tono era amenazante.

—¿Para el padre del Habitante? —Lardis contempló sorprendido el arma que empuñaba como si la viera por primera vez. Arrastró un poco los pies, incómodo, como un niño al que hubieran descubierto cometiendo alguna falta, y dijo—: ¡De eso nada! Pero... —el jefe de los Viajeros volvió a mirar los ojos de Harry y entrecerró los suyos—, dondequiera que hayas estado y sea lo que sea lo que hayas hecho desde la última vez que estuviste aquí, Harry, Morador del Infierno, veo que has conocido malos tiempos. —Apartó entonces la mirada y contempló el jardín y luego la Tierra de las Estrellas—. Ay, aquí también hemos conocido malos tiempos. Y me temo que los que vienen serán mucho peores.

Harry observó al hombre y le preguntó:

—¿Malos tiempos? ¿Quieres explicarte?

Lardis Lidesci era gitano; en ese mundo, en la Tierra, fuera donde fuera, su raza era inconfundible. Mediría un metro setenta, era corpulento y aparentaba la misma edad que el necroscopio. (En realidad, era mucho más joven, pero la Tierra de las Estrellas y los wamphyri lo habían consumido.) A pesar de ser rechoncho tenía una gran agilidad, y no sólo física; su inteligencia se reflejaba en cada arruga oscura de la cara expresiva. Abierta y franca, la cara redonda de Lardis estaba enmarcada por una poblada melena negra en la que se apreciaban unas cuantas vetas grisáceas; tenía las cejas pobladas y ligeramente inclinadas, la nariz chata, una boca ancha y plena y los

dientes fuertes y desiguales. Sus ojos oscuros no reflejaban malicia alguna, pero su mirada era cauta, pensativa y penetrante.

—¿Explicarme? —repitió Lardis sin acercarse—. ¿Es que todo esto no es explicación suficiente? —Hizo un amplio ademán con los brazos como para abarcar todo el jardín.

—Hace cuatro años que falto de aquí, Lardis —le recordó Harry, aunque no exactamente con esas palabras.

Realizó unas conversiones automáticas; en la Tierra del Sol y la Tierra de las Estrellas el tiempo no se medía en años, sino por los períodos que habían entre el amanecer, cuando los picos fronterizos se teñían de dorado, y el ocaso, cuando las auroras bailaban en los cielos del norte.

—Cuando me marché de aquí para volver a las tierras infernales —no dijo «después de que mi hijo me dejara tullido y me desterrara», pues había leído en la mente de Lardis que no sabía nada de eso—, acabábamos de imponernos victoriosamente a los wamphyri. El sol le había hecho unas terribles quemaduras al Habitante, pero ya comenzaba a recuperarse. Tu futuro y el de tu tribu de Viajeros, así como el de los trogs del Habitante, parecían asegurados. ¿Qué pasó entonces? ¿Dónde están todos? ¿Dónde está el Habitante?

—A su debido tiempo —dijo Lardis—. A su debido tiempo. —Hizo una pausa, frunció el entrecejo y prosiguió—: Cuando te vi llegar —parecía que cambiaba de tema—, cuando apareciste de esa manera que tienes tú de aparecer, y que era la que el Habitante también usaba —¿había utilizado el tiempo pasado? Harry se esforzó por ocultar su sorpresa—, supe que eras tú, evidentemente. Me acordaba de tu aspecto, de ti, de Zek, de Jazz, como si todo hubiera ocurrido ayer. Y me acordaba también de los buenos tiempos, de los días que siguieron a la batalla, aquí, en el jardín. Después, al acercarme a ti, te vi los ojos y descubrí que eras una víctima, igual que el Habitante lo fue en otros tiempos. Y como tú eres el padre de Harry Wolfson, su padre natural, y supongo que también porque llevo esta escopeta cargada con balas de plata que saqué del arsenal de tu hijo, no te tuve miedo. Porque después de todo, soy Lardis Lidesci, al que hasta los wamphyri respetaron en cierta medida.

—¡En gran medida! —exclamó Harry de inmediato—. No te cotices tan bajo. ¿Qué intentas decirme, Lardis?

—Me preguntaba si... —comenzó a responder, se interrumpió y suspiró—. Cuando está lúcido, el Habitante dice que...

¿Cuando está lúcido? ¿Qué diablos significaba aquello? Harry habría leído el pensamiento a Lardis, pero algo le advirtió que procurara no enterarse de demasiadas cosas.

—¿Sí? —lo animó.

—¿Es posible que seas su avanzada? —le preguntó, al tiempo que cerraba la escopeta y la dejaba cargada y apuntando directamente al corazón de Harry.

El necroscopio invocó una puerta de Möbius debajo de sus pies, cayó por ella y al momento siguiente apareció por otra puerta, a espaldas del jefe Viajero. Los ecos de la doble descarga aún reverberaban entre los despeñaderos más altos y el aire olía a pólvora; Lardis maldecía mientras apuntaba con la escopeta de doble cañón hacia derecha e izquierda, en un ángulo de ciento ochenta grados.

Harry le tocó el hombro, y cuando Lardis se agachó y giró sobre los talones, el necroscopio lo desarmó. Apoyó el arma contra la pared, entrecerró los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado —quizá con aire amenazante— y con voz ronca dijo:

—Lardis, vamos a dar un paseo y a hablar. Pero esta vez seamos un poco más

amables.

El gitano había adoptado la postura del toro a punto de embestir, por un momento permaneció medio agazapado, con los ojos entrecerrados y los brazos tendidos. Pero después cambió de parecer. Harry era un wamphyri. ¿Enfrentarse a él? Era mucho mejor lanzarse desde una gran altura, pues sería una forma más rápida y menos dolorosa de morir.

En ese momento, sin la distracción de la escopeta, Harry logró leerle el pensamiento.

—No hace falta que mueras, Lardis —dijo, con un tono de voz suave—. Tampoco hace falta matar. No soy la vanguardia de nadie. ¿Quieres decirme qué ha ocurrido..., qué está ocurriendo aquí? ¿Y lo harás de la forma más breve posible?

—Han ocurrido muchas cosas —gruñó Lardis, recobrando el aliento—. Y van a ocurrir muchas más. Es decir, si las premoniciones del Habitante, sus sueños de muerte, llegan a hacerse realidad.

—¿Dónde está ahora el Habitante? —preguntó Harry, mirando fijamente a Lardis—. ¿Le has llamado Wolfson? ¿Y dónde está su madre?

—¿Su madre? —Lardis enarcó las cejas inclinadas y volvió a bajarlas enseguida—. ¡Ah, su madre! Tu mujer, la gentilísima lady Brenda.

—Fue mi mujer —dijo Harry.

—Ven por aquí.

Condujo al necroscopio por el jardín y Harry comprobó cuánto habían cambiado las cosas. Estaba claro que aquel lugar había quedado sin atención alguna. El agua de los estanques aparecía empantanada; los invernaderos, vacíos y fríos; soplaba un amargo viento helado que hacía girar de aquí para allá enormes bolas de plantas rodadoras por lo que en otros tiempos había sido una fértil garganta. A un lado, donde la superficie de tierra comenzaba a elevarse otra vez, como el pie de las colinas, hacia los picos más altos, se encontraba el sencillo túmulo de piedras donde yacía Brenda.

Harry percibió el patetismo del momento y utilizó su necrolenguaje. Lo hizo instintivamente..., como quien respira o aparta la mano del fuego, pero después, cuando recordó cómo había sido Brenda, se retiró. No lo reconocería, y si se acordaba de él, le resultaría inquietante.

—¿Tuvo una muerte tranquila? —le preguntó a Lardis.

—Sí —contestó el gitano—. Al alba, con las lluvias y todas las plantas florecidas. Le tocó una buena época.

—¿Estaba enferma?

Lardis negó con la cabeza y dijo:

—Estaba cansada. Le había llegado la hora.

—Pero sola, aquí... —dijo Harry, y se apartó.

—¡No estuvo sola! —protestó Lardis—. Los trogs la querían. Y mis Viajeros también. Y su hijo. Estuvo junto a ella hasta el final. Le ayudó a mantener a raya su problema.

—¿Su problema? —repitió Harry—. ¿Te refieres a cuando no es él mismo, a cuando no está lúcido? Le has llamado Harry Wolfson. Lardis Lidesci, te lo pregunto una vez más, ¿dónde está el Habitante?

El gitano se lo quedó mirando un momento, después echó un vistazo a la luna llena que se movía por encima de los picos y se estremeció.

—Allá arriba —dijo—, ¿dónde iba a estar? Salvaje como sus hermanos, y entre ellos es el rey; andan por los bosques que hay entre las cadenas montañosas. O se

refugia en una cueva con su compañera en la Tierra del Sol cuando éste está alto, o bien caza zorros en el lejano oeste. De vez en cuando los hombres lo ven con la manada..., lo reconocen por las manos, pues el resto de los suyos tienen patas, y por los ojos escarlata, claro está.

A Harry no le hizo falta preguntar nada más, porque ya estaba enterado de todo. Se trataba de un aspecto sobre el que había reflexionado a menudo. Como para sus adentros, en voz muy baja, dijo:

—Ahora que el Habitante ha..., ha cambiado y los wamphyri han sido derrotados y no constituyen una amenaza, no había nada que retuviera aquí a tu gente, nada que los mantuviese unidos. Quizá llegaste incluso a temerlo. Por eso, vosotros, los Viajeros, habéis regresado a la Tierra del Sol, los trogs han vuelto a sus cuevas y el jardín..., el jardín pronto llegará a su fin. A menos que yo lo vuelva a poner en orden.

—¿Tú?

—¿Por qué no? Hace tiempo luché por él.

Cuando volvió a hablar, la voz de Lardis sonó ronca, cargada de amargura.

—¿También cazarás en la Tierra del Sol..., cazarás hombres, mujeres y niños cuando llegue la oscuridad de la noche?

—¿Caza mi hijo a los Viajeros? ¿Lo ha hecho alguna vez?

Lardis se dio media vuelta de forma abrupta y se alejó.

—Tengo que irme. En el fondo de la garganta hay un sendero, una hendidura, un paso. Es mi ruta para regresar a la Tierra del Sol por entre las montañas.

Harry lo siguió de cerca y le preguntó:

—¿Vas solo? ¿Y por qué viniste aquí?

—Para recordar cómo fue hace tiempo y para ver en qué se ha convertido... por última vez.

—Y ahora que los wamphyri ya no existen, ¿qué tal van las cosas en la Tierra del Sol? ¿Os habéis asentado o seguís viajando como antes?

Lardis miró hacia atrás y lanzó un bufido.

—¿Cómo? ¿Que los wamphyri ya no existen? Tal vez no existan..., por el momento. Pero las ciénagas bullen con sus semillas. Todo está tal como era hace tiempo y lo que ha sido volverá a ser. Vampiros hoy y mañana wamphyri.

Harry se detuvo y dejó que el otro se internara en la niebla creciente.

—Lardis —gritó—, recuerda una cosa, no te metas conmigo y yo no me meteré contigo ni con los tuyos. Te lo juro. Y si estás en apuros, búscame. Pero hazlo con mucho cuidado.

—¡Ja! —La respuesta del gitano le llegó desde la niebla—. ¡Pero ahora eres un wamphyri, Harry, Morador del Infierno! ¿Y además haces juramentos? ¿Y quieres que me los crea? Tal vez me los habría creído hace tiempo. ¿Pero pedirme que crea en la Cosa que llevas dentro? ¡Ni hablar! ¡Jamás! Porque tarde o temprano, cuando te canses de la carne de conejo saldrás a cazar una mujer para que te caliente la cama o un dulce niño Viajero.

—¡Espera, Lardis! —rugió Harry—. Hay cosas que necesito saber y que tú puedes contarme. —Evidentemente, si lo deseaba, podía detenerlo de forma instantánea y hacer con él lo que le apeteciera. Pero no quería hacerlo, en memoria de los viejos tiempos. Y además, porque *él,* el necroscopio, era quien predominaba, quien llevaba el control de sí mismo.

La luna llena colgaba baja en el cielo; teñía de plata los picos, ennegrecía las sombras de los despeñaderos e iluminaba la bruma con su luz. Harry notó que la

niebla no se levantaba, caía más bien hacia los lugares oscuros, llenaba las gargantas y las falsas mesetas y se precipitaba en cámara lenta por los despeñaderos como si fuera una multitud de brillantes cascadas. Se oyó el aullido de un lobo, cuyo eco saltó de un pico al siguiente. Le siguió otro y otro más. Aquélla no era una niebla natural. Y aquellas criaturas invisibles eran extrañas y tristes.

Finalmente, le llegó la ronca voz de Lardis entre una serie de jadeos.

—¿Lo has oído, Harry, Morador del Infierno? ¡La gris hermandad! Sí, y con ellos va su rey, que viene a sentarse junto a su madre, para hablar con ella un rato, como tiene por costumbre. Pregúntale a él las cosas que quieres saber, tal vez esté dispuesto a hablar también con su padre. Porque yo me despido.

Se oyó el crujido lejano de la grava, el sonido producido por algunas piedras al aflojarse y caer, y Lardis salió a la carrera en dirección a la Tierra del Sol.

Y los aullidos cesaron.

Harry esperó...

Finalmente surgieron de entre la niebla: orejas largas, pelambre grisácea, las lenguas colgando, los ojos como oro fundido. Una manada de lobos. Pero eran *sólo* lobos.

Harry los miró y ellos le devolvieron la mirada. No les tenía miedo y ellos se mostraron cautelosos. Se alinearon junto a él y formaron un pasillo para que pudiera correr. Pero no correría, iría caminando hasta la casa del Habitante. A medida que avanzaba, la niebla y la gris hermandad cerraron filas tras él.

La casa estaba completamente a oscuras, cosa que al necroscopio le importó muy poco. La niebla se arremolinaba a la altura de los tobillos, como algo dormido cuyos sueños Harry turbara al atravesarla. El Habitante apareció erguido, sentado a una mesa, en lo que había sido la sala; a través de la ventana abierta entraban los rayos de luna; vestía una túnica con capucha en cuyo interior sus ojos ardían como ascuas triangulares; sólo se le veían las manos, largas y delgadas.

Harry se sentó frente a él.

—Ya sabía que algún día volverías —dijo el Habitante, con una voz que era una mezcla de gruñido, tos y graznido—. Supe que eras tú desde el momento en que saliste aullando por la Puerta. El que viene a un lugar como éste de esa manera impetuosa, llena de fuego, o es temerario y está muerto de miedo o bien todo le da igual.

—Todo me daba igual —dijo Harry—. Entonces.

—No malgastemos el tiempo en palabras —sugirió el Habitante—. Hace mucho tuve todo el poder y la fuerza. Pero también llevaba dentro de mí un vampiro y creía que intentarías exorcizarlo y matarlo, con lo cual me habrías matado también a mí. Como temía lo que pudieras hacer, puse en tu cabeza un pensamiento y lo utilicé como un cuchillo para cortar todos tus poderes secretos. Eras *capaz,* igual que yo, de ir y venir a tu antojo: yo te inmovilicé. Igual que yo, podías oír a los muertos y hablabas con ellos: yo te dejé sordo y mudo. Y cuando todo estuvo hecho, te devolví a tu tierra y te dejé allí abandonado. No fue tan terrible, al menos estabas en tu propio mundo, entre los de tu especie.

»Después, durante un tiempo, hubo paz en este mundo. Y en menor medida también hubo paz en mí.

»Pero había utilizado la energía del sol para destruir a los wamphyri. Tú y yo, unidos, los quemamos con el brillante fuego solar y derribamos sus nidos de águilas sobre la llanura. Fantástico, maravilloso, pero al hacerlo, al jugar así con el sol, yo también me quemé. Aunque no tardé en recuperarme. Al menos eso parecía...

»No me recuperé. Lo que comenzó como un proceso de cicatrización no tardó en detenerse, en realidad se invirtió. La carne metamórfica de mi vampiro no podía reconstituirse y al mismo tiempo reconstituir la carne de mi cuerpo humano, y predominó el vampiro. Cuanto conservaba de humano fue deshaciéndose poco a poco, como carcomido por la lepra o por un cáncer monstruoso. Hasta mi mente quedó borrada y en gran parte fue reemplazada, y lo que era instinto en mi vampiro se convirtió lentamente en instinto inherente en mí. Porque el vampiro necesitaba un huésped activo y fuerte para albergar su huevo hasta que pudiera transmitirlo, y «recordaba» la forma y la naturaleza de su primer huésped. Como bien sabrás, padre, mi «otro» padre, el origen de mi huevo, fue un lobo.

»Sabía que mi cuerpo iba desapareciendo, igual que mi mente, y vi que volvía a mi estado primitivo. Pero quedaba alguien que conocía mi historia, toda mi historia, desde el día en que me concibieron, y con quien podía hablar en caso de necesidad. Me refiero a mi madre, claro. Pude practicar el necrolenguaje y así, por lo menos, logré conservar vivo ese poder. En cuanto a mis otros dones, ya no los tengo, se me han olvidado. ¡Vaya ironía, destruí tus poderes y perdí los míos! Y ahora, cuando..., cuando me olvido de las cosas, hablo con la mujer gentil que yace bajo las piedras, que me recuerda todo tal como ha sido, que incluso hizo que me acordara de ti, de lo contrario, lo habría olvidado todo.

Las emociones de Harry —las gigantescas emociones del wamphyri— lo abrumaron. No encontraba palabras para expresar lo que sentía, apenas podía hablar. En unas cuantas horas, que representaban una pequeña fracción de su existencia, su vida entera había cambiado para siempre. Pero aquello no significaba nada. Su dolor no era nada. Porque había otros que habían sufrido de verdad y que seguían sufriendo. Y él era la causa.

—¡Hijo...!

—Ya no volveré a venir aquí —dijo el Habitante—, ahora que te he visto. Y ahora que me has..., ¿que me has perdonado? Ya puedo olvidarme de lo que fui y dedicarme a ser lo que soy. Algo que tú también podrías intentar, padre. —Tendió la mano para tocar la mano temblorosa de Harry y por la manga de la túnica apareció un antebrazo cubierto de una grisácea pelambre.

Harry apartó el rostro. Las lágrimas son algo impropio en los ojos escarlata de un wamphyri. Poco después, cuando volvió a mirar...

La túnica del Habitante aún se agitaba en el suelo, mientras una silueta, una mancha gris, se lanzaba desde la ventana. Harry se puso en pie de un salto para verlo. Su hijo se alejó a la carrera, envuelto en la niebla vampírica, se detuvo y se volvió a mirar atrás. Entrecerró los ojos triangulares, levantó el morro, husmeó el aire frío. Tenía las orejas erguidas, alertas; inclinó la cabeza primero hacia un lado, después hacia el otro; parecía estar escuchando..., ¿pero qué?

—¡Se acerca alguien! —ladró. Y antes de que el necroscopio pudiera preguntar nada, añadió—: ¡Ah, sí! Ése. Lo había olvidado, hasta ahora, igual que muchas otras cosas que he olvidado. Parece que no soy el único que se ha percatado de tu regreso, padre. No, porque ella también sabe que has vuelto.

—¿Ella? —preguntó el necroscopio, repitiendo lo que su hijo lobo había dicho. Pero el lobo ya se había dado la vuelta y salía corriendo en dirección a los picos más altos; seguido de la gris hermandad, se perdió en la niebla.

Una sombra cayó sobre la casa del Habitante y Harry miró con ojos asustados hacia el cielo, de donde cayó sobre el jardín una extraña silueta con forma de diamante.

—¿Ella? —susurró el necroscopio.

Se refiere a mí, Morador del Infierno, su voz telepática, que nada tenía de severo, estalló en la mente de Harry como una bomba. Era telepatía, no necrolenguaje. ¿Cómo era posible? Lo hizo girar como un trompo.

¡Tú!, exclamó por fin, utilizando también la telepatía, cuando vio que la bestia voladora aterrizaba.

Era lady Karen, la que llevaba mucho tiempo muerta, y que ya no estaba muerta, la que se había convertido en un muerto viviente.

Capítulo tres

Harry y Karen - La amenaza de las Tierras Heladas

Karen hizo planear a su bestia voladora hasta que tocó el suelo en la vertiente norte del jardín, más allá del muro bajo donde el terreno caía en picado hacia la Tierra de las Estrellas. Era un buen lugar para el despegue y lo conocía a fondo, porque allí fue donde cegó al enloquecido Lesk el Ahíto, le arrancó el corazón y entregó su cuerpo grotesco a los defensores del jardín para que lo lanzaran a la pira.

El necroscopio abandonó la vieja casa del Habitante, se abrió paso hacia ella en medio de la niebla menguante y le envió un pensamiento asombrado:

¿Eres tú, de verdad, Karen, o veo visiones? ¿Cómo puedes ser real? Te vi muerta y destrozada entre las piedras a las que te arrojaste desde el tejado de tu nido de águilas.

¡Ja!, contestó. Y sin malicia, añadió: *¡Fue entonces cuando viste visiones, Harry Keogh!* Avanzó por un hueco y lo esperó allí, su silueta recortada contra el muro y la bestia voladora. Esta última, que era un dragón de pesadilla, inofensiva a pesar de su aspecto prehistórico, asintió, babeó y parpadeó con sus inmensos ojos de búho. Agitó la cabeza plana en forma de espátula hacia ambos lados; sus alas de manta húmedas y brillantes eran de hueso fino y flexible, recubierto de carne metamórfica; los propulsores o las patas, que parecían gusanos, estaban recogidos debajo del cuerpo abultado y blando.

Harry la miró y se preguntó por qué no le producía horror y sentía tan poca pena. Porque sabía que aquella cosa había sido creada a partir de la carne de trogs o Viajeros. Tal vez en su interior ya no quedaba horror. O tal vez ya no quedara nada humano. Pero al acercarse a Karen percibió que algunas de sus emociones aún eran humanas.

Estaba soberbia. En el mundo que había del otro lado de la Puerta esférica —el mundo de los hombres, que se encontraba a un universo de distancia—, las de su clase habían sido desconocidas. Hasta sus ojos escarlata parecían hermosos... ahora. Harry quedó apabullado por su belleza, como le había ocurrido la primera vez, cuando Karen se unió a los defensores del jardín para desafiar a los wamphyri. Entonces lo había convertido en su esclavo y volvió a hacerlo en ese momento. No podía apartar los ojos de ella.

Se la comió con la mirada.

Toda ella era arrebatadora, desde el cabello cobrizo hasta la última curva sensual de su cuerpo (que, medio oculto o medio desnudo, aparecía siempre enfundado en un ceñido vestido de cuero blanco) y aun las sandalias de pálido cuero que calzaba, y que dejaban los dedos al aire para lucir las uñas pintadas de dorado; toda ella era arrebatadora. Sobre los hombros llevaba una capa de piel negra; le ceñía la cintura un ancho cinturón negro cuya hebilla de metal gris tenía forma de cabeza de lobo aullando. El significado de aquel símbolo estaba sepultado en el pasado; los antepasados de Dramal Cuerpocondenado se lo habían transmitido a él, y él los había transmitido a su vez a Karen. Dramal no se había limitado a legarle a Karen su

símbolo heráldico, sino que le había entregado también su huevo.

Harry se había detenido, cautivado durante largos instantes por el misterio, la belleza sobrenatural y los colores contrastantes de Karen; después, se acercó a ella despacio. Cara a cara, Karen resultaba más hermosa, más deseable. Al aproximarse, ella reaccionó imitando cada uno de sus movimientos con la gracia sinuosa de una bailarina gitana, aquella gracia que recordaba tan bien. Era natural, porque hacía mucho tiempo Karen había sido una Viajera. Si se concentraba, podía oír aún el tintineo de sus movimientos..., aunque en realidad todo estaba en silencio.

Oyó todas esas cosas en ese instante, y entonces la voz telepática de Karen sonó en su mente:

Una vez estuviste a punto de matarme, Harry. He de advertirte que he vuelto ante todo para devolverte el favor. Adelantó la mano derecha, que hasta entonces había ocultado detrás de la espalda. Tenía el guantelete de batalla en posición; al doblar la mano, una vasta gama de cuchillas, ganchos y pequeñas guadañas, que habrían hecho las delicias de un torturador, soltaron destellos plateados bajo la luz de las estrellas.

Harry invocó una puerta de Möbius a su derecha y la dejó allí. Al ser invisible resultaba el refugio perfecto en caso de necesidad. Si Karen se abalanzaba sobre él, se limitaría a hacer una finta hacia la derecha y desaparecería. Pero debía mantener ocultos esos pensamientos; en voz alta le preguntó:

—¿Quieres decir que has venido a matarme?

Con voz temblorosa, a punto de perder el control, le contestó como se merecía:

—¿Y tú quieres decir que no te lo mereces?

Harry mantuvo ocultos sus pensamientos y leyó la mente de Karen, y comprobó que allí anidaban unas pasiones explosivas, vio una rabia rayana en la ira, pero no percibió odio. Además, se percató de algo muy importante: la soledad de lady Karen. Los dos estaban en el mismo barco.

—No entendía lo que era ser... —comenzó a explicar, pero luego se interrumpió y volvió a empezar—. Yo creía que te estaba ayudando, que te iba a curar, como si tuvieras una enfermedad infecciosa. Pero reconozco también que lo hice tanto por mi hijo como por ti. Porque si lograba curarte...

—¡Curarme! —escupió la palabra—. ¿Por qué no te curas tú? ¡No hay curación posible, necroscopio! Supongo que a estas alturas ya lo sabrás.

Harry asintió, corrió el riesgo y avanzó un poco más.

—Sí, ya lo sé —respondió—. Pero en cierto modo te he curado. Llevabas dentro un vampiro, el tipo de wamphyri llamado «madre». Si hubieras engendrado muchos vampiros, al final habrías acabado sin fuerzas, esa cosa te habría matado. ¿Me equivoco?

—Ya nunca lo sabremos —gruñó.

Harry se colocó delante de ella, a menos de un paso de distancia, justo en la línea de ataque del guantelete.

—De modo que has venido a matarme. Seguramente ya habrás notado que he experimentado un cambio. Y en el fondo de tu corazón sabes muy bien que nunca he sido tu enemigo, Karen. No era más que un inocente. A mi manera.

Lo miró fijamente durante un momento, entrecerró los ojos, asintió y sonrió. Pero fue más una mueca burlona que una, sonrisa.

—¡Te he descubierto! ¡Percibo tu puerta, Harry! Una vez me llevaste allí, ¿te acuerdas? Me llevaste desde el jardín hasta mi nido de águilas en un instante. Y ahora hay una puerta, aquí, junto a ti. ¿Te atreverías a acercarte tanto a mí si esa

puerta no estuviera ahí? Si es así, hazlo. Demuéstrame hasta qué punto eres inocente.

Harry hizo un movimiento con la cabeza y repuso:

—Eso era entonces. Ahora, no importa qué desee ser, no me queda más remedio que ser wamphyri. Conservo muy poca inocencia ahora..., tal vez tanta como hay en ti. Sí, la Cosa que llevo en mi interior me aconsejó que invocara una puerta para protegerme. ¿O para protegerse? Pero el hombre que sigo siendo me dice que no necesito este dispositivo de seguridad, porque convierte en una burla cuanto tengo que decirte, las cosas que deseo decirte. Y mientras viva, el hombre que hay en mí llevará la voz cantante. ¡Sea, pues!

Lanzó las precauciones al viento, derrumbó la puerta de Möbius y abrió su mente a Karen. En unos instantes, ella leyó o exploró cuanto había allí escrito, porque no le ocultó nada. Pero en telepatía, leer es a la vez sentir y, ante todo, sintió su dolor, tan grande o más grande quizá que el de ella. Las pérdidas experimentadas por Harry, todas sus pérdidas juntas, lo superaban todo. Al comprobar cuan solo y vacío se encontraba, Karen pudo ver su propia soledad y su propio vacío desde una perspectiva más adecuada.

Pero como era mujer, recordó ciertas cosas. Harry posó la mano derecha en la curva de su cintura, al principio con suavidad, después con fuerza posesiva; Karen rodeó con su brazo los hombros de Harry hasta que el guantelete abierto descansó sobre su espalda y su brazo izquierdo.

—¿Te acuerdas de aquella vez que te dije cuánto te había anhelado? ¿De cuántas maneras te había deseado? ¡Como mujer..., pero también como vampiro! ¿Y te acuerdas cuando me encerraste en mis aposentos, cómo intenté atraerte? Me paseé desnuda, me contoneé ante ti, jadeante, pero tú no te dignabas siquiera mirarme. Como si tuvieras la carne de hierro y la sangre de hielo.

—No —le susurró al oído, aspiró el aroma almizcleño de su cuerpo, la atrajo hacia sí e inclinó la cabeza hacia ella—. Mi cuerpo era de carne y mi sangre era de fuego. Pero me había fijado un camino y debía seguirlo. Ahora..., ya lo he recorrido.

Karen sintió que la urgencia de Harry aumentaba e incitaba, intensificaba la suya —cuánta necesidad había en aquel hombre—; notó los latidos de su corazón como martillazos contra su pecho.

—Eres..., eres un tonto, Harry Keogh —murmuró Karen, y él la apretó con más fuerza.

Cada fibra de su ser se agitó cuando el instinto wamphyri le exigió que le hundiera el guantelete en la carne y los huesos de la espalda para llegar al fondo de su corazón y partírselo hasta formar con él un géiser de rojo chorro. Sintió una gran excitación, y otra mayor que la dejó aún más asombrada cuando relajó la mano y el arma se le deslizó de los dedos para caer al suelo.

—Tan tonto como yo —gimió, hundiéndole las uñas pintadas de rojo, afiladas como cuchillas, en la tela, la piel y la carne temblorosa de la espalda y el cuello; él, a su vez, le arrancó el vestido ceñido y la aferró con fuerza, haciéndole daño allí donde sus manos agitadas podían llegar, y le mordió la cara y la boca hasta hacerla sangrar—. Y eso significa —jadeó, cuando finalmente se separaron—, que eres un tonto redomado.

Volaron al nido de águilas de Karen.

Montado tras ella, sobre la silla ornamentada fijada en la base del cuello de la bestia voladora, donde nacían sus alas de manta, Harry se agarró con fuerza a Karen para no caer, aunque de haber ocurrido, habría invocado una puerta y habría caído a

través de ella al continuo de Möbius. Pero no caería mientras le acariciara los pechos tensos cuyos pezones eran como pepitas de metal bajo el ceñido vestido hecho jirones. Y no caería mientras su virilidad rozara la raja de su delicioso trasero y lo presionara henchido haciendo tanta fuerza como para levantarla del asiento.

—¡Espera! —le había pedido en el jardín, junto al muro donde, impulsado por sus recién descubiertas pasiones wamphyri, la habría tomado sin más dilación y habría arado su cuerpo como si se tratara de un campo de carne fértil—. ¡Espera! —le había repetido en dos ocasiones durante el vuelo al oírlo gemir más que el viento en su oído, después de que le mordisqueara la nuca y de sentir cómo su carne metamórfica se expandía para envolverla, mientras sus manos se ampliaban y se aplanaban como para tocarla toda a la vez.

—¡Espera! ¡Por favor, espera! —insistió cuando la bestia voladora los condujo hasta una explanada de despegue y aterrizaje situada varios niveles por debajo de sus aposentos de la cima, y se vio obligada a huir casi de su lujuria por los terraplenes de cartílago y subir a la carrera las gastadas escaleras de hueso que conducían a sus aposentos. Finalmente, la atrapó en su alcoba y supo que la espera había terminado para ambos.

Aunque Harry había hecho el amor hacía muy poco, se le había olvidado por completo, lo cual no era nada sorprendente. Porque si el tiempo y el espacio están tan ligados como para resultar inextricables (para cualquier hombre), ¿cuánto hacía que había conocido a Penny? ¿Una dimensión? ¿Un universo entero? Y si un universo es infinito, ¿cómo será entonces el intervalo de tiempo que existe entre los universos? El tiempo es relativo, y eso era algo que el necroscopio sabía muy bien. Pero en cualquier caso, esa fase anterior le resultaba confusa como un sueño, mientras que el «ahora» era la única realidad. Penny había sido un espejismo, producto de un ensueño, una criatura ligera como vilano, cautiva suya dentro de su sueño, que había acabado destruida por él. Pero Karen era... mujer. Era real, irresistible, ardiente; un imán con gravedad propia, de una fuerza equiparable a la de un pequeño planeta, y lo hacía girar alrededor de su órbita como una luna para iluminar su carne y desearla. Para Harry aquella mujer personificaba todas las pasiones terrenales (¿y ultraterrenales?), era más grande que un planeta, era su agujero negro personal, capaz de tragárselo entero. Karen era todo eso y mucho más. ¡Karen era una wamphyri!

Se unieron sobre su lecho y jadearon, gruñeron y gimieron, y a decir verdad, Harry ya no supo distinguir dónde acababa la realidad y empezaba la fantasía. Nunca antes había explorado su metamorfosis; desconocía el alcance de su flexibilidad carnal; era «inocente» en lo que atañía al potencial de su propia pasión. A Karen le ocurría otro tanto. O casi.

—¿Te has estado reservando para ti misma? —preguntó el necroscopio a su amor vampiro mientras extendía una mano y los dedos en el interior de su compañera, para examinar y acariciar sus órganos y lugares más ocultos mientras ella humedecía con saliva la cabeza brillante de su glande y lo incitaba con los lengüetazos de su lengua bífida.

—No —gimió ella—. He volado en dos ocasiones a la Tierra del Sol a la hora del ocaso para buscarme un amante. ¿Pero cómo se puede seducir a un hombre aterrorizado? De todos modos, me traje uno. Al cabo de un rato, venció parte de su miedo y se metió en mi cama. ¡Pero ay..., yo era un abismo abierto, una garganta profunda y doliente a la que él lanzó una minúscula piedrecita! No logró llenarme. Lo exprimí hasta dejarlo seco y quise más, pero lo único que le quedaba era su

sangre. Sabía que podía pulverizarlo, reducirlo a un montón de pulpa, matarlo con mi corazón de hembra, devorarlo en mi interior con la misma facilidad con que podía haberlo engullido. Pero..., pero lo llevé de vuelta a la Tierra del Sol. Desde entonces, me reservé para mí misma, sí. Del mismo modo que los hombres y las mujeres están hechos los unos para las otras, nosotros, los wamphyri, sólo podemos ser fieles a la carne wamphyri. Porque en las bestias no hay placer y cuando la sangre wamphyri está excitada, la humanidad resulta débil.

—Es verdad —gorjeó el necroscopio al sentir que el pezón izquierdo de Karen se extendía en el interior de su garganta como una lengua, mientras el escroto se le hinchaba a punto de estallar debido a la presión de su semen—. ¡Una mujer sufriría una muerte horrenda si le hiciera lo que acabo de hacerte!

—Lo mismo le ocurriría a un hombre si recibiera estas caricias —respondió ella con un estremecimiento—. ¡Pero de placer, por monstruoso que sea!

Apartó de su cuerpo la mano de Harry, enorme, blanda, parecida a un centollo, le dobló las piernas por las rodillas y se las introdujo en lo más profundo y lo hundió en sí misma hasta el ombligo, fue entonces cuando sintió cómo el chorro de su frío semen le rociaba las entrañas palpitantes.

—Y pensar que en su época los antiguos lores tomaban mujeres Viajeras —jadeó Harry, presa del delirio. Karen se había llenado por completo con él, su pálido vientre, redondo y brillante, grotescamente inflamado allí donde los brazos y las piernas de Harry lo ceñían por dentro; el cuerpo de Karen lo había engullido de tal manera que parecía a medio nacer. La mujer se enroscó hacia adelante para besarlo y sus dientes chocaron al tiempo que la carne de sus rostros se fundían en uno solo.

Un momento después, ella lo expulsó con una fuerte contracción; pero con la misma velocidad él volvió a penetrarla, esta vez de cabeza, de modo que ella tuvo que comunicarse telepáticamente para contestar a su comentario.

Aquellas mujeres morían gritando. He oído decir que después de una incursión, Lesk el Ahíto poseía a diez o más en una noche y con su sexo las hacía estallar como globos. ¡Ah, aquello era una violación! Pero los llamados «lores» no eran todos iguales; si una muchacha era hermosa tenía posibilidades de sobrevivir. Era criada por etapas, luego era vampirizada y a medida que su metamorfosis avanzaba, su lord sátiro se encargaba de instruirla. Lord Magula se construyó una mujer que era un inmenso túmulo y dormía dentro de ella cuando sus excesos lo dejaban extenuado.

Se expandió convulsivamente para dejarlo salir, luego cayó sobre él y se aferró a su cuerpo resbaladizo para explorarlo con sus manos. El equivalente wamphyri de «decir cochinadas» los había enloquecido..., todo orificio penetrable (de *cada* uno de ellos) fue penetrado; sus besos buscaban la sangre; sus fluidos empaparon la cama y comenzaron a gotear en el suelo, mojándolo todo. Ellos mismos cayeron del lecho y resbalaron en sus propias secreciones. El cuerpo de Harry producía semen de forma ininterrumpida y los diversos labios de Karen lo absorbían también de forma ininterrumpida. Dejaron que sus vampiros se desataran. Se mordisqueaban con dientes afilados como guadañas (aunque nunca llegaban al hueso) y se arañaban y tironeaban con garras de *Tyrannosaurus* (pero sólo para producirse magulladuras, nunca heridas profundas).

Dejaron la ropa de cama hecha jirones, el lecho de pizarra convertido en una ruina y los aposentos vueltos patas arriba. Sus acoplamientos se volvieron frenéticos y resultaba imposible seguir sus contorsiones. Al fundirse por completo sus cuerpos, sus gritos se tornaron primitivos; conocieron el sexo como ningún ser humano lo

conoció *jamás;* el necroscopio experimentó el más potente de los orgasmos cuando Karen lo penetró.

Durante quince horas se consumieron, se atormentaron y enloquecieron juntos. Al final no cayeron rendidos por el sueño, sino que quedaron inconscientes, enroscados el uno a la otra.

Cuando Harry volvió en sí, Karen lo estaba lavando.

—No hagas eso —le pidió, e intentó apartarla débilmente—. Es una pérdida de tiempo. Quiero volver a tomarte ahora mismo, mientras te tenga aquí.

—¿Mientras me tengas aquí? —repitió ella. Tomó su miembro con la mano para refrescar con agua sus magulladuras y vio que se iba hinchando hasta adquirir el tamaño de un garrote.

—¡Estoy soñando, Karen, esto es un sueño! —exclamó con un hilo de voz mientras con la mano buscaba su blandura—. Igual que todo lo que ha ocurrido antes. Son los sueños de un demente. Lo sé con certeza, porque te vi muerta, tendida en el suelo. ¡Sin embargo, ahora... estás viva! A menos que..., ¿hay algún nigromante en la Tierra de las Estrellas?

Karen sacudió la cabeza y se apartó de él, pues comenzaba a tironear con insistencia de los pechos, que habían vuelto a recuperar su forma humana.

—Será mejor que me escuches, Harry. Aquella vez no estaba muerta. No era yo la que tú viste hecha pedazos sobre la tierra batida.

—¿No eras tú? ¿Quién era entonces?

—¿Te acuerdas de cuando me encerraste y me dejaste sin comer? —preguntó Karen, y le dirigió una mirada dura, vehemente y acusadora—. ¿Recuerdas cómo azuzaste a mi vampiro con un rastro de sangre de cerdo para que abandonara mi cuerpo? ¡Ah, pero yo era una wamphyri, y muy hábil! ¡La criatura madre que llevaba dentro de mí era hábil! Más que ninguna otra. Dejó en mí un..., un huevo. La tenacidad del vampiro, Harry, no te olvides de la tenacidad del vampiro.

—¿O sea que..., que seguías siendo wamphyri? —preguntó, y se quedó boquiabierto—. ¿Incluso después de haber quemado tu vampiro y sus huevos?

—Los quemaste todos menos uno —insistió ella—, el que quedó en mí. Y volvería a crecer, sí. Pero sabía que lo intentarías otra vez si llegabas a sospecharlo. ¡Entonces habría llegado mi fin, mi muerte! Sólo pensarlo me dio pavor.

—Recuerdo que me quedé dormido —dijo Harry, y se pasó la lengua por los labios secos, casi disecados—. Lo que había visto y hecho me había dejado más exhausto de lo que me siento ahora.

—Ya lo sé. Te quedaste dormido en una silla y fue entonces cuando aproveché para salvarme. Mientras dormías, uno de los míos regresó al nido de águilas.

—¿Uno de los tuyos? ¿Una criatura? —preguntó Harry, frunciendo el entrecejo—. Pero si habían sido destruidas o liberadas para que se marcharan.

—Sí, a ésta la habías liberado por pura bondad..., habías dejado que la pobre se marchara a buscar su propia muerte.

—¿La pobre?

—Era una trog, una doncella, una criatura que se encargaba de tareas menores dentro del nido de águilas y en mis aposentos. Pero nació aquí y no conoció otro tipo de existencia, y al final regresó al único hogar que había tenido. Lo supe desde el instante en que posó el pie en el escalón más alejado de la cima; oyó mi llamada mental y acudió tan pronto como pudo; pero estaba hambrienta y extenuada de tanto deambular por los fríos desiertos de la Tierra de las Estrellas y el ascenso por todos los niveles del nido la había agotado mortalmente. Sí, cuando llegó a mí estaba al

borde de la muerte.

—¿Y murió? —preguntó Harry al percibir la leve tristeza de Karen, parecida a la que experimenta quien pierde una mascota querida.

La lady vampiro asintió.

—Pero, antes, quitó las cadenas de plata de mi puerta y se deshizo de los tiestos con plantas de *kneblasch.* Fue entonces cuando cayó muerta y vi mi oportunidad.

»Mientras tú seguías dormido, vestí su cadáver con mi mejor traje blanco y lo lancé desde las murallas. Bajó planeando como un pájaro. Pero al final se estrelló sobre las rocas. Eso fue lo que viste cuando te asomaste al balcón, Harry. Yo me oculté y permanecí escondida hasta que te marchaste de aquí.

El necroscopio lo comprendió todo y dijo:

—Regresé al jardín del Habitante. Mi hijo sabía lo que había hecho. Y como temía por su propia existencia, me quitó mis poderes y me llevó de vuelta a mi propio mundo, donde viví una época como un hombre corriente. Pero en mi tierra descubrí unos monstruos y ellos me descubrieron a mí. Hasta que, como puedes apreciar, me enfrenté a demasiados vampiros y acabaron venciéndome.

Karen se había tendido entre sus piernas abiertas. A pesar de la seriedad con que hablaban de los hechos pasados, la verga de Harry latía como si fuera un segundo corazón bajo la presión de los dedos juguetones de Karen, que le acariciaban la punta. Hizo una pausa para humedecérsela con su lengua bífida y restregársela entera entre los pechos.

—Qué fuerte eres, Harry —suspiró, asombrada—. La verdad, me parece que vuelves a estar a punto.

—Es por ver tu cara, por oler tu cuerpo, por sentir la humedad dentro de ti..., ¿cómo podría no volver a estar a punto?

La levantó para hacer que se sentara en su miembro, pero ella se escabulló y bajó del lecho.

—Aquí no —jadeó.

—¿Y eso?

—¡Ahí! —exclamó ella.

—¿Ahí, dónde?

—En ese lugar secreto que tú tienes.

—¿En el continuo de Möbius? ¿Quieres que hagamos el amor allí?

—¿Por qué no? ¿Acaso es un lugar sagrado?

Harry no contestó. Tal vez podía serlo. Era algo muy factible.

—¿Me llevarás hasta allí, Harry? ¿Me tomarás allí, me follarás en el continuo de Möbius?

—Claro que sí —respondió él con voz gutural—. Y te enseñaré un lugar que te parecerá increíble, donde podremos joder a nuestro antojo durante un segundo o un siglo.

Se echó en sus brazos y él la sacó rodando de entre las sábanas y entraron en el continuo de Möbius.

—¡Pero no hay luz! —siseó ella, abriéndose de piernas y guiándolo para que la penetrara—. Necesito verte, quiero ver cómo te tiembla la cara cuando te corres, cómo se te relaja la boca cuando los latidos van cesando y comienza el dolor.

—Tendrás luz —gruñó él, y de inmediato sintió un temor de muerte. Porque aquello se parecía demasiado a una blasfemia, aunque no era aquella su intención. *Tendría* luz, sí, luz azul, verde y roja. Mientras le clavaba las uñas en las nalgas y cabalgaba con su pijo corcoveante dentro de ella, él se corrió al tiempo que cruzaba

una puerta futura.

Entonces Karen vio cómo el futuro se alejaba rápidamente de ella y la luz escarlata, con leves rastros azulados, que fluía a chorros de su propio cuerpo. La luz de Karen se entremezclaba con la de Harry, se entrelazaban al mismo tiempo que sus cuerpos se unían, y la de él era sólo ligeramente menos roja que la de ella.

Son las líneas de nuestras vidas, dijo. *Viajamos en ellas hacia nuestro futuro.* Y, citando a Faethor, añadió: *¡Viajamos en ellas más deprisa que la vida misma!*

Lo que hacemos es ir acoplados hacia el futuro, contestó ella, excitada por la sensación de explosión estelar que le producía todo aquello, y por la sorpresa de notar cómo Harry estallaba en su interior. Al cabo de nada, dijo: *¿Y las azules?*

Son Viajeros, contestó Harry. *Verdaderos seres humanos.*

¡Entonces, ese puñado de hilos rojos que se ven sólo pueden ser wamphyri! Debe de tratarse de algunos que sobreviven en las Tierras Heladas. Y las verdes deben de pertenecer a los trogs. ¡Jamás había visto unos colores y una luz iguales! Ni siquiera las auroras más brillantes de las Tierras Heladas alcanzan semejante resplandor.

Harry le estrujó los pechos como si fueran masa de pan y volvió a correrse; ella sintió cómo el semen le rociaba las paredes internas y se estremeció de gusto.

Tu semen está frío como una cascada.

No, está caliente. Pero comparado con tus entrañas, que son como un volcán en erupción, es frío.

Es sólo la sensación que produce, gimió ella. *Porque en realidad, los dos estamos fríos, Harry.*

Somos wamphyri, respondió, *no somos muertos vivientes. Nunca estuvimos muertos, no lo estuvimos del modo en que ciertas personas vampirizadas «mueren» y duermen durante un tiempo antes de levantarse de sus tumbas. Es verdad que esperaba estar frío, esperaba sentir la lujuria de los wamphyri, su apetito voraz por la vida y por toda oscura experiencia carnal, pero no esperaba sentir emoción alguna. Y esto es mucho más que eso, es muy distinto a todo eso.*

Para ti tal vez sea así, porque ya no eres vampiro, dijo ella. *Aunque... tal vez tengas razón. Esto no es como yo lo imaginaba. Es sabido que los antiguos wamphyri eran unos embusteros; ¿no será que mintieron también en esto? Decían que eran incapaces de amar. ¿Sería verdad? ¿No habrá sido más bien que eran incapaces de confesarlo? Harry, ¿acaso amar a alguien es síntoma de debilidad? ¿Y ser frío y carecer de amor es acaso signo de fuerza?*

Se apretó más contra ella y sus cuerpos se fundieron.

¿Fríos? gruñó él. *Si somos tan fríos, ¿por qué nuestra sangre está tan caliente? Y si somos tan débiles, ¿por qué me siento tan fuerte? Creo que has acertado en tu apreciación. La última y más vil mentira de los wamphyri fue que sostuvieran que el amor no existía para ellos. Que no tenían amor. Lo tuvieron, claro que lo tuvieron, pero temían reconocerlo.*

El necroscopio supo entonces que la verdad de la cuestión había sido desvelada. Los wamphyri siempre fueron capaces de abrigar pasiones oscuras, deseos y acciones que escapaban el límite de lo humano; pero en aquel momento, en el mismo extremo del espectro, Karen y él habían descubierto *dentro de ellos mismos* emociones reales y poderosas. El permitir que esas emociones predominaran sólo podía describirse como éxtasis. Por más repentino y extraño que pareciera su amor, eran verdaderos amantes. Evidentemente existía también la lujuria, ¿pero acaso alguna vez hubo entre un hombre y una mujer un amor en el que la lujuria no estuviera presente?

Como una masa única y fundida —la primera pareja semihumana que logró una unión en el más amplio sentido de la palabra— recorrieron veloces la corriente del tiempo futuro. Hasta que, de pronto, surgida de la nada...

Una nueva luz..., un fuego dorado..., increíble..., estalló abrasador. Al principio, Harry creyó que se trataba de un efecto extraño y maravilloso de la relación sexual, de su amor, pero era mucho más que eso. El coro del futuro prorrumpió en un *Aaaahh* atronador, palpitante y monocorde; no se trataba de un sonido normal, sino de la reacción de la mente ante una exhibición tridimensional del tiempo en perpetua expansión, que cambió en un instante para convertirse en un siseo de fuego. El necroscopio detuvo en seco su precipitado avance. Tratando de separarse, aunque sin conseguirlo del todo, giraron sobre un eje propio mientras el tiempo continuaba su recorrido. Momentáneamente cegada, Karen hundió sus garras afiladas en los hombros de Harry y con un hilo de voz preguntó:

¿Qué ha sido eso?

Ni el necroscopio ni Harry Keogh supieron contestarle. Mientras los ojos de Harry se acostumbraban al brillo dorado y su mente al calor infinito, echó un vistazo hacia atrás para contemplar lo que había sido: fue como atisbar el centro mismo del estallido de una estrella azul, en la que los desequilibrios químicos causan imperfecciones rojiverdes. Allá atrás, todo seguía como antes. Pero adelante, en el futuro...

... Los hilos de la vida de Harry y de Karen ya no eran rojos, sino de un dorado brillantísimo, y salían de sus cuerpos para lanzarse hacia el futuro. ¡Y el futuro mismo era un resplandor dorado teñido por las saltarinas tonalidades anaranjadas de las llamas!

Poco a poco, el broncíneo fulgor disminuyó en intensidad y desapareció en la oscuridad, envuelto en humo, como ascuas apagadas por la lluvia. Y las líneas de la vida de ambos desaparecieron con él. Más allá de aquel punto ya no había futuro para ellos, al menos en la Tierra de las Estrellas. Pero había futuro para otros. Porque las deslumbrantes líneas azules de la vida continuaban su veloz carrera hacia adelante; lo mismo ocurría con las verdes, aunque había muchas menos. En cuanto a las rojizas, no había señales de ellas. Y la oscuridad les pareció más intensa que la luz misma.

¡Un desastre!, pensó Harry, y Karen lo oyó.

¿Qué ha ocurrido..., qué ocurrirá aquí?

Desconcertado, se limitó a sacudir la cabeza y a encogerse de hombros.

Las líneas verdes parecen enfermas. Se están muriendo.

Era verdad: las líneas de la vida de muchos trogs se volvían más tenues, titilaban unos instantes y se apagaban ante sus ojos. El corazón del necroscopio volvió a latir con bríos renovados cuando notó que otras líneas comenzaban a adquirir fuerza y brillo para continuar el viaje. Mentalmente lanzó un suspiro de alivio cuando las líneas nuevas comenzaron a chisporrotear, indicando que se producían más nacimientos. Entonces, recuperó la ecuanimidad, conjuró una puerta y la cruzó junto con Karen para pasar a un flujo de existencia metafísica más «normal».

¿Qué ocurrió?, preguntó Karen, apretándose más a él.

No lo sé. Sacudió la cabeza, la guió hasta una última puerta que les permitiría salir del continuo de Möbius y emergieron en el tejado del nido de águilas de lady Karen. Mientras un viento frío soplaba desde la Tierra de las Estrellas, añadió:

—Pero, sea lo que sea, puedes tener la certeza de que ocurrirá.

Al notar que temblaba, acurrucada entre sus brazos, y percibir su desesperación, la miró con aire inquisitivo a los ojos escarlata.

—Puede que yo lo sepa —dijo ella—. Porque hace tiempo ya que percibimos su resurgir.

—¿Quiénes lo perciben? —preguntó Harry, y dejó que ella lo guiara hasta los aposentos más elevados del nido de águilas.

—Tu hijo y yo. Mientras seguía siendo él mismo.

—¿A qué te refieres con eso de *su resurgir?* —Mientras lo preguntaba, Harry logró encontrar la respuesta por sí solo. Entendió entonces la animosidad y la ansiedad que Lardis Lidesci había dejado entrever en el jardín del Habitante.

—Los wamphyri —dijo Karen—. Los antiguos lores. Fueron condenados a las Tierras Heladas, pero no se contentaron con quedarse allí.

Recorrieron pasillos amplísimos, con paredes de hueso y piedra tallada cubiertas de frescos, y descendieron por unas escaleras de cartílago hasta llegar a los aposentos de Karen, donde se dejaron caer en grandes sillones. Al cabo de un rato, Harry le pidió con voz ronca:

—Cuéntamelo todo.

Todo había comenzado (según la escala temporal de Harry) hacía dos años, o sea, dos años después de la batalla por la posesión del jardín del Habitante, que había acabado con la abrumadora derrota de los antiguos lores wamphyri.

—Al percibir una amenaza desde las Tierras Heladas —prosiguió Karen— solicité audiencia al Habitante, durante la que le confesé la naturaleza de mis temores. Para entonces, ya sabía que había sobrevivido a tu «cura», pero de todas maneras entre ambos existía ya una tregua. Al fin y al cabo, había luchado junto a ti y a tu hijo contra los wamphyri y no podía dudar de mi lealtad como aliada. De vez en cuando iba a visitarlo a las montañas y en algunas ocasiones vino incluso a verme aquí. Eramos amigos, nada más.

»Pero aquéllos fueron unos tiempos extraños: el cambio seguía en él su curso, perdía su carne humana y adoptaba la forma y las costumbres de un lobo. Con todo, mientras conservó la mente de hombre, nos aliamos por segunda vez. Porque él también, a su manera, había percibido la amenaza de las Tierras Heladas: un extraño presagio que iba y venía con las auroras, un DESTINO que se agazapaba como una bestia en la frontera helada, ovillado sobre sí mismo, tenso, dispuesto a saltar.

»He dicho que lo percibió a su manera. Tu hijo es ahora un lobo, necroscopio, tiene los instintos y los sentidos de un lobo. Le llegaba su olor en el viento que soplaba del norte; aunque estuviera a leguas de distancia de la frontera, los veía cabalgar en las auroras, los oía susurrar y maquinar su regreso para cobrarse venganza.

»Quieren vengarse, Harry, vengarse del Habitante y de su gente, de mí, de cualquiera y de todos los que contribuyeron a su derrota, a la destrucción de sus nidos de águilas y a su destierro más allá de la gélida frontera. Eso te incluye también a ti. Aunque en aquel momento tú no estabas aquí, claro. Sólo estábamos el Habitante y yo. Y dado lo avanzado de su transformación, no tardaría en quedar yo sola.

»Le pregunté qué debía hacerse.

»«Debemos apostar guardias», me dijo, «en el frío yermo, para que vigilen el norte y nos informen de cualquier incursión extraña proveniente de las Tierras Heladas».

««¿Guardias?»

»«Tienes que fabricarlos», me dijo. «¿No eres una wamphyri, la heredera

legítima de Dramal Cuerpocondenado? ¿No te enseñó él cómo hacerlo?»

««Claro que sé cómo hacer criaturas», contesté.

««¡Entonces, hazlas!», aulló. «Haz guerreros, pero hazlos machos y hembras, así podrán reproducirse.»

««¿Para que puedan reproducirse?» Al pensarlo me quedé sin habla. «¡Pero está prohibido! Ni siquiera el más maligno de los antiguos lores wamphyri se habría atrevido a..., ni siquiera le pasaría por la cabeza la idea de...»

««¡Razón de más para que lo hagas!» Fue contundente. «Te ahorrará tiempo en las tinas de reproducción. Hazlos de manera que puedan vivir y criarse en fríos extremos y alimentarse de los enormes peces que viven debajo del hielo. Pero constrúyelos con un dispositivo de seguridad: que cada pareja tenga sólo tres vástagos machos. Con el tiempo, no tardarán en extinguirse. Pero no antes de que hayan podido informarnos sobre qué es lo que nos amenaza... y de haberle presentado batalla, cuando salga atronando desde el norte.»

Karen se encogió de hombros y prosiguió:

—Tu hijo era muy sabio, necroscopio. Sabía distinguir el bien del mal, conocía la fuente del peor de los males. Pero su humanidad se desvanecía a pasos agigantados, sabía que cuando llegara la hora, sería incapaz de ayudarme, por lo que decidió hacerlo entonces dándome buenos consejos. Al menos a mí me parecían buenos.

—¿Y qué ocurrió en las Tierras Heladas? —preguntó Harry—. Es Shaithis, ¿no?

—¿Quién si no? —repuso Karen con un estremecimiento—. Pero no está solo.

—¿Ah, no?

—¿Recuerdas aquella vez en el jardín? —preguntó Karen, agarrándolo del brazo—. ¿El fuego y los relámpagos; las bestias gaseosas que estallaban en el cielo mientras sus entrañas caían en forma de lluvia sobre todo lo que había abajo, los gritos de los trogs y de los Viajeros cuando los lores y lugartenientes wamphyri entraban a saco con sus guanteletes chorreando sangre?

—Lo recuerdo perfectamente. También me acuerdo de cómo los quemábamos con las lámparas del Habitante, de cómo cegábamos a sus bestias voladoras, y lanzábamos a tus guerreros contra ellos y los convertíamos en hediondas emanaciones con los rayos del sol.

—No cayeron todos —dijo ella—. Shaithis fue sólo uno de los supervivientes.

—¿Quién más sobrevivió?

—El gigante Fess Ferenc, el horrible Volse Pinescu y Arkis Leprafilius, más varios lugartenientes y esclavos. Durante la batalla no logramos acabar con ellos. Hemos de suponer que huyeron hacia el norte al descubrir que sus nidos de águilas habían sido destruidos y los restos desperdigados por la llanura.

El necroscopio lanzó un suspiro de alivio y comentó:

—Son sólo un puñado.

Karen sacudió la cabeza y contestó:

—Shaithis, solo él, representa a más de un puñado, Harry. No entonces, cuando contábamos con tu hijo y su ejército, sino ahora, cuando sólo quedan supervivientes. ¿Y qué me dices de los demás lores desterrados a las Tierras Heladas a lo largo de toda la historia wamphyri? ¿Y si también hubieran sobrevivido? Antes de la batalla por la posesión del jardín, estaban desperdigados, minados por luchas intestinas, no formaban un grupo consolidado. También contábamos con el recurso de permitirles que raptaran a alguna mujer y a algún que otro esclavo. Pero ahora, es posible que Shaithis haya dado con todos los desterrados y los haya organizado para formar un

pequeño ejército. Aunque..., ¿podríamos calificar de pequeño a un ejército de wamphyri?

—Podría ser mucho peor —dijo Harry con tono sombrío—. Si se llevaron también a algunas mujeres, si lograron acostumbrarse al frío interminable, ¿por qué no iban a reproducirse como tus guerreros? Seamos realistas, ni siquiera sabemos qué aspecto tienen las Tierras Heladas. Tal vez lo único que impidió que sus moradores nos invadieran fue el hecho de que los antiguos wamphyri eran más fuertes. Pero ahora..., los antiguos wamphyri ya no existen. Sólo estamos nosotros, los «nuevos» wamphyri.

—Además —le recordó ella—, allá fuera, en la orilla del mar helado de aguas lentas, hay una decena o más de guerreros, entre vigilantes y guardias.

—¿Seguiste el consejo de mi hijo y fabricaste unas cuantas criaturas?

—Sí... —respondió Karen, y desvió la mirada.

—¿Y con qué los hiciste? ¿Y por qué no me miras a los ojos?

Karen volvió la cabeza y le lanzó una mirada desafiante.

—¡Sí que te miro a los ojos! Encontré material entre los restos de los nidos de águilas, en los talleres de los lores. En su mayoría estaban destrozados, aplastados o enterrados, pero algunos se conservaban intactos. Al principio cometí errores, creé bestias voladoras incapaces de volar, guerreros que no sabían luchar. Pero poco a poco perfeccioné mi arte. Has visto mi bestia voladora y has volado en ella: es un espécimen excepcional. Igual que mis guerreros. Hice tres parejas temibles y poderosas, que ahora se han convertido en seis, incluso en nueve más. Pero... — Volvió a desviar la mirada.

Harry la cogió de la barbilla y la obligó a que lo mirase.

—¿Pero qué?

—Hace un tiempo que no responden a mis llamadas. Envío mis pensamientos a la Tierra de las Estrellas pidiéndoles información, pero no me oyen. O si lo hacen, no pueden..., o no quieren contestarme.

—¿Has perdido el control sobre ellas? —preguntó Harry, frunciendo el entrecejo.

Karen sacudió la cabeza y respondió:

—Es algo que los antiguos wamphyri temieron siempre, crear criaturas dotadas de voluntad propia que un día pudieran desmandarse y volverse salvajes. Menos mal que tuve en cuenta la advertencia del Habitante y genéticamente están destinadas a la extinción, pues entre las crías no habrá hembras.

—De manera que tienes vigilantes que no vigilan, guerreros que no luchan — gruñó Harry—. ¿Qué otras precauciones has tomado contra esta amenaza de las Tierras Heladas?

—¿Acaso te burlas de mis obras, necroscopio? —siseó ella—. ¿Debo decirte cómo decidí hacer frente a la amenaza en caso de que se produjera? Recuerda que antes de que tú vinieras era una mujer sola; ¿cómo crees tú que Shaithis trataría a Karen, la gran ramera traidora de los wamphyri, de haber sobrevivido en las Tierras Heladas y regresado aquí? ¿Debería rendirme a sus favores? ¡Nunca, jamás mientras pudiera desafiarlo!

—¿Desafiarlo? —Iluminado por el fulgor de su pelo y de sus ojos, por el brillo de sus dientes, por la cabeza de Harry pasó la idea de que era un volcán, por dentro y por fuera—. ¿Desafiarlo?, ¿cómo?

Volvió a sacudir la cabeza y respondió:

—Antes de permitir que Shaithis me violara, me entregaría a un amante más

destructivo y pérfido. Me montaría en mi bestia voladora, pondría rumbo al sur, cruzaría las montañas hasta llegar a la Tierra del Sol y me iría directamente al mismo sol si fuera preciso. Dejaría que Shaithis me siguiera hasta allí, si se le antojara hacerlo, para que los gases pululantes acabaran con nuestras carnes y nos sumieran en la nada. ¡Ojalá ocurriera así!

Harry la envolvió en sus brazos y ella se le acercó sin ofrecer resistencia.

—No ocurrirá así —murmuró, y le acarició el pelo mientras Karen dejaba de temblar—. No si puedo impedirlo. —Grabada en el espejo de la mente del necroscopio, oculta incluso a la telepatía de Karen, aparecía una escena del futuro que no lograba borrar por más que lo intentara.

La imagen de un futuro fogoso, de oro fundido. Una visión del FINAL, enmarcada por los fuegos rojizos y abrasadores del infierno definitivo.

Capítulo cuatro

Otra vez Perchorsk - Ahora las Tierras Heladas

Las cavernas en forma de colmenas, las madrigueras quemadas y los niveles fantasmales de magma del Perchorsk Projekt habían pasado por un período de intensa actividad. Habían transcurrido seis días desde la noche en que Harry Keogh visitara al director del Projekt, Viktor Luchov, y de su posterior invasión del núcleo montado en una potente motocicleta norteamericana; como resultado de todo ello, se preparaba una escena final aterradora. Las piezas se encontraban todas en su sitio y Luchov esperaba que se produjera por fin el cierre definitivo de la Puerta.

En el núcleo mismo, donde las placas en forma de escamas de pescado habían sido desactivadas y recientemente pulidas a fondo, en la zona que rodeaba el portal dimensional, la mirada fija de Luchov se posó pasmada sobre los posibles instrumentos de esa desconexión: un par de misiles de corto alcance Tokarev Mk II, ultrasecretos (en lenguaje corriente, se trataba de Exorcets nucleares), montados en lo alto de una lanzadera compacta con ruedas de oruga. Tras las lentes ahumadas de los protectores oculares de plástico, los ojos del director del Projekt aparecían entrecerrados, como congelados en un guiño de dolor; Moscú le había asignado la responsabilidad de organizar el montaje y la programación de los Tokarevs. Sabía muy bien lo que tenía ante sí: sabía que los estilizados vientres de acero de los misiles contenían restos de metales tóxicos, que descansaban allí en silencio, dispuestos a despertar instantáneamente para provocar el desastre. Lo único que hacía falta era pulsar un botón.

Un grupo de técnicos militares vestidos con batas blancas trabajaban cerca de los Tokarevs; revisaban y volvían a revisar las conexiones eléctricas, los sistemas semiautomáticos y computarizados, los niveles de radiación y las lecturas de otros instrumentos. El jefe del grupo, que dependía directamente del director del Projekt, dio una palmadita en el brazo a Luchov y éste se sobresaltó. Tratando en vano de ocultar su nerviosa reacción, el director chilló:

—Sí, ¿qué quiere?

Era un hombre joven, no tendría más de veintiséis o veintisiete años, pero ya era comandante; en las solapas llevaba la corona que representaba su rango encerrada en el interior de un núcleo atómico estilizado, distintivo del Cuerpo Especial de Artillería.

—Señor, todo está dispuesto —respondió, formal—. A partir de ahora y hasta que estas armas se utilicen, dos de nosotros estaremos siempre de guardia..., iremos armados, como medida de protección contra cualquier sabotaje. Somos conscientes de que en el Projekt se han producido..., esto..., ¿intromisiones?

—Muy bien, de acuerdo —repuso Luchov, aunque apenas le prestaba atención. Se alejó tembloroso de los Tokarevs y, señalando hacia la esfera reluciente de la Puerta, añadió—: ¿Sabe contra qué montará guardia? ¿Está seguro de que si llega a hacer falta, sabrá usted *exactamente* cuándo pulsar el botón?

El otro se puso rígido. Conocía muy bien sus deberes. Era una lástima que se

encontrara en una situación en la que debía recibir órdenes de un maldito civil. Sintió la tentación de exponerle a Luchov lo que pensaba con toda sinceridad, pero le habían explicado con claridad que el veterano científico era todo un personaje dentro de su campo.

—Estoy al corriente de la historia del Projekt, señor —respondió con frialdad—. Además, hemos visto todas las películas. Pero, en cualquier caso, la secuencia de disparo no puede iniciarse sin sus instrucciones.

—Escúcheme bien —dijo Luchov, volviéndose un poco más hacia él hasta quedar de frente; lo miró con ojos desorbitados y lo agarró del brazo con mano temblorosa—. Son las instrucciones que le han dado, pero no lo dicen todo. En realidad, dicen bien poco. ¿Ha visto las películas? Pero no ha podido *olerlas,* ¿verdad? Esas cosas no pueden saltar de la pantalla y tragárselo entero, ¿o sí pueden?

Con furiosos movimientos afirmativos de la cabeza y señalando otra vez hacia el hemisferio superior, blanco y reluciente de la Puerta, prosiguió con voz ronca:

—¡Ahí dentro hay una maldición, una plaga, algo que convertiría Chernobyl en un accidente sin importancia! Si esas cosas o lo que sea llegaran a entrar en este mundo..., sería el fin..., ¡el fin de todo! La humanidad iría a parar donde están ahora los dinosaurios, los trilobites, los dodos..., ¡desapareceríamos! Así que no se insolente usted cuando le pregunto si sabe a qué nos estamos enfrentando.

Pálido por el esfuerzo de contener la rabia, el joven oficial se puso en posición de firmes y entreabrió los finos labios; pero Luchov no había acabado con él, porque todavía no le había dicho lo peor.

—Escúcheme —repitió—. Hace una semana, un hombre o algo que alguna vez fue un hombre, cruzó esa Puerta para llegar a lo que sea que haya tras ella. Cuando se marchó, el mundo lanzó un suspiro de alivio..., y desde entonces está conteniendo el aliento. Su partida nos alegró porque estaba contaminado, era portador. Pero nos preguntamos cuánto tiempo transcurrirá hasta que encuentre la manera de volver. Y si lo hace, ¿qué traerá consigo? ¿Me sigue hasta ahora?

El rostro del comandante había recuperado los colores. Percibió la importancia de lo que el director del Projekt le decía, las grandes tensiones que debía de estar experimentando.

—Hasta ahora, sí —respondió.

—Muy bien, le comentaré ahora algo que no estaba en las instrucciones que le han dado. Ha mencionado usted los problemas que hemos tenido con anteriores intrusos. Tiene razón; tuvimos este problema y podríamos volver a tenerlo. De manera que voy a ampliar sus instrucciones y a emitir una nueva orden. —Acercó la cara a la de él—. Y es la siguiente: si quedara imposibilitado, si me ocurriera algo extraño o inexplicable que me excluyera de forma permanente del esquema actual, entonces, usted quedará al mando. Considérese nombrado en este mismo instante.

—¿Qué? —El oficial miró el rostro pálido y brillante de Luchov, su cráneo cubierto de horribles cicatrices y se preguntó si aquel hombre estaría del todo cuerdo—. ¿Me nombra usted... director del Projekt?

—Efectivamente —contestó Luchov con vehemencia—. ¡Lo nombro a usted guardián de la Tierra!

—¿Guardián de la...?

—¡Púlselo usted! —susurró Luchov, interrumpiéndolo—. ¡Si llegara a ocurrirme cualquier cosa, *pulse* el maldito botón! ¡No titubee..., no pierda tiempo telefoneando a Gorbachov ni a los cretinos balbucientes que tan mal le sirven..., pulse el botón! ¡Acabe con todo de una vez y envíe sus Exorcets a una *verdadera* misión de

exorcismo al mundo que hay detrás de la Puerta, antes de que el diablo mismo la cruce y nos salte a la cara! ¿Me ha entendido?

El comandante dio un paso atrás. Tenía los ojos como platos y un aspecto preocupadísimo; Luchov no le había soltado el brazo y se lo apretaba con fuerza.

—Señor, yo...

Luchov lo soltó abruptamente, se irguió un poco, enderezó la espalda y los hombros y apartó la mirada.

—No diga nada —le pidió con un movimiento de cabeza breve y cortante—. Por el momento, no diga nada de nada. Pero no se olvide de lo que le he dicho. ¡No se atreva usted a olvidarlo!

¿Cómo contestarle? ¿Con una sonrisa que podía ser interpretada erróneamente? ¿Con palabras? Luchov le aconsejó que no dijera nada, además, el comandante se había quedado sin palabras. Tal vez lo mejor sería olvidarse del incidente. Pero Luchov le había advertido que no lo hiciera. ¿Sería una actitud prudente: olvidarse de que aquel hombre, que tenía todo el aspecto de ser peligroso, estaba al mando de todo? Y si así lo hacía, si olvidaba que tenía el mando...

En las placas que parecían escamas, una trampilla de inspección giró sobre sus goznes y por ella asomó un ingeniero de mantenimiento, interrupción que le ahorró al comandante ulteriores cavilaciones. El hombre se tambaleó un poco al entrar en contacto con el fulgor de la Puerta, se arrancó la máscara respiratoria de la cara pálida y húmeda y se colocó las gafas de plástico. Sacó una mano como si buscara algo a qué agarrarse y volvió a tambalearse.

Luchov lo reconoció, se le acercó de inmediato, seguido del comandante.

—¿Felix Szalny? —El director del Projekt lo cogió del brazo y lo ayudó a recobrar el equilibrio—. ¿Eres tú, Felix? —Podía mostrarse amable cuando consideraba que la situación lo exigía—. ¡Tienes cara de haber visto un fantasma!

El ingeniero, vestido con un mono de trabajo, un hombre pequeño, medio calvo, apareció cubierto de suciedad e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Parpadeó con rapidez y volvió a mirar hacia la trampilla abierta.

—Si no lo era, se le parecía bastante, señor director —masculló, como si hablara consigo mismo, al tiempo que con un trapo se secaba el sudor frío de la frente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Luchov, sintiendo que se le erizaba el vello de la nuca, reacción que se repetía con demasiada frecuencia en aquel lugar—. ¿Hay algo allá abajo?

—Sí, en uno de los tubos de ventilación obturados que formaban parte del complejo original —respondió Szalny—. Revisaba un punto crítico de uno de los agujeros de gusano y, curiosamente, la radiación ha bajado casi al nivel normal; al menos ya no ofrece peligro. Así que abrí el obturador y..., y entré. Finalmente, el agujero me condujo al nivel de mantenimiento del viejo reactor abandonado. Y allí... encontré magma, claro.

—¡Ah! —exclamó Luchov, que ya sabía lo que había ocurrido. O al menos eso creía—. ¡Había cadáveres!

—Sí, había cadáveres —repuso Szalny con un movimiento afirmativo de la cabeza—. En parte era eso. Quedaron asados, invertidos, transformados. Algunos se encontraban medio dentro y medio fuera del magma, como momias envueltas en roca deformada, o plástico o goma. ¡Santo cielo, a pesar de los años que llevan ahí enterrados me pareció que todavía podía oír sus gritos!

Luchov se lo imaginaba muy bien. Trabajaba como científico en Perchorsk cuando se produjo el horrible accidente; todavía llevaba cicatrices en el cráneo

quemado, que parecía un parche, y otras más profundas en la mente; al recordarlo, se estremeció.

—Has hecho bien en volver a subir. Más tarde podrías bajar con un equipo y limpiar el lugar, por el momento...

—Es que... tropecé con algo —añadió Szalny, azorado, como si hablara consigo mismo, porque no había acabado de contar todo lo que había visto—. Pisé una cosa que se deshizo, se convirtió en polvo, por eso tropecé y choqué contra una especie de quiste que..., que inmediatamente se rompió en pedazos.

El joven comandante tocó a Luchov en el brazo, pero con sumo cuidado.

—¿Ha dicho algo sobre un quiste?

El director le dirigió una mirada y repuso:

—Vaya, veo que está usted interesado. —Sin esperar una respuesta, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y prosiguió—: Entonces deberá verlo con sus propios ojos.

Llamó a un soldado raso y lo envió a un recado. Mientras esperaban, le preguntó al comandante:

—¿Podemos utilizar un par de contadores de radiación de los que hay aquí? —Dirigiéndose a Szalny, añadió—: Felix, quiero que te sientes en una de esas sillas que hay en el perímetro. —Y, volviéndose a un segundo soldado raso, le ordenó—: Usted..., traiga un tazón de té caliente para este hombre. ¡Dése prisa!

Luchov y el comandante se colocaron unos contadores de radiación en la ropa; el primer soldado regresó con un par de máscaras antigás. Los dos hombres se las colgaron del hombro y bajaron por la trampilla de acero a la mitad inferior de la cámara. Allá abajo, la Puerta los iluminaba con su brillo, ingrávida, desde el centro del espacio esférico.

Al llegar al pie de la escalera de acero, Luchov bajó con sumo cuidado y caminó entre las bocas abiertas de los conductos circulares de ventilación que cortaban en todos los ángulos el gigantesco cuenco de piedra del suelo. Ésos eran los «agujeros de gusano», como solían llamarlos, unos canales de energía perforados en el granito macizo durante los primeros segundos del accidente acaecido en Perchorsk, ocasión en la que la materia que antes había sido rígida adquirió la consistencia de la masa de pan.

—Fíjese bien dónde pisa —advirtió al joven oficial—. Evite en lo posible los agujeros de gusano que conservan intacto el obturador. Todavía están calientes. Aunque ya estará al tanto de todos estos detalles, ¿no es así? —Comenzó entonces a recorrer el suelo de piedra fría, perfectamente liso, siguiendo las marcas de goma ondulada colocadas para permitir una mayor adherencia al suelo.

Se alejaron del centro y no tardaron en verse obligados a utilizar las barras de hierro instaladas en el suelo inclinado que se curvaba hasta quedar en posición vertical; fue entonces cuando Luchov llegó a un conducto de noventa centímetros de diámetro cuya trampilla de inspección, recubierta de plomo, permanecía abierta. Había visto la trampilla abierta al bajar de la escalera y supuso que aquél sería el lugar donde Szalny había trabajado. A manera de comprobación, junto a la boca abierta del agujero de gusano había una linterna de bolsillo, metida en su funda de plástico que llevaba grabado el nombre del ingeniero de mantenimiento.

Luchov tomó la linterna, la dirigió hacia el camino y se metió en el agujero.

—Sigue usted interesado, ¿eh? —El eco de su tono burlón llegó hasta el comandante, que lo seguía a cuatro patas—. Bien. Pero yo de usted me pondría la máscara antigás.

Szalny había dejado una cuerda atada al último peldaño; serpenteaba y se perdía de vista en la profundidad del agujero de gusano, que giraba primero hacia la izquierda, luego se inclinaba suavemente durante unos nueve metros antes de enderezarse para volver a girar bruscamente hacia la derecha y perderse en la negrura. En la eterna medianoche de un lugar largo tiempo abandonado.

—En los viejos tiempos —dijo Luchov, con la respiración entrecortada, mientras perforaba la oscuridad humeante con el haz luminoso y bajaba con cuidado hasta alcanzar el suelo cubierto de protuberancias—, hacían el mantenimiento del reactor desde aquí. —Su voz, amortiguada por la máscara, se había convertido en un eco susurrante—. Claro que eso fue antes de que el reactor se comiera a sí mismo.

El joven oficial lo seguía de cerca; salió gateando del agujero, se incorporó y se agarró de la bata de Luchov para no perder el equilibrio. A Luchov le complació comprobar que al comandante le temblaba la mano y que su respiración sonaba un tanto entrecortada. Tal vez se debía al esfuerzo desacostumbrado; en realidad, era por eso..., hasta que Luchov dejó que el haz de la linterna reptara por las paredes, por el suelo y por los *habitantes* del magma que había en aquel lugar.

El comandante comenzó a respirar con más esfuerzo y a temblar como una hoja hasta que al final, con un hilo de voz, exclamó:

—¡Dios mío!

Luchov caminó con cuidado, no sin cierto remilgo, entre los restos anómalos y homogéneos. Sobre unos restos que habían intentado ser homogéneos.

—Al producirse el accidente —dijo—, la materia se volvió muy flexible y fluida. Una especie de crisol pero sin calor. Bueno, claro que había calor, en algunos lugares se alcanzaron temperaturas muy elevadas, pero se trataba sobre todo de una reacción química o nuclear residual. No tenía mucho que ver con la forma en que la roca, la goma, el plástico, el metal, la carne y los huesos se fundían para formar todo esto. Se trataba de un calor con unas características diferentes, unas características extrañas, ajenas a lo conocido hasta entonces, el resultado de la forja de la Puerta. Como verá, las cosas se complican en la encrucijada de universos.

De repente, el haz sinuoso de la linterna pasó por encima de una cosa que había en la pared, para volver de inmediato sobre ella. El «quiste» del que hablaba Szalny: una fina envoltura de piedra de magma, como una ampolla del tamaño de un hombre, aparecía pegada a la pared y abierta, y de ella goteaba una sustancia negruzca que caía sobre el suelo de pesadilla. A pesar de que las máscaras antigás filtraban los gases venenosos que pudiera haber, les llegaba el olor de aquella cosa; los movimientos y el eco de la voz amortiguada de Luchov parecían molestar a aquello; mientras lo contemplaban, unos huesos negros y pegajosos brotaron de allí.

Después...

... el comandante no paraba de moverse y boquear, jadeaba con desesperación, hasta que regresó por el agujero y llegó al núcleo blanco brillante; una vez allí, se detuvo al pie de la escalera, se quitó la máscara y vomitó. Luchov lo seguía; se había detenido a una distancia prudente y lo miraba. Cuando el joven oficial terminó de arrojar, arrodillado y colgando de los peldaños inferiores como un trapo, el director del Projekt le dijo:

—Ahora comienza usted a comprender. A comprender parte del horror del que este lugar ha sido testigo y que está impregnado en su atmósfera, en sus mismas paredes. Aquí abajo, sellado por el magma, y en otros lugares que los hombres que no soportaban contemplarlo se encargaron de tapiar con ladrillos, existen más horrores como éste. Ah, pero allá arriba —miró hacia el vientre del disco de acero con

sus placas superpuestas—, del otro lado de esa Puerta ciclópea e infernal, hay más horrores todavía. Un mundo entero de horrores, que, por lo que sabemos, sigue en pie, con vida. —El comandante se limpió la boca—. Leí en sus ojos que me tomaba usted por un chiflado —prosiguió Luchov—. ¡Claro que estoy loco! ¿Acaso cree usted que seguiría aquí si estuviera del todo cuerdo?

El comandante se cubrió la boca con la mano, tosió y farfulló:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Luchov asintió y, sin malicia, agregó:

—Bonito pensamiento el suyo..., ¿pero qué tiene Él que ver con este lugar? Me temo que muy poco. Cuanto más tiempo permanece uno aquí dentro, más impío lo encuentra.

El militar ni siquiera intentó contestar y siguió agarrado con fuerza a los peldaños de la escalera.

Debajo de la caldera de un antiguo volcán, en un lugar que guardaba ciertas semejanzas con el subterráneo Perchorsk, y que sin embargo se encontraba en otro universo, en un lugar de paredes de azufre, plagado de agujeros de gusanos horadados por los torrentes de lava, donde siglos atrás el gas sobrecalentado se había expandido para formar cavernas en la piedra, como se forman las burbujas en el chocolate, donde las entrañas líquidas de un planeta habían moldeado para siempre en la roca permeable una red de canales en forma de telaraña, allí, en aquel lugar, el monstruoso lord Shaitan había establecido su hogar en tiempos inmemoriales. Y justamente allí, cuatro años antes, Shaithis, su descendiente wamphyri, lo había descubierto con vida y confabulando.

En ese instante, erguido en toda su altura, aunque asombrosamente insignificante comparado con los conductos superiores de ventilación de las paredes rotas de la caldera, como una estatua erigida sobre el borde de lava del cono, bajo las bóvedas cimbreantes de la aurora recorridas por la cicatriz ocasional del suicidio del algún meteoro, mirando hacia el sur, hacia un horizonte lejano y desdibujado..., Shaithis seleccionaba y resaltaba los recuerdos de aquellos años. Cómo habían transcurrido, cuánto había visto y aprendido, todo lo que él y su antepasado Shaitan habían planificado. Planes que en apariencia coincidían, aunque no necesariamente fuera así. Pues, en realidad, no poseían absolutamente ningún punto en común.

Ocultando tales pensamientos (¡ah, con qué celo, con qué temeridad!), Shaithis recordaba su viaje hasta aquel país desde la Tierra de las Estrellas, situada en un extremo, recordaba cómo había atravesado océanos de icebergs y vastos y gélidos desiertos. Él y los demás supervivientes de la ira del Habitante: el gigante Fess, el horripilante Volse, el rechoncho Arkis y varios esclavos habían huido hasta allí, se habían exiliado voluntariamente ante la amenaza de la muerte de un vampiro, que es mucho más terrible que la del hombre corriente, y no sólo desde un punto de vista meramente físico. Porque el hombre sabe que debe morir, pero un vampiro sabe que no es preciso.

Ah, sí, habían transcurrido cuatro años...

Después de la desaparición del purulento Volse, el traidor Shaithis había guiado a Arkis Leprafilius, llamado también Muertehorrenda, y al acromegálico Fess Ferenc hasta las garras de Shaitan el Nonato; una vez allí, entre las sombras sulfurosas de un antiguo torrente de lava, el monstruo inmemorial había salido de su silencio mental para atacarlos.

Al recordar cómo había ocurrido, Shaithis dio un respingo, algo poco habitual

en él: con la velocidad del rayo, silencioso como una sombra, el hocico chupador (tal como Shaithis denominaba mentalmente a esas criaturas) había atacado; entonces, mientras Arkis era atravesado y estaba en el aire, y la punta de sus pies rozaban levemente el suelo, mientras se agitaba, colgado de la hueca cuchilla de hueso que le había traspasado el corazón, mostraba unos ojos desorbitados, y sus mejillas se inflaban y desinflaban como un fuelle para que su boca pudiera exhalar una húmeda niebla escarlata. Aquella niebla vital debió de haber sido un delicado bocado, porque el chupador de Shaitan no había dejado escapar una sola gota. Y Fess, el gigante, se había vuelto, furioso, contra Shaithis, dispuesto a arrancarle el corazón; pero saliendo de la oscuridad, Shaitan acudió en su ayuda, y como una marea maléfica envolvió al enloquecido en un nido de tentáculos mientras Shaithis le hundía el cráneo con su guantelete.

Y la escena permanecía grabada en la mente de Shaithis cual sangre fresca y humeante: la gran masa palpitante del Ferenc sujeta con fuerza en el apretado abrazo de Shaitan, hasta que el gigante dejó de palpitar y las elásticas mandíbulas de serpiente cobra soltaron su cabeza, dejándola empapada, humeante y *aparentemente* entera, aunque se podía ver cómo las cuencas de los ojos estaban vacías y de ellas goteaba una sustancia que también se colaba por las fosas nasales y la boca abierta como en un bostezo. Y mientras esto pensaba con tanta frialdad, Shaithis se sintió recorrido por un fuego: *¡Aquello fue como estar ante la puerta del infierno! Presencié la manera en que un llamado «antepasado» mío vaciaba la cabeza del Ferenc, igual que una rata chupa un huevo robado.*

—¡Ciertamente fue así! —convino Shaitan; sus ojos escarlata brillaban en el interior de sus órbitas amarillas, rodeados por la oscuridad que había debajo de la carne arrugada de su capuchón de cobra—. Mi criatura le chupó la sangre para ponerla a buen recaudo para más tarde, ¿comprendes?, y yo le chupé los sesos. Pero has de reconocer que te dejamos la mejor parte, ¿eh?

Después, hizo un pequeño esfuerzo por empujar el cadáver hacia Shaithis; el cuerpo inerte dio la impresión de dar dos pasos vacilantes hacia él antes de desplomarse a sus pies. Shaithis supo exactamente qué había querido decir su antepasado. Porque oculto en el caparazón inmenso y deshidratado del cuerpo del Ferenc permanecía su vampiro (¡ah, el bocado más delicioso de todos!), al que todavía no habían descubierto y del que aún no habían dado cuenta.

—¿No querrás compartirlo conmigo? —le había pedido Shaitan con voz gutural, antes de arrancar a Arkis de la espada burbujeante del chupador y de lanzarlo al suelo de lava, para abalanzarse sobre él e iniciar la búsqueda de su parásito rastrero y vil.

En ese punto, los hechos habían dejado a Shaithis un tanto anonadado, aunque no le duró mucho el asombro. Al fin y al cabo era un wamphyri, y cuanto acontecía ante sus ojos era algo que había esperado. Además, la sangre *era* la vida. Cenar con Shaitan pudo incluso haber estrechado una especie de vínculo entre los dos.

Al menos así podía haber sido.

Después de aquello le quedaban muchos recuerdos más que se agolpaban en su mente. Muchas escenas parciales y fragmentos de conversaciones se unían de forma irregular en la memoria de Shaithis. Mientras en el yermo iluminado por la aurora y la luz azul de las estrellas unas brisas cruzadas levantaban remolinos de nieve, que giraban inquietos alrededor de las bases de las tumbas-castillos de hielo de los wamphyri exiliados en épocas pretéritas, intentó ordenar cronológicamente aquellos fragmentos, y si eso no le era posible, procuraría al menos separarlos.

El taller cavernoso de Shaitan, por ejemplo, situado inmediatamente debajo de la vertiente norte del volcán, hasta ese momento nunca vista, y hasta donde el Caído escoltó a Shaithis poco después de su llegada.

Se trataba de un lugar vastísimo, de techo alto, adornado de estalactitas, con ventanas de un hielo casi opaco que daban al mismo techo del mundo y le otorgaban un aspecto grotesco y distorsionado; con sus profundas fosas de permafrost donde Shaitan solía guardar en hielo sus experimentos más volátiles y menos manejables, el taller se parecía a muchos otros. Shaithis también era un maestro en las artes creativas de la metamorfosis, o al menos así se había considerado siempre, hasta que vio la obra de su antepasado.

Mirando a través de una capa de hielo transparente como el agua, le expresó su opinión:

—Si estuviéramos en la Tierra de las Estrellas y los antiguos wamphyri aún gobernaran, todo esto bastaría para que te denunciaran y volvieran a desterrarte. ¡Pero si tiene órganos reproductores, algo que estaba prohibido!

—Sí, se trata de un macho —contestó Shaitan con un movimiento afirmativo de la capucha—. Pero, en fin, la procreación, el acto de la cópula, su contemplación, la posesión incluso de órganos, impulsa a las criaturas a la ira. A éste le hice una compañera, a la cual, afortunadamente, despedazó. Pero aunque hubiera vivido y tenido crías, ¿qué habría pasado? No creo que él hubiera permitido que sus vástagos sobrevivieran, sin duda se los habría zampado a la más mínima ocasión. ¡Míralo, pensar que sólo está en mitad del crecimiento! Pero es muy poco fiable, por eso me vi obligado a congelarlo donde lo ves. El error estaba en su sexo. Lo hacía orgulloso y el orgullo es una maldición. A los hombres les pasa lo mismo, claro.

—Y a los wamphyri —comentó Shaithis.

—¡A ellos mucho más aún! —gritó Shaitan—. Porque en ellos, todos esos impulsos se encuentran multiplicados por diez.

—Pero no despedazan a sus odaliscas. Al menos no siempre.

—Más insensato aún —replicó Shaitan—. Porque si gozas de vida eterna, ¿para qué procrear a los de tu propia carne si algún día podrían usurpar tu lugar y destruirte?

—Sin embargo, buscaste mujeres en las que apagar su ardor —se apresuró a señalar Shaithis—; de no haber sido así, yo no me encontraría aquí.

En ese punto de la conversación sus miradas se encontraron; allá abajo, la criatura de Shaitan continuaba en su fosa de hielo; al cabo de un rato, el Caído le contestó:

—Sí, es verdad..., tal vez, por esa misma razón...

Había sido su primera discusión, y seguirían muchas otras. Si bien Shaithis no tardaría en quejarse de que su antepasado conversaba con él utilizando argumentos más adecuados para un niño que para un adulto, en general aceptaba el hecho de que el Ser malvado y antiguo trataba de instruirlo. Quizá considerase que su edad infinita le daba derecho a ello, al fin y al cabo, se trataba de un antepasado cuya antigüedad se remontaba a tiempos inmemoriales.

En otra ocasión, el Nonato le había enseñado a Shaithis un chupador con hocico de sifón en período de desarrollo y pudo contemplar la forma en que la criatura absorbía líquidos mientras iba tomando cuerpo, poco a poco, en el interior de una tina. Aquella cosa se parecía mucho a los guardianes chupadores (de los que el amo del volcán poseía tres especímenes), pero su trompa era más larga, más flexible, y su base se hundía en grandes paredes de carne, de manera que los ojitos hambrientos y

brillantes de la criatura quedaban completamente ocultos entre los pliegues de sus músculos grises y relucientes.

Shaithis descubrió de inmediato lo que era aquella cosa y preguntó a Shaitan:

—¿Pero de éstos no tienes ya suficientes? Me sorprende que te molestes en hacer más. A estas alturas ya habrás aprovechado a los mejores wamphyri enquistados en el hielo..., al menos a aquellos que eran fácilmente accesibles. ¿Qué sentido tiene insistir?

Shaitan inclinó su cabeza de cobra, recogió los brazos y respondió con otra pregunta:

—¿Ya lo has desentrañado todo, hijo mío? ¿Sabes el uso *exacto* al que están destinadas estas obras mías?

—Claro que sí. Son variaciones de un mismo tema: engullidores parecidos a los que acabaron con Volse y Arkis, pero algo más especializados. Sus hocicos delgados de cartílago, con las puntas rematadas en hueso, vibran en el hielo para resquebrajarlo, con lo cual pueden abrirse camino hacia los exiliados que penden en sus envoltorios impenetrables. Una vez abierto un canal hacia ellos, la bestia utiliza su hocico para absorber los líquidos de la víctima y esos fluidos así aspirados...

—¡Son regurgitados en mis depósitos! —concluyó Shaitan, tal vez molesto por el ingenio de Shaithis—. Sí, sí, ¿pero no tienes curiosidad por saber cómo? ¿Cómo puede el perforador absorber sólidos? Porque, evidentemente, sus víctimas están congeladas y sus fluidos son espesos como el pegamento.

—¡Ah! —exclamó Shaithis, fascinado.

—Te lo explicaré... en un instante. En cuanto a *por qué* me molesto en ocuparme de estos viejos lores cuando, tal como tú mismo has señalado, son ya tan pocos e invariablemente ofrecen escaso sustento, la respuesta es bien simple: porque me apetece. El terror de las mentes de aquellos que todavía están en condiciones de pensar es algo tan raro y delicioso que raya en lo exquisito. Si no los tuviera a ellos, ¿a quién iba a aterrorizar? ¿Acaso existiría sin mi ración de tiranía y terror?

Shaithis lo comprendía. El mal se alimenta del terror; el uno no puede existir sin lo otro; son inseparables como el tiempo y el espacio. Shaitan leyó sus pensamientos y expresó su acuerdo con un susurro gutural y gorgoteante:

—Sí, es así de simple: ¡me gusta y me hacía falta practicar!

El porqué ya estaba explicado y el cómo era igual de simple:

Los perforadores rociaban a sus víctimas con ácidos metamórficos y los tejidos disecados adquirían entonces estado líquido para ser extraídos antes de que volvieran a solidificarse.

—Pero eso no contesta mi primera pregunta —insistió Shaithis—. ¿Por qué te molestas en fabricar más de estas criaturas?

—Insisto, sobre todo por practicar —contestó Shaitan, con una especie de encogimiento de hombros—. Es el motivo que me ha impulsado a hacer cuanto hice durante los últimos tres mil años. Conseguir práctica, sí, hasta que llegue el momento en que construyamos un ejército de guerreros con el que atacaremos la Tierra de las Estrellas y todos los mundos que hay más allá.

Por un momento, bajo la capucha de cobra del Caído, los ojos escarlata brillaron con más intensidad, como si fuesen fuegos avivados desde el interior. Después asintió y, poco a poco, regresó a la intimidad de sus oscuros pensamientos, para decir después:

—Ah, pero debes confesarme una cosa, dado que pareces opinar que crío demasiados, ¿*cuántos* de mis perforadores y de mis criaturas has visto?

Shaithis se sorprendió. Había imaginado que existían muchas bestias como aquéllas. Pero la única evidencia que de ellas había hallado en los castillos de hielo saqueados había sido el lento trabajo de incontables siglos y de ninguna manera el esfuerzo de un puñado de períodos aurorales, ni siquiera ciclos enteros de éstos últimos. Mientras que en los talleres situados en los cimientos del volcán había varias tinas humeantes en las que los experimentos de Shaitan continuaban tomando forma, en realidad, eran bien pocas las bestias que estaban en condiciones de funcionar. Allí no había fláccidos chupadores como en los nidos de águilas de la Tierra de las Estrellas, porque la caldera del cono contenía un pequeño lago; tampoco hacían falta las bestias gaseosas, puesto que varias de las cavernas del volcán —sobre todo los aposentos de Shaitan— eran calentados por respiraderos activos. De manera que después de darle vueltas en la cabeza a la pregunta, Shaithis se vio obligado a contestar:

—Ahora que lo pienso, no puedo afirmar que haya visto ninguno, aparte de éste que se está haciendo en la tina.

—¡Exactamente, porque no hay ninguno! Al menos de las variedades visibles, móviles y voraces. Sólo tengo a mis engullidores, por la protección que me proporcionan. Y ahora acompáñame.

Shaitan llevó a su descendiente por cavernas sin luz donde cada nicho, cada hendidura y cada respiradero apagado del volcán servía de cámara para guardar la progenie envuelta en hielo producto de sus tinas experimentales.

Una vez allí, preguntó:

—Aconséjame, ¿cómo te las arreglarías para mantener a estas bestias despiertas y con el estómago lleno? —Acto seguido, él mismo se contestó—: ¡Imposible! ¿En estas yermas tierras heladas? No se podría. Por ese motivo, una vez han cumplido sus variados propósitos, los traigo aquí y los congelo. Y aquí se quedan, de momento inertes, aunque constituyen la materia prima del ejército del mañana. Cuando me hace falta otra criatura de un tipo diferente..., ¡me limito a diseñarla y a construirla! El arte de la metamorfosis, Shaithis. Pero aquí no malgastamos nada, hijo mío, jamás.

Sin dejar de mirar los experimentos conservados de su antepasado, Shaithis se limitó a asentir.

—Veo que has intentado conseguir uno o dos guerreros —comentó—. Temibles, pero... ¿arcaicos? Tal vez debería darte ciertos consejos: los guerreros de la Tierra de las Estrellas han evolucionado mucho desde tu época. Para serte sincero, estas cosas que has hecho no aguantarían demasiado si tuvieran que enfrentarse a algunas de mis obras.

Si Shaitan se sintió ofendido, se cuidó bien de que no se notara.

—Entonces, te ruego que me enseñes esas artes metamórficas superiores —contestó—. Y para que puedas hacerlo, tendrás libre acceso a mis talleres, a mis materias primas y mis tinas.

Detalle que había agradado a Shaithis en grado sumo...

En otra ocasión, Shaithis le preguntó:

—¿Qué me dices de tus engullidores? Visto que está claro que son bestias de trabajo, y visto que tienes por costumbre quitarles lo que toman de sus víctimas, ¿cómo consigues mantenerlos? ¿Con qué los alimentas? Porque tal como tú mismo has señalado, estas tierras heladas están casi yermas.

Shaitan le enseñó entonces sus reservas de sangre congelada y picada y las de carne metamórfica y le explicó:

—Llevo en estas tierras muchísimo tiempo, hijo mío. Al principio de llegar aquí

no tardé en saber lo que significaba el hambre. Desde entonces he guardado provisiones no sólo para mí sino también para mis criaturas, para utilizarlas ahora y en los albores de nuestro resurgimiento.

Shaithis contempló, asombrado, los bordes de *decenas* de marmitas torrenciales llenas de negro plasma.

—¿Es sangre? ¡Cuánta! Pero no será de los lores congelados, ¿verdad? ¡En toda la Tierra de las Estrellas no hubo nunca wamphyri suficientes como para llenar estos enormes recipientes!

—Es sangre de bestias —explicó Shaitan—. Y de ballenas. Y también hay un poco de sangre de hombre. Pero estás en lo cierto, de esta última hay muy poca. La sangre de las bestias y de los peces grandes es muy buena para mis criaturas; les servirá de combustible para presentar batalla cuando llegue el momento, después de lo cual..., en fin, habrá sangre a raudales para todos, ¿no? Pero la sangre de hombre es mía, y tuya también, ahora que estás aquí. Nos servirá de alimento a los dos.

La sorpresa de Shaithis iba en aumento.

—¿Has desangrado a los grandes peces del mar helado?

—Por cierto, aunque los he llamado peces, en realidad eran mamíferos. —Shaitan se encogió de hombros a su manera—. Esos gigantes tienen sangre caliente y amamantan a sus crías. Poco después de llegar aquí, en la orilla del océano vi un cardumen que jugaba y escupía agua, de modo que diseñé a mi primer engullidor pensando en ellos. Era un buen diseño y apenas lo he cambiado a lo largo de los siglos. Sin duda habrás notado ya el rudimento de agallas, de aletas y otras anomalías que lucen las criaturas guardianas del volcán; a mi perforador le ocurre otro tanto.

Shaithis había reparado en aquellos detalles. De hecho, tenía por costumbre reparar en todo...

En otra ocasión, fascinado por la *edad* de su autoproclamado «mentor», a Shaithis se le había ocurrido sugerir:

—Pero entonces llevas aquí, en la tierra, en la Tierra de las Estrellas y las Tierras Heladas, sobre todo en este gélido erial, casi desde el principio. —En el mismo instante en que lo decía se dio cuenta de la ingenuidad de su comentario y de la imagen de infinito temor reverencial hacia el otro que debía de dar; la risita ahogada de su oscuro antepasado le confirmó que su reflexión había sido acertada.

—¿El principio? Ah, no, pues percibo que el mundo es un millón de veces más viejo que yo. ¿O te refieres al principio de los wamphyri? Si es así, he de decirte que sí, porque yo fui el primero de todos.

—¿De verdad? —Shaithis volvió a olvidar que debía procurar tomar distancias y no mostrar tanto asombro. Resultaba duro parecer inescrutable ante tamañas revelaciones. Claro que las leyendas de la Tierra de las Estrellas *decían* que Shaitan el Caído había sido el primer vampiro, pero como cualquier tonto sabe, las leyendas son como los mitos: en buena medida son inexactas y, en el mejor de los casos, exageradas—. ¿El primero? ¿El padre de todos nosotros?

—Sí, el primer wamphyri —contestó Shaitan después de un largo y curioso silencio—. Pero... ¿has dicho el padre? No, no soy el padre. Engendré un buen número de hijos, de eso puedes estar seguro, porque era joven y mis apetitos eran los de un hombre joven. Fui un hombre entero destinado a caer aquí, a la tierra, donde mi vampiro llegó a mí... después de salir de..., de las ciénagas... —Hizo una pausa y dejó que el eco de sus palabras se apagara en un silencio plagado de reflexiones.

—¿Salió de las ciénagas de los vampiros? —preguntó Shaithis al cabo de un

rato—. Al este de la Tierra de las Estrellas hay inmensas ciénagas y, según la leyenda, hay más hacia el oeste. Sé que existen pero nunca las vi. ¿Son éstas las ciénagas de las que me hablas?

Shaitan continuaba inmerso en su extraño ensueño. No obstante, asintió.

—Sí, me refiero a esas ciénagas. Caí a la tierra por el oeste.

Shaithis ya había oído utilizar la expresión «caer a la tierra». Arrugó la frente, cabeceó y por fin preguntó:

—No lo comprendo. ¿Cómo puede un hombre caer a la tierra? ¿Desde el cielo, quieres decir? ¿Desde el vientre de tu madre? Pero ¿no te llamaban también el Nonato? ¿De *dónde caíste,* y cómo?

Shaitan salió de su ensueño para contestar:

—Eres un fisgón, y tus preguntas son poco respetuosas. De todos modos, voy a contestarlas lo mejor que pueda. En primer lugar has de entender una cosa, mis recuerdos comienzan en las ciénagas, e incluso los que conservo de ese período son borrosos y fragmentados. De lo que ocurrió antes de las ciénagas... no estoy seguro. Pero llegué a este mundo desnudo, con un gran dolor y un gran orgullo. Creo que me desterraron a este lugar, me enviaron aquí del mismo modo que los wamphyri acabaron desterrándome a estas Tierras Heladas. Los wamphyri me enviaron al exilio porque iba a convertirme en la Única Potencia. Tal vez, en ese otro lugar, también quise convertirme en una Potencia, y por eso me desterraron y caí a la tierra. Para mí es un misterio. Pero de una cosa estoy seguro, *comparado* con el otro lugar, este mundo era un infierno.

—¿Alguien te envió aquí, a una vida infernal, como castigo?

—O a un mundo que podía *convertirse* en un infierno, gracias a mi intervención. Fue una cuestión de voluntad, todo era posible si yo lo deseaba o permitía que existiera. Repito que llegué aquí porque era obstinado y orgulloso. O al menos así es como creo recordarlo.

—¿Entonces no recuerdas el momento de la caída? ¿Sólo recuerdas que de pronto te encontraste aquí, en las ciénagas de los vampiros?

—Cerca de las ciénagas, donde mi vampiro vino a mí.

Shaithis se mostró realmente interesado en aquel último aspecto.

—En nuestra época —comentó, pensativo—, los dos tuvimos ocasión de matar enemigos y arrancarles a sus vampiros vivientes para devorarlos. Fess Ferenc y Arkis Leprafilius sólo fueron los más recientes. Sabemos qué aspecto tienen esos parásitos: cuando alcanzan su máximo desarrollo son como sanguijuelas cubiertas de lengüetas que se ocultan en los hombres para dar forma a sus ideas y sus deseos. En ciertos huéspedes, al cabo de mucho tiempo, llegan a unirse tanto a ellos que resultan inseparables.

—Ése es mi caso —intervino Shaitan—. La verdad es que conservo muy poco de mi yo original, mientras que mi vampiro se ha desarrollado hasta convertirse en lo que tienes ante tus ojos.

—Ya. Como resultado de la prolongada metamorfosis, tú o, mejor dicho, tu vampiro es bastante impresionante. ¿Pero cómo era *entonces?* ¿Llegó a ti en forma de huevo? ¿La criatura que puso el huevo se quedó en las ciénagas? ¿O el parásito llegó a ti completamente desarrollado, te tomó por sorpresa y se arrastró hasta meterse en tu interior?

—Vino a mí desde la ciénaga —repitió Shaitan—. Es todo lo que sé..., ignoro cómo lo hizo.

El problema preocupaba a Shaithis (y mucho más a su antepasado), pero en

aquella ocasión al menos, ambos habían agotado las preguntas y las respuestas.

Sin embargo, varios períodos aurorales más tarde, cuando Shaithis estaba ocupado en un rincón del taller en la construcción de un guerrero que agradara a su antepasado:

—¡*Así* fue cómo ocurrió! —exclamó Shaitan, emocionado, acercándose veloz hasta el lugar donde Shaithis trabajaba, cubriéndolo como una sombra de medianoche—. En esa existencia anterior de la que te informé, serví a otro o a otros, pero mi único deseo era servirme sólo a mí mismo. Como recompensa por mi orgullo (o sea, por mi ingenio y mi gran belleza, de los que tal vez me sentía demasiado consciente) y por mis dolores, fui expulsado y arrojado de mi lugar legítimo en aquella sociedad. ¡No fui destruido, ni desperdiciado, sino utilizado! Para *ellos* me convertí en una herramienta. Una semilla del mal que *ellos* sembrarían entre las esferas. ¿Lo comprendes? ¡Yo era la locura y la penitencia! ¡Era la oscuridad que dejaba lugar a la luz!

Ante semejante estallido, Shaithis interrumpió su trabajo en la tina. Incapaz de entender lo que el otro le explicaba, se limitó a mover la cabeza y a elevar las manos al cielo.

—¿Es que no puedes explicarte con más claridad?

—¡No, maldita sea! —gritó Shaitan—. Lo he soñado; sé que es verdad. ¡Pero no puedo entenderlo! Te lo he contado para que trates de descifrarlo y..., y tampoco eres capaz de hacerlo..., ¡has fallado igual que yo!

Después, se marchó hecho una furia y se perdió en el laberinto del volcán.

Durante mucho tiempo después de aquella escena, Shaithis no volvió a saber de su antepasado más que a través de su sombría presencia. Hasta que llegó un momento en que, cuando regresaba a las tinas, encontró al antiguo examinando con ánimo melancólico sus diversas adaptaciones, que se retorcían e iban tomando forma en sus líquidos; en ese lugar, después de intercambiar los saludos acostumbrados, pero no como respuesta a una pregunta o a una observación en concreto, Shaitan masculló con apatía:

—He sido desterrado de muchas esferas y lanzado de muchos mundos. Sí, y a otros les ha pasado lo mismo que a mí a lo largo de las miríadas de dimensiones de la luz en forma de cono.

Y eso había sido todo.

¡Está loco! (Shaithis ocultó este y otros pensamientos parecidos en lo más profundo de su mente.) *Pero me da igual que des vueltas como un loco mientras yo hago mi trabajo. Sólo me faltaría ahora que te interesaras en lo que estoy haciendo.* En realidad, se encontraba allí en aquel momento para inyectarle a su nueva obra sustancias cerebrales que estimularían e incluso iniciarían el crecimiento del ganglio fetal. Se trataba de células conseguidas de una fuente muy especial, con la ayuda del engullidor de Shaitan.

No obstante, interrumpió su tarea un momento y para aplacar al loco Shaitan, había contestado:

—En ese caso, cuando ataquemos la Tierra de las Estrellas con estos guerreros que estoy fabricando, tu venganza será mucho más dulce. Nada se interpondrá en nuestro camino; y si hay mundos superiores que conquistar, también acabarán cayendo igual que caíste tú a la tierra.

Sus palabras dieron la impresión de bastar para sacar a Shaitan de las morbosas profundidades en las que se hallaba sumido, incluso llegaron a influir en su temporal desequilibrio.

—¡La verdad, hijo mío, parecen ser muy buenos guerreros! —observó Shaitan. Un raro cumplido que no tardó en matizar—: No es para menos, porque al fin y al cabo en la Tierra de las Estrellas contabas con una arcilla estupenda con la cual practicar.

Después de aquello, el antiguo no volvió a divagar...

Mucho más tarde:

Entre los dos habían construido una potente bestia voladora de gráciles líneas; la dotaron de un hocico chupador y del cerebro rudimentario de uno de los lugartenientes muertos de Menor Mordisco. Hicieron que la bestia se aprovisionara de plasma de buena calidad y la enviaron en un vuelo de reconocimiento a la Tierra de las Estrellas. Después, y durante un período que abarcó muchas auroras, esperaron en vano a que regresara. Finalmente, cuando ya habían perdido toda esperanza..., la bestia voladora volvió llevando consigo un niño flacucho, hijo de un Viajero.

Era un niño de ocho o nueve años; al caer el sol, la bestia voladora lo había raptado de un grupo de Viajeros que se encontraban acampados en las colinas de la Tierra del Sol. Al parecer, los Viajeros ya no iban a la tierra cuando el sol se hundía en la noche. ¿Para qué iban a hacerlo, si los wamphyri ya no existían? Pero el viaje de regreso desde la Tierra de las Estrellas había sido largo y el niño estaba al borde de la muerte.

Shaitan se lo había llevado a sus aposentos privados para «interrogarlo»; poco después, Shaithis, que trabajaba en las tinas, recibió una llamada mental del antiguo:

¡Ven!

Una sola palabra, pero el entusiasmo de quien la había proferido era muy gráfico...

Capítulo cinco

Ocaso - Exorcets - La mente del dios

Shaithis se encontraba de pie en la negra pared de la caldera y miraba hacia el sur, hacia la Tierra de las Estrellas. En lo alto, la aurora se entrelazaba en un cielo que por lo demás aparecía oscuro, pero Shaithis sabía que en la Tierra de las Estrellas amanecía. Los picos de las montañas estarían ardiendo con tonos dorados, y en el nido de águilas de Karen, las gruesas cortinas y tapices bordados con su sello que cubrían las ventanas más altas impedirían que se colaran las candentes lanzas del sol.

Miró hacia el sur, entrecerrando los ojos escarlata para ver mejor una lejana línea de fuego desdibujada que se extendía en el horizonte, una estrecha bruma dorada que separaba la curva lejana del mundo del espacio azul y del espacio negro, donde todas las estrellas de la noche pendían brillantes e hipnóticas, como si estuviesen llamándolo mediante señas. Una llamada a la que acudiría. Muy pronto.

Y así lo haría, porque cuando la aurora se apagara como una llama vacilante y, por el sur, el cielo se volviera azabache, llegaría el ocaso; en previsión de lo cual, Shaithis y su depravado antepasado reunirían a sus guerreros, montarían en sus bestias voladoras y lanzarían a su pequeño pero monstruoso ejército desde las empinadas laderas de lava del volcán. Se avecinaba para ellos la realización de un sueño; para la Tierra de las Estrellas sería el inicio de una pesadilla. El sueño que Shaitan había abrigado durante tantos siglos surgía por fin en el horizonte, gracias al alivio que les había llevado una bestia voladora, que acababa de regresar de la Tierra de las Estrellas portando al hijo de un Viajero.

Shaithis recordaba el acontecimiento hasta el más mínimo detalle: la forma en que su antepasado se había llevado al niño medio muerto hasta la oscuridad de sus aposentos con suelo de azufre sulfuro; después de lo cual recibió su llamada mental: *¡Ven!*

Shaithis volvía a revivirlo en su mente: el Caído recorría o más bien fluía alborozado por el suelo negro y granuloso de su alcoba presa de la excitación. Antes de que Shaithis pudiera formular pregunta alguna, dijo:

—El Habitante del que has hablado, ese joven extranjero que utilizó la fuerza del sol para derrotar a los wamphyri...

—Sí, ¿qué ocurre con él?

—¿Que qué ocurre con él? —repitió Shaitan con voz gutural, en cierto modo encantado—. ¡Ha involucionado, eso es lo que ocurre con él! Igual que he involucionado yo mismo, aunque a él le ha costado más caro. De manera que os bañó a todos con los rayos del sol, ¿eh? Y convirtió la carne wamphyri en humo y hedor, ¿eh? Su vampiro debió de sufrir alguna herida grave, no pudo curarse; igual que los leprosos, empezó a perder su carne humana y metamórfica. Entonces, su vampiro, desesperado, lo hizo regresar a una forma anterior: la de su huésped originario. Un antecesor menos corpulento, con lo cual le resulta más fácil contener el desgaste, ¿comprendes? De modo que tu Habitante se ha convertido en... ¡un lobo!

—¿Un lobo? —Asombrado, Shaithis recordó su sueño.

—Sí, una bestia que camina a cuatro patas. De pelambre gris, jefe de una manada, sin más poderes que su salvajismo. Los Viajeros le temen, pues sus patas delanteras son manos humanas. Y una parte de su mente debe de seguir siendo humana, al menos sus recuerdos. Evidentemente, su vampiro ha sobrevivido, aunque sea en una mínima dimensión, porque eso fue precisamente lo que lo salvó. Pero por lo demás es un lobo.

—¡Un lobo! —exclamó Shaithis. No era la primera vez que tenía sueños premonitorios. Era un arte de los wamphyri—. Y su padre, ¿Harry Keogh, el Morador del Infierno?

—Ha vuelto a la Tierra de las Estrellas.

—¿Que ha vuelto?

—Sí, después de la batalla por la posesión del jardín del Habitante, regresó a su hogar. Algo que no podías saber, porque para entonces ya estabas exiliado.

—¿A su hogar? ¿A las tierras infernales?

—¡Tierras infernales! ¡Tierras infernales! ¡No son tierras infernales! ¡Cuántas veces he de decírtelo, *este* lugar es el infierno, con su hedor de azufre, sus ciénagas de vampiros y las calurosas tierras recalentadas por el sol que se extienden al otro lado de las montañas! Ah, pero el mundo de Harry Keogh sería para nosotros algo así como..., como el paraíso.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero lo sospecho.

—Ese Harry Keogh tenía poderes, vaya si los tenía, pero no era wamphyri.

—Pues ahora lo es —le informó de inmediato Shaitan—. Aunque todavía no lo ha puesto a prueba. Porque no existe quien lo ponga a prueba, tanto en las argumentaciones tortuosas como en la batalla. Es más, los Viajeros no le temen demasiado, porque no toma la sangre de los hombres.

—*¿Cómo?*

—Según me ha contado el niño, no. El padre del Habitante sólo come carne de bestias. Comparado con tu vampiro, hijo mío, el suyo parece una criatura gimiente y rudimentaria.

—¿Y la llamada lady Karen?

—Ah, sí. Lady Karen: la última wamphyri de la Tierra de las Estrellas. Tienes planes con respecto a ella, ¿no? Recuerdo que hiciste hincapié en su traición, y ahora mismo, cuando pronunciaste su nombre, fue como si escupieras ácido con tu lengua bífida. Bueno, Karen y Harry Keogh están juntos. De manera que en ese aspecto, él es hombre. Viven en el nido de águilas de lady Karen. Si es tan bella como tú dices, no cabe duda de que él se la está metiendo hasta el mango, o más adentro incluso, mientras tú y yo hablamos.

Fue un sarcasmo deliberado y Shaithis lo sabía, pero no lo pudo resistir y picó el anzuelo que el otro le había lanzado.

—Entonces, que disfruten mientras puedan —contestó sombríamente. Después miró a su alrededor, buscando al niño Viajero.

—Ya no está —dijo Shaitan—. Era carne humana, pura y simplemente. Me he pasado siglos comiendo gachas metamórficas, ya estaba harto. El niño no fue más que un tentempié, pero no por eso menos delicioso.

—¿Te lo has comido entero?

—En la Tierra del Sol hay tribus enteras —contestó Shaitan con voz gutural—. ¡Y más allá hay mundos enteros!

Fue entonces cuando comenzaron a prepararse para su resurgir...

Shaithis esperaba en aquel momento a que se formara su última criatura guerrera, y su antepasado, Shaitan el Caído, lo esperaba a él. Cuando las escamas, ganchos y otros apéndices de lucha de la bestia terminaran de recubrirse de una quitina dura como el hierro, habría llegado la hora de arriesgarse a atacar la Tierra de las Estrellas.

En cuanto a la batalla futura: ¿duraría lo suficiente para ser digna de ese nombre? Shaithis lo dudaba. Porque estaba convencidísimo de que él solo —al mando de un puñado de guerreros, a lomos de una bestia voladora y sin ayuda de su antepasado— sería un contrincante que estaría a la altura de Karen y su amante, y de cualquier aliado que pudieran tener. Por lo tanto, estaría también a la altura de la Tierra de las Estrellas.

¿Qué? ¿Una simple hembra? ¿Una manada de lobos? ¿Y un «lord» vampiro que huía de la sangre humana? Aquello no era un ejército, sino pura chusma. Que Keogh levantara a los muertos si quería; con ellos podía asustar a los trogs y a los Viajeros, pero Shaithis no temía a los muertos. En cuanto a esa otra faceta de la magia de Keogh —aquel truco tan ingenioso de ir y venir a su antojo sin que nadie lo viera—, no le serviría de nada. Esta vez no. ¡Si se iba, en buena hora! ¡Y si venía se encontraría con su propia muerte!

Por otra parte...

Shaithis no podía borrar el recuerdo de sus agitados sueños, cuyas tramas resultaban tan extrañas como las energías de la aurora que en aquel momento se entrelazaban en el cielo. Quizá debería volver a analizar aquellos sueños, como había hecho muchas veces ya, aunque...

... No tenía tiempo; notó una intromisión familiar y supo que Shaitan se acercaba, con la mente aunque no con el cuerpo.

¿Qué ocurre?, preguntó.

Qué ingenioso eres, ronroneó Shaitan, telepáticamente. *¡Y qué sensible! No hay manera de cogerte desprevenido, hijo mío.*

¿Entonces por qué insistes en intentarlo?, respondió Shaithis con tono gélido.

Shaitan pasó por alto su irritabilidad y le dijo:

Deberías venir ahora mismo. Nuestras criaturas maúllan en las tinas y no tardarán en levantarse. Hemos de probarlas. Hemos de disponer los preparativos.

Era verdad.

Voy inmediatamente, contestó Shaithis al tiempo que iniciaba el peligroso descenso del cono. Su antepasado no era el único en sentirse ansioso por liberarse de aquel lugar. Aunque hay libertades y libertades, y el concepto no es nunca igual para dos criaturas diferentes.

Shaitan se liberaría de las Tierras Heladas mientras que su descendiente... tenía algo más de qué liberarse.

Poco antes, a varios miles de kilómetros hacia el sur, el necroscopio había salido a inspeccionar la guardia de avanzada de Karen, su sistema de criaturas-guerreras especializadas (o más bien sus tropas insubordinadas, porque en eso parecían haberse convertido), para lo cual se dirigió hasta el lugar donde ella las había apostado, a orillas del mar helado, con la intención de prevenir cualquier incursión desde las Tierras Heladas. Se había desplazado mediante el continuo de Möbius, en una serie de saltos de cien kilómetros que lo acercaron a los horizontes más septentrionales, y a los yermos iluminados por la aurora, donde la nieve se amontonaba en blancos ventisqueros, a orillas de un océano cubierto por una costra de escarcha que subía y bajaba con desgana.

Las criaturas de Karen habían estado allí, no cabía duda, y Harry no tardó en descubrir lo bien que se habían adaptado. Siendo seres con la capacidad de metamorfosearse, una sola generación había bastado para acelerar su evolución: les había crecido una piel blanca y espesa que les servía de protección contra el frío y de camuflaje natural. Cuando Harry creyó detectar ligeros movimientos en un montículo de nieve, y después de haberse acercado con sigilo, comprendió la efectividad de esta última característica. Se percató de la presencia de las bestias cuando tres de ellas retrocedieron para cargar contra él: así, juntas, representaban un cuarto de hectárea de bestias asesinas enloquecidas.

Retrocedió un poco y pensó: *No sería más que un pececillo a repartir entre tres enormes gatos. Apenas les alcanzaría para enterarse del sabor que tengo.*

Pero fíjate en su tendencia instintiva a proteger su intimidad, comentó Karen desde su nido de águilas, situado a tres mil quinientos kilómetros al sur. *Sus mentes serán débiles, pero a pesar de ello se las han arreglado para ocultar sus pensamientos, y así han logrado que no te percataras de su presencia. Es más, tú eres wamphyri —un lord, un amo—, pero eso tampoco las ha detenido.*

El necroscopio había detectado una cierta nota de orgullo en los pensamientos de Karen; aquellas bestias eran su obra, y había hecho un buen trabajo. Pero, por desgracia, había permitido que se le escaparan de la traílla. Como seguía concentrada en él, detectó ese pensamiento.

La distancia era demasiado grande, adujo, al tiempo que se encogía de hombros. *Ahora me doy cuenta. La telepatía es un don especial que compartimos. Nuestras mentes, humanas en su mayor parte, son grandes y podemos centrarlas bien, por lo que el contacto entre nosotros es algo sencillo. Pero las mentes de esas bestias son pequeñas y sólo les preocupa su supervivencia. Es fácil de explicar, se han olvidado de mí.*

Entonces ha llegado la hora de que se acuerden, contestó Harry. Mientras ella ampliaba y reforzaba las instrucciones originales, él las transmitió directamente y con fuerza a las mentes obtusas del grupo. Después, cuando se movió entre ellas por segunda vez, se mostraron más respetuosas.

¡Bravo!, comentó Karen, nerviosa. *Hace falta valor para examinarlas tan de cerca. Pero es arriesgado, por favor, Harry, sal de ahí. Vuelve a casa.*

A casa... ¿Se referiría al nido de águilas? ¿Acaso era ése su hogar? Tal vez era lo que le correspondía, un monstruoso menhir que se elevaba sobre las planicies de peñascos de la Tierra de las Estrellas, cuyos muebles estaban hechos con el pelo, las pieles, los cartílagos y los huesos de unos seres que habían sido hombres y monstruos. ¿Qué otra casa iba a adaptarse mejor a las necesidades de un hombre cuya amiga de toda la vida había sido la misma Parca?

Amargas reflexiones. Pero, por otra parte, Harry tenía la impresión de que Karen le suplicaba que volviera porque estaba preocupada por él. Y era mejor esa casa que no tener ninguna.

Además, ya había terminado su tarea y tenía frío. Y sabía que Karen le daría calor...

En otro universo, en los Urales, el comandante Alexei Byzarnov se había personado en el núcleo de Perchorsk para efectuar el último simulacro por computadora de la fase de disparo de los Tokarevs. El capitán Igor Klepko, su segundo en la cadena de mando, dirigía la prueba. Klepko era bajito y tenía las facciones angulosas, los ojos oscuros y el cutis castigado por los elementos, todos

ellos rasgos típicos de sus antepasados esteparios. Durante los preparativos, el oficial había comentado cada paso para informar a la media docena de oficiales noveles que presenciaban la operación. También estaba presente Viktor Luchov, director del Projekt, que no se perdía detalle desde el perímetro de la pasarela, situada debajo del arco del muro de granito, completamente concentrado en el instructivo monólogo de Klepko, a punto de llegar a su culminación.

—Efectivamente, dos misiles —decía Klepko—. Se trata de un sistema dual. En el campo, su lanzamiento constituiría un ataque prioritario dentro de una zona de batalla hasta ahora desnuclearizada, o bien una represalia contra el uso de armas similares por parte del enemigo. El primer Tokarev rastrearía el cuartel general del enemigo, situado en algún punto detrás de la vanguardia, en la zona de batalla, y el segundo haría blanco sobre el grueso de las tropas enemigas concentradas en primera línea.

»Sin embargo, para los fines que perseguimos aquí, en Perchorsk... —Klepko hizo una pausa, se encogió de hombros y prosiguió—: Si bien nuestros objetivos son bastante más específicos, paradójicamente no dejan de ser pura conjetura. Nuestra finalidad es hacer detonar el primer misil en un mundo que se encuentra detrás de esta... Puerta —con un breve ademán indicó la blanca esfera resplandeciente que tenía a sus espaldas—; el segundo Tokarev lo haríamos detonar cuando se encontrara todavía en el «paso» entre los dos universos. El funcionamiento mecánico es muy sencillo. Los ordenadores de a bordo están conectados por radio; cuando el primer Tokarev atraviese la Puerta en dirección al otro mundo, perderemos el contacto; un quinto de segundo más tarde detonarán los *dos* dispositivos. —El capitán Klepko suspiró, asintió con la cabeza y añadió—: En cuanto al propósito de este sistema, en caso de que lo utilicemos, es absolutamente defensivo. Todos ustedes han visto películas de las criaturas que viven del otro lado y que han pasado a este mundo. Me consta que no hace falta que les diga que es muy importante que estas experiencias no se repitan.

»Por último, y antes de proceder al simulacro, quedan las cuestiones del mando y de la seguridad personal.

»En cuanto al mando, estas armas sólo se utilizarán siguiendo las instrucciones del director del Projekt, designado por el comandante en jefe Byzarnov; en su defecto, en el caso improbable que estuviera ausente, por mí mismo. Salvo en las circunstancias en que se rompiera la cadena de mando, ninguna otra persona poseerá esa autoridad.

»En cuanto a la seguridad personal, a partir del momento en que se pulse el botón, las cabezas nucleares quedarán armadas; el disparo se producirá cinco minutos más tarde. Toda persona que permanezca en Perchorsk a partir de ese momento recibirá un aviso mediante una bocina que sonará ininterrumpidamente. Las bocinas tienen un único significado: ¡TODO EL MUNDO FUERA! Los gases de escape de los Tokarevs son tóxicos. Como medida de seguridad contra el fallo improbable del sistema de ventilación del Projekt, todo aquel que quede rezagado deberá utilizar equipo de respiración auxiliar hasta que haya abandonado las instalaciones. Un hombre en buenas condiciones tarda unos cuatro minutos en salir del núcleo y llegar al barranco.

»Estos Tokarevs son armas, su uso no es experimental sino efectivo, real, y no llevan dispositivos de corrección automática de errores. Una vez se han disparado, la operación no se puede abortar, y después de la detonación sólo contaremos con sesenta segundos. Con lo cual tendremos un total de seis minutos después de

iniciado el ciclo. La explosión del dispositivo al otro lado de la Puerta no debería producir aquí efecto alguno, pero la del que detonará en el paso... es un tema aparte. Podría darse que la potencia de dicha detonación lanzara gases y desechos radiactivos hacia Perchorsk. Con suerte, toda esa materia contaminante quedará encerrada aquí abajo, en la cercanía del núcleo, pero para entonces el lugar habrá sido evacuado y las salidas cerradas.

Klepko se enderezó, puso los brazos en jarras y acto seguido añadió:

—¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna.

—Simulacro computarizado. —Se relajó, se rascó la nariz y se encogió de hombros a manera de disculpa—. Si esperaban una exhibición de fuegos artificiales, me temo que se llevarán una gran decepción. El simulacro ocurrirá en la pequeña pantalla en blanco y negro que tienen allí, sin sonidos y con subtítulos. ¡Ah, y sin efectos especiales!

Todos se echaron a reír.

—El propósito de todo esto —dijo Klepko, levantando la mano para pedir silencio—, es que vean lo poco que dura un período de seis minutos. —Pulsó un botón rojo que había en una caja que tenía ante sí, en lo alto del atril.

El comandante Byzarnov ya había visto el simulacro. No estaba especialmente interesado en ese aspecto, sino en la expresión reflejada en el rostro de Viktor Luchov, una expresión de embelesada fascinación. Byzarnov retrocedió unos pasos para acercarse al perímetro de la pasarela, se aproximó en silencio al enjuto científico y carraspeó un poco.

Luchov giró la cabeza y se quedó mirando al comandante.

—Aún considera todo esto como una especie de juego, ¿no? —dijo con tono acusador.

—No —respondió Byzarnov—, nunca lo he considerado así.

—He notado que toda orden que yo dé sobre el uso de esas armas debe ser «aprobada» por su segundo en la cadena de mando. ¿Sospecha que puedo llegar a ordenar que se utilicen frívolamente?

—En absoluto —respondió el comandante, y sacudió la cabeza, consciente de que varios folios mecanografiados y doblados le asomaban por el bolsillo. Se trataba del perfil psicológico actualizado de Luchov que le había proporcionado el psiquiatra del Projekt. Y pensó para sí: *Locamente, sí, pero no frívolamente.*

La mirada de Luchov se volvió inexpresiva y dijo:

—A veces tengo la sensación de que me están castigando.

—¿No me diga?

—Sí, por el papel que he desempeñado en todo esto. Yo he ayudado a construir el Perchorsk original. En aquella época, Franz Ayvaz era el director, pero murió en el accidente, de manera que ya ha pagado. Desde entonces, la responsabilidad ha sido mía.

—Una carga bastante pesada para cualquier hombre —asintió Byzarnov, se alejó un poco y decidió cambiar de tema—. Lo vi salir desde allá abajo, antes de que Klepko comenzara su demostración. ¿Ha estado usted en..., en los niveles abandonados de magma?

Luchov se estremeció y susurró:

—¡Dios santo, qué desastre hay allá abajo! Cuántos quedaron atrapados allí. Abrí un quiste. Lo que había dentro era..., era como una momia alienígena. En esta ocasión no era líquida ni estaba podrida, sino que se trataba de una masa grotesca de

carne invertida y medio fosilizada. Pude ver algunos de los órganos principales, además de unos cuantos..., no sé cómo llamarlos..., unos cuántos apéndices curiosísimos de goma, plástico, piedra y..., y no sé qué más.

Byzarnov sintió pena por él. Luchov llevaba mucho tiempo allí. Pero no seguiría mucho más, si Moscú seguía la recomendación del comandante y actuaba con celeridad.

—Lo que hay allá abajo es terrible, Viktor —convino—. Y sería mejor que no volviera a bajar.

¿Viktor? Y el tono de voz de Byzarnov..., ¿sonaba a lástima? Luchov le lanzó una mirada colérica y se apartó bruscamente. Movió la cabeza miró por encima del hombro, y gritó con voz estridente:

—¡Mientras siga siendo director del Projekt, comandante, iré a donde me plazca! —Y se marchó.

Byzarnov se acercó a Klepko. Las dos formas de dardos avanzaban erráticamente por la pantalla del ordenador y desaparecían en el olvido; el simulacro había concluido; Klepko hacía un último comentario:

—... seguirá llena de gases tóxicos y podría ser altamente radiactiva. Pero para entonces, todos estaremos fuera de aquí.

El comandante esperó a que Klepko despidiera a sus oyentes, lo llevó aparte y habló con él breve y nerviosamente.

Sobre Luchov.

El necroscopio soñaba.

Soñaba con un niño llamado Harry Keogh que hablaba con los muertos y era amigo de ellos, su única luz en una oscuridad universal. Soñaba con los amores y las vidas del joven, las mentes que había visitado, los cuerpos en los que había habitado, los lugares que había conocido en el pasado y en el futuro, y en dos mundos. Era un sueño muy extraño y fantástico —mucho más porque era verídico— y aunque el necroscopio soñara consigo mismo, con su propia vida, seguía teniendo la impresión de que soñaba con otro.

Finalmente soñó con su hijo, un lobo..., pero esa parte del sueño era real, no era un recuerdo de otro mundo. Su hijo se le acercaba con la lengua afuera y decía: *¡Ya vienen, padre!*

Harry despertó al instante, bajó del lecho de Karen y con movimientos rápidos y sinuosos se acercó al alféizar de la ventana y apartó las cortinas. Cauteloso, se mantuvo oculto y a punto para apartar la mano en el momento en que fuese necesario. Pero no hizo falta, porque el sol ya había bajado. Las sombras avanzaban tímidamente por la línea de montañas tiñendo de negro los picos dorados. Poco a poco, las estrellas que al principio apenas se veían adquirieron mayor brillo. La oscuridad estaba allí y seguiría ganando terreno.

Karen gritó en sueños, despertó y se sentó de golpe en la cama deshecha.

—¡Harry! —Tenía el rostro palidísimo, parecía una sábana rota en la que aparecían unos agujeros triangulares en el lugar de los ojos y la boca. Miró por toda la habitación y cuando descubrió al necroscopio junto a la ventana, las cuencas de sus ojos se encendieron—. ¡Ya vienen!

Sus miradas escarlata se encontraron, se fundieron y formaron un canal por el que transitaron los pensamientos que, momentos antes, estaban dormidos. Harry veía la mente de Karen con sólo mirarla a los ojos, pero dijo en voz alta:

—Ya lo sé.

Bajó del lecho desnuda, corrió hacia él y se sepultó en sus brazos.

—¡Pero ya vienen! —sollozó.

—Sí, y lucharemos contra ellos —respondió con voz ronca, al tiempo que su cuerpo reaccionaba espontáneamente al contacto y al olor de la piel de Karen, que era suave, sedosa, plena y húmeda, allí donde su miembro crecía dentro de ella.

Karen se aferró a él con todas sus fuerzas y murmuró:

—Hagamos que éste sea el mejor de todos, Harry.

—¿Porque podría ser el último?

—Por si acaso —gruñó, al tiempo que en su interior formaba unas púas para introducirlo más adentro. Después...

... Nunca antes había sido igual, y quedaron demasiado agotados como para sentir miedo...

—¿Y si perdiéramos? —preguntó él más tarde.

—¿Si perdiéramos? —Karen se encontraba junto a él; los dos estaban asomados a una ventana de un cuarto que daba al norte, hacia las Tierras Heladas. Todavía no se veía nada, y no esperaban ver nada durante un tiempo. Pero podían presentir algo. Del norte salía como una especie de oleaje en un lago de alquitrán: era lento, escalofriante y negro como el mal que emanaba de aquella zona.

—Si perdiéramos —dijo Harry, inclinando la cabeza—, sólo podrán matarme.

Pensó entonces en Johnny Found y en las cosas que había hecho a sus víctimas. Cosas terribles. Pero comparado con Shaithis y con cualquier otro superviviente de los antiguos wamphyri, Johnny Found había sido un niño con una imaginación muy menguada.

Karen sabía por qué el necroscopio había cerrado su mente: para protegerla. Pero fue un esfuerzo inútil; porque conocía a los wamphyri mucho mejor que él; nada de lo que Harry pudiera imaginar lograría jamás llegar a las verdaderas profundidades de la crueldad wamphyri. Eso opinaba Karen y por eso le prometió:

—Si tú mueres, yo también moriré.

—¿Y eso? ¿Crees que te dejarán morir así como así?

—No podrán impedírmelo. De este lado de las montañas está el ocaso, pero del otro lado, en la Tierra del Sol, la muerte verdadera espera a cualquier vampiro. Arde como oro fundido en el cielo. Volaría hasta allí, cruzaría las montañas y me iría hacia el sol. Que me sigan si se atreven, pero no tendría miedo. Recuerdo cuando era niña lo agradable que era sentir el sol en la piel. Estoy segura de que al final, antes de morirme, sería capaz de repetir esa sensación. ¡Me obligaría a sentirla como algo agradable!

—Qué morboso. —Harry se enderezó y se sacudió—. Todo esto es morboso. Si sigues así nos derrotarán antes de que haya empezado la batalla. Tiene que existir por lo menos una posibilidad de que venzamos. En realidad, hay más de una posibilidad. ¿Acaso pueden desaparecer a su antojo, como hacemos nosotros, en el continuo de Möbius?

—No, pero...

—¿Pero qué?

—Fuéramos a donde fuéramos, y por más veces que lográsemos huir, siempre acabaríamos regresando. No podemos quedarnos eternamente en ese lugar. —Su lógica era aplastante. Antes de que Harry encontrara una respuesta que les sirviera de consuelo a los dos, Karen añadió—: Shaithis es un enemigo terrible. No te imaginas lo retorcido que puede llegar a ser.

Es verdad, sentenció una voz surgida de la nada que los sobresaltó al entrar en sus mentes. *Shaithis es retorcido. Pero su antepasado, Shaitan el Caído, es mucho peor.*

—¡El Habitante! —exclamó Karen con voz entrecortada al reconocer a su visitante telepático. Luego, incrédula, preguntó—: ¿Has dicho... Shaitan?

Sí, el Caído, gruñó la voz de lobo en sus mentes. *Está vivo, vendrá aquí y él es el terror, no Shaithis.*

Harry y Karen tendieron sus sondas telepáticas e intentaron reforzar el puente mental entre ellos y su visitante. Por un momento, el nido de águilas se llenó de fluctuantes imágenes mentales: las laderas de una montaña donde unos peñascos sobresalían a través del pedregullo resbaladizo; una luna llena que cubría los riscos con su suave manto amarillo; altos abedules que se proyectaban hacia el cielo. Y en la sombra de los árboles, donde descansaba la manada antes de iniciar la cacería, parpadeaban un montón de ojos triangulares y plateados. Después, las imágenes se hicieron más borrosas y desaparecieron, igual que el que vivía y se movía en ellas.

Pero Karen y el necroscopio conservaron su advertencia. ¿Cómo podía saber lo que les había dicho? Imposible adivinarlo. Pero era o había sido el Habitante. Y eso bastaba.

Entretanto, pasaba el tiempo.

Algunas veces hablaban y otras se limitaban a esperar. No podían hacer otra cosa. En aquel momento, sentados ante el fuego en el amplísimo salón principal del nido de águilas, conversaban.

—Shaitan también forma parte de las leyendas de mi mundo —dijo Harry—. Allí le llaman Satán, el Diablo, cuya morada se encuentra en el infierno.

—¡En las historias que se cuentan en la Tierra de las Estrellas *tu* mundo era el infierno! —contestó Karen—. Y *todos* sus habitantes eran diablos. Dramal Cuerpocondenado lo creía a pies juntillas.

—Resulta difícil entender que los wamphyri, con lo monstruosos que son, y siguen siendo, creyeran en demonios, diablos y cosas por el estilo —dijo Harry, sacudiendo la cabeza.

—¿Y por qué? ¿Acaso el infierno no es simplemente lo desconocido, cualquier lugar o región terrible de la que nada se sabe? Para las tribus de Viajeros, el infierno estaba en la Tierra de las Estrellas, al otro lado de las montañas, mientras que para los wamphyri esperaba en el otro lado de la Puerta esférica. Sin duda, todo lo que hay más allá de esa Puerta debe de ser horrible y letal, porque nadie ha vuelto para contárnoslo. Así es como lo consideraban los wamphyri. Yo también lo entendía así, antes de que aparecieran Zek, Jazz, tú y tu hijo. Y no olvides, Harry, que los wamphyri también fueron hombres. Por más monstruoso que pueda volverse un hombre, siempre recordará los miedos nocturnos de su niñez.

—Shaitan —dijo Harry, abstraído—. Un misterio que abarca dos mundos. La leyenda fue llevada a mi mundo por los lores wamphyri desterrados y por alguno de sus sirvientes Viajeros, a quienes mandaban cruzar la Puerta de la Tierra de las Estrellas. —Pero, para sí, pensó: *¿Ah, sí? ¿No será que la llamada «leyenda» es algo universal? El Gran Malvado, el Señor de las Moscas, de toda la maldad. ¿Y la similitud de los nombres qué...? Satán, Shaitan. ¿Habrá demonios en todos los universos de la luz? ¿Y los ángeles?*

—Será mejor que dejemos de pensar en él como una leyenda —le advirtió Karen, como si le hubiera leído el pensamiento, cosa que, por cierto, no podía

hacer—. El Habitante dice que es real y que viene hacia aquí, lo cual significa que si queremos vivir, debemos matarlo. Aunque... si Shaitan ya ha vivido dos o tres mil años..., ¿tiene sentido que creamos que podemos matarlo?

Harry apenas la había oído. Seguía tratando de poner orden en sus pensamientos.

—¿Cuántos más habrá? —preguntó por fin—. Shaitan será el jefe, y Shaithis irá con él. ¿Pero quién más habrá?

—Los supervivientes de la batalla por la posesión del jardín —contestó Karen—. Si sobrevivieron a las Tierras Heladas.

—Ya me acuerdo. Hemos hablado de ellos en una ocasión. Fess Ferenc, Volse Pinescu, Arkis Leprafilius y sus esclavos. Un puñado, nada más. Y en caso de que otros lores sobrevivieran al exilio, un nutrido puñado. —Se puso en pie—. Pero sigo siendo el necroscopio. E insisto, ¿pueden utilizar el continuo de Möbius a su antojo? ¿Pueden invocar a los muertos y levantarlos de sus tumbas? —Y para sus adentros se preguntó una vez más: *¿Y tú, Harry, puedes tú?*

—Quizá Shaitan posea ese arte. Porque al fin y al cabo fue el primer wamphyri. Desde entonces, ha tenido tiempo suficiente para estudiar. Es posible que pueda atormentar a los muertos para arrancarles sus secretos.

—¿Pero le contestarán? —preguntó Harry con voz ronca, mientras sus ojos brillaban como rubíes a la luz del fuego—. No, no me refería a la nigromancia sino a la necroscopia. Un nigromante es capaz de «examinar» un cadáver, incluso una momia que lleva muerta mucho tiempo, pero yo hablo con los espíritus de los muertos. Y ellos me quieren, hasta el punto de que serían capaces de levantarse de sus cenizas por mí... *—Es mentira. Te estás mintiendo a ti mismo. ¡Eres un wamphyri, Harry Keogh! ¿Levantar a los muertos de sus cenizas? Solías hacerlo, sí, solías hacerlo.* Se puso en pie y dijo—: He de intentarlo.

Se dirigió a las estribaciones de las montañas que había debajo del jardín, donde tiempo atrás había conjurado a un ejército de trogs momificados para presentar batalla a los trogs wamphyri. Habló con sus espíritus a su manera, pero por única respuesta recibió una ráfaga de viento del norte.

Percibió que estaban allí y que lo oían, pero que preferían mantenerse en silencio. Se encontraban en paz, ¿para qué iban a unirse a la agitación del necroscopio?

Subió al jardín. Allí encontró las tumbas —eran muchísimas—, pero estaban descuidadas: los Viajeros que murieron en la gran batalla, los trogs que descansaban en sus nichos, debajo de los riscos. También lo oyeron, y se acordaban de él. Pero percibían en él algo diferente que no les gustaba.

¡Ah, wamphyri! ¡Nigromante! Aquel hombre o monstruo conocía palabras que podían hacerlos volver a una horrible parodia de la vida, incluso en contra de su voluntad.

—¡Tal vez lo haga! —amenazó al notar su negativa, su terror. Pero para sus adentros: *¿Igual que Janos Ferenczy? ¿Cuánto vale ahora tu «humanidad», Harry?*

Regresó junto a Karen, al nido de águilas y, desolado, dijo:

—Hace tiempo podría haber formado un ejército con los muertos. Pero ahora sólo estamos tú y yo.

Y yo, en sus mentes oyeron el gruñido del Habitante con la misma claridad que si hubiese estado allí, con ellos. *Luchasteis por mí en una ocasión. Los dos peleasteis por mi causa. Ahora me toca a mí.*

Al parecer, la decisión estaba tomada, sólo faltaba fijar un rumbo. Aunque, en

realidad, sólo había un camino que seguir.

Karen fue a buscar su guantelete, lo sumergió en una solución limpiadora ácida y después se puso a engrasar las articulaciones.

—Yo sola le arranqué el corazón a Lesk el Ahíto. Y en aquella época teníamos mucho más que temer. Y ahora que me doy cuenta, la verdad es que no temo por mí, sino que tengo miedo de perder lo que tenemos. Aunque, pensándolo bien, ¿qué es lo que tenemos?

Harry se puso en pie de un salto y, presa de un incontenible nerviosismo, comenzó a pasear agitando los puños. Después, se quedó mortalmente quieto. Era su vampiro, que trataba de dominarlo. Asintió con aire de entendido y gruñó:

—Está bien, tal vez te he mantenido a raya durante demasiado tiempo. Puede que haya llegado el momento de que te deje suelto.

—¿Qué? —preguntó Karen, y dejó la limpieza de su guantelete.

—Nada.

—¿Nada? —preguntó, enarcando las cejas.

—Sólo preguntaba..., ¿dónde será todo?

En el jardín, respondió el Habitante, desde las montañas lejanas.

Lo oyeron, y Karen reconoció:

—Bien, el jardín tiene sus ventajas. Además, lo conocemos bien.

Finalmente, asintiendo con fuerza, el necroscopio se rindió a su vampiro. Al menos parcialmente.

—De acuerdo —gruñó—, ¡que sea en el jardín!

Y así fue.

En la Tierra de las Estrellas...

Era la hora en la que lo único que queda del sol ardiente es un borroso brillo grisáceo en un cielo mordisqueado por los colmillos prominentes de las montañas, y en la que las innumerables estrellas son como trozos de hielo congelado en extrañas órbitas. Era la hora más profunda y más oscura del ocaso, y los últimos wamphyri —Shaithis, Shaitan, Harry Keogh y Karen— se reunían para luchar en un lugar vacío que en otros tiempos había recibido el nombre de jardín. Los cuatro, los últimos de su raza, y el Habitante, aunque él ya no era wamphyri, y si lo era, su vampiro apenas se había enterado.

Hacía ya tiempo que Karen sabía que los invasores acechaban y se acercaban a la Tierra de las Estrellas, desde que las criaturas que había apostado en la orilla del océano la habían llamado por última vez para pasarle esa información, antes de morir. Y cuando estaban ya moribundas, Karen les preguntó: *¿Cuántos son los enemigos y qué forma tienen?* Resultaba más fácil calcular la fuerza y la naturaleza de aquel modo que a partir de una descripción complicada; la distancia era mucha y los cerebros de los guerreros nunca son demasiado grandes (lo más prudente es dotar a semejantes mastodontes amenazantes de una inteligencia rudimentaria). No obstante, del norte le habían llegado vagas imágenes de bestias voladoras, de guerreros y de unos seres que los controlaban, con lo que Karen comprendió cuan pequeño era el ejército de Shaitan.

Sólo constaba de un par de lores al mando, que montaban unas bestias voladoras corpulentas, con las cabezas y los vientres recubiertos de escamas blindadas, y media docena de guerreros de construcción poco ortodoxa. Poco ortodoxa, sí...., por no decir algo peor. Porque los invasores (que no podían ser otros que Shaithis y Shaitan el Caído, aunque Karen se cuidó muy bien de entrar en

contacto directo con sus mentes) habían considerado oportuno infringir todas las viejas reglas wamphyri que regían la creación de ese tipo de bestias. Para empezar, estaban dotadas de órganos sexuales, igual que los especímenes que Karen había fabricado, y luego, parecían actuar espontáneamente, sin la guía de sus supuestos controladores. Por último, uno de ellos era un monstruo incluso entre los monstruos. Tanto era así que Karen no se atrevió a examinarlo a fondo.

Al principio (la habían informado sus guardianes) había otro par de bestias voladoras, unas bestias cansadas cuyos jinetes las hicieron aterrizar en los ventisqueros, cerca de la orilla del océano. Al descender, los lores wamphyri habían hecho bajar a sus guerreros y a sus bestias voladoras frescas, para permitirles que repusieran fuerza consumiendo los cuerpos extenuados de las dos primeras voladoras. Mientras se alimentaban, los guardianes de Karen atacaron... y descubrieron la abrumadora ferocidad y superioridad de los guerreros de Shaitan. Aquél fue el mensaje que la última de las bestias de Karen transmitió, antes de que sus señales mentales, obnubiladas por el dolor, se apagaran rápidamente.

En aquellos momentos, Harry dormía agitado por terribles pesadillas. Karen contemplaba cómo se revolvía en el lecho mientras murmuraba algo acerca de «los universos de la luz con forma de cono», de Möbius, un hechicero que había conocido en las tierras infernales: «un matemático que era religioso; un loco que cree que Dios es una ecuación..., más o menos lo que Pitágoras creyó siglos antes que él». Y sobre el continuo de Möbius, ese lugar fabuloso e insondable donde habían hecho el amor metamórfico, y que él consideraba como «un infinito cerebro que controla los cuerpos de los universos, en el cual los seres simples como yo no son más que sinapsis que transmiten pensamientos e intenciones y que cumplen con..., ¿con la voluntad de Alguien?».

A esas alturas, el sueño del necroscopio se había convertido en un proceso febril, lleno de ideas, conversaciones y asociaciones de su pasado, incluso de pasados sueños, como un caleidoscopio donde se mezclaba lo real y lo irreal, donde desde el principio su vida era vista como producto de una metamorfosis, igual que la experimentada por su carne, que le permitía hacer extraños descubrimientos y encontrar raros conceptos. El sueño, al igual que el último estertor de un moribundo, contenía elementos cruciales de toda esa vida, pero unidos en una única visión que duraba apenas un instante.

Cuando la frente gris se le perló de frías gotas de sudor, Karen pudo haberlo despertado; pero sus palabras la fascinaban; además, necesitaba dormir, recuperar fuerzas para la batalla. Quizá se serenara cuando la pesadilla hubiera pasado. De modo que permaneció sentada junto a él, mientras sudaba y divagaba sobre cosas que escapaban a su entendimiento.

Sobre la relatividad del tiempo y toda la historia, la del futuro y la del pasado, que eran contemporáneas pero ocurrían en «otra parte»; sobre los muertos, los verdaderos, no los muertos vivientes, que esperaban pacientes en sus tumbas a que se produjera un nuevo inicio, su segunda venida; y sobre una gran luz, la Luz Primigenia, «que es el actual e interminable Big Bang que se produce cuando todos los universos se expanden eternamente para salir de la oscuridad». Masculló cosas sobre números que tenían el poder de separar el espacio y el tiempo y sobre una ecuación metafísica «cuya única justificación es la de extender la mente más allá del límite de lo meramente físico».

En un determinado nivel, se trataba del torbellino subconsciente del genio matemático instintivo de Harry, mejorado y aumentado por su vampiro, que ahora

llevaba el control; pero en un plano superior representaba la violenta confrontación entre dos potencias absolutamente elementales: la Oscuridad y la Luz, el Bien y el Mal, la Sabiduría por la sabiduría misma (lo cual es un pecado), y la ausencia total de sabiduría, que es la inocencia. Era la batalla del subconsciente del necroscopio consigo mismo, en su interior, que debía plantear y ganar si deseaba impedir que cayera la oscuridad final, porque Harry *mismo* podía desempeñar el papel de brillante guardián de mundos venideros o representar su destrucción total incluso antes de que nacieran.

Pero Karen nada sabía de todo aquello, ella sólo sabía que no debía despertarlo. Y Harry continuó con su agitado sueño. «Podría darte fórmulas con las que ni siquiera has soñado...», decía, burlón, al recordar algún tiempo pasado ya olvidado, mientras las luces de sus ojos brillaban escarlata a través de los párpados cerrados. «¡Ojo por ojo, Dragosani, y diente por diente! Fui Harry Keogh..., me convertí en el sexto sentido de mi propio hijo antes de que la cabeza vacía de Alec Kyle me succionara y su cuerpo fuera mío..., Faethor, el gran embustero, habría vivido ahí dentro, conmigo, pero dónde está ahora Faethor, ¿eh? ¿Dónde está Thibor? ¿Y qué me dices del fanfarrón Bodescu? ¿Y Janos?» De pronto se echó a llorar y unos gruesos lagrimones se colaron por entre los párpados luminosos.

«¿Y Brenda? ¿Y Sandra y Penny? ¿Soy un maldito o un bendito...?

»Tenía un millón de amigos, aquello era delicioso, ¡lástima que estuviesen todos muertos! "Vivían" en una dimensión que estaba más allá de la vida y, a pesar de eso, yo podía hablarles y ellos seguían recordando lo que significaba haber estado vivos.

»Existen muchas dimensiones, innumerables planos de existencia, un sinfín de mundos. Una miríada de universos de luz con forma de cono. Y yo sé cómo surgieron. Y Möbius también lo supo antes que yo. Pitágoras pudo haberlo intuido, pero Möbius y yo lo *sabemos.*

»Hágase... (Torció los ojos, fuertemente cerrados.) Hágase... (Unas gotas enormes de sudor le cubrieron el cuerpo estremecido y gris como el plomo.) Hágase...»

Karen no pudo soportar más su dolor, porque sólo podía tratarse de un sufrimiento extremo. Lo sacudió y le suplicó:

—¿Que se haga qué, Harry?

—¡La luz! —aulló y abrió de golpe los ojos extraviados, encendidos por su propio calor.

—¿La luz? —repitió Karen con voz maravillada.

Harry pugnó por sentarse, se dio por vencido y se dejó caer en los brazos de su amada. La miró, asintió y dijo:

—Sí, la Luz Primigenia, la que mana de Su mente.

Los ojos de Harry siempre habían sido extraños, incluso antes de que su vampiro los tiñera de sangre, pero en aquel momento se transformaban velozmente. Karen vio que de ellos desaparecía primero la furia y luego el temor, y contempló fascinada cómo moría en ellos toda vitalidad alienígena, incluso toda la *pasión* de los wamphyri. Porque con una única excepción, el necroscopio era el primero de su especie que sabía y creía.

—¿Su mente? —repitió Karen por fin, y al ver la dulzura infantil de su rostro, se extrañó.

—¿La mente de... Dios? —Harry no estaba del todo seguro. Pero poco le faltaba—. De *algún* Dios —aclaró con una sonrisa en los labios—. ¡Un creador!

En su interior, instintivamente consciente de la inminente derrota, su vampiro

se encogió y tal vez lamentó su destino: formar parte de un hombre que sólo deseaba ser eso..., un hombre.

Capítulo seis

¡Lucha aérea!

A partir de aquella experiencia, el necroscopio cambió; la ascendencia de su parásito se había invertido; su humanidad volvía a llevar la voz cantante. Por el contrario, Karen insistía en que la acompañase en sus incursiones a la Tierra del Sol en busca de «sangre». Naturalmente, él no quería saber nada, y a ella le enfurecía su actitud.

—¡Pero tienes que hacerlo! —le explicaba ella apasionadamente mientras hacían el amor—. ¡Los wamphyri sienten un frenesí que sólo la sangre puede aplacar, porque la sangre es la vida! Y si no tomas sangre, no podrás llegar a la plenitud. Debes abastecerte para la lucha, ¿no lo comprendes? ¿Cómo puedo explicártelo?

En realidad, no hacía falta ninguna explicación; Harry sabía muy bien a qué se refería. Lo había visto en su propio mundo. Los boxeadores, en el momento en que hacían sangrar al contrincante, el olor y la visión de la sangre les permitía realizar un último esfuerzo, atacar a sus oponentes con más decisión, golpeándolos siempre en el mismo lugar húmedo, brillante y rojizo. Lo había visto en los gatos grandes y pequeños: las primeras gotas de sangre de ratón que convierten en cazador a un gracioso minino le provocan un frenesí. Y los tiburones: son pocas las cosas que para ellos signifiquen tanto como la sangre.

—He comido bien —solía contestar.

¡Ja!, le llegaba su burlona respuesta telepática.

—¿Qué has comido? ¿Carne de cerdo asada? ¡Eso no sirve para aprovisionarse!

—A mí sí me sirve.

—¡Pero a tu vampiro no!

—¡Entonces que el muy *cabrón* muera de inanición! —Jamás se permitía el lujo de que su enfado fuera más allá.

En ocasiones intentaba explicárselo:

—Lo que tiene que ocurrir, ocurrirá —decía a Karen—. ¿Acaso no lo hemos visto en el continuo de Möbius, en el futuro? De todas las lecciones de mi vida, Karen, ésta es la que he aprendido mejor: no trates nunca de cambiar ni evitar lo que está escrito en el futuro, porque *está* escrito. A lo único que podemos aspirar es a entender mejor la escritura, es todo.

¡Ja!, volvía a burlarse ella y, en voz alta, añadía con amargura:

—¿Quién es el que está derrotado incluso antes de empezar a pelear?

—¿Crees tú que no me siento tentado? ¡Muy tentado, créeme! Pero hace tanto tiempo que lucho contra esta cosa que llevo dentro que no puedo dejar que me gane, me cueste lo que me cueste. Si sucumbiera a la ira y a la lujuria, si saliera a matar a un hombre para chuparle la sangre..., ¿entonces, qué? ¿Me daría eso la fuerza que necesito para destruir a Shaithis y a Shaitan? Tal vez, pero entonces ¿quién sería el siguiente? ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que volviera a iniciar el ciclo wamphyri, pero esta vez más fuerte que nunca, porque dispondría de todos los poderes de un necroscopio? Una vez desencadenada la sed de sangre de mi vampiro,

¿qué ocurriría? ¿Crees tú que no intentaría entonces encontrar una forma de regresar a mi propio mundo, como el mayor portador de la plaga de todos los tiempos?

—Tal vez llegarías a ser rey en tu mundo —contestó ella—. Y yo estaría a tu lado para compartir tu trono de huesos.

—El Rey Rojo —asintió, de mala gana—, y con el tiempo, emperador de una dinastía escarlata. Y todos nuestros lugartenientes, muertos vivientes; nuestros hijos, sanguíneos, y quienes recibieran nuestros huevos vampíricos y los descendientes de estos últimos, todos ellos derramarían su pus sobre una humanidad deshecha, construirían sus nidos de águilas y erigirían sus propios reinos; tal como lo habría hecho Janos desde su isla del Mediterráneo, y Thibor, el jefe militar, después de haber vuelto roja a Valaquia, o Faethor en sus sangrientas cruzadas. Y nuestra progenie, todos ellos necroscopios congénitos..., ni los vivos ni los muertos estarían a salvo de ellos. ¿Tierras Infernales? ¡*Ésas* sí que lo serían, Karen!

Después de aquello, dejó de escucharla, y aunque lo hubiera hecho, habría sido demasiado tarde.

Fue por aquella época cuando los *otros* vigilantes de Karen, unos inmensos murciélagos *Desmodus* de la colonia del nido de águilas, les llevaron noticias de que por las fronteras más septentrionales de la Tierra de las Estrellas habían llegado Shaitan y sus fuerzas aéreas, reducidas pero letales. Inaudibles salvo para Karen y para otros de su propia especie, los gritos de los grandes vampiros fueron pasando un mensaje a través de los mil kilómetros de planicies desérticas, sembradas de peñascos: al cabo de cuatro años y medio de paz, los antiguos wamphyri regresaban a la Tierra de las Estrellas.

Cuando le llegó el aviso, estaba sacando de las tinas a unos guerreros maullantes; interrumpió de inmediato la tarea y fue a ver a Harry, y lo encontró sumido en sus pensamientos, en uno de los balcones que daba al norte.

—¡Si sigues ahí parado, necroscopio, podrás darle la bienvenida! No tendrás que esperar mucho.

Harry apenas la miró y recibió su presencia con un simple movimiento de la cabeza.

—Ya sé que están aquí. He percibido su llegada como si se tratara de gusanos que me estuviesen carcomiendo las terminaciones nerviosas. No son tantos, pero revuelven el éter como un ejército sacude la tierra. Es hora de que vayamos al jardín.

—Ve tú —dijo ella con un tono menos hiriente, y le acarició el brazo—. Trata de que tu hijo baje de las montañas. Quizá traiga consigo a la gris hermandad, aunque es difícil predecir de qué nos pueden servir. Por mi parte, dispongo de un trío de guerreros que he de destetar e instruir. Los he construido a partir de una materia prima estupenda y muy fiera, un material realmente bueno que dejaron Menor Mordisco y Lesk el Ahíto. Lo encontré intacto debajo de las ruinas de sus columnas, pero en lo que se refiere a las formas..., he de reconocer que comparada con ellos soy toda una inexperta.

—Asegúrate de que nos reconozcan a los dos como amos —le contestó Harry—. De ese modo, aunque no estén a la altura de las criaturas de Shaitan, es posible que se me ocurra un par de trucos.

Después se volvió y la levantó en sus brazos con tal velocidad que ella lanzó un grito.

—Karen, hemos visto nuestros futuros. Los hilos rojos de nuestras vidas se fundían en un fuego dorado y luego desaparecían en la nada. No fue un buen presagio para los dos, pero también podría significar cualquier cosa. Sencillamente,

no lo entendemos. En cualquier caso, sea cual sea su verdadero significado, ha de ser mejor que los futuros de nuestros enemigos que también vimos, ¡porque ellos no tenían ningún futuro! En el mañana de la Tierra de las Estrellas no hay hilos escarlata, Karen.

—Ya me acuerdo —dijo, sin separarse y apretándose a él con más fuerza— Así que me quedo y lucharé. No importa lo que nos pase, es bueno saber que ellos también van a morir.

Harry la ciñó con más fuerza y al hacerlo parecía más un niño pequeño. Deseó que todo aquello fuera una fantástica pesadilla de la que despertaría, otra vez niño, con toda la vida por delante, pero conservando lo suficiente del sueño para no cometer errores. ¡Ah, ojalá las cosas funcionaran de esa manera!

—Quisiera haberte conocido en mi mundo, como una chica normal, cuando no era más que un hombre —le dijo, sin pensárselo demasiado.

Karen no era tan romántica. En otros tiempos había sido inocente, hasta que la raptaron. En alguna ocasión, algún Viajero tímido y joven la había deseado, pero por aquel entonces se había reservado para algo mejor. *¡Ja!*

—Nos limitábamos a acariciarnos y a reírnos durante una hora —respondió bruscamente—. ¡Al diablo con aquello..., prefiero lo que acabamos de hacer! De todos modos, eres el necroscopio. ¿Qué sabes tú de los hombres corrientes?

El fuego que había en ella actuaba como un catalizador, quemaba desde el interior y a través de su cuerpo se veía un fulgor que la mostraba como lo que era: una wamphyri. Harry *podía* ser como ella, ¿pero era realmente preciso? Se había enfrentado a Dragosani, a Thibor, a Yulian Bodescu y a todos los demás como hombre, si bien como un hombre con poderes. No, nunca como un hombre corriente, pero tampoco había sido un monstruo. Y habían vuelto a aparecer otros contra los que luchar. Pero lo haría como hombre, o al menos como algo lo más parecido a un hombre.

La soltó y le preguntó:

—¿Tienes alguna bestia voladora preparada?

—Está en el abra de despegue. ¿No quieres usar el continuo de Möbius?

—Mi hijo y sus hermanos grises no me verían —respondió, negando con la cabeza—. A su manera, él podría percibirlo, aunque no es seguro. Si voy en una bestia voladora, seré visible, toda una curiosidad. Últimamente no hay muchas bestias voladoras en los cielos de la Tierra de las Estrellas.

En el abra de despegue, mientras Karen contemplaba cómo él iniciaba el vuelo, montado en la silla de la palpitante bestia con forma de manta, comprendió que tenía razón: era el único que surcaba los cielos. Por el momento.

Sintiendo un vacío interior, Karen regresó junto a sus guerreros...

Harry y Karen se encontraban en medio del desolado jardín cuando Shaithis y Shaitan el Caído regresaron a la zona wamphyri más importante. Contrariamente a lo que esperaban, los invasores no lanzaron un ataque inmediato, sino que se limitaron a salir planeando de los oscuros cielos septentrionales, surcados por las luces fluctuantes de la aurora, y a volar en círculos sobre las planicies cubiertas de escombros donde yacían las columnas destrozadas de los desaparecidos lores vampiros. Al cabo de un rato, con mucha cautela, aterrizaron en las abras del nido de águilas de Karen y exploraron sus niveles vacíos, donde no encontraron enemigos ni trampas ocultas, ni criaturas hostiles agazapadas en las sombras. Tampoco hallaron bestias gaseosas, chupadores, ni servidores de ningún tipo. No vieron comodidades

de ninguna especie salvo, quizás, en la solidez de las viejas paredes del nido. Y ni siquiera éstas eran lo bastante seguras para Shaithis.

—Fui testigo de la destrucción de columnas más grandiosas que ésta —comentó a Shaitan—. ¡Incluida la mía!

—Hicieron falta dos —replicó el otro con una risita ahogada al tiempo que asentía con su inmensa capucha negra—. En la otra ocasión, para controlar la potencia del sol hizo falta que intervinieran Harry Keogh y el Habitante. ¿No te das cuenta? Pero el Habitante ya no existe, porque se ha convertido en lobo. En cuanto a su padre, ¡vamos, un alienígena pálido, exangüe y poco más que un niño lloroso!

—¿Entonces por qué no atacamos sin más dilación?

—Lo haremos, pero antes hemos de alimentar a nuestras bestias y llenarnos el estómago. Después, cuando hayamos descansado nuestros huesos extenuados, y satisfecho otras necesidades largo tiempo contenidas, será el momento. Ten presente, Shaithis, que hemos hecho un viaje largo y que venimos de un lugar muy frío, y que no hemos venido solamente para acabar con tu odiado enemigo, ni para que puedas saciarte con la carne de la hembra que te traicionó. De manera que cálmate y ten paciencia, que cuanto deseas se hará realidad.

A pesar de la aparente confianza de Shaitan, en el fondo de su negro corazón le corroía la preocupación por su contrincante, Harry Keogh, el llamado Morador del Infierno, un vampiro que todavía no había probado la sangre de otros hombres. Sin que Shaithis se percatara, la inmensa sanguijuela que era su antepasado ya había utilizado sus poderes vampíricos infinitamente potentes para llevar a cabo un examen parcial, a distancia, del necroscopio. La telepatía de Shaitan era más evolucionada que la de Karen y la de Harry (en realidad, él era el gusano que carcomía las terminaciones nerviosas de Harry); aun así, las sondas enviadas eran superficiales. El motivo era sencillo: con sólo penetrar la capa más externa del aura psíquica del necroscopio —con sólo acercarse a un par de kilómetros del núcleo luminoso, del incipiente Centro de Fuerza en el que podía llegar a convertirse, cosa que había que impedir a toda costa— cualquier ser sensible lo percibiría por sí mismo. (Algo que Shaithis podría hacer si no fuera tan estúpido, aunque un estúpido muy hermoso... y desaprovechado..., al menos de momento.) Percibiría esa *energía* contenida que era mucho mayor que la de un simple hombre corriente, tal vez mucho más grande que la de ciertos vampiros.

¿Pero de qué clase de energía se trataría, de dónde vendría? Éstas eran las preguntas que preocupaban a Shaitan, porque hasta que no supiera qué era Harry Keogh y en qué era capaz de convertirse, no podía estar del todo seguro de cómo tratar con él.

Más aún, cuando llegara el momento oportuno, ese conocimiento le permitiría tratar con Shaithis, el que se consideraba a sí mismo como el Tortuoso —Shaithis el hermoso, el estúpido, el aspirante a Gran Traidor—, que no tardaría en convertirse en Shaithis el Gran Idiota. El mismo Shaithis que mantenía protegida su mente para que sus pensamientos viles y traicioneros no volaran libres. Si bien hacía tiempo que Shaitan estaba al tanto de los pensamientos de su descendiente y para él no eran ningún secreto.

En ese momento resultaba una imprudencia reflexionar sobre todas aquellas cosas, ya tendría tiempo suficiente de hacerlo cuando el defensor alienígena de la Tierra de las Estrellas hubiera muerto. O quizás antes si Shaithis llevaba las cosas a un punto decisivo.

Así reflexionaba Shaitan, pero cuidándose muy bien de ocultar sus

pensamientos a Shaithis, claro.

Dejaron un guerrero montando guardia en el nido de águilas y se llevaron a los demás a la Tierra del Sol, donde no tardaron en descubrir las fogatas de un asentamiento de Viajeros. Después, el cielo nocturno se llenó con los gritos de los hombres, los chillidos y los ruidos de la glotonería de los guerreros; en el aire flotaba el olor caliente de los muertos y los aullidos de las víctimas apresadas. De estas últimas había seis y eran todas mujeres.

Más tarde, las ventanas superiores del nido de águilas de Karen se iluminaron con el fulgor rojizo del fuego; el humo salía por las chimeneas; era como si se celebrara una alegre fiesta. Al menos para los vampiros que llevaban tanto tiempo sin saciar sus instintos fue alegre.

Las pocas sobras rotas que quedaron cuando Shaithis y Shaitan acabaron, sirvieron de golosina a los guerreros. El hecho de que aquella carne devastada estuviera muerta era un magro consuelo.

Harry y Karen dormían en el jardín.

El necroscopio aún contaba el tiempo en días y noches. Cuando su mente le indicaba a su cuerpo que era de noche, éste reaccionaba y se ponía a dormir. Su cansancio era tanto físico como mental, porque en cualquier batalla que se le presentara sabía que además de enfrentarse al enemigo debería luchar también consigo mismo. El problema, que era como el pez que se muerde la cola, no cambiaba nunca: ¿cómo vencer sin recurrir a la ayuda de su vampiro, sin permitirle que llevara del todo las riendas de sus poderes? Permitir que su sanguijuela ejerciera un control total habría sido como firmar su rendición, porque después ya no sería dueño de sí mismo, sino que sería un wamphyri en todo el sentido de la palabra.

Karen no tenía ese problema: porque ya era una wamphyri. Pero antes había sido mujer, y el necroscopio era su hombre. De manera que cuando él dormía ella también lo hacía, ovillada entre sus brazos. No obstante, estaban ya preparados: estaban vestidos y el guantelete de Karen reposaba al alcance de su mano. Conscientes de su delicada posición, habían apostado un guardia. Cerca del paso de las montañas, al reparo de las sombras, un guerrero gruñía suavemente y movía su pesado corpachón acorazado en busca de una postura más cómoda; la segunda bestia de Karen estaba apostada en la vanguardia, al reparo del muro, donde el terreno descendía en una abrupta pendiente hacia las estribaciones de las montañas de la Tierra de las Estrellas y la planicie que había más allá. En cuanto a la tercera criatura, estaba situada en un punto elevado, en una cornisa debajo de un saliente de los riscos occidentales, donde sus múltiples ojos acostumbrados a la oscuridad escrutaban las planicies de peñascos, controlaban los cielos y los yermos iluminados por las estrellas en busca de movimientos sospechosos.

Pero había un cuarto guardián, del que los durmientes no se habían percatado, un guardián mucho menos llamativo. En otros tiempos conocido como el Habitante, era ahora una silueta gris y enjuta que se mantenía alejada, una silueta que vigilaba el jardín abandonado protegida por el escudo de los árboles. Algunas veces, cuando algún recuerdo refulgía en su mente, entendía por qué estaba allí, pero en otras ocasiones no le resultaba tan claro. De todas maneras, ahí estaba.

Fue su gruñido mental, junto con los repentinos chillidos y gritos de las bestias en combate, los que despertaron al necroscopio y a su lady cuando los invasores atacaron. A pesar de todas las precauciones, los sorprendieron, porque el enemigo no atacó desde la Tierra de las Estrellas sino desde la Tierra del Sol; llegaron desde las

montañas tras las cuales todavía reinaba el ocaso.

Los invasores habían abandonado en masa el nido de águilas de Karen, cruzaron los picos del extremo este donde no había nadie que los vigilara y después viraron hacia el oeste, al abrigo de las montañas. Resguardados por la barrera de la cadena montañosa, volaron desde la Tierra del Sol, siguiendo la línea de los riscos, hasta llegar a la latitud del jardín; una vez allí, se elevaron por encima de los picos desde donde exploraron el territorio de los defensores y descubrieron la situación de los guerreros y el hecho de que nada más se movía. Posteriormente, con sus sondas encontraron la mente dormida de Karen. En cuanto a la del necroscopio, también estaba dormida, pero protegida e impenetrable. Y soñaba.

Harry soñaba que corría veloz por el torrente temporal del futuro de la Tierra de las Estrellas: en sus ojos se reflejaban los destellos de las líneas vitales azules, verdes y rojas, y sus oídos parecían sintonizados al infinito —*¡Aaaahh!*— monocorde de la expansión de la vida hacia todos los mañanas de todos los Universos de la Luz. La última vez había estado allí con Karen, pero en esa ocasión se encontraba solo, por lo que pudo prestar más atención a cuanto lo rodeaba y fue consciente de que los hilos escarlata de los vampiros convergían sobre el suyo. Y cuando daba la impresión de que iban a fundirse en una extraña colisión temporal, en ese punto, en aquel enfurecido crisol, el tiempo de Möbius adquiría una tonalidad dorada que ponía fin a... ¿todo?

Tal vez no.

El sueño se diluyó entonces y Harry se despertó de golpe en la derruida morada del Habitante en la que Karen y él habían establecido su cuartel general. Karen también despertó en sus brazos.

—¡Los guerreros! —gritó, y extendió la mano para introducirla en la matriz del guantelete recubierta de basto material.

—Iré a ver —contestó Harry ya en pie; conjuró una puerta de Möbius que coincidió con el marco de la puerta de la morada de piedra. Al cruzar ambas, miró hacia el cielo. ¡Bestias voladoras! Las vio un instante antes de que lo envolviera el continuo de Möbius: amplísimas siluetas de manta que palpitaban en el cielo; montados en sus sillas, unos jinetes wamphyri dirigían el ataque de sus guerreros. Además de los guerreros, que ya se encontraban en el suelo, trabando combate con las criaturas de Karen, seguían en el aire varias bestias que volaban delante de las estrellas como pulpos aéreos, con las palas propulsoras extendidas y los orificios de escape activados. Eran tres y volaban en formación triangular, protegiendo a sus controladores, ¿pero cuántas más habrían descendido ya?

Harry salió del continuo en la parte posterior del paso. El guerrero guardián de Karen era atacado por dos bestias inferiores, pero de una ferocidad increíble; una de ellas estaba debajo y con sus pinzas y hoces intentaba abrirle el vientre, mientras que la otra cabalgaba sobre su lomo y a dentelladas trataba de alcanzar la espina dorsal. ¡Ni siquiera la carne metamórfica podía soportar por mucho tiempo un ataque semejante!

Apártate de ellas, ordenó el necroscopio. *Elévate si puedes. Ataca al enemigo en el cielo.* Había abierto su mente para comunicarse con el guerrero.

Karen lo captó de inmediato.

He lanzado al guerrero desde la cornisa de los riscos, le informó. *Es rápido y feroz. Si logras que ése remonte el vuelo..., Shaithis y Shaitan pueden encontrarse en desventaja. Sus bestias voladoras son poco convencionales, están fuertemente blindadas, pero no son dignos contrincantes de un guerrero. ¡Tal vez podamos hacer*

que esos cabrones caigan en picado!

Como se encontraban cerca del enemigo, sus pensamientos ya no eran ningún secreto.

¡Eh, Karen!, gritó Shaithis lleno de júbilo desde el cielo. *Siempre traicionera, ¿eh? Estoy seguro de que mientras te quede aliento me maldecirás. ¡Sé que lo harás y yo estaré presente para verlo!* Dirigiéndose a Harry, añadió con voz ronca: *¡En cuanto a ti, Morador del Infierno..., ah, qué bien te recuerdo! Tenía un nido de águilas... hasta que tú y tu hijo, el Habitante, lo convertisteis en un montón de escombros. ¿Dónde está tu hijo ahora, eh? He oído decir que es un lobo enorme que engendra lobeznos a la luz de la luna. ¡Ja, ja, ja! ¿De qué perra lo sacaste, eh?*

Harry oyó con claridad la befa de Shaithis y también la abrupta interrupción de Shaitan, que fluyó en su mente como si se tratara de limo mental:

Las pullas no sirven de nada. Cuando llegue el momento, mátalo, naturalmente..., pero entretanto, déjalo en paz.

El vampiro del necroscopio estaba furioso, quería imponer su voluntad; las exigencias que le planteaba a Harry eran mentales y físicas; oía su voz que le gritaba: «¡Dame ese derecho! ¡Deja que los despedace! ¡Tú sólo entrégame tu mente y tu cuerpo, que yo te lo daré todo!». Pero Harry sabía que mentía, que su parásito lo *tomaría* todo.

Oyó cómo se agitaba el aire, se agazapó, adoptando una postura de defensa, y miró al cielo. Karen había levantado vuelo; la bestia voladora de Harry, que ella le había enviado giró bruscamente y descendió hacia él. Cuando los quince metros de envergadura de sus membranosas alas de manta, compuestas por huesos alveolados, carne esponjosa y cartílago, bajaron del cielo, Harry dio un salto, se agarró de los salientes del arnés que llevaba la bestia debajo del cogote y, tomando impulso, se sentó en la silla. En tierra, el guerrero asediado se sacudió a sus atacantes y levantó el vuelo.

¡Bien!, lo animó Harry. *Ahora únete a tu feo gemelo y ayúdale a despedazar a las bestias voladoras enemigas.*

Ayudémoslos, le pidió Karen mentalmente, al tiempo que su bestia comenzaba a elevarse en una corriente de aire proveniente de la Tierra de las Estrellas que la condujo hacia donde se encontraban los invasores, que parecían sentados entre las estrellas.

Subiendo hacia las bestias voladoras blindadas de Shaithis y Shaitan, escudados tras la formación en punta de flecha de los guerreros siseantes, Harry preguntó:

¿Dónde está nuestro tercer guerrero?

En tierra, muerto, respondió Karen, sombríamente. *Aplastado por el espécimen más terrible que he visto en mi vida. En los viejos tiempos, el pensar siquiera en una bestia semejante habría significado el destierro sumario. La antigua regla era bien sencilla: nunca des vida a nada que más tarde pueda resultar invencible. Porque a la larga, hasta el cerebro más débil es capaz de aprender sus trucos. En cuanto a estas cosas que Shaithis y Shaitan han diseñado —sobre todo* ésa*— ¿es que no percibes su maligna inteligencia? ¡Son abominaciones!*

Harry exploró el cielo entero y luego miró hacia el suelo, trescientos metros más abajo, y en la oscuridad lo descubrió.

Entiendo a qué te refieres, dijo.

Elevándose a la altura de Karen y de él mismo, en la misma corriente de aire, llegaba el guerrero al que le había ordenado levantar vuelo; estaba herido y por las grietas provocadas en la escamosa armadura del vientre perdía fluidos. Las gotas de

plasma brillaban rojizas como un collar de rubíes allí donde los tejidos metamórficos comenzaban a cicatrizar los profundos cortes del cuello. Por el momento, los propulsores del guerrero aún funcionaban, pero Harry creyó oír un chisporroteo.

Un poco más arriba de donde se encontraban él y Karen, y subiendo a mayor velocidad, el guerrero ileso que Karen había lanzado desde los riscos soltaba con furia los gases propulsores. Resollaba como un dragón mientras iba directo hacia las bestias voladoras y sus jinetes. Respondiendo a la amenaza como monstruosos autómatas, el trío de guerreros escolta giraron hacia adentro y comenzaron a converger, perdieron altura, inclinaron los propulsores y cayeron como piedras sobre su objetivo.

Ocurrió en un momento: el hecho era que a altura media y elevada, Karen y el necroscopio estaban en seria desventaja. En cuanto a la situación en tierra, era mucho peor. Los guerreros enemigos, que en la parte trasera del jardín habían herido de gravedad a la criatura de Karen, se habían lanzado en la misma corriente ascendente y estaban a punto de alcanzarla; subiendo tras ellos, a mayor velocidad aún, iba el destructor de su tercera criatura, que ella había descrito como el guerrero más terrible que había visto en su vida. Harry no era experto en esas lides, pero tuvo que darle la razón.

Estaba dotado de tentáculos de calamar... y allí acababa toda comparación con criaturas que le resultaran familiares. Era gigantesco, todo carne, sangre, cartílago y hueso, pero con el aspecto y las grises iridiscencias de un extraño metal flexible. Unos racimos de vejigas gaseosas cual extrañas barbas abultaban su cuerpo palpitante y le restaban maniobrabilidad, pero lo ayudaban a soportar el peso extra de sus brazos y la armadura. Estos últimos elementos no eran añadidos del guerrero, sino que formaban parte integrante de su cuerpo; como los grandes saurios de las épocas pretéritas de la Tierra, llevaba las armas puestas. Aunque la naturaleza, ni siquiera en sus sueños más desbocados, había dotado jamás a criatura alguna de órganos como aquéllos. No, porque aquel ser había sido diseñado exclusivamente por Shaithis.

¿Y bien, necroscopio?, chilló la voz telepática de Karen, alarmada.

Si huimos no haremos más que posponer lo inevitable, respondió él.

¿Entonces? El pánico surgió en ella como el viento de la Tierra de las Estrellas.

¡Procuremos hacer el mejor papel posible aquí mismo!

En el cielo, una letal formación en punta de flecha cayó sobre el guerrero de Karen como halcones sobre una paloma. Harry ordenó a su bestia voladora:

Quédate con tu ama. Después, saltó de la silla y se lanzó hacia una puerta de Möbius conjurada en el último momento..., y al instante siguiente apareció sobre el lomo escamoso del guerrero de Karen, donde casi logró saborear el hedor caliente de los atacantes. ¡Estaban muy cerca!

¡Deslízate a un lado!, le ordenó a su asustada montura. Conjuró una inmensa puerta y guió al monstruo para que la pasara. El trío enemigo confluyó en el sitio donde Harry había estado y formó un nudo enmarañado; el necroscopio salió del continuo de Möbius encima de ellos..., ¡a la altura de las bestias voladoras blindadas de Shaithis y Shaitan!

Cuando su mirada se topó con las de ellos, a través del aire logró captar parte de la andanada telepática de Shaithis:

¡Basura de las tierras infernales, tú y tu maldita magia!

Harry se distrajo: había visto los ojos escarlata de Shaitan y éste le había dedicado una mirada ardiente. En la mente del Caído no había odio hacia el necroscopio, sólo una gran curiosidad.

Ahórrate las maldiciones, le advirtió Shaitan a Shaithis. *Porque éste todavía es capaz de causarnos un gran daño. Entonces sí tendrás verdaderos motivos para maldecirlo.* Harry también oyó la advertencia.

Abajo, el trío de guerreros confundidos se había desenredado; volvieron a elevarse con un rugido de propulsores.

Dos de vosotros, ordenó Shaithis. *¡Venid a mí, deprisa!* Y, dirigiéndose al tercero, añadió: *Ve por la mujer. Ya sabes qué has de hacer...*

¡Maldito bicho baboso! Harry lanzó el pensamiento a Shaithis antes de darse cuenta de que no se trataba de un gran insulto. Buscó a la bestia voladora de Karen y la vio salir de la espiral ascendente para seguir las montañas en dirección al este. Un par de guerreros —uno de ellos era la criatura herida de Karen— salió tras ella y las dos bestias chocaron en el aire. El guerrero de Karen se llevó la peor parte, pero su bestia voladora había logrado poner distancia y ganar tiempo. De momento, Harry parecía haber perdido al gigantesco guerrero.

Aprovechando que Karen no se encontraba en peligro inmediato, el necroscopio se agarró a las escamas de su monstruosa montura y la lanzó de cabeza hacia sus enemigos. Éstos dieron media vuelta y salieron disparados sobre la planicie de peñascos de la Tierra de las Estrellas, más o menos en dirección a los nidos destruidos de los wamphyri. Resultó evidente que en vuelo horizontal sus bestias poseían la ventaja de la velocidad. Al comprobar que de aquella manera sería incapaz de alcanzarlos, Harry conjuró una puerta y guió a su guerrero para que la atravesara...

... Salió directamente encima de las bestias voladoras que volaban ágiles hacia el este. Shaithis oyó el aullido de los propulsores del guerrero, notó su sombra en la espalda y miró hacia arriba. La sonrisa del necroscopio brilló escarlata, furiosa, cuando abalanzó su montura sobre la bestia voladora de Shaithis e intentó aplastarlo en la silla. De inmediato, Shaithis se inclinó sobre los hombros de su montura. El guerrero de Harry extendió los rezones, las pinzas y las mandíbulas retráctiles y comenzó a cortar a la bestia voladora en el aire; sus apéndices, afilados como cuchillas, se acercaban peligrosamente a Shaithis mientras éste se contoneaba desesperado para salvar la vida. Empapado en la sangre de su víctima, el guerrero de Harry se elevó un poco y volvió a abalanzar la masa de su cuerpo sobre la bestia voladora. Shaithis se dejó resbalar de la silla, se agarró de los arreos y, bañado por una lluvia escarlata, supo que se había quedado sin bestia voladora.

¡Shaitan!, gritó, colgado en el aire.

Shaitan hizo que su bestia descendiera un poco y se ladeara.

¡Salta!, le ordenó, pasando directamente por debajo de su descendiente. Shaithis hizo amago de saltar hacia la bestia voladora de su antepasado, pero fue desviado de su curso cuando el guerrero de Harry embistió por tercera vez el lomo de su cabalgadura, partiéndola en dos. Rodando delante de Shaitan, Shaithis se encontró de pronto en caída libre.

Hacía tiempo que Shaithis no volaba por sí solo, pero estaba en buenas condiciones y se encontraba a una altura más que suficiente. Su túnica suelta se hizo pedazos cuando se extendió para adoptar la forma prehistórica de un pterodáctilo y, poco a poco, la caída en picado se convirtió en un planeo. En la distancia, hacia el este, en la planicie de peñascos, vio un faro brillante y supo que se trataba de la Puerta que daba a las tierras infernales. Constituía un buen punto de referencia y se dirigió hacia allí.

El necroscopio lo había perdido. Shaithis, una mota oscura en un cielo más

oscuro aún, había desaparecido. Pero quedaba Shaitan. Entretanto, el padre inmemorial de los vampiros había avanzado; Harry cubriría la misma distancia en el tiempo que tardara en conjurar una ecuación. Se disponía a hacerlo cuando... ¡su guerrero fue embestido por detrás!

El impacto estuvo a punto de hacerlo caer de las placas que llevaba en el lomo su montura. Detrás de él, el más monstruoso de todos los guerreros agarraba a su criatura con unas pinzas parecidas a las de los cangrejos y le arrancaba gruesos trozos de carne de la musculatura de sus conductos de propulsión. Las otras bestias de Shaitan se mantuvieron a prudente distancia para permitir que su pariente más monstruoso continuara con la tarea.

En los últimos segundos, Karen logró establecer contacto mental con Harry. Vio los problemas que tenía y él los de ella: el guerrero menos potente que Shaithis había enviado a por ella había eliminado a su criatura luchadora y se disponía a atacar a su bestia voladora. Para Karen todo parecía estar perdido.

¡Necroscopio, esto se acaba! Mi montura está débil y no tardará en rendirse. La culpa de todo la tengo yo, que la he diseñado. Me dirigiría a las tierras ardientes a una muerte dorada bajo el sol naciente, pero dudo que pueda llegar. ¡Al menos moriré con honor: mi guantelete contra un guerrero!

Montado en la última criatura de Karen, mientras su atacante la hacía pedazos a ojos vista, el necroscopio miró a Karen a los ojos.

La bestia voladora de lady Karen resolló sonoramente cuando su amazona la obligó a virar al sur, hacia el gran paso, pues su altura era ya insuficiente para permitirle superar los picos. Pero el monstruo al que Shaithis le había ordenado atacarla se abalanzó sobre ella desde lo alto y por la espalda. Y allá abajo, cerca de donde el gran paso partía las montañas, se encontraba la luz enceguecedora. La Puerta de la Tierra de las Estrellas, por supuesto; Harry lo habría deducido de inmediato, pero el problema radicaba en que aquella vista aérea le resultaba desconocida. Poco después, el cadáver destrozado del guerrero de Karen enrojeció esa vista al caer en picado y estrellarse en mil pedazos contra el suelo. Su destructor se disponía a acabar con Karen.

Harry saltó de su criatura, cruzó una puerta de Möbius y emergió en las estribaciones de las montañas que se elevaban del portal de la Tierra de las Estrellas. La Puerta era una falla en la materia del multiverso, una inmensa distorsión en el tejido del espacio-tiempo de Möbius, pero el necroscopio se encontraba a una distancia suficiente como para que influyera en él. Exploró la amplia abertura del paso donde el guerrero enemigo jugueteaba con la extenuada bestia voladora de Karen, obligándola a aterrizar. Una segunda bestia voladora sin jinete aleteaba inútilmente cerca de allí: era la montura de Harry, a la que había dado órdenes de permanecer junto a su ama. Utilizó el continuo de Möbius para montarse en su silla y le dijo a Karen:

Todavía no estamos vencidos.

Ella lo oyó, y también Shaithis. Al final de su largo planeo, aterrizó cerca de la Puerta y recuperó su forma humana. Al ver a su guerrero en el cielo, amenazando a las bestias voladoras y a sus jinetes, le ordenó:

¡Tráeme a la mujer..., en pedazos si es preciso!

El guerrero reaccionó de inmediato: cayó con todo el peso de su enorme corpachón contra la bestia voladora de Karen y a punto estuvo de desmontar a ésta de su silla. Así colgada, mientras trataba de recuperar el equilibrio y los sentidos, el guerrero sacó unos apéndices dotados de ganchos y la agarró. Después, mientras sus

propulsores rugían triunfalmente, el monstruo le asestó a la bestia voladora un último golpe que le partió el pescuezo. La bestia de Karen comenzó a girar sobre sí misma y a caer en picado hacia el paso, mientras el guerrero se daba media vuelta y se dirigía hacia la planicie de peñascos.

¡Bien!, exclamó Shaithis, aplaudiendo a su bestia. *Tráemela.*

Harry obligó a su montura a bajar en picado para interponerse en el camino del guerrero; éste lo ignoró y siguió su camino. Y Harry envió esta orden directamente a su pequeño cerebro:

Entrégamela a mí.

¡No lo hagas!, replicó su legítimo amo. *¡Apártalo de tu camino..., aplástalo si puedes!*

El monstruo se abalanzó sobre Harry. Karen, sujeta por los palpos recubiertos de espinas quitinosas que le perforaban la piel y la inmovilizaban como si fuera un pescado atrapado por cien anzuelos, se limitó a gritar cuando el cuello de la bestia se arqueó para golpear a su amado; unas fauces que parecían una cueva, dotadas de armas más letales que la boca de un *Tyrannosaurus rex,* se abrieron para engullirlo.

Lo que ocurrió después fue pura reacción instintiva. Fue como si Faethor Ferenczy viviera aún dentro del necroscopio y le susurrara al oído: *¡Cuando abra sus enormes fauces, métete en ellas!* Harry sabía que jamás podría abrigar siquiera la esperanza de dañar físicamente a aquella bestia, al menos desde fuera. Pero en alguna parte de aquel monstruoso cráneo había un cerebro diminuto y, en el fondo de su ser, conservaba algo que todavía era o deseaba ser wamphyri.

¡Métete en sus fauces!

Harry se irguió en la silla y saltó hacia el interior de la hedionda boca del guerrero justo en el momento en que éste la cerraba. Pero en el interior de esa puerta rodeada de dientes, apareció otra conjurada por su mente metafísica. La cruzó, pasó al continuo de Möbius... y volvió a salir en el interior de la cabeza del guerrero. Se encontraba físicamente *dentro* de su cabeza, entre los toscos materiales de su cráneo, tubos y conductos palpitantes, protuberancias y nódulos, entre la sucia membrana mucosa de su cráneo vivo.

Notó las contracciones de la papilla que desplazaba a su paso y cómo se encogía la carne metamórfica cuando su cuerpo se materializó y rozó las terminaciones nerviosas, los tejidos húmedos y esponjosos y el palpitar del plasma que proporcionaba oxígeno al pequeño cerebro agonizante..., tendió las manos provistas de garras vampíricas para buscar y acariciar el ganglio central. Y pulverizarlo después. Entonces...

La gravedad desapareció cuando los propulsores del guerrero se cerraron y la bestia descendió en caída libre. En el interior de su cabeza, Harry trató desesperadamente de encontrar sitio para conjurar una puerta de Möbius. Necesitaba espacio para trabajar y aire para poder respirar; nunca antes había intentado conjurar una puerta bajo el agua o rodeado de sólidos viscosos —es decir, de sangre caliente—, pero debía hacerlo. Debía conjurar una puerta, salir de allí, rescatar a Karen de las garras de aquella bestia muerta antes de que se estrellara contra el suelo.

Cuando las matemáticas de Möbius comenzaron a mutar en la pantalla de la mente del necroscopio, éste comprendió qué extraños y qué equivocados estaban los cálculos. La puerta vibró y se estremeció sin alcanzar a materializarse del todo. Sus energías se adhirieron a la zona del espacio que se hallaba en el perímetro de su matriz y, con gran violencia, lograron darle nueva forma. La materia normal, despojada de su forma natural, fluyó como el magma en el instante previo a que la

abortada puerta estallara para desaparecer.

Shaithis vio que su criatura caía a tierra y por un momento pensó que se estrellaría contra la Puerta. Asombrado, contempló cómo su cabeza blindada se torcía, se deshacía y se abría en pedazos antes de que el animal acabara estampándose contra el suelo, a pocos pasos del portal dimensional. Al chocar contra el terreno, vio algo con forma humana —pero rojiza, amarillenta y grisácea como el cieno—, que salía vomitada del cráneo destrozado e iba a parar a la planicie de peñascos. Cuando la nube de polvo se hubo depositado, y las últimas gotas de cieno y plasma hubieron empapado las rocas y la tierra, avanzó.

Protegiéndose los ojos del resplandor, se paseó con aire incrédulo entre los restos de su guerrero y miró fijamente a lady Karen, magullada, sangrante e inconsciente entre las pinzas de la bestia, y a Harry Keogh, el Morador del Infierno, descoyuntado y bañado en sangre. Aunque todavía no estaba muerto, distaba mucho de estar acabado.

Claro que no, pensó Shaithis, *¡porque es un wamphyri! Aunque es distinto... y resulta difícil de comprender.*

¡Es verdad!, convino Shaitan, obligando a su bestia voladora a que descendiera planeando sobre la tierra. *Sin embargo, eso es precisamente lo que hemos de hacer, comprenderlo. Porque su mente contiene todos los secretos de la Puerta y de los mundos que hay tras ella. De manera que no le causes más daño y deja que cicatrice lo mejor que pueda. Cuando esté en condiciones de hablar, lo interrogaré...*

Traicionado por su propio poder al intentar materializar una puerta de Möbius cuando estaba demasiado cerca de la Puerta esférica, la mente metafísica del necroscopio había recibido el golpe de lleno. Su carne era vampírica y con el tiempo se reconstruiría, incluso el núcleo de su dañado cerebro, pero hasta que ello no ocurriera no recuperaría la memoria. En cierto modo, había tenido suerte.

Por otra parte, Karen no estaba tan destrozada y no había tenido tanta suerte. Mientras Shaitan se ocupaba de Harry, su tenebroso descendiente tenía una única idea fija: Karen. Los dos buscaban el conocimiento; en el caso de Shaithis ese conocimiento era carnal.

El examen de Shaitan fue telepático. Mientras la mente de Harry cicatrizaba y los fragmentos de su destrozada memoria se unían poco a poco, el Caído extraía de ella toda la información que consideraba de valor. Ciertos conceptos eran difíciles; en los casos en que los recuerdos resultaban demasiado complicados (o dolorosos) para retenerlos de forma detallada, Harry se limitaba a conservar únicamente una idea general. Por ejemplo: el complejo subterráneo de Perchorsk, al que siempre había considerado como una fortaleza oscura y melancólica. Sus imágenes mentales del Perchorsk Projekt eran absolutamente monocromáticas; los recuerdos que conservaba del lugar —sus características y su textura— no se diferenciaban de los de un amenazante nido de águilas, pues rehusaba completar los detalles. El motivo era Penny, por supuesto, porque a pesar de su delicado estado, Harry no lograba que Perchorsk se concretara en su mente sin que ella apareciera.

En cuanto a la vida de Harry antes de Perchorsk, y al mundo en general, Shaitan consiguió conocer muchos aspectos. Los suficientes para estar seguro de que cuando cruzara la Puerta e invadiera el complejo subterráneo —desarmando sus defensas y convirtiéndolo en su fortaleza inexpugnable—, para adueñarse luego del resto del mundo del necroscopio, serían muy pocas las cosas que se interpondrían en su camino. Su ejército de servidores vampiros se desplegaría insidiosamente por toda

la Tierra y sus oscuros discípulos llevarían su plaga a todos los confines del globo hasta que él lograra ser el rey supremo. Del mismo modo que había intentado reinar en aquellos lejanos y nebulosos albores que le estaba vedado recordar.

Cada vez que Shaitan pensaba en ello, iba a ver a Harry, que descansaba sobre la manta de un Viajero, cerca de sus fogatas, volvía a mirarlo y se preguntaba dónde habría visto aquella cara vagamente familiar. ¿En qué lejana tierra, en qué tiempos borrosos y olvidados, en qué existencia anterior?

También se preguntaba acerca de los extraños poderes del necroscopio, unos poderes asombrosos de los cuales era el único poseedor, unos poderes que había traído de un mundo alienígena. Shaitan lo había visto con sus propios y viejos ojos moverse de un lugar a otro, pero sin cruzar la distancia que mediaba entre ambos. Sí, llegado del otro mundo después de atravesar la Puerta casi como si..., como si hubiera *caído* del otro mundo al siguiente. ¿Del mismo modo que había caído antes Shaitan? ¿Del mismo mundo? Tal vez. Pero..., pero Shaitan lo había olvidado, porque ellos (¿pero *quiénes*?) le habían robado esos recuerdos.

El necroscopio había sido desterrado por sus semejantes (del mismo modo que Shaitan fue desterrado en aquellos tiempos *antes* de que los wamphyri lo enviaran al exilio), lo obligaron a refugiarse allí por ser diferente. En cierto modo, el padre de los vampiros se sentía extrañamente emparentado con el necroscopio.

Cuando la mente de Harry quedó parcialmente reparada, Shaitan volvió a entrar en ella para preguntarle:

¿Te conozco? ¿Dónde te he visto antes? ¿Perteneces al grupo de los que me echaron de mi lugar legítimo?

La mente de Harry conservaba cierta coherencia dentro de su limbo, sabía que le estaban hablando, conocía incluso algún que otro detalle sobre quién le hablaba y el significado de sus preguntas, a las que contestó:

No.

He oído tus pensamientos, insistió Shaitan. *Te preguntas sobre extraños mundos fuera del alcance del común de las personas. ¡Sobre mundos que no están en los espacios interestelares, sino en los espacios que hay entre los espacios mismos! Tienes acceso a uno de esos espacios invisibles, en el que te mueves con mayor segundad y velocidad que un pez en el agua. Yo también me movería bien allí, en la oscuridad que no es de este mundo. Enséñame cómo.*

Era el secreto mejor guardado del necroscopio, pero como estaba herido, mental y físicamente, no podía continuar guardándolo. De haberlo intentado, la hipnosis mental del Caído se lo habría arrebatado. Fue así como enseñó a Shaitan la pantalla de ordenador de su mente, donde las ecuaciones de Möbius comenzaron a sucederse a un ritmo ascendente. Shaitan lo vio, sintió una extraña aprensión y tuvo miedo.

¡Deténte!, le ordenó cuando el leve vibrar de una torturada puerta de Möbius, surgida de la nada, comenzó a formarse en su mente. Cuando la pantalla quedó limpia de datos y la puerta a medio formar hizo implosión, la gran sanguijuela lanzó un suspiro de alivio y sintió un gran placer al poder alejarse de Harry. Después de haber percibido las energías que emanaban de aquellas ecuaciones que rodeaban la puerta, sospechó que ya las había conocido en un mundo lejano, y que habían sido el desencadenante de su caída.

En aquel momento Shaitan comprendió que el lugar secreto de Harry estaría para siempre fuera de su alcance y sintió rabia. ¿Emparentado con esa criaturita llorosa, con ese principiante de la magia negra, con ese lastimoso, ensangrentado inocente que ni siquiera había probado la sangre? Era una locura que jamás se le

habría ocurrido soñar siquiera. Además, ¿qué importaba que existieran lugares prohibidos e invisibles? Para empezar, serían suficientes los *visibles,* le bastaría con uno a la vez. Ahora que la Tierra de las Estrellas había sucumbido, el mundo que se erigía tras la Puerta —el mundo del necroscopio— sería el siguiente. Pronto se produciría la entrada en ese mundo, antes del alba.

Entretanto, Shaitan ya sabía todo lo que necesitaba saber del necroscopio. Shaithis podía disponer de él; que el llamado «Morador del Infierno» padeciera lo indecible y muriera como un vampiro y que él y todos sus misterios acabaran consumidos por el fuego, convertidos en puro humo.

Éstos eran los pensamientos que el Caído dejaba entrever al mundo exterior. Pero en el fondo de su ser manaban corrientes más profundas. En condiciones normales, el tal Harry Keogh había sido poderosísimo. Si lograba vivir, era muy posible que volviera a serlo, era muy posible incluso que se convirtiera en una potencia. Razón por la cual, si Shaithis conservaba algo de visión, haría muy bien en eliminarlo de forma expeditiva. Pero después de que Shaitan hubiera dispuesto de él.

Desde el punto de vista del necroscopio —o más bien para sus traumatizadas percepciones— los hechos se desarrollaban en medio de una náusea infinita, una confusión vacilante, una semiconsciencia dolorosísima y un despertar plagado de borrosas visiones, fantasmales atisbos de recuerdos incompletos y un flujo de datos vívido, pero con frecuencia carentes de significado. En ocasiones, mientras su carne metamórfica realizaba el titánico esfuerzo de curarle el cuerpo y el cerebro, su mente parecía formar parte de un morboso tiovivo que girara sobre su propio eje, repasando una y otra vez las mismas escenas. A veces, quedaba atrapada en los espejos de un caleidoscopio, donde cada trocito de coloreado oropel representaba un fragmento disperso de su vida pasada o de su presente existencia.

En sus momentos de mayor lucidez, Harry sabía que incluso en la mejor de las condiciones sus heridas tardarían bastante tiempo en sanar; no disponía ni de ese tiempo ni de esas condiciones. Cuando Shaitan lo entregó a Shaithis, este último lo crucificó cerca de la Puerta. Unos clavos de plata lo fijaban a unos maderos verdes y una estaca de plata lo traspasaban a él, a su vampiro y los maderos de la cruz y salía por el otro lado, donde la habían doblado hacia un costado. La plata lo carcomía a la misma velocidad con que su carne de wamphyri reparaba el daño. Supuso..., no, no lo supuso, supo con certeza que no bajaría vivo de aquella cruz. A sus pies, una hoguera de ramas secas se lo confirmaba.

Una segunda cruz había sido levantada para Karen. Algunas veces la colgaban allí, con lo que su proceso de cicatrización se veía dificultado y se mantenía en actitud servil, en otras ocasiones la retiraban. Harry sufría más por ella cuando la bajaban de la cruz, porque significaba que Shaithis usaba y abusaba de ella. De haber tenido fuerzas, habría hablado telepáticamente con ella, aunque sospechaba que le impediría entrar en su mente. Porque seguramente preferiría guardarse sus tormentos para no desesperarlo más. De vez en cuando, en las ocasiones en que la cruz de Karen estaba vacía, Harry miraba hacia la tienda de pieles de Shaithis y el odio ardía en él como un fuego. Entonces, aunque demasiado tarde, deseaba haber dado rienda suelta a su vampiro. Afortunadamente, esos momentos de claridad mental y remordimiento eran pocos y espaciados.

No recordaba la llegada de los Viajeros, a los que Shaithis había hecho regresar a través del paso. A su manera, eran «leales» a los wamphyri, pertenecían a una tribu temible y odiada de fabricantes de guanteletes. Cuando se dirigían desde la Tierra

del Sol a la Tierra de las Estrellas, y bajo órdenes de Shaithis, robaron a las mujeres y a los jóvenes de un grupo de Viajeros menos sojuzgados. Los utilizaron para construir los refugios de los lores vampiros y para cortar y recoger la leña para las fogatas y las cruces. Aunque tantos esfuerzos no les sirvieron de mucho; Shaithis y su monstruoso antepasado les pagaban a todos con la misma moneda: violaban y dejaban preñadas a sus mujeres, vampirizaban a los mejores hombres para convertirlos en sus esclavos y lugartenientes y los demás servían de alimento a los guerreros que preparaban para la invasión de la Puerta.

Ese era uno de los pocos detalles que el necroscopio lograba recordar: la matanza que se había producido cuando los últimos Viajeros intentaron huir y la gula de los guerreros. Recordaba especialmente cómo, para divertirse, Shaithis había entregado a una mujer Viajera a un guerrero macho. Cuando el horror terminó (y aparentemente excitado), Shaithis bajó a Karen de su cruz y se la llevó a su tienda. Y cuando terminó con aquello y ella fue clavada otra vez en su cruz, el muy vil se plantó bajo la cruz de Harry para regodearse.

—Ya me he saciado con tu perra, mago —le dijo, encogiéndose de hombros, como si conversara con él de toda la vida—. Se me había ocurrido incluso yacer con ella al aire libre para que pudieras vernos, pero como habrás comprobado estas bestias mías son un tanto fogosas. No me haría ninguna gracia darles ideas. Pero la próxima vez que la baje de la cruz..., ah, será la última. Y mientras tú ardas en la hoguera, o al menos hasta que la piel de tus ojos se vuelva negra y se te caiga a pedazos, lo contemplarás todo. ¡Es una lástima que tus padecimientos te impidan disfrutar de los de ella!

El odio de Harry había sido una tortura mayor que la que le provocaban los clavos y la estaca, tan grande era su tortura que volvió a sumirse en la oscuridad del olvido. Pero antes de que eso ocurriera, percibió la advertencia mental que el Caído le hacía a su descendiente.

¡Ten cuidado, Shaithis! Te aconsejo que no lo provoques demasiado. Porque me imagino que lleva dentro algo que ni él mismo sabe apreciar. Algo que escapa a su control..., un extraño mecanismo instintivo que funciona a través de él. No lo pongas en marcha, hijo mío. Incluso los Viajeros cuando cazan y matan jabalíes son lo bastante sabios como para no azuzar en exceso a su presa.

Pero en el rincón más recóndito de la mente de Shaithis sólo había desprecio. Había vivido demasiadas auroras soñando con esos momentos de triunfo. ¿Que no azuzara a ese puerco manso que era el necroscopio? ¡Sólo faltaba eso! Continuaría haciéndolo hasta el amargo final...

Capítulo siete

Fusión - Fisión - Final

Los lores wamphyri raptaron más mujeres de la Tierra del Sol; satisfecha su lujuria y con los estómagos llenos, se echaron a dormir, igual que sus bestias y esclavos. El alba se acercaba poco a poco y el cielo de la Tierra del Sol comenzó a iluminarse. Despertaron con las primeras lluvias cálidas, antes de que los primeros rayos mortales asomaran por entre los picos para caer sobre la Tierra de las Estrellas y el norte, entonces atravesarían la Puerta e invadirían el mundo que había detrás. Pero entretanto dormían.

Harry Wolfson —en otros tiempos, Harry hijo, luego el Habitante y, más tarde, jefe de la gris hermandad— bajó de las montañas con paso amortiguado, recorrió las estribaciones y desde las sombras contempló a las fuerzas del mal, tendidas bajo el fulgor de la Puerta.

Las miraba y también veía los desnudos cuerpos humanos que aparecían crucificados en el mismo centro. Aunque el enorme lobo gris no tenía manera de saberlo, a él, a su padre y a Shaitan el Caído, a los tres, los aquejaba el mismo problema: tenían la memoria deteriorada. Pero mientras que en Shaitan la deficiencia estaba localizada y se había estabilizado, y en el caso de Harry padre mejoraba gradualmente, en Harry Wolfson empeoraba con el paso del tiempo y no mejoraría hasta que concluyera su transformación en lobo.

En ese momento, unos leves recuerdos se agitaron en el fondo de su mente: recordaba a la mujer enterrada en la tierra dura que lo había amamantado, al hombre crucificado que era su padre y a una muchacha, también crucificada, que había sido su aliada. Recordaba también una batalla acaecida hacía mucho, mucho tiempo, en un lugar llamado el jardín y que había marcado el fin de una vida y el inicio de otra; y también se acordaba de otra batalla más reciente, en el mismo lugar, en la que él y sus grises hermanos sólo habían participado como meros observadores. Y también cómo había *planeado* participar en esa batalla, del lado de los dos que estaban crucificados, pero... no recordaba los motivos. En cualquier caso, no habría habido diferencia alguna; ellos habían peleado en el aire y sus guerreros eran inmensos, y él y la manada no eran más que lobos. Sin embargo, sentía que había fallado a esas pobres criaturas crucificadas: el hombre, inconsciente en su cruz, y la mujer, despierta, habituada e incluso resignada al dolor, pero no inmune al oscuro odio que la corroía por dentro. Allá, en las estribaciones de las montañas, uno de sus hermanos volvió la cabeza y aulló a la luna que se elevaba sobre las cumbres. El cuarto menguante, al reflejar la luz, aparecía de un leve tono dorado; el alba no tardaría en llegar. Otro aullido que siguió al primero inspiró en Harry Wolfson el siguiente pensamiento instintivo: *Silencio. ¡Callaos! No despertéis a los que duermen.*

Sus hermanos lo oyeron, también lady Karen.

¿Habitante? Sus pensamientos eran débiles y estaban rodeados de un escudo para que no los penetraran las mentes de los vampiros dormidos. Pero evocaron un tropel de recuerdos, aunque borrosos. Harry Wolfson sabía que ella le hablaba.

Sí, soy ése, respondió al fin. Después de una pausa, aclaró: *Era ése.* Tenía que saber la verdad y le preguntó: *¿Te he..., te he traicionado?*

¿Por lo de la lucha? (La mujer negó con la cabeza y él percibió el movimiento telepáticamente.) *No, estaba perdida desde el principio. Tu padre y yo habíamos visto ya nuestros futuros: ¡un fuego dorado que ardía en el continuo de Möbius! En cuanto a nuestros enemigos: también creímos haber visto su fin, pero nos equivocamos. Al parecer, sus futuros no están aquí, en la Tierra de las Estrellas, sino en el mundo que está del otro lado de la Puerta.* Sus palabras iban acompañadas de unas imágenes, escenas sacadas del viaje al futuro que había hecho junto al necroscopio, y se preguntó si las entendería.

Las comprendió y dijo:

Lo siento. Pero sus recuerdos surgían más claros y comenzaban a agolparse en su mente. *Mi padre debía haber sabido que eso no se hace, leer el futuro no es cosa limpia.*

Es verdad, convino ella. *Interpreté que el fuego dorado podía ser el del sol. Pero no, sólo eran... hogueras. Ambas cosas arden, es verdad, pero el fuego de Shaithis es el peor, porque viene de él. ¡Cómo* detesto *a ese maldito cabrón!*

Harry Wolfson vio los troncos y las ramas apilados debajo de ella.

¿Shaithis te va a quemar?

Quemará lo que quede de mí cuando sus guerreros hayan acabado conmigo. Aunque se tratara de la mente de un lobo, leyó en ella el horror.

¿Hay algo que pueda hacer? Harry Wolfson se acercó, arrastrando la panza contra el suelo, con sigilo, para no despertar a los esclavos que estaban tendidos en un círculo abierto alrededor de las dos tiendas negras que había en su centro.

Vete, contestó. *Regresa a las montañas. Sálvate. Termina de transformarte en lobo. Come sólo lo que mates y* nunca *muerdas a ningún hombre ni a ninguna mujer, de lo contrario, les transmitirás tu misma condena.*

Pero... en el jardín fuimos aliados, le dijo. Karen volvió a ver en la mente de Wolfson imágenes de fuego, muerte y destrucción.

Sí, pero entonces teníais poder, tú y tus armas. En cuanto hubo expresado ese pensamiento, otro se formó en su mente. El de la venganza. *¿Queda algo de tu arsenal?*

La mente de Wolfson volvía a divagar; miraba hacia todos lados y se preguntaba qué hacía ahí; su compañera, que estaba preñada, tendría hambre y estaría esperándolo. *¿Arsenal?*

No lo recordaba, entonces ella le enseñó una imagen.

¿Puedes traerme una de éstas?

En la planicie de peñascos, a unos doscientos metros de allí, un guerrero saciado bufó en sueños. Con un movimiento serpenteante, Harry Wolfson se ocultó en las sombras y se alejó hacia las estribaciones de las montañas para reunirse con la manada. Karen recibió un solo pensamiento antes de que la conexión se interrumpiera. *¡Adiós!*

Y allí colgada, carcomida por el dolor, envuelta en la noche y el frío, pensó: *No lo recordará.* Pero se equivocaba.

Regresó, aunque apenas a tiempo; llegó desde el sur junto con las nubes, con las primeras lluvias cálidas, con la luz grisácea que iluminaba el cielo detrás de las montañas. Llegó con el falso amanecer, antes de que el sol se levantara del todo, y desafió al círculo de esclavos, que seguían dormidos y se rascaban y mascullaban en

sueños. Subió por los troncos y las ramas de la pira de Karen, se levantó sobre las patas traseras para quedar cara a cara, como si quisiera besarla. Pero la boca de Karen parecía una cuchillada abierta en su cara metamórfica y lo que le dio entonces no fue un beso.

¡Hechicero, necroscopio, despierta!

Harry se sobresaltó al notar que los pensamientos de Shaithis lo golpeaban cual latigazos; después oyó sus palabras:

—Necroscopio, tu tormento no tardará en llegar a su fin. Abre los ojos y despídete de todo esto. De tu lady, de tu vida..., de todo.

Los pensamientos de Harry habían logrado tomar forma y ordenarse; su mente estaba casi curada; su cuerpo, no del todo. La plata se encontraba en el torrente de su sangre vampírica como granos de arsénico, de manera que su carne y sus huesos rotos no podían reconstruirse. Pero oyó que Shaithis lo azuzaba, sintió cómo lo mojaba la lluvia y abrió los ojos tristes para ver la luz grisácea que precede al amanecer. Entonces deseó haber estado ciego.

Los lugartenientes de Shaithis se habían encaramado a unas escaleras y bajaban a Karen de su cruz. La cabeza se le iba de un lado a otro y los miembros le colgaban laxos cuando la dejaron caer sobre una manta que había en el suelo de piedra. Shaithis se apartó de la cruz de Harry, entró en su tienda, cortó las ataduras que la mantenían en pie y la tienda se vino abajo como un globo deshinchado.

—Ya ves, necroscopio, que pienso cumplir con mi promesa. Como noto que lo ves, lo oyes y lo entiendes todo, en esta ocasión, por última vez, voy a tomarla a la vista de todos. Ya no le encuentro ningún placer; ahora, todos mis esfuerzos irán dedicados a ti. ¡Y cuando haya terminado, presenciarás cómo mis guerreros concluyen mi obra! Siempre es bueno tener contentas a tus criaturas, ¿no te parece? Al fin y al cabo, hace tiempo, ellas también fueron hombres.

La lluvia caía con más fuerza y Shaithis comenzó a dar órdenes. Sus esclavos partieron por la mitad la tienda caída, y con los trozos de pieles comenzaron a tapar los haces de leña para las piras de la tortura. No convenía que se mojaran.

Entretanto, Shaithis había vuelto a acercarse a la cruz; Shaitan salió de su tienda y lo sintió. Más sanguijuela que hombre, los ojos del Caído eran ascuas ardientes bajo la sombra negra de su arrugado capuchón de carne.

—Ya es la hora —dijo con una voz cargada de flemas—, y la Puerta espera. Acaba con todo esto. Pon a la mujer en la pira y quémalos.

Shaithis se detuvo. Recordó fugazmente su viejo sueño. Pero los sueños son para los soñadores, y él estaba cansado de negros presagios... y de las advertencias de su antepasado.

—Este hombre fue quien me envió al exilio en las Tierras Heladas —contestó—. Juré que me vengaría y eso pienso hacer.

Shaitan y Shaithis se miraron con ira. Ante el blanco resplandor de la Puerta, sus ojos ardieron mientras se sopesaban. Finalmente, el Caído se alejó y en voz baja dijo:

—Como quieras. Sea pues.

El cielo se había aclarado y ya no llovía. Shaithis ordenó a sus esclavos que encendieran las antorchas. Tomó una antorcha y la acercó a Harry.

—¿Y bien, necroscopio, por qué no levantas a los muertos? Mi antepasado me ha dicho que en tu mundo fuiste el defensor de los muertos. Yo mismo te vi invocar a los trogs para que te auxiliaran en la batalla por la posesión del jardín del Habitante.

¿Por qué no haces lo mismo ahora?

Harry no tenía fuerzas para ello (cosa que su torturador sabía muy bien), pero de haberlas tenido, era consciente de que los muertos no le responderían. Porque era vampiro y ellos lo habían abandonado. Pero en las estribaciones de las montañas, detrás de la Puerta, la silueta gris de un lobo se agitaba y gañía paseándose de un lado a otro; y la manada lo observaba con ojos feroces, las lenguas colgando y las orejas erguidas. La memoria del gran lobo era imperfecta y su naturaleza estaba en franca regresión, pero por el momento comprendía cada uno de los pensamientos del necroscopio. En una época pasada, cuando era un niño humano, la mente de Harry Wolfson había estado muy unida a la de su padre.

El necroscopio percibió la presencia de su hijo, notó su preocupación y de inmediato cerró su mente para que no pudieran entrar en ella. Le costó un gran esfuerzo, pero lo hizo. Shaitan se percató de inmediato, avanzó con paso majestuoso y dijo a Shaithis:

—Termina de una vez. ¡Te advierto que éste no está derrotado! Acaba de cerrar su mente, para que no sepamos qué se cuece en ella.

—Dentro de muy poco —respondió Shaithis con un gruñido—, ¡lo único que podrá cocerse allí serán sus *sesos*! ¡Mientras... déjame en paz!

Shaitan volvió a retirarse.

—¿Y bien, Harry Keogh? —gritó Shaithis al hombre crucificado. Agitó la antorcha y apartó las pieles que cubrían la leña—. ¿De modo que has pensado en excluirme de tu deliciosa agonía? ¿Podrás hacer caso omiso del dolor? Ah, es que nosotros, los wamphyri, disponemos de ciertas artes, es verdad, evitamos el latido de la carne destrozada y el dolor de los huesos fracturados, es verdad, incluso mientras se están curando. ¡Pero lo sentirás, sentirás muy bien cuando la carne se te empiece a derretir! —Inclinó la antorcha hacia la base de la pila—. ¿Qué me dices? ¿La enciendo ahora? ¿Estás dispuesto a arder?

Finalmente, Harry contestó:

—¡Arde tú..., tú..., excremento de trogs y hedor de bestia gaseosa! ¡Arde en el infierno!

Shaithis se dio una fuerte palmada en el muslo y se echó a reír como un poseso.

—¡Ja, ja, ja! Sarcasmo por sarcasmo, ¿eh? ¿Y te atreves a insultar a tu ejecutor? —Acercó la antorcha a un manojo de ramitas secas y un hilo de humo surgió de entre la leña, seguido de la pequeña lengua de una llama.

Al pie de las colinas en sombras, Harry Wolfson lanzó un prolongado aullido, se giró y a paso largo bajó la ladera hacia la planicie iluminada por la luz de la Puerta. La gris hermandad se disponía a seguirlo, pero él les ordenó:

¡No! Regresad a vuestras montañas. Lo que ha de ocurrirme, ocurrirá.

De la pira de Harry comenzaron a surgir las llamas, pequeñas lenguas brillantes que se iban animando rápidamente. Shaithis se acercó a Karen, que yacía sujeta por unos cuantos esclavos. Había recuperado la consciencia y se habría deshecho de ellos, pero carecía de fuerzas.

—Necroscopio —lo hostigaba aún el lord vampiro—, vagabundo en extraños mundos y en los espacios más extraños aún que existen entre esos mundos. Dime, ¿por qué no invocas uno de tus misteriosos agujeros y bajas de tu cruz? Anda, baja y rétame cara a cara, defiende a esta perra de cuya carne ambos hemos disfrutado. Vamos, necroscopio, sálvala de mi abrazo.

Instintivamente, la mente metafísica del necroscopio comenzó a invocar las matemáticas de Möbius. Invisible para todos, el trémulo marco de una puerta

comenzó a formarse en su mente. Aunque, evidentemente, aparecía deformado y era muy volátil. Si pudiera desarrollarla por completo, toda aquella infamia acabaría: estando a tan poca distancia de la Puerta, lo más probable era que Harry acabara despedazado y que sus átomos se difundieran en miríadas de universos de luz. Tal vez ésa era la respuesta, la manera de terminar. Al menos de ese modo se ahorraría el martirio del fuego. ¿Pero cómo sería el martirio de los demás? ¿Cuál sería el martirio *futuro* del mundo entero que había al otro lado de la Puerta?

Era demasiado tarde para preocuparse por eso: la Tierra ya estaba condenada. ¿Lo estaba? Harry sabía que los milagros pueden ocurrir, y que de vez en cuando, cuando todo parece perdido, ocurren. En cualquier caso, cuando las cosas fueran realmente insoportables, siempre le quedaba el recurso de invocar otra puerta, una puerta más grande y más potente. Pero...

¡No!, gritó Harry Wolfson en el fondo de la mente del necroscopio, cuando pensaba en destruir todo aquello. *Aguanta, padre. Sólo un momento.* Harry notó que su hijo miraba las ecuaciones de Möbius que mutaban en su mente, así como la fluctuante configuración de la puerta a medio formar. Miraba atentamente, se esforzaba por entender y... ¡finalmente lo recordó!

Un instante más, y el gran lobo comenzó a invocar ecuaciones que ni Harry habría sido incapaz de identificar, aunque hubiera estado en poder de sus plenas facultades; eran símbolos que provenían de una época en la que el hijo del necroscopio había sido más poderoso que su padre. Durante unos segundos, el lobo recordó algunos de los poderes perdidos de Harry Wolfson, y con la misma habilidad de la que había hecho gala en unos tiempos que no estaban del todo olvidados, utilizó uno de esos poderes para difundir *a través* de la puerta malformada de su padre una imagen de su momento actual, y una advertencia sobre posibles mañanas. La imagen salió de él a la velocidad instantánea del pensamiento y se difundió por los innumerables universos de luz.

El necroscopio borró sus números y soltó la peligrosa puerta, que se separó de él para salir flotando en dirección del gran imán que era la Puerta. Pero el mensaje de su hijo —así como su advertencia— habían sido transmitidos. Harry Wolfson había completado la parte mental de la misión que se había impuesto; sólo quedaba ahora la parte física. Pero si la primera había sido improbable, la segunda era francamente imposible. Al gran lobo gris aquello lo traía sin cuidado, porque en ese momento recordaba que había sido un hombre y, por lo tanto, moriría como tal.

Se abrió paso entre el círculo de esclavos, cual espectro surgido del humo de la pira de Harry. Con un gruñido feroz se abalanzó sobre Shaithis, que estaba arrodillado junto a Karen. Pero no pudo alcanzarlo; los lugartenientes se interpusieron en su camino; uno de ellos le tiró una lanza y lo derribó. Babeando y gruñendo, con la lanza que le traspasaba el pecho y le salía ensangrentada por el cogote, sus delgadas manos aún humanas se movían espasmódicamente tratando de agarrar a lord Shaithis..., hasta que en el aire se vio el fulgor plateado de una espada que le cortó la cabeza.

Desde la cruz, a través de una nube de humo (aunque las llamas todavía no lo habían alcanzado), Harry lo presenció todo.

—¡No! —gritó. Y mentalmente volvió a gritar: *¡No..., no..., nooo!*

Una parte de su martirio, no sólo el de su carne, sino el de su alma, se coló por la puerta de Möbius que comenzaba a desintegrarse y que al instante hizo implosión hacia la Puerta. Entonces...

... Un relámpago brillante y prolongado iluminó los picos, e inmediatamente se

oyó un largo y ominoso tronido, seguido de un silencio interrumpido solamente por el crepitar de la hoguera y el blando golpetear de las frescas gotas de lluvia que caían sobre el fuego.

Hasta que Shaitan avanzó por tercera vez.

—No lo percibes, ¿verdad? —preguntó desde lo alto a su descendiente; lanzó una mirada iracunda y luego levantó la cabeza para husmear el aire como si fuera un sabueso—. El necroscopio ha lanzado algo al aire y a sus lugares secretos. Pero a ti lo único que te preocupa es tu lujuria. No tienes ni inteligencia ni visión del futuro, no puedes ver más allá del hecho diario, del momento presente. Te lo advierto por última vez: ¡ten cuidado, hijo de mis hijos, o harás que perdamos un mundo!

Shaithis tenía el rostro crispado por la furia; era antes que nada un wamphyri, y dejó que su vampiro reaccionara libremente. Sus manos se transformaron en garras. La sangre comenzó a gotearle de las fauces cuando sus dientes crecieron hasta alcanzar la proporción de largos colmillos que le desgarraron la carne de las encías. Aferrando a Karen por el pelo, otrora reluciente y ahora deslustrado, miró a Shaitan y luego al hombre que colgaba de la cruz. Sus ojos ardieron con un brillo escarlata cuando contestó a su antepasado:

—¿Debería percibir algo? ¿Algo místico y extraño? Lo único que deseo sentir ahora es el martirio del necroscopio y cómo su espíritu y el de su vampiro huyen volando de su cuerpo cuando él muera. ¡Pero si puedo hacerle un poco más de daño antes de que muera, tanto mejor!

—¡Idiota! —Un pesado apéndice cubierto de manchas grises, algo que era mitad mano y mitad garra, salió de Shaitan y cayó sobre el hombro de Shaithis. Éste se lo sacudió de encima y se puso rápidamente en pie.

—Antepasado mío —escupió más que dijo—, has llegado demasiado lejos. Presiento que jamás dejarás de interferir en mis asuntos. Ya hablaremos sobre la cuestión... dentro de poco. Hasta entonces... —Lanzó una llamada mental y su guerrero salió de las sombras y se colocó entre él y Shaitan el Caído.

Shaitan retrocedió, lanzó una mirada sombría al guerrero —se trataba de una bestia que Shaithis había construido en las Tierras Heladas— y le preguntó a su descendiente:

—¿Me estás amenazando?

Shaithis sabía que el alba no tardaría en llegar, que el tiempo era un elemento esencial, que no tenía tiempo que perder; se enfrentaría a su antepasado más tarde, tal vez cuando hubieran tomado la fortaleza que había del otro lado de la Puerta. Por ese motivo, contestó:

—¿Amenazarte yo? Claro que no. ¡Somos aliados, los últimos wamphyri! Pero también somos individuos, y como tales tenemos nuestras propias necesidades.

En vista de aquella respuesta, Shaitan también decidió permitir que Shaithis siguiera viviendo. Por el momento.

Mientras el fuego ardía con renovados bríos, a pesar del aguacero, a Harry Keogh le llegaba la primera oleada de calor producida por las llamas que comenzaban a lamerle los pies, Shaithis volvió a centrar su atención en lady Karen.

Mientras, en otro mundo...

... Medianoche en los Urales.

En las profundidades del barranco de Perchorsk, en el interior de su pequeño cuarto, Viktor Luchov despertó de una monstruosa pesadilla. Jadeante y tembloroso, todavía medio dormido, se puso en pie con dificultad, las piernas se negaban a

sostenerlo, miró fijamente las paredes de metal gris que lo rodeaban y se apoyó en una para no caerse. Su sueño había sido tan vívido, le había impresionado de tal manera, que su primer impulso fue tocar el botón de la alarma y llamar a los hombres que montaban guardia en el pasillo. Lo habría hecho de buena gana, pero (tal como había comprobado la última vez) una reacción así no podía más que provocar horrores adicionales. Sobre todo dentro de los límites claustrofóbicos y crispantes del Perchorsk Projekt. No le hacía ninguna gracia que entraran en su cuarto apuntándolo con la boca humeante e iluminada por un fulgor rojizo de un lanzallamas.

Mientras su pulso volvía a la normalidad y se vestía con movimientos desmañados, analizó su pesadilla: algo extraño y ominoso. En ella había oído salir del núcleo de la Puerta de Perchorsk un grito horrendo y torturado y había intuido de quién era: ¡de Harry Keogh! El necroscopio había lanzado un angustiado grito telepático a todo aquel que pudiera oírlo, pero sobre todo a las huestes de los muertos que reposaban en miríadas de lugares desperdigados por todo el mundo. A su vez, ellos le habían contestado lo mejor que habían podido —con un gemido unánime, e incluso con *movimientos* suaves y espasmódicos— desde el encierro de sus innumerables tumbas. Porque los muertos sabían que habían juzgado mal al necroscopio, sabían que le habían retirado la palabra y lo habían abandonado, y daban la impresión de estar muy apenados, preparándose para un nuevo Gólgota.

El espíritu de Paul Savinkov —un hombre que había trabajado en Perchorsk para el comandante Chingiz Khuv, del KGB, que había trabajado y muerto horriblemente en aquel lugar— se había materializado para hablar con el director del Projekt mientras éste soñaba, y le había transmitido la advertencia que el hijo de Harry Keogh había enviado a través de la Puerta. En vida, Savinkov había sido telépata, y se había llevado su don al más allá.

Cuando Savinkov vio en la mente de Luchov la solución nuclear a la amenaza que vendría del otro lado de la Puerta, le dijo:

Entonces ya sabes qué debes hacer, Viktor.

—¿Hacer?

¡Sí, porque van a venir, van a cruzar la Puerta y tú sabes cómo detenerlos!

—¿Quiénes van a venir?

Ya sabes quién.

Luchov lo comprendió y repuso:

—Pero no podemos utilizar esas armas hasta que no estemos seguros. Cuando veamos la amenaza...

¡Será demasiado tarde!, gritó Savinkov. *Tal vez no para nosotros, pero para Harry Keogh seguro que sí. Todos lo hemos juzgado mal y ahora hemos de reparar la ofensa, porque está sufriendo lo indecible. Despierta, Viktor. Todo depende de ti ahora.*

—¡Dios mío! —Luchov se agitaba en la cama y Savinkov se percató de que no despertaría. De momento. Pero... allí había otros que también estaban dormidos y que sí se despertarían. Cuando Luchov oyó que el telépata volvía a hablar, cuando descubrió *con quiénes* hablaba y qué les rogaba que hicieran, entonces se despertó sobresaltado.

Ya estaba vestido y había logrado controlarse, pero todavía le faltaba el aliento, seguía alerta y con el oído aguzado para captar el latido del Projekt.

El sordo palpitar de un motor que provenía de alguna parte, reverberando suavemente a través del suelo; el estrépito metálico de una trampilla cuyo eco sonaba

lejano; el zumbido y el repiqueteo del sistema de ventilación. En los viejos tiempos, el director había ocupado unas estancias del nivel superior, mucho más cerca del conducto de salida. Allá arriba, todo parecía más silencioso, menos opresivo. Pero allí abajo, con las cavernas de magma y el núcleo prácticamente debajo de sus mismos pies, sentía el peso de toda la montaña depositado sobre los hombros.

Sin dejar de escuchar atentamente, la respiración y el pulso de Luchov se normalizaron poco a poco cuando comprobó que todo estaba en orden y que no había sido más que un mal sueño. Un sueño terrible. ¿O se equivocaba?

De pronto oyó ruido de pasos que se acercaban por el pasillo a toda carrera. ¡Y voces roncas que gritaban advertencias! *¿Qué diablos ocurría...?*

Se dirigió a la puerta que daba al pasillo para abrirla, y en el fondo de su mente oyó un eco de su sueño: *¡Viktor, tú ya sabes qué diablos ocurre!* La voz telepática de Paul Savinkov sonó clara como una campana. Pero ya no se trataba de un sueño.

Llamaron furiosamente a su puerta, Luchov abrió con manos temblorosas. Vio a sus guardias con la sorpresa reflejada en sus rostros, tensos y cansados, y a un par de técnicos delgados que acababan de regresar del núcleo.

—¡Camarada director! —exclamó con un hilo de voz uno de estos últimos, clavándole los dedos en el brazo—. ¡Director Luchov! Le..., le habría telefoneado, pero están arreglando las líneas.

Luchov se dio cuenta de que el técnico intentaba ganar tiempo; al hombre le aterraba la información que debía transmitirle, porque sabía que se trataba de algo absolutamente increíble. En ese momento, por primera vez, se oyeron a lo lejos los estampidos de unos disparos. Galvanizado por el espanto, Luchov pareció sacar fuerzas suficientes para preguntar con voz ronca:

—¿No será algo..., algo que ha salido por la Puerta?

—¡No, no! ¡Pero hay..., hay unas cosas!

—¿Unas cosas? —repitió Luchov y notó que se le ponía la carne de gallina.

—¡Que se cuelan por debajo de la Puerta! Salen de las zonas abandonadas de magma. ¡Dios mío, son cosas muertas, camarada director!

Cosas muertas. La clase de cosas que Harry Keogh entendería, y que lo entendían a él perfectamente. Según las advertencias del hombre muerto que se le había aparecido en sueños, todavía no había ocurrido lo peor. ¿Acaso Luchov no había tratado de advertir a Byzarnov de lo que podía ocurrir? ¿Acaso no le había aconsejado que pulsara el maldito botón sin pensárselo dos veces? Claro que se lo había dicho, y en el momento en que lo hizo sabía también que el comandante no lo había entendido del todo y que si llegaba a presentarse la circunstancia, no estaba del todo garantizado que siguiera su consejo. Además, Byzarnov era militar y tenía órdenes. Pues bien, las circunstancias habían cambiado; tal vez dejara de lado esas órdenes y tomara el asunto en sus manos.

Luchov ya había pasado por desastres similares. Tenía dos opciones opuestas y no sabía qué decidir: ¿debía huir a los niveles superiores y abandonar el Projekt o debía bajar a ver qué ocurría en los niveles inferiores? Ganó su conciencia. Al fin y al cabo, allá abajo había hombres que se limitaban a obedecer unas condenadas órdenes. Se dirigió al núcleo.

Mientras corría por la rampa de acero de distintos niveles que bordeaba la parte superior de la caverna de magma, en dirección al empinado hueco de las escaleras que bajaban a la Puerta, el director del Projekt oyó los primeros gritos y chillidos y más disparos provenientes del núcleo. Los técnicos le pisaban los talones, detrás iban sus hombres, armados con SMG y un lanzallamas. Pero al acercarse al hueco por el

que fluía la luz de la Puerta e iluminaba la caverna, el eco de la voz del comandante Alexei Byzarnov le llegó desde atrás pidiéndole que esperara. El comandante estuvo a su lado en un instante.

—Me han avisado —dijo jadeando—. El mensajero no fue coherente. ¡Era un idiota balbuceante! Viktor, ¿quiere decirme qué ocurre?

Aunque Luchov no había visto nada aún —al menos con sus propios ojos— tenía una idea bastante cabal de lo que «ocurría»; pero no sabía cómo explicárselo a Byzarnov. Era mucho mejor que lo viera él mismo. De manera que le contestó:

—No sé lo que ocurre. —Se trataba de una simple mentira con muchos visos de verdad.

En cualquier caso, no había tiempo para más conversación. Oyeron más disparos, acompañados de gritos, y el comandante agarró a Luchov del brazo y gritó:

—¡Entonces más nos vale averiguarlo!

Al comienzo de la rampa, en la boca del hueco, había una caja de gafas de plástico. Byzarnov, Luchov y sus guardias se detuvieron para coger un par de lentes ahumados antes de bajar al núcleo. Una vez allí salieron en grupo y se separaron por la plataforma alta que había en la pared curvada del interior. Desde ese punto de observación, al mirar hacia abajo, al resplandor de la Puerta con su perímetro de placas de acero, vieron la increíble escena en toda su dimensión.

Unos hombres muertos —unos seres que habían sido hombres alguna vez y que se habían convertido en unos atroces aglomerados de magma, cuyo hedor era insoportable incluso desde esa altura— se movían en el núcleo y salían por las trampillas para ocupar las placas en forma de escama de pescado, e invadir el perímetro de seguridad y la zona de suelo de goma del lanzamisiles. En total eran nueve, seis de los cuales ya habían salido y se movían por la zona electrificada y de descarga del ácido, en ese momento desactivada. Era tal su naturaleza que Byzarnov fue incapaz de aceptar lo que veía. Volvió a aferrar a Luchov del brazo, se apartó de la barandilla como si estuviera borracho y preguntó:

—¿Qué es esto..., por el amor de Dios? —Mientras formulaba la pregunta, miraba con ojos desorbitados la locura que se desarrollaba allá abajo.

Luchov sabía que no necesitaba contestarle. El comandante veía con sus propios ojos lo que eran aquellas cosas. En realidad, ya había visto varias allá abajo, en el magma, cuando todavía formaban parte de él. Algunos se estaban pudriendo; otros estaban momificados; ninguno de ellos estaba formado sólo de carne. Eran en parte piedra, goma, metal, plástico, incluso papel. Algunos estaban invertidos, y el material se había doblado hacia adentro al tratar de homogeneizarse con ellos. Eran el mismo magma, ni puro ni simple, sino altamente complejo; el magma en su estado más horrendo.

Uno de ellos, que montaba guardia en el perímetro de la pasarela, en lugar de mano tenía un libro abierto. En el momento de producirse el incidente de Perchorsk estaba leyendo un manual de reparaciones y el libro se había convertido en parte permanente de su cuerpo. Su antebrazo izquierdo se había mutado para formar una especie de vara de papel tieso que comenzaba en la muñeca y de la que surgían las páginas que se movían y se desprendían cuando su dueño andaba. Aquello no era lo peor de todo: tenía la mitad inferior del tronco vuelta, de modo que los pies apuntaban hacia atrás. La montura de plástico de las gafas se le habían incrustado en la cara y al hervir habían formado unas costras de frágiles ampollas, y llevaba las gafas en las mejillas, donde se habían fundido para solidificarse después en forma de lágrimas de vidrio óptico.

Con todo, había sido... ¿uno de los más afortunados? Encerrado en el magma, aplastado por fuerzas convulsivas y privado de aire, había tenido una muerte instantánea y las partes donde conservaba carne se habían momificado. Al concluir el incidente de Perchorsk y cuando el espacio-tiempo volvió a acomodarse, otros habían quedado muertos, retorcidos y aislados fuera del magma, y su estado había sido tan grave que nadie se había visto con fuerzas suficientes para atenderlos. Cuantos habían quedado expuestos parcial o totalmente, en ocasiones unidos al gran magma y total o parcialmente enquistados en él, fueron abandonados para que se *degradaran,* en las zonas del Projekt que posteriormente fueron selladas y abandonadas. Con el tiempo, sus partes humanas experimentaron un proceso de putrefacción del que sólo quedaban esqueletos deformados, porque hasta los huesos se vieron sujetos a los cambios en los momentos horrendos en los que la materia había regresado a sus incipientes orígenes.

Byzarnov vio hombres que en parte eran máquinas. Vio una criatura cuya cara estaba compuesta por un soplete de soldar, que salía de un cráneo en forma de cilindro aplastado de oxígeno. Otro era un esqueleto de cintura para abajo, pero tanto el pecho como la cabeza aparecían enquistados en una especie de piedra transparente que parecía vidrio, como una silueta que llevara puesta la parte de arriba de un traje espacial. De los huesos fundidos de sus piernas salían unos cristales puntiagudos de magma y tras el cristal del visor, su cara inalterada había quedado atrapada en un grito infinito. Otro se había quedado sin piernas: era medio hombre al que el magma había equipado a la altura de las caderas con las ruedas de una carretilla. Se desplazaba empujándose con los brazos, que aparecían de un tono negro allí donde la carne quemada se había fundido con el hueso. Las largas barras de madera de la carretilla se proyectaban hacia arriba a partir de sus hombros, como extrañas antenas que le enmarcaban la cabeza.

Los híbridos retorcidos y momificados eran realmente horrendos; pero los seres semimecánicos eran mucho peores; aunque lo peor de todo eran aquellos que tenían partes líquidas que, de no haber sido por las zonas de magma, se habrían deshecho por completo.

A Byzarnov casi no se le oía respirar; dio un respingo y con voz apenas audible preguntó:

—¿Pero... cómo...? ¿Qué hacen? —Se volvió hacia uno de los aterrorizados técnicos—. ¿Por qué no los hemos quemado o disuelto con ácido?

—Aquel que está allá arriba ha llegado al mecanismo de defensa —contestó el técnico—. Arrancó el cable. Nadie levantó un dedo para impedírselo. Nadie podía creérselo...

Byzarnov lo comprendía.

—¿Pero qué quieren?

—¿Es que está usted ciego? —exclamó Luchov, y bajó por las escaleras—. ¿Es que no lo ve con sus propios ojos?

Byzarnov lo veía con sus propios ojos. Los nueve seres que habían sido hombres habían aislado el módulo del Exorcet; se acercaban a él y se disponían a invadirlo. Tres de los técnicos del comandante, junto con un puñado de soldados de Perchorsk, intentaban mantenerlos a raya. Tarea imposible. Los muertos no sienten ningún dolor. Por más que dispararan a aquellos monstruos, los defensores del lanzamisiles no podrían matarlos por segunda vez.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Byzarnov, mientras bajaba precipitadamente las escaleras tras Luchov. A sus espaldas, en la plataforma, los otros técnicos y los

guardias de Luchov no se atrevieron a seguirlos—. ¿Qué intenciones tienen?

—¡Pulsar el maldito botón! —aulló Luchov—. Puede que estén muertos, deformados, que sean monstruos, pero no son estúpidos. Los estúpidos somos nosotros.

Al pie de las escaleras, el comandante alcanzó a Luchov y lo agarró del hombro.

—¿Que van a pulsar el botón? ¿Lanzarán los misiles? ¡No deben hacerlo!

Luchov se volvió hacia el comandante.

—¡Sí deben hacerlo! ¿Es que no lo ve? Sea lo que sea lo que los ha hecho levantar, sabe más que nosotros. Los muertos no resucitan porque sí, sin motivo alguno. ¡No, necesitan una muy buena razón para someterse a semejante martirio!

—¡Está usted loco! —siseó Byzarnov. Estaba a punto de perder la compostura—. Es evidente que se trata de un efecto a largo plazo de este extraño lugar, pero estas cosas reanimadas... no pueden tener un propósito real. ¡Están ciegas, no piensan, están muertas!

—Desean lanzar esos misiles —le gritó Luchov a la cara para que lo oyera por encima del fragor de los disparos—, ¡y hemos de ayudarlos!

En ese momento, al comandante ya no le quedó ninguna duda de que el director del Projekt estaba loco.

—¿Ayudarlos? —Sacó la pistola y apuntó a Luchov al pecho—. ¡Es usted un pobre loco! ¡Apártese de ahí!

Luchov se alejó del comandante, recorrió la zona de seguridad cubierta de goma y se dirigió al perímetro donde se encontraba el hombre que tenía un libro por mano.

—Está bien —dijo con la voz quebrada—, déjame pasar. Lo haré yo por vosotros.

Asombrado, Byzarnov comprobó que la cosa le cedía el paso.

—¡De eso ni hablar! —gritó el comandante, y apretó el gatillo de su automática. La bala alcanzó a Luchov en el hombro derecho, penetró en la carne y salió por el pecho en forma de lluvia escarlata. Cayó de bruces sobre la pasarela, donde quedó inmovilizado durante un instante. Byzarnov se acercó y apuntó hacia él por segunda vez. Pero las cosas de magma sabían reconocer a sus enemigos. El ser que tenía un libro por mano se interpuso en el camino de Byzarnov y tapó su objetivo, mientras otro que tenía las piernas envueltas en una masa de magma soldada al tronco, que a su vez era una masa de hueso, goma y vidrio fundidos, acudió en ayuda del director. El comandante disparó a quemarropa una y otra vez, pero de nada le sirvió. Cuando la Cosa se le plantó delante, uno de los disparos logró por fin partir la envoltura de magma de su brazo izquierdo. La frágil envoltura se desmoronó instantáneamente y un líquido negro y maloliente —una especie de mezcla putrefacta de carne— comenzó a gotear desde el interior.

Asqueado por el hedor, el comandante cayó contra la pared curvada. El híbrido putrefacto siguió avanzando. ¡Byzarnov levantó la pistola, apretó el gatillo y el mecanismo de disparo hizo clic! En el bolsillo llevaba otro cargador. Hizo ademán de sacarlo...

... Y la Cosa de magma lo acogotó con su mano huesuda. Byzarnov notó que comenzaba a faltarle el aire. Vio que Luchov se ponía en pie, tambaleante, y se dirigía hacia el módulo de lanzamiento, donde la mayoría de los defensores se habían desmayado o habían huido, aterrorizados. Sólo quedaban un técnico y un soldado: se habían quedado sin balas y bailaban, farfullaban y se abrazaban como niños mientras aquellas pesadillas corruptas se acercaban.

Pero dos de los seres de magma ayudaban a Luchov, lo aguantaban mientras avanzaba con dificultad hacia la consola de disparo.

El comandante hizo un esfuerzo final, sacó el cargador del bolsillo y trató de meterlo en la pistola. Al hacerlo, la funda de magma que envolvía el brazo izquierdo de su atacante se desprendió del todo. Byzarnov abrió la boca para gritar, o vomitar... ¡y aquel monstruo horripilante le metió en la garganta el brazo esquelético cubierto de carne gelatinosa y putrefacta!

El comandante boqueó y se estremeció allí mismo, donde la Cosa lo dejó clavado. Los ojos se le salieron de las órbitas y el corazón se le detuvo. Murió allí mismo, pero antes de hacerlo pudo ver que Luchov había llegado a la consola de disparo. Pudo ver cómo caía sobre el suelo de goma y quedaba allí hecho un ovillo mientras las bocinas lanzaban la advertencia final.

En la Tierra de las Estrellas, Harry Keogh seguía ardiendo. Caía una débil llovizna que no lograba apagar las llamas, y el necroscopio se quemaba. Se quemaba por dentro y por fuera: por fuera lo consumía el fuego y por dentro el odio. Odio hacia Shaithis, que en ese momento poseía a lady Karen por la fuerza, allí, ante la cruz de Harry. Parecía completamente extenuada y no se resistía en absoluto a los embates de Shaithis. Harry pensó: *Una bestia, incluso un guerrero, no sería más feroz*. Pero abrigó la esperanza de no vivir para comprobarlo.

Un momento antes había intentado conjurar una puerta de Möbius —la más grande de todas, allí mismo, delante de la Puerta—, la cual, con un poco de suerte, habría hecho implosión y se habría tragado a los vampiros y a sus criaturas, para llevárselas a la eternidad.

Pero los números se le resistieron, la pantalla de ordenador de su mente había quedado en blanco. Era como si sus habilidades hubieran muerto junto con su hijo lobo, como si hubieran borrado una pizarra. Precisamente eso era lo que había ocurrido: después de toda una vida de prácticas esotéricas, la mente de Harry había cedido, se había desmoronado bajo el peso de tantas tragedias. Volvía a ser sólo un hombre, y el vampiro que llevaba dentro era demasiado inmaduro para huir de su cuerpo devastado.

—Baja, necroscopio —lo provocaba Shaithis—. ¿Quieres que te deje algo de esta perra?

Las llamas se hicieron más altas y el humo negro formó remolinos. Shaitan había logrado superar la barrera que para él representaba el guerrero de Shaithis y lo observaba todo a cierta distancia. A pesar de que el Caído era un ser extraño, inhumano, insondable, había algo en su postura, en la forma en que sus ojos lo observaban todo desde la oscuridad de su capucha que hablaba de una incertidumbre y una aprensión casi humanas. Como si hubiera ya presenciado todo aquello y esperara un fin pavoroso.

Las llamas le llegaban ya a la cintura. Tenía que dormirse y escapar para siempre de los dolores de la vida. Pero en lugar de perder el conocimiento, notó de pronto que el dolor abandonaba su cuerpo. Supo entonces que no se trataba de un arte de los wamphyri. Su cuerpo se quemaba, pero el dolor pertenecía a otro. Había *muchos otros* que lo estaban absorbiendo: todos los muertos de la Tierra de las Estrellas, que deseaban darle consuelo, aunque fuera demasiado tarde.

No, intentó decirles tanto a los trogs como a los Viajeros. *¡Tenéis que dejarme morir!* Pero el necrolenguaje no servía.

—¿Dónde está ahora tu poder? —preguntaba Shaithis, riendo a carcajadas—. Si

tan fuerte eres, baja de la cruz. Invoca a las huestes de los muertos. Maldíceme con palabras poderosas, necroscopio. *¡Ja, ja!* ¡Tus palabras se han convertido en polvo, igual que los muertos!

Harry sacó fuerzas de alguna parte para contestar:

—Apártate de mi vista, Shaithis. Verte me causa más daño que mil hogueras. ¡Estas llamas son una bendición porque te borran de mi vista!

—¡Basta! —rugió Shaithis, y se echó encima de Karen como una ola espumosa—. ¡Un último beso y habré acabado con ella y contigo! —Cayó sobre ella, abrió las fauces ante la cara de Karen y comenzó a cerrarlas para aplastarle la cabeza...

... Y los ojos escarlata de Karen se abrieron llenos de vida.

Quizás abriera también la mente para permitir que Shaithis leyera en ella su fin. Intentó apartarse de ella. Pero los brazos y las piernas de lady Karen lo agarraban y las carnes metamórficas de ambos se habían fundido para formar una sola. Karen tosió y la granada del Habitante subió a su garganta; con la lengua bífida quitó el seguro y hundió el rostro en las fauces de su torturador.

Shaithis intentó separarse de ella... Un segundo más y tal vez lo lograra..., ¡demasiado tarde!

Adiós, Harry, dijo Karen.

Y la oscuridad de la Tierra de las Estrellas se vio surcada por un único resplandor luminoso seguido de una detonación, apenas amortiguada por la carne y los huesos convertidos en una pulpa gris y escarlata.

Cuando la lluvia rojiza se dispersó y los cuerpos sin cabeza cayeron al suelo, Shaitan avanzó y se colocó junto a ellos. Ni se fijó en Karen, no tenía ojos más que para el cuerpo inerte de Shaithis. Tendió un tentáculo dotado de garras con el que aferró la cavidad destrozada del cuello de su descendiente, le extrajo la sanguijuela decapitada que no paraba de colear y la lanzó al centro de la hoguera, sin dejar de reír a carcajadas. Porque Shaithis no tenía cabeza, ni cerebro. Y Shaitan no tenía cuerpo, al menos el que él quería. De momento.

—Idiota —dijo a la envoltura de carne vacía—. ¿Y querías volver a tu guerrero en mi contra? ¡Eramos de la misma sangre, pero mi control sobre las mentes de criaturas como éstas era mucho mayor que el que ejercí sobre la tuya! Me pasé casi tres mil años escuchando al viejo Kehrl Lugoz gemir en su descanso envuelto en hielo, escuchando cómo me maldecía en sus sueños. ¿Acaso piensas que no me di cuenta cuando dejó de hacerlo?

»Ah, cómo me maldecía, pero era un cobarde. ¿De verdad creíste que podías dar a tu criatura su odio y sus pasiones? ¿Las pasiones del viejo Kehrl? ¡Ya no le quedaban pasiones! En cuanto al odio...

Se volvió y lanzó un dardo mental en dirección al guerrero de Shaithis, que de inmediato se alejó maullando.

—¡Desconoces el significado de esa palabra! ¿Odio? ¡Odio es lo que tú me inspirabas! ¡De haber dado rienda suelta a mis celos..., te habría matado cien veces! Pero nunca de una forma tan dulce como ésta.

Fluyó hacia Shaithis, levantó su cuerpo inerte y lo abrazó. La carne arrugada y negra de Shaitan comenzó a partirse a lo largo, como una nuez que dejara al descubierto su blando contenido. En el interior de su antiguo tronco, una versión más flexible y duradera de sí mismo —el vampiro *original*— esperaba, como había esperado todos aquellos milenios. Pero el plan de Shaitan de unirse con la carne de su carne para lograr renovarse no llegaría a buen puerto.

Porque los dos Harry habían lanzado un mensaje en el que hablaban de su

martirio, no sólo a la Tierra de las Estrellas, la Tierra y los mundos que había más allá, sino también a los espacios que existían entre ellos. Las huestes de los muertos sabían de su agonía y sus advertencias habían sido oídas por Otros que no estaban muertos y jamás pueden estarlo.

Shaitan y el necroscopio percibieron en el mismo instante la Gran Verdad. Harry la conoció entonces y Shaitan... ¡logró recordar por fin!

¡Aaahhh! Gritó el Caído, azotado por el recuerdo. Mientras su vampiro pugnaba por liberarse del antiguo envoltorio para meterse en el de Shaithis, sus ojos, contenidos en el interior de la capucha, miraron a Harry Keogh, que ardía en la cruz. Shaitan contempló su rostro enmarcado por las llamas y *supo* dónde lo había visto.

Pero vio (o mejor aún, percibió, porque fue una sensación sumamente fugaz) algo más. Algo que salía como un chispazo plateado del blanco fulgor de la Puerta para convertirse en un fulgor de mayores proporciones: un sol nuclear estallaba brevemente sobre la Tierra de las Estrellas, compitiendo con el alba. Entre la llegada del Exorcet y el estallido de su cabeza nuclear, Shaitan vio algo más: una visión que habría arrancado un último y larguísimo suspiro de la garganta del Mal Primigenio..., pero ya había dejado de existir.

La cruz de Harry estaba *vacía*, y cuando por fin estalló en infinidad de átomos, la atravesaron unos haces de intensísima luz...

Epílogo

La muerte. Harry se preguntó por qué la habría temido. Porque entre todos los hombres, el necroscopio había sido el único que sabía que no era así. Porque ya había estado allí. Incorpóreo como todas las cosas muertas cuya materia ha fallado por fin, estaba libre de todo. Pero, en su caso, daba la impresión de que una muerte mundana no formaba parte del argumento.

Siempre tuvo constancia de que con la muerte no acababa todo, sino que todo aquello que un hombre persigue en la vida, continuará persiguiéndolo en la vida que hay después de la vida. Harry Keogh había sido un maestro del continuo de Möbius, por lo que no resultaba nada sorprendente encontrarlo allí, en el tiempo de Möbius, retrocediendo como un rayo hacia el pasado remoto de la Tierra de las Estrellas, entre los hilos azules, verdes y rojos. No era una sorpresa..., pero resultaba extraño, porque al final no había invocado una puerta. No había ideado una escapatoria.

Lo cual sólo podía significar que... ¿había sido rescatado?

¿Por quién? Si de verdad alguien había considerado adecuado salvar su mente incorpórea, ¿qué posibilidades podía tener ese Alguien cuando su cuerpo vampírico había sido quemado? Mientras Harry retrocedía velozmente hacia el pasado de la Tierra de las Estrellas, junto a él vio su cuerpo humeante que se enrollaba a su hilo escarlata en dirección a la entrada de la Tierra de las Estrellas, donde se perdía de vista. Y él iba con su cuerpo, pero en forma incorpórea, aparte, desplazándose ciegamente hacia eras desconocidas.

En cuanto al destino de su envoltorio destrozado y quién había sido su guía...

En vida, Harry nunca había estado completamente seguro sobre la existencia de Dios, o de *un* dios. Pero al regresar a la Tierra de las Estrellas, percibió la llegada, la presencia de una Fuerza y supo entonces que Shaitan también la había percibido. Más aún, había descubierto la fuente de esa Fuerza y que Möbius y Pitágoras estaban en lo cierto.

Harry y su envoltorio inerte eran simples impulsos en la Mente que él había denominado «continuo de Möbius», números enteros en la matriz infinita de la Gran Ecuación Desconocida. Cuando finalmente esa Mente habló, no sintió miedo.

Las cosas siempre tienen un sentido, Harry. ¿Qué sentido tiene la creación si tus esfuerzos han de ser desaprovechados? A veces se acierta y a veces se falla. Pero todas nuestras obras, las mejores y las peores, tienen siempre un sentido.

Harry no discernía si se esperaba que contestara, en cualquier caso no tenía respuesta. Pero sí tenía una pregunta para formular, aunque breve.

—¿Dios?

Percibió una especie de vasto ademán que restaba importancia a la pregunta.

¿Creador, consejero, ángel quizá? Dios está..., digamos que Dios está unos cuantos peldaños más arriba. ¡Ya sabes bien que su mente es vasta! Llevamos Sus pensamientos, damos curso a Sus deseos. Lo mejor que podemos.

—He tenido mis dudas —admitió Harry.

Todos hemos dudado alguna vez. También Shaitan dudaba cuando era uno de los nuestros... Aunque él habría tratado de convencer a todos de que tenía razón, en

todos los Universos de Luz. ¡Los habría obligado a creer... en él!

Harry tuvo la sensación de que lo comprendía. Y con comprenderlo debería haber bastado. Pero como era o había sido humano, y como veía que su curso se torcía y apartaba de su cadáver, sintió curiosidad. Por eso preguntó:

—¿Y ahora qué?

Tus pies están en los primeros peldaños. Te has salido con la tuya, has escogido tu curso y lo has mantenido fielmente. Representas todo un éxito.

Nosotros aceptamos que nada se desperdicie; sin duda, no desperdiciaríamos a alguien tan valioso como tú. ¡Tal como le ocurrió a Shaitan, no te acordarás de nada, pero sabrás*! Aunque a diferencia de lo que le ocurrió a él, que sólo conoció una gran oscuridad, tú conocerás la luz. En todos tus mundos.*

—¿En todos mis...?

Dondequiera que te manifiestes. Porque Sus mundos son infinitos, igual que Sus pensamientos.

—¿Y... eso? —preguntó Harry, señalando su cuerpo ennegrecido, que aún avanzaba hacia un objetivo indefinido, y se veía pequeñito en la distancia.

Toda causa tiene su efecto, y todo efecto tiene su causa. No puede acontecer nada que no haya acontecido ya. El mundo de la Tierra del Sol y de la Tierra de las Estrellas fue un fallo en el que ganó el Mal. Tal vez lo pertinente sea ahora un cambio. En él también participará Shaitan, que se ha enfrentado a la luz en muchísimos mundos. Aquí está..., vuelve a empezar, desde el peldaño de abajo. Porque como ya sabes tú muy bien, Harry Keogh, lo que será ya ha sido. El tiempo es relativo.

Le tocó a Harry hacer un ademán, como restándole importancia a la cosa. Sin su vampiro, volvía a ser inocente. La esencia de la inocencia misma.

—Resulta muy difícil comprenderlo, pero supongo que iré aprendiendo a medida que avance.

¡Claro que aprenderás!, le prometió su interlocutor. *¿Estás preparado ya?*

El cadáver de Harry se había perdido de vista en la bruma de infinitos matices del pasado. Carecía de cuerpo, era puro pensamiento y no tenía cabeza para asentir; pero su necrolenguaje asintió en su lugar. Mientras su mente incorpórea se fragmentaba en un glorioso estallido —cien esquirlas doradas se separaron y salieron raudas hacia otros tantos mundos—, sus pensamientos e incluso su necrolenguaje tocaron a su fin.

Pero todos y cada uno de esos brillantes fragmentos eran él... y *sabrían.*

Shaitan despertó sobresaltado y gritó.

Gritó al sentir un conocimiento que cubría una inteligencia anteriormente huérfana, una voluntad sin conocimiento que habitaba en una mente en blanco. Se vio arrodillado a la orilla de unas aguas estancadas y vio su imagen reflejada en las sucias profundidades. Al descubrirse desnudo, sintió vergüenza; pero cuando vio que era hermoso, se sintió orgulloso. Porque la vergüenza y el orgullo son producto del espíritu, no de la inteligencia.

Shaitan se incorporó y vio que podía andar. En la penumbra de un brumoso amanecer, avanzó junto al borde de las aguas oscuras y malolientes de una ciénaga. ¡Comprobó qué desolado y solitario era aquel lugar al que había caído, al que lo habían desterrado! Supo entonces que era un pecador y que aquel lugar era su castigo.

Y al saberlo, su naturaleza quedó definida: instintivamente *entendió* los

conceptos del pecado y el castigo. Creyó que su delito radicaba en su hermosura, y esa creencia era en realidad producto de su orgullo, fuente de todas sus faltas. Porque para Shaitan la belleza era como un poder, y el poder era como un derecho, y el derecho era lo que él le impusiera que fuese.

Impondría a los demás su voluntad.

Con estas reflexiones, se apartó de las aguas hediondas y salió a imponer su voluntad en aquel mundo extraño. Pero en cuanto se apartó de las aguas, el cieno comenzó a hervir y él se detuvo para mirar atrás y ver que unas negras burbujas subían a la superficie.

Las hierbas se abrieron y Shaitan vio surgir ante sus ojos una silueta que flotaba en el aire. Tenía el cuerpo hinchado y quemado, pero el rostro entero. Supo entonces que aquello era un presagio, ¿pero un presagio de qué? Tenía voluntad: esperaría y descubriría qué iba a pasar, o bien continuaría andando, siguiendo su voluntad. Sospechaba que aquella cosa de la ciénaga contenía el Mal; ¿por qué si no iba a estar una cosa tan sucia allí, en un mundo que era nuevo? Permaneció inmóvil durante un momento, como si se encontrara en una encrucijada..., después volvió sobre sus pasos y se arrodilló junto a la ciénaga. Porque se había propuesto conocer ese mal.

Contempló una cara que jamás había visto, y que no recordaría hasta que no hubiera transcurrido una infinidad de años, y no percibió nada importante, salvo que tentaba al destino, cosa que lo enorgullecía y le alegraba hacer. Mientras las bestias de aquel mundo recién nacido se acercaban a aquellas aguas a beber, y mientras las brumas se levantaban de la ciénaga, el Caído contempló su propio futuro allí donde las hierbas lo anclaban al cieno y la escoria.

Al cabo de un momento, los miembros chamuscados del cadáver se abrieron y en ellos aparecieron apiñadas un montón de setas negras que crecían de la carne podrida y abrían las laminillas de sus sombreros. Lanzaron sus esporas en la penumbra que precede al amanecer y Shaitan las aspiró por propia voluntad: su último acto de inocencia.

La rueda ya había dado una vuelta completa y el ciclo había concluido.

Para volver a iniciarse...

Fin